Bajo cielos inmensos

A. B. Guthrie Jr.



Bajo cielos inmensos evoca fiel y emocionadamente la era de los tramperos y los tratantes de pieles. La novela, eterna integrante de las diez mejores novelas western de todos los tiempos, nos cuenta la historia de Boone Caudill, un joven de diecisiete años que, harto de soportar a su padre, se escapa de la granja en la que vive, en Kentucky. Está fascinado por los relatos de su tío Zeb Calloway, un auténtico *mountain man* que había cazado búfalos, luchado contra los indios y viajado a los lejanos confines del país. Boone se encuentra en su huida con otro muchacho soñador, Jim Deakins, y ambos decidirán viajar hacia las regiones inexploradas que se extienden hacia el oeste. Más tarde, se enrolarán en la barcaza *Mandan* que, capitaneada por el traficante de pieles Jourdonnais y en compañía de un cazador llamado Dick Summers, pretende remontar el Missouri hasta llegar a la lejana y peligrosa tierra de los «pies negros» para comerciar con ellos. A partir de aquí, al lector le esperan cuatrocientas páginas de aventuras, descripciones de una naturaleza aún virgen y salvaje y maravillas que no conviene revelar aquí…

Bajo cielos inmensos (The Big Sky) fue llevada a la gran pantalla por Howard Hawks en 1952 y se estrenó en España con el título de *Río de sangre*.



A. B. Guthrie Jr.

Bajo cielos inmensos

Frontera - 07

ePub r1.2
Oxobuco 05.11.14

Título original: *The Big Sky*
A. B. Guthrie Jr., 1947
Traducción: Marta Lila Murillo
Ilustración de cubierta: Joseph E. Velazquez “Season of the Mountain Man”

Editor digital: Oxobuco
Digitalización: Akhenaton
Corrección de erratas: JackTorrance
ePub base r1.2



Para mi padre

PRESENTACIÓN

Se tiene como un lugar común, casi como convención establecida, que la rama más asentada en la nostalgia del frondoso árbol temático del western es la del western crepuscular o la de aquello que algunos llaman postwestern. Sí, el viraje hacia el realismo y el desengaño que tuvo lugar en el western clásico a fines de los sesenta, y la frecuentación ambiental en las décadas finales del mundo de los cowboys, tribus y diligencias que les dio por practicar a los productores, ha proporcionado películas y novelas teñidas de atardeceres, luces doradas, viejos vaqueros desengañados, rancheros que se mueven a base de galones de combustible y suspiros por los buenos tiempos pasados. Todo terriblemente melancólico… Pero, no se crean… que no hay nada más melancólico en el western que las crisis emocionales de los *mountain men*.

En los años finales del siglo XIX, concretamente en 1893, un joven historiador norteamericano presenta un escueto estudio en la American Historical Association. El ensayo se titula, traducido al español, *El significado de la frontera en la historia norteamericana*, y el autor, que se hará célebre y acabará siendo galardonado con el premio Pulitzer, se llamaba Frederick Jackson Turner. La teoría, que hizo fortuna en la historiografía norteamericana, viene a decir que las peculiaridades que presenta la cultura de los Estados Unidos con respecto a la cultura occidental europea están en función, en buena parte, de la existencia de la Frontera. Y es que «frontera» no tiene el mismo significado para los europeos que para los norteamericanos. Para las sociedades europeas, «frontera» es la delgada línea que separa a una entidad política organizada de otra entidad política bastante similar. La pueden hacer variar las guerras o los tratados, pero la frontera es una delgada línea. Para este concepto los norteamericanos utilizan la palabra *border*, pero el término que utilizan para su Frontera es *Frontier*. Y esa *Frontier* no es una línea, es todo un territorio; un espacio geográfico de profundidad y localización variable, según el momento y la zona hasta donde ha llegado la sociedad norteamericana en su expansión hacia el Oeste, Norte o Sur, según se aleja del Atlántico y coloniza territorios. Territorios en los que la existencia de indígenas no cuenta y que se consideran vacíos: aptos para la colonización. En la tesis de Turner y sus seguidores, la existencia de ese espacio vacío, que va siendo ocupado por la población en su expansión, genera individualismo, tendencia a la movilidad, asociacionismo entre distintas entidades políticas o sociales para afrontar desafíos comunes y otras muchas características que particularizan a la sociedad norteamericana contemporánea, heredera de esas tradiciones.

Toda esta teoría de la Frontera configuradora ha sido posteriormente matizada, discutida, y puesta en cuestión en determinados aspectos, pero sigue siendo importante en la visión que los norteamericanos tienen de sí mismos y en lo que reflejan en su literatura sobre su colonización de los territorios hacia el Oeste. Y esa diferente concepción vital que los norteamericanos tienen respecto a los europeos se puede constatar incluso estadísticamente. Sólo un ejemplo: según el censo norteamericano de 1950 las tres cuartas partes de los residentes en núcleos urbanos —¡las tres cuartas partes!— habían cambiado de residencia en la década anterior.

Bien, como se apuntaba anteriormente, ese avance humano hacia el Oeste creaba Frontera con ritmos, profundidades y rapidez variables. El proceso tocaría a su fin en torno a 1890. En el siglo XVII la Frontera iba subiendo por los ríos que vierten al Atlántico hacia el interior del

continente, y llegaba algo más allá de lo que se denomina la «línea de las cascadas». Hacia la segunda mitad del siglo XVIII la frontera está por el Ohio. En la época revolucionaria cruzaba los Allegheny y entraba en Kentucky y, hacia 1830, cuando comienza *Bajo cielos inmensos*, la mitad de Louisiana y el Missouri sudoriental está parcialmente colonizada. En aquellos momentos la región fronteriza se extiende en torno a los Grandes Lagos; las Montañas Rocosas y hacia el sur, la Florida y la región del Mississippi también están incluidas en ella.

Pero, obviamente, los grupos humanos no llegan al mismo tiempo. Tradicionalmente a la Frontera llegan primero los traficantes de pieles, que ascienden cazando y comerciando por los ríos; luego llegan los mineros; más tarde los ganaderos y, finalmente, los agricultores. Luego llegan el Capital, la Industria y las restantes actividades propias del conjunto del país. Y las velocidades son distintas… La Frontera del trampero, la del minero, la del ranchero y la del agricultor están, en los mismos años, en sitios distintos. En palabras del propio Turner: «Cuando las minas y los cercados para las vacas están todavía cerca de la “línea de las cascadas”, las caravanas de acémilas de los traficantes hacían oír sus campanillas a través de los Alleghenys, y los franceses de los Grandes Lagos fortificaban sus puestos alarmados por la canoa de abedul del comerciante británico…».

Todas estas actividades de Frontera, que ejerce gente de la Frontera y —digámoslo así— de distintas Fronteras, dio lugar a una variada tipología de caracteres y denominaciones relacionadas con las actividades practicadas por estos individuos. A veces significan cosas parecidas; en otras ocasiones, destacan determinadas habilidades. Sería necesario un extenso glosario, laborioso e inevitablemente inexacto, para explicar y crear paralelismos que traduzcan al español toda esta terminología que vamos a encontrar en muchas novelas western de «primera Frontera» o «prewestern»: *mountain man, frontiersman, scout, fur trapper, indian trader, indian fighter, pioneer*, comanchero… Son términos vagos e inexactos a veces; varios de ellos aplicables a un mismo individuo, según el punto de opinión al que se le someta… Pero sobre tres de estos términos *mountain man, indian trader* y *fur trapper*, algo se tendrá que apuntar, porque de ellos trata *Bajo cielos inmensos*.

Alfred Bertram Guthrie, Jr., su autor, nacido en Indiana en 1901, abordó tardíamente el género narrativo. Educado en escuelas de Washington y Montana, dedicado inicialmente al periodismo, comienza a dar clases y conferencias en distintas universidades y a recibir premios y distinciones —cuya lista pormenorizada nos ocuparía casi una página— allá por los inicios de la década de 1950. Su producción literaria no ha sido nunca muy extensa, pero siempre ha tenido una alta calidad. Ha escrito novelas de misterio —tiene una celebrada serie narrativa centrada en dos personajes, Chik Charleston y Jason Beard, que realizan sus investigaciones en una pequeña ciudad de la Montana contemporánea—, cuentos infantiles, fábulas de animales, ensayos y una autobiografía. Pero lo que realmente tiene trascendencia para nosotros son sus cinco novelas dedicadas a evocar el desarrollo como país de los Estados Unidos. Son lo más destacado de lo salido de su pluma y la segunda de ellas le valió el premio Pulitzer en 1950; sin embargo la primera, *Bajo cielos inmensos*, publicada en 1947, se considera su mejor novela.

Bajo cielos inmensos evoca fiel y emocionadamente la era —y vamos a aparcar de momento la terminología anglosajona, más exacta, pero menos familiar entre nosotros— de los tramperos y

los tratantes de pieles. La obra maestra de Guthrie, una eterna visitante del «top ten» de novelas de este género entre los expertos en literatura western, se inicia en 1830 en una pequeña granja de Kentucky. Boone Caudill, un joven de diecisiete años, harto de soportar a su padre, se escapa de la granja en dirección a San Luis. Está fascinado por los relatos del hermano de su madre, Zeb Calloway, un auténtico *mountain man*. En palabras de Guthrie, tío Zeb «había luchado contra los indios, había cazado búfalos y viajó a muchos lugares lejanos en zonas del país donde uno podía no ver a otro ser humano durante un año, a excepción de algún indio». Y permítaseme el inciso: esa es la peculiaridad de un *mountain man*, que no es exactamente un trampero —aunque trampero sea lo más homologable a *mountain man* que puede proporcionar el idioma español—. Un trampero puede ser un mero empleado de una compañía peletera. Los *mountain men*, de procedencias étnicas y formaciones muy diversas, vivían alejados de la civilización durante muy largos periodos de tiempo. Comerciaban a veces con los indios; cazaban pieles que intercambiaban en los ocasionales *rendezvous* donde se reunían indios, *mountain men*, tramperos y comerciantes para hacer negocios, y solían acabar teniendo compañeras indias e hijos mestizos. Y hubo *mountain men* anglosajones, mexicanos, negros, de origen iroqués, religiosos, cultos o todo lo contrario… pero siempre con una actitud de rechazo, o reluctancia al menos, a vivir en la civilización blanca. Pero, volviendo a Boone Caudill y su escapada camino de San Luis, le seguimos hasta que se encuentra con otro muchacho soñador algo mayor que él, Jim Deakins. Ambos decidirán ir hacia las grandes llanuras, y quizá, encontrar a tío Zeb. Bueno, tío Zeb no aparece inmediatamente, pero eso no mitiga las ansias de esta pareja de muchachos de viajar hacia los grandes espacios por explorar que quedan hacia el Oeste y, por ello, no demasiadas páginas después, les vemos formando parte de la tripulación, mayoritariamente francesa, de la barcaza *Mandan*, capitaneada por el traficante en pieles Jourdonnais, al que acompaña un auténtico *mountain man*, un cazador llamado Dick Summers. Pretenden llegar a la lejana tierra de los pies negros remontando el Missouri y comerciar con ellos… y eso es algo descabellado, porque los pies negros son extremadamente belicosos y exterminan a quienes entran en su territorio… Y a partir de aquí nos esperan cuatrocientas páginas o más de aventuras, descripciones de una naturaleza aún virgen y salvaje y maravillas que sería desastroso revelar ahora.

Algo sí que comento: quien crea que por haber disfrutado de la película *Río de sangre* (*The Big Sky / Bajo cielos inmensos*), realizada por Howard Hawks en 1952, sabe lo que va a ocurrir en esas prometedoras cuatrocientas páginas pendientes, se va a llevar una auténtica sorpresa. *Río de sangre*, el film, sigue bastante de lejos y sólo en parte la novela de Guthrie. Así que, dos placeres distintos: una excelente película y una excepcional novela.

La intención de Guthrie de plasmar en un lienzo de cinco grandes novelas el período que va desde 1830, cuando se inicia *Bajo cielos inmensos*, hasta los primeros años tras la Segunda Guerra Mundial, conjuga a la vez profundidad psicológica, habilidad narrativa e investigación histórica. Incluso su ficción viene marcada por un interés en reflejar fielmente la época. En *Bajo cielos inmensos* es fácil hacer un retrato psicológico de Boone Caudill, de Summers, Jourdonnais y Jim Deakins. Cada uno tiene esquemas de pensamiento, creencias profundas, manías, opiniones, e incluso objetivos, reconocibles y distintos. El personaje «principal», de tener que señalar alguno, es Caudill, pero no responde precisamente al arquetipo de un héroe sin tacha. Los acontecimientos

son lógicos, pero no previsibles. La descripción de las tribus que se van encontrando y su localización es exacta. Incluso se utiliza a veces la terminología que en aquellos días se empleaba para denominar a determinadas tribus, denominaciones ahora caídas en desuso —caso de los *arikaree*, antes frecuentemente denominados *ree*—, se mencionan los intentos de las compañías peleteras por hacerse con el control y el acceso a determinadas zonas de caza y trueque, la problemática de las tribus favorecidas por el comercio y su posición hegemónica respecto a las apartadas del trato, etc. Y es que, a fin de cuentas, se podía acudir a buena documentación sobre el periodo. La zona que nos ayuda a visitar *Bajo cielos inmensos* es significativamente la misma que recorrieron Lewis y Clark por cuenta del gobierno norteamericano unos veinticinco años antes que nuestros protagonistas. Remontaron el Missouri hasta los poblados de los *mandans*, donde pasan el invierno de 1804-1805, y desde allí avanzan hasta las cataratas del Missouri, atraviesan las Montañas Rocosas y, tras llegar al Pacífico, vuelven a enlazar con el Missouri, una vez dividida su expedición en dos: bajando unos por el Yellowstone y otros por el río Marias. Años más tarde, recorrería las mismas regiones la expedición del príncipe alemán Maximilian, príncipe de Wied en 1832 y 1834 —casi pudo encontrarse con nuestros protagonistas de la barcaza *Mandan*—. Maximilian llevó con él al joven y eminente pintor Karl Bodmer, y quien desee disfrutar de buena parte de lo que los protagonistas de *Bajo cielos inmensos* tuvieron ocasión de contemplar, pueden hacerse con el *Travels in the Interior of North America*, de Maximilian Príncipe de Wied y Karl Bodmer. De verdad que vale la pena la increíble profusión de acuarelas y dibujos del joven pintor de Zurich.

Y esa profundidad histórica continuará en las siguientes novelas de la saga. La segunda de ellas, *The Way West* , está centrada en los grandes movimientos migratorios que llevaban a los colonos en caravanas hacia el Oeste. Otro auténtico desafío para que Guthrie demostrase sus dotes, a un tiempo, de evocación e investigación. Los siguientes títulos de la pentalogía, *These Thousan Hills* (1956), *Arfive* (1971) y *The Last Valley* (1975) continuaron su proceso de evocación histórica, aunque hay acuerdo generalizado en que *Bajo cielos inmensos* y *The Way West* , cuyos escenarios revisitaría posteriormente con una novela tardía, *Fair Land, Fair Land* (1982), son los mejores. Y un par de curiosidades más sobre Guthrie. Como suele decirse: «Dios los cría, y ellos se juntan». Guthrie también estuvo muy relacionado con la Universidad de Missoula en Montana, al igual que quien fue su corresponsal y amiga, Dorothy M. Johnson —de quien ya se han publicado dos libros en esta misma colección Frontera—; y, en fin, debieron formar un núcleo curioso, porque Guthrie, de quien se llevaron al cine dos novelas —*Río de sangre* (Howard Hawks, 1952), basada en *Bajo cielos inmensos*, y *Camino de Oregón* (Andrew V. McLaglen, 1967), basada en *The Way West*—, a su vez intervino, junto a Jack Sher, en el guión de *Raíces profundas* (*Shane*, Georges Stevens, 1953), basada en la novela del amigo de Dorothy M. Johnson y del mismo Guthrie, Jack Shaefer. Como es habitual en el western, el cine, la literatura y los escritores andan muchas veces de la mano.

Y volvamos ahora a la afirmación de partida de esta introducción: «Pero, no se crean… que no hay nada más melancólico en el western que las crisis emocionales de los *mountain men*». Pues a eso vamos. Es una tentación, para quien conozca ambas, comparar *El trampero* de Vardis Fisher con *Bajo cielos inmensos* de A. B. Guthrie. Se desarrollan en la misma zona; ambas tiene a los

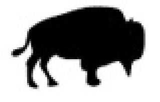
traficantes de pieles, los *mountain men* y los pieles rojas como protagonistas; y la Naturaleza, sobre todo la Naturaleza. En Vardis Fisher la tendencia a lo lírico y solemne es mayor que en Guthrie; la enfatización más intensa y, a veces, los excesos mayores, ya que los riesgos de sobreactuación, también lo son. Guthrie es más calmo, no menos lírico, ni menos fascinado por el espléndido marco natural, pero sí menos encendido. Su épica apela al entendimiento y al cerebro al mismo tiempo que a la imaginación. Ambos se sienten fascinados por ese periodo en que la Frontera avanza por los ríos de manos de la industria de las pieles. De hecho, Vardis Fisher volverá a hacer una incursión en el mundo que recorre su Sam Minard cuando escriba *Tale of Valor*, basada en la anteriormente citada expedición de Lewis y Clark. ¿Nostalgia? Parece un mundo nuevo, un país que está en los inicios de su colonización. Algo muy alejado de los nostálgicos westerns crepusculares… y sin embargo hay muchos momentos en los que el Sam Minard de *El trampero* se lamenta amargamente de que su mundo se acaba. Llegan los colonos en sus largas hileras de carretas como una plaga. Ya casi no hay castores, ni búfalos. Muchos de sus compañeros, los tramperos libres que trabajan al margen de las compañías, han muerto o lo han dejado. A su vez, en este *Bajo cielos inmensos* podemos oír los lamentos de Zeb Calloway: «Todo lo que nos rodea ha desaparecido, por Dios, y nadie se preocupa a excepción de algunos de nosotros que lo hemos conocido cuando era tierra virgen». (…) «¡Jesús! ¿Por qué no se quedan en sus casas? ¿Por qué no nos dejan esta tierra a nosotros tal como la encontramos? Por Dios, esta tierra es nuestra por derecho propio. Dios, era una belleza hace un tiempo. Bella y virgen, y no estaba horadada por las rutas de los hombres a excepción de las de los indios, en toda su amplitud». El otro *mountain man*, Dick Summers, tras pasear su memoria por la larga lista de amigos desaparecidos y enumerar a muchos de ellos, se deja llevar por el desaliento: «estaban estos y más, y todos estaban muertos ahora, muertos o desaparecidos, y en ocasiones Summers sentía que él, junto a algunos como el viejo Étienne Provost, pertenecían a otra época». Incluso una gran película sobre este tema, *Más allá del Missouri* (*Across the Wide Missouri*, William A. Wellman, 1951), protagonizada por Clark Gable y sobre los mismos parámetros que las películas y novelas comentadas en esta presentación, se inicia con una mirada hacia el pasado y a los buenos tiempos ya desaparecidos. El mundo de los *mountain men* arrastraba tras ellos su propio crepúsculo. Gracias a las rutas abiertas por ellos, gracias a que ellos les servían de guías, la civilización les alcanzaba, y exterminaba por su mera presencia el mundo que ellos amaban. Como dice John D. Nesbitt opinando sobre la cuestión en un gran artículo sobre Guthrie… «una triste paradoja».

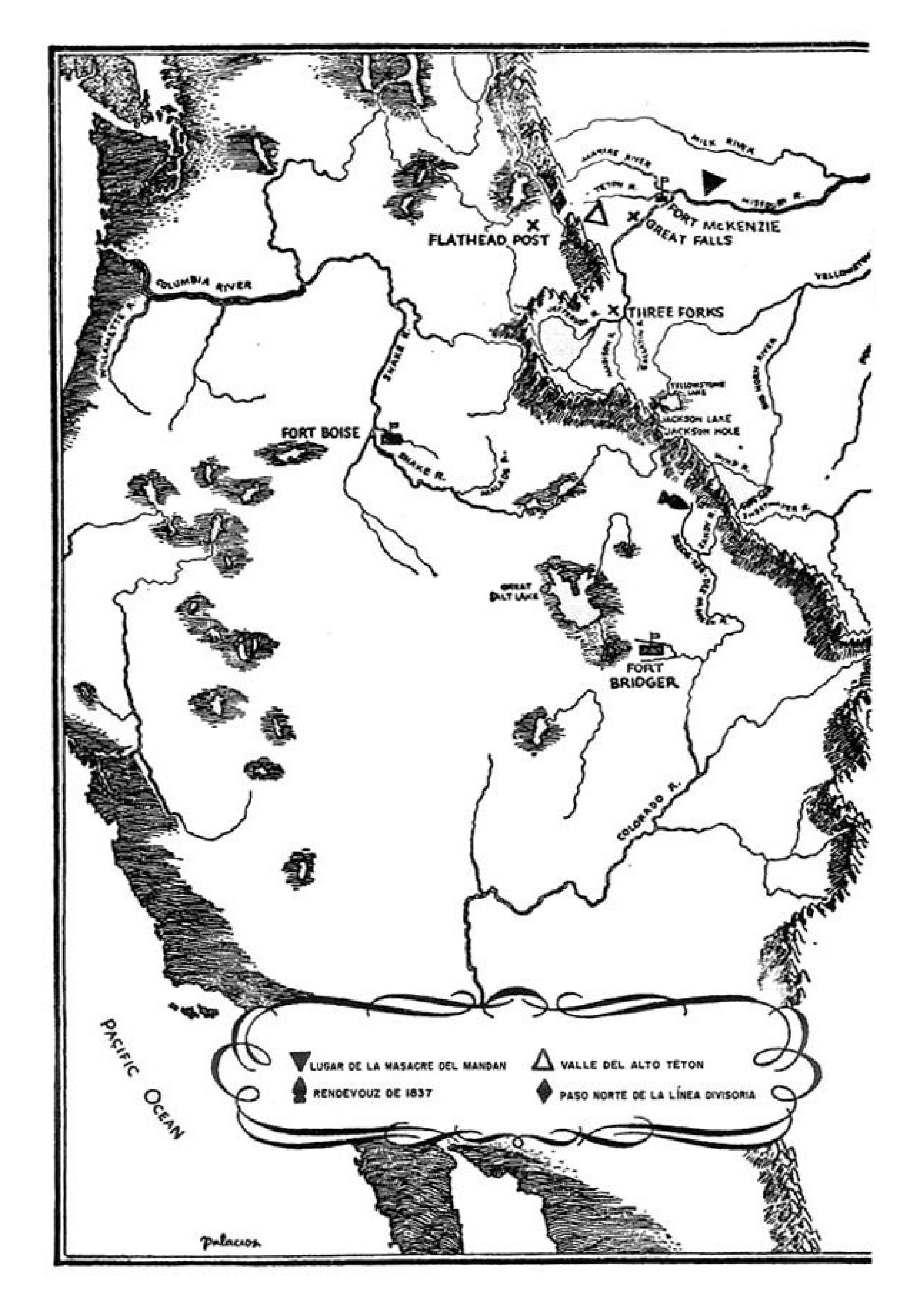
Una última advertencia sobre los nombres de tribus. Todo es discutible en cuanto a los nombres de las tribus… Un ejemplo: los *nepercy, pierced noses, nez perce* y «narices perforadas» son las mismas gentes, según escriban de ellos los anglosajones, los franceses o los hispanos. Y una última cuestión respecto a los pies negros. Sus tres grupos principales eran los *piegans*, los *blood* y los *siksika*.

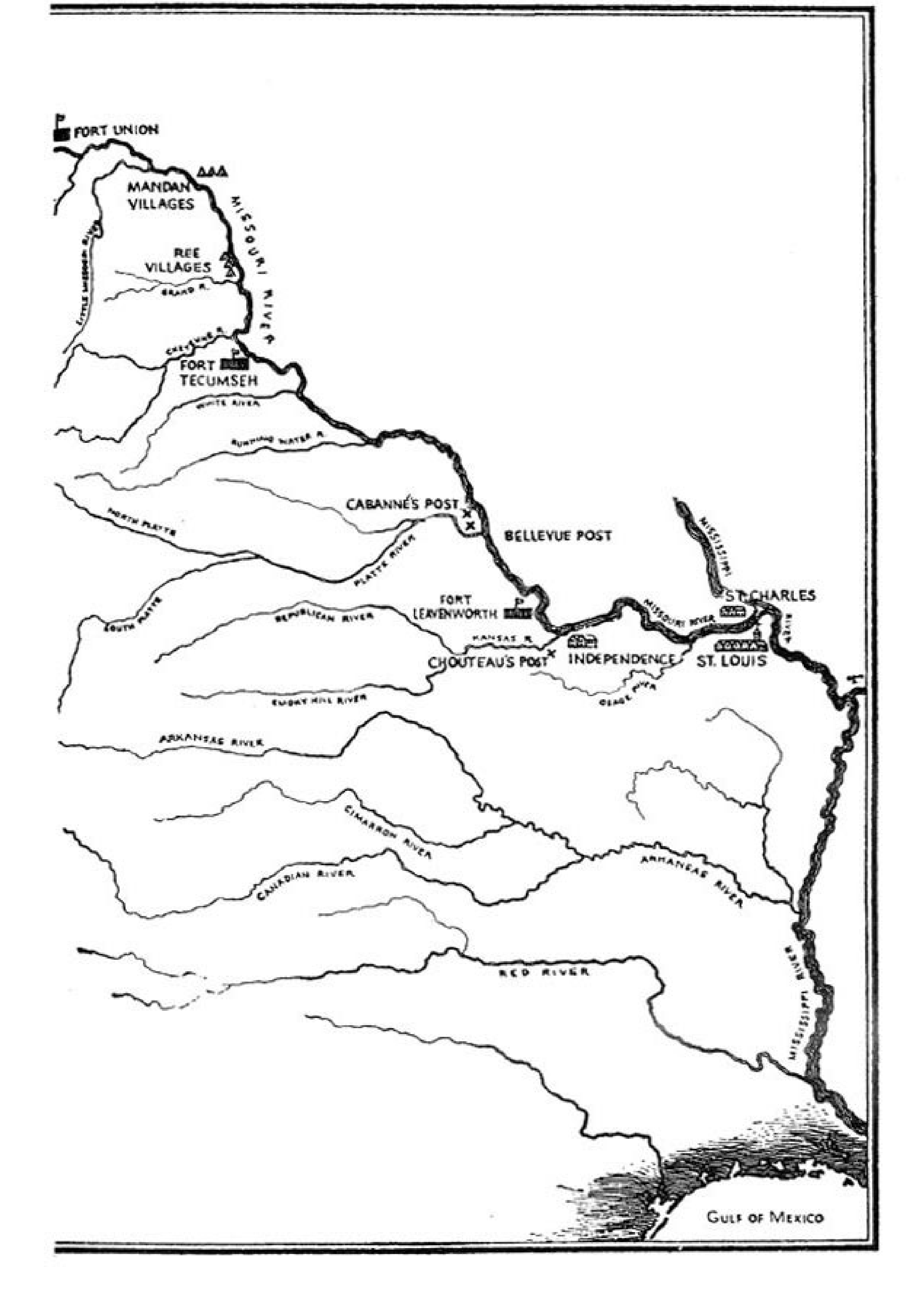
De modo que disfruten de esta novela la mitad de lo que yo he disfrutado, les habrá valido muy mucho la pena.

ALFREDO LARA LÓPEZ

BAJO CIELOS INMENSOS




MILK RIVER
MARIAS RIVER
TETON R.
MISSOURI R.
FORT McKENZIE
FLATHEAD POST
GREAT FALLS
COLUMBIA RIVER
YELLOWSTONE
THREE FORKS
YELLOWSTONE LAKE
JACKSON LAKE
JACKSON HOLE
SNAKE R.
FORT BOISE
SNAKE R.
GREAT SALT LAKE
FORT BRIDGER
COLORADO R.
PACIFIC OCEAN
LUGAR DE LA MASACRE DEL MANDAN
VALLE DEL ALTO TETON
RENDEVOUZ DE 1837
PASO NORTE DE LA LÍNEA DIVISORIA
Palacios


FORT UNION
MANDAN VILLAGES
MISSOURI RIVER
REE VILLAGES
LITTLE MISSOURI RIVER
GRAND R.
CHEYENNE R.
FORT TECUMSEH
WHITE RIVER
RUNNING WATER R.
CABANNÉ'S POST
BELLEVUE POST
NORTH PLATTE
PLATTE RIVER
MISSISSIPPI
ST. CHARLES
FORT LEAVENWORTH
MISSOURI RIVER
SOUTH PLATTE
REPUBLICAN RIVER
KANSAS R.
CHOUTEAU'S POST
INDEPENDENCE
ST. LOUIS
RIVER
OSAGE RIVER
SMOKY HILL RIVER
ARKANSAS RIVER
CIMARRON RIVER
CANADIAN RIVER
ARKANSAS RIVER
RED RIVER
MISSISSIPPI RIVER
GULF OF MEXICO

PRIMERA PARTE

1830

Capítulo I

Serena Caudill oyó unos pasos fuera y luego el crujido de la puerta de la cabaña y supo que era John quien entraba. Mantuvo la mirada en el hogar, en el que se doraba una gallina.

—¿Dónde está Boone?

—Por ahí, supongo.

Ella levantó la mirada y lo vio cerrar la puerta a la lluvia que se colaba, vio que la cerraba sin girar el cuerpo, mientras recorría con los ojos la cocina en penumbra. Se dirigió cojeando hacia la pared, produciendo unos golpes irregulares en las tablas del suelo, y colgó su abrigo en un gancho, pero se lo pensó mejor y se lo echó hacia atrás por encima del hombro. En el calor de la habitación los olores de vaca y sudor y bebida y lana húmeda emanaban de él.

—Se puede saber si está lloviendo sólo por el sonido de tus pisadas —dijo ella, mientras le seguía con la mirada.

—Dices eso un montón de veces —se quedó de pie frente a la ventana, como si pudiera ver a través del papel secante que hacía las veces de cristal—. No andarías con esa cantinela si tuvieras plomo en la pierna.

—No le estoy quitando importancia —dijo ella, y probó la gallina con un tenedor. En su mente Serena lo veía aquel día cuando regresó de Tippecanoe con una bala en el muslo y el ensangrentado pellejo de un indio en su alforja. Se había guardado la cabellera, había tintado la piel y se había hecho un cuero para afilar navajas con ella. Sucedió hace años, eran buenos tiempos para un hombre que por aquel entonces no tenía que lidiar con las miserias de una herida.

Él se giró.

—Vaya, ¿dónde está Boone?

Ella logró mantener la boca cerrada, pero su cabeza se meneó como si él la hubiera empujado, señalando en la dirección de la pasarela cubierta que conducía a la cabaña donde dormían.

La voz de John retumbó en la habitación.

—¡Boone! ¡Eh, Boone!

Unos pasos sonaron en la pasarela, por encima del incesante susurro de la lluvia. La puerta se abrió de par en par. Boone estaba allí fuera, dejando que la lluvia cayera sobre él.

—¿Qué quieres?

—¡Entra!

—¿Qué quieres, Pa?

Boone se coló dentro, dejando la puerta abierta.

—Has estado en la tienda otra vez, bebiendo licor y montando bronca, como si ya fueras un hombre hecho y derecho.

Serena intentó ocultar el temblor de su voz.

—Si le pasó algo fue por ser honesto.

—No le corresponde al ternero bramar como el toro. Mantén tu larga narizota fuera de este asunto, vieja.

Sus ojos regresaron al chico.

—Has estado a esto de matar a Mose Napier.

—Él me metió el diablo en el cuerpo.

—Y te lo meterá aún más. Ambrose Napier ha jurado que va a denunciarte para que te arresten.

—¿Ambrose ha ido a la justicia? —preguntó Serena.

—¡Maldita sea! ¿Es que no puedes mantener la boca cerrada? Sí, lo ha denunciado —y dirigiéndose a Boone añadió—: Venga, sal fuera.

—No vas a volver a darme una paliza, Pa.

—¿Y eso?

—El mes pasado cumplí diecisiete años y no tengo intención de aguantarlo más.

—Podrás tener intención de lo que quieras cuando la ley diga que ya eres lo suficientemente mayor.

—Te he dicho que no voy a aguantarlo más. Me defenderé.

Pa cogió a Boone por el brazo y lo empujó hacia la puerta.

—Todavía no eres lo suficientemente fuerte para tu padre.

—Me marcharé de aquí. Además, para siempre. Nada me retiene aquí.

—Lo dice en serio, Pa —dijo Serena—. ¿Es que no lo ves? Y con la falta que nos hace aquí.

—Ya te he dicho una vez que te calles, ¡pero no, por Dios, siempre tienes que meter baza! No te lo voy a repetir —Pa dio un empujón a Boone—. Si te marchas, la justicia te traerá de vuelta. ¡Sal fuera ahora mismo!

Serena los vio salir. Eran casi de la misma altura, pero la corpulencia de Pa hacía parecer delgado a Boone. Serena se giró hacia el hogar y volvió a pinchar la gallina con el tenedor que había olvidado en su mano.

Boone oyó que Pa le pisaba los talones cuando salió por la puerta. Le llegó el fuerte tufillo de whisky que se había agriado en su estómago. Escuchó la puerta cerrarse y sintió el golpeteo de la llovizna sobre su pelo.

La voz de Pa le sorprendió; sonaba cambiado ahora, y amigable.

—Boone. Oh, Boone.

Boone giró la cabeza y entonces Pa le propinó un puñetazo. Su puño impacto en el pómulo de Boone. Boone se tambaleó hacia delante y cayó sobre el barro. Por encima del martilleo que sentía en su cabeza pudo oír la voz de Pa.

—¡Maldito seas! ¡Te crees que puedes retarme!

La bota de Pa retrocedió preparándose para propinarle una patada. Boone se alejó rodando, colocó las rodillas debajo de su cuerpo y se abalanzó hacia delante, hasta que finalmente se apoyó sobre sus dos pies y echó a correr.

Pa lo persiguió chapoteando con sus botas sobre la tierra húmeda y estas sonaban como las de un hombre con un fuerte par de piernas. Tenían la pila de leña frente a ellos. Un tronco sobresalía de la pila como si estuviera esperando a ser agarrado. Salió fácilmente. Girándose con el propio impulso del palo, Boone vio fugazmente el rostro asustado de Pa. El golpe del palo contra su cabeza fue como un repentino y violento estacazo contra una calabaza. Pa dio un par de pasos

vacilantes, y a continuación se cayó todo lo largo que era y se quedó inmóvil en el suelo.

—¡Toma! —dijo Boone, y dejó caer el palo. Ahora que había parado de correr podía sentir la sangre palpitando en sus oídos.

De entre las sombras que rodeaban el viejo granero de los Caudill, Dan salió sigilosamente.

—¡Por Dios todopoderoso, Boone! —dijo mientras se inclinaba para observar a Pa—. Me he estado escondiendo, sabía que Pa estaba con ganas de bronca. Ahora te va a matar, si es que no está ya muerto.

—A mí no, no lo hará.

—¿No?

—Me voy a marchar.

—¿Te vas?

—¿Quieres venir conmigo?

—Creo que no, Boone. De todas formas, Pa no está enfadado conmigo.

—Sabía que no vendrías.

—¿Adónde vas a ir?

—No te lo voy a decir.

Boone dio media vuelta y se dirigió a la cabaña, de donde salía el destello de una vela recién encendida. Antes de llegar a la puerta, Dan corrió detrás de él y lo empujó hasta la cocina.

Ma estaba sacando el ave del espetón.

—Boone se ha cargado a Pa, casi seguro —le anunció Dan.

Ella llevaba ya el ave a la mesa. Las palabras de Dan hicieron que se detuviera. Sus ojos se dirigieron a Boone.

—¡Que se vaya a la mierda! —exclamó Boone.

—¿Qué?

—Le golpeé con un palo.

Y Dan añadió:

—Está tirado allí fuera y la lluvia cae sobre él y no se da ni cuenta.

Ma cogió un gorro y comenzó a ponerse un abrigo raído.

—¿Puedes esperar hasta que me haya ido? —preguntó Boone.

—¿Te vas a ir? —Serena se quedó allí de pie totalmente inmóvil, como si estuviera intentando asimilar la información—. No dices en serio eso de marcharte, ¿verdad, Boone? Te echará encima a la ley.

Boone atravesó la cocina y salió por la puerta del pasaje cubierto, entró en la otra cabaña y cogió de un arcón una camisa a rayas y ropa interior de algodón y calcetines tejidos a mano. De regreso en la cocina, estiró la camisa sobre el suelo y dejó caer el resto de ropa sobre ella e hizo un hatillo con todo.

Serena lo observó. De debajo del lavabo cogió un saquito y se lo dio sin hablar.

—Menudo porrazo le has soltado, Boone.

—Ve a ver cómo está tu padre —le ordenó Ma—. Estaré ahí en un periquete —Dan se dirigió a la puerta arrastrando los pies; a continuación Serena se dirigió a Boone—: No sé para qué quieres llevarte ese cuero de afilar navajas, ni esa cabellera tampoco.

Boone sujetó en alto el cuero y la cabellera que Pa había conseguido en la pelea con el Profeta. El color del cuero estaba desvaído y había comenzado a deshacerse por los bordes, pero seguía siendo un cuero de afilar de piel de indio genuino. El pelo de la cabellera había perdido su lustre, y la pequeña porción de piel que mantenía los cabellos unidos se había arrugado rizándose y se perdía entre el pelo como un arrancamoños seco enterrado bajo el pelaje de un perro.

—Yo sí lo sé —respondió Dan—. Quiere pavonearse por ahí con eso, como siempre hace Pa —soltó una risilla—. Supongo que también cojeará de una pierna.

—Yo no quiero ser como Pa, y tampoco me llevaré nada de ti, Dan. ¿Me oyes?

Entonces desenrolló la camisa y metió el cuero de afilar navajas y la cabellera con el resto y volvió a atarlo con fuerza en un hatillo, y luego lo metió en la bolsa que Ma le había dado. Después echó una mirada a la habitación y se acercó al rincón junto a la puerta, cuando sus ojos tropezaron con el rifle de Pa, su pólvora y el saco de perdigones.

—No sé qué hará tu padre sin ese rifle —dijo Ma.

—Si no lo has matado con el palo, lo matarás si te llevas a Viejo Tiro Seguro —apostilló Dan.

Boone se colgó el cuerno y el zurrón del hombro y cogió el rifle y el hatillo. Miró a Dan y luego a Ma.

—Será mejor que te des prisa, Boone —dijo Dan echando una mirada a la puerta—. No sabemos cuándo volverá en sí Pa.

A pesar de sus bromas y tonterías, en el fondo Dan era un buen chico.

Serena apartó la mirada de Boone y, de repente, vio la gallina olvidada sobre la mesa. La cogió y la metió en un trapo y se la dio a Boone. Sus ojos no se cruzaron con los de su hijo; clavó la mirada en su pecho. De repente Boone vio que Ma parecía un conejo cansado y triste, con ojos redondos y llorosos y moviendo la nariz. Boone sintió que su rostro se desencajó de repente y su garganta se cerró en un nudo y a punto estuvieron de asomar unas lágrimas en sus ojos.

—Adiós —se despidió Boone.

—Que tengas buena suerte, Boone —su voz salió en un susurro oxidado.

Dan lo siguió hasta la puerta. Era noche cerrada allá fuera, tan húmeda y negra que hacía que uno quisiera regresar dentro. Dan habló entre susurros.

—¿A San Luis?

A través del murmullo de la lluvia les llegó el golpeteo de unos cascos de caballo. El viejo perro de los Caudill empezó a ladrar.

—¡Tú cierra la boca! —dijo Boone, y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO II

Durante toda la noche Boone viajó bajo la lluvia, sintiendo el continuo goteo sobre su cabeza y sus hombros mientras con los ojos buscaba el oscuro sendero entre los árboles y su mente repasaba una y otra vez la pelea en la tienda y el problema posterior con Pa. Suponía que le había hecho un buen destrozo a la cara de Mose Napier. Todavía podía verlo allí tumbado sobre el suelo, con la mandíbula abierta y torcida y los ojos en blanco. En todo caso, había hecho lo correcto. Era lo que Mose había estado pidiendo. Mose era mayor que él, al menos dos años, y se le habían subido los humos a la cabeza. Una persona podía aguantar hasta cierto punto y luego, si era un verdadero hombre, dejaba de aguantar, por lo menos siempre que pudiera devolver el golpe.

Supuso que también se había cargado a Pa. Le descerrajó el golpe con todas sus ganas. Y, como en el caso de Mose, hizo lo correcto. A Pa le producía placer apalear a las personas, especialmente cuando se embrutecía con licores. No parecía que el licor afectase a Pa de la misma manera que afectaba a otros hombres. No le hacía reírse ni sentirse más importante. Sólo se volvía más y más miserable y su rostro se retorcía como el de un demente y, cuando regresaba a casa, más le valía a todo el mundo actuar como si él fuera Dios Todopoderoso o Pa lo caneaba. Aunque lo hacía igualmente cuando estaba en ese estado.

Boone pensaba que no había hecho nada que un hombre de verdad no hubiera considerado necesario hacer. Un hombre no podía volver a mirarse en un espejo si dejaba que la gente lo vapuleara. ¿Y qué si él mismo había tomado algo de licor cuando se encaró a Mose? Seguía siendo lo correcto, y las cosas se resolvieron de hombre a hombre, como debían resolverse. Y aun así los Napier habían acudido a la ley y habían puesto al sheriff tras sus talones. Y Pa probablemente también acudiría a la ley, viendo que no podía apañárselas él solo. No era justo meter en el ajo al sheriff sólo porque alguien hacía lo que debía hacer. No era justo que la ley fuera contra uno, haciéndole sentirse pequeño y solo, obligándole a huir. No era justo que todos se pusieran contra alguien que no estaba equivocado.

Era como si las personas y las cosas se hubieran aliado contra él, el sendero se perdía en la oscuridad y los árboles se apiñaban a su alrededor y la noche goteaba lluvia y tal vez unos ojos poco amistosos le observaban desde la oscuridad, riéndose cuando se tropezaba. Ya era más que suficiente cargar con una aterradora soledad en el corazón y una piedra en la garganta.

Pa sabría dónde buscarlo. Dan se lo diría si Pa le obligaba. Dan sabía igual que todo el mundo que se marcharía a San Luis con la idea de adentrarse en terreno indio desde allí y así, tal vez, encontrar al tío Zeb Calloway. Tío Zeb era el hermano de Ma y se había largado hacía diez años para cazar alimañas en el oeste. Había luchado contra los indios, había cazado búfalos y viajado a muchos lugares lejanos en zonas del país donde uno podía no ver a otro ser humano durante un año, a excepción de algún indio y, en ese caso, bajaba del caballo, se acercaba a él y se ponía a su nivel. Aquella vez, cuando tío Zeb regresó a Kentucky para visitarnos, llevaba puestas unas botas de ante que estaban negras por la grasa y la sangre y el fuego de campamento, y olía a humo y a almizcle y a licor, y cuando contaba dónde había estado era casi como escuchar un discurso. Hablaba en voz muy alta y movía los brazos y hablaba sobre ser libre como si fuera algo a lo que se pudiera aspirar. Pa se sentaba junto a él y bebía y observaba al tío Zeb cuando hablaba, y a

medida que la bebida iba apoderándose de él y su rostro se oscurecía, intentaba discutir que el Oeste no era gran cosa, después de todo, pero el tío Zeb le miraba como si mirase algo demasiado insignificante para ser tenido en cuenta. Y en ocasiones el tío Zeb se quedaba callado, con la mirada perdida, como si no viera nada, y Dan le preguntaba cosas para que volviera a hablar de nuevo.

La luz del día llegó lenta y sombríamente, pero la lluvia se había transformado en una suave llovizna y la llovizna poco a poco se fue apagando en el aire frío. Sin embargo, el cielo continuaba todavía gris y encapotado y, cuando Boone se paró sobre la cresta de una montaña para echar la vista atrás, la distancia quedó oculta tras la niebla. Se apartó un poco del sendero, ahora que había llegado el día, y en un bosquecillo cercano de robles negros desenvolvió la gallina y arrancó un muslo y un contramuslo. No era más que un bocado para el hambre que tenía, pero cuando terminó de chupar los huesos hasta dejarlos limpios envolvió de nuevo con el trapo el resto de la gallina, lo metió en la bolsa y se dispuso a cargar el Viejo Tiro Seguro, el rifle Kentucky de cañón largo que Pa guardaba como oro en paño. Pa ni tan siquiera dejaba que otra persona lo mirase, así de orgulloso estaba de él. El suave metal y la madera de arce tallada resultaban agradables al tacto.

Una vez hubo cargado el arma, Boone apoyó los hombros contra el tronco de un árbol sintiendo que sus músculos se derretían. Se levantaría enseguida y continuaría su camino, se dijo a sí mismo, y acto seguido se quedó dormido. Se despertó preocupado y entumecido por el frío. Por la apariencia del cielo sin sol supuso que ya debía de ser mediodía. Se levantó, nervioso por la sensación de que había perdido un tiempo que podría ponerse en su contra, y partió de nuevo.

Ahora se mantuvo en el margen del camino, poniéndose a cubierto en las crestas boscosas y, de vez en cuando, miraba hacia atrás por el camino cuando se abría la vista a sus espaldas. Avanzar de esta manera resultaba trabajoso pero más seguro, y milla tras milla escaló y descendió y bordeó el camino atravesando los bosques, hasta que la oscuridad comenzó a caer de nuevo y alcanzó una zona alta desde donde divisaba el valle del río Kentucky y, a través de la espesa penumbra, vio a sus pies un grupo de edificios que le parecieron Frankfort.

Se quedó inmóvil y sintió que el cansancio lo invadía como unas pesas tirando de sus músculos hacia abajo, intentando aplastarlo contra la tierra. Cuando se detuvo allí en la cumbre desde donde la ondulante hierba azul de Kentucky se deslizaba hasta el río, comenzó a temblar de frío. Todavía tenía la ropa húmeda y se le heló pegándose a su piel cuando el viento comenzó a soplar desde el río, atravesando su abrigo tejido a mano y sus pantalones vaqueros desgastados. Pequeños calambres recorrían los músculos de su pecho y espalda y, a menos que mantuviera la mandíbula cerrada, los dientes le castañeteaban.

Pero no podía hacer nada por evitarlo. No había pensado en coger pedernal y eslabón, y aunque había oído que se podía encender un fuego disparando a corta distancia sobre pólvora espolvoreada sobre unas ramitas, prefirió evitar el riesgo del disparo y el fogonazo. Podía bajar a la ciudad, por supuesto, y preguntar por un sitio donde pasar la noche, pero no tenía ni idea de cómo era la gente en aquel lugar, viviendo apiñados unos al lado de otros de esa manera. Probablemente había más representantes de la justicia allí de lo que uno creería, y un montón de

reglas que cumplir para evitarse problemas. De todas formas, todavía estaba demasiado cerca de casa. Tal vez alguno de los vecinos lo reconociera. Tal vez ya habían oído que escapaba de la justicia.

Comenzó a bajar en zigzag por la ladera dirigiéndose hacia la derecha y alejándose de la ciudad. Ya era de noche cuando llegó al río, pero una luz brillaba en una ventana un poco más abajo en la orilla y se dirigió hacia allí, pisando suavemente y dejando que el ruido de sus pasos se perdiera bajo el fuerte rumor del agua que corría a su lado. Se tropezó y se levantó y luego dejó a un lado la bolsa y estiró la mano hacia atrás hasta agarrar una soga. La siguió hacia abajo hasta llegar a la proa de una barca. Estiró la mano, exploró el fondo de la barca y notó que estaba seca, palpó por la borda y halló los remos metidos en sus soportes, como si el dueño la hubiera amarrado para volver rápidamente. Colocó el rifle en la barca, y también su bolsa, y luego, siguiendo la soga de regreso a la orilla, la desató del árbol y la empujó.

No tenía mucha soltura manejando embarcaciones, la corriente era fuerte y el caudal abundante, pero poco a poco logró dirigirla hacia la corriente y sintió el empuje hacia delante cuando se puso de espaldas a los remos. La orilla fue desvaneciéndose tras un borde negro, lejano y tenue como una nube sobre un cielo nocturno, y ahora ya sólo tenía el río que fluía negro por debajo y la corriente que arrastraba la barca y el constante susurro del agua. La luz de la orilla quedó atrás y desapareció, dejándolo sin punto de referencia por el que poder juzgar su rumbo, pero sintió el músculo poderoso de la corriente cuando entró en el canal y supo que estaba siendo arrastrado lejos río abajo. Sostuvo los remos, inclinándose hacia delante y echándose hacia atrás con toda la fuerza de sus piernas, su espalda y sus brazos, sintiendo el temblor de las palas cuando las arrastraba por el agua hacia delante. Una segunda luz parpadeó distante en la otra orilla y la usó como guía; se inclinó aún más sobre los remos hasta salir de la corriente y la orilla se elevó como una pared ante sus ojos. Varó la barca, luego la empujó sobre la orilla y la ató y, tras coger el rifle y la bolsa, se dirigió hacia la luz.

Intentó avanzar silenciosamente en la oscuridad, probando el terreno con la punta del pie antes de apoyarlo totalmente, pero unos matorrales en la ladera crujieron bajo sus suaves pisadas. Desde la casa se escuchó un perro que rompió a ladrar.

Boone paró y esperó, subiendo el rifle hasta el pliegue del codo. Estaba temblando de nuevo, ahora que el duro trabajo de remar había terminado, pero no parecía notar el frío. Era como si su cuerpo estuviera entumecido, demasiado agotado y hambriento para notar nada. El perro siguió ladrando, con mayor ahínco cuando el silencio lo envalentonó aún más. Boone apoyó el rifle en un árbol y sacó de la bolsa la carcasa con un muslo de la gallina. Arrancó el muslo, volvió a envolver el ave y la metió de nuevo en la bolsa, y luego dio un paso hacia delante con el brazo extendido y mostrando la mano mientras susurraba:

—¡Aquí, chico! ¡Aquí, chico!

Sintió al perro antes de verlo, sintió su frío hocico y cómo le arrebataba la comida de la mano, y escuchó los huesos rompiéndose. Entonces se inclinó.

—Buen chico —el animal colocó la cabeza bajo sus dedos. Le rascó alrededor de las orejas—. ¡Ahora, cállate!

Delante apareció un cuadrado de luz, y la figura de un hombre se dibujó en él y permaneció

allí en silencio durante unos instantes. Luego una voz dijo:

—Sólo ladra a algún mapache —y a continuación elevó la voz llamando al perro—. ¡Aquí, Blackie! ¡Aquí!

El perro se separó de la mano de Boone y se fundió en la oscuridad. El cuadrado de luz se redujo a una cinta y luego desapareció.

Boone se acuclilló, temblando, hasta que el resplandor en la ventana murió. Luego se acercó lentamente como un cazador y llegó a un pequeño patio y pudo distinguir la casa y, a su derecha, el contorno de un establo. Se acercó sigilosamente al establo, buscó a tientas la puerta y se metió dentro.

El cálido olor a vaca penetró en su nariz. Escuchó la suave respiración.

—¡So, amiga! —dijo en voz baja, cerrando la puerta tras de sí. Se quedó allí en pie sin moverse, dejando que el calor animal del lugar envolviera su piel, luego se cambió la bolsa al brazo con el que sujetaba el rifle y dio otro paso adelante—. ¡So! ¡So! —buscó a tientas con la mano libre, pero no encontró nada y se preguntó dónde estaba la vaca, hasta que con el pie tocó el suave pellejo y se percató de que estaba tumbada—. ¡So! —dijo, y temió que se levantara—. ¡So!

Pero el animal se quedó allí tumbado, y él posó la mano sobre el pelaje caliente, sorprendiéndose por su suavidad. Tocó también la paja a un lado de la vaca para comprobar que estaba seca, bordeó al animal, colocó el trasero sobre la suave cama de paja y se acurrucó con la espalda pegada al animal.

Dejó el rifle en el suelo, no lejos de su mano, abrió la bolsa y sacó lo que quedaba de la gallina. Se lo comió todo, y acabó triturando con los dientes los huesos más blandos y chupando las cavidades de los pulmones mientras la vaca rumiaba y le dejaba que se calentara contra su cuerpo. Luego se acurrucó aún más contra la vaca y apoyó la cabeza sobre su flanco y, con el penetrante y familiar olor del establo en la nariz, cerró los ojos.

En la exhausta nube de su mente apareció el rostro de Ma, los ojos oscuros y llorosos, la ancha nariz, la boca apretada, la triste mirada de haberse rendido al trabajo y a las preocupaciones, y a Pa. Vio a Dan dirigiéndose al establo y a la leñera haciendo tareas… Dan, que podía camelar a Pa, pero que no tenía el valor de enfrentarse a él. Vio la vieja madera de nogal americano de la parte trasera de la cabaña, la valla de maderos cruzados, el humo saliendo de la chimenea. Antes de poder detenerlo, se rompió un gemido en su garganta. Volvió la cabeza contra el flanco de la vaca y se echó a llorar.

—Que tú también tengas buena suerte, Ma —dijo.

Poco después se sentó y se secó las lágrimas de los ojos, sintiéndose avergonzado y también aliviado, y cada vez más reconfortado, seguro e invisible en el oscuro establo con la amable vaca por toda compañía. Volvió a acurrucarse junto a ella.

CAPÍTULO III

El movimiento de la vaca lo despertó. El animal rodó sobre su estómago, con un suspiro quejumbroso colocó las patas traseras bajo su cuerpo y levantó los cuartos traseros. Boone se despertó de inmediato, pero notaba el frío y la rigidez hasta en los huesos. Sin embargo, se sentía descansado y ansioso por partir mientras el resto del mundo seguía durmiendo. Se levantó y se entretuvo unos minutos estirando los músculos. Se preguntó cuánto tiempo faltaba para el amanecer. Tres horas, calculó. De todas formas, era mejor ponerse en marcha. Pero antes buscó a tientas el rifle y lo untó con el trapo en el que había estado envuelta la gallina. Había la suficiente grasa en el trapo para evitar que el rifle se oxidara. Después vació el saco de municiones y contó las balas mientras las volvía a guardar de nuevo una a una, metió el hatillo de ropa en la bolsa y luego encontró a oscuras la puerta y salió.

El cielo se había aclarado. Las estrellas brillaban, pequeñas y gélidas. Casi directamente sobre su cabeza pudo divisar el Carro boca abajo. Un rayo de luz apareció por el este del horizonte. Desde algún lugar se escuchaba el débil gorjeo de un pájaro. En una hora sería de día.

Su casa debía estar al noreste, a la izquierda del sol naciente. Miró en esa dirección, viendo la cabaña en su mente y el nogal americano y el humo saliendo de la chimenea. Dentro Ma estaba preparando el desayuno, cocinando panceta, huevos y pan caliente. Tal vez no volvería a ver a Ma nunca más, ni tampoco probaría de nuevo su comida. Tal vez sólo la recordaría, vería su rostro siempre triste y cansado, y sólo probaría su sopa y dulces y tajadas de carne en el recuerdo. Ma en esos momentos estaría preocupada pensando en él, probablemente, pero no diría mucho mientras Pa estuviera en casa. Deseó poder verla sólo una vez más. Le invadió tal debilidad que durante unos segundos pensó que no podía seguir su camino. Fue Pa lo que le hizo ponerse tenso, el recuerdo de Pa loco como un toro, y en el injusto golpe que le había propinado, y las palizas que le había dado anteriormente sólo por diversión. Probablemente Pa ya estaba tras él con las fuerzas de la justicia a su lado para ayudarle.

Boone se movía con rigidez, menos preocupado por el ruido ahora que se iba, avanzando río arriba hasta llegar al camino de pago que llevaba de Frankfort a Louisville. Entonces se desvió y lo siguió por la derecha y luego torció hacia la larga y empinada ladera del valle.

Cuando llegó a la cima ya volvía a tener calor y jadeaba por el esfuerzo de la subida; después paró para tomar aliento y echó la vista atrás hacia la cuenca donde se alzaba la ciudad, que ahora empezaba a despertarse. Aquí y allá aparecían luces. En la quietud le llegó el débil eco de una voz y el rítmico golpeteo de un hacha cortando madera. Al este la línea de luz se había ensanchado hasta convertirse en una banda. Las estrellas se apagaban.

Se colocó el rifle en el pliegue del brazo, cogió la bolsa y se puso en marcha de nuevo, andando por el centro del camino mojado y lleno de baches. Todavía era temprano para viajar y ahora que había cruzado el río se sentía más seguro, aunque más lejos del hogar. Sólo había tierras desconocidas frente a él; pero, en algún lugar al oeste por aquella carretera se encontraba Louisville, y más allá Greenville, Paoli, Vincennes, Carlyle, Lebanon y San Luis. Todavía podía oír al tío Zeb pronunciando todos esos nombres, dirigiéndose hacia el oeste en su mente, como un hombre hechizado.

Pensó que no había ningún motivo para abandonar todavía el camino, que posiblemente podía avanzar seguro por allí a menos que llegara a poblaciones y casetas de peaje. Podía esquivarlas dando un rodeo. Y si veía a algún viajero, podía simplemente meterse en el bosque fingiendo ser un cazador.

Deseó tener algo que echarse a la boca. Pan de maíz, gachas y cerdo salado, como le hubiera dado Ma si estuviera aún en casa, o cualquier cosa que pudiera masticar. Sentía un dolor sordo en el estómago y su boca comenzó a salivar sólo de pensar en ello.

Siguió andando mientras el sol palidecía y los árboles sin hojas al borde del camino se recortaban oscuros contra el frío gris de la mañana. El sol se asomó y miró por el borde del mundo como un ojo cauteloso desde detrás de una pared.

Al echar la mirada atrás, Boone vio que se aproximaba una diligencia, así que dejó el camino y se parapetó tras los árboles. La vio pasar; los cuatro caballos galopaban al tiempo que el conductor los azuzaba, el metal pulido relucía bajo el sol, el cuerpo de la diligencia traqueteaba sobre las abrazaderas mientras las ruedas rebotaban en el agreste terreno. Cuando se perdió de vista, Boone regresó al camino y desde una colina divisó un asentamiento en la distancia. La trompeta del conductor sonó en la distancia, anunciando a los habitantes la llegada de la diligencia.

Boone dio un rodeo para evitar la ciudad y retomó el camino tras rebasar una media milla la población, y tras haber esperado en el risco a que la diligencia pasara por allí.

Por lo que veía hasta donde le alcanzaba la vista, la carretera estaba vacía. Se subió los vaqueros, sacó el rifle de debajo de su brazo y lo apoyó en el hombro, y volvió a retomar el camino una vez más. Se preguntó a qué distancia estaría de Louisville. Se preguntó si Pa o la justicia iban en esa diligencia. Y deseó tener algo que echarse a la boca.

Preguntándose y deseando tales cosas, no oyó al viajero que se acercaba por detrás hasta que fue demasiado tarde.

—¿Adónde vas? —preguntó una voz amistosa.

La mano de Boone apretó con fuerza la culata del rifle al girarse. La voz procedía del pescante de un viejo carromato de labranza tirado por dos mulas tristes.

—Un tramo más por esta carretera.

—Sube.

El conductor tenía un rostro franco y amigable, no era viejo, veinticinco o treinta años, tal vez, pero de piel morena y marcada por la intemperie, como debía estar el rostro de un hombre. Tenía los ojos de un color azul tan brillante como el cielo de verano. De debajo de su raído sombrero caía un mechón pelirrojo.

Boone se montó.

—Me dirijo a Louisville —dijo el conductor—. Ojalá pudiera llegar allí antes de que anochezca, pero no importa mucho. El tiempo no significa nada para un hombre muerto, no más que para un gorrino, pero parece que importa un montón a sus familiares.

Señaló con el pulgar hacia la parte trasera del carromato, y Boone, echando la vista por encima del hombro, vio una caja de tablones de madera.

—Mi nombre es Deakins —dijo el hombre—. Jim Deakins. Vivo por aquí cerca.

Los ojos azules formularon una pregunta. Tras una breve pausa Boone respondió.

—Zeb Calloway.

Deakins le ofreció la mano.

—Encantado de haberte encontrado, Zeb. Bueno, a algunos tipos les da igual si la compañía que tienen está viva o muerta, pero no a mí, no puedo verle nada divertido a un cadáver.

Miró a Boone esperando a que respondiera algo como «Yo tampoco».

—Se limitan a quedarse ahí quietos —continuó—, sin soltar ni una sola palabra, y poco a poco uno termina por cerrar la boca también, sintiéndose incómodo, como si lo que fuera a decir pudiera volverse en su contra en el cielo o en el infierno —y añadió—: Un cadáver es como alguien esperando el juicio final.

Pilló a Boone mirando a la canasta que sobresalía por debajo del asiento.

—Coge una manzana —dijo; se agachó, sacó una y se la ofreció a Boone—. Supongo que has estado trabajando con vacas —dijo, al tiempo que sus fosas nasales se ensanchaban y sus ojos repasaban la ropa de Boone. Alargó la mano y con dos dedos retiró un trocito de boñiga de vaca de la manga de Boone.

—Ajá —confirmó Boone.

—Uno puede casi siempre averiguar qué es un hombre con tan sólo mirarlo —dijo Deakins—. Por ejemplo, el viejo caballero que está dentro de la caja. Sobrevivió a cuatro esposas. Cuatro. Y la quinta todavía vive en la granja. ¡Y es joven! ¡Dios Todopoderoso! Tiene tantos hijos que es imposible saber cuántos.

Calló un segundo y lanzó a Boone una mirada solemne.

—¿Y a qué crees que debería parecerse con todas esas esposas y el aluvión de hijos? —preguntó, pero cuando Boone no contestó, se contestó a sí mismo—: Debería parecer una cabra, supongo. Y eso exactamente es lo que el viejo caballero parece. Tenía unas patillas blancas que le llegaban hasta el ombligo.

»Yo —continuó— no tengo esposa, ni hijos, al menos que yo sepa, así que no dejo que me crezca mucho el pelo. Eso, y que mis patillas me crecen de un color parduzco. Coge otra manzana.

Un poco más adelante vieron de lejos la caseta de peaje.

—Ahora vas a saltar un poco —dijo Deakins dirigiendo a sus mulas fuera de la carretera—. Con lo que me pagan por este trabajo no puedo permitirme ningún peaje, excepto uno que no puedo evitar cruzar. Debe de haber unos seis o siete desde aquí a Louisville, y son de veinte a veinticinco centavos cada uno. Fácilmente se puede terminar pagando hasta tres dólares.

—¿Por qué lleva al muerto a Louisville? —preguntó Boone.

—Cuando un tipo tiene un puñado de esposas, sin duda habrá problemas, aunque el pobre ya no pueda oírlas. La esposa viva quería enterrar al viejo caballero en la granja, pero los hijos de las anteriores esposas se negaron en redondo. La mayoría vive en Louisville, y cuando supieron que había muerto fueron a la granja e informaron a la viuda de que debía recibir sepultura en Louisville. Así que estuvieron peleándose durante dos o tres días, gritando que Pa hubiera querido esto o Pa hubiera querido aquello. Cuando la opción de Louisville salió vencedora, me encargaron que transportara el cuerpo.

Avanzaban traqueteando por campo abierto, bordeando el tramo de peaje. El carromato se balanceaba y avanzaba a trompicones y crujía mientras las mulas tiraban hacia delante a paso

lento. El ataúd de tablas de madera chirrió al resbalarse sobre el fondo del carromato.

—Tengo que conducir despacio por estos atajos —explicó Deakins—. Aunque no es que sea un problema para el viejo caballero, pero no puedo entregarlo demasiado amoratado. ¿Cómo se sentiría el hombre si cuando abrieran la tapa para echar un último vistazo vieran un par de ojos morados? —sonrió a Boone—. Que no te sepa mal coger más manzanas. Para eso las creó Dios, para comerlas.

Regresaron a la carretera. Chasqueando un látigo ya gastado, Deakins puso a las mulas a trotar un poco más rápido.

—Dicen que una mula siempre te llevará a donde vayas —dijo, mientras fustigaba las grupas de las mulas—, pero no te dicen en cuánto tiempo.

Un rato más tarde llegaron a otra caseta de peaje y la bordearon y más tarde otra más, pero en este caso Deakins dejó que las mulas se dirigieran a ella.

—Un riachuelo cruza por aquí —explicó—, el terreno es bastante escarpado en ambas orillas y el tipo de aquí atrás sin duda se saldrá volando de la caja, patillas incluidas, si no cruzamos por el puente.

El encargado del peaje salió de la caseta y estiró la mano.

—Veinticinco centavos.

Deakins escarbó en el bolsillo y sacó un escaso puñado de monedas cortadas. Le ofreció un trozo con bordes irregulares y forma de tarta.

El encargado del peaje lo miró.

—Está cortada tan finamente como el pelo de una rana —afirmó Deakins—. Un cuarto de dólar de plata, exacto.

El hombre le miró como si tuviera sus dudas, pero les hizo una señal para que pasaran.

—Tampoco le faltaba tanto —comentó Deakins a Boone cuando se pusieron en marcha de nuevo—. No más de dos o tres centavos. Tuve que cortarla con un cincel, que no es tan preciso como una cizalla.

La tarde transcurrió apaciblemente y el cielo invernal se cubrió. La oscuridad se posaba como la niebla en las crestas de las colinas.

—Me encantaría entregar este cadáver cuanto antes —la voz de Deakins sonó intranquila—. Tal vez podríamos llegar allí antes de la mañana si seguimos a esta marcha y las mulas aguantan.

—¿Tienes que llegar allí esta noche?

—No. Mañana bastará, siempre que continúe haciendo este frío. Tengo forraje para las mulas y un saco de dormir y alubias y panceta cocinada y un trozo de pan de maíz. Pero preferiría no pasar la noche con un cadáver —los ojos de Deakins miraron esperanzados—. Sin embargo, es mejor parar. ¿Te importaría quedarte conmigo?

—Estaba esperando que me lo preguntaras para decirte que no me importaría.

Sólo escuchar el nombre de la comida hizo que a Boone le doliese el estómago. Estaba mareado y débil por el hambre, y lleno de gases por culpa de las manzanas que se había comido.

Deakins aparcó el carromato, y mientras Boone recogía madera desenganchó y alimentó a las mulas tras atarlas a las ruedas del carromato.

Cuando hubieron dado cuenta de la olla de pan de maíz y las alubias y panceta recalentadas,

Deakins cogió el saco de dormir y lo extendió en el suelo. Se quitaron las botas y se tumbaron, echándose el fino cobertor por encima. Boone guardó el rifle bajo la manta a su lado.

Deakins se tumbó boca arriba, con los ojos abiertos y pestañeando hacia el cielo.

—Aquí estamos —dijo—, mirando las estrellas y sintiéndonos bien con la barriga llena de comida y hablando. Le hace a uno preguntarse adónde habrá ido el viejo caballero. Le hace a uno preguntarse qué estará viendo y sintiendo y haciendo. ¿Piensas que está allá arriba escuchándonos, sabiendo todo lo que pasa? ¿Piensas que sus esposas muertas están allí, o que Dios le dio una nueva? ¿O piensas que está todavía en la caja, esperando su turno para subir, o tal vez bajar? —se quedó en silencio durante un suspiro o así, y luego preguntó—: Zeb, ¿no sientes curiosidad?

Boone estaba tan cansado que apenas podía seguir el ritmo de la conversación. Sus músculos se habían relajado. Cuando cerró los ojos, su mente comenzó a adormecerse.

La voz de Deakins volvió a sonar.

—¿No es así?

—Está muerto, ¿verdad?

—Eso es lo que dicen.

—Pues durmamos entonces. Un perro muerto nunca ha mordido a nadie.

Aun así, Deakins no se durmió inmediatamente. Entre sueños Boone le oyó preguntar:

—Supongo que no hay muchas cosas que te asusten, ¿no, Zeb?

CAPÍTULO IV

Louisville bullía de gente como un hormiguero y era más grande que todos los lugares juntos que Boone hubiera visto antes. Incluso a las afueras de la ciudad, donde se podía ver a distancia y divisar el curso del río, las casas se apiñaban muy cerca unas de otras, codeándose y, más allá, los edificios parecían empujarse entre sí haciéndose un hueco, intentando evitar ser pellizcados. Le recordó aquella vez que él, Dan, Pa y Ma durmieron todos juntos en una cama después de que Pa regresara borracho y prendiera fuego a la otra cama con su pipa. Hombres y mujeres, blancos y negros, no cesaban de entrar y salir de los edificios. Formaban una corriente a ambos lados de la calle. Carromatos cargados de maderos y sogas y pieles, y carruajes tirados por caballos a paso militar con las cabezas echadas hacia atrás tensadas por las bridas circulaban hacia el este y el oeste y en diagonal. Un carromato cubierto con lona pasó traqueteando por la calle frente a ellos, mostrando los rostros de tres niños que asomaban por la parte trasera con ojos solemnes y asombrados. Había chimeneas por todos lados, y de todas salía un humo negro que bajaba formando una niebla como otra cualquiera, aunque en este caso irritaba los pulmones de las personas y hacía que la nariz moquease.

—*¡Dios todopoderoso!* —exclamó Boone.

—Es enorme —admitió Deakins, y escupió por encima de la rueda—. Veinte mil habitantes en el último recuento —reflexionó unos segundos y luego añadió—: No logro entender por qué la gente lo hace, a menos que no hayan conocido nada mejor.

Boone sacudió la cabeza.

—No tengo ninguna gana de vivir en un hormiguero.

—Ni yo tampoco.

—Tengo intención de dirigirme al oeste, a territorio indio y cazar castores.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó Deakins al tiempo que se le iluminaba el rostro—. Bueno, esto es lo que yo llamo hablar como un hombre. ¡Que las chinches de ciudad se arremolinen si quieren!

Recobró la seriedad y calló con la mirada fija en las grupas de sus mulas mientras el carromato avanzaba traqueteando.

Boone le lanzó una larga mirada. No había nada que temer en aquel afable y franco rostro, concluyó, pero un parlanchín como Deakins podía meterle a uno en problemas.

—Lo único que tengo aquí son las mulas —comentó Deakins, como si hablara consigo mismo —. Ellas y tal vez unos dos dólares de harina de maíz y carne salada —echó una mirada a Boone —. Supongo que no tendrían mucho valor para un hombre por aquellas tierras.

—Supongo.

—No hay nadie por quien preocuparse. Ni siquiera un perro. El viejo Rip se hirió en una pelea y se desangró hasta morir.

—¿Estás pensando en marcharte tú también? —preguntó Boone.

—Bueno —respondió Deakins, hablando lentamente ahora que le había formulado la pregunta —. No sé. Lo único que tengo son estas mulas, y nadie aprende a amar a una mula.

Boone rompió un largo silencio.

—No me importaría tener compañía, supongo, siempre que fuera compañía de fiar.

—¿A qué te refieres?

—Tendría que apoyarme en todo momento y ocasión, pasara lo que pasara.

La mirada inquisitiva de sus ojos azules volvió a dirigirse a la grupa de sus mulas.

—No soy ningún héroe. Me han zurrado muchas veces y supongo que volverán a zurrarme. Pero todavía tiene que llegar el día en que deje en la estacada a un amigo.

—Tendría que saber controlar su lengua.

Había cierta tirantez en la voz de Deakins cuando respondió.

—No estoy pidiendo ir… contigo, de todas formas —chasqueó con la lengua para azuzar a las mulas.

—¿Te vendrías, Jim?

—¿Me lo estás pidiendo?

—Te lo estoy pidiendo.

La barba alazana de Deakins se agitó con su sonrisa.

—Pues prepara las maletas y en marcha —dijo—. Zeb, seré tu compañía. He estado buscando a alguien que se dirigiera al oeste, y creo que puedo llevarme bien contigo, a lo ancho y a lo largo.

—Mi nombre no es Zeb Calloway.

—El envoltorio no importa.

—Es Boone, Boone Caudill.

—Encantado de conocerte.

—Estoy escapando de mi padre. Por eso dije que uno debía controlar la lengua.

Deakins asintió.

—No me lo podrán sacar ni con palanca —y añadió súbitamente—: Ya hemos llegado.

Guió las mulas y las estacionó a un lado.

—Voy a parar aquí y buscaré a alguien que me ayude a cargar con el viejo caballero adentro. Vigila las mulas. No están acostumbradas a la vida de ciudad.

Saltó del carromato y se dirigió a la puerta de la funeraria.

Boone esperó, sujetando las riendas mientras sus pensamientos se adelantaban. Estaría a salvo antes de la noche, a salvo y al otro lado del límite estatal, al otro lado del río. El Ohio se extendía más allá y en la otra orilla había un territorio donde uno podía respirar tranquilo. Se equivocaban si pensaban que iban a encerrarle por el golpe que le asestó a Mose Napier, aunque lo hubiera matado. Cruzaría el río y se reiría de ellos, él y Jim Deakins, tomándose su tiempo, luego, para llegar a San Luis. Sin embargo, era un río enorme, ancho y profundo. Tendrían que buscar la manera de cruzarlo.

Mientras su mente volaba, examinaba a la gente que marchaba de un lado a otro de la pasarela de madera, los hombres de ciudad andando como patos y las barrigas hacia fuera, y las mujeres con las cinturas ceñidas como un saco con una cuerda alrededor. Había también un hombre que se había lastimado la cabeza y la llevaba envuelta en vendas blancas. Un hombre gordo iba andando a su lado, un hombre tan gordo como el señor Harrison Combs, el sheriff principal. La cabeza vendada se giró hacia atrás. Los ojos bajo el vendaje miraron a Boone y un destello cruzó su rostro oscuro.

Boone echó mano del rifle y la bolsa. Sus piernas lo impulsaron por encima de la rueda opuesta del carro. La bolsa se enganchó en la rueda y se le cayó de la mano, la bolsa en la que llevaba la ropa, el cuero de piel de indio y la cabellera con los que había intentado reivindicarse.

—¡Alto! ¡Está arrestado!

Boone aterrizó y echó a correr, derribando como un bolo a una mujer gorda con un gorro a cuadros cuando dobló la esquina en dirección al río. Tras él podía oír a las mulas bufando, oyó el carromato traqueteando y el ataúd deslizándose y cayendo sobre el suelo de tablas cuando los animales se encabritaron. Oyó voces que gritaban: «¡So! ¡So! ¡Parad!». Y por encima de todo ese estruendo escuchó la voz ronca de Pa ordenando: «¡Atrápenlo!». Y luego el sonido de pies corriendo, pocos al principio, sólo unos cuantos, pero fueron creciendo a medida que Boone avanzaba, como si los sacudiera de los edificios y los portales y los paseos, sacándolos del apacible ritmo de sus asuntos y arrojándolos al latido de la persecución.

Se bajó de la pasarela de madera y se dirigió a la calle, escuchando el cambio de las pisadas a sus espaldas que repiqueteaban sobre las tablas y enmudecían en un sordo pateo sobre tierra cuando también se desviaron en su persecución. Un poco más arriba, al otro lado de la calle, vio a las mulas girando al galope por una esquina y aproximándose ahora hacia él, con el viejo carromato volando tras ellas. Unos segundos más y le hubieran podido dar caza. Un carruaje se acercaba a él y pasó a su lado avanzando al trote cuando el hombre en el pescante se inclinó y le observó y los caballos arquearon las cabezas y pifiaron.

Debía de quedar un buen trecho hasta el río, más distancia de la que había creído. El rifle se agitaba en su mano; el saquito y el cuerno rebotaban contra su cuerpo. El aire le quemaba la garganta cuando lo tragaba. Pa seguía gritando: «¡Pilladlo! ¡Pilladlo!». Boone miró hacia atrás y los vio, unos cincuenta hombres persiguiéndole, y entonces supo cómo se sentía un mapache viejo con los sabuesos soplándole el cogote. Todavía podían atraparle si no se deshacía de Viejo Tiro Seguro. Estaban en el cruce de calles, junto al carruaje que anteriormente había pasado a su lado. Y entonces vio a las mulas que cargaban a toda velocidad por la calle que cruzaba.

Las vio fugazmente, corriendo al galope y desbocadas lanzándose hacia la muchedumbre, y escuchó los primeros gritos agudos de la gente. Boone volvió la mirada para reponerse de la impresión y entonces vio a un hombre corpulento con una camisa roja que saltaba desde un portal a unos metros por delante de él y que corría a la calle y se quedaba allí para interceptarlo, con las manos en alto prestas a agarrarlo. Boone le propinó una patada en los genitales, volvió a aligerar el paso y continuó avanzando.

El cruce de calles a su espalda era un torbellino de animales y hombres. Vio a las mulas intentando zafarse de las manos que se alargaban para agarrarlas por las bridas. El carruaje había volcado de lado y una de las ruedas se había salido. Los hombres gritaban, abalanzándose para controlar a los animales. Más cerca, el hombre al que Boone había propinado una patada seguía doblado y agarrándose la entrepierna. Pa apareció entre la multitud, su cabeza vendada era de un blanco brillante. Agitaba los brazos y su voz ronca se alzó por encima de todas. Echó a correr de nuevo y parte de la multitud le siguió, retomando la persecución. Boone se obligó a no mirar hacia ellos, se obligó a mirar hacia delante, obligó a sus piernas a esforzarse dando grandes zancadas mientras el aire silbaba a través de su garganta. Tal vez aún estaba a tiempo de lograrlo, gracias a

las mulas.

Y entonces ante él contempló el Ohio, ancho como un océano. ¡Dios, menudo río! Bajo sus pies la tierra se había vuelto húmeda y pegajosa, a pesar de que el río todavía estaba a un tiro de rifle. Fue dejando atrás algunas ruinas, que temblaban a su paso, un almacén absurdamente inclinado, una barcaza boca abajo y con boquetes en las junturas del casco, material a la deriva apilado contra las fachadas de los edificios, de los cuales salían y entraban hombres que transportaban cubos de barro. Una carga de maderos nuevos rodó junto a él, brillando bajo el sol, vibrando bajo el latido de sus pies, y luego apareció el reluciente esqueleto de un edificio alto del que salían los atareados golpeteos de martillos, hasta que los trabajadores oyeron el griterío de la multitud y lo vieron correr chapoteando sobre el barro.

Boone volvió a mirar el río. No había ni una sola embarcación. En el centro del río la corriente era fuerte. Era una riada, una riada que iba a menos, pero que aun así resultaba demasiado fuerte para una barca. Nadie osaría salir con esa corriente, a menos que fuera para salvarse el pellejo. En la otra orilla, río arriba, vio el ferry, amarrado, alto e inmóvil junto a la hilera de edificios que ahora flanqueaban la orilla.

Giró bruscamente hacia la izquierda y dobló la esquina de una casa que apenas esquivaba la riada, y a un tiro de piedra más allá vio a un hombre rechoncho sentado en un porche destartalado que observaba las ondas que se formaban en el agua. En el borde del cajón donde estaba sentado humeaba un largo trozo de yesca. Bajo él, amarrado a uno de los postes torcidos del porche, un bote de remos se balanceaba al ritmo del agua.

El hombre rechoncho levantó la mirada con una expresión de sorpresa en el rostro mientras Boone se acercaba a la carrera por el barro. Puso la mano a un lado y cogió la yesca y la arrimó a su pipa mientras con la boca chupaba de la boquilla.

—¡Atrás! —dijo Boone.

La mirada del hombre se apartó de la cazoleta de su pipa y se quedó petrificada al ver que Boone levantaba el cañón del rifle. Se sacó la pipa de la boca y dejó a un lado el trozo de yesca.

—Hijo —dijo—, si tengo que morir de una u otra manera mejor que sea aquí cuanto antes, calentito y confortable y de repente.

Boone estaba desatando la cuerda del poste con el rifle apoyado en el pliegue del codo. El hombre se quedó sentado en silencio, fumando. Giró la cabeza cuando la multitud dobló la esquina y las voces se convirtieron en un fuerte griterío, como si de repente se hubiera abierto una puerta.

Boone por fin desató el nudo. Saltó al bote. La primera línea de la jauría cargó como una ola por encima de su cabeza y a punto estuvo de desbordarse. Pa se agarró al poste y se colgó hacia delante, sujetándose con un brazo mientras agitaba en el aire el puño del otro. Desde la distancia, mientras se afanaba con fuerza con los remos, Boone oyó la voz de Pa gritando: «¡Vuelve aquí, maldito idiota!». Su voz se elevó tensa y nítida por encima del griterío del resto y a continuación escuchó otra voz, algo semejante a un grito de guerra: «Nos vemos en San Luis. ¡Espérame allí!». Al borde del porche, agitando los brazos como un gallo, estaba Jim Deakins, sin sombrero y con el cabello ondeando al viento.

El bote se encabritaba como una mula al intentar virar a favor de la corriente. Boone luchó con todas sus fuerzas, poniendo mayor ahínco en el remo de la mano derecha para mantener la proa de

la embarcación en alto. Vio la orilla desaparecer y se dio cuenta de que la multitud se había callado y observaba atenta y expectante. La voz de Deakins flotó hasta él: «¡Manéjala suavemente! ¡Cuidado, no choques!».

Los observadores perdieron sus contornos individuales y se fundieron en un inestable reflejo de colores a medida que la corriente lo arrastraba río abajo. Ahora se encontraban a media milla río arriba, aunque Boone todavía estaba cerca de la orilla, que el bote casi rozaba.

Sintió el roce antes de que impactara en la embarcación. La proa del bote se levantó, lentamente al principio, y luego toda la embarcación volcó. Por el rabillo del ojo, cuando se agachó a coger el rifle, vio fugazmente el tronco que lo había arroyado. Salió boqueando del agua y se impulsó hacia fuera, todavía con rumbo a la orilla opuesta. El bote estaba bajo su cuerpo, boca abajo, y seguía avanzando por la corriente.

El agua le empujó. Sintió su poder desde el tobillo hasta el cuello cuando comenzó a nadar; sintió su presión, la pesada fuerza bruta que le envolvía. El rifle era como una piedra en su mano, pero lo sostuvo, luchando con la otra mano por mantenerse a flote y avanzar. Las olas pequeñas le salpicaban la cara y la cabeza. Las más grandes lo sumergían. Su morral y su cuerno le colgaban como un ancla bajo la barriga. Empezaba a ahogarse, y se hundió y volvió a emerger tosiendo agua y avanzando con el brazo libre. La mano tocó algo, lo tocó y se sujetó mientras sus uñas arañaban buscando un apoyo. Se impulsó hacia arriba y descansó. Subió el rifle y logró levantarlo y colocarlo sobre la madera. Manteniendo la culata del rifle bajo una de sus manos, con la otra se aferró a la parte más alejada de la balsa improvisada y se puso a patalear de nuevo en dirección a la orilla.

El río cambió su pesado fluir y comenzó a acelerarse. El madero giró y giró una vez más. El agua le nubló la visión, y las dos orillas y los fugaces trozos de cielo, antes de que el madero se incorporara de nuevo a la corriente y se dejara llevar como una mula que sigue una cuerda guía.

Boone siguió pataleando en el agua, intentando dirigir el madero en la dirección correcta y apartarlo de la fuerza de la corriente. Pasó un tiempo hasta que se dio cuenta de que la corriente había cambiado y lo empujaba hacia la orilla de Indiana. Apretó la barbilla contra el madero y se quedó allí sujeto, agarrotado, y después de un rato volvió a patalear. Sólo veía el rifle que brillaba húmedo y negro sobre la madera y el agua moviéndose a su alrededor.

Seguía consciente cuando un granjero de Indiana lo pescó, lo sacó, le pasó las manos por detrás y lo arrastró hasta su cabaña. Escuchó al hombre gruñendo por encima de su cabeza.

—¡Suéltalo, chico, tu rifle estará en lugar seguro, suéltalo!

CAPÍTULO V

Había dejado el río a sus espaldas, así como al granjero de Indiana que lo había acogido y le había dado pedernal y acero, un cuerno de pólvora, un saquito de harina de maíz y un trozo de carne salada.

—Si puedes usar ese rifle como se supone que debe ser usado, saldrás adelante —le dijo el granjero, y Boone le dio las gracias mientras removía la tierra con la punta de la bota.

—Tal vez pueda devolverle el favor algún día —murmuró.

El granjero sonrió y sacudió la mano desechando la idea. Boone se volvió y se dirigió al oeste por el valle.

El terreno se allanaba. A sus espaldas, cuando los árboles empezaron a escasear, todavía podía ver los oscuros arcos de las colinas que flanqueaban el río, pero, frente a él, el camino se allanaba y tan sólo estaba interrumpido por algunas colinas bajas cubiertas de robles y sauces y almez y sicómoros, cuyos troncos blancos y desnudos destacaban del resto.

El aire era pesado, y el cielo gris y frío parecía un estanque helado. Las ramas desnudas de los árboles se recortaban contra el cielo, bifurcándose oscuramente desde los troncos.

Boone se preguntó cuándo llegaría a San Luis. «Debe llevar una semana entera, probablemente, si no me desvío», se dijo a sí mismo, imaginando los castores y los búfalos y las libres llanuras. La carretera era buena. De vez en cuando veía una cabaña a los pies de una colina o al borde de un bosquecillo y se sentía mejor al notarse acompañado. A veces se cruzaba con jinetes, y en una ocasión con una carreta Conestoga, llena hasta la lona, que se dirigía al oeste.

—Te llevaríamos, chico —dijo el conductor tras la espesura de unas patillas como mantas cuando el carromato le alcanzó—, pero vamos tan abarrotados que hemos tenido que obligar a las chinches a que salgan y vayan andando —y añadió—. Van a ser unas chinches con los pies bien doloridos para cuando lleguemos a Marthasville.

Los rostros de una mujer y dos niños, apiñados a su izquierda, le miraban con sonrisas tensas y luego volvieron a ponerse serios cuando el conductor chasqueó el látigo.

Al acercarse la noche, Boone se dedicó a buscar por los alrededores algo de caza. Antes había visto un pavo y huellas de ciervos junto al sendero, pero ahora no se veía ni un solo animal, ni tampoco señal de que lo hubiera. Por encima de su cabeza una V de gansos salvajes volaba hacia el norte, volaban a mucha altura y en silencio, a excepción del ocasional graznido inquisitivo que no obtuvo respuesta alguna desde abajo. Entonces un conejo saltó desde un lado de la carretera hacia un arbusto y se escondió allí, fundiendo su contorno y color con los de la maraña marrón de ramas y hojas. Sólo se le veía claramente la oscura bola del ojo.

No es que fuera una buena presa, pero Boone se aproximó lentamente con el rifle para no asustar al animal, recordando cómo solía pavonearse Pa cuando afirmaba que si un hombre tenía buena vista y un pulso firme podía acertar al ojo de una comadreja con Viejo Tiro Seguro, siempre que la tuviera a tiro. El rifle disparó, el conejo salió volando y, como si lo hubieran tirado desde arriba, bajó pegando patadas. Boone dio unas palmaditas a la culata de su arma y, colocándose el rifle en el brazo, se acercó y observó el cuerpo inmóvil mientras recargaba.

El aire se espesaba con la oscuridad, con la húmeda y triste penumbra de principios de

primavera. El sol que había brillado todo el día tras un velo emblanquecía el horizonte frente a él. Estaba empezando a hacer frío.

Boone recogió el conejo y partió en busca de un lugar para pasar la noche. No había ninguna casa a la vista, ni luz alguna, pero un poco más adelante, justo a un lado de la carretera, encontró un lugar llano y liso entre árboles de los que sobresalían ramas bajas.

Boone apiló madera seca al borde de su campamento, preparó una hoguera, espolvoreando pólvora sobre un puñado de madera putrefacta, y la encendió con una chispa del pedernal, avivando la llama con palitos. Cuando logró prender un buen fuego, se acercó al riachuelo y despellejó el conejo y limpió las entrañas del animal. Encontró una roca plana al borde del riachuelo y la colocó inclinada frente al fuego, luego volvió a la orilla y con las manos ensangrentadas moldeó cuatro bolas de harina de maíz y agua. Cortó la carcasa del conejo en pequeños trozos y con la yema del pulgar los enganchó a la piedra inclinada, la cual acercó al fuego. Luego, echó los pasteles de harina a las brasas. No era mucha comida para un hombre hambriento, pensó, y por ello se cortó dos tajadas del trozo de carne salada. Las rebozó en el saquito de harina y las colocó en la piedra junto a la carne de conejo, que ya estaba dorándose con el calor.

Se recostó a esperar, con el cuchillo en la mano y escuchando el sonido del riachuelo, la brisa que susurraba entre las copas desnudas de los árboles y el ocasional chisporroteo de la madera húmeda en la hoguera. El calor que sentía en el rostro y el pecho le sentó bien. Asintió contemplando el fuego.

—Buenas noches, señor —dijo una voz suave, y rápidamente añadió—: No pretendo hacerle ningún daño.

Y es que Boone ya se había puesto en pie y había cogido el rifle del árbol donde lo había dejado apoyado. Se giró medio acuclillado.

—La noche nos ha sorprendido —explicó la voz—, y me gustaría tener compañía.

En la oscuridad Boone distinguió la silueta de un caballo y un jinete. El caballo dejó escapar un resoplido tembloroso.

—Descabalga pues —dijo Boone—, y acércate donde pueda verte.

—Claro —dijo el hombre en tono amistoso y saltó de su montura—. Aquí estoy —añadió extendiendo los brazos en cruz bajo el capote de un gabán gris perla. Se quitó el sombrero alto de piel de castor y se acercó al fuego—. Amigo, dime si he pasado el examen.

Se quedó de pie en silencio; era todo un espectáculo verlo con aquel gabán y la casaca debajo, y los pantalones que ceñían sus muslos y pantorrillas fuertemente atados con correas que se cerraban bajo las botas. Mientras esperaba, su larga nariz captó el olor de la carne asándose y dejó escapar un suspiro que apestó el aire con una vaharada de alcohol. Sus ojos se dirigieron a todos lados, inspeccionando a Boone, el fuego, la piedra inclinada, los árboles que les rodeaban, el rifle que Boone ya apuntaba.

—Precioso hierro —dijo, como si el cañón del rifle no le apuntara a él—. En mis alforjas —siguió hablando cuando vio que Boone no respondía— tengo una jarra de un estupendo Monongahela. ¿Te apetecería un trago antes de la comida?

No esperó que le respondiera. La jarra borboteaba cuando la sacó.

—Falta una parte —dijo—. Una pequeña parte. Pero queda suficiente para dos.

Y le ofreció la jarra. Tras una larga mirada, Boone apoyó el rifle en su hombro. Se atragantó levemente cuando la garganta se le cerró al notar el fuerte sabor del licor.

—Gracias —logró decir entre toses, y a continuación le devolvió la jarra, que el otro apuró.

—Mi nombre —dijo el hombre tras limpiarse la boca con el dorso de la mano— es Jonathan Bedwell, oriundo de Nueva Orleans.

Boone hizo un leve gesto hacia el fuego.

—No es más que un conejo. No pude encontrar nada mejor, pero puedo añadir un poco más de panceta —mientras el hombre lo miraba, dijo—: También hay tortitas de maíz.

El fuego se reavivó, iluminando el rostro de Bedwell. Este sonrió con una amplia y larga sonrisa.

—Qué demonios, nos las apañaremos, amigo —dio unas palmaditas a la jarra de licor y se arrimó al fuego—. De una forma u otra. Echa otro trago.

—Gracias otra vez, señor.

Bedwell bebió y apoyó la jarra en el suelo.

—Desensillaré mi caballo y lo ataré.

Se giró y regresó junto a su montura. Él y su caballo ahora eran sombras que se movían en los límites de la oscuridad. Boone volvió a apoyar el rifle en el árbol y cortó más carne. Colocó las tajadas sobre la piedra. Cuando Bedwell regresó con sus aparejos la carne ya estaba lista. Bedwell levantó la jarra y volvió a ofrecérsela a Boone.

Tras la comida volvieron a reavivar el fuego, recogieron más leña y se sentaron en el suelo. Los ojos de Bedwell volvían a estar atareados. Brillaban húmedos a la luz de la hoguera.

—Me alegro de encontrarme con un hombre —dijo— que sabe que las armas de percusión son superiores a las de pedernal.

Volvió a coger la jarra de licor.

—Eso dice Pa.

—Es curioso. El arma de percusión se inventó hace más de veinte años… por un predicador, o eso dicen. Pero supongo que sigue habiendo más fusiles de chispa. Los viejos dicen que con los rifles de percusión es más difícil acertar.

—No es cierto… al menos en el caso de este rifle.

—No. Y repito, es una preciosidad.

—El mismísimo Ben Mills lo fabricó, en Harrodsburg. Es tan de fiar como pueda serlo el mejor. Le ha reventado el ojo a ese conejo. Supongo que habrá oído hablar del viejo Ben Mills.

Bedwell volvió el rostro hacia Boone. Era un rostro afilado, con arrugas alrededor de los ojos y la boca, como si las sonrisas lo hubieran surcado de arrugas.

—¡Y tanto que sí! ¡Así que Mills lo fabricó! ¡El propio Mills!

—Sí, es un Mills —Boone tomó la jarra que Bedwell le ofreció.

—Deberías tener cuidado con ese rifle, amigo. Deberías mantenerlo limpio y brillante y tener cuidado de que nadie te lo robe. Hay hombres que pagarían un montón de dinero por ese rifle.

—Lo vigilo todo el tiempo, no hay problema.

Bedwell se había quitado el gabán gris y lo dejó caer a sus espaldas. Boone observó que el

forro se levantaba y agitaba hecho jirones cuando la brisa soplaba. Paseó la mirada por el sombrero de castor que Bedwell había colocado entre sus pies y observó que estaba raído y manchado. Bedwell se sentó con las rodillas dobladas y las colas de su casaca sobresalían por ambos lados de su trasero. Las piernas envueltas en las ceñidas perneras parecían demasiado flacas en comparación con el resto del cuerpo.

—Así que —dijo Bedwell— te diriges al oeste.

—A San Luis primero, y luego más allá.

—¡Brindo porque tengas buena suerte! —la jarra borboteó cuando Boone la cogió.

—Quiero atrapar castores y cazar búfalos y, tal vez, luchar contra los indios. Se me da bien disparar.

—Yo te hubiera tomado por un tirador —la cabeza descubierta se sacudió y las arrugas se tornaron más profundas formando una sonrisa.

—Le he dado a ese conejo en un ojo.

—Además, la luz no era buena, ¿verdad?

—Ya oscurecía. Pero lo alcancé en todo el ojo.

—Lo lograrás —Bedwell se levantó y puso más madera en el fuego—. Lograrás convertirte en un hombre de montaña.

La noche cayó. Sólo se veía el punto de luz de la hoguera y la difusa figura de Bedwell nadando titilante bajo la luz, y a su alrededor la pared de oscuridad. Boone se recostó y apoyó la cabeza en el brazo.

—¿No tienes una manta, amigo?

—No —Boone se oyó a sí mismo responder—, ninguna manta.

Escuchó el susurro de las piernas ceñidas, escuchó las botas pisando ramitas, escuchó los leves sonidos de su movimiento. La tierra se movía al compás. Y luego otra vez los ruidos, el susurro, el crujido de las ramitas, y la voz de Bedwell:

—Usa mi manta —Boone sintió una ráfaga de viento contra su mejilla mientras la manta caía sobre él—. Mantendré el fuego encendido. Con eso y mi abrigo estaré lo suficientemente abrigado. Aquí tienes tu rifle, amigo. Será mejor que lo guardes a tu lado. ¿Qué tal un último trago para dormir?

Boone se despertó enfermo y atenazado por el frío con los primeros rayos de la mañana. Buscó la manta a tientas y, al no encontrarla, se sentó lentamente. El fuego se había convertido en una pila de ceniza gris en la que había quedado enterrada la piedra de asar. La brisa hizo rodar una bola de pelo de conejo. Probó el sabor que tenía en la boca e hizo una mueca, se llevó los dedos a los ojos para eliminar la película borrosa que los cubría. Buscó con los ojos a Bedwell. Probablemente se habría levantado para comprobar cómo estaba su caballo, pensó. Apoyó la mano a su lado, palpó el suelo y estiró el brazo y volvió a palparlo. Sin mirar supo que Viejo Tiro Seguro había desaparecido.

CAPÍTULO VI

Boone se levantó de un brinco. La tierra se inclinó bajo sus pies y luego volvió a nivelarse y de nuevo se inclinó; después se dobló hacia delante, se agarró la cabeza con ambas manos y cerró los ojos para recuperar el equilibrio. Rastreó todo el terreno, desde el riachuelo hasta el campamento y el lugar donde habían dormido y, finalmente, el lugar donde Bedwell había atado su caballo. Allí encontró marcas de cuerdas en un pequeño olmo y vio la hierba pisoteada por cascos de caballo y aplastada donde el caballo había estado tumbado. Un fino hilo de vapor se elevaba de una pila de boñiga.

Regresó al riachuelo, se sentó y bebió, sintiendo el frío del agua en las profundidades de su estómago. Se levantó lentamente, manteniendo su precario equilibrio con el terreno y, de repente, su estómago se tensó como si alguien lo hubiera presionado. Sujetándose en un arbusto, se inclinó y vomitó. El whisky de la noche anterior sabía a rayos en su boca. Se limpió las lágrimas de las mejillas y recogió su saquito de harina de maíz tras introducir el trozo de carne dentro.

—¡Maldito sea! —exclamó en voz alta.

Las nieblas de la mañana empezaban a disiparse. Por encima de los cerros del este apareció el sol y su brillo gélido se derramó sobre la tierra. Un gorrino flaco llegó al claro husmeando el suelo y se detuvo moviendo el hocico y olisqueando el aire.

—¡Fuera! —dijo el joven, el animal dejó escapar un gruñido y se alejó con paso lento.

Boone se quedó rezagado en el camino, se paró y miró hacia atrás. Su hogar le parecía un lugar lejano ahora, al otro lado de los cerros, al otro lado del gran río, a través de las colinas. Ma estaría preocupándose por él, imaginó. Tal vez estaba llorando su pérdida desde que Pa le contó que la corriente del río se lo había llevado. Tal vez ella pronunció su nombre «¡Boone! ¡Boone!» para sus adentros mientras sus húmedos ojos se desbordaban. De repente, le invadió de nuevo la debilidad, arrebatándole toda la fuerza y determinación. No servía de nada intentar escapar. En todos lados la gente se aprovechaba de un joven como él, persiguiéndole como si fuera una bestia salvaje, o tratándole de forma amistosa para robarle. Mejor regresar con Ma y dejar que Pa le apaleara. Mejor tener algo que comer y una casa en la que refugiarse. Pero la ley también lo buscaba ahora, y tal vez su hogar sería la cárcel, y Pa querría matarlo, o casi. Se enderezó. De alguna manera arreglaría las cosas con Bedwell. Tenía intención de recuperar Viejo Tiro Seguro, de una manera u otra. Se volvió y echó a andar hacia el oeste, y con cada paso que daba, la cabeza le martilleaba mientras seguía con los ojos el rastro de los cascos del caballo en el camino.

Boone pensó en Jim Deakins. ¿Habría cruzado ya el río? ¿Vendría realmente? Entonces vio el rostro franco y amistoso, la barba alazana de pelos en punta, los suaves ojos azules. Uno se siente solo y abandonado en tierras extrañas. Sin embargo, cuando Boone vio un molino harinero y al molinero atareado con sus sacos, bajó la cabeza y pasó de largo apenas respondiendo entre murmullos al jovial saludo del molinero. También pasó de largo por las pocas casas que había al borde de la carretera, cabizbajo y desconfiado. Un perro marrón y blanco salió corriendo de una de ellas y comenzó a atosigarle saltando a sus tobillos; Boone se giró y le dio una patada, ignorando la promesa de un hombre en el portal que le gritó:

—No va a morderte, chico.

Estaba en una tierra distinta a la de su hogar. Las colinas eran más pequeñas y más redondeadas, y había más bosques de robles y hayas, pero también había nogales americanos, y avellanos, olmos, cerezos silvestres y unos cuantos pinos. En los promontorios más pequeños pudo ver cornejos, chirimoyas, espinos y caquis. Si hubiera sido otoño, ahora habría podido encontrar montones de chirimoyas maduras y llenarse la barriga de caquis. En todo caso, necesitaba comer algo. Padre siempre decía que la comida era buena para capear la fiebre del whisky. Pero no había chirimoyas ni caquis. Le producía arcadas sólo pensar en ellos. Jamón y maíz seco y judías verdes le sentarían mejor, y carne fresca todavía mejor. Si tuviera con él a Viejo Tiro Seguro podría conseguir algo de carne. El mero hecho de tener a Viejo Tiro Seguro consigo, sin la carne, le haría sentirse bien… bastaría tenerlo de nuevo en sus manos, sin el cuerno ni el saco de municiones, que Bedwell también le había robado.

Todavía era temprano cuando alcanzó a ver una ciudad y se paró a reflexionar. Si la esquivaba se arriesgaba a perder el rastro de Jonathan Bedwell, podía pasar de largo mientras el tipo estaba alojado en una pensión. Pero desechó la idea de entrar en la población, de ser observado y preguntado y rodeado por costumbres extranjeras. En todo caso, primero debía comer algo. Quizás si comía lograría aplacar el dolor de cabeza. Tras un pequeño promontorio que lo ocultaba del camino hizo una hoguera, preparó más tortitas de viaje, calentó dos cortadas de panceta y engulló la comida, a pesar de las arcadas que aún sentía en el estómago. Cuando se levantó, bordeó la ciudad desviando su trayectoria en un arco.

En el otro extremo la carretera estaba marcada por más cascos de monturas y ruedas. Ya no estaba seguro de cuál era el rastro del caballo de Bedwell. Había una media docena de pares de rastros frescos, unas veces se separaban y otras se mezclaban, y otras se emborronaban bajo las franjas de neumáticos. Boone se volvió hacia la ciudad, pensando de nuevo que debería entrar y, acto seguido, desechando otra vez la idea.

Viajó durante todo el día a paso regular y pensando ahora en Ma, ahora en Deakins y ahora en Bedwell, y en todo momento en el rifle robado. Estaba constantemente presente en su mente, dándole fuerzas para seguir avanzando. En algún lugar lograría dar con Bedwell. De alguna manera recobraría su rifle. El sol fue declinando desde las alturas y le miró de frente y continuó bajando, deslizándose tras las colinas lejanas. Pasó de largo por una casa de madera de dos plantas un poco alejada de la ruta, y un poco más allá vio una gallina solitaria picoteando en la carretera. Miró hacia atrás para ver si alguien lo estaba observando, luego metió la mano en su saquito y sacó un puñado de harina de maíz. Se fue alejando de la ruta hacia un árbol que lo ocultaba de la casa y comenzó a esparcir el cebo, entonando en voz baja: «¡Aquí, pitas, pitas, pitas! ¡Aquí, pitas, pitas, pitas!». A unos veinte pies la gallina ladeó la cabeza y clavó uno de sus brillantes ojos en él. Se acercó, anadeando y suspicaz, y estirando un largo cuello picoteó una de las motas de harina más cercana a ella. Boone movió la mano lentamente, dejando que la harina cayera entre sus dedos. La gallina volvió a ladear la cabeza mirándole, estudiándole en busca de alguna señal de peligro. Volvió a picotear otra pizca. Apartó el ojo de él y lo clavó en el suelo, bajó la cabeza bruscamente y con el pico recogió otro montoncito, y otro, y otro. El cuello se estiraba en busca de más, y la gallina dio otro paso adelantando así su hambriento pico. «¡Pitas, pitas!». Movió la otra pata, y luego de nuevo la primera, mientras con el pico seguía golpeando el suelo rítmicamente.

Boone se abalanzó hacia delante, inmovilizando al ave entre sus brazos. La gallina comenzó a armar ruido, pero con un rápido movimiento de mano Boone logró ahogarlo, y el animal lo miró, silencioso, sin pestañear y atemorizado, mientras se lo llevaba bajo el brazo.

Inspeccionó el camino a sus espaldas una vez más y se dirigió hacia la derecha, en dirección a un grupo de algarrobos. A través de los árboles vio una dolina, y en la empinada y rocosa ladera opuesta vio un negro triángulo que le pareció la entrada a una cueva. Bajó por la dolina, bordeó el charco de agua que había en la parte más profunda, escaló la pequeña elevación y echó un vistazo dentro. En la entrada de la cueva había suficiente espacio para un hombre, de pie o tumbado. Entornó los ojos y cuando los volvió a abrir vio que se dividía en dos pequeños túneles. El lugar tenía el olor agrio a cerrado de zorras y cachorros, pero el suelo estaba suave, y las paredes y el techo le protegerían del húmedo frío de la noche.

Boone bajó de nuevo a la dolina, se llevó con él la gallina bajo el brazo y le arrancó la cabeza. Mientras el animal aún se agitaba recogió maderos y los colocó dentro de la cueva. Prendió un pequeño fuego en la misma entrada de la cueva, observando con satisfacción que el leve aliento de la caverna expulsaba el humo al exterior.

En el borde de la poza limpió la gallina y la atravesó con una rama verde de árbol joven. De regreso al campamento, apoyó la rama en los codos de dos palos clavados a ambos lados de la hoguera y apuntalados con piedras. Entró en la cueva y se sentó a esperar, reconfortado por el calor que había empezado a deslizarse al interior. Era bueno descansar, dejar que sus músculos se destensaran relajados y sin voluntad, sentir de nuevo hambre en su estómago, haberse librado del mareante dolor de cabeza. En esos momentos no parecía que hubiera nada malo en su vida más allá de recuperar su rifle. Giró el ave en el espetón.

Se comió la mitad de la gallina medio asada. Después volvió a ensartar la carcasa en la rama verde y la apoyó contra un lateral de la cueva. Reavivó el fuego y se tumbó, y un sueño profundo lo envolvió.

La mañana llegó húmeda y sombría. Se incorporó, se frotó los ojos y se sacudió los calambres de los músculos. Podía oír la lluvia cayendo sobre las piedras, derramándose de saliente en saliente. Echó un vistazo fuera y vio el cielo encapotado y gris, con jirones de nubes bajas de lluvia descargando azotadas por la brisa. El interior de la cueva estaba seco y resguardado del viento. Sintió una ligera y fugaz punzada de placer de estar allí. Estaría bien quedarse, a salvo y resguardado, mientras pasaba el sombrío día.

Sacó el palo del cuerpo de la gallina y comenzó a roer la carne con los dientes. Cuando hubo acabado no sobró mucha carne, ni siquiera suficiente para un zorro. Recogió la bolsita de harina y salió encorvado para protegerse de la lluvia. Cuando llegó a la carretera estaba calado hasta los huesos, pero con los músculos calientes por la caminata. Frente a él se extendía el camino hacia Paoli, hacia Vincennes y San Luis. Avanzó por un lateral de la ruta, evitando el barro y estudiando las huellas en busca de alguna señal que le indicase que Bedwell ya había pasado por allí antes que él. Un rato después amaneció.

Era ya cerca del mediodía cuando divisó al hombre del abrigo negro. Iba montado a caballo, había subido a la cima de una pequeña colina y se había quedado allí inmóvil sobre la silla, mirando hacia el norte, pensando, u observando algo, o esperando a alguien. Cuando Boone lo vio

y se detuvo, el hombre metió la mano en el interior de su abrigo y sacó una pistola. Boone se escabulló a un lado del camino y se ocultó tras un árbol. Todavía con la pistola en la mano, el hombre se bajó del caballo y lo ató a una rama. Mientras estaba de espaldas, Boone se acercó sigilosamente y se quedó observándolo oculto tras una pantalla de arbustos. El hombre recogió una hoja seca del suelo, se acercó a un árbol y clavó la hoja en el tronco, tras una tira de corteza. Se separó unos veinte pasos, luego apuntó a la hoja y disparó. La corteza del árbol salió volando, pero casi un palmo por encima de la hoja. El hombre sacudió la cabeza y se puso a recargar el arma.

Boone se adentró aún más en el bosque, esquivó al hombre manteniéndose siempre a su espalda y dejando una línea de árboles y arbustos entre ellos, con la intención de pasar desapercibido y continuar su camino. No era buena idea dejarse pillar mientras espiaba al hombre. Le hacía sentirse pequeño ser pillado de esa manera. Además, no sabía nada acerca de aquel hombre. Nunca se podía estar seguro con los extraños. Quizás, al verle, le pegase un tiro. O le hiciese preguntas. O se lo llevase a la ciudad. Si Boone tuviera ahora su propio rifle, sin duda se sentiría de otra manera. Podría agujerear aquella hoja en el mismo centro con Tiro Seguro.

A pesar de todo aquel sigilo, el hombre lo vio, justo cuando estaba a punto de perderse de vista.

—¡Eh, chico! —Boone fingió no oírle—. ¡Eh, tú! ¿Por qué corres?

Pero ahora se encontraba fuera del rango de visión del hombre y se paró y esperó, conteniendo la respiración en la garganta, y preguntándose por qué corría y si debía salir corriendo otra vez si el hombre le perseguía. No había hecho nada, al menos en Indiana, para tener que esconderse de la gente de esa manera, excepto por haber robado una gallina. Después de un rato escuchó de nuevo el disparo de la pistola y supo que el hombre había retomado las prácticas de tiro.

Mantuvo el oído aguzado mientras seguía su camino y de vez en cuando echaba la mirada atrás preparado para esconderse en el bosque, y antes de que hubiera recorrido una milla detectó movimiento detrás de él. Los cascos de un caballo repiqueteaban sobre el terreno. El bosque no era muy espeso en ese tramo, pero un poco más allá, a mano izquierda, se erguía un grueso tocón de árbol. Corrió hacia él y se tiró cuerpo a tierra tras el tocón, observando a través de una franja de hierba y escuchando el largo resoplido del caballo antes de poder verlo. Por detrás de un bosquecillo de árboles vio pasar a caballo un gabán gris perla y un sombrero alto de piel de castor, y debajo asomaba un rostro afilado y surcado de arrugas. Boone vio a Viejo Tiro Seguro enganchado en la silla de montar. Se quedó allí tumbado hasta que el caballo y el jinete pasaron de largo y se perdieron entre los bosques a lo lejos, y mientras pasaban recordó que un hombre no podía alcanzar a un caballo corriendo, ni tampoco enfrentarse a un rifle sin ningún arma en las manos. Entonces se puso en pie y salió tras ellos, trotando para mantenerse cerca.

Alcanzó a Bedwell inesperadamente una hora más tarde. Al bordear un bosquecillo que ocultaba el camino vio su caballo bebiendo de un riachuelo que atravesaba la carretera, y a Bedwell en tierra dándole la espalda y golpeándose la pierna ceñida con la fusta que llevaba en la mano. No estaban a más de un tiro de piedra. Mientras Boone le observaba, Bedwell se abrió la bragueta de los pantalones y meó, abotonándoselos a continuación lentamente.

Ahora era el momento, se dijo Boone, pero ¡con cuidado, con cuidado! Dejó caer de la mano el

saquito de harina de maíz. Sintió que las piernas se ponían a correr bajo su cuerpo y que la brisa le acariciaba el rostro. Sus pies levantaron ruido en el camino. Bedwell se subió los pantalones, se giró, lo vio y se fajó esperando la embestida, sin hacer ademán de ir a coger el rifle de la silla. Se quedó allí de pie esperando la carga, y ambos cayeron al suelo, rodando por encima del riachuelo y alejándose de él. Boone oyó al caballo pifiar y observó que los cascos se alejaban repiqueteando. Sintió la mano del hombre deslizándose bajo su gorro y tirándole del pelo. Con el pulgar de la otra mano buscó el ojo de Boone, y ahora sus dos manos trabajaron juntas, una sujetando la cabeza del chico mientras con el pulgar de la otra le apretaba la cuenca del ojo. El dolor que sintió fue como un cuchillo que le abría el cráneo. El ojo se hundió en su cuenca. Boone soltó la garganta de Bedwell, se zafó de él y rápidamente se puso en pie. Bedwell se alzaba borroso frente a él, de pie y chorreando agua, con los labios entreabiertos, pero sin decir nada, y las líneas de su rostro formaban pequeños círculos en las comisuras de la boca. Sus ojos estudiaron detenidamente a Boone. Boone se abalanzó hacia delante, soltando un puñetazo hacia el rostro. La rodilla de Bedwell salió disparada hacia arriba y con las manos empujó a Boone hacia atrás como si le hubiera dado el golpe de gracia. Boone se dobló hacia delante y tropezó hacia atrás. Un gemido de dolor se le escapó de la garganta. Intentó enderezarse a pesar del feroz dolor que sentía en la entrepierna.

—¿Y bien? —preguntó Bedwell mientras se limpiaba con la mano el barro del abrigo.

—¡Te llevaste mi rifle!

—¿Y?

—Tengo intención de recuperarlo.

—Pues adelante.

—No he acabado todavía.

Los ojos de Bedwell se apartaron de los de Boone y miraron por encima de su hombro, y un brillo que Boone no entendió los iluminó de pronto. Bedwell ahora sonreía, una sonrisa de soslayo.

—Tienes miedo, ¿verdad, cachorrillo?

Los hombros de Boone chocaron contra su pecho. El hombre se cayó hacia atrás, dócilmente en esta ocasión, y Boone se sentó a horcajadas sobre él. Parecía que la fuerza había abandonado a Bedwell. Este intentó escapar sacudiéndose y poco después se desplomó hacia atrás, gruñendo. Sus manos revoloteaban, intentando protegerse los ojos de los pulgares del chico. Gritaba, ensordeciendo a Boone.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Boone logró meter la mano por debajo del revuelo de brazos de Bedwell y buscó un ojo con el pulgar. Lo acababa de encontrar cuando una voz sonó como una bocina a sus espaldas.

—¡Para, maldito seas! ¡Para!

Una mano agarró a Boone por el hombro y lo separó de cuajo. El hombre del abrigo negro se cernía sobre él y entonces vio que llevaba una estrella prendida del abrigo.

—Soy el sheriff.

—¡Gracias a Dios, sheriff! —era Bedwell el que hablaba ahora; se puso en pie, recogió su sombrero blanco del agua y lo sacudió—. Iba a matarme —dijo señalando a Boone—. Debe de

estar loco.

La mirada del sheriff se clavó en el rostro de Boone.

—Lo vi antes, escondiéndose en el bosque.

—Me asaltó por detrás. Estaba parado esperando a que mi caballo bebiera y me atacó por detrás.

—¿Qué intenciones llevas, chico? —preguntó el sheriff, y se respondió él mismo—. Robar, esa es la intención —dirigió sus ojos al caballo de Bedwell, que estaba de pie con un anca más elevada que la otra al otro lado del riachuelo—. Querías quedarte con el caballo, el rifle y el resto del material del caballero, ¿verdad?

—No.

Bedwell asentía con la cabeza.

—No había pensado en eso, sheriff.

—Supongo que me habrías asaltado a mí —continuó el sheriff— si no me hubieras visto la pistola.

—Él me robó el rifle. Yo sólo quería recuperarlo —afirmó Boone.

La voz del sheriff retumbó en los oídos de Boone.

—¿Y por eso te escondes en el bosque como una alimaña?

—Él me lo robó.

—¿Y qué hacías tú —los ojos del sheriff recorrieron la sucia ropa tejida a mano— con un arma tan buena como esa?

—Él me la robó, se lo he dicho.

Bedwell lanzó al sheriff una tímida sonrisa.

—Excusa de mal pagador.

—Peor que ninguna excusa. Venga, os venís conmigo, los dos.

CAPÍTULO VII

El pulgar del sheriff señaló la dirección que debían seguir.

—¡En marcha! —dijo—. Y que no se os ocurra intentar nada extraño —llevaba la pistola en la mano, y dirigiéndose a Bedwell dijo—: Tú monta tu caballo y ve delante. Lo mantendremos entre nosotros dos.

El sheriff retrocedió unos pasos, manteniendo los ojos fijos en Boone por encima de su hombro, y se montó en su propio caballo. Bedwell sonrió a Boone.

—Parece que no vas a llegar a San Luis hasta dentro de un tiempecito —le dijo en voz baja.

Partieron, Bedwell y el sheriff montados, a la cabeza y la cola de la marcha, y Boone, a pie, entre ellos.

Llegaron a una ciudad situada a una milla de distancia. Boone supuso que se trataba de Paoli. En comparación a Louisville era una población pequeña, pero seguía siendo bastante grande, y estaba repleta de ojos y labios en movimiento. Los ojos miraban a Boone desde ventanas y portales, y los labios decían cosas, y la gente cerraba las puertas y salía al encuentro del sheriff, y Boone sentía los ojos clavados en su espalda, y escuchaba las palabras que salían de aquellos labios.

—¿De qué se trata, sheriff?

—Este joven.

—Parece violento, sin duda.

—¿Va a haber un juicio?

—Podría ser —respondió el sheriff con su potente voz.

—El jurado no ha sido excusado todavía, desde ayer.

—El juez principal se marchó a Corydon, pero los jueces auxiliares están aquí.

—Todos se auxilian y ninguno juzga.

Las voces rieron a carcajada limpia. Bromeaban a sus espaldas, como si estuvieran en una reunión de costura o una fiesta de amigos. Bedwell parecía divertirse. Cabrioleaba con el caballo, sonreía a los hombres que les seguían y decía al sheriff:

—Espero que podamos acabar con todo esto rápido. Tengo que seguir mi camino.

El juzgado era un edificio alargado y bajo hecho de maderos.

—Ata la montura aquí —ordenó el sheriff a Bedwell y sujetó su propio caballo al poste—. Yo llevaré el rifle, el cuerno y el saco de munición —y les hizo una señal para que entraran en el edificio—. ¿Podrías avisar al forense, por favor? —pidió a uno de los hombres antes de entrar.

Boone fue conducido a aquella parte de la sala destinada a los jueces, letrados, jurado y personal relacionado con la administración de justicia. Delante había un estrado y un banco alto, y detrás del banco alto había otro banco, con respaldo, para sentarse. Junto al estrado había tres mesas y algunas sillas, y en el lateral había asientos para que el jurado se sentase. La sección estaba separada del resto de la sala por un poste horizontal de lado a lado atornillado a las paredes. Al otro lado del poste había bancos desbastados para la gente que quisiera ver y escuchar. Ya había algunas personas sentadas allí, y entraban más por una puerta situada en el otro extremo del poste. El sheriff le hizo un gesto.

—Siéntate.

Un hombrecillo moreno con ojos como bellotas mojadas tocó el brazo del sheriff.

—Hola, Charlie —dijo el sheriff—. Tenemos que organizarnos. ¿Has visto a Eggleston y los jueces?

—Están al otro lado de la calle, tomando una copa.

El sheriff cogió a Bedwell del brazo.

—¿Te importaría vigilar a este chico, Charlie? —dijo al hombrecillo moreno. Este se sentó junto a Boone. El sheriff y Bedwell salieron.

La sección al otro lado del poste iba llenándose. Las voces formaban un único y continuado murmullo en la sala, un ruido sin palabras que se elevaba y bajaba pero que era constante, llegándole a Boone como olas que rompían sobre él. La gente callaba, miraban al frente al entrar y luego se movían y se sentaban, volvían a levantar la mirada y comenzaban a hablar, uniendo sus voces a la ola.

Un rato más tarde, la puerta junto a Boone se abrió y el sheriff y Bedwell entraron con media docena de hombres. Dos de ellos subieron al estrado de los jueces, se sentaron y esperaron allí, en silencio y con los ojos abiertos como platos, como búhos deslumbrados por la luz. Uno de ellos tenía cuerpo de huevo, la cara roja y unos ojos surcados por diminutos ríos de sangre. El otro era pálido y tenía ojos de perro enfermo. Se hundió hacia atrás cuando se sentó y no hizo ningún movimiento, tan sólo se permitió recorrer todos los rincones de la sala con los ojos como si nada le importara. Un tercer hombre se dirigió a una mesita, apoyó sobre esta un libro grande, se sentó y sacó una pluma. El sheriff dio un codazo a Boone para que se levantara y lo empujó delante de los jueces. Los ojos enrojecidos con venillas se clavaron en él.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Boone Caudill.

—Has sido acusado de asalto y agresión. ¿Culpable o inocente?

—No he hecho nada.

—Inocente, pues. ¿Listo para ser juzgado? —al ver que Boone no contestaba los ojos rojos pestañearon impacientemente—. Este chico necesita defensa —con los ojos eligió a un hombre—. Letrado Beecher.

Un hombre de entre la media docena que acababa de entrar dio un paso al frente.

—Sí, su señoría.

Iba ataviado con un abrigo marrón con solapas y debajo llevaba un chaleco de un color más claro. Su pelo era espeso y color pajizo y de la nuca pendía una coleta atada con un cordón de algún tipo de piel, que le llegaba hasta el trasero. Parecía tener unos veinticinco o veintiséis años.

—¿Puede hacerse cargo de su defensa? El tribunal duda que pueda cobrar honorarios —el hombre asintió lentamente, y el juez continuó—: Eggleston anuncia que el Estado está preparado. Tenemos un jurado, el de ayer.

—Deme un minuto —pidió el letrado Beecher.

—Claro. Lleve al acusado a la habitación del gran jurado. Luego continuaremos.

—¿Qué tal si me cuentas todo lo que ha pasado? —dijo el letrado Beecher tras sentarse ambos en la otra sala. Había una mesa y doce sillas, y cinco o seis escupideras que se erguían ofreciendo

unas bocas anchas como si suplicasen un escupitajo—. ¿Y bien? —le atosigó Beecher.

—Ese rifle, él me lo robó.

—¿Cómo?

—Se lo llevó, y yo tenía intención de recuperarlo.

—¿Por eso lo abordaste?

—Para recuperarlo.

El abogado se removió en su asiento.

—¡Mira, chico! Estoy de tu lado, pero a menos que me cuentes los hechos del caso no podré ayudarte. Empieza por el principio ahora, y cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar, sólo que apareció hace dos noches y me dijo cómo se llamaba y cenó conmigo.

—¿Dónde?

—A dos días de distancia, lejos.

—Y después, ¿qué pasó?

—Se escapó por la noche y se llevó mi rifle, mi cuerno y mi saco de perdigones.

—Cuando dices que él apareció, ¿quieres decir en tu casa?

—Fuera.

—¿Y por qué estabas fuera? —el abogado Beecher esperó la respuesta—. ¿Quieres decir que estabas viajando?

—A San Luis.

—¿Desde dónde? —el abogado volvió a esperar—. ¿Es esto todo lo que vas a contarme, sólo que el tal Bedwell apareció mientras estabas pasando la noche al raso, y compartiste tu cena y más tarde te robó el rifle mientras dormías?

—Eso es todo lo que hay —respondió Boone.

El letrado Beecher inclinó la cabeza, se pasó la coleta hacia delante y jugueteó con ella con los dedos mientras reflexionaba. Probablemente el cordel que la sujetaba era de piel de anguila.

—No te estás ayudando mucho —dijo Beecher—. ¿Cómo es que andas vagando por Indiana sin dinero? No tienes dinero, ¿verdad? ¿Ni comida? ¿Ni caballo?

La voz de bocina del juez llegó hasta la habitación.

—El tribunal está listo, Beecher.

Mientras Beecher lo miraba, Boone dijo:

—Da igual. Me robó el rifle, ya se lo he dicho.

El joven abogado se puso en pie y su terso rostro se arrugó por el entrecejo.

—Vamos, pues.

—¿Listos? —preguntó el juez de rostro enrojecido.

El letrado Beecher asintió.

—Todo lo listos que podemos estar, juez Test.

—Reúna al jurado —ordenó el juez al sheriff.

El sheriff se dirigió a la puerta y gritó:

—¡Jurado! —exclamó como un hombre llamando a sus puercos; a continuación, regresó y golpeó una de las mesas—: ¡Todos en pie!

Se escuchó el trajín de pies cuando todo el mundo se levantó. La voz retumbó por la sala. Beecher condujo a Boone hacia una de las mesas. Se sentaron tras ella. Bedwell estaba sentado tras la otra, y junto a él había un hombre de rostro enjuto que no paraba de tocarse la barbilla. Los ojos del hombre eran tan grises que parecían casi transparentes, como el cristal y, como el cristal, parecían duros y fríos.

El hombre gordo al que llamaban juez Test se echó hacia delante en su asiento, con los brazos cruzados sobre el banco que tenía frente a él. El otro juez permaneció echado hacia atrás, con aspecto de estar cansado. El juez Test levantó la mano y se dirigió a los miembros del jurado, sentados a la derecha a lo largo de la pared lateral. Boone se preguntó si el juez pálido estaba tan enfermo como parecía. Beecher y el hombre de ojos fríos formulaban preguntas al jurado. Uno podía acabar así de pálido si nunca dejaba que el sol le tocara la piel. Los ojos de venillas rojas se dirigieron al frente.

—¡Que los testigos presten juramento! ¡Pónganse en pie! ¡Apoya tu mano aquí, chico!

»¿… jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, por la gracia de Dios?

Cuando el juez pronunció «Dios», una extraña expresión se dibujó fugazmente en su rostro. Los ojos le pestañearon y se agrandaron, como si le hubieran propinado un codazo en los riñones, la mandíbula cayó y la boca formó un enorme agujero redondo en su rostro. Sus manos revolotearon durante unos segundos. Entonces se escuchó el sonido de madera partiéndose. Boone sólo vio fugazmente los ojos desorbitados y la boca abierta y las manos crispadas, y luego la cabeza del juez desapareció hacia abajo tras el banco, como si estuviera jugando a invadir fortines y acabara de esquivar una piedra. Boone oyó su trasero desplomándose sobre el estrado. El juez pálido se sujetó del banco frente a él y se mantuvo erguido mientras el otro extremo del asiento bajo él se desplomaba. El juez Test se puso en pie, bufando y más rojo que nunca.

—¡Maldita sea! —exclamó, y a continuación miró al sheriff—. Es responsabilidad del sheriff asegurarse de que este juzgado esté en buenas condiciones.

El sheriff dijo algo que Boone no pudo oír, porque la gente se había echado a reír. El juez Test golpeó el mazo ordenando silencio. El hombre de ojos fríos sentado a la otra mesa asintió sabiamente.

—En efecto, esta bancada de jueces parece un tanto débil —murmuró.

Y entonces el público explotó en risas al otro lado del poste, y chocaron palmas unos con otros y gritaron hurras mientras el juez Test golpeaba el mazo. Los ojos del juez centellearon con una luz rojiza, pero el hombre de ojos fríos se limitó a sonreír tibiamente y lentamente el juez tragó saliva y dejó escapar a regañadientes una sonrisita. Un hombre subió un bloque de madera al estrado y apoyaron el extremo del banco sobre el bloque; el juez Test se sentó despacio, probando su firmeza.

—De acuerdo, Eggleston —dijo—, si ha acabado con sus bromitas.

Y entonces el hombre de ojos fríos dijo:

—Llamamos a declarar al sheriff.

El sheriff entregó Viejo Tiro Seguro a otro hombre, se acercó y se sentó en una silla junto al banco de los jueces y de cara a la muchedumbre.

—¿Es usted Mark York, sheriff del condado de Orange? —preguntó Eggleston.

—Claro.

—¿Ha visto antes al acusado? —dijo señalando con su pulgar a Boone.

—Claro.

—¿Cuándo y dónde?

—La primera vez el chico pasó a escondidas intentando evitarme, en la carretera de Greenville. Eso sería hacia el mediodía.

—¿Qué hacía usted allí?

—Matt Elliott había denunciado el robo de una vaca. Volvía de allí.

—¿Qué quiere decir que pasó «a escondidas» intentando evitarle?

—Dejó la carretera y se desvió pasando a mis espaldas. Sólo lo vi fugazmente cuando ya se alejaba.

—¿Puede indicar alguna razón por la que quisiera evitarle?

El letrado Beecher saltó.

—¡Protesto, señoría!

—Oh, de acuerdo —replicó Eggleston, y continuó preguntando—. ¿Cuándo lo vio por segunda vez?

—Un tramo más adelante, en la misma carretera. Tenía al caballero de ahí tirado en tierra y lo estaba ahogando.

—¿Luchaban?

—Claro.

—¿Quién piensa usted que era el agresor?

—Este joven de aquí estaba sentado encima.

—¡Protesto, señoría! —gritó el letrado Beecher otra vez.

El juez Test lo miró y luego dijo:

—Este tribunal no va a perder el tiempo con florituras. Queremos la verdad. Prosiga, Eggleston.

—¿Y fue usted quien los trajo aquí?

—Claro —y señaló a Boone—. Ese de ahí planeaba robar al caballero su caballo y su material.

—¡Protesto!

Eggleston volvió los ojos en blanco hacia el letrado Beecher.

—Cedo la palabra a la defensa.

—Sheriff —dijo el letrado—, por lo que usted sabe, el tal Bedwell podría haber iniciado la pelea, ¿no es así?

—Podría ser.

—De hecho, usted no pudo distinguir quién era el agresor.

—Este estaba encima.

—Pero eso no prueba nada.

—Prueba que él se estaba llevando la mejor parte.

La respuesta hizo que entre el público se dieran codazos unos a otros y se rieran y hablaran por la comisura de los labios. El sheriff los miró sonriente y les lanzó un lento guiño. El juez golpeó el mazo.

—Eso es todo.

El sheriff se levantó y se dirigió a un lateral y tomó Viejo Tiro Seguro del hombre al que se lo había dejado.

—Bedwell.

El gabán gris perla se sacudió, los pantalones ceñidos se estiraron y el sombrero blanco colgaba de una mano.

El fiscal miró sus notas.

—¿Es usted Jonathan Bedwell, de Nueva Orleans?

—El mismo.

—¿Conoce usted al acusado ahí sentado?

—Lo he visto sólo en una ocasión.

—Cuéntelo al tribunal.

—El me atacó.

—Continúe.

—Eran alrededor de las doce del mediodía de hoy. Me paré y descabalgué para que mi montura bebiera.

—¿Dónde?

—En la carretera de Greenville, a una milla de aquí más o menos.

—¿Sí?

—Escuché que se acercaba alguien corriendo, me giré y era este joven, que cargaba contra mí.

—¿Lo había visto alguna vez antes?

—No.

—¿Y por qué cree que quería atacarle?

—Protesto —apostilló Beecher.

A excepción de un leve movimiento de los ojos venosos, el juez Test hizo caso omiso de la objeción.

—No lo sé —continuó Bedwell—. El sheriff dijo que era un robo, pero no lo sé.

La enjuta cara del fiscal se giró hacia Boone.

—Por su aspecto parece que realmente carece de todo, no cabe la menor duda.

La gente sonrió ante ese comentario y algunos de ellos se rieron a carcajada limpia mientras Beecher protestaba y el juez Test golpeaba el banco con el mazo. Sólo había un hombre que no sonreía. Era un indio en la primera fila tras el poste, sentado muy tieso e inmóvil, y en las manos sostenía un par de mocasines con plumas que probablemente había llevado a la ciudad para venderlos. El juez pálido pareció recuperarse de su decaimiento y clavó sus tristes ojos en el fiscal.

—Eso no se ajusta a derecho, Eggleston, y lo sabe.

Eggleston continuó hablando.

—En todo caso, él cargó contra usted y lo derribó e intentó causarle daños físicos cuando el sheriff apareció en la escena.

—Creo que me habría matado.

—¿Tiene caballo?

—Uno bastante bueno.
—¿Y rifle?
—Uno bastante bueno, pero un poco ligero.
No era ligero, se dijo Boone a sí mismo, sino lo suficientemente pesado para disparar contra jabalíes y búfalos.
—Supongo que cualquier ladrón… —los ojos fríos se clavaron en Boone— estaría encantado de tenerlos.
—Supongo que sí.
—Protesto, señoría —era Beecher otra vez, de pie y sacudiendo la cabeza mientras la cola se balanceaba sobre su espalda. El juez Test levantó un dedo.
—Nada de marear la perdiz.
—Puede preguntar al testigo —dijo Eggleston dirigiéndose al letrado Beecher.
—¿Ha dicho usted que nunca antes había visto a este chico? —preguntó Beecher.
—Nunca.
Beecher señaló a Bedwell con un dedo.
—Pero, de hecho, usted compartió la cena del chico anteayer por la noche, ¿no es así?
—No.
—¿No es cierto que compartió usted su cena y pasó la noche en su compañía, que se levantó temprano mientras el chico todavía dormía y le arrebató el rifle y el cuerno y el saco de perdigones?
—No, no lo hice.
—El Estado protesta, la pregunta es improcedente.
—Continúe —ordenó el juez Test a Beecher.
—¿Y no es cierto que el chico le atacó con la intención de recuperar su rifle?
—No era su rifle.
Las preguntas continuaron. A través de una ventana, Boone pudo ver una taberna al otro lado de la calle y en un lateral del edificio un poco más arriba divisó las colinas bajas recortándose en el horizonte. Pensó en la cueva donde había pasado la noche y el susurro de la lluvia sobre las rocas mientras él permanecía resguardado en el interior.
—Eso es todo —dijo Beecher.
Bedwell se puso en pie de un salto, pero Eggleston lo empujó hacia atrás. Los finos labios de Eggleston se movieron con mucho cuidado.
—Un minuto. ¿Puede identificar el rifle?
—Por supuesto. Fue fabricado por el viejo Ben Mills de Harrodsburg, Kentucky. Se lo compré a él.
—Sheriff —dijo Eggleston—, ¿podría traer el rifle?
Miró el arma, la sostuvo en alto para que Beecher la inspeccionara y luego la entregó a los miembros del jurado. Pasó por todas las manos mientras asentían con la cabeza. El fiscal dejó escapar una sonrisa.
El letrado Beecher se puso en pie.
—¡Esperen! ¡Esperen! —exclamó señalando con el dedo a Bedwell—. Usted podía haber

memorizado el nombre del fabricante después de robar el rifle, ¿no es así?

—Sí —dijo Bedwell—. Si lo hubiera robado.

—De hecho, eso sería lo primero que habría hecho, ¿verdad? —preguntó Beecher, paseando la mirada de un jurado a otro. Estos le miraron y luego apartaron la mirada, como si no pudieran desprenderse de la primera impresión.

—Probablemente —dijo Bedwell—. Si la hubiera robado.

Eggleston apuntó su afilado rostro al banco.

—Esa es la cuestión.

El letrado Beecher se volvió hacia Boone.

—De acuerdo —dijo, y a continuación le mostró señalando con el dedo el camino a la silla de los testigos.

Boone se levantó, se dirigió allí y se sentó. A un lado estaba el jurado y en el otro el banco de los jueces. Frente a él estaban los abogados y Bedwell y el secretario con su enorme libro y su pluma, y más allá se encontraban los ciudadanos, mirándole, girándose para hablar ocultando tras sus manos bocas impacientes y fruncidas. Todas las miradas recaían sobre él, como si se unieran en un ojo enorme y él fuera lo único que valiera la pena mirar. Sólo el indio permaneció en silencio, mirándolo con unos ojos brillantes por el reflejo de la luz que entraba por la ventana, y con las manos sobre el regazo sujetando los mocasines. No debía de ser un verdadero indio del oeste, sino un miami, o tal vez un pottawatomi. Al fondo de la sala un hombre sonreía a Boone, como alguien que sonríe a un amigo. Entre todo aquel aluvión de rostros, el suyo era el único amistoso, sin contar la del indio, que tal vez también lo fuera.

—¿Cómo se llama? —preguntó Beecher.

—Boone Caudill.

—Con sus propias palabras —dijo Beecher lentamente—, ¿le importaría contar al tribunal su versión de la pelea de esta mañana y las circunstancias que la rodearon?

—Es mi rifle. Él me lo robó.

—Espere un segundo. Comience por el principio.

—Estaba preparándome la cena al raso…

—¿Cuándo y dónde?

—La noche de anteayer. A bastante distancia por la carretera.

—¿Al otro lado de Greenville?

—Supongo.

—Continúe.

Boone hizo un leve gesto hacia Bedwell.

—Él llegó a caballo.

—¿Sí?

—Me dijo su nombre y me preguntó si podía quedarse a pasar la noche.

—¿Sí?

—Por la mañana había desaparecido y además se había llevado el rifle.

—¿Y por eso —dijo el letrado Beecher—, cuando se lo encontró de nuevo hoy, intentó recuperar el rifle?

—Sí.

—¡Protesto, señoría! —ladró Eggleston.

—Deje de apuntarle las respuestas —ordenó el juez Test al letrado.

—Fue así como pasó —aseguró Boone.

—¿Puede identificar el rifle?

—Lo fabricó Ben Mills, en Harrodsburg.

El letrado Beecher se levantó.

—Sus señorías —dijo, mientras fruncía el ceño—, creemos que es pertinente que desestimen el caso. En cuanto a la identificación del arma, el tribunal simplemente tiene dos versiones contrapuestas, sin pruebas a favor de ninguna de las dos partes. Ni tampoco la acusación de asalto y agresión se sostiene. En este punto el tribunal sólo tiene dos versiones contrapuestas, y la declaración del sheriff por un lado no refuerza la acusación. El sheriff simplemente vio a dos hombres peleándose. Cualquier conclusión que extrajera o diera por cierta es pura suposición, sin peso ante la ley. La única prueba real es que tuvo lugar una pelea.

Eggleston se había puesto en pie, protestando.

—Solicitamos contrainterrogar al testigo.

El juez Test hizo callar a ambos.

—Proceda, pues —dijo dirigiéndose al fiscal, pero el letrado Beecher le apostilló.

—Espere, señoría. No hemos acabado —volvió a dirigir la mirada a Boone—. ¿Tiene alguna otra manera de identificar el rifle? ¿Hay otras marcas en el arma, o arañazos, que puedan identificarlo?

—No tiene ningún arañazo.

El letrado Beecher apoyó la barbilla en su puño. Sus ojos se detuvieron en la mesa que tenía delante.

—Tal vez —dijo tras una pausa— pueda probar sus reclamaciones acerca del rifle a través del cuerno o el saco de perdigones —entonces levantó la cabeza—. ¿Cuántos perdigones había en el saco?

—Había once y disparé a un conejo. Diez, tendría que haber diez.

Beecher hizo un gesto y el sheriff le acercó el saco. Eggleston se aproximó y se quedó de pie junto a Beecher mientras este vaciaba el saco sobre la mesa.

—Un, dos, tres…

—Hay ocho —apostilló Eggleston—. Sólo ocho.

La mano de Beecher rebuscó en el saquito y volvió a sacarla vacía.

—Por supuesto —le dijo a Boone—, quien robó el rifle podría haberlo disparado un par de veces, ¿no es así?

Eggleston miró a Beecher, sonriente, y dijo:

—Debo protestar. Está volviendo a dictarle las respuestas —y, a continuación, regresó a su asiento todavía sonriente.

—Eso es todo —concluyó Beecher.

El rostro colorado del juez Test se volvió hacia Eggleston.

—Proceda.

Eggleston se inclinó sobre Boone, como una serpiente frente a un pájaro.

—¿Desde cuándo es propietario de este rifle?

—Un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Boone escuchó la pluma rasgando el papel mientras el hombre sentado a la mesita escribía en el gran libro. Rasgó un poco más y paró, y Boone pudo ver la pluma levantada, a la espera. En el fondo de la habitación aquel hombre todavía le sonreía, como si estuviera a su favor.

—Le he preguntado cuánto tiempo. Por Dios, chico, si el rifle es tuyo debes saber cuánto tiempo lo has tenido.

—No se lo podría decir exactamente.

—Oh, no me lo podría decir exactamente. En todo caso, ¿de dónde lo sacó? ¿Es realmente suyo?

La pluma rasgó un poco más y volvió a detenerse. Boone sintió sus manos crispadas entre las rodillas. Sacó la punta de la lengua y se mojó los labios.

—¿Es suyo? —aulló Eggleston, y pegó un golpe en la mesa con el puño.

—Sus señorías —apostilló el letrado Beecher—, protestamos, el fiscal podría estar intimidando a nuestro defendido.

—No responde —concluyó el fiscal.

Los ojos rojos del juez se posaron en Boone.

—Chico, un acusado no puede acusarse a sí mismo… pero tengo que advertirte, si no respondes, el jurado casi con toda probabilidad lo tendrá en tu contra.

—Mi papá me lo dio —respondió Boone.

La mano del fiscal jugueteó con su barbilla. Tras un silencio, dijo:

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Casi dieciocho.

—Entonces tienes diecisiete —los ojos claros de Eggleston lo examinaron—. Eres un fugitivo, ¿verdad?

Boone oyó a Beecher gritar «¡Protesto!», y el juez Test le hizo callar respondiendo: «Es un contrainterrogatorio».

—¿De dónde eres? —continuó Eggleston.

Boone sacó las manos de entre las rodillas y se agarró al asiento de la silla.

—De San Luis.

—¿Qué haces aquí?

—Regreso allí.

—¿De dónde vienes?

—De por aquí.

—Sólo por aquí, ¿eh?

—Supongo.

El fiscal miró a los jueces con las cejas enarcadas y la frente surcada de arrugas.

—El testigo debería permanecer bajo custodia para llevar a cabo una investigación. Probablemente se trate de un chico fugitivo de la justicia.

El letrado Beecher se acercó y, de nuevo, la cola rubia se agitó.

—Los cargos que nos ocupan son de asalto y agresión. No se ha presentado ningún otro cargo ante este tribunal.

—Acabemos con esto primero —dijo el juez Test a Eggleston—. ¿Listos para los alegatos?

Se escuchó un zumbido de susurros entre la multitud y traseros removiéndose en los bancos. Todos se echaron hacia delante, como si fuera ese momento el que habían estado esperando desde un principio. Mientras Boone los observaba, el hombre al fondo de la sala asintió con la cabeza, como si le estuviera asegurando que todo iba a salir bien.

—Puedes venir aquí —le dijo el letrado Beecher, en tono de invitación, y Boone se levantó de la silla de los testigos y se sentó junto a él tras la mesa.

Beecher se levantó y se situó frente al jurado y comenzó a hablar. Su voz, más aguda que la de Eggleston, parecía abrirse y cerrarse como una espita según miraba hacia un lado u otro. Era todo un espectáculo la forma en la que su coleta se agitaba. Tras él, a través de la ventana, estaba la taberna y, más allá, el bosque que se recortaba contra el cielo, y el propio cielo, claro y azul como el agua. Boone divisó un pájaro, probablemente sólo era un gavilán, pero volaba libre y sin dificultad, como si mantenerse allá arriba no supusiera ningún esfuerzo. La espita de voz se abría y se cerraba.

—Sólo la palabra de un hombre… No se ha probado ningún cargo… Lo único que se ha demostrado, lo único de lo que pueden estar seguros, es que hubo una pelea… En tales circunstancias, deberían fallar a favor del acusado…

Desde el otro lado del poste todos miraban a Beecher, excepto cuando este le señaló, y entonces todos los ojos siguieron su dedo, como si tirara de ellos con un hilo, y se posaron en Boone. Y todo el mundo lo escuchaba también, y unas veces sonreían y otras veces fruncían el ceño, y susurraban de vez en cuando. Tal vez resultaría fácil escuchar, mantener la mente atenta a lo que se estaba diciendo en la sala, si él estuviera entre el público. Tal vez era bastante placentero, observar y escuchar y no tener dedos señalándote y ojos taladrándote con la mirada, sabiendo además que podías levantarte y marcharte cuando quisieras, a San Luis o a donde fuera.

—… este joven inocente sin amigos… —Boone no quería que nadie fuera su amigo, a menos que se tratara de Jim Deakins, y además no era un joven, sino un hombre, lo suficientemente maduro para valerse por sí mismo— … apela a la sabiduría y bondad del jurado para que emitan un veredicto de absolución.

Beecher estaba sudando cuando se sentó.

Eggleston se levantó de su asiento y se dirigió hacia el jurado con ambas manos en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia delante. Sin embargo, cuando llegó allí, desenfundó las manos y la cabeza se alzó como con un resorte. Su voz sonaba fuerte, así que Boone la escuchaba con toda claridad cuando le prestaba atención, daba igual hacia dónde mirase Eggleston. El fiscal paseaba de un lado a otro delante del jurado, balanceando los brazos. De vez en cuando se volvía, señalaba y clavaba sus ojos blanquecinos en Boone y, cuando lo hacía, su voz retumbaba en los oídos de Boone, con expresiones como «pícaro andrajoso» y «claro caso de bandolerismo» y «vagabundo asesino». Cuando se giraba sus palabras rebotaban antes en la pared y parecían flotar como un eco en la sala. Más allá de él, mucho más allá, el gavilán todavía volaba en círculos,

ligero como una pluma, sin mover las alas, sólo inclinándolas, un círculo tras otro, meciéndose en el viento. Las palabras volvieron a llover sobre Boone, como si le lanzaran piedras. Sintió los ojos sobre él y su piel intentando encogerse bajo su ropa.

—Afirmo, caballeros, que sólo pueden llegar a un único veredicto, y ese es el de culpabilidad —el brazo se balanceó, como una rama colgando al viento—. ¡Mírenlo! ¡Mírenlo bien! Pregúntense ustedes mismos lo que un hombre como este… —picoteó con el dedo en su ropa— podría estar haciendo ahora con un arma como esa —a continuación, volvió el eco, rebotando en la pared—. El castigo, caballeros, se lo dejo a su buen juicio.

Eggleston se volvió y regresó a su asiento y de camino le lanzó al letrado Beecher una sonrisa. Boone supuso que debían de ser buenos amigos fuera del juzgado.

El juez Test golpeó con el mazo una vez.

—El jurado puede retirarse a deliberar.

Se pusieron en pie, estiraron las piernas y salieron en fila. A través de la ventana Boone pudo verlos cruzando la calle y entrando en la taberna. La muchedumbre comenzó a moverse, la mayoría se marcharon también a la taberna. El indio se levantó, con el rostro todavía inmóvil como un cuadro, se ciñó la manta que le cubría los hombros alrededor del cuello y salió por la puerta, dejando que los mocasines se agitaran en su mano. El hombre sonriente del fondo fue uno de los últimos en salir. Al mirarlo de cerca, Boone vio que era un tullido. Tenía un hombro atrofiado y arrastraba una pierna por el suelo. Seguía sonriendo cuando se acercó, pero era una sonrisa de idiota, Boone pudo verla ahora, una sonrisa sin intención en una cara de idiota. Antes de cruzar la puerta, se volvió hacia Boone y le sacó la lengua. Bedwell se sacudió el sombrero y, tras una última mirada a su alrededor, abandonó la sala del tribunal. El juez Test bajó del banco y cortó un trozo de tabaco. Él y el sheriff comenzaron a mascar.

Tras unos minutos el sheriff dijo:

—Se ve que ha sido cuestión de una sola copa —e hizo una señal hacia la ventana y al jurado que regresaba ya de la taberna. Beecher sacudió la cabeza pero no dijo nada.

Los miembros del jurado tardaron en entrar. El juez Test se volvió a subir al estrado y se sentó en el banco alisándose la papada. El juez pálido se sentó y apoyó la mandíbula en la mano. Abrió los ojos lentamente mientras el jurado entraba a empellones a su lado. El secretario entró y se sentó frente al libro.

—Caballeros, ¿ya tienen el veredicto?

Uno de los miembros del jurado se levantó y su silueta se recortó en la ventana, ocultando el bosque y el cielo y el pájaro en las alturas.

—Lo tenemos.

—Háganlo saber a este tribunal.

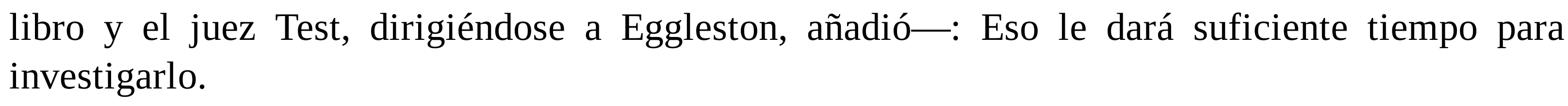
—Juez, su señoría, hemos decidido que el joven es culpable, pero no muy muy culpable.

El juez apretó los labios mientras sus ojos rojos esperaban a que el portavoz acabara.

—Creemos —siguió el jurado— que debe ganarse su libertad mediante una multa, digamos, de unos cinco dólares, o siete días de arresto.

El juez Test susurró algo al juez pálido y ambos asintieron.

—Que sean siete días, pues —sentenció el juez Test. La pluma del secretario rasgueó en el


libro y el juez Test, dirigiéndose a Eggleston, añadió—: Eso le dará suficiente tiempo para investigarlo.

Boone sintió la mano del sheriff sobre su brazo.

—¡Ven!

Eggleston levantó la mirada cuando pasaron a su lado.

—Tal vez usted pueda sacar algo de él, sheriff —y le guiñó uno de sus fríos ojos.

—Claro —respondió el sheriff, y al cruzar la puerta le dijo al hombrecillo llamado Charlie—: Trae a la pequeña Betsy, por favor.

La prisión era una cabaña de madera con una pesada puerta de roble. El sheriff abrió el cerrojo con una llave oxidada. Era un cerrojo grande, tan grande como una tortuga de agua. Durante un minuto después de entrar, Boone no pudo ver nada en la oscuridad. A continuación distinguió un camastro de tablones con un cobertor raído encima, y una mesa rota, en la que había pegada una vela medio derretida.

—Aquí está Betsy —dijo una voz desde fuera.

—Gracias —respondió el sheriff—. Vigila la puerta.

La puerta gimió al cerrarse.

El sheriff era un hombre grande, alto y flaco, y desprendía un aura de poder. Boone no se había dado cuenta antes de lo rígido que podía parecer su rostro. Era un rostro de piedra, como el de Pa cuando el demonio lo poseía.

—Cuando nos conozcamos un poco mejor —dijo el sheriff— tal vez te apetezca más hablar —separó la mano derecha de su cuerpo y Boone vio que sujetaba algo que, durante un minuto, arrastró por el suelo—. ¡Date la vuelta!

—¡No va a darme un azote, señor! —gritó Boone.

Antes de que hubiera acabado de decirlo, el látigo silbó.

CAPÍTULO VIII

—Arre, viejo amigo, arre, arre.

Jim Deakins pronunció las palabras al ritmo del caballo que trotaba bajo sus piernas, mientras pateaba la barriga del animal cuando aminoraba el paso. Por fin había logrado cruzar el río, tras dos días de esperar a que bajara el nivel del agua y que el capitán del ferry tuviera las agallas de levar anclas. Incluso entonces tuvo que abonar un dólar extra para que el capitán accediera a salir. Sus dos mulas habían desaparecido, y también el viejo carromato. En su lugar tenía un caballo y un poco de dinero en el bolsillo.

—Arre, arre.

Todavía no había encontrado ningún rastro de Boone. Nadie lo había visto. ¿Un chico alto y moreno? No. ¿Llevaba un rifle? No. ¿De diecisiete o dieciocho años, en dirección a San Luis? No. No. No habían visto a ese chico. Se preguntó si el río finalmente se había tragado a Boone. Desde la orilla vieron que el bote volcó, chocó por la proa y luego se perdió de vista, pero la cabeza de un hombre era algo demasiado pequeño para poder verlo en el agua a tanta distancia. Boone parecía fuerte, y testarudo como un cachorro. Probablemente fuera un buen nadador.

Jim había comprado el caballo después de desembarcar del ferry, y cabalgó río abajo por la orilla de Indiana, en busca de Boone, pero no encontró a nadie que pudiera informarle, así que decidió no perder más tiempo allí. Regresó a la carretera y partió hacia el oeste, suponiendo que, si Boone había logrado cruzar, ya debía de estar de camino a San Luis.

—Señor ¿ha visto pasar a un chico por aquí estos últimos dos o tres días, en dirección al oeste y a pie?

El hombre de la cabaña escanció el cubo de agua sucia y se enderezó.

—No creo que lo haya visto.

—Alf, sí que lo vimos, ¿no recuerdas? —esto lo dijo una mujer de voz aguda que estaba en el quicio de la puerta.

El bebé que tenía en sus brazos rompió a llorar. Alf se rascó la cabeza.

—¿Y cuándo fue eso, señora?

Antes de responderle, la mujer se sacó un pecho y se lo ofreció al bebé.

—Toma, a ver si paras ya la escandalera —dijo, y se apartó el cabello de la cara—. A ver, déjeme pensar. ¿Fue ayer o anteayer, Alf? Se lo juro, una al final mezcla hasta los días. ¿Cuándo fue, Alf?

—El momento no importa tanto, sólo que pasara —apuntó Jim.

—Sí lo hizo, ¿verdad que sí, Alf? ¿Recuerdas? —entonces miró a Jim—. Es terriblemente despistado, pero sí que lo ha visto.

—¿Un chico, a pie? —preguntó Alf—. No me viene a la mente; —dejó el cubo y miró a un lado y otro de la carretera, como si fuera a ver a Boone de un momento a otro—. Supongo que Ma tiene razón. Ella se fija en todo.

—Se lo agradezco —dijo Jim, y azuzó al viejo caballo.

Era un día frío, frío y desabrido, con molestas ráfagas de viento que paraban y luego volvían a soplar otra vez, como un pensamiento que uno no pudiera quitarse de la cabeza.

Jim llegó a un molino que se alzaba silencioso, a excepción del borboteo del agua que corría por un lado. Se veían las marcas por donde la lluvia había arrastrado el polvo.

—¡Ah del molino!

Escuchó unos pasos en el interior. Un hombre apareció en la puerta y echó una mirada fuera sacudiéndose las piernas y la barriga y desprendiendo volutas de polvo. Sus ojos miraban por debajo de unas pestañas blanquecinas, esperando ver el saco de un granjero sobre su silla de montar.

—No se trata de negocios.

El hombre se apoyó en el quicio de la puerta.

—Un asco de día.

—Sin embargo esta mañana parecía que iba a escampar.

—Las señales engañan, como todo el mundo. No se puede fiar uno de las señales.

Jim pasó una pierna al otro lado de la grupa y se sentó de lado sobre su silla de montar.

—Supongo que no. Una vez me fui directo al punto exacto al final de un arco iris, pero allí no había nada, sólo yo. ¿Ha visto a un chico viajando a pie en los últimos dos o tres días?

El molinero mascó un grano de maíz.

—¿Un chico delgado? ¿Alto?

—El mismo.

—¿Un chico vestido modestamente?

—Eso es.

—Un joven hosco.

—Bueno, un tanto silencioso.

—Hosco es lo que he dicho.

—¿Cuándo lo vio?

—Le saludé a grito pelado, amistosamente, pero pasó con los ojos clavados en el suelo como si fuera sordo. La juventud de hoy no tiene modales. Los modales se inculcan en un chico a base de palos. Sin palos no hay modales.

—¿Cuándo diría que lo vio?

El molinero se metió otro grano en la boca y lo presionó con los dientes.

—Ayer.

—¿A qué hora del día?

—Alrededor de esta hora. No, ahora que lo pienso, era más pronto —el molinero escupió una cáscara—. ¿Un fugitivo?

Jim sacudió la cabeza.

—Es mi hermano. Estoy intentando alcanzarlo. ¿Es esta la carretera a Paoli?

—Una de ellas.

Jim le sonrió.

—Una es más que suficiente, gracias.

El molinero se quedó en el vano de la puerta, masticando el maíz, mientras el caballo se alejaba a paso lento.

Un poco más adelante, un perro salió corriendo de una casa y se plantó en medio del camino

con las patas separadas, ladrando.

—¿Hay alguien en casa?

La puerta del cobertizo se abrió con un gemido. Un hombre salió y se apoyó en una horca de estiércol. Había visto a un chico, ayer, un muchacho ruin que pegó una patada a su perro y continuó su camino sin decir esta boca es mía. ¿Un rifle? No, no llevaba un rifle, sólo una bolsa pequeña. Hasta que Jim se alejó de allí no se le ocurrió que Boone no debía de llevar su rifle. Nadie podía nadar llevando un arma.

Jim se compró algo de comer en un colmado de Greenville. ¿No había visto el tendero a un chico alto, moreno y vestido modestamente? El hombre apoyó las manos en el mostrador y sacudió la cabeza mientras su boca se fruncía en forma de hocico. Por supuesto, podría habérsele pasado. El trabajo en una tienda es estar la mitad del tiempo inclinándose, levantando y abriendo cosas. Pasa mucha gente por aquí que uno nunca ve.

En la taberna al otro lado de la calle tampoco habían visto a Boone. No había estado allí, no había pasado por allí, por lo que sabían.

Jim se dirigió donde tenía atado el caballo, montó y continuó su camino, pensativo. No había ningún lugar en el que perderse entre el molino y la ciudad.

Hizo noche en una granja y continuó camino a la mañana siguiente bajo la lluvia. El granjero le dio un trozo cuadrado de lona para que se lo atara a la espalda, pero la lluvia rebotaba sobre la lona y mojaba la silla de montar, y la silla a su vez mojaba sus pantalones. Sería todo un espectáculo verlo bajar del caballo, con el trasero empapado como el de un bebé.

Hacia el mediodía la lluvia cesó y el sol asomó por detrás de las nubes. Jim escuchó el trino de un cardenal rojo. Después de todo, era un día excelente para cabalgar hacia el oeste, pensó. Si al menos pudiera encontrar a Boone, todo iría sobre ruedas. ¿Alguien ha visto a un chico, a pie? Tal vez pasó y no lo vieron. Tal vez pasó muy pronto, o después de que anocheciera. ¡Arre! ¡Arre!

Estaba oscureciendo cuando llegó a Paoli. Dirigió la montura a una taberna y ató el caballo junto a un castaño, y allí se quedó el animal con la cabeza agachada. Bajo una calavera astada clavada a una tabla sobre la entrada, había un cartel en el que se leía: «Taberna del Venado Blanco». Dentro había una barra, una chimenea, mesas y sillas, y un hombrecillo de pelo blanco y una barriga como un melón que salió de detrás de la barra con mirada inquisitiva.

—¿Y bien?

—¿Podría hospedarme aquí?

—Cena, desayuno, cama, un dólar, sólo se aceptan monedas.

—Tengo un caballo ahí fuera.

—Veinticinco centavos más. Heno y una ración de maíz.

Jim sacó el dinero.

—¿Cuándo es la cena?

—Inmediatamente. Su habitación es la primera puerta a la derecha, en el piso de arriba. En la parte trasera hay un sitio donde puede lavarse. Puede ver el retrete desde allí. Bienvenido a su casa.

Jim echó un vistazo a su alrededor. Había un anciano sentado en una silla junto a la chimenea, sujetando un periódico que temblaba en su mano. Tenía el bastón apoyado en ángulo contra la

silla.

El hombrecillo regresó a su sitio detrás de la barra y comenzó a arrastrar un barril.

—Será mejor que tome un trago antes —dijo Jim.

—¿Whisky? ¿Común, rectificado o Monongahela?

—El común bastará —Jim se apoyó en la barra, tomó la copa de whisky y la probó mientras mantenía la atención del hombrecillo clavando los ojos en él—. ¿Ha pasado un chico por aquí, en los últimos dos días, de unos diecisiete-dieciocho años de edad?

El hombrecillo se quedó quieto, con las manos apoyadas en la barra y los ojos en blanco como los de un pez muerto, como si estuviera esperando algo.

—Podría ser —respondió.

El anciano sentado en la silla arrugó el periódico.

—Claro que hemos visto a ese chico, Shorty —dijo con una voz cortante y aguda por su avanzada edad—. Es el que está en prisión. ¿Es que has perdido la cabeza?

Jim dio media vuelta. Los ojos del anciano le miraban por encima del borde del periódico.

—¿Usted también tiene problemas? —preguntó con su voz de anciano.

—No. Ningún problema —respondió Jim.

—¿Y cómo es el chico que busca? —preguntó Shorty.

—Tú lo has visto, Shorty —insistió el anciano—. Alto, eso es, y tiene una mirada profunda y malvada.

Jim sacudió la cabeza y dio otro trago de whisky.

—El que yo busco es normal —Shorty miraba al anciano—. Normal, con ojos azules y casi siempre está silbando. Silba todo el tiempo, como un pajarillo.

—No es como este otro, ni de lejos. Este intentó robar a un hombre. Fue a por su caballo y su rifle. Y además le dio una paliza.

—¿En serio?

—Ahí hay una prueba. Aquel rifle, apoyado en la esquina.

Jim cogió su copa y se acercó a la esquina. Sus ojos recorrieron el rifle, lo estudiaron, luego regresaron al hombrecillo y de nuevo hacia el rifle.

—¿Qué dijo el chico?

—Dijo que el rifle era suyo —respondió el anciano—. Dijo que el hombre se lo había birlado. Estaba mintiendo.

—¿Y cuál es el nombre del chico que anda buscando? —preguntó Shorty.

Jim apuró la copa antes de responder.

—William. Bill Williams. ¿Le importaría servirme otra, señor? Ya aparecerá. Está por algún sitio, buscando unas mulas.

—¿Mulas?

—Mulas —Jim asintió con la cabeza y mantuvo los ojos clavados en su copa, llena de nuevo, mientras los ojos de Shorty le miraban interrogantes.

—No venden mulas por estos lares —dijo Shorty finalmente—. No que yo sepa.

Se dio media vuelta y volvió a centrar su atención en el barril.

—Ese es el caballo del hombre, ahí fuera —informó el anciano.

—¿En serio? Supongo que encerrarán al chico durante un tiempo.

—El tribunal ya ha sentenciado. Siete días. Piensan que es un fugitivo. Así tendrán tiempo para investigar —la cabeza del anciano desapareció tras el periódico.

Shorty ya había colocado el barril en su tarima y había colocado la espita. Levantó la mirada cuando la puerta se abrió con un crujido.

—Buenas noches. Por favor, cierren la puerta. ¡Maldito perro!

—Whisky, Shorty.

El cliente levantó la copa, la miró y a continuación se la apuró de un trago, con un rápido movimiento de cabeza. Pagó por ella y salió, sin prestar atención al perro que le había seguido al interior.

El perro olisqueó la esquina de la barra y el hombrecillo llamado Shorty se inclinó sobre él y gritó:

—¡No, eso no se hace! ¡Maldito seas, Ricitos, fuera de ahí!

Era un perro grande y de pelo marrón desde las uñas de las patas hasta la coronilla, con largos y finos rizos de pelo que se agitaban cuando andaba.

—Nunca antes había visto un perro así —comentó Jim.

—Ni nunca lo verás —le prometió Shorty—. Eso de ahí no es más que un chucho sarnoso.

—Nunca oí hablar de esa raza de perros.

—Es único en su especie. No es mío, pero se mete aquí dentro cien veces al día y lo primero que hace nada más entrar es ir a la esquina, la huele y, ale, a levantar la pata.

—¿En serio?

—¡Mire! —exclamó el hombrecillo—. Es capaz de entrar aquí y mearse… y yo lo saco, e inmediatamente alguien le deja entrar, ¿y qué cree que hace?

Jim negó sacudiendo la cabeza.

—Pues el muy sinvergüenza se va directamente allí y vuelve a oler, y ni siquiera reconoce su propio meado de un minuto atrás. Así que, ale, a levantar la pata… —el hombrecillo se calló.

—¿Por qué no le da un garrotazo en la cabeza?

—Pertenece al sheriff.

El anciano arrugó de nuevo el periódico y dijo desde atrás:

—Y el sheriff se deja mucho dinero en este local.

Shorty salió de la barra y sacó al perro.

—Tome una silla. Ya es hora de que Ma tenga la cena lista —desapareció por una puerta y entonces Jim le oyó decir—: ¿Está listo, Ma? Por Dios, ¿qué has estado haciendo?

Una voz de mujer respondió, acalorada y aguda.

—Vuelve allá dentro, Shortey Carey. He estado trabajando, eso es lo que ha pasado, trabajando y desgastándome los dedos mientras tú estabas allá fuera echándote tragos. La cena estará lista cuando sea la hora de la cena.

Shorty regresó sacudiendo la cabeza.

—Tal vez quiera lavarse antes. Tiene tiempo para guardar su caballo. Verá el establo allí fuera. Ocupe la tercera casilla.

—Dejaré el caballo suelto durante un rato. Aunque supongo que me vendría de perlas un baño.

Cuando Jim regresó, la mesa ya estaba puesta y había cuencos de comida de los que salían pequeñas nubes de vapor. Había tres hombres sentados a la mesa. Uno de ellos llevaba puesto un abrigo negro en el que brillaba una estrella de metal. El otro llevaba una casaca y había dejado un gabán gris sobre el respaldo de su asiento. El tercero era el anciano que había estado leyendo el periódico. La mano le temblaba por la edad al llevarse la comida a la boca. Shorty hizo una señal a Jim para que se sentara a la mesa.

—Siéntese y coma.

Una mujer con un delantal salió de la cocina, llevaba más comida.

Los hombres miraron a Jim cuando se sentó.

—Buenas noches —dijo Jim.

El sheriff tenía un moratón bajo un ojo, que sin duda se pondría negro.

—Buenas noches —respondió el hombre de la casaca.

Jim se dio cuenta, al girarse el sheriff para hablar con él, de que el hombre ya se había metido algunas copas entre pecho y espalda.

—No recuerdo haberle visto a usted por aquí antes.

—Es la primera vez.

—¿Está de paso? —los ojos del sheriff le miraron interrogantes.

—¿Saben lo que ofrecen en San Luis por unas mulas? —preguntó Jim.

—Mucho. ¿Tiene algunas? —preguntó el anciano.

—Sé dónde hay, en todo caso. Si yo fuera usted, me pondría un trozo de carne en ese ojo, sheriff.

—No es nada —y a continuación se dirigió a su acompañante—. Ese chico está fuerte, Bedwell, como un jabalí, como ya te he dicho. ¡Jesús!

Se quedaron en silencio durante un rato y luego el sheriff añadió:

—No le entrarán ganas de ser tan descarado mañana. El segundo día es el peor, con mucho.

—¿Ha logrado sacarle algo? —preguntó Bedwell.

—No más de dos o tres palabras, y eran palabrotas. Un poco más de cuero le soltará la lengua —el sheriff apartó el plato de delante y entonces su voz retumbó como la de un perro—. Trae una botella, Shorty. Hay más líquido en uno de mis escupitajos que en las copas que sirves.

Shorty llenó una botella del barril. La llevó a la mesa con dos vasos.

—¿Bebe? —preguntó el sheriff a Jim, como si no lo dijera en serio.

—Ahora no, gracias.

El anciano se levantó, aclarándose la garganta, y regresó a su silla junto a la chimenea.

Mientras el sheriff llenaba los vasos, Bedwell dijo:

—No tengo nada que hacer aquí, sheriff. Es cosa de la compañía, supongo.

La puerta de entrada se abrió y Ricitos entró tras el hombre que la había abierto. El perro se dirigió a la esquina de la barra. Shorty salió de la cocina justo en ese momento.

—¡Fuera! —dijo, e hizo ademán de darle una patada, y Ricitos bajó la pata y reculó. Se alejó y se arrimó a Jim con la lengua colgando de un lado de la boca, y se quedó parado mientras la mano de Jim le rascaba las orejas.

—Shorty es un tipo de lo más peculiar —dijo el sheriff, rellenando los vasos—. No deja que

mi perro mee en su barra, pero lo que sale de esa barra es el mismo líquido.

Shorty gruñó.

Bedwell sacó una pipa y fumó dando lentas y profundas caladas. Jim se inclinó hacia delante y habló con el perro mientras le rascaba la cabeza peluda. El sheriff, poco a poco, fue quedándose callado por efecto de la bebida. Sus ojos no pestañeaban y estaban fijos en algún punto, y Jim supo que no veía nada, sólo lo que estaba en su mente. Se limitaba a gruñir y siguió bebiendo y con la mirada fija cuando dos hombres más entraron y se acercaron a él.

—Hemos oído que sigue siendo un campeón, ¿eh, sheriff?

Cuando vieron que no les respondía, se dirigieron a la barra.

Un poco después el sheriff dijo:

—Debería llevar algo de cena a aquel chico —metió la mano en el bolsillo de su abrigo negro y sacó una llave de la que colgaba una correa de cuero. Era una llave larga y oxidada y el sheriff no paraba de girarla entre sus pulgares, mirándola pero sin verla—. Le serviría de escarmiento si le dejase sin cenar.

Dejó la llave sobre la mesa y cogió el vaso, y luego puso el vaso en la mesa y cogió la llave y jugueteó con ella entre sus dedos un poco más.

—¿Y por qué no? —preguntó Bedwell.

—Tengo que mantenerle fuerte para que pueda trabajar en la carretera.

Era una llave enorme, demasiado grande para esconderla, aunque pudiera cogerla de la mesa. La mano de Jim exploró la cabeza de Ricitos.

—Debería llevarle algunos víveres —pero el sheriff no se movió, sólo para rellenarse el vaso.

Tal vez podía enrollar el cuero alrededor del cuello del perro y poner cualquier excusa para salir de allí, susurrando a Ricitos de camino a la puerta. Pero era arriesgado. Era probable que alguien viera la llave colgando. La mano de Jim estiró totalmente uno de los rizos. La llave sobresaldría, a pesar de la cantidad de pelo.

El sheriff centró su atención de nuevo. Jim podía ver que los ojos se le estaban poniendo rojos. Bedwell tarareaba una cancioncilla en voz baja. La llave estaba fuera, encima de la mesa, con la correa de piel formando un círculo a su lado. No era buena idea preguntar por la llave. Ni tampoco mirarla demasiado.

Jim se levantó y se acercó a la barra y se pidió una copa, y luego salió al retrete. En ocasiones uno podía pensar mejor con los pantalones bajados, pensó mientras se sentaba. ¿Qué ocurriría si prendía fuego al retrete y luego salía corriendo y gritando fuego? No era una buena idea. Nada justificaba quemar un retrete. Y, además, ¿qué ocurriría si también se quemaba la taberna? Jesús, si le pillaban podían caerle tantos años como los que vive un mapache.

Regresó a la taberna. El sheriff estaba todavía repantigado en su silla y parecía somnoliento y relajado. Allí estaba la llave sobre la mesa, en medio del círculo de cuero. Bedwell estaba en la barra, hablando con tres hombres. Ricitos se acercó y olisqueó a Jim cuando entró y lo siguió hasta su silla estirando la cabeza para que se la rascara. El aro de cuero podía pasar por la cabeza del perro sin problema, y quedaría ajustado y escondido. Además, no le costaría mucho deslizarla por el cuello del animal.

El sheriff eructó, se movió y llenó su copa, derramando un poco por la barbilla al beber. Sus

ojos miraron a Jim.

—No recuerdo haberle visto antes por aquí.

—Es la primera vez.

—Ahora recuerdo —dijo el sheriff—. Están comprando mulas —volvió a echarse hacia atrás.

Allí estaba la llave y aquí el perro, y los ojos del sheriff estaban medio cerrados y tal vez no veían nada en absoluto.

Jim estaba a punto de arrimar la mano cuando escuchó unos pasos de alguien corriendo fuera. La puerta de la taberna se abrió violentamente.

—¡Sheriff! —el hombre que entró miró a su alrededor, reconoció al sheriff y se dirigió hacia él—. Matt Elliott está de camino. Ha encontrado su vaca. La que le robaron.

Los ojos del sheriff miraron hacia arriba y los enfocó. Los hombres que bebían en la barra se habían girado, y miraban expectantes.

—Además tiene al tipo que se la robó —dijo abruptamente—. En su carromato, con el trasero lleno de plomo. He venido corriendo en cuanto lo he sabido.

El sheriff se levantó, se recompuso y se dirigió a la puerta. Los hombres de la barra salieron en tropel tras él. Shorty estaba mirando fuera junto a la puerta. Los ojos de Jim miraron rápidamente a su alrededor. No había nadie, a excepción de Ricitos, y allí estaba la llave, sobre la mesa. Estiró la mano rápidamente, la cogió y se la metió en el bolsillo. Se levantó con el corazón latiendo con fuerza en su garganta.

—Supongo que debería meter el caballo en el establo —dijo al pasar junto al tabernero.

Aquello debía de ser la prisión. Jim buscó el cerrojo con la llave. El cerrojo chirrió al girar. Soltó el pasador de la pestaña, empujó levemente la puerta y susurró:

—¡Boone! ¡Boone! —pasó un rato hasta que le llegó una respuesta—. Soy yo, Jim Deakins.

Entonces escuchó una voz, sólo un repentino exabrupto como de alguien sorprendido, y entonces escuchó los pies de Boone, que se movían lentamente y vacilantes.

—¡Jim!

—No me hagas preguntas. Sube al caballo. ¡Rápido! Lo montaremos los dos.

A pesar de la oscuridad, Jim pudo ver que Boone se movía como un anciano, un anciano levantándose de una silla y esperando a que sus articulaciones se recolocasen.

—¡Date prisa, Boone!

Jim no reconoció la voz de Boone.

—¡Malditos sean! ¡Malditos sean! Los mataré…

Boone no hizo amago de subir al caballo.

—Te matarán. ¡Vamos, Boone! Se nos echarán encima en un segundo.

—¡Me dio una paliza! ¡Me dio una paliza hasta dejarme casi muerto! —la voz de Boone se rompió—. Lo mataré, te lo juro —se zafó de la mano de Jim que le sujetaba el brazo y se volvió hacia la ciudad—. ¡Además, me robaron el rifle!

—Quieres ir a San Luis, ¿no es así, Boone? Eso es lo que importa. No esto de aquí. Quieres atrapar castores y luchar contra los indios y vivir como un hombre de la naturaleza.

—Todavía no, no quiero.

—¡Chitón! ¿Es que quieres que se nos echen encima? Venga, ya. Tenemos que darnos prisa. El caballo de Bedwell está atado al poste, y el del sheriff también. No tardarán mucho en atraparnos si no nos vamos ya.

—¿Has visto mi rifle?

—No tienes ninguna posibilidad de recuperarlo, Boone. Ni una sola. Venga, ahora monta.

—Es mío, igualmente.

—Claro que es tuyo. Claro que sí. Te ayudaré a recuperarlo, en otro momento, en cuanto tengamos ocasión. Te lo prometo. ¡Monta!

—Te juro que me vengaré —dijo Boone dejándose arrastrar hasta el caballo—. No me convencerás de lo contrario.

—Claro. Pero no ahora. En otra ocasión.

La mano de Boone se agarró al cuello del caballo y levantó un pie, pero enseguida lo dejó caer.

—No sirve de nada. No puedo montar, Jim. Así de destrozado me han dejado.

—Ven. Te ayudaré. Ahora ten cuidado. Montaré detrás. Dirígelo hacia el otro lado. ¿Me oyes? Estás yendo directamente hacia la ciudad. ¡Gira el caballo! ¡Dios Todopoderoso, Boone! ¡Hacia el otro lado! ¿Estás loco?

Boone cabalgaba tieso como un poste.

—Te dije que tenía que vengarme —en su voz no había ningún atisbo de que fuera a dar su brazo a torcer—. Me mantendré en la sombra. Aunque sólo sea eso, malditos, los dos vamos a tener un caballo.

A Jim le parecía que los leves gemidos de la silla y el crujido de las articulaciones del caballo y el suave golpeteo de los cascos podían ser oídos tan claramente como un grito. La oscuridad no era tan densa y alguien podría verlos, perfilándose grandes y furtivos. Desde el otro lado de la carretera les llegó el sonido de voces y ruedas rodando.

Boone se arrimó al otro lado de la carretera frente a la taberna y le pasó las riendas a Jim. Sin decir una palabra, intentó bajar. Jim reculó hacia atrás sobre el caballo dejando espacio para que Boone y su pierna maltrecha pasaran al otro lado.

Jim podía ver las siluetas de los caballos atados al poste. Más allá, por la carretera, los sonidos se iban haciendo más fuertes. Sin embargo, no se veía nada. Tras la noche se ocultaba el sheriff y los hombres y Matt Elliott y el ladrón con plomo en el trasero. Boone avanzó cojeando por la carretera como si no le importara lo más mínimo quién pudiera verle. La luz que salía de la taberna proyectó su sombra, una sombra que se movía entre las grandes sombras de los caballos. Después de lo que a Jim le pareció un año, la pequeña sombra se alejó del poste con una sombra grande siguiéndole. Se dirigieron directamente hacia Jim, y a este le pareció que hacían mucho ruido y que se exponían demasiado a la vista de otros.

—¡Quieto, por amor de Dios! —dijo Boone, pasó la pierna por encima del caballo y se impulsó sobre la silla.

—Mejor cabalga despacio durante un rato —dijo Jim en voz baja; los sonidos que llegaban de la carretera estaban tan cerca de ellos ahora que esperaban en cualquier momento escuchar a alguien dando la voz de alarma, avisando de que un caballo había sido robado—. Con cuidado,

Boone, hazme caso.

Las voces fueron apagándose a medida que se alejaban. Después de un rato tan sólo eran ecos lejanos. Tenue frente a ellos, como una cinta rodeada de árboles, la carretera se extendía en dirección a Vincennes y a San Luis.

—Ahora podemos echar a correr —dijo Jim, y espoleó su caballo para que fuera al galope. Boone ya estaba galopando delante de él.

SEGUNDA PARTE

1830

Capítulo IX

En el campo reinaba el silencio, aunque de vez en cuando se escuchaba el murmullo entre dos hombres y el choque metálico de cucharas contra platos. El fuego alrededor del cual estaban sentados se reavivaba y se apagaba y volvía a reavivarse de nuevo mientras la brisa jugaba con él. La oscura silueta de la barcaza *Mandan* se recortaba contra el río, alzando un delgado dedo hacia el cielo.

Boone mojó un trozo de pan de maíz en la salsa de alubias y apuró de un trago su café amargo. La comida sabía bastante mejor que la de la ciudad, eso estaba claro. Con las tres semanas que había pasado en San Luis esperando la ocasión de viajar hacia el oeste había tenido más que suficiente durante una buena temporada. No le sentaba bien estar donde había tanta gente, a pesar de que consiguió un buen trabajo en unas caballerizas, donde alimentaba y cepillaba los caballos, y limpiaba los carruajes y las cuadras. Jim, más acostumbrado e inclinado a tratar con la gente que él, encontró trabajo en una tienda donde empaquetaba alubias y harina y sulfato de hierro.

Summers, el cazador, se levantó y miró a los hombres echados alrededor del fuego. Sus ojos se clavaron en el patrón y como si quisiera romper un encantamiento, dijo:

—Maldita sea, Jourdonnais, como nos sigas alimentando con estas alubias blancas traicioneras creo que vamos a soltar las suficientes ventosidades como para que el barco remonte hasta el Roche Jaune.

Los hombres le miraron sin sonreír mientras sus ojos reflejaban destellos de la hoguera.

—Sería una estupenda idea —respondió Jourdonnais y, aún sentado, puso los pies en alto, con las piernas cruzadas y las manos extendidas— … si el resto pudiera ventosear como tú.

El cocinero se levantó y removió el puchero que colgaba sobre el fuego. Los juncos que los hombres habían chafado para montar el campamento crujieron bajo sus pasos.

—Tal vez necesitemos esas ventosidades —dijo mientras arrugaba el rostro por la vaharada de calor que le llegaba—. Sólo estamos a diez días de San Luis y ya han caído dos hombres.

—Comeremos carne —continuó hablando el patrón— cuando Monsieur Summers la cace.

El enjuto rostro del cazador se volvió y sonrió a Boone. A la luz del fuego su atuendo de ante tenía algo de fantasmal.

—A Jourdonnais le gustaría una vaca lechera. Eso es lo que le gustaría tener ahora —y continuó hablando, esta vez dirigiéndose a Jourdonnais—. Tendrás toda la carne que quieras cuando lleguemos al territorio de la carne —y se alejó hacia la orilla donde estaba atracada la barcaza.

Boone se dio media vuelta y lo vio subir la pasarela, doblar por un lateral del barco y desaparecer por la proa.

Jim Deakins estaba tumbado sobre su barriga. Alargó el brazo y puso una mano en el brazo de Boone.

—¿Qué prefieres hacer? ¿Remolcar, empujar con la vara o remar?

—Prefiero arriar las velas y dejar que el viento haga el trabajo.

—Si al menos soplara —Jim levantó las manos con los dedos estirados y las puso frente a su cara—. A esa soga de remolque le encanta descarnarme las manos hasta los huesos. Antes prefiero

darle a la vara mañana. O quedarnos parados.

—Eso no parece importarle mucho a los franceses.

—¡Dios, claro que no! Ni tampoco le importa a una marmota escavar agujeros o a un perro correr. No saben hacer otra cosa. No saben nada más que empujar esta barca río arriba.

Summers era una sombra blanca que se alzaba contra la negritud del contenedor de carga. Regresó sin hacer ruido y se quedó en pie mientras los ojos de los hombres le miraban interrogantes. Jourdonnais subió la mirada. Summers movió ligeramente el rostro hacia un lado, como si las noticias fueran malas.

—Es un dolor de barriga, nada más —afirmó Jourdonnais, y volvió a mirar al fuego—. Mañana estarán bien. Mejor, al menos.

Los hombres tumbados alrededor del fuego intercambiaron miradas y luego miraron de nuevo al cazador.

—Zephyr se ha tomado un poco de miel y whisky.

—Bien. Con el calomel se pondrá bien.

El contramaestre se levantó, moviéndose con un cuidado excesivo, como si todavía sostuviera la vara con la que bogaba desde la proa del *Mandan*. A Boone su pecho le parecía tan ancho y grande como el de un caballo.

—¡Dios Santo —exclamó el contramaestre—, y en ocasiones mueren!

Con una mano el patrón se atusó las puntas de su negro bigote hacia arriba, como si quisiera dejar espacio libre para que salieran sus palabras. Su voz sonó irritada.

—¿Es que siempre tienes que ver muerte en todos lados, Romaine? Es sólo una indigestión, algo que sólo preocupa a las mujeres.

—Fiebres tifoideas, lengua negra, fiebre pulmonar, indigestión, todo son enfermedades.

Como si se posara una mano en él, Boone sintió el silencio. Tan sólo se escuchaba el constante chapoteo del agua y el susurro del viento entre los nogales. Una media luna, clara y nítida, se elevó en el cielo del este. Un frío crudo invadía el aire, reptando por debajo de la ropa y posándose en la piel de los hombres.

El cocinero alimentó el fuego para preparar la comida del día siguiente. Las llamas crepitaban y lamían el negro fondo abombado de la olla.

—El whisky es bueno para las enfermedades —afirmó el cocinero—. Mucho whisky.

Jourdonnais no contestó. Summers se encendió la pipa con un hierro de marcar ganado. Su voz sonó ligera y jocosa.

—Tendrás un montón de whisky, todo el que los indios no se puedan beber.

—Si es que quedamos alguno para tomarlo.

—*Très bien* —admitió Jourdonnais—. Mañana y noche, whisky para todos, hasta que desaparezca el dolor de barriga.

El cazador se sentó junto a Boone. Él, Deakins y Boone formaban un pequeño grupo.

—¿Cuánto tiempo hace que no has visto a tío Zeb? —preguntó Boone a Summers.

—Bueno, veamos, hace ya un tiempo. Cinco o seis años, creo. Él y yo nos hemos corrido muchas juergas juntos, como ya te he dicho. Tal vez nos encontremos con él. No debe de andar muy lejos, si es que no ha estirado la pata.

Boone estudió el rostro del cazador. Era un rostro que le daba confianza, un rostro con arrugas, delgado y afable, con un mentón prominente. Boone se sentía bien, en lo más profundo de su ser, al ver que Summers les trataba a Jim y a él tan amigablemente. Probablemente era gracias a tío Zeb.

Summers miró a los hombres a su alrededor.

—Cuando los franceses no cantan es que no se encuentran bien.

—¿En serio?

—Ahora están asustados por la barcaza y los enfermos. Cuando lleguemos río arriba donde los indios son hostiles querrán dormir a bordo, me temo, y para colmo querrán echar ancla alejados de la orilla.

Boone se arrimó un poco.

—Es un territorio hermoso el de allá arriba, supongo.

Summers lo miró y se dibujó una leve sonrisa en su boca.

—Salvaje. Salvaje y bonito, como una virgen. A uno le da la sensación de que cada cosa que hace allí ha sido el primero en hacerla.

Se calló y se quedó en silencio durante un largo rato con la mirada puesta en el fuego.

Boone se preguntó si realmente estaba pensando en el territorio del norte o en una mujer. No sería desde luego como la mujer con la que se acostó la noche antes de partir, una mujer apestosa en un lupanar que lo primero que hizo fue reclamarle un dólar y que reaccionó al verlo igual que un hombre poniéndose manos a la obra.

Podía notar el cuerpo de la mujer retorciéndose bajo el suyo. Su aliento le golpeaba la oreja. «No tan fuerte, cielo. ¡Jesús, los jóvenes sois como tramperos la primera noche de vuelta!». Su voz sonó cansada y quejumbrosa, y los oídos de Boone le informaron, más de lo que pudieron ver sus ojos, de que era vieja. Su perfume lo envolvía en una nauseabunda nube. Y bajo esa nube pudo oler el olor animal de ella. Rodó sobre el catre cuando hubo terminado y se puso las botas. La voz de la mujer le siguió hasta la calle. «No me olvides, cielo». ¿Olvidarla? Iba a recordar demasiado bien la imagen como para regresar. Jim estaba esperando fuera, relamiéndose los labios como un perro tras haber comido. «¡Dios, eres lento!», exclamó. «¿Era buena la tuya también?».

La voz del cazador retomó el hilo de los pensamientos de Boone.

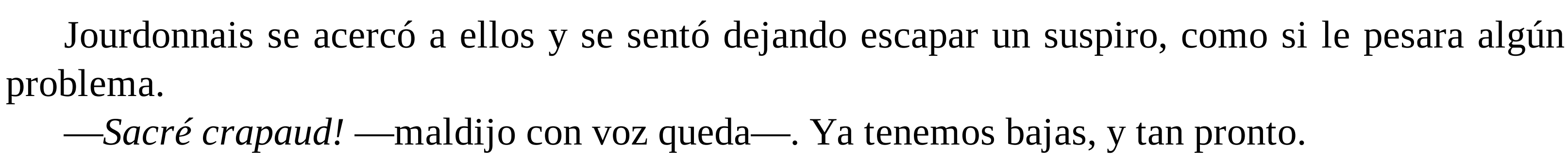
—He visto casi todo —decía Summers—: Colter’s Hell, el río Seeds-kee-dee y la cordillera Teton que se eleva más allá de las nubes, y al norte y al sur desde Nez Perce hasta tierra comanche, pero, Dios Todopoderoso, no hay nada más extraordinario que el alto Missouri. O más hermoso. He visto Great Falls y he navegado por el río Marias, esquivando a los pies negros, acampando al raso sin encender fuego y en ocasiones pensando que mi vida había llegado a su fin, y durante todo ese tiempo me sentí maravillosamente, despreocupado y libre como un animal salvaje. Es algo extraordinario, así es.

—¡Dios Santo!

—A uno termina por gustarle.

El cazador llenó la pipa. Recorrió con los ojos el campamento. La mayoría de los hombres estaban tumbados, pero todavía no dormían. Se oía un murmullo suave que procedía de ellos.

—Saca a los franceses del agua y no valen para nada, pero son buenísimos con un barco.



Jourdonnais se acercó a ellos y se sentó dejando escapar un suspiro, como si le pesara algún problema.

—*Sacré crapaud!* —maldijo con voz queda—. Ya tenemos bajas, y tan pronto.

—De estos dos no tendrás que preocuparte —respondió Summers entre bocanadas de humo de su pipa, señalando con la cabeza a los dos jóvenes—. Resistirán, me apuesto lo que sea.

Jourdonnais miró a Jim y luego a Boone.

—Tenemos intención de ir donde vaya el barco —aseguró Jim—, siempre que nos pague.

—¿Y tú, Caudill?

—Ya he recorrido un buen trecho. No voy a darme la vuelta ahora.

—Estáis contratados —dijo Jourdonnais y, como si quisiera asegurar el trato, añadió—: Los desertores lo pasan mal.

Sacó un puro y lo encendió con la pipa de Summers. Cuando inhaló, el tenue resplandor rojo le iluminó el rostro.

—Es una larga noche —concluyó.

El cazador vació la pipa con el talón.

—¿Cómo está Romaine?

—¡Ah! Bien. Se queja, pero aguantará. Ha estado conmigo mucho tiempo, y siempre ha sido fiel.

—Eso hace un total de tres de nosotros, para las guardias.

—*Oui*. Nosotros vigilamos.

—Por Dios, más nos vale, si queremos mantener la tripulación. La cosa mejorará cuando nos alejemos de los asentamientos. Es decir, si rebasamos Leavenworth.

—¡Puf! No encontrarán whisky en el *Mandan*, a excepción de lo permitido para la tripulación.

—Tenemos que ser astutos.

—Un buen viento y la noche bastarán. ¡Puf!

—Si nos quitan el whisky, no tendremos más que una miseria para mercadear.

El patrón se atusó el negro bigote. Bajo este, su boca se ensanchó en una sonrisa.

—Y seis gatos también.

—¿Cuánto piensas que podemos sacar por ellos?

Jourdonnais se encogió de hombros.

—Un pellejo de castor, o dos por cada uno. Tal vez más si hay suficientes ratones.

Hablaban en voz baja, como hombres que pasan el tiempo hablando de cosas sin importancia mientras otras más grandes ocupan sus pensamientos. A Boone le recordaban esas personas que se reúnen alrededor de un muerto esperando a que el predicador comience.

—Y además tenéis a la chica india —apostilló Jim.

Era típico de Jim hablar y meter baza para sacar información. En su ojo mental Boone vio a la niña india, una joven delicada de ojos enormes y fino rostro. La mirada de Jim se dirigió a la popa del *Mandan*, donde Jourdonnais había construido un cubículo con pieles de búfalo junto al contenedor de carga para ella. Escuchó de nuevo lo que Jourdonnais dijo la primera noche al partir. «Todos vosotros dejad a la *enfant* india en paz. Ni una palabra, ni un jueguecito, ni una mano en ella. Juro por Dios que Summers disparará a matar a cualquiera que se ponga a hacer el

tonto. ¡Dejadla en paz! ¿Entendido?».

Al responder a Jim, la voz de Jourdonnais sonó suave.

—La pequeña squaw. ¡Ah! Con ojos de cerceta de alas azules.

—Armaremos un revuelo del demonio en la nación de los pies negros —dijo Summers—. Alcohol, armas, pólvora y munición.

—Buen negocio. Es lo que ellos quieren.

—Más allá de Leavenworth —continuó el cazador—, lo único de lo que tendremos que preocuparnos es de la Compañía. Y después, si rebasamos ese nuevo fuerte, el de Union, tendremos que vérnoslas con los pies negros y, tal vez, con los británicos.

—El negocio supone un riesgo. Tal vez perdamos. Tal vez ganemos dinero.

—No vale lo que cuesta.

—Pues vete —dijo Jourdonnais—. Eres mi socio.

—No necesito tanto el dinero.

Los hombros de Jourdonnais se elevaron hasta sus orejas y volvieron a caer.

—Todos los cazadores estáis locos. Os gusta el fuego solitario, el peligro, lo que llamáis libertad, y en ocasiones alguna squaw. A nosotros nos gusta la plata en nuestro bolsillo, la gente, el vino, la música, las mujeres. Remontamos el río sólo para volver a descender por él.

—Este que habla no se siente muy tranquilo con los enfermos del barco.

—Hacemos lo que podemos. Ahora todo está en manos de Dios —Jourdonnais retomó su tema—. Pero no eres un hombre de montaña del todo, Summers. Eres una agachadiza, un medio granjero.

—¿Eso crees?

—Oh, no es que diga que no eres valiente, amigo mío. *Oui*, sin lugar a dudas eres valiente. Pero no eres duro, ni violento y cruel, como algunos. No te marchas, como un ermitaño, para siempre.

—Tal vez sea así —Summers se quedó en silencio durante un minuto—. Remontas el río sólo para volver a descender por él. Sin duda podría irte muy bien cuando comiencen a funcionar los transbordadores.

—¡Jamás!

—Ya están en el Missouri.

—¡El *Duncan*! ¡Y sólo hasta Leavenworth!

—Tienen planes de intentar cubrir toda la distancia.

Jourdonnais sacudió la cabeza.

—Es una locura. Nunca se sabe por dónde transcurre el Missouri, hoy aquí y mañana allí. Bancos de arena, explotaciones madereras, islotes fluviales, *embarras*. El barco de vapor se irá a pique antes de empezar.

—Ya verás —aseguró Summers e inhaló de su pipa.

La brisa murió y los nogales dejaron de susurrar. Desde el barco llegaba el sonido de toses y largos gemidos.

—Si al menos pudiéramos llegar allí —dijo Jourdonnais.

—Este de aquí va a echar un ojo a esos pobres bastardos —dijo el cazador, levantándose.

El patrón extendió un brazo para detenerle. Tenía la mirada puesta en los agitados reflejos del río. Desde allí llegó un grito.

—¡Ah del barco! —gritó Jourdonnais—. ¿Quién va?

Boone se volvió hacia Summers.

—Es una balsa, ¿verdad?

—Una piragua.

—Bercier, Carpenter y La Farge —respondió una voz.

—*Mandan*, Jourdonnais.

El patrón había salido disparado hacia la orilla. Los otros le siguieron. La piragua era un manchón negro en el agua. Los remos reflejaron la luz de la luna cuando los hombres la arrimaron pasando por debajo de la popa del *Mandan*.

—Pensamos que íbamos a llegar a San Luis antes —dijo el timonero.

Jourdonnais agarró la soga de amarre.

—La comida está caliente. Tenemos café. *Beaucoup* —dijo Jourdonnais, como si el café fuera un producto escaso en el Missouri.

Los remeros apoyaron los remos.

—El buen Dios es bondadoso —dijo uno—, pero ¡cómo me duele el trasero!

Boone captó un leve movimiento en el *Mandan* y, tras entornar los ojos, vio que asomaba una diminuta cabeza, la cabeza de la pequeña squaw mirando abajo hacia la piragua.

—¿Qué mercancía llevan? —preguntó Summers.

—Grasa de oso. Manteca para San Luis.

—¿Grasa de oso, en marzo?

—Lo cazamos la temporada pasada. Todavía está lo bastante dulce.

—Bajad a la orilla —les invitó Summers.

Los hombres comenzaron a levantarse entumecidos. Medio erguidos, pararon en seco y escucharon. Sus rostros se volvieron hacia Jourdonnais.

—Retortijones —explicó—. Dos hombres tienen retortijones.

Los hombres a los remos se miraron y luego miraron al timonel. Tras una larga pausa en silencio, el timonel dijo:

—Ya vamos con retraso.

—La luna aún estará en lo alto bastante rato —dijo uno de los remeros, y se dejó caer hacia atrás.

—*Merci beaucoup* —agradeció el otro—. Vamos a continuar. La grasa podría estropearse.

Jourdonnais tiró la soga de nuevo hacia ellos y con el pie empujó la piragua hacia la corriente. Los remos brillaron y el manchón negro se alejó hasta que Boone no pudo diferenciar entre la piragua y las ondulaciones del agua.

La mirada del patrón estaba posada a lo lejos en el agua.

—Vigilad vosotros el campamento —dijo Summers—. Iré a ver a los enfermos.

Boone y Deakins siguieron a Summers hasta la hoguera, donde cortó y prendió un palo. Regresaron a la barcaza con él, subieron por un lateral y bajaron a proa. Llegaba un olor de allí cálido y agrio que hizo que Boone arrugase la nariz. Los gemidos pararon. En su lugar escucharon

un estertor ahogado. Summers pasó el palo encendido a Boone.

—Tienen fiebre causada por alguna herida —dijo.

Los dos hombres estaban echados uno al lado del otro sobre pieles de búfalo, medio cubiertos con mantas.

—No logro que permanezcan tapados con las mantas, pero sigo pensando que sudar es lo que les puede salvar.

Uno de los hombres estaba apoyado sobre un costado y se quedó inmóvil en esa postura. El otro estaba echado sobre la espalda. Sus ojos brillaban a la luz de las llamas.

—¿Agua? —preguntó Summers.

La fatigosa respiración del hombre se concentraba en sus mejillas, que inflaba y absorbía al inspirar y expirar cambiando de gordo a delgado. Boone escuchó el ronquido de la flema en su pecho. Sintió un movimiento junto a su pierna y dio un salto alejándose. Era Puma, el gato negro, restregándose contra él. Bajó la mano que tenía libre y sintió el espinazo del animal frotándose contra ella. El gato maulló una vez y comenzó a ronronear, como una débil imitación de los estertores del hombre enfermo. Desde el contenedor de carga seis pares de ojos verdes miraban afuera, con sus cuerpos detrás ocultos en la jaula y la oscuridad. A Boone le recorrió un leve escalofrío por detrás de las piernas y la columna vertebral al pensar que los mininos deseaban salir para alimentarse con carne humana. Puma se arqueó hacia delante, ronroneando.

Summers se levantó.

—François ha estirado la pata —dijo, y volvió a agacharse para taparle el rostro con la manta —. Zephyr también está a punto de estirarla —se irguió vacilante y tranquilo—. Vamos. Informaremos a Jourdonnais.

Pero primero cogió el trapo que se había resbalado de la frente del hombre enfermo, lo volvió a mojar en el río y se lo volvió a poner.

—Ya está. Pobres desgraciados.

Jourdonnais se reunió con ellos en la orilla.

—François está muerto y creo que Zephyr ya no verá el amanecer —informó el cazador.

El patrón puso los brazos en alto.

—¡Silencio! —susurró Jourdonnais—. ¡Silencio! Se marcharán todos. Queda suficiente tiempo hasta la mañana —y tras advertirles, el patrón se persignó.

Capítulo X

Desde el contenedor de carga Jourdonnais gritó *«A bas les perches!»*. El viento se llevó las palabras de su boca y las silenció. Pegó la ropa a sus costillas y barrió el mostacho izquierdo de su bigote hacia el otro lado, de manera que parecía que sólo le crecía pelo en la parte derecha.

Jim Deakins empujó su vara de fresno y sintió que esta se clavaba en el lecho del río. Apoyó el extremo de la vara en el hueco del hombro y aseguró las piernas sobre la cubierta para hacer fuerza, al tiempo que notaba que la barca se movía bajo sus pies. Delante de él, en la pasarela que los criollos llamaban el *passe avant*, los hombres se doblaban con el esfuerzo. Uno de ellos lanzó la vara hacia delante y encontró un agarre y con un brazo y las piernas tiró hacia su vara. *«Fort!»*, gritó Jourdonnais. *«Fort!»*. La barcaza se deslizaba bajo los pies de Jim. *«Levez les perches!»*. Los hombres se estiraban, se balanceaban y corrían hacia delante. *«A bas…»*. La impulsaban antes de que la corriente la parara, y la volvían a empujar de nuevo, poco a poco, mientras el extremo de la vara horadaba el hombro de los hombres y sus pulmones resollaban.

¡Maldito viento! Golpeaba a Jim haciéndole perder el equilibrio cuando avanzaba, y atrapaba el aire en sus pulmones cuando se inclinaba sobre la vara. Era un viento frío del demonio, lleno de maldad y fuerza, que cesaba durante unos segundos para a continuación volver a soplar, más fuerte que nunca, sólo para atormentarte. Por ese motivo, era mejor estar apostado a barlovento, donde, si te tropezabas, eras empujado contra el contenedor de carga. A sotavento, donde estaba Boone, era fácil caerse al agua. Podía ver a Boone cuando la tripulación se erguía, sólo su cabeza y el recto cuello y la fuerte espalda por encima del contenedor, moviéndose hacia delante para volver a clavar su vara. Boone no miraba mucho a izquierda o derecha. Mantenía los ojos hacia delante y prestaba atención a lo que se traía entre manos, serio y silencioso. Jim supuso que todavía no era él mismo, después de que le robaran el rifle, de que le encerraran en la cárcel y recibiera una paliza. En una ocasión Boone le mostró las marcas del látigo, que todavía se destacaban largas y oscuras en su espalda como cicatrices viejas.

«A bas… levez… fort». Las palabras formaban un coro en la cabeza de Jim. Las volvía a escuchar de noche y se despertaba moviendo las piernas por debajo de la manta. Y cuando no empujaban con la vara, arrastraban la barcaza, tirando de ella desde la orilla con una soga de unos mil pies de longitud atada al mástil de la barcaza. Era como tirar de un pez, como tirar de una ballena, aunque en este caso nunca se lograba sacarla a tierra hasta la caída de la noche, y debían arrastrarse por rocas y entre los sauces y el barro desde la salida hasta la caída del sol.

Sólo habían disfrutado de un día sin complicaciones, cuando el viento sopló en la dirección correcta, y Jourdonnais hizo que desplegaran la vela cuadrada y la nave avanzaba tan bien que los hombres a los remos cantaban canciones y sólo hacían como que remaban.

Ese fue el día que Jim intentó hablar con Ojos de Cerceta, mientras Romaine estaba al timón y Jourdonnais en la proa. Ese día Jim intentaba echarle un ojo cuando terminaba de empujar y se enderezaba, pero lo único que podía ver desde su posición era un trocito del techo del cubículo que Jourdonnais había construido con un par de palos y una piel de búfalo. Ella probablemente estuviera sentada, con Puma a su lado y los gatos enjaulados no muy lejos, protegida del viento. La mayor parte del tiempo lo pasaba sentada bajo su tipi improvisado, silenciosa como un conejo.

Podría perfectamente parecer dormida, si no fuera porque sus ojos jamás paraban quietos. Parecían grandes y acuosos en su delgado y oscuro rostro… demasiado grandes para ella, demasiado grandes para sus diminutos hombros siempre cubiertos con una manta hecha jirones, demasiado grandes para las piernas que asomaban por debajo de un jubón de percal de hombre y terminaban en un pequeño par de mocasines gastados. A pesar de todas las advertencias que les había hecho Jourdonnais, los hombres le lanzaban miradas lascivas siempre que tenían ocasión y le mostraban sus dientes sonrientes, pero ella se limitaba a mirarlos y a apartar los ojos, con expresión impertérrita y seria, como la de una pequeña talla de madera. Si a alguno se le pasaba por la cabeza ir más allá, Jim sospechaba que la imagen de Jourdonnais y su promesa y de Summers con sus fríos ojos grises era más que suficiente para que desecharan la idea. De noche se designaba un guarda para evitar que los hombres desertasen, para vigilar el barco y, imaginaba Jim, para asegurarse de que nadie intentase hacer algo con Ojos de Cerceta. Ella era muy joven y pequeña, pero uno nunca sabe lo que otro hombre es capaz de hacer… al menos, un barquero francés. Jim sintió pena por ella, mucha pena, y pensó que estaba más desamparada y sola que lo que podría parecer. Dentro de un tiempo, dos o tres años más tarde, tal vez él pensaría en ella como el resto de los barqueros, pero no ahora, no siendo tan joven y estando tan desamparada y sola.

—Hola —dijo aquel día que intentó hablar con ella. Le sonrió. Los ojos de la joven pestañearon mirándole y siguió a lo suyo, como si no viera nada y sin embargo lo hubiera visto todo—. Un día estupendo —volvió a probar Jim, señalando hacia el sol—. Estupendo.

El pequeño rostro no cambió. A Jim se le ocurrió de repente que ella poseía alguna especie de antigua sabiduría que hacía que no lo considerase una persona de la suficiente importancia como para reparar en su presencia. Sus ojos eran líquidos, como si aguas oscuras corrieran en ellos. Al seguir su mirada, Jim vio a Boone Caudill de pie en el *passe avant*, inmóvil, mirando hacia el oeste, al otro lado del río. Alguien habría podido pensar que la tierra le hablaba. Se le ocurrió a Jim, al examinar su afilado y oscuro perfil, que el propio Boone podría haber pasado por indio. Dos hombres apostados en la popa comenzaron a entonar una canción, mirando a Jim, riéndose y cantando en francés. Debería haber tenido más juicio que ponerse a hablar con ella delante de aquellos malditos criollos. En un segundo sacó el cuchillo y probó la hoja con el pulgar y los volvió a mirar, y estos dejaron de reír inmediatamente.

Summers sí que lograba comunicarse con Ojos de Cerceta, e incluso Jourdonnais. Uno u otro siempre le llevaban el plato de comida, y en ocasiones en la orilla Jim escuchaba murmullos desde la popa, donde estaban ellos. Imaginó que otorgaban a la joven india un gran valor, por la manera en que la alimentaban y la vigilaban y espantaban a todos los hombres de su alrededor. Labadie dijo que era una india pies negros —una de las hijas de un jefe indio— encontrada medio muerta y recogida por un barco hacía un año y llevada a San Luis.

Jim pensó, mientras buscaba apoyo para un pie y su dolorido hombro luchaba contra la vara, que estaría bien ser Jourdonnais, allí arriba en el contenedor de carga manejando el timón, o Romaine, el contramaestre, apostado en la proa con su vara para evitar escollos y ayudar a virar la embarcación. En ocasiones, tumbado bajo las estrellas, se preguntaba si François y Zephyr, allá en la orilla cubiertos de tierra y piedras, se sentían aliviados de estar allí, simplemente descansando y

dejando que otros hicieran el trabajo.

Jourdonnais viró el *Mandan* hacia la dirección en la que soplaba el viento y puso rumbo a una orilla flanqueada por una elevada ribera. Romaine saltó por un lateral de la embarcación con la soga de amarre y se aproximó por el agua hasta la orilla y la ató.

—Descansamos —anunció el patrón— hasta que oscurezca y salga la luna.

El sol estaba todavía en lo alto del cielo, lanzando sus rayos a través de los árboles hasta el agua parda que se rizaba al viento. Este sólo llegaba como por accidente, en ráfagas que se deslizaban por debajo de los riscos o que se abrían paso bordeándolos. Sin embargo, producía un sonido… un gemido hueco como el de perros atados.

El cocinero rascó acero contra pedernal. Tras unos minutos un pequeño hilo de humo se alzó, bajó, y volvió a alzarse, agitándose en el remolino del viento.

—Mucha comida, Pambrun —ordenó Jourdonnais—, y más café. La noche será larga.

Jim se sentó y se frotó los hombros doloridos. Boone se acercó y se desplomó junto a él. Jim mordisqueaba una ramita.

—Voy a tener el hombro hinchado como un melón para cuando amanezca —dijo por una de las comisuras—. Poco a poco, la maldita vara me lo está desencajando.

Tres de los franceses, sentados con las piernas cruzadas, cantaban. Jim supuso que se trataba de una canción lasciva. Hacían muecas con la boca y ponían los ojos en blanco. Otros dos luchaban en la orilla, cayéndose el uno sobre el otro y riendo al tropezar.

—Mulas —dijo Jim—. Son como mulas. Les quitas los arneses y se ponen a retozar y a rebuznar —miró a Boone—. ¿Tienes alguna preocupación, Boone?

La mirada de Boone se giró hacia él y luego a tierra, y pasó un rato antes de que se decidiera a contestar.

—Son sólo retortijones, supongo —dijo.

Pero Jim sabía que no era eso. Boone se levantó y se dirigió a la hoguera ligeramente doblado por la cintura.

Jourdonnais pasó de un hombre a otro con su dedo índice enganchado en el asa de una jarra. La sostenía en alto ofreciéndola.

—¿Un trago? —el licor ardía como una llama en la boca, como un fuego en la tráquea, como una brasa en el estómago.

—Muy agradecido.

—Es bueno —dijo Jourdonnais refiriéndose a su mejunje de alcohol y agua—. Buen whisky.

Pambrun golpeó una cacerola con una cuchara de palo largo. Las canciones se apagaron, las luchas cesaron, los hombres se pusieron en pie y se abalanzaron hacia allí. Había alubias de nuevo, tortas de maíz molido y cerdo salado. En Kentucky ahora sería el momento de tomar algo de verduras frescas cocinadas con papada de cerdo y pan de maíz y, tal vez, cebolletas y leche agria enfriada en el arroyo. Jim se llenó el plato y se sentó apoyado en un árbol, riéndose para sus adentros de Labadie, que estaba acuclillado en el borde del agua lavándose la cara y las manos. Por Dios, ¿quién podía estar preocupado por lavarse la sucia cara?

Summers hablaba con la boca llena. Un par de trocitos de comida salieron volando junto a sus palabras.

—¡Que me parta un rayo! Si no me ha partido ya. Sólo un ciervo hasta ahora y una pizca de pavo —sacudió la cabeza—. Los de los asentamientos están acabando con todo.

A primera hora, todas las mañanas, mientras la oscuridad envolvía todavía el río y el bosque, Summers se deslizaba fuera de su cama y salía a cazar, y más tarde se reunía con ellos en la orilla o colgaba la caza en alguna rama que no pudiera pasar inadvertida al barco y seguía cazando un rato más.

A medida que los hombres acababan su comida, llevaban los platos a Pambrun y regresaban y se tumbaban, o se sentaban echados hacia delante, y chupaban con fruición sus pipas. Jourdonnais llenó un plato hasta los bordes. Apoyó una cuchara a un lado y se dirigió a la barcaza.

Cuando el sol se hubo hundido, el viento agonizó. Ahora era tan sólo un susurro por encima de sus cabezas, una filigrana en la superficie del agua, un suspiro sobre el fuego, y pasado un rato ya no fue nada. Apoyado contra un árbol, Jim se preguntó qué habría pasado con el viento. ¿Seguía soplando al este, ondeando la hierba seca del año pasado, combando los árboles y aullando? ¿Dejaba un vacío en el lugar del que procedía? Dejó que su espalda resbalara a un lado del árbol y colocó el codo bajo la cabeza.

Era de noche cuando se despertó. Se quedó tumbado inmóvil y aterido de frío, sintiendo el agarrotamiento doloroso del hombro, observando cómo avanzaba la luna baja y roja en el este. Jourdonnais y Summers estaban sentados cerca de él, fumando.

—¿Vara o cuerda? —preguntó Jourdonnais—. ¿Qué crees?

—Tú conoces el río.

—*Non*. No la orilla este.

—Supongo que no. Todos atracan en Leavenworth.

—*Oui*.

—¿Está despejado en la orilla oeste?

Jourdonnais se encogió de hombros.

—Algunos árboles, matorral y arena. Ya sabes.

—Tal vez deberíamos echar la soga de arrastre[1]. Haríamos menos ruido.

Jourdonnais reflexionó sobre ello.

—Bien —dijo, exhalando con fuerza una bocanada de humo.

—Podríamos cruzar, tal vez con las velas —Summers levantó la cabeza, dirigiéndola al viento—. Una brisa ligera está comenzando a levantarse y sopla en la dirección correcta. Luego avanzamos con las varas, tan cerca como podamos, amarramos y enviamos a los hombres río arriba con la soga.

—¡Bien! —dijo Jourdonnais de nuevo. Movió la cabeza—. La luna está en el lugar correcto. Nunca nos verán en las sombras.

—Más nos vale.

Jim captó fugazmente el débil brillo de los dientes de Jourdonnais.

—Adiós al alcohol. Adiós a la licencia.

—Adiós a nosotros. Nos va a costar Ojos de Cerceta y whisky y un montón de suerte ponernos a buenas con los *pied noir*.

Jourdonnais apoyó la palma de la mano en el suelo y se levantó.

—Es la hora.

Y fue de hombre en hombre, despertándolos sigilosamente, como si pensara que ya era necesario que todos permanecieran en silencio.

La brisa que soplaba por el río era suave, y apenas inflaba la vela. Jourdonnais envió a los hombres a los remos. La barca penetró en la corriente suavemente. El agua se deslizaba bajo ella, brillando tenuemente. La orilla oeste fue alejándose y se alzó nítida a la luz de la luna. Desde allí se hubiera podido atisbar un rifle. La orilla este se elevaba sobre ellos, se elevaba hacia la luna y más allá, ocultándolos bajo las sombras. Jourdonnais ordenó que arriasen la vela.

—Silencio —dijo—. Silencio ahora, todos. Nada de canciones, ni maldiciones. Silencio —se movió entre ellos—. Al *passe avant*. *A bas les perches*.

Estaba sobre el contenedor de carga, girando el timón hacia la orilla y con el rostro adelantado.

La embarcación se deslizó hacia delante sin hacer ruido, a excepción del cauteloso crujir del cuero en la pasarela. La tripulación se movía sin necesitar instrucciones, apoyando los hombros contra las varas, buscando los apoyos con los pies, estirando las rodillas y muslos hasta que el primero de ellos llegaba al final del *passe avant*, se erguía y, al verle, los otros se balanceaban y retrocedían y volvían a girar y clavar de nuevo sus varas deslizándolas en el agua. La negra orilla pasaba junto a ellos, los árboles y matorrales, los salientes y bancos de arena que se revelaban ante ellos y eran de nuevo engullidos en la oscuridad a popa. El agua susurraba al paso de la barcaza. Más arriba, al otro lado de la línea de sombras, se observaba un destello trémulo bajo la luna.

Frente a ellos y en lo alto de la lejana orilla, la luna iluminaba un puñado de edificios. Cuando Jim levantó su vara y giró y se dirigió a proa pudo distinguir portales y ventanas como cuencas de ojos y los oscuros contornos de las paredes laterales. Desde una ventana brillaba una luz como una estrella cautiva.

Jourdonnais y Romaine ya estaban atracando el barco. Romaine era un bulto informe en movimiento entre la oscuridad cuando se dirigió a uno de los laterales. Los hombres se apoyaron contra el contenedor de carga, respirando profundamente.

—La soga —dijo Jourdonnais, en voz baja, mientras bajaba donde estaba la tripulación—. Venid —se dirigió a proa—. ¿Summers?

Las botas de ante del cazador lo distinguían del resto.

—Coged la soga —susurró—, y seguidme de cerca —tiraron del pesado haz de cuerda y lo volcaron por la borda—. Atentos ahora —les echó una mano tirando de ella hacia la orilla.

Summers tenía ojos de gato. Nunca se tropezaba, nunca parecía perderse, nunca se agachaba cuando las ramas le golpeaban. Los otros se esforzaban por seguirle, tirando de la pesada cuerda, maldiciendo entre susurros cuando las ramas les golpeaban. Los condujo cerca de la orilla, evitando los árboles a la derecha.

—Cuidado —les advirtió mientras se daba la vuelta—. Tenemos que avanzar por el agua —e introdujo los pies en el río como si fueran los de un animal, seguros y sigilosos.

Ya habían sobrepasado los edificios apiñados y estaban a la misma distancia río arriba de estos que cuando el barco se encontraba río abajo.

—De acuerdo —Summers tomó el extremo de la cuerda y la ató alrededor del grueso tronco de un árbol, comprobando el nudo tras hacerlo—. Atrás ahora, y en silencio.

Los condujo y se apartó a un lado cuando llegaron al barco, y luego subió el último con el resto a bordo.

—Cazad la cuerda —ordenó Jourdonnais. Pasó el extremo suelto de la soga por la proa y por la pasarela junto a la orilla. Los hombres tiraron de ella hasta tensarla—. Listos.

Romaine desató la amarra, subió a bordo y, empuñando con fuerza su vara, empujó la proa apartándola de la orilla. Los hombres se colocaron en posición y comenzaron a tirar, pasando la soga de un par de manos a otro.

Este método era más silencioso. Sólo sonaban los amortiguados gruñidos de la tripulación, el murmullo de las olas que producía la barcaza y el sonido de la soga tensándose entre la maleza de la orilla. Jim tiraba de la soga, aliviado de haber podido librarse de la vara en el hombro. Esto, pensó, era como si la ballena estuviera engullendo la soga, y siguiera engulléndola hasta llegar a la orilla.

Romaine gruñía mientras trabajaba con la vara, forzando a la barcaza a mantenerse separada de la orilla, comprobando la profundidad tras cada impulso. En una ocasión escucharon arena rozando por debajo de la quilla y los hombres que tiraban de la soga se detuvieron al escuchar el siseo de Jourdonnais, mientras Romaine buscaba con la vara el banco de arena. Les hizo señas para que continuaran, volvieron a tirar y la barcaza siguió avanzando bordeando los bajíos hasta que el *Mandan* navegó por el borde mismo de las sombras que arrojaban las colinas.

El alto grupo de edificios se deslizaba río abajo, pulgada a pulgada, hasta alzarse sobre ellos. Jim sintió la brisa en la mejilla. Había variado y ahora soplaba del este. Desde el silencioso grupo de edificios un perro comenzó a ladrar, furiosamente, como si estuviera empeñado en avisar a las gentes de cosas que los sentidos de estas no podían advertir.

—Despacio —dijo Jourdonnais.

El perro debía de estar corriendo de un extremo a otro de la orilla, por la forma en la que sonaban los ladridos. Jim aguzó la vista. Se abrió una puerta en el edificio en el que brillaba una luz y esta escapó del interior convertida en una bruma amarilla.

—¡Esperad! —susurró Jourdonnais.

Los hombres dejaron de tirar y el barco se quedó quieto en la sombra exterior de la orilla. Jim contuvo la respiración. Más que ver, intuyó que había un hombre de pie en el umbral de la puerta, mirando hacia la orilla opuesta, de pie, en silencio y atento, escudriñando la noche con los ojos mientras el perro intentaba decirle lo que sabía.

Summers se acuclilló en la proa. Ahuecó ambas manos sobre su boca. A Jourdonnais se le erizaron los pelos del cogote al oír el aullido, primero bajo y luego gradualmente más agudo… el salvaje y solitario aullido de un lobo, retando al perro y a la noche. Tal vez procedía de río arriba o de río abajo, de lejos o de cerca, de cualquier lugar o de todos los lugares. El perro reanudó sus ladridos, que se oían de un extremo al otro de la orilla, y llegaban claros y nítidos a través de la tranquila superficie del agua y por el aire que, de nuevo, se había calmado. Escucharon la voz de un hombre. Los ladridos cesaron con un repentino y sorprendido ladrido agudo. Una puerta se cerró de golpe, apagando la bruma amarilla. Jim respiró.

—¡Tirad! —murmuró Jourdonnais.

El barco comenzó a moverse otra vez.

Cuando llegaron al final de la soga Summers bajó a tierra y la desató, y la tripulación tomó de nuevo las varas, todavía en silencio. El grupo de edificios en la orilla opuesta fue alejándose río abajo hasta perderse.

La luna estaba casi sobre sus cabezas cuando arrimaron el *Mandan* a la orilla este.

—*Mon Dieu*, ¡menudo lobo! —exclamó Jourdonnais soltando una risilla, con las manos ocupadas en las cinchas del contenedor de carga—. ¡Menudo aullido! Summers, eres un cruce de hombre con loba.

Summers bajó a la orilla y regresó para informar.

—Casi perfecto. Hay un buen puñado de sauces. Ahí, tú.

El alcohol burbujeó en el interior de unos barriles pequeños cuando Jourdonnais los sacó del contenedor de carga. Llevó los barriles a la borda y se los dio a los hombres que estaban en el agua y se dirigían con su carga a la orilla, hacia los sauces donde los esperaba Summers. Cuando hubieron acabado, Jourdonnais se sacudió una mano contra la otra. Jim regresó a bordo con Summers.

—Todo en orden —dijo Summers—. ¿Has dejado algo?

Jourdonnais comenzó a atar de nuevo la lona.

—*Oui*. Suficiente. Lo que la licencia permite.

—¿Suficiente —replicó Summers— para evitar que el maldito inspector sospeche?

—*Oui*. Un poco más de lo permitido, para que el *Mandan* no parezca demasiado puro, como un lirio —el francés dejó escapar una risilla.

—Ha quedado un hueco vacío en la carga.

—Lo soluciono por la mañana para que no se note.

—Tú, Deakins —dijo Summers—, y tú, Caudill, quedaos conmigo. Coged un rifle. Nos quedamos de guardia —se embutió unas mantas bajo el brazo—. Pambrun, danos una cazuela. Creo que tendremos las panzas vacías antes de que regreséis.

Jourdonnais terminó de atar la lona.

—Regresaremos al ponerse el sol —dijo—. Listo.

Jim bajó por la borda del *Mandan* detrás de Summers y Boone. Se quedaron en la orilla, observando el balanceo de la barcaza y las sombras que iban cubriéndola al dirigirse hacia la corriente.

—¿Qué…? —dijo Jim, y dejó que su voz se apagase.

—Jourdonnais va a bajar por el río para la licencia de navegación río arriba. Mañana se quedará en el fuerte, presentará su licencia de comerciante y dejará que inspeccionen la carga. Espera poder estar aquí justo antes de que anochezca. Cargaremos de nuevo al llegar la noche y organizaremos todo para partir a la mañana siguiente. Un plan astuto.

Se dirigieron hacia los sauces.

—¿Cuánto whisky está permitido? —preguntó Boone.

—Un cuarto de pinta por hombre, pero sólo para cuatro meses. Los grandes batallones lo tienen bastante mejor. Este que os habla ha conocido brigadas de infantería a las que se les permitía un cuarto de pinta al día durante todo un año por cada hombre, como si todos fueran barqueros, y, por supuesto, no había ni un solo barquero en el grupo, como todo el mundo sabía —

continuó andando—. Por supuesto, la tripulación también se queda con algo.

Tiraron las mantas cerca de los sauces y colocaron en el suelo la cazuela y la lata que Pambrun les había dado.

—Podríamos dormir sin problema —dijo Summers—. Hay un buen trecho hasta la Nación de los Pies Negros. Pero primero encenderemos un fuego y nos secaremos.

CAPÍTULO XI

El *Mandan* navegaba a toda velocidad. El viento siguió soplando por la popa, un viento racheado e irregular, pero lo suficientemente fuerte para mantener la barcaza en movimiento. Con los veinte remos bogando, el barco se deslizaba suavemente. Los navegantes cantaban al ritmo de los remos, cantaban melodías que Boone ya se sabía de memoria a pesar de que desconocía su significado.

Dans mon chemin j'ai rencontré
Trois cavalières bien montées.

En ocasiones, Jourdonnais, en el puesto de timonel sobre el contenedor de carga, se unía a ellos y cantaba con una voz potente y ronca. Romaine estaba apostado en la proa, observando el río con su larga vara entre las manos. De vez en cuando se giraba y sonreía mirando hacia atrás a Jourdonnais.

L'on ton, laridon danée
L'on ton, laridon, dai.

El cielo estaba azul, más azul que en Kentucky, y salpicado aquí y allá de lentas nubes blancas. El sol les observaba desde allá arriba, más brillante que nunca. Puma estaba tumbado al sol en cubierta, con sus ojos verdes entreabiertos, y de vez en cuando flexionaba sus zarpas como si estuviera haciendo ejercicio. Los árboles junto a los márgenes del río eran de un color verde brillante con hojas aún tiernas y rizadas.

Trois cavalières bien montées.
L'une à cheval, l'autre à pied.

Boone remaba al ritmo hundiendo la larga pala lejos y tirando de ella hacia sí y a través del agua, intentando imitar el resuelto manejo de los criollos. El Missouri no estaba hecho para un hombre blanco, no de la manera que sí lo estaba para los franceses. Estos eran como patos, o como castores, seguros y felices en el agua, y torpes y asustadizos fuera de ella. Jourdonnais no los hubiera llevado a él y a Jim a bordo, pensó Boone, si hubiera podido reunir una tripulación entera de criollos.

Jourdonnais cantaba ahora, cantaba solo mientras la tripulación esperaba.

Derrière chez nous, il y a un étang,
ye, ye ment.

Las voces de los remeros se unieron a la suya.

Trois canards s'en vont baignans,
Tout le long dela rivière.

Y de esta manera, cantando, remando al ritmo, Boone casi se olvidaba de sí mismo, excepto cuando bogaba con demasiada fuerza y sentía una fugaz y rápida punzada bajo los pantalones. Cuando eso pasaba, recordaba la erupción que le abrasaba la entrepierna cada vez que la tela mojada de los pantalones la rozaba al final de cada bogada, y un nubarrón ensombreció su mente. Le habría gustado poder quitarse los pantalones vaqueros y echar un vistazo en la intimidad y alejado de todo el mundo. Uno no tenía ocasión de examinar su propio cuerpo trabajando todo el día en un barco. Y al llegar la noche la oscuridad le impedía hacerlo. Tenía una buena idea de lo que se trataba. A sus dieciocho años ya había vivido lo suficiente para averiguar unas cuantas cosas. No era nada, o nada de importancia, y no iba a prestarle ninguna atención a menos que empeorase con el paso de los días y le obligase a mantener la mente ocupada en sus calzones. Tal vez podía preguntar a Jim sobre el tema, o quizás a Summers, sólo para quedarse tranquilo. Eran mayores que él; probablemente sabrían de qué se trataba y le podrían aconsejar qué hacer. Sin embargo, había ciertas cosas que no era apropiado que otras personas supieran, como las cicatrices del látigo que llevaba en su espalda y que finalmente dejó que Jim viera cuando este se lo pidió. No es que le avergonzase. Un montón de hombres debían de padecer miserias como esa, tal vez algunos de la tripulación; tal vez, eso es a lo que se referían cuando bromeaban en francés de noche y ponían aquellas muecas extrañas con las que acompañaban su cháchara. Pero detestaba parecer un novato, y, más aún, detestaba que la gente lo mirase de arriba abajo riéndose, sabiendo que algo le pasaba. Summers ya lo miraba en ocasiones, y también Jim, y Jim le hacía preguntas cuando andaba encogido para que no le doliera al levantarse, ahora que se había puesto tan mal.

La canción de los criollos flotaba sobre el agua, hacia la orilla y quizás más allá, donde tal vez los búfalos la escucharan, o los alces o ciervos, sorprendidos y escondidos en silencio, o quizás llegara donde un indio pudiera oírla y buscara un escondite junto a la orilla para ver pasar la barcaza. Estaban aproximándose a territorio de caza mayor, había dicho Summers. Hasta el momento, el cazador había disparado a tres ciervos y varios pavos, y en una sola tarde un aluvión de perdices que limpiaron y prepararon para que Pambrun las cocinara.

—Los ciervos escasean a partir de aquí —dijo Summers cuando pasaron el Nadowa—. La vegetación empieza a clarear, esa es la razón. Pero encontraremos alces en un trecho y luego búfalos, y cientos de vacas gordas, más de las que os dará tiempo a contar.

El sol se encontraba más bajo de lo que Boone había esperado, a medio camino ya del mediodía y rumbo al oeste. Los rayos llegaban oblicuos y le calentaban el cuello y el borde de su hombro derecho, oscureciendo sus manos, más oscuras ya que las de un negro.

Retumbó un trueno río arriba y barruntó hasta ellos, y algunos de la tripulación miraron por encima del hombro hacia el oscuro nubarrón que se estaba formando en el cielo. Mientras lo miraban, el viento cambió virando hacia un costado y luego en la dirección opuesta. La enorme vela se tensó bruscamente y la barcaza comenzó a abatirse, cediendo ante la violenta ráfaga. Los criollos miraron hacia arriba con preocupación mientras sus brazos flaqueaban a los remos.

—*Halez fort! Halez fort!* —gritaba Jourdonnais.

Los hombres se repusieron al oír la orden y volvieron la mirada hacia él con ojos desorbitados mientras gruñían con cada nueva bogada.

La ribera se alejaba ante sus ojos. Boone podía situarla por la esquina del contenedor de carga. Jourdonnais ordenó que arriasen la vela, pero seguían escorándose, pulgada a pulgada, mientras el viento arreciaba.

Summers pasó por encima de Puma, miró el río y examinó la nube. Se volvió hacia Jourdonnais y gesticuló hacia la orilla. El *Mandan* viró hacia allá y los franceses comenzaron a cantar otra vez, pero en voz baja, aliviados de que el barco hubiera dejado de escorarse, felices de haber acabado el trabajo.

Sin embargo, cuando llegaron a la orilla, Jourdonnais les ordenó que bajaran con la soga; los hombres le miraron decepcionados y con expresiones de reproche, como perros apaleados y arrastrados al hogar, y bajaron al agua por la borda de la barcaza con la soga mientras el viento sacudía sus ropas.

La nube negra pendía como una manta en el cielo. Un relámpago ramificado iluminó el cielo y, poco después, los truenos comenzaron a retumbar en el valle. Los árboles se postraban ante el viento, sacudiendo las ramas preñadas de retoños.

La tripulación avanzó río arriba con la soga y, tras tensarla, comenzaron a tirar de la barcaza. Era como tirar de un caballo testarudo. El *Mandan* flotó ligeramente a la deriva, a continuación salió impulsado hacia delante por la soga y volvió a caer ligeramente. Un poco después, las torres dieron paso a una espesa área boscosa que llegaba hasta el agua y Jourdonnais los guió hasta allí, moviendo el brazo con brusquedad como un hombre hastiado.

Jourdonnais y Romaine ya estaban atracando con suavidad cuando regresó la tripulación, y Pambrun ya preparaba el fuego. Cayeron unas cuantas gotas de lluvia, que se convirtieron en rocío por la fuerza del viento. Un arco iris se curvaba sobre el borde de la nube, que se movía hacia el este como si fuera a dejarlos atrás, pero el viento continuó soplando con fuerza por el valle.

Boone se apartó de la orilla, pasó junto a Pambrun y sus cazuelas y se abrió paso a través de los sauces hasta llegar a una zona más abierta… Había álamos y cedros, principalmente, y aquí y allá se podía ver algún pequeño roble o fresno. Era más sencillo avanzar por allí que por el río, donde los juncos que llamaban «mala hierba» crecían tan altos y espesos que a duras penas se podía avanzar. A través de los árboles, Boone pudo ver las verdes praderas que bajaban hasta el borde del río.

Boone miró a su alrededor y luego se abrió los pantalones y los dejó caer. ¡Maldita sea aquella mujer de San Luis! La vio otra vez, y la sintió y olió de nuevo, una vieja con voz chillona que se quejaba de que era brusco. ¡Brusco! Si pudiera echarle ahora las manos encima, se iba a enterar de lo brusco que podía ser.

—Buenas.

Era Summers, el cazador, acercándose sigilosamente como un gato. Jim lo seguía un poco rezagado. Los ojos de ambos miraron a Boone e inmediatamente los apartaron. Boone se abrochó los pantalones. El cazador se puso a escudriñar los bosques y a examinar las colinas. Llevaba su rifle en la mano.

—Es extraño —dijo, mientras Jim se sentaba sobre un tronco caído— cómo la caza va

retrocediendo año tras año.

Se sentó junto a Jim y le indicó a Boone que se sentara. Se hizo el silencio, como si nadie supiera qué decir, y luego Summers se giró y miró a Boone directamente a los ojos al tiempo que una leve sonrisa se dibujaba en las comisuras de su boca.

—Creo que es gonorrea lo que has pillado.

Esperó respuesta con la mirada todavía puesta en Boone y la leve sonrisa en sus labios.

Jim se echó hacia delante para mirarlo desde el otro costado de Summers.

—No pienses que eres el único hombre que la ha pillado, Boone.

—Supongo que lo que uno tenga o no tenga es asunto suyo.

—No hace falta que te enfades, Boone. Dejaremos de meternos en tus asuntos si tú lo dices.

El cazador miró al suelo y luego hacia las colinas. Su voz sonaba a viejos recuerdos.

—En todo caso, ya han pasado quince años desde que navegué por primera vez por el río Platte. Este que te habla no era mucho mayor que tú, y también era un novato. Bebimos algo, bastante, la semana antes de zarpar. ¡Que me aspen si no tenía la cabeza hueca por aquel entonces! Cuando llegó la hora de partir no sabía si mi rifle tenía culata o no. Estuve tan tentado por esos vicios que me seducen como para renunciar al viaje. Perdí el barco, sí señor, y tuve que zarpar en Saint Charles.

Apoyó su rifle en el tronco, sacó el cuchillo del cinturón y comenzó a afilar una ramita con él, como si fuera de suma importancia mondar una viruta fina como una hoja.

Sobre ellos cayeron unas cuantas gotas de lluvia. Summers examinó el cielo.

—El viento se llevará la lluvia. Pero no nos moveremos otra vez hoy con este viento.

—¿Adónde viajaste? —preguntó Jim.

—Hasta el río Platte y lo remonté, comerciando con los indios Wolf. Este de aquí por aquel entonces estaba aprendiendo a comerciar. Es una buena manera de conseguir unos dólares con lo que uno caza si se persevera en ello. Lo cierto es que no se me daba muy bien esto de las ventas, hacer números y dispensar abalorios y bermellón y pólvora y pellejos y túnicas, y empaquetarlo todo, pudiendo estar todo el tiempo en plena naturaleza, libre como el aire, atrapando castores y comiendo grasa de borrego y acampando cuando me diera la gana y continuando camino cuando me apeteciera, sin nadie que pudiera retenerme.

—No —dijo Boone.

El cazador sonrió. Sus ojos grises se encontraban posados a mucha distancia, viendo de nuevo a los indios Wolf, supuso Boone, y el comercio, y luego la tierra de los castores y los búfalos, y a él mismo, un novato por aquel entonces como Boone, descubriendo lo que era vivir solo en campo abierto, donde uno tenía espacio para moverse.

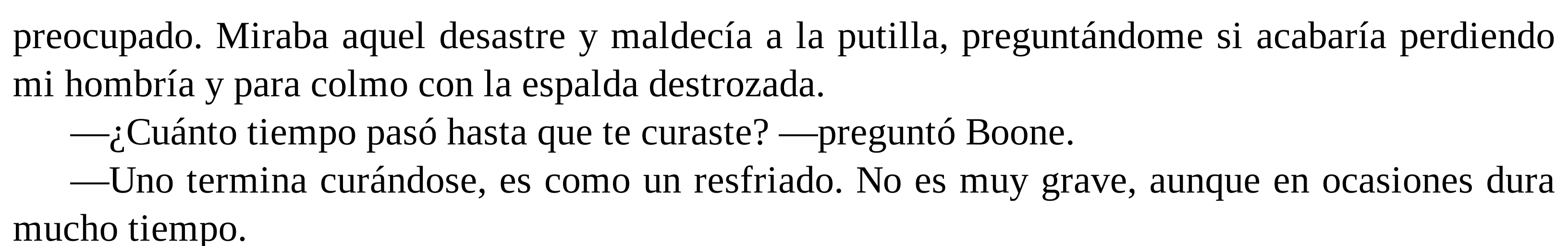
—Fue la primera vez —dijo Summers, como si estuviera hablando consigo mismo— que este que os habla estuvo soltando líquidos por todos sus orificios excepto por la nariz.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jim.

—Una bonita putilla de San Luis de un lujoso local de esos que llaman salón de juegos; ella me la pasó, un caso habitual.

Boone no dijo nada.

—Bueno, pues bien, pensé que me había vuelto loco, y no sabía qué hacer. Sin duda, estaba


preocupado. Miraba aquel desastre y maldecía a la putilla, preguntándome si acabaría perdiendo mi hombría y para colmo con la espalda destrozada.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que te curaste? —preguntó Boone.

—Uno termina curándose, es como un resfriado. No es muy grave, aunque en ocasiones dura mucho tiempo.

—Sólo puedo decir amén a eso —intervino Jim.

—Es algo natural, como envejecer. Este que os habla la ha pasado ya cuatro o cinco veces desde entonces, y sin ninguna duda la volverá a pasar. No puedes evitarlo si quieres disfrutar como hombre.

Summers se calló y siguió afilando el palito. Levantaba los ojos del palo, miraba a su alrededor, los posaba en Jim y luego en Boone y de nuevo se concentraba en el palo.

—A mí me envenenó una puta negra —dijo Jim—, pero no recuerdo que me preocupara mucho. Incluso me sentí orgulloso de cogerla tan joven. Recuerdo haberme pavoneado de ello.

—Echo de menos a las *arikaree* antes de que quemasen sus poblados en mil ochocientos veintitrés, o veinticuatro —dijo Summers un poco después—. Las squaws *arikaree* son una preciosidad, creo que son las mejores después de las mujeres de Taos. De pieles claras y altas y de piernas largas y guapas como jóvenes potras, y casi todas ellas complacientes, a cambio de abalorios y bermellón o un espejo más pequeño que la palma de tu mano. Uno se curtía pagando el precio a los indios propietarios de las squaws. Al menos, eso es lo que hacía en aquellos tiempos. Eran buenos tiempos para mí. Y casi todas las squaws tenían gonorrea y todos los hombres que la cogían no le daban más importancia que a un estornudo.

—¿En serio? —preguntó Boone.

—No era grave, no si se abstenían de tomar whisky y sal. No allí arriba. No hay nada corrupto río arriba.

—¿Simplemente esperaban a que pasara?

—La mayoría. Se ataban un trozo de piel de castor en el miembro y esperaban a que pasara. Algunos con casos graves, como los que te podía contagiar una mujer blanca, recogían raíces de rudbeckia bicolor y se preparaban infusiones. Desaparece después de un tiempo, hagas lo que hagas —el cazador se incorporó estirándose, como si el tema estuviera zanjado—. Ojalá pudiéramos conseguir algo de carne.

—¿Y la infusión les calmaba, en casos graves?

—Tal vez. Algunos decían que les calmaba, pero no se puede saber. Cuando la pillé por primera vez, allí en el río Platte, los *bourgeois* del lugar tenían un hijo que pensaba que un remedio potente contra la infección era irse a la cama con una squaw, como quitarse una verruga pasándosela a otra persona. Pero no es así.

—¿Es seguro tomarla?

—Oh, no hace daño a nadie. Yo la tomaba casi todas las noches.

Summers lanzó la astilla y se guardó el cuchillo en el cinturón. Alargó la mano para coger el rifle.

—Mataré unos cuantos castores —dijo—. Hay un viejo pellejo de castor a bordo. La piel de castor es un remedio efectivo, cualquiera que sea la dolencia. Y si encuentro rudbeckias traeré una

raíz.

El cazador se levantó, como si fuera a marcharse. Boone se levantó también.

—No se lo he dicho a nadie —dijo el joven.

—No hemos oído nada, ¿verdad, Deakins?

—Ni una sola palabra —respondió Jim—. Pero, Boone, no te servirá de mucha ayuda sentir vergüenza. Si uno se calla todas las cosas, poco a poco el veneno se le mete en la cabeza. Supongo que la mente necesita aire o se agría sola y se le meten dentro ideas que no son naturales.

—Creo que mi mente está perfectamente.

—¿Remar te duele, o tirar de la cuerda, chico?

—Un poco.

—¿Y mear te duele?

—Me escuece.

—Supongo que es una incomodidad —Summers se quedó callado durante un minuto—. Trabajar en una barca, de todas formas, es demasiado para un norteamericano. No suele dársele bien.

—Pero nosotros hemos hecho nuestro trabajo, ¿no es así?

—Claro. No estoy intentando haceros de menos. Sólo digo que necesitamos más cazadores, y os vendrá bien.

—¿Quieres decir que podemos cazar?

—Tendréis que remar, usar la vara y tirar de la soga, también, porque no nos sobra tripulación, pero los dos podéis ayudarme. Un cazador no es suficiente. Zephyr iba a cazar conmigo, pero estiró la pata. Os llevaré a uno de vosotros en cada ocasión, hasta que aprendáis.

—¿Estás seguro? —preguntó Boone. Los ojos azules de Jim brillaban.

—Son los franceses los que deberían hacerse cargo del barco. Son buenos haciéndolo, siempre que les alimentemos y los vigilemos y les mantengamos apartados de los pieles rojas. Ni a Jourdonnais ni a mí nos parecisteis muy apropiados para la barcaza. Os contratamos para que nos ayudarais en alguna refriega. En cuanto se produce algún ataque los franceses no hacen más que llamar a Dios. La mayoría de ellos, quiero decir. También he conocido a algunos, como Romaine, que no tienen mucho miedo, y algunos, como Jourdonnais, que no tienen ninguno. Los canadienses son peores en ese sentido.

—Yo sé disparar bastante bien —dijo Boone.

Summers tenía apoyado el rifle en el pliegue del brazo.

—Ya es hora de que me marche. Me estoy muriendo por un trozo de carne. Y hasta un humilde toro es todo un manjar junto a unas habichuelas —y se dispuso a irse—. Sacaré el pellejo.

Un poco después se volvió y gritó por encima del hombro:

—Llorar por la leche derramada sólo hace que te moquee la nariz.

Boone creyó escucharle riéndose.

El nubarrón era una cresta en el lejano horizonte, pero el viento siguió soplando, con fuerza y constante. El sol casi se había escondido por completo tras las colinas.

—Será genial cazar —dijo Jim.

Tenía la mano apoyada en el brazo de Boone. Boone vio a Summers alejarse, lo vio


moviéndose, sigiloso, rápido y alerta, como alguien que sabía lo que se traía entre manos. El problema en la entrepierna de Boone parecía que se había esfumado, o casi, en todo caso.

Capítulo XII

El Missouri bullía. Se desbordó de su lecho y burbujeaba entre los sauces y los álamos. Erosionaba los acantilados, socavando la orilla. Grandes trozos de la ribera se desprendieron arrastrados por el agua o se derrumbaron, provocando lentas perturbaciones en la superficie que la corriente atrapaba y transportaba y engullía en su propia precipitación. Los árboles caían al ceder las riberas, desplomándose lentamente al principio y luego más rápido, rasgando el aire, y quedaban a flote en el agua anclados al terreno desgajado, formando presas contra las que se apilaba el material de arrastre. El agua golpeaba estas débiles barreras, sobrepasándolas, derramándose sobre ellas y bordeándolas, rompiendo en espuma blanca al retomar su curso. En el canal la corriente aumentaba, como el dorso de una serpiente.

El Missouri era un río endemoniado; era una muralla de agua rugiente que se alzaba frente al *Mandan* y rompía a su alrededor y volvía a elevarse ante la barcaza; no era un río en absoluto, sino más bien una gran extensión de agua desbordada que saltaba desde las montañas y se arrastraba por la llanura hasta desembocar violentamente en el mar.

Hasta donde se podía atisbar, la lluvia caía… caía en pequeñas gotas y de forma constante, de manera que el propio aire era acuoso y penetraba húmedo y débil en los pulmones. Al mirar río arriba, sintiendo la brisa directamente en su rostro, Jourdonnais perdía el curso del río entre la bruma. La orilla opuesta era una sombra. Podía ver la soga de arrastre que pasaba por el mástil, a través del mascarón, combándose por su propio peso y perdiéndose en la nada, hacia la tripulación que era tan sólo un manchón que avanzaba lentamente orilla arriba.

No era tiempo de navegar, ni de sacar velas o remos o varas o cuerdas de arrastre. Uno podía perder su barco sin darse ni cuenta. El saliente de una ribera podía cascarlo, o una terraza, o un árbol derribado en la orilla. Jourdonnais temía más que a nada a los árboles derribados. Ese día había visto media docena de veces cómo el agua en movimiento rompía en las orillas y los grandes troncos derribados se agitaban como piernas pataleando, irguiéndose durante unos instantes contra la corriente, desnudos y enormes, y luego cediendo y desplomándose; eso sería suficiente para partir el barco.

Jourdonnais observó las aguas oscuras como si pudiera ver bajo ellas. Romaine estaba apostado delante de él, en la proa, un gigante vigilante que manejaba su larga vara como si no fuera más pesada que un bastón.

No hacía tiempo para avanzar, pero el *Mandan* tenía que avanzar… diez millas al día, cinco millas, una, lo que pudieran sacar de su esfuerzo. Y habían remado y usado la vara y tirado de la soga e izado la vela y tuvieron que arriarla y volver a izarla, esperando que soplaran prolongadas ráfagas y vientos favorables. Habían trabajado desde el amanecer hasta el anochecer, tomando cualquier cosa en el desayuno y la comida a bordo y acampando sólo cuando la luz del día se apagaba. En las zonas donde el agua de la orilla era profunda arrimaban la embarcación a la orilla y los hombres se apostaban en el *passe avant* y en la cubierta, agarrándose a la maleza y empujando el *Mandan* mano a mano río arriba.

Se podían escuchar algunas quejas entre la tripulación. Miraban a Jourdonnais —no directamente, sino por el rabillo del ojo— y este los oía renegar por la comida de noche y por la

mañana bajo las mantas, cuando se despertaban doloridos y resentidos al amanecer. Ahora todas las mañanas, y todas las noches, el patrón pasaba la jarra de whisky. Les animaba a cantar y gastaba bromas y les soltaba improperios y los alababa, como si fueran niños. Él y Summers contaban historias por la noche cuando estaban acampados, les hablaban de los *pawnees*, que eran hostiles cuando se encontraban con un hombre blanco solo. Hace tan sólo un año, decía Summers, dos desertores fueron asesinados en el Platte.

La lluvia caía en finas gotas sobre el contenedor de carga y se escurría por ambos lados. En la cubierta del barco se había formado una película de agua. Pronto tendrían que empezar a achicar. Jourdonnais se preocupó por Ojos de Cerceta, a pesar de que la joven estaba sentada sobre una capa y una manta extra, y él mismo había asegurado la piel de búfalo que cubría su pequeño habitáculo. No ayudaría en nada que se pusiera enferma. Debía evitarle la enfermedad y los hombres. ¡*Mon Dieu*, los hombres! Y ya podía advertirles una y otra vez y hacer que Summers los mirase uno a uno con esos duros ojos que ponía. Los gatos en la jaula sobre el contenedor parecían diminutos con sus pelajes mojados. Se movían de un lado a otro, maullando, disgustados por la lluvia. Ya sólo quedaban cuatro. Dos habían sido vendidos a Francis Chouteau, el comerciante del Kansas, a cambio de una buena piel de castor por cada uno de ellos, castores Ashley. Puma estaba en la popa con Ojos de Cerceta, resguardado junto a la capa.

Jourdonnais escurrió el agua de su bigote presionándolo con el nudillo del índice. Ya casi a mediados de abril ¡y todavía tenemos que remontar el Platte! Sacudió la cabeza pensando en ello. ¿A qué distancia estaba la Nación de los Pies Negros, más allá del Roche Jaune, más allá del Milk y el Musselshell, tal vez hasta Great Falls? ¿Dos mil trescientas millas? ¿Dos mil quinientas? Iba a ser un largo verano de duro trabajo, sin duda. El *Mandan* no lo lograría a menos que aprovecharan cada minuto, o corrían el riesgo de llegar tarde, tal vez a tiempo para congelarse, en un territorio tan gélido que el aire crujía como el hielo y el sol se congelaba, e incluso los *Pieds Noirs* permanecían dentro de sus casas, soñando con el verano venidero y las fiestas guerreras mientras afilaban sus cuchillos de rebanar cabelleras.

Les Pieds Noirs! Un frío nudo se formaba en las entrañas de uno cuando pensaba en ellos. Incluso Manuel Lisa tuvo que darse por vencido, y los huesos de Immel y Jones y tantos otros se pudrieron en los Trois Fourches o a lo largo del Roche Jaune. Jourdonnais se sacudió intentando desembarazarse de lo que turbaba sus pensamientos. Todo podía ser explicado. Los pies negros sabían que Lisa era amigo de sus enemigos, los *crows*. Immel y Jones habían colocado sus trampas en territorio prohibido. Y ni Lisa ni los otros contaban con Ojos de Cerceta, la pequeña squaw hija de un jefe indio. El comerciante blanco la llevaba a su casa porque el comerciante blanco era amable y quería ser hermano de los pies negros. Había viajado durante muchas noches y se había enfrentado a muchos peligros sólo para llevarla de regreso, y además le había llevado un uniforme rojo con galones dorados y botones de plata que harían destacar al jefe como el gran hombre que era en la nación. Además, también llevaba para sus hermanos abalorios y bermellón y armas y pólvora y una bebida llamada agua de fuego. Lo había llevado todo sorteando a los *sioux*, pasando de largo a los *arikaree*, más allá de los *assiniboine*, para que sus amigos, los pies negros, pudieran disfrutar de lo que otras naciones disfrutan.

Todo iría bien, se dijo de nuevo Jourdonnais, si al menos el *Mandan* llegara hasta allí, y

llegara a tiempo. Se las apañaría. Empezando desde cero, como simple grumete, se labró un camino hacia arriba, trabajando, ahorrando, y siendo más osado que otros hombres. Y ahora, junto a Summers, era un patrón, y al único que servía era a sí mismo, un comerciante que había invertido todos sus ahorros y había pedido prestado dinero también para invertirlo en una vieja gabarra y en mercancía para comerciar. Tenía una oportunidad, una buena mano de cartas, para ganar algunos dólares, y se las apañaría. Saldría adelante como siempre había hecho y, tal vez, poco a poco, él y su Jeannette podrían construirse una gran casa lejos de Carondelet, ¿y quién podría llamarle entonces *Vide Poche*?

De entre los matorrales de la orilla apareció el cazador. Avanzó por el agua y subió a bordo mientras Jourdonnais atracaba el barco. El ante mojado se le pegaba al cuerpo.

—¡Jesús! —exclamó Summers.

—Mal —reconoció Jourdonnais.

—¡Jesús! —repitió Summers—. Esta orilla no es buena para echar la soga.

—Ni el lecho para varear, ni la corriente para remar, ni el viento para echar la vela. Pero nos movemos, aunque sea poco.

—Los malditos árboles entran hasta el agua.

Jourdonnais examinó el cielo.

—El río está calmado ahora, más allá del Nishnabotna, y el viento sopla de frente, como siempre.

—*Embarras* río arriba —informó Summers.

—¿Otro más?

—Peor que el anterior.

Jourdonnais perjuró. Lanzó la mirada hacia la orilla más alejada, al otro lado de la corriente parda y el ajetreo del material de arrastre.

—Perdemos el tiempo yendo hacia atrás y hacia delante como un maldito ferry. Todo el tiempo, de un punto a otro, cruzamos a una orilla y volvemos a cruzar a la otra —los ojos de Summers le miraban interrogantes—. Bueno, quizás podemos intentarlo.

El cazador movió la cabeza vacilando.

—Creo que el mástil podría romperse, o la soga.

—No es seguro, ni tan siquiera cruzar a la otra orilla —respondió Jourdonnais señalando al otro lado del río.

—De acuerdo, es arriesgado.

—Seguiré atento, de todas formas.

A unos cien pies de la orilla un árbol caído bloqueaba la corriente. Materiales de arrastre se habían quedado apilados contra esa barrera, álamos, cedros y pinos enanos hinchados de agua que bajaban del río y sauces todavía preñados de retoños formaban un cúmulo de objetos en la superficie del agua que se movía con la corriente y se atascaba en el tronco del árbol, de manera que un hombre podía andar sobre ellos. Por el borde el agua discurría al principio en una suave corriente continua que luego se embravecía escupiendo espuma y rocío y salpicando las orejas de los hombres con una ráfaga húmeda incesante. El aire apestaba levemente a podredumbre, procedente de los cuerpos hinchados de búfalos que se habían ahogado río arriba y que ahora

habían quedado varados en el atasco, formando pequeños montículos de color pardo entre el material de arrastre; en ocasiones se soltaban bordeando el obstáculo y salían disparados apareciendo y desapareciendo en la turbulenta superficie del agua.

Jourdonnais ordenó un alto al divisar el *embarras*. Lo examinó con los párpados entrecerrados.

—Tenemos que retroceder para cruzar a la otra orilla —informó a Summers, y esperó su respuesta.

El cazador se limitó a asentir.

—Incluso así, corremos riesgo —se movió de nuevo hacia el canal—. Podríamos encallar allí también.

Summers sonrió, pero sus ojos se mantuvieron sobrios.

—Estoy pensando que lo que deberíamos hacer si tuviéramos al menos la inteligencia de una gallina idiota es echar amarras.

—*Non!* —exclamó Jourdonnais—. ¡Virgen Santa! ¿Es que vamos a pasarnos el verano en la orilla?

—Pues tiremos de ella entonces —dijo el cazador—. En todo caso necesitas tres hombres a bordo, pero necesitamos tantas manos como podamos en la soga.

—Venga. Romaine y yo nos haremos cargo.

Romaine arrimó el barco a la orilla con la vara y Summers chapoteó en la orilla.

—Pasaremos la soga por un árbol y luego tiraremos —gritó a Jourdonnais.

Romaine estaba alejando el *Mandan* otra vez de la orilla. Jourdonnais bajó del contenedor de carga y le echó una mano, ignorando el ceño profundamente fruncido de Romaine. Vio a Summers avanzar a grandes zancadas por la orilla como un hombre que sabe dónde se dirige, y su figura se fue emborronando tras la lluvia a medida que se alejaba.

Summers hizo una señal con el sombrero.

—Listo —informó Jourdonnais a Romaine, y volvió a subir al timón.

El *Mandan* avanzaba pulgada a pulgada mientras el agua rompía contra la proa. La soga se tensaba en una línea casi recta. La lluvia era más fina ahora y Jourdonnais podía ver a la tripulación, inclinada y resbalando sobre la agreste y accidentada orilla.

La barcaza se aproximó a la presa, llegó a su nivel, separada de ella a tan sólo una docena de pies pero todavía en el curso del torrente que fluía a su alrededor. El *Mandan* comenzó a balancearse como una cometa, separándose de la orilla y de repente roló hacia esta, virando hacia un lado como si fuera a volcar y después avanzando bruscamente por el tirón de la soga de arrastre y la brida y el timón en la mano de Jourdonnais. Romaine saltaba de un lado a otro, balanceando la vara de un lado a otro con él.

Jourdonnais se escuchó a sí mismo gritar *«Fort! Fort!»*. Su cuerpo se tensó para impulsar la barcaza hacia delante, pero la nave se quedó parada en la cresta de la corriente, embistiéndola pero sin atravesarla, como un caballo asustado ante una valla. *«Fort! Fort!»*. Los hombres podrían tirar de ella lo suficientemente bien si no fuera por la falta de apoyo. Vio agua que goteaba de la soga y se quedaba colgando de ella como si fueran gotas de sudor. El mástil se arqueó por el tirón. La lluvia arreciaba de nuevo convirtiendo a la tripulación en un manchón. Debería haberles dicho que acortasen el agarre de la soga, por la mayor fuerza que les proporcionaría.

«*Fort!*», gruñó de nuevo entre dientes, y se inclinó hacia delante para examinar la parda corriente de agua que rompía debajo de él mientras se sujetaba con la mano en una de las correas del contenedor de carga. Romaine se tiró al agua, salió a la superficie y comenzó a bracear hacia la orilla, volviendo su rostro empapado hacia el *Mandan*.

La barcaza había retrocedido y girado cuando la brida se rompió y ahora estaba escorada mientras el agua golpeaba en un costado; sólo la sujetaba la soga y el mástil estaba combado por la tensión. Con las piernas separadas, sobre el contenedor de carga, sujetando una cuerda, Jourdonnais dijo: *«O mon Dieu! Mon Dieu!»*. El barco se cimbreaba alejándose y acercándose a la orilla, como el peso oscilante de un péndulo. Vio que el mástil se combaba sobre él, el mástil que él mismo había insistido que fuera de nogal americano y sintió que el contenedor de carga se inclinaba bajo su barriga. «¡Soga! ¡Soltad soga! ¡Despacio!», gritó, sabiendo que no podían oírle por encima del sonido del agua. Vio que Romaine salía del río y se quedaba en pie chorreando agua durante un minuto, observando el *Mandan*, y luego salió disparado orilla arriba por el barro.

Jourdonnais se las apañó para bajarse del contenedor de carga y a cuatro patas se arrimó a la vara de recambio y la pasó por encima mientras se agarraba inclinado sobre un pie y una rodilla. Metió con fuerza la vara en el agua y buscó el fondo con la esperanza de poder virar el *Mandan* parcialmente. El *Mandan* y todo lo que podría llegar a ser, y todos los años de trabajo y esfuerzo escorados y al borde del vacío, sujetados por un palo de nogal americano y un cordel, escorados durante un minuto, durante una hora, durante toda una vida que parecía más larga que la eternidad y no más larga que ayer. Se escuchó a sí mismo gritar, suplicar a la tripulación para que aflojasen.

Su voz parecía estar prisionera, encerrada dentro del propio *Mandan* por el torrente de agua que pasaba a su lado, o perdida más allá de ella en la leve y continua lluvia, pero finalmente sintió que la soga cedía, sintió que el barco se balanceaba y lograba enderezarse arrastrado de nuevo por la soga, y vio el *embarras* moderándose río arriba.

Lo empujó con la vara hacia la orilla durante un rato y Romaine subió de nuevo, bufando, y lo ató a un árbol. Tras él llegaron Summers y la tripulación.

Jourdonnais se giró y echó un vistazo a la barcaza.

—Los gatos —dijo—. No vi que se cayeran.

Y, de repente, pensó: «¡Ojos de Cerceta!», y saltó hacia el *passe avant* y lo atravesó corriendo hasta la popa. Vio a Puma, de pie con las piernas tiesas y sobre la manta. Y entonces, gritó:

—¡Se ha ido! ¡Buscad, todo el mundo! Por la orilla. Se ha ido. ¡Ojos de Cerceta!

Saltó de la barca y se abalanzó hacia la orilla, agitando los brazos.

—¡Todos! ¡Todos! ¡Buscad! —comenzó a correr—. Tú, Summers, tienes ojos de indio.

Se dispersaron entre la maleza y salieron un poco más abajo y examinaron el agua y los alrededores de las orillas.

—¡Continuad! ¡Continuad! ¡Más abajo! Podría estar más abajo.

Fue el joven de Kentucky, Caudill, el que la encontró. Le escucharon gritar y corrieron hacia él y lo encontraron llevándola a través de la maleza.

—Se había sujetado a un tronco suelto —dijo—. Además, ha estado a punto de ahogarse. Tuve que echarme al agua para recogerla —y bajó la mirada a sus vaqueros chorreantes.

Jourdonnais se hizo cargo de ella.

—Conseguiremos algo de ropa seca, pequeña —dijo—, y luego la hoguera y la comida.

Ella lo miraba, no decía nada, y sus ojos se fundían en su fino rostro que parecía más delgado ahora. La ropa colgaba de sus diminutos miembros. «Parece un gato mojado pero, aun así, elegante», pensó Jourdonnais.

—Dile que se seque y se cambie de ropa, Summers —dijo en voz alta—. Ella te entiende mejor. Tal vez coja fiebres.

La joven pareció entenderle. Asintió levemente. Jourdonnais la subió de nuevo a la popa.

Se alejó y luego se paró cuando llegó al mascarón del *Mandan* y echó una mirada a las aguas turbulentas río arriba, sintiéndose cansado pero aliviado y embargado por una feroz alegría.

—Cuatro gatos —dijo—. Estúpido, enorme y maldito río bravo, sólo nos has sacado cuatro gatos —se giró—. Vamos. Echemos todos un trago.

CAPÍTULO XIII

—Mi viejo siempre decía, si el problema es inevitable, intenta disfrutarlo.

Jim Deakins estaba echado en una ladera de hierba, aplastando de vez en cuando algún mosquito con la palma de la mano. El *Mandan* volvía a estar amarrado en la orilla suroeste, bajo la protección de un árbol que se inclinaba sobre el agua. Boone estaba echado boca arriba, escuchando a medias y mirando el cielo por donde el sol poniente lanzaba un rayo de luz. Summers dijo que saldrían a buscar búfalos, cualquier día a partir de ahora. Boone se rascó la mejilla.

—No creo que tu viejo pudiera disfrutar mucho de estos mosquitos —replicó Boone.

Estaba preguntándose si él y Summers serían capaces de cazar algún búfalo en la primera incursión.

—Él, de alguna manera, era capaz de olvidarse de ellos. Tenía un método —aseguró Jim.

—Dicen que esto no es nada. Que se hacen más grandes y más gordos a medida que se sube río arriba, hasta que llegan a tener un aguijón como una manguera.

Boone rodó sobre un costado. Jourdonnais estaba encendiendo una hoguera. Cogió un puñado de hierba seca, lo embutió en un nido y colocó un trozo de yesca dentro. Prendió fuego a la yesca, juntó los extremos que sobresalían del nudo formando una bola y lo balanceó en un círculo con un movimiento de la muñeca. La hierba prendió con una llamarada y la colocó bajo su montoncito de palitos y corteza.

—¿Por qué crees que hemos amarrado? —se escuchó Boone preguntar, mientras en su mente veía un gordo búfalo y a sí mismo apuntándole justo detrás de la grupa—. Podríamos seguir avanzando.

—No se puede hacer trabajar día y noche ni siquiera a una mula. ¿No lo sabías? Se vuelven mezquinos y se agotan —Jim señaló más allá de Jourdonnais hacia los hombres echados en tierra, o simplemente tirados por ahí, demasiado cansados para cantar, o tan siquiera para descansar, y sus voces no eran más que un susurro—. Ya es hora de que Jourdonnais les dé un trago y les llene los estómagos, pero se levantarán de nuevo. Hoy no hemos acabado todavía.

—El río se está calmando, o al menos no está empeorando…

Boone acababa de presionar el gatillo mientras apuntaba al buey y escuchó el petardeo de la bala cuando impacto en el objetivo.

—Estaba hablando sobre mi viejo. Desde que Dios lo atrapó, vivir con él se convirtió en un infierno.

—¿En serio?

—Oh, se le pasaba, hasta que había otro servicio religioso. Pero mientras Dios lo tenía atrapado, lo tenía bien atrapado. En aquella época yo pensaba que Dios cabalgaba sobre una nube con truenos en ambas manos para lanzárselos a la gente sólo por ser como eran —Jim se calló y continuó unos segundos después—. En ocasiones lo sigo pensando.

—Supongo que mi padre era demasiado miserable incluso para Dios —respondió Boone… el buey en un primer momento saltó una vez, cayó hacia delante y se quedó agitando las patas en la hierba.

—Nadie es más meticuloso que Dios. No, señor. Si Él te pilla jugando a las cartas o soltando una palabrota o con las manos en una mujer, aunque sea negra, te envía al infierno por siempre jamás, amén. Incluso pensar es muy peligroso. Porque un hombre piensa como siente, y al infierno con él también. ¿Por qué crees que nos dio una mente si no? Es mucho mejor ser una criatura estúpida y divertirse, sin pensar, que pensarlo y acabar achicharrado en el infierno por ello.

—Supongo que sí.

—Dios es un cotilla. Uno pensaría que tiene suficientes cosas con las que entretenerse en el mundo y las estrellas y todo eso y mantener a raya al diablo para que no le engañe. Pero no. Mete las narices en todo, hasta lo más insignificante. Incluso te metes en el retrete y ahí está Dios, mirando directamente a través del techo o fisgoneando por el cerrojo, todopoderosamente curioso sobre lo que estás haciendo.

Summers había dicho que el pellejo de un búfalo se pelaba boca abajo, colocándole los pies por fuera para sujetarlo correctamente.

—Bueno, pues a mi viejo, supongo que de vez en cuando le invadían algunos de esos pensamientos demasiado oscuros para poder unirse a Dios, y se preocupaba por el infierno y el más allá. Teníamos que rezar y leer la Biblia y arrepentirnos cada uno de nuestros días y parte de nuestras noches también, a menos que uno pudiera dormirse y olvidar que Dios le observaba. No sabía qué significaba el arrepentimiento, pero me he arrepentido. Sí, señor. Ya he tenido la ración de arrepentimiento que me corresponde. Ahora, mayormente pienso que qué demonios, que le zurzan. Hasta el momento, no he visto que caiga ningún rayo. Pero uno nunca sabe —dijo Jim mientras miraba al cielo y mataba mosquitos a manotazos, estiraba el brazo y arrancaba una hierba y se la colocaba entre los dientes; la hojita en el extremo danzaba mientras hablaba—. Mi viejo normalmente era bueno. Cuando era él mismo, sin mirar más allá —el pulgar de Jim apuntó hacia el cielo—, era un tipo listo. Tenía razón sobre los problemas.

—¿Por qué hablas todo el rato sobre problemas?

—No es nada, Boone. No es mucho, en todo caso. Sólo es que llegamos al Platte mañana o pasado mañana, según dice Summers.

—Ajá.

Los ojos de Jim se deslizaron hacia Boone, como si estuviera estudiándolo disimuladamente.

—Dejémosles que tengan su diversión. Rasurándonos y todo eso.

—No tengo intención de echarme atrás —respondió Boone, y vio la pausada sonrisa que se dibujó en el rostro de Jim.

—Bien hecho. En ocasiones eres un hombre de los pies a la cabeza, Boone.

—Me siento mejor, mucho mejor. Supongo que el castor ha funcionado, o si no, ¿qué otra cosa? —dejó escapar una sonrisa mientras miraba los suaves ojos azules de Jim. Una corta barba pelirroja salía disparada de las mejillas de este, brillando como alambre.

—Podría ser. O que no bebas whisky, o tal vez ha desaparecido de forma natural.

Jourdonnais abandonó el fuego y comenzó a hacer la ronda con su jarra. Pambrun comenzó a calentar la olla.

—Pega un buen trago —iba diciendo Jourdonnais.

Cuando la jarra le llegó, Boone negó con la cabeza.

—Supongo que yo puedo beber por dos —dijo Jim, y dio un buen trago. Se limpió una gota de licor de la barbilla.

Jourdonnais les gritó.

—Pasada la frontera, novatos, ya en la parte alta del río. Afeitamos vuestras dos cabezas, *parce que* mantengáis las patillas recortadas. Tal vez mañana, ¿eh? —dijo y sus dientes asomaron como granos de maíz bajo el cepillo de su bigote.

Comieron —carne de ganso salvaje y huevos que Pambrun había recogido en una isla y puré enriquecido con sebo— y continuaron después, usando remos y varas y parte del tiempo la vela, que se hinchaba y a continuación flameaba para luego volver a hincharse con la brisa. El río era ancho y el nivel del agua todavía alto, pero más tranquilo ahora por una orilla abierta y casi sin material de arrastre. Las canciones de los barqueros volvieron a sonar, mientras el sol se escondía por detrás de las colinas y un gajo de luna aparecía, pálido como la vela a la luz del día. Algunas agachadizas picoteaban por las orillas, algunas gris perla, como el abrigo de Bedwell, y otras con la parte inferior roja. Algunos chotacabras lanzaban gemidos al cielo, como monedas echadas al aire, y desde las colinas que formaban una cordillera suave hacia el oeste Boone escuchó el alarido de un animal, fino y tembloroso y solitario. Le recorrió un leve escalofrío, que le subía por la espalda y le erizaba el pelo del pescuezo. Esto hacía que a un hombre le valiera la pena vivir la vida. Esto, y los búfalos más arriba, listos para ser cazados. Sintió la piel de castor dentro de sus vaqueros y no pudo evitar reírse para sí mismo mientras apoyaba el hombro en la vara, pensando lo preocupado que había llegado a estar. No era nada. Uno siempre lo capeaba, como un resfriado. *«L'on, ton, laridon, dai»*. ¿Sería un toro o una vaca lo que él y Summers verían primero?

Llegaron al Platte cuando el sol estaba en lo más alto y soplaba una buena brisa. El *Mandan* se mantenía en la orilla más alejada del Missouri, pero Boone podía ver el punto donde desembocaba el Platte, alrededor de ambos lados de una isla que ahora estaba casi totalmente cubierta por el agua. Sólo el centro permanecía seco. En las orillas el río mojaba las ramas de los árboles. El Platte bordeaba verdes y redondeadas colinas desnudas como un huevo, a excepción de algún que otro árbol aquí y allá, que se erguía raquítico y solitario. Boone imaginó que desde la cima de esas colinas se podía ver a distancias infinitas, sin nada que obstaculizara la visión, a menos que fuera una manada de búfalos, o tal vez una partida de guerra, todos pintados y con plumas, levantando polvo por donde galopaban.

Los hombres que ya conocían la parte alta del río habían estado atareados toda la mañana susurrándose cosas, ajetreados de un lado a otro, sonriéndose unos a otros y mirando a Boone, a Jim y a Labadie y Roi, y al resto de los que iban a cruzar el Platte por primera vez. Y ahora que ya estaban allí, Pambrun comenzó a gritar con su voz aguda y rota y a agitar una cuchilla de afeitar, y Jourdonnais, Summers, Romaine, Fournier, Chouquette y Lassereau y el resto sonreían y se frotaban las manos como si supieran que iban a pasar un buen rato. Jourdonnais pasó el timón a Menard, bajó y envió a Ojos de Cerceta a la proa junto con los novatos. El viento empujaba el barco con suavidad, que llevaba tan sólo media vela izada. Ojos de Cerceta se mantuvo separada de los hombres, en la parte más alejada de la proa, mirándolos con su pequeño y sobrio rostro, y a continuación apartando la mirada. Boone cruzó la mirada con ella y sonrió un poco, mientras los hombres se reían y parloteaban a sus espaldas y se empujaban unos a otros. Los ojos de ella se

apartaron de los suyos y regresaron de nuevo durante un largo minuto, pero ella no sonrió. ¿Es que nunca sonreía? ¿Es que no sabía lo que era una sonrisa?

—¡Señor Deakins! —Summers estaba en el *passe avant*—. ¿Va a ofrecerse por su propia voluntad o vamos a tener que ir a por usted?

—No es por mi propia voluntad, pero ya voy.

Boone observó cómo avanzaba Jim por el contenedor de carga hacia unos brazos que lo agarraron. Hubo un forcejeo y Jim cayó y desapareció de su vista. Boone podía oírlo gritar, dejando escapar los habituales gritos de guerra, mientras los otros también gritaban, y se reían con todas sus fuerzas, armando tal escándalo que espantaron a un pato salvaje en el agua. Boone volvió a observar a Ojos de Cerceta. ¿Sería bonita cuando se hiciera mayor, como lo era ahora? ¿Bonita como una mujer *arikaree*? ¿Y complaciente? ¿Complaciente con un cazador consumado de búfalos?

—Señor Caudill —gritó Summers.

Su rostro estaba crispado, fiero, pero bajo las cejas le brillaban los ojillos. Boone saltó al *passe avant* y lo cruzó. Desde atrás, Summers lo empujó y le hizo caer sobre la multitud; intentó mantenerse en pie mientras muchas manos lo agarraban, un brazo le rodeaba el cuello y alguien lo inmovilizada por detrás con un abrazo de oso. Acudieron todos a su alrededor en la cubierta pequeña. Cuando logró zafarse vio fugazmente a Jim con la cabeza afeitada a los lados y el centro recortado como la crin de una mula, y a continuación volvieron a sujetarle. Sintió el peso y la presión de sus cuerpos a su alrededor, sintió las respiraciones jadeando en su cuello y las manos que se estiraban y le agarraban. Durante un minuto se apoderó de él un pánico demente, y algo más, algo que brotaba desde lo más profundo de su ser, un ataque de locura transitoria o un ataque de risa, mientras las voces gritaban en sus oídos. Forcejeó y se retorció con una repentina y salvaje fuerza. Summers bufaba.

—Este potro es tan fuerte como una vaquilla.

Y a continuación Boone se escuchó a sí mismo reír, aullando y riendo, mientras los hombres le agarraban los brazos y le levantaban los pies y le inclinaban y lo sentaban sobre su trasero en cubierta.

—Iniciemos a *l’enfant* —dijo Jourdonnais.

—A este que les habla le está apeteciendo cortar algo de pelo.

Las manos cayeron por detrás de Boone y le taparon los ojos.

—Convertimos a Deakins en un *pawnee* —era Summers otra vez—. Convertiremos a este potro en un *maha papoose*.

Boone sintió la cuchilla sobre su cuero cabelludo, moviéndose y atascándose, y moviéndose otra vez mientras el filo silbaba.

—¡Ya está bien, diantre! —exclamó Boone.

Se pasó la mano suelta por la cabeza. Se la habían dejado tan pelada como una piedra, excepto por un mechón de pelo delante y otro detrás. Los hombres habían formado un círculo a su alrededor, riéndose. Observó los ojos que estaban puestos en él y las bocas abiertas e intentó seguir riéndose, pero sintió que le caía sangre sobre la cara y se le pasó por la cabeza meterle un puñetazo a alguien o levantarse y desaparecer. Pero entonces volvió a ver a Jim, tenía el aspecto

más extraño que nadie pueda tener, con sólo una cresta de pelo atravesándole el centro. El propio Jim era un mulo, con una crin roja recortada, un mulo con lágrimas rodándole por la mejilla por lo mucho que se reía, y Boone se dio cuenta de que aún se reía con más fuerza porque ahora él mismo también reía.

Jourdonnais tiró de él y le ofreció una taza de metal, no era alcohol y agua en esta ocasión, sino un buen brandy francés. Boone lo probó y sintió que le hacía cosquillas en la lengua.

Labadie estaba en el *passe avant*, con expresión preocupada.

—A cambio de esto —gritó—, me libro. ¿Sí? ¿No? —dijo mientras sostenía en alto una botella.

—¡Bien! *Oui!* —le arrebataron la botella, y la bebieron a morro como hombres ansiosos por un trago.

—A cambio de esto, no te afeitaremos. Sólo te daremos un baño —dijo Romaine, que lanzó a continuación su enorme brazo, agarró a Labadie y lo tiró al suelo. Labadie chilló.

—Con cuidado ahora —dijo Romaine—. Cuidado.

Lanzó un lazo de cuerda sobre Labadie y lo levantó en brazos y lo bajó por la borda, remojándolo como un trozo de pan de maíz que cuelga de un hilo. Labadie gritó algo en francés y regresó maldiciendo y medio ahogado, y Romaine le golpeó en el trasero hasta que logró zafarse de la cuerda y huyó a la proa.

—El siguiente —dijo Jourdonnais.

Cuando todo hubo acabado, el Platte había quedado a sus espaldas, perdido al otro lado de las colinas. Aunque la brisa seguía soplando, Jourdonnais atracó pronto y los agasajó con más brandy; parecía aliviado y casi feliz en esos momentos, mientras los hombres bebían y cantaban y se peleaban en la orilla. Al amanecer continuaron la marcha, usando la soga de arrastre en las orillas abiertas, porque el río daba innumerables revueltas, como una serpiente reptante.

—¿Ya estamos en territorio de búfalos?

—Pronto. Pronto. Ya te diré cuándo.

Los ojos de Summers siempre estaban puestos en las orillas o en las lomas que se alzaban sobre ellas, viendo cosas que tal vez ningún otro hombre podía ver. Allí los árboles se hacían más pequeños y escasos y formaban hileras en las partes bajas de la orilla, como si ya hubieran desistido para siempre de expandirse por las riberas. La mayoría eran álamos, con algún que otro fresno o un ciruelo salvaje que comenzaba a llenarse de flores blancas.

Las orillas se deslizaban, a la salida del sol, al mediodía y a la caída del sol, y el río los guiaba flanqueado por el pálido verde de hojas nuevas. Los pelícanos pasaban volando a través del crepúsculo, un montón de ellos, volando hacia el norte en formación de cuña. Los gansos silvestres se apostaban en la orilla durante las frías mañanas, y diminutos ansarinos flotaban en una hilera detrás, dibujando silenciosas uves en el agua. Los chotacabras piaban. El nido de un águila en lo alto de un viejo árbol y chozas de caza indias, vacías y medio derruidas. Y siempre la soga o las varas o los remos y, en ocasiones, la vela, sin parar, en un río sin fin, en un río que fluía bajo ellos y los empujaba hacia delante, hacia los Council Bluffs, hacia el Yellowstone, hacia los pies negros, hacia los búfalos, atrapando el cielo por las noches y ondulándose como una lámina de plata.

—Amarraremos en el campamento de Cabanné —dijo Jourdonnais de noche, y los ojos de Summers se alzaron y enarcó las cejas interrogante; Jourdonnais continuó hablando—: Lo conozco desde hace mucho tiempo. Es un buen tipo. Un amigo.

—Trabaja para la compañía, en todo caso.

Jourdonnais asintió.

—Sólo pararemos un minuto para saludar. También para averiguar qué tal están las cosas allá arriba. Quizás podemos comprar algo de cecina de los *mahas*.

—Habrá carne en abundancia dentro de poco. Sólo estamos a una o dos jornadas para el territorio de búfalos. Caudill, aquí presente, tiene ganas de demostrar lo bueno que es consiguiendo carne, ¿eh?

—Tengo ganas de intentarlo —dijo Boone.

—Hay carne más adelante —dijo Jourdonnais—. Pero también hay *sioux* y *arikaree*. Mejor llevar algo de carne a bordo.

Continuaron al amanecer a vela. En el margen izquierdo los álamos se alzaban desnudos, quemados, y sus ramas calcinadas apuntaban hacia el cielo como los huesos de una mano. Más allá, al otro lado de un riachuelo, se desplegaba una cadena de colinas verdes y boscosas. Había cabañas a orillas del río, y edificios más grandes en la ribera, cerniéndose sobre estas. Media docena de indios estaban apostados en la orilla observándoles. Los barqueros les gritaron y saludaron, y levantaron las manos y les vieron bajar lentamente, como si estuvieran cansados o decepcionados al ver que la barcaza no amarraba allí. Una india con un vestido azul que le colgaba sobre el cuerpo como un saco se les quedó mirando todo el rato, y su ancho rostro se movió siguiéndolos hasta que sólo fue una mancha de azul en la orilla.

El puesto de Cabanné se alzaba blanco contra el fondo verde, almacenes y cabañas y una casa de dos plantas con un balcón con vistas al río.

—*Mahas*, *otos*, y tal vez unos cuantos *ioways* —dijo Summers, mientras examinaba a la muchedumbre apiñada en la orilla y Depuy tocaba una trompeta para avisar de la llegada del *Mandan*.

Unos cuantos tiros de rifle sonaron a modo de bienvenida desde el puesto, y cuatro pistolas contestaron desde el *Mandan*. Algunos de los indios iban vestidos con pieles de búfalo, con el pelo hacia fuera, y algunos llevaban mantas a rayas pintadas. Los niños se movían entre ellos, tripones y mirándoles ateridos sin una sola prenda de ropa que les cubriera. Los indios se apartaron a los lados un poco mientras el *Mandan* atracaba, para dejar que pasara un hombre con andares de importancia que ofreció su mano a Jourdonnais cuando este saltó a la orilla. Se quedaron un rato hablando como hacían los franceses, tanto con sus ojos y manos como con sus bocas. Boone supuso que aquel hombre era Cabanné. Los indios llevaban los rostros pintados, algunos de ellos con rayas rojas que surcaban sus mejillas y otros con manchones rojos frescos, todavía húmedos con saliva, en sus frentes y barbillas.

Jourdonnais les gritó desde la orilla.

—¡No abandonéis el barco! *Non!* Continuaremos rápido. No dejéis que nadie suba a bordo, Summers.

Una squaw, con ojos pequeños como habichuelas y el pelo suelto que le caía por la espalda

arqueada, extendió las manos hacia fuera e hizo una señal poniendo un índice sobre el otro índice y luego el otro sobre el primero. Se señaló entre las piernas y levantó la mirada mientras volvía a hacer la señal preguntando con los ojos. Desde el barco Romaine gritó: «¡Eh!», sostuvo una moneda en alto y luego añadió otra, pero ella negó con la cabeza, y continuó haciendo la señal con los dedos. Los hombres vitoreaban a Romaine y miraban a la squaw y luego a Romaine para vitorearle de nuevo, con ojos atentos y hambrientos. Romaine se metió las monedas en el bolsillo y señaló sus partes bajas y luego mantuvo las manos en el aire, a un pie de distancia una de otra, como un pescador señalando el tamaño de un pez. Sus cejas se enarcaron interrogantes. Los hombres gritaban, riéndose de su bravuconada, pero la squaw se limitó a mirarlo, sin sonreír, y siguió jugueteando con sus dedos. Bajo el viejo vestido de piel cerrado por en medio, Boone pudo ver la carne de sus pechos bamboleándose. Volvió la cabeza hacia la barcaza y vio a Ojos de Cerceta asomada mirando, y su rostro por primera vez animado y despreocupado.

Un viejo indio con un solo ojo y el rostro con tantos cráteres que parecía que varios halcones habían estado picoteándoselo se acercó a Boone y a Jim, que habían saltado desde la barca y estaban al borde del agua. Su cuenca vacía estaba hundida y cubierta con un párpado rojo y de ella manaba una densa gota amarilla que intentó limpiarse con los nudillos de una mano. En la otra sostenía una larga pipa negra, anillada con círculos de plomo. Gruñendo, puso el dedo en la cazoleta de la pipa para mostrarle que estaba vacía. Luego extendió su mano, suplicante.

Jourdonnais y Cabanné salieron del puesto seguidos de cuatro indios. Jourdonnais dijo algo a Lassereau, que subió por el margen del río y regresó con una bolsa de piel y volvió a marchar y traer otra. Era cecina de búfalo o pemmican, imaginó Boone. «Tabaco», dijo Jourdonnais a Summers, que acto seguido desató una correa del contenedor de carga. Los indios se apiñaron todos alrededor de Jourdonnais mientras este sacaba los oscuros rollos de tabaco. Hablaban con una lengua gutural, como si fuese la garganta la que emitía el sonido, y echaban las manos al aire. Jourdonnais pagó a los cuatro, echó una ojeada a los que se habían quedado con las manos vacías y dejó un rollo en la palma del viejo con un solo ojo.

Cabanné se encogió de hombros cuando la transacción hubo acabado.

—Mejor los *mahas* y los *otos* que los pies negros, ¿no? —dijo a Jourdonnais—. Tal vez consigas castores, pero tienes más probabilidades de que te arranquen la cabellera.

Jourdonnais se pasó los dedos por su espesa cabellera.

—No es que la necesite mucho.

El rostro de Cabanné adoptó una expresión seria.

—Ten cuidado, amigo mío, de los indios, y de otras cosas también.

Durante un instante los ojos de Jourdonnais escudriñaron los de Cabanné.

—¿Sí?

Cabanné apartó la mirada, volvió a encogerse de hombros sin decir nada, como si lo que había dicho ya fuera suficiente, y tal vez demasiado.

—*Allons!* —exclamó Jourdonnais, y estrechó la mano de Cabanné.

Las orillas volvían a deslizarse a ambos lados y el río serpenteaba junto a un viejo fuerte en Council Bluffs, donde Summers dijo que murieron trescientos soldados de escorbuto, todos al mismo tiempo; por un tramo de río poblado de troncos muertos; a través de terreno llano durante

un rato y luego accidentado de nuevo, despoblado de árboles pero cubierto de verde hierba; por Wood's Hills, donde un millón de golondrinas anidaban en la roca amarilla.

—¿Ya estamos en territorio de búfalos?

—Falta poco. Muy pronto.

Por Blackbird Hill, donde había un jefe indio enterrado; por Floyd's Bluff, donde el río disminuía de caudal y las orillas eran bajas y desembocaba el río Big Sioux; por el arroyo Vermilion, donde Summers señaló al arbusto de bayas plateadas que los criollos llamaban la *graisse de boeuf*; más adelante por el Rivière à Jacques y el arroyo de Running Water, impulsados a remo, con varas, con soga y vela, día tras día, mientras el sol salía y recorría el cielo y se escondía tras las colinas.

Todavía era de noche cuando Summers sacudió a Boone.

—Hora de que te luzcas.

Boone se quedó tumbado unos segundos, pestañeando, observando una estrella como un agujero en el cielo.

—¡Búfalos! —se dijo a sí mismo, y se levantó de un salto.

CAPÍTULO XIV

Boone partió avanzando con cuidado entre los hombres dormidos. El rostro de Jourdonnais, levemente astado con las puntas de su bigote, era un círculo oscuro contra el fondo más oscuro de su capa. Estaba roncando con los largos y profundos ronquidos de un hombre exhausto.

—Te he conseguido un Hawken —dijo Summers desde la barcaza, manteniendo la voz baja. Le pasó a Boone el arma, un cuerno de pólvora y un saquito de municiones por la borda—. Es bueno para castores, para búfalos o cualquier cosa.

Boone levantó el rifle y lo probó apoyándolo en el hombro. Era más pesado que Viejo Tiro Seguro, y era de pedernal, no de percusión, pero se adaptaba bien a él… bien equilibrado y sólido, parecía un arma en la que uno podía confiar.

Una especie de rubor apareció en el cielo, todavía no había luz, pero tampoco estaba oscuro. Los hombres echados sobre sus mantas parecían grandes, como caballos o búfalos echados en tierra. El mástil de la barcaza, del que goteaba rocío, brillaba ligeramente. Boone podía escuchar el agua lamiendo las cuadernas del *Mandan*. Un poco más allá, el río producía un silencioso y continuo murmullo, como si estuviera hablando consigo mismo sobre las cosas vistas en tierras altas. De vez en cuando uno de los hombres gruñía y se movía, relajando los músculos sobre la tierra.

—Es casi época invernal —dijo Summers mientras bajaba de la barcaza—, pero tal vez podamos echarle el ojo a algo.

Partieron río arriba, alejándose del margen de árboles hacia campo abierto, y a los pies de las colinas escucharon un repentino resoplido y unas pisadas de huida detrás de un matorral.

—Alces —dijo Summers—. Poca cosa, para mi gusto, si hay algo más por aquí. Cazaremos uno, por si acaso. Hay muchos ahora.

—¿Poca cosa? A mí me han parecido que son de carne sabrosa los que hemos cazado hasta ahora.

—Casi cualquier cosa es mejor. Perro, incluso. ¿Alguna vez has hincado el diente a un perrito rollizo? —Summers hizo un sonido con los labios—. ¿O caballo? Uno termina cogiéndole el gusto. ¡Y cola de castor! Me vuelve loco la cola de castor. Y, por supuesto, el búfalo, el pellejo con grasa, costillas de la giba y huesos con tuétano, demasiado buenos para pensar en ellos.

—Esa es la mejor carne, supongo.

—Pues supones mal. La carne de puma, esa es la mejor —los pies de Summers enfundados en mocasines parecían no hacer ningún ruido—. Pero la carne siempre es carne, ya sea carne de serpiente o carne de hombre o de lo que sea.

Boone se volvió para examinar el rostro marcado y curtido del cazador, preguntándose si habría comido carne de hombre, e imaginando un brazo o una pierna rustiéndose y soltando grasa sobre el fuego.

—A los indios les gusta la carne muerta. Los verás arrastrando búfalos muertos a la orilla, búfalos que harían que un hombre saliera echando pestes de una madriguera de mofetas. Este que te habla ha comido mofeta también. Y no está tan mala si no te rocía antes de matarla. Los canadienses la valoran mucho. Para ellos es como carne de puma.

Las estrellas habían desaparecido y el cielo estaba adoptando un color blanco apagado, como un cuerno raspado. Una nube baja ardía sobre el este, donde el sol pronto asomaría. Boone podía distinguir los árboles, que ahora, separados unos de otros, se recortaban contra las oscuras colinas… eran árboles bajos y achaparrados, con troncos gruesos capaces de resistir los embates del viento. Los cazadores avanzaban lentamente, arrastrando los pies, mientras los ojos de Summers seguían escudriñando frente a él y la luz aumentaba, y Boone pudo recorrer el curso del Missouri con los ojos, que aparecía y desaparecía una y otra vez hasta perderse tras un lejano grupo de colinas. Frente a ellos, el terreno estaba plagado de redondas y viejas boñigas de búfalo bajo las que la hierba y los rastrojos crecían blancos, como en una despensa. Cuando giró una con la punta del pie, unos diminutos escarabajos negros salieron huyendo entre la hierba.

—No está nada fresca —dijo, y con los ojos examinó las colinas y las quebradas que serpenteaban a través de ellas hasta el lecho del río—. ¿Piensas que no vamos a encontrar ninguno?

Summers no respondió inmediatamente. Miró primero al este, hacia las laderas de las colinas, y luego al oeste, hacia el bosque y el río, y más allá, hacia donde se alzaba la cordillera opuesta, formando así una cuna en la que se mecía el Missouri; en ocasiones sus ojos se detenían y se fijaban en un punto, algo que podría ser caza o indios, y poco después continuaba recorriendo el paisaje con la mirada y paraba de nuevo. Boone intentaba ver lo que él veía, pero sólo era capaz de divisar el río serpenteando delante de él y las laderas de las colinas, y las quebradas que las atravesaban y, aquí y allá, un árbol achaparrado, de copa achatada, donde los pajarillos trinaban.

Ya asomaba la mitad del sol y brillaba sobre la hierba perlada de rocío. No había ni una sola nube en el cielo, ni siquiera un pedazo de nube ahora que la que se cernía al este se había evaporado por el calor del sol, y había una atmósfera de quietud y expectación en el aire, como si este estuviera extenuado y recuperase fuerzas para un vendaval.

—Es mucho más fácil cazar presas junto al río, así no hay que cargar con ellas —explicó Summers, siguiendo el valle con la mirada—. Apuntemos hacia arriba, de todas formas —dijo, tras lo cual se volvió y comenzó a subir la ladera.

Desde la cima Boone podía ver hasta el infinito, casi en cualquier dirección que mirase. Era campo abierto, agreste y abierto, sin fin. Se extendía hasta perderse de vista primero llano y luego se ondulaba, alzándose directamente hacia el cielo. Jamás hubiera pensado que el mundo era tan ancho. Hacía que el corazón se le subiera a la garganta. Le hacía sentir pequeño y, a un mismo tiempo, grande, como un rey mirando a lo lejos. Se le ocurrió a Boone que los pájaros debían de sentirse de esa manera, despreocupados y libres, teniendo todo el mundo a su alcance. No se movía nada de horizonte a horizonte. Sólo en el río pudo ver la barcaza entre los árboles, deslizándose lentamente río arriba como un pez torpe. Vio cómo se hincaba hacia delante. Luego volvió a mirar las colinas que bajaban hasta el río y se preguntó si la barcaza sería capaz de remontar tanta distancia.

Summers se había parado y adelantaba la nariz como un sabueso olisqueando el aire.

—El viento se mueve hacia el oeste, si es que se mueve, creo. De acuerdo.

Continuó caminando, andando con una facilidad despreocupada y ágil.

El sol se alzó, abrasador y brillante como el acero. A cierta distancia el aire comenzó a

resplandecer. Summers siguió caminando por la cresta de las lomas, reduciendo la marcha al avistar un barranco o una zanja.

Fue en una de estas donde vieron al búfalo, en pie y tranquilo, con la cabeza baja, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Summers tocó con la mano el brazo de Boone.

—Es un toro viejo —dijo—, pero la carne es la carne.

El búfalo levantó su enorme cabeza y se giró hacia ellos, mirándolos con la barba colgando baja.

—Nos ha visto —susurró Boone—. Va a salir corriendo.

—¡Chitón! —ordenó Summers, y colocó la mano en el cañón levantado del rifle de Boone—. No pueden ver ni tres en un burro, y el oído no es que les sirva de mucho. No pasará nada, mientras no nos huela —avanzó unos pasos, lentamente—. Puedes dispararle.

—¿Ahora?

—Espera un segundo.

El búfalo no se movió. Se quedó allí con la cabeza vuelta y agachada, como si, a pesar de su ceguera, supiera que estaban allí. La mente de Boone viajó hasta tía Minnie, que era ciega y siempre sabía cuándo alguien andaba cerca. Torcía la cabeza y su rostro se quedaba a la espera, mientras miraba a través de unos ojos que no podían mirar.

—Saca la baqueta y úsala de apoyo. De esta manera —Summers puso la baqueta del rifle a un brazo de distancia e hizo que Boone la sujetara con la mano izquierda y dejara apoyado el rifle sobre la muñeca—. Dale su merecido.

El rifle se sacudió contra el hombro de Boone, rompiendo el silencio. La bala sonó a tiro en las tripas, y provocó una pequeña nube de polvo en el búfalo, como si hubiera sido golpeado por un guijarro. Durante un segundo se quedó en pie mirándolos apagado y triste, como si nada hubiera pasado, y luego comenzó un galope torpe intentando salir del barranco. Boone lo miró, y escuchó otro crujido en un costado del animal y vio que el toro se desplomó sobre sus patas y cayó de cabeza sobre el hocico. Se quedó tumbado sobre un costado, agitando las patas y produciendo un ronquido con el hocico.

Summers estaba recargando su rifle, con una sonrisa en la boca mientras lo hacía.

—Demasiado alto —Boone se sintió desnudo ante la mirada azul brillante de los ojos de Summers, como si el cazador pudiera ver claramente todo lo que pasaba por su mente. La cara de Summers cambió—. No le des mucha importancia. Casi todo el mundo dispara alto la primera vez. Sólo un palmo y medio por encima de las costillas, ese es el lugar. Es una lección que has aprendido. Mejor que cargues de nuevo, antes de nada.

Más rápido de lo que Boone creía que era posible, Summers cargó su arma. Echó hacia delante el cuerno de pólvora y el saquito de municiones, destapó el cuerno con los dientes, puso la boca del cuerno en su mano izquierda y con su mano derecha volcó el cuerno. Estaba embutiendo la carga en su rifle antes de que Boone hubiera logrado medir su carga de pólvora.

Los ojos del búfalo se iban apagando. Ahora parecían suaves, profundos y suaves mientras la luz se escapaba de ellos. Sus patas todavía se agitaban un poco. Summers le clavó su cuchillo en el pescuezo.

—Lo llevaremos rodando, y este que te habla te enseñará cómo conseguir un buen rancho.

Colocó las cuatro patas a los lados, de manera que parecía que el búfalo hubiera sido aplastado desde arriba. El cuchillo del cazador brilló reflejando la luz del sol. Summers realizó un corte transversal en el cuello, agarró el mocho de pelo entre los cuernos con la otra mano y separó la piel de la cerviz. La abrió totalmente hasta la cola y la peló por los lados, extendiéndola.

—No podemos llevarnos mucho —dijo, mientras seguía cortando con su pequeña hacha—. La lengua, el hígado y la grasa del pellejo y ese tipo de cosas. O tal vez sea mejor que uno de nosotros vaya a buscar ayuda al barco. Ojalá tuviéramos un mulo de carga.

—Hay un lobo.

Summers miró a su alrededor y vio el rostro sonriente que los observaba desde detrás de una pequeña loma.

—Lobo de búfalos. Lobo blanco —hablaba a saltos mientras trabajaba con su cuchillo—. He visto a quince o veinte de esos rodeándome en círculo en alguna ocasión.

—¿Nunca les disparas?

—Tengo que estar medio desesperado por conseguir carne. No hay suficiente pólvora ni balas en el Missouri para dispararles a todos.

Boone recogió una piedra y se la lanzó al lobo. La cabeza desapareció detrás de un promontorio y volvió a asomar a uno o dos saltos más allá.

Summers no dejaba de levantar la mirada de su tarea, volviéndose en una y otra dirección, y luego de nuevo hacia el toro.

—¿Ves esos coyotes? —Boone los observó acercándose con sigilo, moviendo las patas como si corrieran sobre un camino serpenteante, con los ojos amarillos y hambrientos. Se acercaron al lobo y se sentaron. Sacaron las lenguas de las que goteaba saliva sobre la hierba—. ¡Mira! —Summers les lanzó un puñado de vísceras hacia ellos; el más grande se abalanzó hacia las vísceras, las atrapó y salió corriendo, pero no se había alejado mucho cuando el lobo saltó sobre él y se las arrebató. El coyote regresó a su puesto y volvió a sentarse—. Siempre ocurre lo mismo —dijo Summers; había sacado ya el hígado y la vesícula. Cortó un trozo de hígado, lo mojó en la vesícula biliar y se lo metió en la boca, masticando y tragando el trozo mientras seguía cortando —. Para ser toro viejo no está tan mal. ¿Quieres un poco?

Boone cogió un trozo. Mientras se esforzaba por masticarlo, vio la nube de polvo. Llegaba desde detrás de un tramo llano de tierra a tal vez dos millas de distancia al norte, y más que una nube era un vapor, una voluta que Boone pensaba que desaparecería como una mota en el ojo. Se preguntó si debía mencionárselo a Summers. La voluta asomó por la cima de la loma. Algo se movía debajo.

—Supongo que has visto eso —dijo finalmente.

Summers miró un largo rato, mientras sostenía el cuchillo en la mano.

—¡Que me aspen! ¡En silencio, ahora! Son pieles rojas, estoy totalmente seguro, pero quizás sólo sean *puncas* —y, tras lo que a Boone le pareció un largo rato, Summers añadió—: Retrocedamos bajo cubierto. Tal vez podamos ocultarnos. Esos caballos de ahí no me gustan.

Se quitó la camisa, la extendió en el suelo y puso dentro las partes de la carcasa que había cortado para llevarse y luego hizo un hatillo con su camisa. Boone entrecerró los ojos para protegerse del brillo. Lo que avanzaba bajo la nube de polvo eran caballos, y jinetes sobre ellos.

—Tal vez podamos regresar con esto de aquí —dijo Summers—. Está claro que nos han visto —levantó la carga—. En todo caso, no es buena idea dejar que los indios te vean huir. Incluso las squaws se envalentonan entonces y se hinchan de furia. Tranquilo, ahora —habló en voz baja con voz segura.

Boone examinó el río, buscando el *Mandan*.

—No han tenido apenas tiempo para remontar hasta aquí —dijo Summers—, sin brisa que les ayude.

Bajaron por la cima, desapareciendo por detrás de la loma y de la vista de los indios.

—¡Corre! ¡Corre un trecho!

Salieron corriendo hacia el ralo bosquecillo a unas doscientas yardas o más, y Summers sujetaba la carga separándola de la pierna para no tropezarse.

—Yo lo cojo —jadeó Boone, pero Summers se limitó a sacudir la cabeza.

—Vale.

Summers dejó de correr y siguió avanzando con paso lento. Los indios llegaron a la cresta de la loma y se detuvieron, recortándose contra el cielo.

—Les haremos la señal de la paz.

Summers dejó la carga en el suelo y disparó el rifle hacia el cielo. Después sacó la pipa y la sostuvo en alto para que la vieran los indios.

Los indios lo miraron y hablaron entre ellos, hasta que uno gritó y todos se unieron a él con una especie de aullido tembloroso y agudo. Espolearon los caballos por la ladera y los cascos repiquetearon sobre un terraplén de piedras.

—Dame tu Hawken y carga este. —Estaban todavía a un trecho del borde del bosque junto al río. Summers desenganchó la baqueta mientras miraba—. Son *sioux*, por satanás, o este que habla no sabe nada sobre indios. No pueden rodearnos aquí, de todas formas. Prepárate, viejo amigo, pero no dispares hasta que te dé la señal —y plantó la baqueta frente a él y apoyó el rifle sobre esta—. Eso es, amigo, y apunta siempre a la barriga, no a la cabeza.

A unas ciento cincuenta yardas los indios pararon. Boone los contó. Doce hombres. Iban con los pechos desnudos, a menos que se contasen las plumas que llevaban en la cabeza. Su piel parecía suave y tersa, como buen cuero usado. Con ella podría hacerse un cuero de afilar mejor que el que había dejado en Louisville. Tres o cuatro llevaban armas en las manos, y los otros arcos. Sus caballos caracoleaban mientras esperaban.

—No es una partida de guerra, de todas formas —dijo Summers, como si estuviera contando una historia de noche junto a la hoguera.

—¿Cómo se puede saber?

—No llevan pinturas. Ni escudos. Creo que están cazando.

Summers se puso en pie. Su voz sonó alta, ronca, tranquila y fuerte, en un idioma que Boone no entendía, y hacía movimientos con las manos frente a él.

Los indios escuchaban, sentados en sus caballos como si hubieran brotado de sus grupas. En ocasiones, cuando los caballos se movían, Boone podía ver el cabello de los indios, que colgaba hasta sus cinturas recogido en trenzas. Sin embargo, el que más destacaba, el que parecía ser el líder, lo llevaba corto.

La voz de Summers se detuvo y, a continuación, dijo a Boone:

—Uno nunca sabe qué puede pasar con los *sioux*.

Los indios estaban sentados en sus inquietas monturas. Movían las cabezas y las manos cuando hablaban unos con otros. El indio del pelo corto se adelantó separándose del resto. La cola de algún animal colgaba de sus mocasines. Su voz era más fuerte que la de Summers y provenía en su mayor parte del pecho.

—Pregunta si somos squaws para salir corriendo —tradujo Summers—. Y qué tenemos para obsequiarles. Su lengua es corta pero su brazo es largo, y siente sangre en sus ojos.

El indio calló a la espera de la respuesta de Summers.

—Creo que acaban de toparse con algún enemigo y han salido mal parados de la refriega. Eso seguro que les ha puesto de un humor de mil demonios. Le diré que nuestras lenguas tampoco son tan largas, pero que nuestros rifles alcanzan mucho más lejos que esos ridículos detonadores —y volvió a subir la voz.

De repente, mientras el resto observaba, el indio con el pelo corto dejó escapar un grito y espoleó a su caballo hasta ponerlo al galope directamente hacia ellos. Cabalgaba agachado sobre el caballo, sólo asomaba el borde superior de la cabeza y las piernas a los lados.

Summers se apoyó en una rodilla de nuevo y apuntó con el rifle, y nada parecía moverse en él a excepción del extremo de su cañón, que seguía la trayectoria del jinete. Boone también se había agachado, con el rifle hacia arriba, y miraba las pezuñas extendidas del caballo y los belfos resoplando. Estaría encima de ellos en un segundo. El caballo se ralentizó levemente y la cabeza rapada se movió, y el agujero negro del cañón apuntó al cuello del caballo. El rifle de Summers estalló, y en lo que dura un pestañeo el caballo corría libre, huyendo en círculo y regresando con el resto. El indio se quedó tirado boca abajo. No se movía.

—Ahí va uno para los lobos —dijo Summers. Alargó el brazo y pasó a Boone el rifle vacío y tomó el cargado y disparó—. ¡Carga rápido!

Los indios se habían quedado a la espera, observando al que había salido al galope y vitoreándolo a gritos. Todos se quedaron en silencio cuando su líder cayó y a continuación comenzaron a gritar de nuevo subiendo y bajando el tono de las voces. Pusieron sus monturas al galope dirigiéndose primero a un lado y luego al otro; no cabalgaron directamente hacia Boone y Summers, sino que se aproximaron poco a poco y en fila, mientras iban pasando de delante a atrás. A veces uno, más atrevido que el resto, cargaba saliéndose de la fila y se acercaba a ellos blandiendo su fusil o su arco al tiempo que gritaba, y luego se incorporaba a la fila otra vez.

—Mantén la mira en uno —dijo Summers—, el que va en el poni moteado. No dispares hasta que te lo diga. Entonces le disparas en el mismísimo centro.

El cazador había sacado sus pistolas de las fundas y las tenía frente a él, preparadas en sus manos.

Los indios se agacharon en sus caballos y se deslizaron por un costado al doblar.

—¡Tss! —dijo Summers—. No es que cabalguen muy bien. Ni comparación con los comanches o incluso los *crow*.

—¿Por qué no cargan todos juntos?

Los ojos de Summers recorrieron el cañón de su rifle.

—No tienen estómago para ese tipo de cosas, sólo muy de vez en cuando alguno ataca solo, como el desgraciado ese de ahí.

Un rifle detonó y delante de ellos la tierra explotó con una nube de polvo.

—Tranquilo. Vamos allá otra vez.

Por el rabillo del ojo Boone vio volutas de humo saliendo del rifle. Un caballo a la carrera tropezó y cayó. Los indios gritaron con más fuerza y más furia. El caballo caído estaba tumbado sobre su jinete. Boone vio al jinete, sólo la cabeza y las manos crispadas que sobresalían por debajo del caballo, intentando liberar su pierna. Summers le pasó el rifle descargado. Dos indios salieron al galope hacia el que había caído, se inclinaron por los costados de sus caballos y, agachándose junto al caballo derribado, levantaron y movieron al caballo por la cruz. El jinete derribado intentó levantarse y huyó agachado y arrastrando una pierna.

Los otros, que habían retrocedido por el cañonazo, comenzaron a acercarse de nuevo, cabalgando de delante a atrás. Uno de ellos se agachó y apoyó el rifle sobre el cuello del caballo. La bala silbó pasando junto a Boone. Ya tenía el rifle preparado y el indio en el poni moteado estaba en su punto de mira.

—¿Puedo disparar a uno?

No esperó la respuesta. La mira pareció centrarse por sí sola y fijarse justo encima del cuello del poni. Sus dedos apretaron el gatillo como si tuvieran voluntad propia. El rifle saltó.

—¡Que me aspen!

El poni moteado escapó. Tras él un hombre se retorció sobre la tierra, se retorció, se levantó y retrocedió doblado por la mitad.

—Más fino que el hielo, Caudill.

Los indios se apiñaron, hablando y gesticulando.

—Creo que ya han tenido suficiente —dijo Summers separando la mejilla del rifle, y luego añadió—: Por ahora.

—Ahí está el barco.

La trompeta sonó, cortando el aire calmado, retumbando río arriba y hacia las lomas y regresando al río. Boone vio el *Mandan*. Los remos despedían pequeños rayos de luz cuando los hombres bogaban hacia atrás. Alguien estaba atareado con el cañón giratorio. Parecía Jourdonnais. Sí, era él, preparando el cañón giratorio, que brillaba como una barra de luz en la popa. Los indios lo observaron, sujetando con fuerza las riendas y retrocediendo lejos del río. El cañón eructó humo, y el sonido de este les llegó, una explosión redoblante como un trueno. Jourdonnais volvió a trastear con el cañón.

—El primer cañonazo es sólo para asustarlos. El segundo ya irá más al grano.

Pero los *sioux* se retiraron, se dieron la vuelta y se marcharon gritando y agitando los brazos en alto. Boone los contempló el suficiente tiempo para ver que recogían a los dos guerreros heridos.

Summers se guardó las pistolas en las fundas y enganchó de nuevo la baqueta en su rifle. Él y Boone se acercaron al indio que yacía sobre la hierba. Summers se agachó. Hundió el cuchillo en el cuero cabelludo y cortó un círculo de donde comenzaron a brotar gotas de sangre. Sujetó la mata de pelo corto del indio y tiró del círculo de carne suelta, dejando el trozo de cráneo al aire y

en carne viva.

—Coge su rifle. Este indio ha sufrido alguna tragedia últimamente. Algún familiar debe de haber muerto… un hermano, tal vez. Por eso cortó sus colas. Parece reciente, ¿no crees? Probablemente acabe de ocurrir. Por eso estaban tan empeñados en conseguir nuestras cabelleras, para no tener que regresar al hogar apaleados y sin nada de lo que alardear.

Se echó hacia atrás y recogió su paquete de carne y la cabellera en una mano.

El *Mandan* atracó, tan cerca de la orilla que pudieron saltar a bordo. El rostro rudo y oscuro de Jourdonnais miró interrogante a Summers. Los criollos le miraron también, con ojos enormes y vigilantes como los de ranas listas para saltar si alguien daba otro paso.

—Nos hemos cargado a uno y hemos dejado tocados a dos —el cañón de su rifle giró hacia Boone—. También hay un caballo con un disparo en todo el centro —y con un hilo de voz que Boone apenas llegó a escuchar continuó—: Creo que no será la última vez que los veamos.

CAPÍTULO XV

Summers estaba en lo cierto, pero durante un día y parte de otro, mientras navegaban por el Rivière à Jacques y se dirigían a L'Eau Qui Court, Jourdonnais se convenció de que no lo estaba. No había detectado ni una sola señal de indios, ni siquiera Summers, que vigilaba las orillas hora tras hora, escudriñando con sus expertos ojos grises. El semblante de Summers parecía sobrio pero no preocupado. Jourdonnais se preguntó si el cazador alguna vez había estado preocupado, aquel enorme y corpulento hombre que era como un sabio y viejo sabueso. Mientras lo observaba desde el timón, Jourdonnais se preguntaba qué era lo que había muerto en él. Summers no se preocupaba por el dinero ni por tener una bonita casa o cosas bonitas para una esposa, si es que tenía una. Vivía como un animal salvaje, para comer, retozar y mantener su cabellera intacta, sin pensar de un día para otro, ni esperando nada del futuro. Si Jourdonnais no lo hubiera encontrado recién llegado de una buena cacería en el territorio de los *arapahoes*, Summers no habría tenido dinero para participar en la expedición, por la rapidez con la que se lo gastaba. Por fin, Jourdonnais, desesperado por reunir dinero, tuvo que suplicar prometiendo grandes beneficios en Trois Fourches. Al mirar a Summers y ver su rostro alerta y carente de arrepentimiento o ambición, Jourdonnais pensó que Summers se le había unido por la diversión más que por los beneficios. Estaba contento de que Summers fuera una persona tan fácil de tratar, sin la oscura veta de violencia que con tanta frecuencia afloraba en los *mountain men*.

Además estaba agradecido por el favor que les prestaba el viento, a pesar de que soplara de mala gana y poco fiable. Haría falta un arma, o casi, para obligar ahora a los criollos a bajar a la orilla. No les ordenaría que tirasen de la soga a menos que se viera obligado a hacerlo. Cien indios podían esconderse tras un pequeño matorral y matar hasta el último hombre de la tripulación mientras tiraban río arriba. Era bueno que el caudal del río estuviera bajo. Se estaba acercando junio y el Missouri volvería a desbordarse de nuevo cuando la nieve de las montañas se derritiera.

Jourdonnais mantenía el *Mandan* cerca de la orilla izquierda todo lo que podía, lejos del margen en el que Summers y Caudill se habían enfrentado a los indios. En ocasiones sacaba a la tripulación a tirar de la soga en los largos bancos de arena que dividían el caudal, y ellos resistían en el agua y se veían como lomos de gorrinos refrescándose en el lodo. Los hombres remaban con un rifle a su lado, y cuando veían a Summers observando las orillas, ellos obserbaban también, poniendo sólo la mitad de su atención en los remos y la otra mitad en la orilla, como si cada arbusto escondiera a un indio. En ocasiones Jourdonnais se sentía avergonzado de su gente, que no tenía ni valentía ni orgullo como los norteamericanos.

—Los *sioux* salieron huyendo, ¿eh, Summers?

Summers se acercó, se apoyó contra el contenedor de carga y sacudió levemente la cabeza.

—Probablemente aparezcan de repente en una orilla en cualquier momento y lluevan flechas sobre nosotros. Ahora es cuando nos vendrían bien dos barcas, una en cada margen, y cada una de ellas atenta a la otra. Podemos ver la otra orilla mucho mejor que esta. Creo que nos siguen, tal vez estén buscando un lugar por donde cruzar el río.

El cazador miró hacia abajo desde sus seis pies de altura y dijo algo en indio a la pequeña Ojos de Cerceta, que estaba de pie en su cubículo con una mano sobre la caja y dejando que la brisa

soplara sobre ella. Ella respondió y dejó escapar una mirada fugaz a la orilla.

—¿Estás seguro de que eran *sioux*? —preguntó Jourdonnais—. No han causado problemas desde hace mucho tiempo.

—A estas alturas, este que te habla debería saber ya reconocer perfectamente a un *sioux* —la voz de Summers sonó levemente irritada.

Jourdonnais mostró su acuerdo, sonriendo para aplacar la irritación del otro.

—¿Has dormido con ellos lo suficiente para saberlo? ¿Tal vez hay *beaucoup* bebés *sioux* de Summers?

El cazador no le respondió de inmediato, y cuando habló fue para explicarse.

—*Sioux* o lo que sean, dos hombres blancos solos ponen nerviosos a los indios.

—¿Y bien?

—Para colmo tenían sangre en los ojos, o eso creo —señaló a la cabellera que había colgado de una correa, con la parte descarnada hacia arriba, para que se secara. Una enorme mosca azul verdosa, brillante e hinchada, ya trabajaba en ella—. Pelo corto. Significa que este indio estaba de duelo.

—Sí.

—Los indios nunca son tan violentos como cuando han sido atacados. Se obcecan en vengarse, y les da igual con quién hacerlo.

Atracaron en un banco de arena para pasar la noche. El río discurría por ambos lados, convirtiéndolo en una isla… una pequeña isla llana sobre la que los sauces habían comenzado a brotar. Probablemente sería barrido por la próxima crecida de aguas. El viento soplaba entre los sauces, levantaba la arena y la dejaba caer sobre los hombres, de manera que había arena en los ojos, y en la piel y en las camas. Pambrun había montado el fogón encima del contenedor, en una caja llena de arena. Allí en medio del río los criollos se sentían seguros. Algunos de ellos se quitaron la ropa y jugaron en el agua. Jourdonnais pensó que eso era algo típico de su gente; eran alegres. Se permitió fumar uno de los puros españoles que reservaba para las ocasiones especiales, aunque no podía evitar sentirse mal al fumárselo. Uno podía seguir siendo toda la vida un pobretón simplemente dejando que pequeñas cantidades de dinero te desaparecieran del bolsillo.

—Maldita sea —dijo a Romaine mientras se limpiaba un ojo—, el viento hace que se vayan los mosquitos pero que aparezca la arena. O una maldita cosa o la otra.

Cuando la noche comenzó a caer, Pambrun colocó los sedales de pesca, con cebos hechos de tripas de ave.

Guardaron los turnos aquella noche y los continuaron hasta que el sol volvió a salir, mientras sus estómagos digerían el bagre y el hígado asado y el solomillo medio crudo y duro pero lleno de fuerza. Enormes alondras de pecho amarillo trinaban cuando el sol apareció, y Summers cazó con su arma especial para aves media docena de gallos de la pradera que los observaban desde una isla, con las cabezas erguidas y en constante movimiento hasta que eran abatidas por los perdigones.

No había ni una brizna de aire a primera hora de la mañana y el río parecía haber recobrado fuerzas renovadas, como si se acabara de despertar y hubiera descubierto la larga distancia que ya habían recorrido los intrusos por sus aguas. La ausencia de brisa, la fuerza renovada de la

corriente, los indios que tal vez estuvieran apostados en la orilla, todo le parecía a Jourdonnais, estremecido al timón, la prueba de una conspiración en su contra. *Enfant de garce*, ¿no se tranquilizaba siempre el río una vez se rebasaba el Jacques? Pensaba en la distancia como en el enemigo, como una criatura lenta y reptante que se interponía entre él y una casa nueva y dinero en los bolsillos, y que los ciudadanos principales de San Luis se dirigieran a él como «Monsieur Jourdonnais». La orilla izquierda estaba bastante despejada, lo que le hizo pensar que sería buena idea usar la soga. Hizo una señal a Summers para que se acercara.

—¿Soga de arrastre? —preguntó pidiendo consejo. Señaló hacia la orilla desnuda.

El mentón de Summers se cerró y tan sólo se movieron los finos labios de sus pensamientos.

—Saca la soga, pues —dijo finalmente—. Este que te habla explorará el terreno. En cuanto me veas hacer una señal, envías a la tripulación a bordo —levantó el rifle, que ahora parecía estar constantemente en su mano y recargó el detonador—. Será mejor que además envíes un cazador con ellos.

Antes de partir hacia la orilla la examinó unos segundos.

—De acuerdo —Jourdonnais vio que habían espantado a una garza que huyó batiendo las alas con las patas extendidas, usándolas de timón.

Al francés le pareció que transcurrió un largo rato hasta que vio de nuevo a Summers, de pie a una milla sobre una pequeña lengua de tierra, haciéndoles señales.

—La soga. Tiramos —ordenó Jourdonnais, lo suficientemente alto para que los hombres que estaban a los remos en la proa le oyeran; los ojos de los hombres se dirigieron a la orilla y luego hacia él, y a continuación se levantaron lentamente, como si tuvieran piedras en los pantalones—. *Non!* Los rifles no. *Mon Dieu*, ¿pensáis tirar de la soga con el rifle en la mano? —los hombres se quedaron parados cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, murmurando para sus adentros —. Summers está vigilando más adelante. Caudill os acompañará para dirigiros. Venga, tomad todos un trago. No pasa nada.

En el bosque reinaba la quietud, pero no demasiada. Algunas cosas se movían en él y hacían ruidos, una ráfaga marrón huyendo tras un matorral de bayas de búfalo, un coyote trotando al borde de un prado que se extendía desde el bosque hasta las colinas, un grupo de urracas graznando en un álamo enmarañado. Los ojos de Summers captaron el movimiento del sinsonte. No era más que una sombra atravesando las sombras, pero lo vio e identificó el ave y escaló con la mirada los arbustos hasta que encontró el nido. Las urracas formaban parte de una nidada. Las jóvenes producían un vocerío inseguro, como los chicos jóvenes cuando les cambia la voz.

Summers continuó avanzando, dejando una parte de su mente vagar y la otra parte atenta a los mensajes del bosque. Uno debía aprender a dividir su mente de esa manera, pensar y recordar en alguna parte profunda de ella y, sin embargo, seguir notando y sintiendo lo que ocurría a su alrededor, y estar preparado para actuar sin pensar. Esa parte más profunda de su mente vio a Caudill apuntando al indio, su rostro inmóvil y, tal vez, levemente pálido, pero no asustado. Caudill, un joven extraño y silencioso, llegaría a ser un buen *mountain man*. Tal vez Deakins también, aunque no parecía tan hecho a ese tipo de vida. El comercio se adaptaba mejor a él; se

llevaba bien con la gente. Era algo que los comerciantes hacían para ganar dinero… como Jourdonnais, siempre preocupado por su dinero. Jesús, incluso cuando uno poseía un montón de pellejos de castor, ¿qué tenía en realidad?

Se acercó a la orilla del río e hizo un gesto que significaba «Todo bien», y esperó el gesto de respuesta de Jourdonnais, y luego dejó que los bosques volvieran a engullirle y que aquella parte profunda de su mente continuara con sus cavilaciones. Él sabía que no era un verdadero hombre de montaña, no como lo eran otros hombres. Le gustaba ir a San Luis de vez en cuando y dormir en una mullida y segura cama, con una mujer blanca a su lado que oliera a perfume en lugar de a grasa y a humo de sauce de diamante. No le molestaban demasiado las labores de granjero. También implicaba una vida al aire libre. Y no había perdido su gusto por el pan, la sal, los pasteles y ese tipo de cosas. Sabían mucho mejor que la carne de squaw, desde luego, y es que se sabía que algunos hombres las descuartizaban y se las comían, probablemente después de acostarse con ellas primero.

Sobre su cabeza, en el borde de un arbusto, un zarapito graznaba. Su agudo chillido de dos tonos parecía quedar suspendido en el aire. Lo vio fugazmente, con las alas extendidas y agitando sólo la punta de estas mientras planeaba. Esperó a que aterrizara y al amortiguado y leve gorjeo que le indicaría que ya estaba en tierra y acomodado. La sombra del ave planeó por las hojas sobre su cabeza. No había aterrizado. No iba a aterrizar. El graznido de dos tonos seguía sonando, como si algo se hubiera posado en el nido.

Summers esperó y miró y un poco después volvió a mover la cabeza, avanzando tan sigilosamente como podía. A excepción del zarapito y las urracas que ya habían quedado una milla atrás, el bosque no contenía ninguna voz, ni ningún movimiento. Llegó a un pequeño claro y se quedó al borde de este, totalmente inmóvil, a excepción de sus ojos. A través de una pared de arbustos podía ver un trozo del río bajo la sombra de los árboles que se cernían sobre él. El agua estaba tan calmada como la superficie de un estanque, atrapada en un pequeño remanso en la orilla. Mientras observaba, un ánade real entró por el camino, nadando sin interrupción río abajo y vigilando a la hilera de patitos que la seguían. No hacían ningún ruido.

«Hay indios por aquí, tan cierto como que hay Dios», pensó Summers, pero siguió sin moverse. Uno no podía salir corriendo y chillando «indios» sin saber dónde estaban y quiénes y cuántos eran. Tras un rato se deslizó hacia delante de nuevo, y se paró, y retomó de nuevo la marcha. La rama de un sauce produjo un crujido al golpear sus mocasines de ante. Se detuvo y la apartó de él y volvió a esperar. El zarapito todavía volaba en círculos, graznando sobre su nido.

Las barcas estaban cuidadosamente camufladas entre la maleza, para que no pudieran ser vistas desde el río. Había siete barcas a la vista, las típicas barcas redondas hechas con piel de búfalo del alto Missouri, cada una de ellas hecha con la piel de un solo animal tensada sobre un armazón de sauce. Parecían viejas y estaban todavía mojadas, pero no goteaban, como si las hubieran usado la noche anterior y no les hubiera dado tiempo a secarse a la sombra. Summers las observó a través de un bosquecillo de sauces bajos. Detectó un rastro de huellas de mocasín que apuntaba río arriba.

Tras lo que le pareció una eternidad, se agachó y avanzó furtivamente hacia el margen del río. Sacó la cabeza de la maleza lentamente, como una ardilla echando un vistazo desde detrás de una

rama, sabiendo que era el movimiento y no la forma lo que atraía las miradas. Corriente arriba, a menos de un tiro de flecha, el río se curvaba lentamente. Los sauces crecían exuberantes allí, probablemente donde un árbol se había quedado atrapado y cubierto de arena, formando una orilla. Los hombres que tiraban de la barcaza tenían el camino despejado hasta allí.

Summers no podía ver nada entre los sauces, ni siquiera una rama rota o hierba pisada por donde hubiera podido pasar alguien, pero sabía que los *sioux* estaban allí.

Echó la cabeza hacia atrás, todavía con cautela, se giró y entonces vio a un indio oculto tras la maleza a tan sólo un brazo de distancia de él. Dos líneas negras atravesaban las mejillas del indio. Estas se tensaron hacia abajo cuando el indio captó el movimiento. Sólo transcurrió un segundo de quietud —una visión fugaz, en la que nada se movió o sonó— y, a continuación, el indio levantó el hacha de guerra. Summers saltó a un lado, escuchando el silbido vacío del arma antes de clavarse en la tierra. No había espacio ni tiempo para usar el rifle. Summers lo dejó caer y se abalanzó hacia delante, directamente a través de los sauces y hacia el indio, intentando esquivar el segundo golpe del hacha. El *sioux* gruñó y se tropezó con una raíz, cortando el aire con el hacha al caer. Summers sintió que la punta de esta se clavaba en su hombro izquierdo. Sujetó la mano del indio. Con la mano derecha buscó su cuchillo. El indio se lanzó de repente, golpeándose él mismo en la entrepierna. A continuación los dos rodaron por el suelo, y Summers quedó debajo, abrazando al indio para evitar otro hachazo. Sabía que debía dar la voz de alarma para advertir a la tripulación que se acercaba tirando de la soga. Sintió las piernas del indio a ambos lados de su pierna y dobló la rodilla elevándola al mismo tiempo. La fuerza del golpe lanzó al indio hacia delante. Este dejó escapar un gruñido que se transformó en un tenue gemido. Summers logró sacar el cuchillo entonces, lo giró y lo descargó, sintiendo cómo impactaba, se deslizaba y continuaba avanzando. El indio se apartó dejándose caer, se quedó en el suelo con el cuerpo tenso y logró sentarse sobre su trasero, incapaz de hacer nada más. Summers se había puesto de pie. Tenía la mano derecha atrás, con el cuchillo.

Los dedos del *sioux* estaban relajados alrededor del mango de su *tomahawk*. Summers pensó que sus ojos eran como los de un perro, como los de un maldito y lastimero perro. Tenía que acabar con él. Los ojos del indio recorrieron el brazo levantado de Summers hasta el cuchillo, esperando a que cayera sobre él. La parte profunda de la mente de Summers le dijo de nuevo que no era un verdadero hombre de montaña. Ojos como los de un maldito perro. El cuchillo entró limpiamente en esta ocasión.

Summers se volvió bruscamente y se lanzó a través de la maleza hasta la orilla. Podía sentir cómo se le pegaba la camisa a la espalda. Los barqueros en fila que tiraban de la soga ya andaban cerca, con la mandíbula colgando, cuando el cazador irrumpió casi encima de ellos. Hizo aspavientos para que lo vieran.

—¡Atrás! —dijo—. ¡Rápido, pero con cuidado!

Oyó a los indios que comenzaban a gritar a sus espaldas desde el frondoso bosquecillo de sauces. Sus flechas producían un silbido vibrante en el aire, y comenzaron a disparar sus fusiles. «Los indios siempre usan demasiada pólvora», pensó Summers mientras gritaba a los criollos intentando poner orden en su huida. Estos se habían girado como ovejas y habían comenzado a correr y a caer y a volver a correr y caer de nuevo, mientras los más rápidos dejaban atrás a los

otros. El cazador gritaba, más a sí mismo que a ellos.

—¡Con cuidado! Franceses hijos de puta.

Del brazo de Labadie sobresalía una flecha, pero siguió corriendo. Sólo le hizo gritar. ¡Jesús, cualquiera diría que la llevaba clavada en el corazón!

Los indios gritaron con más fuerza, pero ya no lo hacían desde el bosquecillo de sauces, ni estaban parados. Summers los pudo oír saliendo de la maleza, y los gritos se acallaron para dar paso al rumor de sus pisadas. Los criollos eran una maraña frenética descendiendo por el margen del río. Más cerca estaba Caudill, parado, con los ojos negros clavados en el cañón del rifle, y tras él estaba Deakins, sin arma, pero a la espera.

—¡Salid pitando! —gritó Summers, y él mismo siguió corriendo.

El *Mandan* flotaba como un pato muerto al borde de la corriente, con la vela bajada e inútil como un ala rota. Con la soga suelta, iba a la deriva con la corriente y hacia el interior del río, alejándose de ellos. Mientras Summers miraba, vio a Romaine saltar al agua, correr por la orilla, agarrar una rama de árbol y luego nadar de regreso al *Mandan* como si el demonio le estuviera pisando los talones.

—¡Venga! —gritó Summers—. ¡Corred, malditos idiotas!

El rifle de Caudill detonó casi en su cara, y luego Caudill y Deakins salieron corriendo por ambos lados del cazador, corriendo y mirando hacia atrás. Una flecha siseó sobre sus cabezas y se clavó en un árbol frente a ellos. Un rifle volvió a sonar, como si hubiera sido disparado justo detrás de sus cabezas.

—¡Maldita sea, corred, chicos! —gritó Summers, mientras sentía que le fallaban las piernas. La cabeza le bailoteaba, como si no estuviera correctamente sujeta a su cuello. De repente, se dio cuenta de que estaba viejo. Era como si toda una vida hubiera estado corriendo entre los perros durmientes de los años y ahora, finalmente, se hubieran despertado y le hubieran dado caza. Sabía que no iba a lograrlo—. ¡Continuad, vosotros dos! —jadeó. A sus espaldas pudo ver a los indios, que ya corrían por campo abierto gritando hasta desgañitarse; sin duda iban a capturarlo.

Y entonces, el cañón habló. El humo negro salió violentamente, acompañado al principio de fuego, y flotó formando una nube negra que se deshilachó por los bordes cuando el aire sopló sobre ella. El cañonazo acalló los gritos de los indios y sus pisadas. Cuando Summers volvió a mirar ya no vio a ningún *sioux*, a excepción de los dos que yacían allí para alimentar a los lobos. Un poco después, por encima del lento sonido de sus propios mocasines, los escuchó de nuevo, pero más tenuemente en esta ocasión, y perdidos entre la maleza. Llamó a Jourdonnais.

—Subamos río arriba y cojamos sus cabelleras. Nos vendrán muy bien con los *arikaree* y los pies negros.

CAPÍTULO XVI

Boone estaba echado boca arriba y miraba al cielo nocturno plagado de estrellas. Se veían nítidas y brillantes como llamas recién encendidas, como fuegos de campamentos que un viajero podía atisbar desde una orilla lejana. La luz de las estrellas era casi tan buena como la luz de la luna allí en la parte alta del río, donde los días azules se transformaban en noches increíblemente profundas. De día, Boone podía subir a una colina y ver hasta el infinito, hasta que el cielo arriba, azul como la pintura, y la tierra parda ondulante debajo, y él mismo entre ambos, le hacían sentir una potente sensación de libertad en el pecho, como si ambos planos fueran el techo y el suelo de un hogar que era el suyo propio.

Boone llevaba la camisa abrochada hasta arriba y un pañuelo que le cubría media cara para evitar que le picaran los mosquitos. Producían un zumbido constante alrededor de su cabeza, a pesar de que él y Jim habían encendido unas brasas humeantes y se habían acostado cerca de ellas. Podía escuchar a Jim dándose palmadas en la cara y rascándose después.

—Son peores que las niguas —dijo Jim—, estos malditos mosquitos. Escúchalos. Están entonando su grito de guerra —Boone se dispuso a escuchar, la noche parecía invadida por el tenue zumbido de sus alas, pero entonces Jim preguntó—: ¿Para qué sirve un mosquito, de todas formas?

—Se calmarán un poco si refresca.

—No sirven para nada, sólo para recordarle a uno que no se crea tan importante.

—No sé —dijo Boone, sabiendo que Jim estaba dándole vueltas a la pregunta en su mente como siempre hacía con todo. Cuando se trataba de una idea, Jim era como Boone con una roca o una boñiga seca de búfalo, le daba la vuelta para ver lo que había debajo. Boone pensaba que lo mejor era tomarse las cosas tal como venían y no preocuparse con preguntas para las que no había respuestas. Al menos, bajo una roca o una boñiga de búfalo uno podía encontrar bichos, y en ocasiones alguna que otra serpiente.

—Tal vez estos diminutos y pesados cabrones se estén preguntando para qué diantres Dios les puso manos a los hombres —dijo Jim tras una pausa—. Tal vez crean que todo sería maravilloso si no fuera porque su comida puede aplastarlos de un manotazo. Tal vez —continuó tras otra pausa —, tal vez tengan los mismos motivos para estar aquí que nosotros. ¿No crees?

—Yo no diría tanto.

—Están aquí, ¿no es así? —la mano de Jim impacto contra su mejilla—. Y nosotros estamos aquí, listos para que ellos puedan alimentarse. Me apuesto lo que sea a que piensan que nosotros hemos sido creados especialmente para ellos. Seguro que están diciendo «gracias, Dios, por todas las cosas, pero ¿por qué tuviste que poner manos en el hombre, o cola en la vaca?».

Allí tumbado, Boone miraba hacia el río por encima de la sombra de sus mejillas y observaba el mástil del *Mandan*, que se erguía nítido y negro.

—O tal vez estén diciendo, como diría mi viejo, que saben que es su castigo por ser tan pecaminosos y descuidados. Y le ruegan a Dios que les perdone sus malas acciones, y que la voluntad de Dios se cumpla, amén.

El barco debía formar parte de uno mismo, como sus calzones o sus zapatos. Aunque Boone ya

no tenía zapatos, sino mocasines que compró a unas squaws. Todos vestían ahora como indios, o medio indios, con el pelo largo y mocasines y camisas de cazador, y algunos de ellos hasta pantalones de piel. Incluso el cabello de Boone y de Jim, afeitado cuando navegaban por el Platte, estaba comenzando a caerles por encima de las orejas. Boone casi podía hacerse una coleta con los mechones de pelo que le habían dejado. Se había hecho con una buena indumentaria cambiándola por abalorios de cristal que Jourdonnais les había dado a descontar de su paga, y también una cola de pavo que le había proporcionado Summers. Era enorme la importancia que los indios del alto Missouri otorgaban a las colas de pavo para hacerse tocados con ellas. Summers dijo que era porque no se veían pavos, al menos no con mucha frecuencia, más arriba de la isla de Little Cedar. Las *crow* habían confeccionado su indumentaria, según le dijeron los indios *mandan*, y llevaba plumas y algunos abalorios. Le sentaba estupendamente bien.

Ciertas noches, mientras estaba echado de esa guisa escuchando a Jim, pensaba en casa y en Bedwell, y en el sheriff y el caballo que había robado y vendido en San Luis. Sin embargo, pensaba sobre todo en casa. No es que quisiera regresar. ¡Por Dios, ni hablar! Pero se preguntaba sobre su madre y su hermano. Y se decía a sí mismo que si tuviera que hacer todo otra vez, su padre no le asustaría. Ahora sí sería capaz de enfrentarse a Pa, aunque sólo tuviera diecisiete años. Había vivido muchísimas cosas en muy poco tiempo. Levantó la mano izquierda y se tocó el músculo del brazo. Podía agarrar a Pa y saltarle todos los dientes en menos de lo que tardase en respirar hondo. Cuando pensaba en su huida de casa y en aquellas lágrimas que asomaron en sus ojos y el doloroso nudo en la garganta, se preguntaba si seguía siendo la misma persona. Ahora se necesitaría algo muchísimo peor para hacerle llorar. Se necesitaría bastante más para preocuparle, incluso, de la forma en la que se preocupó cuando descubrió que había cogido gonorrea. Summers tenía razón; algo así terminaba por desdibujarse con el paso del tiempo, y uno no debía prestarle demasiada atención.

Le parecía haber estado en el barco durante un año. Durante toda su vida. Uno perdía la noción del tiempo. Un día se fundía con el siguiente, pasando así todo el verano y más aún, y nadie se percataba o se preocupaba por ello, excepto Jourdonnais y, tal vez un poco, Summers; e incluso Jourdonnais sonreía, porque parecía que el viento que los había perjudicado durante tanto tiempo, de repente hubiera entrado en razón. Tras pasar por territorio *ponca*, cambió de dirección. Un día tras otro estuvo soplando desde popa, empujándolos hacia delante, girando cuando ellos giraban, como si estuviera domesticado, y sólo se encrespaba de vez en cuando, y pronto amainaba y volvía a soplar a su favor. Jourdonnais sacudía la cabeza y repetía una y otra vez: «Jamás vi algo semejante», mientras su bigote apuntaba hacia arriba sobre una sonrisa. Habían dejado atrás mucho territorio. Por las noches, cuando se disponía a dormir, Boone recordaba todo aquello como si lo viera de nuevo por primera vez: las colinas irregulares, algunas tan planas como el tablero de una mesa, y otras frágiles y erosionadas por el paso del tiempo, con aspecto de viejos fuertes o lugares pintorescos en los que vivieron reyes en épocas remotas; las moras y cerezas y las grosellas silvestres sobre el río Blanco, donde palomas de Carolina arrullaban y los mirlos gorjeaban; los islotes que dejaban atrás a ambos lados, con cedros o álamos y pequeños prados interiores secretos; las negras vetas que surcaban las riberas del río, que Summers afirmaba que eran de carbón y que en ocasiones ardía, formándose así la piedra pómez que el río transportaba y

que las squaws usaban para suavizar las pieles; indios muertos colgados de patíbulos y algunos de ellos con el cuerpo en descomposición, cayéndose a pedazos sobre el suelo y apestando el aire, y los buitres posados en los árboles de alrededor; Summers tumbado en el suelo sobre la ribera de Big Bend, con un pañuelo ondeando de un palito y un berrendo danzando y caracoleando y acercándose, arrastrado por la curiosidad, hasta que la bala de Summers lo derribó; bancos de arena y más bancos de arena y praderas y más praderas, y siempre los extraños cerros y el inmenso cielo.

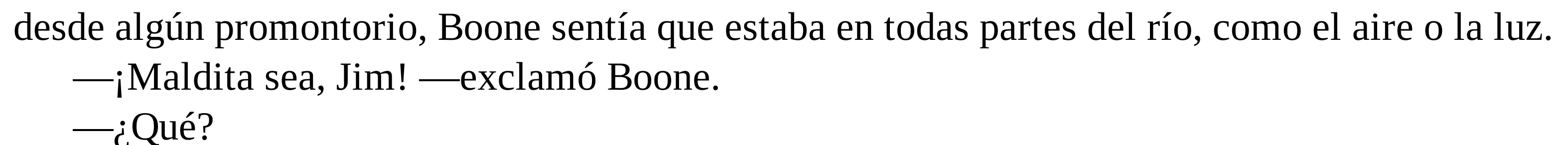
Jourdonnais se ocupaba del timón, y viró hacia la derecha al pasar junto a Fort Tecumseh, que pertenecía a la Compañía y se cernía sobre una orilla que el río estaba erosionando. Permitió que los hombres respondieran a los disparos de bienvenida en la orilla con una salva de media docena de mosquetes, pero continuó camino con la misma salva, la vela hinchada y la bandera ondeando en el mástil, mientras miraba fijamente hacia delante como si estuviera preocupado por algo.

Las colinas eran suaves y boscosas en la desembocadura del Cheyenne, y más adelante los álamos, y unos cuantos olmos y pequeños fresnos y bayas de búfalo y zarzamoras les iban flanqueando el camino. Vieron alces —treinta en una sola manada— y lobos blancos corriendo por las riberas, y en una ocasión Boone, Summers y Jim llegaron a un pequeño lugar vallado con postes, con un poste en el centro pintado con pintura roja desvaída y una cabeza de búfalo colocada sobre un pequeño montículo en la tierra. Summers dijo que era medicina, para que hubiera abundancia de búfalos. Vieron árboles con marcas en lo alto de la corteza causadas por el hielo que se derritió en primavera, y heces y pisadas de castor por todos lados. Summers miró hambriento el rastro, y explicó que los cazadores respetaban ese territorio porque los *arikaree* lo reclamaban como suyo.

Los dos asentamientos *arikaree*, con sus viviendas de techo redondo, estaban situados en la orilla oeste separados por un riachuelo, y cada uno de ellos rodeado por una valla de estacas que habían comenzado a pudrirse y caerse a pedazos. Las casas estaban hechas de una arcilla blanca rojiza y todas tenían un agujero negro en el centro que hacía las veces de puerta. Y al otro lado de los poblados estaba el río Cannonball y el Heart, y los búfalos, que pisoteaban pesadamente las altas planicies y trazaban senderos profundos que bajaban hasta el río. Summers mató una vaca con un cuchillo; saltó al río y nadó hasta ella y le rebanó el pescuezo con la hoja en cuanto el animal se arrimó a la orilla. ¿Cuánta carne fresca podía comer un hombre? Llegaba hasta el estómago y se propagaba rápidamente por la sangre y los músculos, dejando el estómago listo para comer más.

Summers cazó un ciervo, no era de cola blanca, sino lo que llaman un ciervo mulo, más grande que el otro y más oscuro, con orejas casi tan largas como las de un burro. Era joven y jugoso, y la cabeza que había estado enterrada bajo las brasas hacía que a Boone se le hiciera la boca agua cada vez que la recordaba.

El río continuaba fluyendo hacia los indios *mandan*, hacia los *minitari*, hacia el río Knife, hacia el Little Missouri; el río interminable y pardo, reposando y desgarrándose y revolviéndose y horadando el terreno, el río que fluía lleno de limo y material de arrastre y búfalos putrefactos, que subía desde el profundo bosque y las colinas cerradas y la maleza de las tierras bajas, hasta un territorio que cada vez era más libre y más extenso, hasta el punto de que, en ocasiones, mirando


desde algún promontorio, Boone sentía que estaba en todas partes del río, como el aire o la luz.

—¡Maldita sea, Jim! —exclamó Boone.

—¿Qué?

—Es una maravilla, ¿verdad?

—¿El qué?

—Este lugar. Todo.

—Estos pesados mosquitos…

Las palabras de Jim se mezclaron con los recuerdos de Boone. Recordó aquella noche que ya se cerraba sobre el campamento de los *arikaree*. Todavía no había oscurecido del todo, no tanto como para que no se pudiera ver, pero a los barqueros y a las squaws les daba igual. En campo abierto, tras las chozas de arcilla, formaban montículos en movimiento, los hombres se retorcían sobre las squaws, levantando las caderas y empujando y retorciéndose, y en ocasiones gruñendo como sementales cuando salía a presión el líquido de su interior. De vez en cuando se escuchaba la risa de alguna squaw o de uno de los franceses, antes de ponerse manos a la obra. La oscuridad era espesa y suave, como humo sin olor. Boone oía a las viejas squaws peleándose en sus casas y el ladrido de los perros lobo que mostraban los dientes a los hombres blancos, pero esos sonidos parecían distantes, como ecos atravesando el silencio. Allí sólo se oía la voz en forma de risa o la garganta en forma de gemido y los crujidos de la hierba. Poco a poco otros barqueros llegarían con sus squaws. Aún era pronto.

La squaw de Boone se levantó el vestido, se sentó y a continuación se echó hacia atrás. No hubo preliminares, ningún beso o abrazo o caricia sobre la piel. Aunque no es que uno necesitase nada de eso, no con todo lo que pasaba a su alrededor, y con el corazón henchido y palpitante en la garganta. La squaw le esperaba tumbada, pensando probablemente en el paño escarlata que su hombre había conseguido negociar por ella y que sólo aceptó tras consultar si a ella le parecía suficiente. La joven no era mala: directa y joven y de piel tan clara que uno podría tomarla por una mujer blanca en la penumbra. El olor de su cuerpo invadió sus fosas nasales cuando se tumbó sobre ella, el olor de humo de choza y calor y grasa de búfalo y mujer, y el aroma de hierba aplastada.

Al acabar, se levantó sin tan siquiera un agradecimiento o un hasta luego, andando con el despreocupado y tranquilo cansancio de un hombre que acaba de aliviarse. Había un montón de perros en el poblado y más hombres ciegos de los que uno podría imaginar. Se encontró con Summers. Los ojos del cazador lo examinaron.

—Este que te habla no mentía, ¿eh?, sobre las mujeres *arikaree*. No hay tantas como antes, pero siguen siendo buenas. Los *arikaree* se marchan.

—¿Por qué?

—Principalmente por los *sioux*. Los *sioux* no dejan de presionarles. Probablemente se unan a los *pawnees*. Son del mismo linaje.

—Son muy amistosos para ser una gente de la que no te fías.

—Gracias a las cabelleras *sioux*, y gracias a este desgraciado que te habla. Me recordaban bien. Algunos me llaman hermano desde hace tiempo —Summers dio tabaco a dos que se acercaron pidiendo—. Sin embargo, son traicioneros, recuerda, y luchadores sin escrúpulos.

Pienso que son casi tan peligrosos como los pies negros. Ten cuidado o nos arrancarán las cabelleras.

—Estoy teniendo cuidado.

—Voy a hablar con Dos Alces. ¿Quieres venir? Será mejor que lleves un poco de tabaco.

—También tengo un espejo.

Ya había pieles de búfalo extendidas alrededor de una pequeña hoguera en la choza en la que entraron. Un indio alargó la mano sin decir palabra. La estrecharon y se sentaron mientras el jefe encendía una pipa. Una squaw comenzó a trastear con una tetera, anadeando hacia la hoguera como un pato viejo. Dos Alces encendió su pipa y expulsó el humo hacia el aire y la tierra y en las cuatro direcciones. Sujetando la cazoleta de la pipa, pasó la larga boquilla a Summers y luego a Boone. A la luz de la hoguera que la squaw había avivado, Boone pudo ver la línea blanca e hinchada de la cicatriz que recorría cada uno de sus brazos y se juntaban en su barriga desnuda. Las líneas de bermellón de sus mejillas eran como manchas de sangre reseca. Su cabello era espeso e increíblemente largo. Le caía por los lados de la cabeza en trenzas que se apoyaban sobre sus muslos formando círculos como serpientes.

En la cazuela que la squaw había colocado había una mezcla de maíz seco con alubias cocinadas y tuétano de búfalo. Le supo bueno a Boone, y le recordó a Ma y al jardín en Kentucky.

Dos Alces dijo *«How»* y esperó un minuto, y luego continuó cautamente, como alguien que estuviera soltando un discurso, hablando guturalmente. Sus ojos eran pequeños y hundidos. La pequeña hoguera se reflejaba en ellos, tras los márgenes entrecerrados de los párpados. La squaw se acercó a Summers y examinó su indumentaria de ante, prenda a prenda. Sacó un punzón y un trozo de tendón deshilachado de una bolsa y comenzó a remendar un descosido en su mocasín. Dos Alces continuó hablando.

—El corazón de Dos Alces está lleno —tradujo Summers mientras el indio hacía una pausa—. Sus hermanos, los Cuchillos Largos, han traído las cabelleras de los *sioux*, que abundan tanto como hojas de hierba y cuyas lenguas son retorcidas y sus corazones malos. Mientras el hermano pálido luche contra los *sioux*, los *arikaree* estarán de su lado.

La hoguera produjo una bola de luz en la oscuridad, una burbuja roja que rodeaba a Dos Alces y a su squaw, y a Summers y a Boone. Fuera sólo había oscuridad, y sonidos que llegaban amortiguados… el aullido de un perro, un fragmento de conversación, la risa de una squaw o la risa más profunda de un barquero en la hierba.

El jefe habló otra vez, y Summers tradujo sus palabras.

—Dos Alces es un hombre pobre. Ha dado sus bienes a otros, porque no es digno de un hombre valiente atesorar riquezas. Es muy pobre y necesita lo que el hermano blanco pueda darle. Lo que él tenga, los hermanos también pueden cogerlo.

Summers alargó la mano, cogió el cuerno de pólvora colgado a un lado del indio y lo sostuvo junto al fuego para ver cuánto le quedaba. Fue necesario casi todo el contenido del cuerno de Summers para rellenarlo. Boone entregó un rollo de tabaco y el espejo que había llevado en caso de necesitarlo con alguna squaw. Luego, considerando que no era suficiente, sacó algunas balas de su saco de munición.

Summers hablaba con las manos y la boca. El indio le escuchaba enhiesto, con los ojos puestos

en todo momento en el rostro del cazador, en ocasiones asentía y algunas veces sólo miraba a través de sus párpados entornados.

—Le he dicho que había oído que los *arikaree* se habían pintado de negro los rostros contra nosotros —tradujo Summers a Boone—, pero yo sabía que no era cierto, que había vivido con los *arikaree* y dormido en sus casas y cazado con sus cazadores, y que éramos hermanos. Dije que hemos traído las cabelleras de los *sioux* y también algunos regalos para mostrar la bondad de nuestros corazones.

Las manos de la squaw tiraban de la ropa de Boone, buscando algún hilo suelto o un descosido. Sus dedos se entretuvieron en la camisa de confección que llevaba, que era de algodón de cuadrados rojos desteñidos por el sol, y después se puso a tirar de ella mientras buscaba con sus ojos los del joven. Un poco después Boone se quitó la camisa y se la dio. Ella emitió un sonido de agradecimiento. Después de eso pasó sus dedos apenas sin rozarle por la cabeza y la mandíbula, como si quisiera saber qué era. Él se quedó sentado totalmente inmóvil, intentando no prestar atención a la squaw, como imaginaba que se esperaba que debía hacer un hombre.

El jefe señaló las pieles sobre las que estaban sentados, para mostrarle que eran obsequios. La squaw abandonó el círculo de luz de la hoguera, cacareando con la vieja camisa que sostenía frente a ella. Boone escuchó de nuevo los sonidos que llegaban de los campos arados en la parte de atrás del poblado. Se elevó una voz, un francés que hablaba por encima de un murmullo de risas.

Dos Alces escuchó y se inclinó hacia delante con los codos separados y apoyados sobre las rodillas de sus piernas cruzadas. Sus ojos le miraban directos e interrogantes, y su viejo rostro a la luz de la hoguera parecía tan honesto como el de un niño. Su voz sonó con tono de pregunta, que Summers pareció no comprender, porque dijo algo breve y Dos Alces volvió a formular la pregunta.

Summers parecía sorprendido, pero asintió con la cabeza y habló. Dos Alces bajó la mirada a la hoguera y los pensamientos dibujaron una nube en su rostro. Permaneció en silencio, como si intentara averiguar alguna cosa.

Un perro ladraba a las afueras del poblado. Hizo que el resto se le uniera hasta que sólo se escuchó el sonido de perros ladrándole a la noche. Cuando se calmaron los ladridos, fueron reemplazados por otros sonidos. Si escuchaba atentamente, Boone podía oír las voces de otras chozas, donde Jourdonnais, y tal vez Jim y Romaine, estaban de visita. Por encima de sus voces todavía escuchaba los sonidos sobre la hierba de detrás de la choza, atravesando la arcilla de las paredes.

—Dos Alces no entiende —dijo Summers—. Quiere saber si es que no hay squaws en la tierra de los Cuchillos Largos.

Mientras viviese, pensó Boone acomodándose en el suelo, recordaría esa pregunta y el rostro de Dos Alces al formularla. «¿Ninguna squaw en la tierra de los Cuchillos Largos?». De alguna manera era tan simple que le entraban a uno ganas de reírse.

Jim roncaba ligeramente, totalmente ajeno a sus pensamientos. Jim siempre parecía dormirse rápido, y despertarse sintiéndose bien y con un brillo en los ojos. La hoguera del campamento era

sólo una luz mortecina en la noche. Al otro lado del fuego Boone podía ver otras siluetas, tumbadas y totalmente estiradas en el suelo como si el contacto con la tierra les relajase. La mayoría de ellos hacían ruido entre sueños, aspirando aire y soplando hacia fuera. Sólo Romaine estaba en pie, ocupado del primer turno de vigilancia. A Boone le tocaba el siguiente turno, y luego a Jim. Jourdonnais y Summers siempre se ocupaban de los turnos a primera hora de la mañana, porque pensaban que eran los más peligrosos. Romaine se arrimó a un árbol y se quedó allí de pie durante un minuto y luego se sentó con la espalda apoyada en el tronco. Era una forma muy poco efectiva de hacer una guardia. Tras unos minutos comenzó a resbalarse hacia delante, poco a poco, como un saco mal apoyado. Boone supo que se había quedado dormido.

A excepción de las respiraciones de los hombres y el río en constante conversación consigo mismo junto a las orillas, y los coyotes que aullaban al cielo, apenas se escuchaba un solo ruido en la noche. Uno nunca sabía dónde se encontraba un coyote por sus aullidos. Su voz llegaba desde algún lugar de las colinas, agudo y triste, y se hilvanaba en la noche como una aguja. Más cerca escuchó el batir de las alas de un ave que se posaba para pernoctar.

Boone estaba tumbado sobre un costado con los ojos entrecerrados, mirando hacia el *Mandan* y el agua que reflejaba la luz de las estrellas, mirando y pensando e intentando coger el sueño. Se vio a sí mismo disparando al oso blanco, y al oso girándose como si quisiera morder la bala y derrumbándose mientras moría, y Summers le miraba sonriente.

En ocasiones los osos se colaban en los campamentos en busca de un trozo de carne o para darle un lametón a algo dulce. Durante unos segundos, con los ojos totalmente abiertos, Boone creyó en un primer momento ver un oso, avanzando lentamente y en silencio con patas combadas hacia el barco. Alargó el brazo para despertar a Jim, pero este había rodado por el suelo y estaba fuera de su alcance. Romaine estaba tan tumbado como cualquiera de los hombres y durmiendo tan plácidamente. Boone buscó su rifle. Se sentó, sujetando el arma en las manos. La figura acuclillada se estiró mientras Boone observaba el contorno de la parte superior del cuerpo bajo el brillo de las estrellas reflejadas en el río, y vio que era un hombre que avanzaba agachado y en silencio hacia la barcaza. Boone tomó su rifle y miró por el cañón, y luego pensó en Ojos de Cerceta y su pequeño cubículo en la popa y bajó el arma. Rodó sobre su camastro y corrió a cuatro patas mientras escuchaba su corazón latiéndole en el pecho. Era un indio… tal vez un *arikaree*, o un *sioux*, o un pies negros. Pero tenía que haber otros con él. Se detuvo y escudriñó en la oscuridad, pero no vio a nadie, a excepción del hombre que se arrastraba hacia el barco. Pensó en un primer momento dar la voz de alarma o acercarse a Summers y despertarlo. Por lo que sabía, el hombre bien podría ser simplemente uno de los franceses. Eso era… uno de los franceses acercándose sigilosamente a Ojos de Cerceta, desobedeciendo las órdenes que Jourdonnais les había dado en muchas ocasiones. ¡Maldita sea, cualquiera diría que habían tenido sexo suficiente para un tiempo! Él se encargaría de darle una lección. Se arrastró más rápidamente y menos preocupado ahora por el ruido que pudiera hacer. El hombre avanzaba lentamente como si estuviera arrimándose a un carnero y sólo tuviera una bala con su nombre. Boone dejó su rifle a un lado y saltó.

Al caer con todo su peso sobre el cuerpo del hombre, este dejó escapar una bocanada de aire. Boone colocó el antebrazo debajo del cuello y sobre el otro hombro, y levantó la barbilla del

hombre, tirándole del cuello mientras lo sostenía boca abajo presionando con todo su peso. El hombre intentaba golpearle echando la mano derecha hacia atrás. El cuchillo que sostenía penetró caliente en el muslo de Boone. El joven agarró la mano y rodaron juntos, produciendo un crujido de ramas secas. El campamento se despertó de repente cuando Summers dejó escapar un grito. Boone escuchó gritos y pies en movimiento, y el chasquido de la culata de un rifle contra hueso.

—Eso lo calmará.

Boone sostenía la muñeca del intruso con la mano. Las dos manos, la suya y la del hombre, se movieron en un amplio círculo. El hombre dejó de forcejear repentinamente, levantó el trasero del suelo y corcoveó como un caballo, intentando liberarse. Boone seguía sujetándolo por el pelo, como si estuviera sujetando una crin. Otro par de manos soltó la mano crispada de Boone.

—Creo que ya puedes soltarlo para que coja aire —dijo Summers.

Pambrun había reavivado el fuego. La tripulación merodeaba a su alrededor. Summers sujetó al hombre de Boone por el fondillo de los pantalones y el cuello de la camisa. Lo empujó hacia la luz de la hoguera como un hombre empujando a un niño.

—¡Bueno, Jesús, ahora vamos a ver qué clase de alimaña eres! Trae al otro aquí, Jourdonnais.

—Hijo de perra —dijo el hombre, y Summers le golpeó en la nuca con el puño.

Jourdonnais y Romaine aparecieron arrastrando al otro hombre.

—Espero que tuvieras buenos sueños, Romaine —dijo Jourdonnais con tono de reproche.

—Sólo me dormí un minuto —respondió Romaine—. *Mon Dieu*, me rindo.

Dejaron que el segundo hombre cayera de cabeza en el barro. Summers estaba maniatando al otro con un trozo de cuero. Era un hombre pequeño, vestido con pieles y con el pelo recogido en tres trenzas, pero era un hombre blanco, a pesar de su atuendo. Su rostro era tan afilado como el de un topo. Se revolvió primero a un lado y luego al otro, como si estuviera buscando algo que morder. Tenía ojos pequeños y malignos.

El hombre que se había desplomado sobre su propia cara estaba recuperando la consciencia. Colocó los codos bajo el cuerpo, se empujó hacia arriba y rodó hasta sentarse sobre el trasero. Miró a su alrededor, al hombre atado a su lado, a Jourdonnais y Summers y a la tripulación que se había congregado allí. Lentamente fueron comprendiendo la situación en la que estaban. Se frotó la cabeza donde la culata del rifle había impactado. Miró al cazador, y en su boca se dibujó una tenue sonrisa.

—Dick Summers. Cuánto tiempo sin vernos.

—¿Quieres un beso?

—Teníamos el gaznate totalmente seco. Intentábamos encontrar alguna bebida.

—¡Tonterías! —dijo Summers.

Tenía otro trozo de cuero en la mano.

—¡Volved todos a dormir! —gritó Jourdonnais—. Ya se ha acabado la fiesta. Por la mañana la continuaremos. Ya veremos qué pasa entonces —se volvió—. Ven, Caudill, curaremos ese arañazo con bálsamo y castor.

Fiel a su palabra, Jourdonnais esperó a que amaneciera. Y, entonces, cuando asomó el sol y un

grueso chorro de luz se alzó, el patrón se dirigió hacia donde se encontraban los dos visitantes. Summers los había desatado y estaban sentados frotándose las muñecas y los tobillos. Al moverse, Boone se estremeció debido al dolor del corte superficial del muslo; se alejó y se sentó junto a Jourdonnais. Vio a Jim abrir sus ojos azules y rodar sobre su barriga para mirar. Los hombres estaban ya despertándose, levantándose y estirando las piernas y frotándose las barbas con la base de sus pulgares. Se fueron acercando todos donde se les podía oír farfullando. Pambrun estaba encendiendo otra hoguera, lejos de las cenizas muertas de la otra hoguera, más cerca de la orilla. Los mosquitos ya formaban pequeñas nubes alrededor de los hombres.

—Veamos, en nombre del Buen Dios, contadnos.

Blandía una pistola en la mano. Summers estaba sentado a su lado, con el rifle entre las rodillas. Boone se preguntó si había estado sentado así durante toda la noche.

—Ya te lo he dicho, francés —respondió el hombre más alto—. Buscábamos algo de beber. Intentábamos remojar nuestros gaznates secos.

Su cabeza se abombaba por las sienes y se estrechaba y volvía a abombarse en el mentón, como el cuerpo de una hormiga. Se veía un moratón en la raíz del cabello, donde Summers le había golpeado. Su boca seguía curvada por una leve y curiosa sonrisa.

—No les digas nada a estos hijos de perra —dijo el hombre más bajito con el rostro afilado como si estuviera hecho para olfatear.

Cuando Boone lo miró más detenidamente, le recordó a una serpiente de cascabel. El hombrecillo tenía los mismos ojos ponzoñosos. Cuando hablaba era como el ataque de una serpiente.

—Os lo he contado todo.

—Me falta un pelo —dijo Jourdonnais, meneando la pistola—, me falta menos de un pelo para apretar el gatillo.

—No, no lo harás, francés —dijo el hombre más alto, mientras paseaba la mirada a su alrededor—. Llegarían las noticias hasta San Luis, tan seguro como que hay fuego en el infierno. Te retirarían la licencia y tal vez te colgarían de un árbol —ladeó la cabeza hacia un lado, como si estuviera colgando de la soga de un verdugo—. Eres demasiado listo para hacer eso, francés. ¿Crees que podrás callar todas estas bocas? Los muchachos no te quieren tanto, francés.

—¡La *Vide Poche* puede ser muy perra! —ladró el hombrecillo—. Pongámonos en marcha.

—No hasta que hayamos zanjado este asunto totalmente.

Era Summers el que hablaba ahora, con voz suave.

—Venís del nuevo fuerte, Union… ¿verdad?

Boone podía ver que el hombre sonriente pensaba con rapidez.

—Sí, de allí, pero no en su nombre.

—Zeb Calloway está allí, Summers; es el cazador del fuerte —dijo Jourdonnais. Summers lanzó una rápida mirada a Boone.

—McKenzie, fue él quien os envió, *n'est-ce-pas*?

—No, vinimos por voluntad propia, ya te lo he dicho, *nazpaw*?

—¿Quién es McKenzie? —preguntó el hombrecillo.

—McKenzie —respondió Summers— es el tipo que os ha enviado aquí para soltar la amarra

de la barcaza o prenderle fuego mientras dormíamos.

—Si eres un sabelotodo hijo de perra ¿para qué preguntas?

Summers se levantó, dio un paso adelante, agarró al hombrecillo por su larga cabellera y lo levantó del suelo. El hombre forcejeó como un gato. Summers lo sostuvo, esperando, y luego le golpeó con el puño derecho, con tanta fuerza que cualquiera creería que le había partido el cuello. El hombrecillo se desplomó hacia atrás y se quedó allí tumbado totalmente quieto, con los dientes sobresaliendo de su fino hocico como los de una ardilla muerta.

—Parece que tu amigo no tuvo una madre que le enseñara algo más que palabrotas.

El otro hombre se encogió de hombros, no parecía afectado en absoluto.

—Este que te habla puede darte la misma medicina, Rostro Largo, si eso te ayuda a soltar la lengua —dijo Summers.

Rostro Largo todavía sonreía.

—Cuando un tipo está loco por un trago es capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Como, por ejemplo, soltar amarras de un barco o prenderle fuego?

—Como robar un barril, o incluso una jarra.

Jourdonnais espantó los mosquitos.

—Podemos hacer que hablen —dijo entre susurros—. Hay muchas maneras de soltarles la lengua si uno sabe lo que se trae entre manos. Fuego, o agua, o soga, o tal vez una serpiente viva.

Jourdonnais y Summers esperaron, observando el rostro del hombre. La sonrisa seguía allí. El hombrecillo cerró la boca. Poco a poco se movió y se incorporó hasta sentarse de nuevo. Tenía uno de los extremos de la boca inflamado, y un hilillo de sangre caía de la comisura.

—No va a hacer falta, Jourdonnais —dijo Summers.

—¿Qué?

—Por Dios, sabemos que es obra de la Compañía. No quieren que metamos las narices en su territorio.

De repente Boone se acordó de Cabanné en el puesto de Council Bluffs y la seriedad en su rostro y sus cuidadosas palabras: «Cuídate, amigo mío, de los indios, y también de otras cosas».

—¿Sugieres que los soltemos? —preguntó Jourdonnais.

—Bueno, casi. Les dejamos marchar, pero sin los caballos en los que vinieron y sin rifles ni cuchillos ni pedernal.

—¿En serio? —preguntó Jourdonnais, ya que por el tono no le pareció que Summers hubiera acabado de hablar.

—Y sin una sola prenda de ropa. Serán buena presa para los mosquitos y otros insectos con aguijón.

—Sí —dijo Jourdonnais, sin un rastro de duda en su voz.

—¿A qué distancia está Union?

—A unas cien millas o más.

—Lo suficientemente lejos para que los mosquitos se den un buen festín —Summers miró a los dos hombres como si estuviera mirando a dos bestias estúpidas—. Además seguro que adelgazarán algo, con las panzas vacías, y probablemente tengan que esquivar a algunos indios para no perder sus cabelleras.

—Bien. Bien. Y a continuación podemos ir a hacer una visita a Monsieur McKenzie.

—¿Pero quiénes os pensáis que sois? —escupió el hombrecillo con la boca destrozada—. Pensáis que podéis luchar contra Union, como un conejo persiguiendo a un oso. Veremos vuestras cabelleras, oh, sí, las veremos ondeando al viento.

—Si es que llegas allí, pequeña serpiente —respondió Jourdonnais suavemente.

El hombre más alto examinó sus rostros y en el suyo ya sólo quedaban los restos de una sonrisa.

—Sólo queríamos robar un trago —dijo.

CAPÍTULO XVII

Cuando Boone pensaba en aquel incidente en el campamento se estremecía recordando el acaloramiento que lo invadió cuando creyó que uno de los barqueros estaba intentando acercarse a Ojos de Cerceta. Ella era sólo un cachorrillo, y no aparentaba tener más de diez o doce años, sin duda no era lo suficientemente mayor para interesar a nadie de esa manera. Apartó de su mente la imagen de la joven, pero seguía viéndola, el rostro serio, los grandes y atentos ojos en un rostro demasiado delicado para ser el de una india, con unos pechos que sin duda comenzaban a parecer los de una mujer cuando no tenía su manta doblada cubriéndole por delante. Le recordaba a algún pequeño y suave animal en una jaula, observando, siempre observando, como si la hubieran sacado de su madriguera o un bosque y llevado a un mundo en el que todo era extraño. Sin embargo, ahora parecía más confiada que antes y se movía por cubierta y en ocasiones bajaba a la orilla mientras Jourdonnais vigilaba al resto de hombres con sus severos ojos negros. Con frecuencia Boone sentía la mirada de la joven india posada en él, y en ocasiones percibía un atisbo de sonrisa en una boca tan recta y perfecta como un dobladillo bien confeccionado, pero no fina como un dobladillo. Sus labios eran levemente carnosos y le hacían a uno preguntarse si sabría besar. Había visto a Jim Deakins mirándola en muchas ocasiones, con sus ojos azules clavados en ella y la risa dibujada en la boca mientras hacía breves comentarios, pero ella apenas parecía advertir su presencia.

Ahora que el *Mandan* navegaba por tierras altas los ojos de la india siempre estaban dirigidos hacia las orillas, como si esperase ver algún rostro conocido. Hora tras hora miraba a derecha e izquierda, escudriñando las lomas desnudas con tanta intensidad que uno casi esperaba ver a su papá, el jefe, llegar al galope por la ladera con las plumas al viento. O, al ver los ojos escrutadores de la joven y el rostro inmóvil y a la espera, Boone imaginaba que tal vez había un hambre en ella que sus ojos saciaban, un hambre por las grandes colinas desnudas y las corrientes de agua que fluían junto a álamos y, distante y nítido, el azul de una montaña como el que Boone pudo apreciar a través de los párpados cerrados la primera noche que durmió al raso. Incluso cuando el humo de las hogueras de la pradera llenaba el aire y los ojos no podían apreciar las crestas de las colinas, ella seguía mirando. En una ocasión, ya avanzada la noche, cuando la luna yacía brillante en el río, Boone se despertó y distinguió la cabeza de la joven en un lateral de la barcaza, vuelta hacia donde las lejanas llamas ondeaban como si el borde del mundo estuviera en llamas.

—¡Mira! —dijo Summers, señalando.

—¿Qué?

—Sobre el cerro, allí. Sobre los acantilados.

Una criatura salvaje se alzaba allí, observándoles desde debajo de unos cuernos en forma de arco que parecían demasiado pesados para ser transportados.

—Muflones de las Rocosas —dijo Summers—. Carneros. Lo que los franceses llaman *grossecorne*. Verás un montón de ellos más arriba.

Boone y Summers estaban apostados en el *passe avant*. Jim estaba remando con la tripulación,

aunque no con mucho ahínco porque una agradable brisa los empujaba hacia arriba.

—Hay montones de ellos más allá del Yellowstone —continuó Summers—. Pero bueno, lo que no creo que puedas ver es un búfalo blanco.

—¿Búfalo blanco?

—No son búfalos de verdad, ni antílopes blancos, aunque muchas veces se les llama así y de muchas otras maneras. Nunca abandonan las altas cumbres, no señor, permanecen en las cimas de las montañas, entre las nubes y la nieve. Este tipo que te habla vio uno en una ocasión… aunque sólo vi la piel, no el animal vivo. No muchas personas han visto uno vivo. Hay que escalar mucho para eso, sí señor. Si tuviera problemas en las montañas, intentaría cazar uno de ellos.

El carnero se giró y huyó, avanzando con cortos y delicados pasos.

—Tiene una cornamenta enorme —dijo Boone.

—Algunos dicen que la aligera saltando desde los cerros, pero lo dudo mucho. No tiene sentido. Probablemente desgaste sus cuernos luchando. La carne de carnero es buena caza.

Summers encendió su pipa. La barcaza pasó junto a un matorral en el que un pájaro gato gris estaba montando un escándalo. Boone cayó entonces en la cuenta de que ya no oían al chotacabras al anochecer. Un cisne blanco como la leche se deslizaba por delante del barco, esforzándose por aumentar la distancia y nadando con el pecho inclinado hacia delante y el cuello levantado como si estuviera orgulloso de sí mismo. Aleteó hacia el margen del río cuando el *Mandan* se le vino encima, y con una torpe y repentina prisa se echó hacia la orilla. Después de que pasara la barcaza, volvió a meterse en el agua y recobró su orgullo. El río ahora llevaba poco caudal y la corriente era lenta y poco profunda; discurría entre barrancos de piedra gris con vetas en diagonal y, de vez en cuando, entre cerros cuyas cumbres parecían allanadas con sierra. Romaine sondaba constantemente el fondo con su vara. A los pies de las laderas brillaban como plata bayas de búfalo, y el enebro escalaba por las piedras. Lenguas de tierra sobresalían en las revueltas del río, cubiertas con bosquecillos de álamos de Virginia que crecían entre una maraña de maleza.

—Un poco más temprano en esta misma estación —dijo Summers entre bocanadas a la pipa —, las rosas silvestres son una preciosidad. Inundan de rosa casi todo el margen del río por este territorio.

El sol empezaba a ponerse cuando el *Mandan* llegó al río Yellowstone, que desembocaba ancho y calmado, como un hombre que reduce el paso tras ganar una carrera. Parecía tan grande como el Missouri. Alrededor de la desembocadura crecían álamos de Virginia, cuyas hojas se agitaban produciendo un rumor en el viento que soplaba sobre los bosquecillos de sauces surcados de rutas abiertas por manadas de búfalos. Allí el Missouri parecía desnudo, porque en ese punto el río atravesaba una pradera que ondeaba a millas y millas de distancia, y los cerros se sucedían hasta donde alcanzaba la vista.

Jourdonnais puso rumbo hacia el trozo de tierra que dividía ambos ríos. Entonaba una canción para sus adentros, y cuando sus ojos se cruzaron con los de Boone sonrió, elevando las puntas de su bigote.

—Hemos remontado el Roche Jaune.

Saltaron a tierra y subieron por una suave llanura de unas dos millas o más.

—El general Ashley tenía su fuerte emplazado aquí, en esta lengua entre los ríos —dijo

Summers—. No creo que quede ni un solo ladrillo en pie.

Jourdonnais ofreció bebida a todo el mundo.

Comieron lengua de búfalo y tuétano mientras una bandada de grajos armaba una algarabía en el bosque, y un poco después continuaron camino, sin demasiada premura; por una vez parecía que Jourdonnais no tenía ninguna urgencia por avanzar. Boone deseó que el patrón les hiciera ir más rápido. Un poco más adelante estaba tío Zeb, él era la razón de que Boone estuviera en aquel lugar, aunque lo ignorase… tío Zeb, al que no le gustaba Pa y que hablaba sobre territorio indio como si estuviera hechizado. Podía imaginárselo: un par de ojos que miraban por debajo de unas cejas espesas y la boca moviéndose bajo una larga nariz y un rostro que de vez en cuando le sonreía a él y a Dan cuando le suplicaban que les contara más cosas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio a tío Zeb. Pero un hombre mayor no cambiaba mucho. Esperaba que tío Zeb se alegrase de verlo.

En comparación a Fort Union los otros puestos militares que Boone había visto junto al río parecían simples chozas de cazadores. Unas grandes estacas cuadradas, pulidas por la parte superior, brillantes y nuevas, rodeaban todo el perímetro, delimitando un trozo de tierra en el que cabría un campo de maíz. En las esquinas suroeste y noroeste se alzaban las torretas de defensa, amplias como graneros, altas y coronadas con un tejado a cuatro aguas. En la parte baja de esos edificios Boone advirtió unas troneras para cañones. Un asta se alzaba en la parte interior de la cerca y su punta se cimbreaba con una bandera que ondeaba y chasqueaba al viento.

El fuerte estaba en la parte norte del río, a unos cincuenta pies de la orilla, en una pradera que parecía extenderse más o menos una milla antes de llegar a una cadena de cerros. Había alrededor de una docena de chozas indias apoyadas en la parte trasera del fuerte y, más allá, pastaba un pequeño grupo de caballos. De pie en la popa Boone escuchó un ruido a sus espaldas y al girarse vio a Ojos de Cerceta, con la cabeza apenas asomada por encima del contenedor de carga, la boca entreabierta y los ojos atentos. Jourdonnais había colocado algunas cajas a su alrededor para ocultarla mientras el *Mandan* permanecía atracado en el fuerte. Había otra barcaza amarrada en el embarcadero… más grande y elegante que el *Mandan*, con un camarote y remos de punta largos que los remeros manipulaban desplazándose de pie. Mientras Boone observaba todo aquello, la enorme puerta frente al puesto militar comenzó a abrirse y, barrido hacia arriba por el viento, brotó humo de las troneras y sonó el estallido de los cañones.

El pequeño cañón giratorio respondió y la tripulación largó los remos, se puso en pie, todos los navegantes cogieron el rifle que Jourdonnais les había prestado y soltaron una salva descompasada. Desde el fuerte sonaban disparos de rifle y grupos de gente salían por la puerta para recibirles.

—De acuerdo —gritó Jourdonnais—. Regresad a los remos. *Mon Dieu*, ¿es que pensáis que el *Mandan* va a atracar solo? —hizo una señal con un dedo a Boone—. Vigila a la pequeña. Asegúrate de que se queda entre las cajas, con la manta cubriéndola. Nadie debe verla. Summers le ha intentado explicar que estos indios *rock* tal vez quieran matarla. Tampoco McKenzie debe saber que está aquí. ¿Comprendes?

Boone dio un paso hacia atrás y empujó suavemente con la mano la pequeña cabeza que asomaba por encima del contenedor de carga. Ella obedeció displicente mientras mantenía la

mirada en él, y a continuación él colocó la manta de manera que entrara algo de aire. Después, al ver a Puma tumbado al sol, lo metió con ella y le escuchó ronronear mientras la mano de la india lo acariciaba.

Indios y blancos se apiñaban en la orilla… estaban los que llamaban indios *assiniboine*, o *rock*, la mayoría con el pecho desnudo, a excepción de sus pieles de búfalo, y los trabajadores blancos con *jeans* y camisas de algodón y mocasines, y aquí y allá algún hombre con traje de ciudad como los que se veían en San Luis. Boone recorrió a todos con la mirada buscando a tío Zeb. No había más de dos o tres indios con pantalones; el resto iba con las piernas desnudas, y la mayoría además iban descalzos. Pieles rojas y blancos reían y hablaban, dispuestos a echar una mano cuando atracó el *Mandan*. Algunos indios incluso se metieron dentro del agua.

Boone se preguntó si sería buena idea gritar si veía a tío Zeb, o si debía esperar callado y presentarse ante él cuando llegara la ocasión. El tío Zeb probablemente estuviera por los alrededores; Rostro Largo había dicho que trabajaba para el fuerte. Los indios se parecían a los *sioux*, aunque muchos de ellos llevaban el pelo hasta los hombros. Uno de los indios se lo había dejado crecer por encima de la frente y las orejas, como una crin. Sus ojos miraban por debajo de la mata de pelo, como un conejo detrás de un matorral. Llevaba una pequeña gorra de piel blanca. Todos tenían los rostros enrojecidos con bermellón y parecían grasientos bajo el brillante sol, a excepción de uno, que llevaba el rostro pintado de negro como un africano. Tío Zeb sabría qué significaba el color negro. Con los cabellos desaliñados, los pies descalzos y la pinta que llevaban, parecían una caterva de indigentes. Boone vio dos collares con colmillos de oso pero ningún abalorio o concha como los que llevaban los indios de las tierras bajas del río para adornarse las cabezas. Algunos de ellos portaban armas y todos llevaban un arco. Las armas iban decoradas con brillantes clavos amarillos en las culatas y pequeños retales de tela roja atados en los enganches de la baqueta. La mayoría de los hombres lucían abanicos de plumas de ave y algunos de ellos llevaban palitos pintados enganchados al cabello. Mientras los ojos de Boone buscaban entre sus rostros, un indio se quitó uno de los palitos y se puso a limpiar la cazoleta de su pipa con él. Los franceses en el *Mandan* echaban miradas a las squaws, que permanecían un poco más apartadas, sonrientes. Iban ataviados con ropa confeccionada y Boone supuso que pertenecían a los hombres blancos del fuerte. Tío Zeb no estaba entre la multitud; Boone ya había comprobado todas las caras.

Los indios que se habían metido en el agua intentaban subir a bordo.

—*Non! Non!* —gritaba Jourdonnais—. ¡Empujadles fuera! ¡Empujadles!

Cuando el *Mandan* atracó, un hombre salió hasta la puerta y pasó entre la multitud andando como un Dios. Llevaba un traje oscuro recién planchado que debía de haberle costado un montón de dinero, y una camisa con volantes por la pechera de un blanco que relucía bajo la luz del sol.

—Bueno —dijo—, el *Mandan* lo ha logrado.

Boone vio, entre ráfagas de indios que se empujaban a los lados, que tenía una frente ancha, anchas mejillas y un mentón prominente, y el cabello que asomaba por debajo de su sombrero de ciudad parecía suave y negro como ala de grajo.

—Nos gustaría hablar contigo, McKenzie —dijo Summers, gruñendo—, si podemos mantener apartados a los *rock*.

—¡Pierre! ¡Baptiste! —el hombre de rostro ancho se giró y gritó como si estuviera acostumbrado a que la gente saltara en cuanto abría la boca. McKenzie señaló con la cabeza el *Mandan*—. Mantened a todo el mundo fuera de aquí.

Los dos hombres de rostro oscuro que habían dado un paso adelante corrieron río arriba hasta un tronco seco de sauce y regresaron con dos varas largas en las manos.

—Vuestros dos hombres, los que nos dieron la bienvenida en el Little Missouri, ya regresarán. Tal vez ya están aquí. ¿Y bien?

Los hombres con las varas merodeaban con ellas, alejando a los indios de la orilla.

Los fríos ojos de McKenzie se posaron en Jourdonnais sin pestañear ni una sola vez.

—No sé a qué te refieres. Entrad en la casa.

—No pensábamos que nos estarías esperando —apostilló Summers.

Boone permaneció alerta en la popa, observándolos, vigilando la manta que cubría a Ojos de Cerceta y deslizando la mirada entre la gente de la orilla por si se le había pasado el rostro de su tío, después de todo.

Jourdonnais se giró.

—Que nadie abandone el barco. Sólo estaremos un minuto, y luego continuamos. ¿Escuchas? ¿Romaine?

—Vamos —dijo McKenzie, y él, Summers y Jourdonnais se dirigieron a la puerta y desaparecieron dentro.

Los ojos de Jourdonnais estaban atareados recorriendo el terreno hasta la parte trasera del fuerte, donde estaba situada la casa del *bourgeois*. El mástil se alzaba al cielo en el centro del patio cuadrangular y cerca de él estaba el cañón que apuntaba hacia la puerta. Había una media docena de tipis esparcidos cerca y Jourdonnais supuso que pertenecían a los mestizos empleados en el fuerte. Junto a la cerca de estacas había casas para trabajadores e intérpretes y *engagés*, y almacenes y talleres y otros edificios cuyo uso sólo pudo adivinar. Algunos de ellos todavía no estaban acabados. Los carpinteros se movían entre ellos, martilleando y serrando. Por encima del golpeteo de los martillos y el repiqueteo de las mazas de herrero, escuchó el cacareo de las gallinas y el mugido de una vaca.

Todo era nuevo, desde la alta cerca y la pasarela de vigilancia de madera de álamo montada a lo largo de la parte alta de la cerca, hasta la casa de madera de álamo del *bourgeois* que los observaba desde sus cuatro ventanas de cristal auténtico. Y todo era grande y estaba construido con sumo cuidado, lo cual indicaba dinero, organización y una planificación acertada.

Durante unos segundos, al entrar por la puerta de la enorme casa, a Jourdonnais se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a poder él, un *Vide Poche*, competir contra tantas cosas, contra caballeros como Monsieur McKenzie, que llevaba camisa con volantes y se daba unos aires que hacía que los hombres le abrieran paso? Toda su empresa le pareció de repente una locura totalmente inútil, como la imagen de él mismo en San Luis fumando buenos puros y llevando ropa cara, y diciendo *«Bonjour, Monsieur Chouteau»*, y escuchando *«Bonjour; Monsieur Jourdonnais. Comment allezvous?»*. Jourdonnais sacudió la cabeza mientras cruzaba el umbral, obligándose a

pensar de nuevo en el buen negocio que iba a hacer con los pies negros y el *Mandan* cargado de licor.

Hubo un movimiento en la habitación cuando entraron y luego la puerta se cerró lentamente a sus espaldas, ocultando el rostro de una joven india. McKenzie les señaló unos sillones tapizados para descansar el trasero y la espalda. Summers se sentó echado hacia delante, como si estuviera poniendo un huevo. Había estado al aire libre demasiado tiempo, sentado con las piernas cruzadas, para sentirse cómodo en un sillón. McKenzie sacó una botella y vasos de un armario. Era un excelente brandy francés, de una graduación tan alta que parecía evaporarse en la boca.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? —preguntó McKenzie. Su pronunciación era entrecortada, como la que Jourdonnais había escuchado en otros escoceses.

Jourdonnais miró a Summers, esperando que él se ocupara de las explicaciones.

—Bueno —respondió Summers con impenetrables ojos grises ante la mirada de McKenzie—. Los atrapamos, al hombre libre (o, al menos, libre en otro tiempo) que los indios llaman Rostro Largo, y un tipo con el hocico como el de una comadreja. No lo había visto antes.

McKenzie les ofreció puros españoles mientras estudiaba a Summers con la mirada, y su rudo semblante permaneció tan impasible como una roca. Volvió a llenar los vasos.

—Tal vez aparezcan, si los mosquitos no los desangran hasta matarlos, o los indios no les arrancan las cabelleras. Los soltamos tal como llegaron a este mundo.

—Los conozco —dijo McKenzie—. Malditos alborotadores. Un grupo de ellos vino a comerciar, y una vez que acabaron se quedaron merodeando por estas tierras. Son unos alborotadores, y además un peligro.

—Sí, Monsieur —dijo Jourdonnais.

—El que estén contratados por ti tal vez tenga algo que ver con que se hayan quedado merodeando —comentó Summers.

—No han sido contratados.

—¡Y un cuerno!

McKenzie examinó a Summers durante un largo rato. Sin embargo, cuando habló sólo fue para ofrecerles otro trago.

Jourdonnais sentía que el brandy le daba fuerzas. Al sentirlo, y al ver a Summers sentado allí, duro e impasible, se enderezó, mientras brotaba en él de nuevo la testaruda ambición que le había llevado tan lejos.

—Tenían intención de soltar las amarras del barco, o prenderle fuego —dijo, forzándose a mirar de frente a McKenzie.

—¿Cómo lo sabes?

—Tan claro como el agua —respondió Summers.

McKenzie bebió un poco, apoyó el vaso y se echó hacia delante acercándose a Jourdonnais.

—Mira. Sabemos lo que planeáis hacer. Naturalmente, no puede existir competencia en el Missouri sin que la Compañía Peletera Americana lo sepa. Conocemos el territorio de los pies negros mejor que vosotros. Es nuestro territorio. Tenemos planes aquí. Pero todavía no ha llegado el momento de cosechar, ni siquiera para nosotros. Y si no es el momento para una empresa como la nuestra, ¿cómo piensas que está para vosotros?

—Lo cosecharemos verde, entonces.

—Os borrarán del territorio, a todos vosotros… os matarán, os arrancarán las cabelleras y dejarán que vuestros cuerpos se pudran. No conocéis a los pies negros.

—Sabemos algunas cosas —dijo Jourdonnais pensando en Ojos de Cerceta, la hija del jefe, oculta entre las cajas y debajo de una piel de búfalo—. Vamos a continuar.

—Si continuáis terminaréis bajo tierra.

Jourdonnais extendió las manos.

McKenzie bajó el tono de voz.

—Sois personas razonables. Sabéis que lo tenéis todo en contra. Si realmente sois hombres razonables seguro que estaréis interesados en nuestra propuesta.

—¿Cuál? —preguntó Summers.

—Os compramos vuestra mercancía, todo lo que transportáis, y os pagamos el doble de lo que pagasteis por ella.

—¿En serio?

—Y eso no es todo. Te pagaremos para que transportes un cargamento río abajo, un cargamento completo —fardos y lenguas de búfalo—, y os pagaremos lo que pidáis… por supuesto, dentro de lo razonable.

Summers echó una mirada a Jourdonnais, como si estuviera esperando a que hablara.

—Creo que vamos a continuar —dijo Jourdonnais lentamente.

—Maldita sea, hombre, no vais a poder sacar más.

—Creo que vamos a continuar.

—¿Qué más queréis?

—No está a la venta, McKenzie —dijo Summers—. Te agradecería que lo comprendieras.

—¿Por el doble del coste y un cargamento de regreso? ¿Qué más queréis?

—Cuatro o cinco veces más, tal vez, como la Compañía Peletera Americana.

—Nosotros no sacamos más del doble del coste. Cuatro o cinco veces más supone perder negocio —volvió a servir brandy en los vasos.

—Aun así, vamos a continuar.

McKenzie bebió y se echó hacia atrás mientras saboreaba el brandy con los labios. Sus ojos pasearon de Jourdonnais a Summers y de nuevo a Jourdonnais, pero era como si, en lugar de a ellos, el escocés estuviera contemplando sus pensamientos. Por algún motivo, a Jourdonnais le recordó a un cazador recargando su rifle.

—No lucharéis sólo contra los pies negros —dijo, midiendo sus palabras—. Los británicos en Edmonton House se asegurarán de que cuenten con un buen suministro de rifles, pólvora y munición para igualar fuerzas. Alentarán a los indios para que ataquen, y tal vez incluso les ofrezcan una recompensa por vuestras cabelleras.

—Vamos a continuar —dijo Jourdonnais.

La calma de McKenzie se hizo añicos de repente.

—¡Malditos locos!

La sangre subió por el cuello de McKenzie y sonrojó su ancho rostro. Summers se levantó… casi con desgana, le pareció a Jourdonnais.

—Eres un pequeño Jesucristo aquí, o eso parece, ¡pero no para nosotros, demonios! De hecho me está rondando la cabeza la idea de comprobar si realmente sangras.

McKenzie lo miró, abiertamente y con expresión calculadora, mientras la ira se borraba de su rostro, dejándolo de nuevo tan impasible como una roca.

—Lo siento —dijo como si realmente no lo sintiera—. Siéntate. No fue mi intención insultaros.

Summers volvió a sentarse en el sillón, y McKenzie sirvió brandy.

—De acuerdo —continuó McKenzie tras una pausa—. No queréis vender a ningún precio. No queréis aveniros a razones. Sólo me queda entonces una cosa por decir. Podemos enviar otra barcaza, también, y que se aposten justo a vuestro lado y ofrezcan más mercancías a precios más baratos para reventaros la venta —los volvía a examinar con detenimiento—. En ocasiones lo hacemos, vendemos a pérdidas sólo para minar a la competencia.

—Podríais —confirmó Jourdonnais, pensando en la pequeña Ojos de Cerceta, preguntándose si el fuerte, por muy grande que fuera, tenía las suficientes reservas de whisky como las que transportaba el *Mandan*.

—Podríais hacerlo si contáis con los suficientes hombres para ello —dijo Summers—. Que venga uno o que vengan todos, vamos a continuar.

—Muy bien —dijo McKenzie. Su voz era cortante, y a continuación, como si se le ocurriese en el último momento, algo que demandaba la cortesía común, añadió—: ¿Pasaréis la noche en el puesto?

—*Non*. Remontaremos un poco más y mantendremos a la tripulación reunida. Les gusta demasiado el whisky, y las squaws.

—Como os plazca, entonces.

—¿Se encuentra Zeb Calloway por aquí? —preguntó Summers.

—El borracho bribón. Ha salido a cazar. Tal vez esté de vuelta a la puesta de sol.

—Bueno, pues todo ha quedado aclarado —dijo Summers en pie bajo el umbral de la puerta—. Dejamos que se marcharan aquellos dos desgraciados. Pero a los siguientes los usaremos como carnaza para los lobos.

Una educada sonrisa se dibujó en los labios de McKenzie.

—Los siguientes serán los pies negros, a menos que entréis en razón. Y ya tendréis suficiente ración de carnaza.

Les ofreció la mano. Mientras atravesaban el patio y salían por la cerca, Summers dijo:

—Supongo que hemos sido unos idiotas por no aceptar su oferta.

—Tal vez.

—Sin embargo, este que te habla, prefiere que los pies negros le arranquen la cabellera a ser estafado por un nabab.

CAPÍTULO XVIII

Los prolongados rayos del sol se derramaban por el río y la llanura. Una hilera de animales de carga desfilaba descendiendo las colinas del noreste; parecían de color negro al contrastar con el dorado estival de los riscos.

—Puede que ese sea Zeb —dijo Summers entrecerrando los ojos—. McKenzie dijo que probablemente regresaría al fuerte antes del anochecer.

Él, Jim Deakins y Boone estaban apostados tras el fuerte. El *Mandan* estaba atracado a dos millas río arriba, donde Jourdonnais vigilaba el cargamento y la tripulación. Summers había sugerido que ellos tres regresaran al fuerte para hablar con Calloway.

—Ese tipo sabe un montón —aseguró a Jourdonnais—, además de ser familia de Caudill. Supongo que lo mejor es ir a verle.

A poca distancia de donde se encontraban, una docena de tipis de los *assiniboine*, colocados en un semicírculo, señalaban hacia el cielo. De vez en cuando salía un fino hilo de humo de alguna de ellos por el respiradero de la parte superior, como si un hombre expulsara el humo de su pipa por el agujero. Las voces de los indios, de los hombres hablando y las squaws riendo y peleándose y un bebé desgañitándose llegaban nítidas en el aire de la tarde. Los perros olisqueaban los alrededores de los tipis y en ocasiones se volvían hacia los tres hombres blancos y ladraban como si de repente se acordasen de algo que habían olvidado.

—Esperemos aquí —dijo Summers dejándose caer en tierra.

La hilera de animales de carga serpenteaba por las laderas de las colinas y se dirigía hacia ellos por la llanura. Un hombre montado encabezaba la marcha y otro la cerraba.

Summers fumaba y miraba, y finalmente dijo:

—Creo que es tu tío Zeb, Caudill.

En efecto, era tío Zeb, más viejo, y gris como un mapache. Era imposible no reconocerle con aquella larga nariz y los ojos que observaban bajo unas cejas tan frondosas como el nido de un pájaro.

Boone quería levantarse y gritar hola y acercarse para darle la mano, pero algo lo detuvo.

Summers se puso en pie con suavidad para no asustar a las mulas que iban cargadas de carne a lo alto y a lo ancho.

—¿Qué tal andas, Zeb?

Tío Zeb les miró a través de la maraña de las cejas como un hombre apuntando con un rifle.

—*How* —respondió; su voz sonó tensa y rota como la de un hombre que ha pasado un largo periodo de silencio. Y luego añadió—: O este que habla es un destripaterrones, o ese de ahí es Dick Summers.

—A este de aquí también lo has visto antes —y señaló a Boone.

Tío Zeb clavó la mirada en Boone. Escupió un escupitajo marrón por encima de la grupa de su caballo.

—¿Y bien? —Summers esperó, y tío Zeb miró a Boone otra vez—. No es hijo mío, creo —dijo.

—Casi —respondió Summers—. ¿Es que no reconoces a tu propio sobrino, viejo amigo?

—¿Cómo estás, tío Zeb? —preguntó Boone.

—¡Jesús Bendito!

—Supongo que no me reconoces, he cambiado bastante.

Tío Zeb volvió a escupir y se puso a recordar.

—Uno de los pequeños de Serenee, ¿verdad?

—Boone Caudill.

—¡Jesús Bendito!

Tío Zeb no sonrió. Se quedó sentado en su caballo, con los hombros caídos y la boca echada hacia un lado, lo cual hacía que su cara pareciera desencajada. Un ternero berreaba dentro del fuerte como si hubiera perdido a su madre.

—Quieta ahí —dijo tío Zeb finalmente—. No voy a hacer carrera con estas mulas. Eh, Deschamps.

La cuerda comenzó a moverse lentamente, las cabezas de las mulas tiraron hacia atrás cuando sus cuerdas perdieron holgura. El jinete a la cola era un indio, o un mestizo en todo caso. En lugar de brida llevaba una larga cuerda de pelo atada a los belfos inferiores de su caballo. Los estribos de su silla estaban hechos de piel y tenían forma de zapatos. Les miró al pasar lentamente en su caballo, con el rifle atravesado delante de él.

Jim y Summers miraron a Boone. Este recogió una hoja de hierba e hizo un nudo con ella.

—Hace mucho desde que me vio por última vez —dijo Boone.

Las squaws *assiniboine* jugaban a algo, riendo y peleándose mientras jugaban. Tres indios pasaron por allí en dirección al fuerte. Pararon para pedir un poco de tabaco. Una pequeña ardilla del desierto que Summers llamaba taltuza salió de un agujero y se incorporó sobre sus patas traseras, tiesa como un palo. Dejó escapar un fino y agudo silbido que vibró en los oídos como el de la punta de una lezna de zapatero. Boone le lanzó un guijarro y el animal se zambulló en su madriguera y luego volvió a sacar la nariz, mostrando sólo la cabeza y los ojos negros sin parpadear. El sol había quedado oculto por un banco de nubes que los rayos tintaron de rojo sangre. Era como si un indio se hubiera escupido en la palma de la mano cubierta de bermellón y la hubiera restregado por el cielo del oeste. Boone sacó la pipa que había comprado río abajo.

Poco después regresó tío Zeb, con paso rígido e inestable debido a las horas pasadas sobre la silla de montar. Sus pantalones estaban negros y desgastados, y no le quedaban más de una media docena de flecos. Llevaba una vieja camisa india manchada de sangre, con un círculo de púas de puercoespín de colores en el pecho. En lugar de un sombrero llevaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza. Sacó una botella de la camisa, se sentó y quitó el tapón, sin decir ni una palabra. Summers sacó otra botella. Tío Zeb pasó la primera, observando cómo pasaba de mano en mano como si apenas pudiera esperar a recuperarla.

—¡No puedo comprar un trago, sólo de noche, maldito McKenzie! —fue lo primero que dijo.

Estaba refrescando y el sol ya estaba bajo y a punto de ponerse, demasiado frío incluso para los mosquitos tan aficionados a comerse a un hombre vivo. Una suave brisa corría por el suelo, lo cual hizo que Boone se encerrara aún más en sí mismo. Un trecho más allá pudo ver algunos huesos blanqueados, y más allá unos cuantos más, y aún más allá, donde un búfalo había sido descuartizado. Tres perros indios que parecían lobos, a excepción de uno que tenía el pelo a

manchas blancas y negras, olisqueaban por los alrededores. Los propios perros eran tan sólo sacos de huesos, con columnas que se arqueaban y se encorvaban de manera que las patas no parecían estar directamente debajo. El ternero dentro del fuerte seguía berreando.

—¿Qué tal le va a Serenee? —preguntó tío Zeb con tono despreocupado.

—Bien, la última vez que la vi.

Tío Zeb gruñó, levantó una botella y echó un poderoso trago. Se echó hacia atrás, pensativo, como si esperase que el whisky le insuflase vida.

—¡Por todos los santos! —y echó otro trago.

—Este de aquí es Jim Deakins —dijo Summers—, tripulante del *Mandan*.

—Encantado de conocerle —dijo Jim.

Tío Zeb sacó tabaco y se lo metió en la mejilla y dejó que se empapase.

—¿Por qué estás aquí?

—Me peleé con Pa.

—Miserable hijo de perra. ¡Por Dios! Espero que no seas en nada parecido a él… —escupió y sorbió el labio inferior después para cazar la gota que colgaba.

—Ahora ya es alguien —dijo Summers—. Es un verdadero hombre de montaña. Ya ha cogido gonorrea, y ha luchado con indios y matado un oso blanco.

Tío Zeb miró a Summers.

—Nunca pude imaginar por qué mi hermana acabó con esa sabandija, a menos que no tuviera más remedio —se giró hacia Boone—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciocho.

Tío Zeb pensó unos segundos y luego dijo:

—No tienes por qué pagar tú los pecados de tu padre.

—¡Maldito seas! Eres tú el que se parece a Pa —exclamó Boone.

—¡Déjale, Boone! —era Jim, que le miraba con un destello en sus ojos azules.

Tío Zeb sólo gruñó. Pasó la botella otra vez, tomando un trago él mismo primero y acabando la ronda con otro.

—Este que habla está *torriblemente* seco.

Summers sonreía hacia el suelo, como si estuviera complacido.

—Caudill y Deakins quieren ser hombres de montaña.

—¡Uh! Será mejor que vuelvan a nacer.

—¿A qué te refieres?

—Han llegado diez años tarde —la mandíbula de tío Zeb machacó el tabaco—. ¡Ha desaparecido, maldita sea! ¡Ha desaparecido!

—¿Qué ha desaparecido? —preguntó Summers.

Boone podía ver el whisky en el rostro de tío Zeb. Era un rostro que seguramente había visto mucho whisky, rojo e hinchado.

—Todo lo que nos rodea. Ha desaparecido, por Dios, y nadie se preocupa a excepción de algunos de nosotros que la conocimos cuando era tierra virgen.

Desenfundó el cuchillo y comenzó a lanzarlo y clavarlo en tierra, como si eso calmara sus sentimientos. Se quedó en silencio durante un rato.

—Esta fue en otro tiempo una tierra para el hombre. En cada manantial había cientos de castores y multitud de búfalos allá donde uno miraba, y nada de estrecheces ni aglomeraciones de gente. ¡Jesús bendito!

Al este, donde el cerro y el cielo se juntaban, Boone divisó movimiento y supuso que eran búfalos hasta que la nube se desplazó por la ladera, dirigiéndose hacia ellos; resultó ser una manada de caballos.

Los ojos grises de Summers saltaron de Boone a tío Zeb.

—No se ha echado a perder, Zeb —dijo en voz baja—. Depende de los ojos que la contemplen.

—¡Que no se ha echado a perder! Han construido fuertes río arriba y río abajo, y hay gente en todos los lugares donde antes uno podía poner trampas. Y los novatos suben río arriba, un montón de ellos… vienen novatos en cada barco, se quedan merodeando por aquí y echan a perder toda la diversión. ¡Jesús! ¿Por qué no se quedan en sus casas? ¿Por qué no nos dejan esta tierra a nosotros tal como la encontramos? Por Dios, esta tierra es nuestra por derecho propio —apartó la boca de la botella—. Dios, era una belleza hace un tiempo. Bella y virgen, y no estaba horadada por las rutas de los hombres, a excepción de las de los indios, en toda su amplitud.

Los caballos se aproximaban rápido, corrían y daban coces como potros por el frío que se había apoderado de la tierra. La taltuza había salido de nuevo de su agujero, corría breves tramos y miraba hacia arriba silbando. Estaba comenzando a oscurecer. El fuego al oeste estaba a punto de apagarse; una estrella ardía baja por el este. Boone deseó que alguien hiciera callar a aquel ternero.

—Parece que te hayas tragado un higo chumbo, amigo —dijo Summers.

—¡Uh! —tío Zeb se metió los dedos en la boca, atrapó el bolo de tabaco y puso otro fresco dentro.

—Se paga buen precio por el castor, muy buen precio. Ahora —mencionó Summers.

—El precio da lo mismo cuando no se tienen los castores —afirmó tío Zeb mientras movía la boca para masticar bien la bola.

Los caballos pasaron trotando, levantando polvo, esquivándolos y bufando mientras pasaban junto a los hombres sentados. Tras ellos cabalgaban cuatro jinetes vestidos con los ponchos blancos que llevaban los trabajadores del fuerte.

—Echo de menos los tiempos en los que había castores por todos lados —dijo tío Zeb. Su voz se había vuelto más suave y se notaba un tono remoto en ella, como si el whisky hubiera empezado a hacerle efecto de una forma profunda y tranquila. ¿O, tal vez, sólo se debía a que estaba viejo y no era capaz de controlar sus emociones?—. Los echo de menos ahora. Por todos lados. En aquellos tiempos era un fracaso no atrapar un buen fardo de ellos. ¿Y ahora? —se calló a media frase, como si no existiera la palabra adecuada que un hombre pudiera pronunciar—. Mira —dijo, irguiéndose ligeramente—, dentro de cinco años no habrá más que piel de baja calidad, y ya está ocurriendo rápidamente. Tú, Boone, y tú, Deakins, si os quedáis aquí tendréis que patear la pradera, cazando pieles, persiguiendo búfalos y desollándolos, y viendo cómo también eso termina por perderse.

—No, en cinco años no —dijo Summers—. Más bien cincuenta.

—¡Ah! El castor ahora ya casi ha desaparecido. El búfalo es el siguiente. No habrá ni un

maldito toro dentro de cincuenta años. Veréis cómo aparecen surcos arados en las praderas y estableciéndose en ellas —se apoyó hacia delante, poniendo las manos arriba—. La gente se ríe de este desgraciado que os habla, pero sigue diciendo la verdad. No puede ser de otra manera. Sólo la Compañía envía veinticinco mil pieles de castor al año, y cuarenta mil pieles de búfalo, o más. Además, un montón de búfalos son sacrificados por cazadores y no son desollados, y un montón de pieles son usadas por los indios, y muchos se ahogan todas las primaveras. ¡Ah!

—Todavía hay mucho castor —respondió Summers—. Se tiene que buscar. No se les caza dentro de un fuerte, o mientras se está cazando carne.

—¡Amén y vete al infierno, Dick! Pero es difícil conseguir whisky siendo cazador. Dame un trago de tu botella. Tengo el gaznate *torriblemente* seco.

Boone escuchó su propia voz, que sonaba tensa y neutra.

—Esta tierra a mí todavía me parece virgen, virgen y bella.

En la creciente oscuridad, pudo sentir los ojos de tío Zeb clavados en él, mirándolo por debajo de sus frondosidades… unos ojos viejos y cansados que el whisky había surcado con ríos rojos.

—Nosotros vamos a seguir remontando —dijo Summers—, más allá del Milk, hacia territorio de pies negros.

—He oído hablar de ellos.

—¿Y bien?

—Este que te habla no está muy seguro, Dick. Es arriesgado… muy arriesgado, como ya sabes. Lo más probable es que acabéis muertos.

—Tenemos un montón de whisky, y pólvora, munición y armas, y abalorios, bermellón y ese tipo de cosas.

—¿Has visto a pies negros borrachos, Dick?

—Unos cuantos.

—Son malos. ¡Oh, por Dios, vaya si lo son! Y mentirosos y traicioneros. Pero tú ya sabes todo eso tan bien como yo. ¿Lleváis intérprete?

—Sólo yo. Sé un poco, y el lenguaje de los signos, claro. No tenemos suficientes pellejos de castor para un grupo de intérpretes.

—Creo que tú ya has esquivado a bastantes pies negros para saber cómo se las gastan.

—Hay un montón de pellejos de castor esperándonos allí.

—De nada sirven a un desgraciado muerto. Pasa la botella.

—¿Qué tal os lleváis tú y McKenzie?

—¡El *bourgeois* es un hijo de perra, con su elegante atuendo y sus manteles y esa nariz que apunta hacia el cielo como si uno apestase! ¿Sabías que los trabajadores no pueden sentarse a su mesa sin llevar puesta una chaqueta? ¡Y la compañía del alto copete exprime hasta la última gota de uno y me cobra lo que sólo Dios sabe por el matarratas que venden! McKenzie paga a este de aquí y este de aquí caza carne para él, pero ese es todo el trato que hay. Le cambio carne por whisky.

—Zeb —dijo Summers—, esto que te voy a contar hay que mantenerlo secreto como una tumba. No nos vendría nada bien que se supiera. No ahora.

—Mi boca no va corriendo a contarle cosas a los coyotes, ni borracha ni sobria.

—Tenemos a una pequeña squaw, hija de un jefe de los pies negros, ella dice que la raptaron los *crow* y que logró escapar. Una barca la recogió, casi muerta, y la llevó a San Luis el pasado otoño. La llevamos de regreso.

—Hum. Los indios no le dan tanto valor a las squaws.

—Los pies negros cuidan a sus pequeños por encima de todo.

—¿Una squaw?

—Lo sé, pero ¿aun así?

—Podría ser —tío Zeb se quedó en silencio durante lo que pareció un largo rato—. Este de aquí escuchó algo que contaban los indios *rock* sobre esa partida de *crow*. Gran Nutria… ¿no es ese el jefe?

—Ese es el nombre que ella pronunció. Tenemos muchas esperanzas puestas en ella, Zeb.

—Hum.

—Podremos comunicarnos bastante bien; ella ha aprendido un poco de la lengua del hombre blanco y yo sé algo de la lengua de los pies negros. Ella y yo juntos no necesitamos intérprete.

—A este de aquí no le gusta la idea.

—¿No te animarías a unirte a nosotros? Te daríamos una tajada, y no sería pequeña. Mejor que ser cazador de un fuerte.

En la oscuridad Boone pudo ver la cabeza de tío Zeb sacudiéndose.

—No es una opción, Dick. Ya no.

—Recuerdo cuando lo era.

A Boone le pareció que en la voz de tío Zeb se podía escuchar todo el tiempo del mundo.

—Ya no, viejo amigo. Ya no lo es más. Este de aquí no tiene miedo, como ya sabes, pero no vale la pena. La vida aquí es llevadera, y hay suficiente whisky aunque cueste un riñón.

—¿Qué sabes de los pies negros?

—Los *rock* dicen que están alejados del río, que han marchado al norte y al este tras los búfalos. Si fuera vosotros me dirigiría al río Marias, o por aquella zona, y construiría el fuerte, será más rápido que perseguirlos.

—Demasiado lejos. Nos llevaría un mes, aunque Jourdonnais desollara viva a la tripulación. Los búfalos y los pies negros estarían de vuelta antes de que pudiéramos establecernos.

—Ajá. Normalmente hay algunos indios alrededor del Marias todo el tiempo. En todo caso, construid rápido el fuerte.

—Eso es lo que este de aquí planeaba hacer. Un pequeño fuerte, rápido y listo para cuando regresen al río.

—Es una empresa arriesgada, lo mires por donde lo mires.

—¿Piensas que la Compañía podría estar interesada en meter la zarpa en este negocio?

—McKenzie tiene planes para los pies negros. Está fabricando medicina. Ahora lo está haciendo. En cuanto llegue el otoño o el invierno, comerciará con ellos, o lo intentará. Pero os dejará en paz, probablemente, pensando que los pies negros y los británicos ya se ocuparán de vosotros. Es astuto. No quiere que le señalen con el dedo, ahora que ya habéis remontado tan arriba.

—Dijo que podía enviar un barco para boicotearnos el negocio.

—En absoluto. No tiene suficientes hombres en estos momentos. Si este de aquí huele algo podrido antes de que rebaséis el Milk, os avisará de una u otra forma.

—Muy agradecido, amigo.

Tío Zeb se levantó vacilante, las rodillas le crujieron cuando las estiró.

—Si llegáis a parlamentar con ellos, preguntad por Pierna Grande de los *piegan*, y dadle un regalo, decidle que es de mi parte. Somos hermanos, eso dijo en una ocasión.

—Vaya, eso nos vendrá bien. Gracias otra vez.

Tío Zeb se alejó tambaleándose ligeramente y sin decir adiós. Los otros tres partieron en dirección al *Mandan*, despertando a los perros indios que comenzaron a ladrar de repente. Podían oír voces fuertes y risas y, en ocasiones, algunos vítores desde el interior del fuerte.

—Ya están dándole al licor —dijo Summers.

El ternero había dejado de berrear.

La cabeza de Boone daba vueltas con el whisky que había tomado. Era la primera vez que había aceptado beber en exceso desde hacía mucho tiempo.

—Supongo que tío Zeb se ha hecho viejo —dijo. Tras un silencio, añadió—: Sigue siendo una tierra hermosa.

Summers los conducía por campo abierto, alejándose del río.

—Y tanto que es hermosa —confirmó Deakins.

—Cuidado con las chumberas, te pueden atravesar los mocasines.

CAPÍTULO XIX

Ya estaba llegando el otoño al alto Missouri, el corto otoño norteño que llegaba y se marchaba como un pájaro en pleno vuelo. Salpicado del verde de los álamos, las hojas amarillas delatoras colgaban y se mecían sin vida en la brisa. Las bayas de color rojo sangre del *graisse de boeuf* centelleaban entre sus ramas plateadas. Con frecuencia hacía frío por las mañanas, y el día se iba calentando a medida que el sol iba subiendo en el horizonte y se derramaba por la tierra con un brillo dorado, y volvía a refrescar cuando culminaba su trayectoria y desaparecía en llamas entre las colinas.

Los hombres eran correosos y duros, y morenos como los pies negros que poblaban la mente de Jourdonnais. Día tras día les ordenaba bajar del barco antes de que el sol apareciera para que tirasen de la soga hasta que las colinas oscurecían y los rayos de luz se deslizaban pálidos por el agua, como un recuerdo del día. Ahora casi siempre tocaba arrastrar con cuerda, que era el último recurso, aunque también el más fiable, porque el viento pocas veces era propicio. Los hombres iban medio desnudos por las blandas orillas, hundiendo las piernas en el barro hasta las rodillas, hasta la entrepierna, y en ocasiones hasta la barriga. Chapoteaban en el barro, se metían en el agua o saltaban de un lado a otro por la corriente, cayendo en ocasiones y saliendo empapados y escupiendo agua pero sin parar de tirar. Donde el río lo permitía, saltaban al agua y empujaban el *Mandan* con las manos; cuando tenían que hacerlo, escalaban por las riberas como *grossecorne*.

Los hombres ahora formaban una buena tripulación, una tripulación que ni tan siquiera la Compañía podía vanagloriarse de tener, expertos en las reacciones del Missouri y la barcaza, fuertes y abnegados y no tan miedosos como antes, aunque la serpiente de cascabel seguía asustándoles, y el gran oso. Con ellos siempre iban Summers, Caudill o Deakins, para matar la serpiente y disparar al oso, y para detectar la presencia de los pies negros. No habían visto ni un solo indio desde Union hasta Milk y más allá… ni un solo *assiniboine*, ni un pies negros, ni ningún hombre de ningún tipo. Era como si el territorio estuviera desierto, a excepción de los alces y ciervos y búfalos y osos. Se les veía por todos lados, tras cada curva, en cada islote, en cada banco de arena… no las grandes manadas de búfalos que hacían que temblase la tierra, sino algunos errantes, tres o cuatro o una docena, husmeando en la hierba tierna, bebiendo en un arroyo. Los cazadores cazaban la suficiente carne para media docena de tripulaciones, y sólo recogían las partes más selectas clavándolas en el enorme par de cornamentas de alce que habían colocado en la proa. Por la noche y a primera hora de la mañana, los lobos aullaban junto a los restos que iban dejando por el camino. Por los salvajes prados los huesos se acumulaban, un esqueleto y luego otro, donde los indios y quizás los valientes *mountain men* habían descuartizado alguna pieza antes. *Mon Dieu*, ¡menuda tierra para la caza! Los cazadores de Kentucky no podían ser comedidos. Se despertaban ansiosos cada mañana por cazar más búfalos, más alces y ciervos y carneros de las Rocosas, para regresar más tarde portando la carne roja colgada por todo el cuerpo y tal vez con la cabeza y zarpas de un oso o el áspero pellejo de una serpiente de cascabel con la cabeza aplastada.

El *Mandan* siguió remontando, el caudal del río decreció y la tierra se elevó adoptando formas increíbles, como castillos y ruinas que los viejos recordaban de Francia, como fuertes y almenas,

como siluetas que uno sólo podía ver cuando sufría fiebres o locura. Amarillo, rojo y blanco por las orillas, y los reflejos de los rayos del sol y, por encima y más allá, la pradera, la extensa planicie ondulante, ahora amarilla y seca, de manera que hasta un simple lobo dejaba un perdurable rastro de polvo. Una tierra extensa, salvaje y solitaria, demasiado grande, demasiado vacía. Hacía que la mente se sintiera pequeña y el corazón encogido y el estómago tenso, extendiéndose salvaje y remota bajo un cielo tan inmenso como el que hizo al primer hombre temerlo. Eran las pequeñas cosas lo que le hacían a uno sentirse a gusto en el mundo, lo que le hacían feliz y despreocupado; vecinos a los que saludar y cenas en una mesa y una buena mujer a la que amar, y la taberna y el fuego y las charlas intrascendentes, y paredes y techos para dejar fuera a los enemigos de Dios, abriendo la puerta tan sólo un resquicio lo suficientemente pequeño para que el pecador siguiera siendo cristiano.

Con frecuencia a Jourdonnais le invadía el desánimo y su voz se volvía áspera y sus maneras rudas. En esos momentos le parecía que ni tan siquiera el Buen Señor podría ayudarle. Para tener éxito, todo debía salir bien en el momento adecuado: los indios debían mantenerse alejados hasta que hubieran construido el fuerte; debían llegar cuando estuviera ya listo y traer buenas pieles… de castor y nutria y visón; debían hacer una transacción rápida y marcharse, antes de que el hielo cerrase el río. ¿Cómo podría saber si los pies negros traían pieles? Tal vez pasaran antes por Fort Pradera y comerciaran con los británicos. ¿Cuánto tardarían en construir el fuerte? ¿Dos semanas? ¿Tres? ¿Más? ¿Cómo lograr mantener la paz con los indios? ¿Cómo evitar que subieran al barco? ¿Cómo evitar que asaltaran el fuerte, si es que lograban construir finalmente el fuerte? ¿Cómo controlarlos cuando se emborrachasen? ¿Cómo avisarlos cuando todo estuviera listo? ¿Cómo evitar que dispararan ninguna bala ni flecha hasta darles a conocer a Ojos de Cerceta?

Cuando sus pensamientos se ensombrecían se forzaba a pensar en Ojos de Cerceta, que ahora era como un grillo, feliz y activa, siempre vigilante y hablando consigo misma, con la expresión en el rostro de alguien que regresa al hogar y que ve la entrada recordada, o la vieja cerca, o la casa entre árboles después de un largo tiempo fuera. La hija de Gran Nutria regresando a la casa de su padre. La hija que era devuelta a su hogar por el hermano blanco. Sí, si la nación lo deseaba, él, Jourdonnais, el hermano blanco, mantendría un puesto entre ellos y enviaría no sólo un barco, sino dos y tal vez tres cada estación del año, y quizás construyera más puestos para que los pies negros no tuvieran que desplazarse lejos. Que ellos le trajeran todas sus pieles de castor, y él les suministraría paños y pinturas y cuentas azul celeste y pólvora y municiones y alcohol y todo lo que hacía que una nación fuera feliz y grande.

¡La pequeña Ojos de Cerceta, como un pájaro, como un polluelo saltarín! Tal vez ese viaje no fuera simplemente una sola apuesta por unos cuantos miles de dólares, por un cargamento de buenas pieles y nada más, sino el comienzo de una gran empresa comercial, como la Americana o la Hudson’s Bay, comerciando con buenas pieles y, a su debido tiempo, con pieles y lenguas de búfalo. Quizás, finalmente llevara una de esas camisas con volantes en el pecho y la gente a su alrededor estuviera pendiente de cada una de sus palabras. *Peut-être. Peut-être.*

¡La pequeña squaw, con los ojos como los de una cerceta de alas azules! ¡Y de qué manera luchó el joven Caudill cuando Chouquette intentó escabullirse por la maleza tras ella! Había un fuego en sus ojos y una expresión atormentada en su rostro, y apenas pronunció palabra.

Chouquette era un hombre grueso y fuerte, astuto en las peleas, que utilizaba puños y rodillas y pulgares y, si era necesario, el cuchillo, pero no tuvo nada que hacer frente a la furia del otro. Incluso el cuchillo le falló; Caudill se lo arrebató de una patada cuando lo sacó e intentó clavárselo. Y al final, ante aquellas llamas en los ojos y la tormenta en su rostro, gritó pidiendo clemencia. Era bueno, pensó Jourdonnais, tener a otro para proteger a Ojos de Cerceta, pero seguía asombrándole que alguien que apenas miraba a la squaw, y cuando lo hacía era con rostro impasible, hubiera luchado de aquella manera por ella. Se encogió de hombros mentalmente, diciéndose a sí mismo que las reacciones de los americanos eran a menudo extrañas.

A pesar de la ausencia de indios, Summers y él iban con más cuidado que antes. Ahora hacían los turnos una pareja de hombres, y por las noches amarraban el *Mandan* en la orilla sur, lejos del margen donde pensaban que transitaban los pies negros. El cañón giratorio siempre apuntaba hacia la orilla. La tripulación dormía a bordo, apiñados a proa y popa, a excepción de un pequeño espacio alrededor del cubículo de Ojos de Cerceta, donde él o Summers se tumbaban.

Los hombres parecían cadáveres, con sus mantas echadas sobre las cabezas para protegerse contra los mosquitos que formaban nubes alrededor de sus cabezas, de día y de noche, a menos que soplase el viento o refrescase. Los mosquitos brotaban de los sauces durante las horas del día, y de la hierba cubierta de juncos que las piernas de los barqueros agitaban; se desplazaban en riadas como hilos de humo y se apiñaban formando remolinos sobre las cabezas de los hombres. Dejaban que uno se encendiera la pipa o cargara el rifle y, antes de que hubiera acabado, volvían a cubrirle las manos y la cara. Acosaban a los hombres que tiraban de la soga, y estos se cubrían la piel con una gruesa capa de barro, y aprendieron a apartarlos con una mano mientras tiraban de la cuerda con la otra sin apenas perder el paso. Sólo los saltamontes igualaban en número a los mosquitos, una alfombra en movimiento sobre la hierba descolorida de las riberas; pero los saltamontes no molestaban, sólo cuando una ráfaga de viento los arrastraba y golpeaban el rostro de los hombres. Sólo se arrastraban o volaban chirriando y mostrando sus alas rojas o amarillas salpicadas de motas negras.

¿Este lugar, Summers? *Non?* Está despejado y detrás hay madera suficiente para el fuerte en el bosque. *Non?* Piensas que la colina está demasiado cerca y que los indios podrían disparar al interior de las empalizadas. El tiempo corre, Summers. ¿Orilla sur o norte? ¿Da igual? ¿Aquí, tal vez? Es un hermoso lugar. *Non?* ¿Este de aquí, entonces? *Mon Dieu*, ¡no tenemos toda la eternidad! Lleva un tiempo construir un fuerte y comerciar. ¿Otro día más, crees? ¿Dos? ¿Cuántos? *Enfant degarce!* ¿Aquí? ¿Aquí? ¡Ah, bien, por fin!

Ya llevaban dieciocho días desde que partieron de Fort Union, remontando un afluente que Summers pensaba que era el Teapot Creek. El dedo del cazador había señalado hacia una pequeña planicie que se extendía sin un solo árbol en unas doscientas yardas o más.

—Es la mejor opción. El terreno está suficientemente despejado a los lados, y los árboles de atrás no están demasiado cerca, pero lo suficiente para proporcionarnos madera. Además, no hay colinas demasiado cerca como para preocuparnos.

—¡Bien! ¡Bien! —Jourdonnais dejó escapar todo el aire de sus pulmones, permitiendo relajarse durante unos minutos, pero sólo unos minutos. Miró al sol—. Tenemos tiempo para empezar.

—Es la hora de empezar a fortificarse —dijo Summers asintiendo; a continuación se dirigió a proa y ajustó el cañón giratorio.

Amarraron la embarcación y la tripulación bajó a la orilla. En primer lugar se repartió pólvora y municiones. A continuación, Summers examinó las colinas con el catalejo.

—Empezaré a distribuir el trabajo. ¡Caudill! ¡Deakins! Echad un vistazo allá arriba —y luego se dirigió a la tripulación—: Colocaremos los rifles donde los tengamos a mano —y ordenó a los barqueros que arrastraran los troncos caídos y los apilaran cerca de la orilla para formar así un cerco bajo de tres lados que se abriese hacia el río—. Los indios me enseñaron esto. Es de gran ayuda en caso de que haya algún ataque.

Se estaba haciendo de noche cuando terminaron. Pambrun estaba calentando comida en la hoguera que había encendido sobre el contenedor de carga.

—Será mejor alejar la barcaza de la orilla —dijo Summers, escudriñando la colinas—. No cuesta nada asegurarse —silbó para llamar a Caudill y Deakins, imitando el trino de dos tonos del zarapito—. Mañana podemos ponernos a trabajar en un fuerte lo suficientemente seguro.

—*Oui*…

Jourdonnais se sentía por fin más aliviado de lo que se había sentido durante días. Notaba que la confianza iba creciendo en su interior, como si se hubiera tomado un gran trago de buen brandy. En dos semanas, sin lugar a dudas, podían construir el fuerte y estar preparados. Se imaginó a los indios bajando en riadas por las colinas, estrechando las manos de los hombres blancos que habían traído a uno de los suyos de regreso a casa. Se imaginó un comercio rápido y pacífico, muchas pieles finas, dinero. Mientras el *Mandan* atracaba en la orilla sur, miró a Ojos de Cerceta y sonrió. Ahora ella era como uno más. Aunque no se sentía totalmente cómoda en compañía del resto, sí mostraba una especie de confianza tímida y vigilante, como una criatura salvaje casi domada. Ella hablaría a favor del hombre blanco, eso estaba claro, a favor del comerciante que la había llevado recorriendo aquella larga distancia, que se había asegurado de su bienestar. Ella era una buena chica y muy bonita, con cabello negro y un rostro ovalado y bonitos ojos. Casi odiaba tener que entregarla, incluso aunque fuera a cambio de pellejos.

Se fue a dormir pensando en ella y en los pellejos y el dinero y la nueva casa y con la sensación de estar al borde de cosas que podrían hacerse realidad, como una gran compañía comercial que disfrutara en exclusiva de trato comercial con los pies negros.

Cuando se despertó por la mañana, Ojos de Cerceta había desaparecido.

Todos los días, antes de que Jourdonnais les permitiera alejarse de la orilla sur, Summers abandonaba el barco con el catalejo mientras Jourdonnais esperaba hecho un manojo de nervios, paseándose de un lado a otro de la orilla o en cubierta, mirando al río, hacia la creciente masa de postes de madera de álamo, vigilando río arriba y río abajo, esperando ver a Summers de regreso y maldiciendo en francés por tener que esperar.

Boone exploraba mientras los hombres trabajaban; él, Deakins y Summers se encargaban de la búsqueda… Boone río arriba, Deakins río abajo y Summers en dirección opuesta al río, hacia la quebrada que desembocaba en la pequeña pradera donde estaban construyendo el fuerte. Con

frecuencia, cuando las llanuras parecían estar en calma y uno no podía ver por ningún sitio las nubes de polvo que podrían indicar la presencia de búfalos o de indios, cualquiera de los tres acudía y echaba una mano. Cazaban carne cuando la necesitaban, pero principalmente a última hora de la tarde, cuando los hombres descansaban y las posibilidades de atraer la atención de los indios eran menores.

Un poco más de la mitad de la tripulación trabajaba talando árboles que crecían en la quebrada, cortando álamos, podando las ramas más grandes y las más altas y cargando los troncos hasta donde se acumulaba el resto, cerca de la orilla, para que fueran tallados en forma de estaca y clavados más tarde en la trinchera que habían escavado. Uno de cada cinco hombres portaba un rifle. Los rifles de los otros estaban guardados detrás del parapeto de tres lados que habían construido. Los hombres estaban atareados desde el amanecer hasta el anochecer, trabajando como negros mientras maldecían y sudaban bajo el sol de otoño, dirigidos por la ronca voz de Jourdonnais y espoleados por este, también, porque él mismo asumía el trabajo de tres hombres ayudando a cortar, a podar o a dar forma. Desde que Ojos de Cerceta escapó era como un hombre afectado por la fiebre. Su rostro duro y cuadrado ya no sonreía. Cuando sus dientes brillaban bajo el negro bigote era porque maldecía a los hombres o invocaba a Dios para que comprobara con lo que tenía que lidiar. Los hombres gruñían y con frecuencia le insultaban, y la ira brillaba negra en sus ojos, pero le obedecían, tal vez por miedo a enfrentarse a él o a huir, tal vez conscientes de que les convenía más quedarse con él a pesar de su malhumor.

—Si vienen los indios —les había dicho Summers mientras paseaba la mirada de un par de ojos a otro—, poneos aquí junto a los troncos y agarrad un rifle. Tirad a dar. El ruido no mata indios. Podemos mantener a raya a un montón de pies negros si lo hacéis bien.

Echado sobre cubierta, o haciendo guardia de noche, o vigilando en busca de alguna señal de indios durante el día, Boone frecuentemente pensaba en Ojos de Cerceta. Las cosas no parecían lo mismo sin ella, a pesar de que no era más que una *papoose*. ¿Por qué había huido? ¿Había regresado a su hogar con su padre? Summers intentó encontrar su rastro aquella primera mañana, pero regresó sacudiendo la cabeza.

—Simplemente se ha esfumado. Lo ha hecho. No hay nadie que pueda rastrearla, creo.

Los músculos del mentón de Jourdonnais se tensaron marcándose en su rostro.

—Alguien pagará por esto —prometió—. Alguien que se durmió en su guardia dejó que escapara. Lo averiguaré.

—Nunca la vigilamos para que no escapara —le recordó Summers—. Nadie tiene más culpa que nosotros mismos.

Desde una loma sobre el río, Boone podía ver a los hombres trabajando y los árboles talados yaciendo desnudos junto a la orilla. Le llegaba la voz de Jourdonnais, tenue en la distancia, pero aun así repleta de furia.

—¡Tú, Chouquette! ¡Tú, Lassereau! ¿Os pensáis que tenemos un año para construir el fuerte? ¡Maldita sea!

Boone podía otear las crestas de las colinas desnudas en la orilla norte, y hacia el sur al otro lado del río hasta la cumbre de la ladera, y más allá, donde se extendía la amarilla pradera. Jourdonnais y los hombres y las hachas mordiendo la madera eran los únicos sonidos del mundo, a

excepción de algún que otro pájaro, y a última hora de la tarde los chotacabras gimoteaban hacia el profundo cielo. Se preguntó si Ojos de Cerceta también los estaría oyendo. Se preguntó si volvería a verla otra vez. Mantenía los ojos ocupados durante todo el tiempo, intentando detectar algún movimiento, buscando color, buscando algo fuera de lugar. Un rato después continuaba, río abajo, tal vez, buscando pisadas de mocasines, o arriba en la llanura donde pasaba la mayor parte del tiempo, atento por si veía alguna espiral de polvo en movimiento. Cuando el sol se escondía regresaba al barco, observando desde la elevación el perezoso hilo de humo que brotaba de la hoguera de Pambrun en el contenedor de carga.

Cuando Summers regresó con el catalejo la tercera mañana de su búsqueda, se llevó a Jourdonnais a un rincón y luego hizo una señal a Boone y a Deakins.

—Algo que este de aquí no ha podido averiguar de qué se trata, por el sur.

—¿Y bien?

—Una nube de polvo se dirige hacia aquí. Tal vez tan sólo sean búfalos, tal vez indios. Será mejor que lo compruebe.

—Cruzaremos a la otra orilla sin ti —sugirió Jourdonnais—. Nunca lograremos acabar el fuerte esperando.

Summers asintió.

—Mantened los ojos bien abiertos. Id, ahora.

Jourdonnais sacó un puro y mordió la punta, olvidándose de encenderlo.

—Estoy pensando que será mejor que Caudill y Deakins exploren el terreno antes de que hagas bajar a la tripulación —dijo Summers, y a continuación se giró, se alejó y se perdió de vista entre la maleza.

Remaron hasta la otra orilla, perdiendo algo de terreno por la corriente y luego tiraron de la barcaza río arriba con la cuerda. Boone y Jim saltaron a la orilla. El sol acababa de remontar las colinas y brillaba redondo como un plato. El frío se elevaba sobre la superficie del río en finas líneas de vapor.

—Regresaremos en cuanto echemos un vistazo.

—¡Id! ¡Id ya! —la voz de Jourdonnais sonó áspera—. Nosotros estaremos bien.

Boone se dirigió al bosque en la parte de atrás del claro, y por el rabillo del ojo vio a Jim dirigiéndose río abajo. La hierba estaba empapada de rocío. Las cosas tenían el aspecto que siempre habían tenido. Allí estaba el enorme álamo, con una rama partida festoneada de hojas amarillas, la baya de búfalo luciendo plateada y roja, la senda de caza que conducía al bosque, marcada con huellas frescas nocturnas. Una ardilla a rayas jugueteaba a un trecho frente a él.

La primera señal que percibió de que las cosas no iban bien fue un pequeño crujido en un matorral a unas cien yardas o más, un manchón marrón que se perdió de vista y que podría no haber sido nada. Vio una nube de humo negro, sintió que tiraban con fuerza de su hombro, cerca de su cuello, y escuchó el chasquido de un rifle. Luego, la quietud del bosque se transformó en bullicio. De detrás de los árboles y arbustos y matorrales saltaron indios, aullando. Los vio en un confuso y fugaz momento, con sus penachos de plumas y sus sacos de medicina brincando, los rostros pintados de rojo y negro, las bocas abiertas, las armas humeantes, y la tensa madera de los arcos combándose hacia las cuerdas. Escuchó balas silbando y la vibración de las flechas. Y

entonces hizo lo que le habían dicho que debía hacer. Dejó escapar un fuerte grito de alarma, se volvió y corrió hacia el parapeto. Frente a él la tripulación huyó en estampida como pollos jóvenes corriendo sin cabeza. Uno de ellos adelantó al resto y llegó al barco.

Boone se tiró detrás de los troncos, rodó hacia un lado, apoyó el rifle, apretó el gatillo y vio a un indio corpulento tropezar y caer de bruces. Los indios no estaban a más de cincuenta yardas, los que se encontraban más cerca. El tiro les hizo aminorar el paso, pero siguieron avanzando. Jourdonnais se tumbó junto a él, y Romaine, apuntando con el rifle. La voz de Jourdonnais sonó por encima de los gritos de los indios, llamando a la tripulación para que fueran a ayudar. Su rifle escupió una nube de humo. Boone extendió el brazo para coger un arma cargada. El rifle de Romaine explotó en su oído. Boone volvió a disparar. La oleada de indios se detuvo, y de repente ya no había ninguna oleada… tan sólo quedaba el penacho que asomaba entre la hierba, o el pellejo oscuro de una cabellera sobre un montículo y los cañones de los mosquetes que sobresalían y las flechas listas en los arcos.

—*Non! Non!* —Jourdonnais gritaba como si le atormentara un terrible dolor. Jourdonnais, medio girado y gritando a la tripulación. Boone vio por el rabillo del ojo que saltaban al agua y subían salvajemente a bordo del *Mandan*. Alguien había cortado las amarras.

El barco se alejaba río abajo con la corriente.

—*Non! Non!* ¡Virgen Santa!

Era como si lo único que le importase a Jourdonnais fuera el barco. Era como si el barco tirase de sus rodillas, de sus pies, de todo su cuerpo. Comenzó a correr tras él.

—¡Romaine! —gritó sobre su hombro.

Alguien a bordo detonó el cañón giratorio. La explosión rebotó en las colinas, barriendo el resto de sonidos, deteniendo a los reptantes indios sobre la hierba. Boone miró a su espalda, Jourdonnais se tambaleó, se veía un enorme agujero en su pecho. Cayó con los brazos y piernas extendidos. No había nadie en el parapeto ahora, sólo Boone. Disparó una vez más, dejó caer el rifle y se escabulló hacia la orilla, vigilando a sus espaldas a los indios que se levantaban. Los gritos martilleaban sus oídos. Romaine estaba a cuatro patas y la mitad de la punta de una flecha sobresalía de su espalda. Hizo una señal a Boone con un gesto débil y desesperado de la mano, tras lo cual se quedó con la cabeza boca abajo sobre la hierba.

Algo advirtió a Boone que se mantuviera alejado del barco. Corrió, escuchando los disparos de los fusiles y el susurro de las plumas de las flechas, y se sumergió en el río, girando río arriba después de entrar en el agua, para así mantenerse cerca de la orilla, nadando bajo la superficie hasta que le pareció que los pulmones le iban a reventar. Se volvió y dejó que la boca sobresaliera del agua en busca de aire y volvió a sumergirse, nadando con brazos y piernas mientras el aire atrapado en sus pulmones se iba consumiendo. Las ramas le arañaban los brazos y el pecho, y se impulsó suavemente hacia arriba dejando que la cabeza sobresaliera entre el follaje de un árbol caído. Vio cuerpos que yacían hechos un ovillo o con los miembros extendidos sobre la cubierta. El aire estaba lleno de un salvaje griterío que el agua acalló cuando volvió a sumergirse. Entonces sólo oía el murmullo del río en los oídos. Volvió a emerger y a sumergirse y a nadar de nuevo y emerger y a sumergirse y nadar. Un rato más tarde los gritos de los indios comenzaron a sonar distantes. Boone se arrastró hasta la orilla, introduciéndose en un espeso bosquecillo de sauces

rojos, y se quedó allí sentado durante un largo rato, vigilando a través de la cortina de ramas. Ya había acabado todo, a excepción de los gritos y los saltos y el sonido de los fusiles disparando a los cadáveres. Cuando los indios pasaban junto al cuerpo de Jourdonnais o el enorme bulto que había sido Romaine, señalaban y disparaban, o se arrodillaban y golpeaban las cabezas con piedras. Boone supuso que eran cabelleras lo que sacudían por encima de sus cabezas. Squaws y niños desnudos habían salido en tropel del bosque como polluelos acudiendo a la llamada de una gallina. Estos comenzaron a golpear los cuerpos también, apuntando principalmente a la entrepierna. Una squaw con un cuchillo comenzó a rebanar la cabellera de Romaine, y más tarde la sostuvo en alto para que todos la contemplaran.

El *Mandan* había sido arrimado a la orilla de nuevo. Boone no podía ver los cuerpos por la cantidad de indios que había a bordo. Sin embargo, no había duda de que todos los hombres habían muerto a tiros o cortados en pedazos con los *tomahawks* que vio levantados. Arriba en el mástil colgaba Puma, con su pelaje negro erizado. Algunos de los indios llevaban el rostro pintado con carbón negro.

Boone se hurgó el agujero junto al cuello que le había abierto la bala. No sentía nada alrededor. La sangre se había derramado y le había dejado una mancha acuosa en el pecho. Se alejó a rastras sintiendo un frío intenso, por dentro y por fuera, pensando en gentes que reventaban la cabeza de un hombre a golpes o le cortaban su miembro una vez muerto. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Sus mojados mocasines de ante le irritaban la piel. Deseó tener su rifle con él.

El curso del río viraba suavemente a la izquierda, dejando a los indios a la vista siempre que Boone asomaba la cabeza entre la maleza de la orilla. Seguían gritando, seguían disparando y brincando. Vio que uno de ellos se llevaba un barril. Estaría seguro durante un tiempo, pensó. No se apartarían del barco hasta terminar con todo el whisky. Miró al otro lado del río con la esperanza de poder ver a Summers. ¿Habría logrado salvarse Jim? Estaba río abajo alejado de la refriega. Jim parecía lejano, como alguien que hubiera conocido mucho tiempo atrás. No podía imaginar su rostro completo en su mente. Podía ver sus ojos azules y el cabello rojo y la boca sonriente, pero no podía unir unas partes con otras para formar el rostro de Jim.

Siguió avanzando tan sigilosamente como podía. No parecía notar las picaduras de los mosquitos, capaces de encontrarle a uno hasta en el infierno. El sol salió y volvió a bajar. La lengua de tierra que bordeaba la curva del río ocultó a los indios de su rango de visión, pero todavía podía oírlos. Un poco después tan sólo eran un débil eco. ¿Fue, quizás, Ojos de Cerceta la que avisó a los indios de su posición? Poco importaba, pensó. El sol se ocultó tras las colinas y el aire se calmó como el cristal y el cielo profundo. Cuando se detuvo, el silencio parecía susurrar por encima del zumbido de los mosquitos y el rumor del agua. Se acomodó sobre unos arbustos espesos y se tumbó con la cabeza sobre el brazo, sintiéndose vacío y abandonado como un saco. Un pájaro se posó en una rama y durante un largo rato lo observó con sus redondos ojos, y a continuación pareció perder el interés y siguió con sus tareas como si Boone no estuviera allí. Este escuchó el silencio y los mosquitos y el río. Poco a poco recordó que estaba escuchando algo más, algo desde muy lejos al otro lado del agua, algo que ya había escuchado antes, en otro tiempo de su vida. Era un silbido nítido y cada vez más fuerte, como el trino de dos tonos de los zarapitos.

TERCERA PARTE

1837

CAPÍTULO XX

El viento que soplaba desde las montañas era cálido y caprichoso. En ocasiones sonaba a aullido agudo e invernal entre las ramas de los árboles, y a continuación amainaba y no era más que un susurro que el oído no captaba a menos que prestara atención. Cuando amainaba, Boone podía oír el agua goteando en la oscuridad de las ramas congeladas y de la pared de roca que se alzaba justo detrás del campamento. El viento soplaba la mayor parte del tiempo en este territorio, saliendo a presión de los cañones o deslizándose por las altas planicies, hasta que uno se acostumbraba a él y apenas le prestaba atención, excepto en ciertas ocasiones de noche, cuando se despertaba y escuchaba su salvaje y triste canción y se hundía aún más bajo las sábanas y la manta de piel de búfalo, sintiéndose de alguna manera seguro y bien. Poco a poco el sueño volvía a apoderarse de él y el viento se transformaba en un río que fluía y corría junto a sus sueños.

Fuera del círculo del campamento, con su vórtice de fuego, la tierra nevada parecía desvanecerse en la oscuridad que manaba del suelo, o caía del cielo, o se expandía, dependiendo de cómo se mirase. Al oeste las montañas dibujaban una línea irregular en el cielo nocturno.

Summers alargó el brazo, sacó una rama del fuego y encendió la pipa; su rostro curtido brilló rojizo cuando inhaló de la boquilla. Se había quitado la gorra y el reflejo del fuego danzaba en su cabello destacando las canas que lo cubrían. Jim roía un hueso.

—Ya se va acercando el momento de ponerse a la faena —farfulló Jim por la comisura de los labios.

Summers removió su trasero sobre la calavera de carnero en la que estaba sentado y apoyó los codos en los cuernos que se arqueaban hacia arriba por ambos lados, como si fueran los brazos de un sillón. Parecía que su cabello iba encaneciendo día a día, o tal vez, simplemente, las canas destacaban más ahora que llevaba el pelo hasta los hombros.

—Todavía no es primavera, creo. Aún nos pegará un zarpazo más el invierno —y fumó lentamente de su pipa, observando el fuego.

—Nunca brilla demasiado pronto la hierba para mí —dijo Boone, mientras rebanaba con su cuchillo a lo largo la rama de álamo que sostenía entre las rodillas. La corteza se desprendió formando una larga y flexible viruta. Cortó la viruta transversalmente en trozos más pequeños y los lanzó sobre una pequeña pila para alimentar a los caballos por la mañana—. Los caballos comen tanta corteza que sólo uno de ellos bastaría para hacer funcionar un barco de vapor.

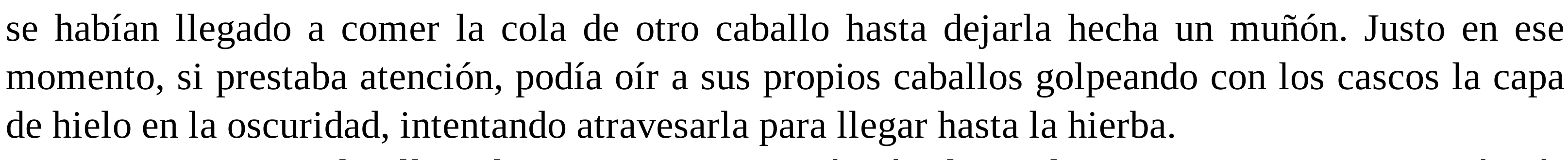
—Tenemos que llegar antes que el resto —dijo Jim.

—Llegaremos —respondió Summers—. Si no es al río Wind o al Grey Bull o al Popo Agie, será a otro lugar.

—Podrían acabar con la caza.

—Encontraremos castores. Siempre los encontramos.

Si uno apartaba los ojos del fuego y los dirigía al cielo, las estrellas parecían aproximarse y brillar con más intensidad y de forma constante. El Carro destacaba en el cielo, y su cola señalaba hacia la Estrella Polar, que era pequeña pero despedía un brillo más estable que el resto, sin titilar como las otras. Boone bajó la mirada y retomó su tarea. Recogió otro palo y comenzó a pelarlo. Uno debía mantener a sus monturas en forma. Había visto caballos que pasaban tanta hambre que


se habían llegado a comer la cola de otro caballo hasta dejarla hecha un muñón. Justo en ese momento, si prestaba atención, podía oír a sus propios caballos golpeando con los cascos la capa de hielo en la oscuridad, intentando atravesarla para llegar hasta la hierba.

—Supongo que el pellejo de castor no se pagará más alto —dijo Jim—, ni tampoco será más abundante.

—No veremos ningún pellejo de doce dólares, creo —dijo Summers al tiempo que se ponía de pie—, como lo que se pagaba en otro tiempo en Fort Clark. Una ganga como esa no podía durar mucho.

—La maldita Compañía nos tiene bien cogidos por nuestras partes, desde que Fitzpatrick y Bridger se les unieron. No hay nadie que pueda hacerles sombra. Eso es lo que está acabando con los castores.

—Eso —dijo Summers, asintiendo—, y que los londinenses se hayan puesto a fabricar sombreros de seda, si los rumores son ciertos.

—Volverán a usar los sombreros de castor —replicó Boone; llevaba oyendo ese tipo de comentarios desde hacía dos inviernos o más—. No está todo acabado. Ya veréis.

—Tengo un terrenito en Independence, en el Estado de Missouri, si es que aún sigue allí —comentó Summers como si no estuviera hablando con ellos, sino pensándolo para sus adentros.

—No me importan tanto los castores. Al menos, a mí no —dijo Boone—. Sólo necesito los suficientes pellejos para poder conseguir tabaco, pólvora, municiones y, en ocasiones, whisky.

—Lo único que desea Boone es un trozo de panceta y una hoguera, y estar alejado de la gente.

Sonaba bastante bien, pensó Boone. ¿Qué otra cosa podía desear un hombre además de huesos rebosando tuétano y costillas y una hoguera para mantenerse caliente y una tierra libre para moverse? Hacía falta mucho para poder superar un lugar en el que se podía cazar un búfalo cada día casi sin buscarlo, y llevarse sólo las mejores partes y dejar el resto a los lobos. ¿Qué otra cosa podía uno desear, aparte de una buena squaw que se ocupase del campamento y se acostase con él de noche?

—A uno le invade cierta sensación cuando van acumulándose los años sobre su espalda —continuó Summers, todavía como si estuviera hablando consigo mismo—. A veces, ya no está tan fresco por la mañana, y por la noche tiene que estar constantemente rodando sobre un costado para soltar alguna meada, y le duelen los huesos, y cada vez es más consciente de que, si continúa, perderá la cabellera.

—Llevas con esa monserga Dios sabe cuánto tiempo ya, Dick —se quejó Boone; Summers no respondió y Boone continuó—: Si regresas allí, no van a tener suficientes cuerdas para atarte y que te quedes. Todavía sigues teniendo la misma vitalidad que un cachorrillo setter, apuntando con el hocico a cualquier cosa que menee la cola.

La mención a Dios hizo que Jim se animara, como siempre ocurría. Pasó las manos por detrás de la cabeza y se apoyó contra un tronco.

—Supongo que a Dios no le gusta que uno aspire a llegar demasiado alto. En cuanto uno se excede en sus aspiraciones, Dios le envía algún castigo. Supongo que Él piensa que nadie tiene el derecho a sentirse grande, aparte de Él Mismo. Sólo hay espacio en el charco para una rana grande. Tal vez por eso nosotros tres todavía estamos vivos y coleando; no tenemos ninguna

aspiración, sólo conservar nuestras cabelleras en su sitio y nuestras barrigas llenas, y poder ir a alguna *rendezvous* o tal vez a Taos. Nada de eso puede molestar a Dios.

Summers no parecía escucharlo. Se limitaba a mirar el fuego con los ojos entrecerrados como hacía con bastante frecuencia últimamente. Boone comenzó a pelar otra vara de álamo.

—Por ejemplo, como Jourdonnais —arguyó Jim—. Se pensaba que iba a poder ser un gran nabab. Eso pensaba, hasta que Dios le cortó las alas.

—A McKenzie no le fue tan mal.

—Sólo durante un tiempo, Boone. Luego el gobierno descubrió que estaba fabricando whisky en Union, y ya no se ha vuelto a oír hablar de McKenzie. Supongo que fue la mano de Dios actuando a través del gobierno.

—Además, era un licor de lo más decente —dijo Summers, removiéndose en su asiento—. Muchísimo mejor que muchos otros. Pero parece poco probable que Dios tuviera algo que ver con ello; aún no está metido en el negocio de licores. Este de aquí desearía con toda su alma tener una petaca de licor ahora mismo.

—No falta tanto para la *rendezvous* —Jim se pasó la lengua por los labios—. Eso es para lo que vivo, para la *rendezvous*. Whisky y juegos de mano, y las bonitas jóvenes indias, tuyas por tan sólo un trozo de tela, o un cascabel o un cuchillo del Green River para su hombre. ¡Jesús!

—Las cosas no parece que vayan a ir tan bien —respondió Summers—. No ahora que Bonneville regresó al ejército y Wyeth a Boston. Habrá un montón de indios, pero no mucha mercancía ni tanto dinero. Ni tantos tramperos, tampoco, después de todos los que lo han abandonado.

—¿Recuerdas cómo los indios *snake* miraban asombrados la cabeza calva de Bonneville, preguntándose si se había rasurado el pelo a propósito para que no pudieran arrancarle la cabellera? —Jim se rio.

—Conseguimos suficientes castores —le respondió Boone a Summers.

—Viajando solos. Arriesgándonos. Con pequeñas trampas y en silencio, aún se puede atrapar algún castor, si uno no pierde la cabellera antes.

—Pero se pierde algo de diversión —dijo Jim con la mirada fija en Boone—. No nos habría perjudicado en absoluto si hubiéramos pasado el invierno en la *rendezvous* con los hombres de Bridger en el Yellowstone.

—Estoy bien aquí —respondió Boone.

Y estaba bien allí desde hacía mucho tiempo, viviendo junto a los arroyos y en las colinas… tanto tiempo que le parecía haber estado allí desde siempre. Jim perdía los nervios constantemente y siempre quería partir hacia San Luis o Taos o a cualquier lugar donde hubiera gente. Taos estaba bien las veces que Boone estuvo allí; siguió a Jim y a Summers en una o dos ocasiones. Y tal vez San Luis también estaba bien si uno sólo se quedaba allí el suficiente tiempo para remojarse el gaznate y no se metía en problemas con la ley; pero en una ocasión, cuando ya había decidido ir con Jim y Summers, regresó a los asentamientos al sentirse extraño e incómodo y enjaulado.

Esa vida le sentaba bien desde hacía mucho tiempo, a excepción de las semanas que pasó caminando y esquivando a los pies negros después de que Jourdonnais y la tripulación cayeran. De vez en cuando aquellos días regresaban a su mente, tan reales como si acabaran de pasar, y

escuchaba entonces el trino del zarapito que llegaba desde la otra orilla del río y que tuvo miedo de responder, y se veía a sí mismo arrastrando las piernas río arriba por el margen del río hasta encontrar un tronco para subirse en él y empujarse hacia la otra orilla. Summers y Jim lo habían visto acercarse, lo pescaron del río, lo alejaron de allí un trecho y pararon un poco después tras unos matorrales donde Summers pudo echar una ojeada a la herida que tenía en el cuello.

Escuchó a lo lejos la voz de Summers, grave y amistosa, y con un tono un tanto jocoso.

—Un balín de mosquete no va a matarte, amigo. Esto no es nada. He visto agujeros así causados por simples espinos.

Los ojos de Summers sonreían. Boone miró sus pupilas grises y por encima de la cabeza inclinada de Summers vio el cielo apagándose en la noche. Pensó que debía sonreír ante el comentario, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

Cuando echaba la vista atrás, los días se mezclaban unos con otros de manera que lo que recordaba no llevaba un orden y distribución cronológicos en la que una cosa ocurría tal día y otra cosa tal otro. Lo que recordaba era el miedo que le pesaba como una losa, el largo tiempo que pasó en escondites, sus piernas avanzando cuando ya estaban más ágiles y el aliento seco y entrecortado en su garganta, el dolor constante de la herida, y a Jim y a Summers ayudándole, y a Jim poniéndose nervioso cuando pensó que Boone no podía ver. Caminaron un día tras otro, manteniéndose siempre que podían entre la maleza o las quebradas que el agua horadaba, pero siempre caminaban, paso a paso… siempre andando, y con cada paso poniendo un poco más de tierra de por medio mientras contemplaban las llanuras que se extendían hasta el infinito. En algunos lugares el paisaje estaba tan desnudo que ni siquiera un conejo podría encontrar un buen escondrijo, y uno tenía la sensación de que los pies negros estaban colgados en las alturas a su alrededor, observándolos desde donde las llanuras tocaban el cielo. Sus mocasines se desgastaron y el cuero del búfalo que Summers había derribado resultaba demasiado rígido y basto para los pies, y paso a paso continuaron avanzando. Las espinas de los cactus se les clavaban en la piel y sus estómagos se hundían pegándose a las costillas. El sabor de las bayas de rosas silvestres y los nabos de pradera crudos calmaban su apetito, porque no era frecuente que Summers se arriesgara a encender una hoguera o a cazar carne. El sol atravesaba el cielo más rápidamente y descendía pronto, y entonces un intenso frío se derramaba sobre la tierra, de manera que temblaban bajo sus ropas de ante y dormían arrimados para mantener el calor de los cuerpos, se levantaban temprano cuando la noche era más fría y continuaban avanzando hacia el este y el sur, hacia el Yellowstone y al otro lado, hacia territorio más seguro, atravesando el interminable mar de llanuras y echándose a tierra en una ocasión entre la hierba cuando apareció una partida de indios, que pasó y terminó en nada. Continuaron caminando, animados con bromas y chanzas y empujados por Summers, y entonces, un día a primera hora de la mañana, se encontraron con seis cazadores de la Compañía Peletera de las Rocosas y fueron con ellos a la *rendezvous* de invierno en el Powder.

Aquella *rendezvous* no se encontraba demasiado lejos de donde estaban acampados ahora… no a muchas millas, en todo caso. Pero les pareció una enorme distancia.

Summers arrimó los troncos a la hoguera que había construido a la manera india, con los extremos de los troncos en lugar de los centros arrimados a la llama. Se alzó una tenue lluvia de chispas, hasta que el viento se levantó y se las llevó volando. Las llamas lamían los troncos y

luego se alzaban al cielo en una sola lengua, iluminando el campamento. A través de las anchas bocas de las tiendas de piel, apiñadas junto a un recodo de la roca, Boone podía ver los vestidos y mantas y sus pequeños zurrones de medicinas. El tablón de cortar carne estaba a sus espaldas, con una piel de ciervo medio desollada. Cerca del tablón había un poste enganchado a unas horquetas de las que colgaba la carne. Sólo había un trozo o dos de carne fresca ahora, y la carne que habían secado durante el invierno se había acabado; mañana matarían una vaca, y él, Summers y Jim se darían un banquete con el joven ternero que llevaba la vaca dentro. Más allá, pudo ver los troncos blancos de los chopos temblones reflejando los parpadeos del fuego. Un caballo pifió oculto en la oscuridad y, a más distancia, subido a alguna colina, un lobo aulló. Boone tembló bajó su camisa de cazador, sintiéndose solo y a gusto en la oscuridad que se cerraba a su alrededor, con aquel punto de fuego que la mantenía a raya y el viento susurrando tristemente entre los árboles.

Dirigió la mirada a Summers y vio que se tensaba ligeramente y se callaba, como si todo el poder de sus ojos y oídos estuviera concentrado en un punto. Así se comportaba Dick. Parecía que estaba amodorrado y entonces se escuchaba algún ruido en algún lugar o un movimiento y se le veía alerta y rápido en todo momento, más rápido y más alerta que cualquier otra persona, como si sus sentidos le advirtieran de cualquier cosa incluso mientras dormía. Estiró el brazo, agarró el rifle y lo levantó de lado sobre sus rodillas.

Jim comenzó a decir algo, pero se calló cuando Summers siseó.

Boone también lo oyó ahora; era el sonido de unos pies acercándose al fuego, avanzando descuidadamente y haciendo ruido, crujiendo sobre la nieve, como si el hombre que caminaba no temiera nada en este mundo. Llevaba su propio rifle en las manos. El cañón del arma de Summers giró hacia la derecha y apuntó.

En el círculo de la hoguera una figura de pecho corpulento se movía hasta que reconocieron la silueta de un indio que transportaba sobre la espalda un berrendo. Lanzó el animal muerto junto al fuego, se enderezó y echó un vistazo a su alrededor, primero a Summers, luego a Jim y luego a Boone. Su rostro feo y anguloso se contrajo en una repentina sonrisa que reveló que le faltaban dos dientes de delante. Tenía una nariz aguileña que casi le llegaba hasta el labio superior y parecía a punto de engancharse en el hueco de los dos dientes que le faltaban.

—*How* —dijo, y se echó a reír, una risa que comenzó profunda en su interior y luego salió burbujeante, de manera que cualquiera a su lado sentía ganas de reír también, tan verdadera y estúpida era.

—*How* —respondió Summers.

El indio se apartó una maraña de pelo de los ojos, se descolgó el arco y el carcaj del hombro y los dejó caer. Su camisa de caza era un viejo pellejo de ciervo que había sido doblado y luego cortado en círculo por el centro para meter la cabeza. Lo llevaba atado con correas de cuero bajo los brazos.

—Habla inglés, yo —anunció—. Montón de bueno. Mucho bueno.

—¿En serio?

El indio se golpeó con la palma de la mano en el pecho.

—Bueno.

—Háblalo entonces, amigo.

—Come. Bebe. Mea. Maldita sea.

Jim lo miró con expresión sorprendida y luego se puso a aullar.

Una leve sonrisa se dibujó en la boca de Summers.

—Que me aspen si ese tipo no ha completado todo el círculo —dijo mirando a Boone y a Jim.

—Hijo una perra —añadió el indio como si se le acabase de ocurrir.

—No hay duda de que te manejas bien con la jerga de los tramperos. Vaya que sí. ¿Quién eres, indio?

El indio se acuclilló junto a la hoguera y Boone advirtió que sus pantalones estaban viejos y desgastados con apenas un fleco colgando. La camisa de tela que llevaba bajo el pellejo de ciervo probablemente fuera roja tiempo atrás.

—Pies negros, yo —continuó hablando en lengua india. Summers le escuchó atentamente, asintiendo para mostrar que le entendía.

Cuando hubo acabado, Summers dijo:

—Este es un desgraciado sin nación. Dice que es un *blood*, pero tuvo un ajuste de cuentas con ellos por algún motivo, y tuvo que huir. Vivió con los *kootenai* durante un tiempo, y los *flathead* y los *shoshone*. Tiene toda la pinta de ser un pobre diablo indio, sin pistola y casi con el culo al aire, pero actúa como si no fuera así.

El indio volvió a sonreír. El fuego reveló su lengua moviéndose tras el hueco entre los dientes.

—Ama Cuchillos Largos, yo. Ama whisky. Ama whisky un montón —miró a su alrededor con una sonrisa infantil bajo su larga nariz aguileña, como si esperase que alguno de ellos le ofreciera una petaca de alcohol—. Bebe montón de whisky, yo.

—Creo que es un leal a los pies negros —y dirigiéndose al indio dijo—: No tenemos whisky. No hay agua medicina. Acabada. ¿Comes? —le invitó, y señaló un trozo de carne todavía ensartado en un palo apoyado sobre el fuego.

El indio tiró de un trozo de carne del espetón y hundió los dientes en él, sacó una navaja de la cintura y la pasó por delante de su nariz, cortando un trozo de la tajada. Se lo tragó y rio con una risa fuerte y burbujeante de nuevo, sin motivo alguno, sólo porque se sentía bien.

—Pregúntale si conoce a Gran Nutria —dijo Boone a Summers.

La voz de Summers sonó ronca y cortante. El indio dejó de masticar, puso una mueca y se pasó la mano grasienta por el pelo. A continuación dijo:

—Maldita sea —y continuó masticando.

Jim lo miraba con el semblante surcado por una sonrisa sorprendida, como si nunca antes hubiera visto a alguien semejante.

—¿Podemos quedárnoslo, papá? —preguntó con el tono de voz que hubiera usado un niño al preguntarlo.

Cuando el indio terminó con la carne, volvió a pasarse los dedos por el pelo y les miró complacido y amigable. Entonces bostezó y de repente se dejó caer, arrellanándose boca arriba sobre las ramas de pino que Summers había extendido sobre la última capa de nieve.

—Duerme —anunció, y cerró los ojos.

Summers miró a Boone y a Jim.

—Tenemos un nuevo socio, si es que lo queremos.

El viento arreciaba de nuevo y aullaba a través de los árboles. Por debajo de los aullidos, Boone podía escuchar el sonido del arroyo que comenzaba a correr de nuevo con el deshielo.

—No podemos echar a un hombre que trae carne al campamento —dijo Jim, moviéndose hacia el berrendo—. Además, me hace sentir muy bien.

—Finge estar ya dormido —dijo Boone—, como un bebé o un cachorro o algo así. A pesar de ser tan malditamente feo, le hace a uno reírse.

Summers no dijo nada más, pero se levantó, se metió en su refugio y regresó con una capa vieja.

—Esto es como alimentar a un perro extraviado —advirtió—. Me temo que no vamos a sacar nada de él.

Cuando Jim y Boone no contestaron, Summers dejó caer la capa sobre el indio. Entonces miró a la oscuridad, la escudriñó y aguzó el oído mientras pensaba: «Parece que sopla viento de primavera, sin duda. Este de aquí cree que si es necesario podríamos cruzar hacia el Bear o por el Lewis Fork y bajar un trecho el Snake».

Boone se levantó del suelo, se estiró y levantó la mirada de nuevo al Carro y la Estrella Polar, hacia la que aquel apuntaba, la Estrella Polar que brillaba con una luz nítida y que se posaba sobre la tierra de los pies negros, sobre los huesos de Jourdonnais, que probablemente ya se habían podrido y desaparecido, sobre los tipis de los *piegan*, y Ojos de Cerceta tal vez dentro de una de ellas. Ya había pasado un tiempo desde que la tripulación del *Mandan* desapareció. Hizo un cálculo hacia atrás. Siete estaciones. Siete estaciones desde que vio por última vez a la joven india con ojos como los de una cerceta aliazul. Ya habría crecido, y probablemente ya tuviera un hombre. Boone se preguntó qué era lo que le había hecho ponerse a pensar en ella con tanto entusiasmo. No podía deberse simplemente a la aparición de aquel absurdo pies negros fugado de larga nariz y un hueco entre los dientes… o, al menos, no sólo a eso. Desde muy arriba le llegó el débil graznido de una bandada de gansos dirigiéndose al norte en busca de tierras donde anidar.

CAPÍTULO XXI

Todavía había nieve sobre las llanuras del río Wind, una profunda capa de nieve con una vieja costra que despellejaba las patas del caballo guía cuando la rompía. Boone, Jim y Summers se turnaban para encabezar la marcha y así repartir los daños en las patas de sus monturas. Cargados con pieles, trampas y mantas, los dos animales de carga seguían al guía, uno detrás de Boone y otro detrás de Jim, y cerraba la marcha Pobrediablo, que montaba el caballo que le habían prestado y gritaba «*Hi-yi*» de vez en cuando. Siempre que Boone echaba la vista atrás Pobrediablo le sonreía, mostrándole el hueco entre los dientes. En ocasiones se salía de la fila y se adelantaba junto a Boone y sonreía de nuevo y decía alguna tontería sólo para escuchar su propia voz.

—Mucho castor mucho rápido que te apuestas maldita sea.

A los pies de las colinas las llanuras parecían casi desérticas, y cálidas y tranquilas, como si estuvieran a cubierto del viento que soplaba sobre los riscos como una mano que te empujara la cara. Boone podía ver búfalos allá abajo, como una mancha líquida sobre la hierba dorada, y bosquecillos, y berrendos que se movían ligeros y tan ágilmente como pájaros. La luz del sol se posaba sobre todos ellos y parecía que allá abajo acumulaba un calor que se perdía en los lugares altos. Al otro lado de las llanuras, hacia el oeste, las montañas del río Wind culminaban en picos cubiertos de nieve.

Boone se dijo que encontrarían piel, viajando pocos y en silencio. Las partidas grandes, como la de Jim Bridger, asustaban tanto a los castores que estos no salían de sus madrigueras, o no acudían al cebo de medicina si lo hacían. Incluso cuando las grandes partidas de tramperos decidían dividirse en grupos pequeños, el ruido que armaba un hombre con rifle y otro colocando trampas y ambos chapoteando y, tal vez, charlando, hacía que se escaparan más castores de los que atrapaban. Uno se arriesgaba al cazar en pequeños grupos; los indios podían echárseles encima en cualquier momento. Pero si lograba conservar la cabellera conseguía pieles. Y el riesgo no era tan grande teniendo a Summers a su lado… un hombre que, observando los ojos y las orejas de un caballo o la colocación de un búfalo, adivinaba si había algo merodeando alrededor. Boone pensó que él y Jim ya eran lo bastante buenos detectando el olor de indios; no conservarían sus cabelleras si no fuera así. Había visto hombres en las *rendezvous* que no sabrían distinguir un grito de guerra si lo oyeran. Algunos de ellos ahora estaban muertos y otros lo estarían pronto si no mejoraban sus habilidades, o si no abandonaban las montañas. Algunos lo hacían, y junto a estos también algunos tramperos de verdad. Sin embargo, ya habían arruinado la caza, avanzando pulgada a pulgada río arriba hasta que ya no quedó ni un solo rincón que uno pudiera afirmar que fuera territorio virgen.

Sentía una leve punzada cuando pensaba en ellos, en los devoradores de cerdo procedentes de Canadá, y los destripaterrones a orillas del Missouri, y los comerciantes yanquis, y los hombres de Kentucky y Tennessee que se trasladaban allí, viajando en riadas y a través de desfiladeros que uno sentía que eran de su propiedad; y también sentía una punzada cuando pensaba en el año anterior y recordaba a las mujeres blancas que un par de predicadores locos habían llevado a la *rendezvous* en Horse Creek de camino al río Columbia. ¡Se empeñaban en ir sobre ruedas, esos predicadores y sus mujeres! Más tarde supo que lograron avanzar con carro hasta el puesto

británico del Boise. ¡Mujeres blancas! ¡Y ruedas! Era más que suficiente para arruinar una tierra, aunque las mujeres probablemente se marchasen o muriesen. Si se le preguntaba a cualquier cazador que hubiera luchado contra los indios y hubiera pasado días y días con el estómago vacío y hubiera estado a punto de morir congelado, diría que no era un lugar para mujeres, ni para predicadores tampoco, ni granjeros. Ni tampoco lugar para carros o carretas, a excepción de los que llegaban con mercancías a las *rendezvous*. Las rocas los hacían añicos, los ríos los arrastraban y el sol resecaba y astillaba las ruedas. Igualmente, sentía un pellizco de tristeza al recordar en alguna ocasión su pasado en Kentucky, cuando se adentraba en los bosques y se sentía bien al estar solo, sintiendo que todo le pertenecía, y entonces atisbaba a alguien y toda la magia se rompía, como si la tierra ya no le perteneciera, ni los bosques ni la tranquilidad.

Delante de él, el cabello de Jim caía por debajo de su sombrero como una lengua de fuego. Jim llevaba el pelo largo y suelto, como Summers. En cuanto a él, Boone prefería sujetárselo en dos trenzas, como lo llevaban los indios, atadas en los extremos con tela roja. Pronto se compraría unos nuevos lazos, en cuanto llegara a la *rendezvous*, y una nueva camisa y pantalones de caza, con algunos cascabeles e hilos de colores para los flecos. El ante envejecía y se llenaba de grasa en un año y la camisa perdía todos los flecos, uno a uno, a medida que iba necesitándolos para reemplazar los cordones rotos de sus mocasines. Además se compraría un rifle nuevo, un Hawken de percusión, de unas treinta y dos balas por libra; la gente empezaba a convencerse de que el sistema de percusión era mejor que el de pedernal, como él siempre había dicho. También echaría algún juego de manos y bebería un poco de whisky y se conseguiría una squaw, y luego estaría listo para marchar. No tenía sentido que uno se quedara cuando ya se había gastado todos los pellejos de castor.

Summers se detuvo, pasó la pierna por encima de su montura y se quedó mirando hacia abajo, a las llanuras, que parecían cercanas pero que todavía tardarían un buen rato en alcanzar al ritmo que llevaban. Aunque la primavera se empezaba a notar ya, Summers todavía llevaba encima su viejo capote con la capucha en punta que le cubría la cabeza. Rebuscó con la mano, sacó un trozo de hígado asado y comenzó a mordisquearlo mientras sus ojos viajaban hacia el norte y hacia el sur para luego regresar. Jim también desmontó, y luego Boone, y desde atrás Pobrediablo llegó al galope y saltó al suelo de su caballo, pavoneándose, y se desplomó sobre la nieve. Summers le pasó un trozo de hígado cuando se levantó. Pobrediablo sonrió y lo mordió, se limpió el hueco entre sus dientes con la lengua y le pegó otro mordisco.

—Este desgraciado que os habla ya ha encendido suficientes hogueras con rastrojos de artemisa y dormido en campamentos fríos. Esa madera de ahí parece buena.

—Es como si a alguien se le hubiera olvidado poner algún árbol entre el Powder y el Popo Agie —dijo Jim—. Qué ganas de arrimar los pies a un buen fuego y cocinar carne sobre temblorosas brasas y dormir y dormir y comer y comer. Le deja a uno molido el cuerpo andar recogiendo ramas para mantener el fuego.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Pobrediablo sin motivo alguno, y se rió.

—Uno nunca sabe lo que se le pasa por la cabeza a ese desgraciado —los ojos grises de Summers observaban al indio.

—Sólo habla para oír su propia voz, como un niño disparando con un rifle nuevo a cualquier

sitio.

—En todo caso —dijo Boone—, resulta gracioso. No me preocuparía por él más que por un osezno.

Pobrediablo vio que estaban hablando de él y se sintió importante por ello. Se golpeó el pecho.

—*Hi-yi*. Ama whisky, yo.

—Confórmate con tu medicina, loco bastardo —dijo Summers—. Vamos a matar un toro y hacer una hoguera —y antes de montar, añadió—: Nos acercaremos al Popo Agie y al Wind y tal vez lleguemos hasta el Horn, ya veremos. Con los pellejos que ya atrapamos en otoño y los que atrapemos allí tendremos suficientes castores, creo.

Jim volvió el rostro hacia el norte.

—¿No será mejor si remontamos?

—¿Con todos los hombres de Bridger apiñados como lobos alrededor de una vaca herida? —dijo Boone—. La *rendezvous* será pronto, Jim. Los verás a todos ellos en Clark's Fork.

—Nuestro viejo amigo pelirrojo es un tipo sociable.

Los caballos se rezagaban en la nieve, con ojos tristes y sin vida, y las costillas se marcaban a través del largo pelaje de invierno de los animales.

—Lideraré yo la marcha un rato —dijo Boone; luego se inclinó, examinó las rodillas del caballo y le susurró—: En cuanto lleguemos a Tar Springs, te curaré, Blackie.

Blackie era un buen caballo, a pesar de que ahora estaba hecho una ruina. Ya podían los indios meterse los ponis búfalo blancos y moteados donde les cupieran, él prefería uno totalmente negro.

El toro que Boone cazó era joven y lo suficientemente gordo, más gordo que una vaca mal alimentada con un ternero pateando en su vientre. Un par de lobos saltaron de no se sabe dónde al sonar el disparo y en un cielo sin aves aparecieron tres grajos aleteando. Tras posarse a cierta distancia, se acercaban y alejaban mientras mantenían sus penetrantes ojos en el descuartizamiento. Los lobos descendieron con las colas entre las patas traseras a esperar, las lenguas fuera goteando saliva y la mirada siguiendo el solomillo, la lengua, el hígado y los huesos rebosantes de tuétano que Boone y Summers empaquetaron en los caballos. Estos habían sobrevivido el paso por la nieve y no paraban de pastar, comiéndose la hierba concienzudamente hasta dejar limpio el terreno.

Había un buen lugar para acampar, con un pequeño prado casi totalmente rodeado de árboles, cerca de donde el Wind y el Popo Agie se juntaban para formar el Horn. Los cuatro hombres desensillaron sus caballos, los manearon con correas de cuero y los dejaron sueltos para que pastaran. Summers primero examinó detenidamente los alrededores, diciendo lo que casi siempre decía: «Es mucho mejor contar costillas que huellas», refiriéndose a que era mejor tener un caballo atado y hambriento que soltarlo y dejar que los indios lo robaran.

Pobrediablo recogió madera y Summers la colocó y encendió una hoguera. Poco después todos ellos tenían delante unos espetones inclinados sobre las llamas con trozos de hígado en los extremos. Jim además había colocado un puchero en el fuego en el que había echado trozos de carne de toro.

«Ojalá tuviéramos café», decía Summers. Y Jim añadía: «Me muero por un poco de sal», pero sólo la carne y el agua del río ya eran suficientes para sentirse bien. Mantenían a uno con fuerzas y

nunca le ponían enfermo, por mucho que comiera, y además mejoraba la sangre. Un trampero nunca tenía heridas infectadas o un dolor de muelas, ni pillaba fiebres… o casi nunca, en todo caso. Después de un tiempo Boone perdió el gusto por la sal y el pan y las verduras, y ese tipo de cosas.

Hacía más calor en el valle y allí ya no había nieve, excepto donde los árboles se hacían frondosos e impedían que el viento y el sol tocasen el suelo. El sol ahora brillaba en las alturas, apenas se notaba su calor cuando se posaba en el dorso de la mano. Ya iba descendiendo por las montañas del río Wind que se alzaban al cielo, blancas por la nieve y azules por la roca desnuda. Soplaba el viento desde el oeste.

Después de llenarse la tripa, Boone se estiró, arrimó los pies al fuego y, tras apoyar la cabeza en su silla de montar, se quedó dormido. Cuando despertó, el sol ya estaba cerca de las montañas, a punto de perderse de vista.

—Jim ha ido río abajo, él y Pobrediablo —le informó Summers mientras extendía unas pieles sobre algunas ramas para construir un techado.

—Yo subiré río arriba, en cuanto saque mi equipo —dijo Boone.

Se quitó los pantalones y se puso otros que tenían las perneras cortadas a la altura de las rodillas y remendadas con tela de manta. No había nada que incomodara más a un trampero que el ante secándose sobre las piernas, a excepción de unos mocasines poco ahumados, que se ceñían con tanta fuerza a los pies al secarse que uno tenía que arrastrarse fuera de la cama en medio de la noche para remojarlos de nuevo en el agua. Los mocasines del propio Boone estaban hechos con la piel de una vieja tienda india ya medio ahumada.

Efectivamente, todavía quedaban castores. Boone vio ramas cortadas por el arroyo y un trecho más adelante llegó a una presa y echó una ojeada. La superficie del lago estaba en calma al principio, pero entonces unos círculos concéntricos aparecieron cerca de la orilla y el centro fue aproximándose a él hasta transformarse en una cabeza; esta giró, avanzó en sentido contrario y se hundió en el agua sin hacer ningún ruido, dejando tan sólo los círculos en la superficie a la deriva y un susurro en la orilla.

Boone avanzó con sigilo pisando suavemente sobre la nieve antigua y dura que había bajo los árboles, y se mantuvo alejado del hielo al borde del lago donde el agua era poco profunda. Cuando encontró un buen sitio, lo bordeó, avanzó un trecho y colocó las trampas. Apoyó el rifle contra un arbusto, cortó y afiló un palo largo y reseco y amartilló una trampa, y entonces, portando el rifle, un palo y una trampa, se dirigió al lugar que había elegido. Apoyó el rifle en la orilla, pisó con cuidado probando el borde del hielo, dio un paso y luego unos cuantos más entrando en el río.

El agua estaba fría… tan fría que la carne se quedaba aterida, tan fría que le hacía a uno desear que el río llevara un caudal mayor y así poder usar una piragua y remar silenciosamente por las orillas, totalmente seco. Sacó un pie del agua, gruñendo levemente por un calambre que le había dado, lo volvió a apoyar y sacó el otro pie del agua. Después de eso ya no le volvieron a doler, entumecidos y como dos trozos de madera dentro de sus mocasines. Sentía el barro duro y espeso bajo las suelas, vio burbujas que se formaban alrededor de los tobillos y olió el hedor a azufre que desprendían.

Se inclinó, colocó la trampa amartillada en el agua, de manera que la superficie del agua

quedara un palmo por encima del resorte, y alejó la cadena de la orilla hacia aguas más profundas. Luego pasó el palito a través del aro en el extremo de la cadena y lo clavó en el barro dejando caer todo su peso sobre él. Después lo remachó con el hacha para asegurarse de que estaba lo suficientemente sujeto. De regreso a la orilla cortó una rama de sauce y la peló, y del cinturón sacó la punta de cuerno de berrendo donde guardaba su medicina de castor. La medicina se coló por su nariz cuando le quitó el tapón, fuerte y con un penetrante olor a castor. Hundió el palito en la medicina, volvió a tapar la botella y la guardó de nuevo, volvió a agacharse y clavó el extremo seco de la ramita en el barro entre las fauces de la trampa, de manera que el extremo con el cebo sobresalía unas cuatro pulgadas por encima de la superficie del agua. Tenía la impresión de que no pasaría mucho tiempo para que un castor fuera atraído por la medicina. Retrocedió, limpió con las puntas de los pies las huellas que habían dejado sus mocasines. Con las manos agitó el agua de la orilla para esparcir el aroma. Alargó el brazo, cogió el rifle y avanzó lentamente por el borde del estanque. Cuando llegó a la orilla opuesta de las trampas, salió del agua.

Para cuando Boone hubo terminado de colocar cuatro trampas ya había anochecido demasiado para colocar las otras dos. Regresó al campamento con ellas y allí encontró a Summers, Jim y Pobrediablo comiendo toro estofado sobre cuencos hechos con corteza de árbol, como acostumbraban a hacer los indios *snake*. Boone buscó un trozo de corteza para él y se echó unas cucharadas de carne, se sacó el cuchillo del cinturón y comió. El cucharón, la cacerola, una lata y los cuchillos que llevaban era todo lo que tenían para cocinar y comer desde que los *crow* pasaron a hacerles una visita en otoño.

—Hay castores por la zona —dijo Jim, Boone asintió y continuó masticando.

Summers escudriñaba la noche cerrada. Se levantó unos minutos después, tenso, y cogió su rifle.

—Buen tiempo para viajar. Creo que vamos a ver indios en cualquier momento. Será mejor que traigamos aquí a los caballos y los atemos cerca.

—Todos los perros medicina marchados.

—No lo des por hecho antes de que ocurra —respondió Boone—. Quieres decir que todos los perros medicina se marcharán.

—Todos marchados. Maldita sea —el indio siguió a Summers para ayudarle a traer los caballos.

Más tarde se sentaron todos alrededor del fuego durante un rato, fumando y reflexionando sobre ello sin decir mucho. Cuando se le secaron los pies, Boone se marchó al refugio y se tumbó. Escuchó a los otros levantarse y bostezar y patear el suelo antes de ir a dormir, y luego ya no los oyó más, porque el viento soplaba junto a sus sueños, fluyendo hacia territorios del norte, agitando la hierba, susurrando alrededor de chozas que nunca antes había visto.

Los días pasaban rápido cuando uno dormía tanto como quería y se levantaba perezosamente y comía algo de carne y volvía a tumbarse, satisfecho por estar caliente y con el estómago lleno, y a pesar del hielo que dejaba a los castores fuera de su alcance. Todavía no había amanecido cuando Boone se despertó al escuchar un agudo trino de algún tipo de ave invernal al que la primavera le

devolvía la voz.

Los otros estaban dormidos, a excepción de Summers, que permanecía sentado haciendo guardia y temblando ligeramente. Pobrediablo roncaba con una especie de silbido, como si el agujero entre sus dientes produjese un sonido peculiar. Cada vez que el pájaro trinaba, dejaba de roncar y unos segundos después comenzaba otra vez, tal vez mezclando el trino con sus sueños. La cabeza de Jim estaba cubierta con una manta. Allá en los asentamientos, uno podía llegar a pensar que alguien estaba muerto cuando lo veía dormir totalmente inmóvil y con la manta cubriéndole desde los dedos de los pies hasta la coronilla.

Todavía quedaban algunos rescoldos en la hoguera y algo de carne en la olla. Temblando bajo su ropa de ante, Boone echó un puñado de hierba seca a las brasas y clavó algunos palitos sobre ella. Prendió una llama que le hizo sentir más calor simplemente mirándola. El borde del sol ya asomaba tras las colinas del este y los primeros rayos alcanzaban las montañas del río Wind, haciendo que los bancos de nieve lucieran más blancos que cualquier nube. Nada se movía hasta donde Boone alcanzaba a ver, y no sonaba ruido alguno, a excepción del ronquido-silbido de Pobrediablo y el crepitar del fuego entre los palitos. Incluso el pájaro había callado. Hasta el viento ahora guardaba silencio; había estado soplando desde el este y luego amainó, y cualquiera que hubiera prestado atención tan sólo habría podido escuchar sus propios oídos aguzándose.

Boone colocó la olla junto al fuego y se acercó a los caballos, que esperaban en pie pacientemente y con expresión de aburrimiento; les puso las maneas en las patas y ató estas a las sogas de amarre. Blackie rozaba y hociqueaba el hombro de Boone mientras Boone se inclinaba sobre el nudo.

Cuando los caballos hubieron bebido, volvió a atarlos. Ya tendrían tiempo de pastar más tarde, cuando acabase la cacería de la mañana.

—Estupenda mañana —dijo Summers cuando Boone regresó—. Aunque también ha caído bastante rocío del deshielo, o lluvia, y probablemente el caudal de los arroyos crezca demasiado para cazar —mientras hablaba miraba hacia el oeste, hacia los bancos de nieve en las montañas que parecían recién lavados.

Partieron después de comer: Jim y Pobrediablo río abajo, Boone río arriba y Summers campo a través hacia el cauce del Wind.

La superficie del estanque estaba tan calmada como una plancha de hielo. No se oía ningún ruido allí ni en los bosques, a excepción del débil borboteo del agua abriéndose camino por el estrecho paso del dique. Mientras Boone miraba, un pez agitó la superficie; el agua se revolvió ligeramente y luego volvió a calmarse. Desde el dique observó que el palito que había clavado con todas sus fuerzas en el barro y que sujetaba la trampa había desaparecido. En ocasiones uno trabajaba con tanto sigilo que metía la pata. Con casi toda probabilidad el castor yacía muerto en aguas profundas, lo cual le obligaría a meterse en el río y, tal vez, nadar para rescatar el pellejo y la trampa de doce dólares que lo transportaba. No era habitual que se escaparan los castores de sus trampas, por lo profundo que clavaba los palos. Se acercó al lugar donde había colocado la trampa, buscando con los ojos el palo flotando y el aro de la cadena a su alrededor. Un poco después logró encontrar la boya, que flotaba suelta junto al borde del hielo, pero el aro se había soltado. No se podía saber dónde estaba un castor a menos que este se ahogase rápidamente en el agua, cerca del

lugar donde se había colocado la trampa. Boone anadeó hacia la orilla y examinó el agua, siguiéndola con la mirada hasta donde se hacía más profunda y oscura y el fondo se perdía de vista.

Se irguió y se cambió el rifle a la otra mano, retrocedió hacia la orilla para calmar el dolor que sentía en las piernas y luego escuchó a sus espaldas un leve sonido en un bosquecillo de sauces, un tenue susurro en las ramas. Miró a su alrededor y vio el final de la cadena, sin reconocer lo que era al principio. Se agachó, la cogió y tiró del animal que estaba agazapado tras los arbustos, una joven hembra en su plenitud. El animal se acurrucó cuando Boone tiró de ella hacia el claro, pero no intentó correr; sólo se acurrucó y lo miró mientras su hocico se movía rápidamente y un temblor recorría su cuerpo.

—Te tengo —dijo Boone, y rebuscó con la mano en el suelo y recogió un palito seco lo suficientemente grande para poder matar al castor con él.

Se percató en ese momento de que el animal se había estado mordisqueando la pata. Unos segundos más y hubiera logrado liberarse por completo, tan sólo unos tendones y un trozo desgarrado de piel unían la pata al cuerpo. El hueso roto sobresalía de las fauces de la trampa, blanco y limpio como una raíz pelada. Alrededor de su boca pudo ver sangre.

La hembra de castor lo miró, aún inmóvil y levemente temblorosa, con unos ojos oscuros líquidos y temerosos, unos ojos enormes que parecían anegados de agua, unos ojos como los de un pájaro herido. Aquellos ojos le hicieron sentir levemente incómodo al agitarse algo más allá de su memoria que era incapaz de recordar.

El animal dejó escapar un suave gemido cuando Boone levantó el palito, y luego el palito descendió y el ojo con el que le había estado mirando se salió de la cuenca disparatadamente, sin mirar a nada, ya no era algo vivo y líquido, ni algo que hablara, sino sólo un ojo sanguinolento desgajado de su cuenca. No había sido nada más que el ojo de un castor durante todo el tiempo.

Lo despellejó, cortó la cola y con el cuchillo cercenó y anudó las glándulas para que no gotearan, las enrolló en el pellejo, volvió a preparar la trampa y siguió avanzando. Consiguió atrapar dos castores más. La cuarta trampa estaba intacta. Había sido una mañana bastante buena.

De regreso al campamento pensó en la *rendezvous*… y en los días que vendrían después. Jim quería cazar por el río Bear o el Sick y dirigirse al sur en invierno, a Taos, o *Fernandez*, como lo llamaban algunos. Boone no sabía lo que Summers quería hacer, tal vez ni siquiera el propio Summers lo sabía. Boone se preguntó si Pobrediablo querría regresar con los pies negros. De repente, al pensar en el territorio del norte, supo lo que los ojos del castor le habían recordado.

Capítulo XXII

Cuando cazaba o viajaba, Jim Deakins examinaba el polvo en el terreno y el movimiento en las manadas de búfalos, como haría cualquier trampero. Tanto en invierno como en verano, los pies negros se desplazaban al sur desde Three Forks para atacar a los *crow*, y luego continuaban avanzando, lejos de su territorio, para matar a hombres blancos mientras estos colocaban trampas en los arroyos o atravesaban desfiladeros. Pero no eran señales indias lo que Jim quería ver; los hombres de Bridger tenían que aparecer desde el norte en cualquier momento de camino a la *rendezvous*. Quizás estuviera Allen con ellos, y Lanter y Hornsbeck y otros con los que había estado muchas veces antes.

Cazar estaba bien, y pasar el invierno con Boone y Summers como lo habían hecho, pero, al final, uno se ponía melancólico y comenzaba a apetecerle la compañía de la gente y retozar con mujeres. En ocasiones, estaba muy bien contar historias, y escucharlas, y fanfarronear y reír por cualquier cosa y hacer el tonto mientras el whisky iba haciendo efecto, y en todo momento con la agradable sensación de que cuando uno acabara de hablar, apostar, beber y pelear habría una joven india esperándole, y, después, uno se quedaba echado junto a ella escuchando a los coyotes aullar y el arroyo correr y veía las estrellas muy cerca de él y sentía la calidez del cuerpo de la mujer y toda la soledad desaparecía, como si el mismísimo mundo le hubiera hechizado.

En cambio Boone no parecía sentirse melancólico nunca, ni necesitaba ver a gente, sólo muy de vez en cuando para estar con alguna squaw y salir corriendo tan rápido como podía. Era como un animal, como un joven ternero que viajaba solo, que se saciaba únicamente con la tierra y el agua y los árboles y el cielo sobre su cabeza. Era como si él hablara a la naturaleza para tener compañía y la naturaleza le hablara a él, y que eso le bastara. Se hartaba de la gente muy rápido; se hartaba del whisky incluso más rápido, tragándolo como un indio, poniéndose a tono y borracho cuando los otros tan sólo habían empezado a calentar el gaznate. Entonces, una mañana, a mitad de la *rendezvous*, se despertaba y tan sólo deseaba irse a lugares donde no viera a ningún hombre blanco por mucho tiempo.

Summers era igual en cierta manera, pero también diferente; Summers parecía vivir encerrado en su cabeza la mayor parte del tiempo, como si fuera lo único que le hubiera guardado compañía a lo largo de los años. Se sentaba junto a la hoguera y fumaba o se iba junto a los caballos o a limpiar pellejos, y entonces uno sabía que estaba absorbido en sus pensamientos, viendo cosas antiguas, cosas que pasaron hace mucho tiempo, antes siquiera de que el *Mandan* hubiera zarpado de San Luis, tal vez viéndose a sí mismo de niño en Missouri o de joven en el Platte. Por supuesto, a Summers le gustaba la compañía y beber y retozar tanto como a cualquiera, pero de una forma reposada, como si nada de lo que pasara en el presente fuera tan importante como lo que ya había ocurrido en el pasado. Probablemente se estaba haciendo viejo; uno podía considerarse un afortunado si antes de envejecer demasiado pensaba que lo mejor que podía ocurrirle ya había pasado. Dios era bastante miserable en algunas cosas, permitiendo que un hombre llegara al punto de constante deseo de volver atrás, haciéndole saber que ya no era el hombre que fue, enfriando su cama pero conservando en su mente los tiempos en los que no había estado fría. Era como si le empujaran a uno de espaldas y cuesta abajo, viendo cómo se alejaba de él la cima día a día, pero

viéndola siempre, y siempre deseando poder regresar. En ocasiones, Dios parecía un tipo bastante mezquino.

Summers estaba ahora sumido en uno de sus ensimismamientos, allí sentado, fumando y pensando, y pronunciando sólo una palabra o dos, y sólo si primero le dirigían la palabra. Boone había escavado un hoyo donde estaba la hoguera, puso una cabeza de ciervo dentro y la cubrió con brasas. En la olla había trozos pequeños de carne cocinándose con cebollas silvestres que Jim había conseguido recordando la comida de Kentucky.

—Podríamos prepararnos para partir, con el caudal del río tan alto —dijo Jim—. Será tiempo de la *rendezvous* antes de que vuelva a bajar.

—¿Tú crees? —preguntó Summers, como si no estuviera prestando atención.

Boone y Pobrediablo se sentaron separados de ellos. Cuando Jim miró, vio que Boone se ponía el dedo en el ojo y Pobrediablo pronunciaba la palabra india correspondiente. Boone repetía entonces la palabra y la practicaba hasta que Pobrediablo sonreía y asentía con la cabeza para indicar que la pronunciación era correcta.

Jim estaba encorvado sobre el mocasín que estaba fabricando, pasando una cuerda de piel a través de los agujeros que había hecho anteriormente con el punzón. Boone ahora pasaba mucho tiempo hablando con Pobrediablo de esa manera, aprendiendo palabras de los pies negros.

El sol bajaba de las alturas. Comerían y, tal vez, dormirían un poco, y luego habría tiempo de echar otra ojeada a las trampas. Incluso con el caudal del agua tan alto como estaba, lograron atrapar algunos castores. Tal vez pudieran salir primero y cazar algo de carne. Las vacas todavía estaban demasiado flacas. El toro era mejor, o la cabra montés. Había toda clase de cabras en las laderas de las montañas Wind: carneros y ovejas y corderos juguetones. Saltaban por las pendientes de tal manera que asustarían hasta a un pájaro, y nunca se caían ni se hacían el menor daño.

Jim levantó la vista del mocasín y dejó que sus ojos recorriesen los alrededores, y luego se puso en pie y observó con mayor atención los búfalos que corrían por el norte.

Summers también los vio, se levantó y miró también, y echó la mano para coger el rifle que había apoyado contra un árbol. Hizo una señal con la cabeza mientras Boone levantaba la vista. Se quedaron allí de pie, mirando, viendo a los búfalos moverse hacia el este, dejando una nube que se alzaba lentamente tras sus grupas.

Sin decir palabra, Summers se dirigió hacia los caballos y los demás le siguieron. Los caballos pifiaron cuando los hombres trotaron hacia ellos e intentaron esquivarlos, recularon y embistieron con las maneas, pero sin lograr escapar. Ya en el campamento, los hombres los ensillaron y los condujeron a un terreno de arbustos.

Summers entornó los ojos a través de unas ramas. La nube que habían dejado los búfalos iba disipándose y al final de esta Jim pudo ver un grupo de jinetes atravesándola.

—No sé si son indios o cazadores —dijo Summers—. No es probable que vean nuestro fuego a esta hora del día, a menos que pasen cerca.

—Cuchillos Largos —anunció Pobrediablo—. No indios.

—Ahora veremos. Parecen ser seis o diez.

A excepción de Pobrediablo, que permaneció a un lado de su caballo sin tan siquiera su arco en

la mano, colocaron a sus caballos ensillados delante de ellos mientras los jinetes se acercaban, mirando por encima de las grupas de los animales y a través de las ramas con los rifles apoyados en las sillas de montar. Los ojos de Summers se deslizaron hacia Pobrediablo.

—No entiendo cómo este desgraciado aún sigue vivo.

Si no eran Cuchillos Largos, debían ser los hombres de Bridger, pensó Jim… los hombres de Bridger de camino a la *rendezvous* en el Seeds-kee-dee, que algunos ahora llamaban el Green River.

Summers se relajó.

—Estoy pensando que los indios no cabalgan sujetando los rifles de esa manera —y acto seguido salió del matorral.

Los caballos pararon en seco y los jinetes giraron sus rifles hacia él hasta que este les gritó y disparó al aire su propia arma. Jim entonces disparó su rifle, y a continuación escuchó el disparo de Boone junto a él, y luego se escuchó una ráfaga de tiros y voces gritando y cascos de caballo golpeando el suelo acercándose.

—Que me aspen si no son esos de ahí Allen, Shutts y Reeson. *How*, Elbridge. *How*, Robinson.

Los hombres se bajaron de los caballos y estrecharon las manos unos con otros, gritando « *Hi-yi*» algunos de ellos, andando afectada y pomposamente como indios, mostrando orgullosos sus prendas de ante desgastadas y negras de grasa y ya sin flecos. Sin embargo, uno de los ocho hombres se quedó montado sobre su caballo, un hombre grande y ajado, con los hombros caídos que formaban un amplio arco sobre el cuerno de la silla de montar. Volvió los ojos y los clavó en Pobrediablo, como si Pobrediablo le hubiera hecho algo. Sin apartar la mirada, se quitó el pañuelo que llevaba atado a la cabeza y Jim vio un mechón de pelo totalmente blanco por encima de una cicatriz en el nacimiento del pelo sobre la frente.

—¿No vas a descabalgar, Streak? —preguntó Lanter—. ¿O vas a esperar a que te crezca la coleta hasta tenerla como esa yegua?

Todos se giraron, hablando, contando cosas sobre el invierno y llenando el silencioso aire con sonidos, todos excepto el hombretón que todavía estaba sentado sobre su montura sin tan siquiera un atisbo de sonrisa en su rostro, ni una palabra en su boca.

—¿Dónde están Bridger y los demás? —preguntó Summers.

—Vienen detrás. Nosotros nos hemos adelantado.

—¿Qué tal han ido los castores?

—Cogimos algunos. Los malditos pies negros volvieron a causarnos problemas, muchos.

—¡Al infierno con los malditos indios! —era Streak el que hablaba, mientras miraba fijamente a Pobrediablo—. ¿Qué es ese?

Summers levantó la mirada pero no contestó inmediatamente, y Boone respondió «pies negros», aunque poco después pareció darse cuenta de que no debería haberlo dicho.

—¿Qué?

—Es más bien un Pobre Diablo —dijo Summers—. Fumemos.

Streak bajó del caballo y se quedó erguido sosteniendo su arma. Era un bonito rifle, decorado con tachuelas de latón y una filigrana de bermellón, como si lo acabara de decorar.

—Nosotros también hemos conseguido unos cuantos pellejos —estaba diciendo Summers,

dirigiéndose al resto pero con el rabillo del ojo puesto en Streak—. Aunque no muchos. No se ha dado muy bien por culpa de la crecida del agua.

Boone se quedó un poco aparte, escuchando.

—¿Es un maldito pies negros?

—No hace falta que te pongas como un oso con el culo escocido, Streak.

—Este de aquí va a machacar a ese bastardo.

—Vas a conseguir que te maten —Boone se puso delante de Streak, interponiéndose entre él y Pobrediablo.

Pobrediablo se quedó allí de pie, sin entender lo que ocurría, sus ojos giraban de un lado a otro y por su boca abierta se divisaba la mandíbula rota, y su absurda camisa de piel de ciervo le colgaba cómicamente sobre el cuerpo.

—¡Por Dios! —Streak volvió la cabeza para mirar a los otros, que se quedaron en silencio uno tras otro, removiéndose en sus asientos ligeramente, esperando problemas.

—¿Habéis escuchado lo mismo que yo? Que lo dejemos en paz, dice, que lo dejemos en paz, a nosotros que hemos estado luchando contra pies negros todo el invierno. Que lo dejemos en paz, como si los pies negros no se hubieran cargado a Bodah, como si los pies negros no hubieran estado acosándonos todo el tiempo y llenándonos de plomo a algunos de nosotros —se volvió a Boone y con el dedo se señaló la cicatriz que le recorría la frente—. ¿Cómo crees que me he hecho esto? ¿Por la edad? Pies negros, por Dios, hace cuatro años. Alcanzaron a mi yegua y la derribaron, eso hicieron esos demonios, y me dieron por muerto cuando me quedé echado en el suelo, pero nos pusimos a correr, mi yegua y yo, antes de que me arrancaran la cabellera.

—No fue Pobrediablo quien lo hizo.

—Es idéntico al otro, como dos guisantes.

Jim vio a dos de los hombres de Bridger asintiendo y mostrando su acuerdo con Streak. El resto permaneció inmóvil, esperando a ver lo que pasaba a continuación, con los semblantes serios y los ojos fijos. Si empezaba una pelea, él, Boone, Summers y Pobrediablo probablemente se llevarían la peor parte, con ocho hombres en el otro bando.

Boone miraba a Streak a los ojos, lanzándole una especie de mirada salvaje y oscura, la clase de mirada que Jim le había visto en alguna ocasión justo antes de explotar. Boone era un hombre imprevisible, primero actuaba y después pensaba. Jim se sorprendió de que fuera capaz de contenerse tan bien ahora.

—Este que habla puede correr, beber, fornicar y luchar mejor que ningún hijo de perra que lucha junto a un pies negros. ¡Apártate de mi camino! Este que habla quiere arrancar una cabellera.

Jim observó que en el semblante de Boone se dibujaba una expresión que le indicó que no iba a aguantar mucho más tiempo. Vio la expresión y vio a Summers colarse entre ambos moviéndose rápida y ágilmente, como un jovenzuelo.

—Eh, un momento, vosotros dos —dijo Summers—. Queremos llevarnos bien y ser amigos. Sin duda, estamos muy contentos de veros. Pero no tenemos intención de dejar que alguien mate a Pobrediablo, nadie. Ni tú, Streak, ni ningún otro de vosotros… tú, Shutts, o tú, Reeson, o Allen o cualquiera de los que tengáis decidido apoyar a Streak. Si es sangre lo que queréis, la tendréis,

pero parte de la sangre será vuestra, me temo.

Summers clavó la mirada en Streak y luego en el resto, y no se reflejaba nada en su semblante, sólo el silencio. Jim se adelantó y se puso a su lado con el rifle descargado en la mano, y allí estaban los cuatro juntos mirando a los ocho y esperando, cuatro contando a Pobrediablo, que había perdido su estúpida sonrisa. Jim se percató de cómo se movía el indio y luego se quedaba quieto, pero alerta y vivaz, como un animal esperando a que alguien se moviera.

Todo pareció quedar suspendido durante unos instantes, como una piedra oscilando sobre una pendiente, sin saber si rodar o vencerse a un lado, y entonces dijo Russell afablemente:

—Yo de ti no me enfrentaría a Dick Summers ni por la Nación de pies negros entera y la de los *arapahoes* de propina.

Fue como si la piedra finalmente se hubiera vencido hacia un lado.

—Ni yo tampoco —gruñó Lanter—. Estos de aquí son amigos. ¿Me oyes, Streak?

Tras un silencio Streak cedió.

—No intentaba pelearme con nadie, sólo con el pies negros. Me gustaría tener su cabellera para remendarme mis pantalones viejos. Y realmente me gustaría hacerlo.

Dejó que le dieran la vuelta y lo condujeran a la hoguera y se sentó, y poco a poco comenzó a fumar con el resto, no como hombre temeroso, sólo como un hombre esperando su oportunidad.

—No estamos bien equipados para recibir visitas —dijo Summers mientras andaba alrededor del fuego y metía troncos dentro.

—Tenemos carne —dijo Lanter—, un montón de buena carne de toro… un poco azul, tal vez, pero no tan azul como otras que he comido.

Se levantó y Robinson con él, y se acercaron a uno de los caballos de carga y regresaron con trozos de carne.

Los otros sacaron sus cuchillos, se cortaron unos filetes y los ensartaron en espetones. Lanter, que parecía tan viejo como el mundo y tan curtido como una roca, aulló cuando uno de ellos se inclinó sobre la carne.

—No vuelvas a cortar la carne contra la veta. De la otra forma se pierde menos sangre y está más jugosa. ¿Me oyes?

El hombrecillo moreno al que habló levantó la mirada y sus enormes ojos parecían flotar en su cabeza; asintió y continuó cortando con su cuchillo.

—Ese novato español tiene menos sentido común que una gallina idiota —murmulló Lanter—. Sería capaz de arruinar un ternero lechal, sin duda —observó su chuleta chisporroteando sobre el fuego—. Si la tratas bien, casi cualquier carne es buena.

—Menos la carne de serpiente —apostilló Hornsbeck—. A este que habla se le cierra totalmente la garganta con la carne de serpiente. La comí en una ocasión, después de que se hundiera mi barca de piel de búfalo y perdiera todo excepto mi cabellera, y declaro que fue una larga batalla entre mi pobre panza y aquella serpiente.

—Pues yo digo que la carne es carne —dijo Lanter mientras giraba su espetón—, de toro o vaca o serpiente o lo que sea. Menos la carne de hombre, este de aquí no cree que sea carne apropiada según mi parecer —cogió el cuchillo y cortó una tajada de su asado y siguió hablando mientras sus mandíbulas la machacaban—. Una vez pegué un mordisco a carne humana, allá abajo

con los buscadores de oro, que lo hacían pasar por tasajo de cabra cuando lo vendían. Era correosa, y un tanto pálida, y se hinchaba en la boca cuando la masticabas —tragó el bocado que mascaba —. No es correcto hacerlo. No, señor. Este de aquí comió mofeta y ganso cocinado al estilo indio, con las vísceras dentro y un espetón clavado desde el pico hasta el culo, y pescado crudo y mocasines viejos cuando no había nada mejor, pero mi estómago se vuelve realmente delicado con la carne humana.

Pobrediablo estaba sentado junto a Boone, como un perro junto a su amo. Tenía la boca abierta y a través del agujero entre los dientes Jim pudo ver su lengua inerte rosa y húmeda. A medida que la carne iba dorándose, los hombres cortaban las capas superiores, dejando el interior rojo y goteando para que se asase un poco más.

Cuando se acabó la carne, Russell se levantó y se quedó de pie esperando al resto.

—Será mejor que continuemos —anunció.

—¿En qué dirección vais? —preguntó Summers.

—Hacia el Sweetwater, a la otra orilla. Venid.

Jim habría deseado decir «claro», pero la mirada de Summers se clavó en él, y luego en Boone y Streak y Pobrediablo, y finalmente dijo:

—Supongo que no, Russell. Todavía podemos atrapar algún castor más, ahora que el río comienza a decrecer. Supongo que subiremos al Wind y a Jacksons Hole y a la *rendezvous* de paso. Tenemos suficiente tiempo.

—Pues nos vamos, entonces.

Streak se volvió sobre su silla mientras se alejaban y miró a Boone, y luego a Pobrediablo, se aupó en la silla y luego siguió cabalgando. Jim pensó que ese gesto equivalía a decir que todavía no había acabado con ellos.

Jim sabía que Boone también lo había visto, pero Boone no dijo nada. Se limitó a observar a los hombres alejarse y poco a poco se giró hacia Pobrediablo, puso un dedo en su ojo y dijo «*N-waps-spa*», y Pobrediablo movió la cabeza arriba y abajo.

Capítulo XXIII

Dick Summers se cubrió la cabeza con la capucha y se ciñó con más fuerza el capote. No había ningún lugar en la tierra del Señor donde el viento soplara como en el desfiladero que conducía a Jacksons Hole. Llegaba penetrante desde los extensos altiplanos nevados, una ráfaga tras otra, arrastrando a los hombres, empujándolos de un lado a otro, metiéndose por la boca y la nariz de manera que uno no podía expirar o inspirar y tenía que girar la cabeza y jadear para aliviar el dolor de los pulmones. Era un viento rencoroso y testarudo que se clavaba en la cara y mojaba los ojos y hacía que los caballos bajaran la cabeza y sacudieran las colas hacia atrás. Era un viento fiero y triste que gemía entre los riscos de una demente masa de montañas sobre las que los indios contaban muchas historias, cuentos de hechos insólitos, espíritus y medicinas potentes y extrañas. En ocasiones, a uno le invadía una peculiar sensación mientras se adentraba profundamente en aquellas oscuras colinas, pillándole de improviso y alertándole contra cosas que no sabría nombrar, a pesar de no creer en las historias indias. El viento se abalanzaba contra el viajero cuando transitaba por lugares arriesgados. Le golpeaba en el rostro al doblar una ladera. Le impedía avanzar como un muro sobre las cimas. En ocasiones en alguna elevación parecía soplar desde todas las direcciones al mismo tiempo, golpeando por detrás, por delante y por los flancos, así que uno no tenía manera de protegerse la cara girando la cabeza. Pero seguía escalando, subiendo más alto y adentrándose más en las agrestes alturas de roca, hasta que finalmente, al otro lado, aparecía la montaña Grand Teton, alzándose esbelta y recta como un pino contorto, recortándose morada contra el cielo azul, más alta de lo que uno hubiera creído que era posible, y se sentía mejor al verla, sabiendo que Jacksons Hole estaba allí, y el lago Jackson y las presas donde ya había puesto trampas y, no muy lejos, el nacimiento del Seeds-kee-dee.

Summers inclinó la cabeza contra el viento, dejando que el caballo avanzara a su propio ritmo. A paso lento, le seguía el caballo de carga, guiado por el lazo que sujetaba Summers en la mano, y detrás de su caballo de carga iban Boone, Jim, Pobrediablo y sus animales.

La cordillera Wind era territorio conocido para Summers, y los campos de nieves perpetuas y la Grand Teton que pronto aparecería ante sus ojos, era también territorio conocido y, para él ahora, territorio viejo. Podía recordar cuando todo era todavía nuevo; quien ponía pie en aquella tierra podía creer que era el primero en hacerlo, y al contemplar aquellos lugares incluso podía bautizarlos. Eran los tiempos del General Ashley y Provot y Jed Smith, el medio clérigo de sangre fría a quien los comanches asesinaron en el Cimarrón. Era como si todo fuera nuevo por aquel entonces, recién hecho y bueno, y a la espera de que un hombre llegara y lo encontrara.

Pero todo dependía de la forma en la que uno pensaba, la manera en la que un joven pensaba. Cuando la sangre era joven y el calor sofocante uno pensaba que la tierra era una recién nacida como él mismo; pero tras unos cuantos años averiguaba que esto no era así; en lo más profundo de sus huesos sabía que todo era viejo, viejo como el propio mundo, tal vez… tan viejo que se preguntaba qué pueblo habría vivido allí antes que los propios indios, subiendo río arriba y montando sus tipis en lugares que anteriormente él había pensado que eran sólo suyos y que no había compartido con gentes de épocas anteriores. Uno mismo se sentía viejo al saber que otros más jóvenes que él lo contemplarían por primera vez y creerían que el mundo era nuevo, como él

mismo había creído, como Boone y Jim ahora creían, aunque ya no con tanta vehemencia.

Allí se alzaba por fin la Grand Teton, tan esbelta vista desde su posición que no parecía real. Summers se detuvo para permitir que los caballos recuperasen el aliento y sintió que el viento le atravesaba la piel y llegaba hasta sus vísceras más recónditas, con el agudo toque de los campos nevados en sus dedos. Boone le gritó algo, Summers sacudió la cabeza y Boone ahuecó las manos en la boca y volvió a gritar, pero el sonido no llegaba a atravesar el viento; se alejaba volando hacia atrás, hacia el desfiladero, y Summers se sorprendió preguntándose a qué distancia volaría hasta apagarse y fundirse con la corriente de aire. Volvió a sacudir la cabeza y Boone sonrió e hizo una señal con la mano indicándole que no importaba, y después torció la barbilla hacia un lado para recobrar el aliento.

En lo alto, a su izquierda, Summers podía ver una cabra montés observando desde unos riscos, con la alta cabeza levantada bajo el gran peso de la cornamenta. Los árboles crecían retorcidos en las grietas de las rocas, e inclinados a ras del viento, vencidos y envejecidos por la fuerza de este.

Recorrió con la mirada el camino que habían dejado atrás, y también miró a Boone y a Jim y a los caballos que aguantaban encogidos y lastimeros mientras las ráfagas de viento formaban dibujos sobre sus grupas. Eran buenos chicos, los dos, aunque diferentes, valientes y voluntariosos y sabios sobre la vida en la montaña. Eran hombres que *hibernaban* —invernaban—, que podían oler a un indio a tanta distancia como el que más, mantenerse serenos y pegar un tiro certero llegado el momento. Summers se preguntó, sintiéndose secretamente un tanto ridículo, si todavía quería protegerlos, como un tío o un padre o algo similar. Y era Boone a quien se sentía más inclinado a proteger, porque Boone era de mente simple y reaccionaba de forma directa y rápida. No sabía cómo esquivar los ataques, cómo salirse por la tangente o reírse para alejar el peligro de la forma que sí lo hacía Jim. Y no es que Jim se asustara; simplemente tenía cierta habilidad en esas situaciones. En caso de pelea, no se escondía. En cambio, con Boone, estaba totalmente convencido de que se enzarzaría en una pelea en la *rendezvous* con el tal Streak, y no sería una simple reyerta. Sólo uno de los dos quedaría en pie, de eso Summers estaba seguro, y sacudió la cabeza para apartar la pequeña nube negra que se escondía tras todo esto.

Cuando retomaron la marcha, sus reflexiones volvieron ocuparle la mente. A medida que un hombre envejecía, iba percibiendo las cosas de forma distinta en varios aspectos. Todavía le gustaban las *rendezvous* y contemplar las colinas y viajar por el río y todo lo demás, pero la mitad del placer se lo proporcionaban los recuerdos que atesoraba en su mente. Un lugar nunca perduraba en la mente por el hecho de haber estado allí una vez. Perduraba por los momentos que había disfrutado allí, por las cosas que había pensado, por los hombres con los que había jugado y luchado y bebido, de manera que cuando uno volvía de nuevo allí, siempre andaba preguntando qué había sido de este o aquel, y comprobando si los otros echaban de menos otros tiempos. Perduraba por él mismo de joven y sus anteriores sentimientos. Un río ya no volvía a ser el mismo una vez que se acampaba en su orilla. El árbol que veía de nuevo no era el mismo árbol, aunque sólo fuera porque había echado una meada contra su tronco. Por un lado, estaba la primera vez y el lugar solitario, y después el lugar y el tiempo y el hombre que antes había sido, todo mezclado, una cosa con otra.

Summers podía retroceder con su mente y ver la acogedora tierra del Estado de Missouri, que

también era generosa, aunque diferente… generosa en nidos y ardillas y pájaros rojos en los arbustos recordados y peces pescados y aves cazadas, generosa en tierra removida y maizales que crecían por encima de la cabeza de un muchacho, sirviéndole perfectamente de escondite. Podía regresar allí y vivir y ser feliz, pensó, tan feliz como podía serlo un tipo al que ya se le apagaba el fuego y los recuerdos llegaban cada vez con más fuerza a su mente.

De todas formas, él había visto las montañas en su mejor momento. Ahora había pocos castores, las *rendezvous* se estaban acabando y se hablaba de que ya había granjas en la otra orilla del Columbia. ¿No sería mejor que un trampero como él también cerrara el negocio? ¿No sería mejor para él regresar a su trozo de tierra y comprarse una mula y comer pan y carne de cerdo y, cuando le apeteciera, enviar a su mente de regreso a las montañas?

¿Podría decirle adiós a todo y conservarlo sólo en su mente? ¿A las *rendezvous*, a la caza, a los escarceos con los indios, a los arroyos solitarios y a las altas montañas y a los enormes espacios vacíos que le hacían a uno sentirse como si estuviera solo y seguro en el comienzo puro de todas las cosas? ¿Podría acostumbrarse a vivir entre personas con las que uno no se atrevía a peerse sin mirar antes a su alrededor?

Cuando uno miraba las cosas por última vez quería grabarlas en su mente. Quería memorizar cada uno de los árboles por separado, y cada roca y cada corriente de agua y decir adiós a todos ellos y guardarse sus imágenes para que así nunca se perdieran del todo en su mente.

El lago Jackson y la bajada serpenteante hacia una planicie, los tres picos de la cordillera Teton elevándose al cielo, Los Padres de Cabeza Canosa como los llamaban los *snakes*, y la noche y el sueño, y de vuelta a la *rendezvous*, y cazar con trampas como lo hacían, añadiendo pellejos a su cargamento; cruzar la divisoria desde el Snake hasta el nacimiento del Seeds-kee-dee, y luego ver desde la distancia la lenta columna de humo de las hogueras de campamento elevándose al cielo, los hombres y el movimiento, los tipis montados alrededor, el colorido que aportaban las mantas y los caballos pastando, y escuchar a Boone y a Jim gritando y disparando sus rifles mientras galopaban delante de él, repiqueteando con sus espuelas las barrigas de sus caballos. Era todo un espectáculo verlos, con plumas al viento y lazos y con las crines y colas de sus caballos trenzadas y adornadas con plumas de águila. Un novato los tomaría por indios de pura sangre.

Y de nuevo las *rendezvous*, la *rendezvous* de 1837, pero también las *rendezvous* de otros años, la *rendezvous* del treinta y dos y del treinta y seis, y antes, las *rendezvous* de todos los tiempos, de hombres ahora muertos, de squaws con las que se acostó y luego abandonó y olvidó, de whisky bebido y disfrutado y tragado hasta apurarlo, de pellejos que se convirtieron en sombreros y de sombreros gastados.

El caballo de Summers comenzó a avanzar a grandes zancadas intentando mantenerse junto al resto de animales, pero Summers sostuvo su rifle cargado frente a él. Uno finalmente no se preocupaba mucho por fingir.

CAPÍTULO XXIV

Boone sintió la mirada de Summers sobre él y, cuando miró, este la bajó y la clavó en el suelo, como si Summers no quisiera que los pensamientos que ocupaban su mente se adivinaran en sus ojos.

—Este que os habla —dijo Summers— no podría acertar a golpear el culo de un toro con una vara después de cinco o seis copas.

—Yo no he bebido mucho —respondió Boone tras un silencio—. Puedo andar en línea recta o escupir a través de un nudo en un madero —bebió de la petaca de whisky que tenía a su lado—. De todas formas, no es cierto. Ayer te luciste en el concurso de tiro rápido. Quedaste en el primer puesto.

—No había tomado más que un trago.

Summers y Jim estaban sentados a ambos lados de Boone. Pobrediablo estaba echado en el suelo delante de ellos, roncando, con el blanco de los ojos brillando a través de sus párpados entrecerrados y un hilo de saliva colgando de la comisura de su boca que dejaba una mancha oscura sobre la tierra.

—Supongo que Pobrediablo pensó que podía beberse un barril entero —dijo Summers.

—No tengo intención de beber ningún barril entero.

Y así transcurría la tarde, mientras a cierta distancia de ellos comenzaba un juego de manos, ahora que las carreras de caballos del día ya habían finalizado, y el tiro a diana. Los jugadores estaban sentados en dos hileras a ambos lados de la hoguera. Mientras Boone miraba comenzaron a cantar y golpear con palos en postes de madera seca que habían colocado frente a ellos. Cada hombre tenía su apuesta junto a él; apostaban pellejos, principalmente, y créditos con la Compañía, y algunas otras mercancías y artesanías indias y pólvora y municiones, y en ocasiones hasta un rifle. Ellos todavía no estaban listos para ponerse a jugar. Cuando llegó la noche y los jugadores gritaban, sudaban y apostaban alto, ellos y otros se acercaron desde otras hogueras. Uno podía distinguir fácilmente a Streak, con la cabeza al aire y el sol reflejándose en la blanca mata de pelo.

Río arriba y río abajo Boone podía divisar tiendas indias, más cerca de lo habitual del campamento de los blancos, quizás porque la *rendezvous* era más pequeña. Más cerca, los caballos pastaban, y todavía más cerca los tramperos se movían, hablando, riendo y bebiendo y juntándose con algunos indios en el mostrador de madera tras el que Fitzpatrick había colocado la mercancía, cubierta con unas pieles. Las tiendas de los hombres de la Compañía se apiñaban alrededor del almacén. A sus espaldas se habían apilado sillas con fardos y cuerdas y otro material. Las tiendas de los tramperos libres, desde donde miraba Boone, estaban al oeste del resto, lejos del río. Detrás del mostrador dos dependientes andaban atareados escribiendo en los libros de cuentas. Delante, un par de cazadores blancos mostraban el atracón que se habían dado. Bailaban al estilo indio, y poco a poco empezaron a cantar, se golpeaban las panzas con las manos abiertas para hacer que sus voces vibraran y acabaron con un gran hurra.

Hi-hi-hi-hi,

Hi-i-hi-i-hi-i-hi-i,
Hi-ya-hi-ya-hi-ya-hi-ya,
Hi-ya-hi-ya-hi-ya-hi-ya,
Hi-ya-hi-ya-hi-hi.

Los blancos eran americanos y franceses de Canadá, principalmente, pero algunos eran españoles, y también había algunos holandeses y escoceses e irlandeses y británicos. Todo el mundo había llegado a la *rendezvous* para entonces: los tramperos libres y los hombres de la Compañía, e indios de todos los lugares que llegaban por el Sweetwater y el Wind y de más allá por el Snake, y de Cache Valley en el sur, cerca del Great Lake, de Brown's Hole y New y Old Parks y Bayou Salade. Todos acudían al lugar a esperar a Fitzpatrick y comprar mercancía de los Estados. Fitzpatrick acababa de llegar el día anterior, con sólo cuarenta y cinco hombres y veinte carros tirados por mulas, pero trajo alcohol y tabaco, azúcar, café, mantas y camisas y otro género del mismo tipo. En un extremo del mostrador dos mestizos se afanaban con una prensa de cuña, empaquetando ya las pieles para el viaje de regreso a San Luis y martilleando las cuñas para introducirlas.

No es que fuera una gran *rendezvous*… no como las que se celebraban antes, en las que compañías peleteras pujaban unas contra otras y en ocasiones ofrecían tres pintas por un buen pellejo. Ahora sólo estaba la Compañía Peletera Americana y Bridger y el resto de sus hombres trabajaban para ella, y el whisky costaba cuatro dólares y el castor se pagaba de cuatro a cinco por libra, por lo que no se sacaba mucho.

Los *crow* habían traído poca mercancía. Ellos y el resto de tribus se mostraban inquietos y malhumorados; hablaban sobre el hombre blanco que cazaba en sus territorios, y sobre los ataques que habían sufrido de manos de los pies negros, y sobre los comerciantes que bajaban los precios de la piel y subían los del bermellón, las mantas y los paños. Lloraban —así decían— porque el hermano blanco tomaba mucho y daba muy poco. Los tramperos también gruñían al tener que cambiar pieles por la mitad de lo que solían sacar y al escuchar rumores de que, tal vez, esa fuera la última *rendezvous*.

No era una gran *rendezvous*, pero aun así estuvo bien; uno no podía quejarse cuando tenía whisky para beber y castores todavía por atrapar si era cauto, y el cielo sobre su cabeza y el campo todo para él en cualquier dirección que decidiera viajar.

Por encima de su petaca de whisky Boone vio un pequeño grupo de jóvenes mujeres *crow* acercándose en procesión, vestidas con pieles de borrego cimarrón, blancas como la leche y adornadas con púas de puercoespín. Algunas de ellas se arrimaban a hombres blancos, y sus jefes obtenían obsequios como mantas o whisky o, tal vez, un fusil ligero y pólvora y munición, y se alegraban de tener un hermano blanco en la familia, y el hombre blanco más tarde se marcharía de la *rendezvous* con su squaw y la tendría con él mientras le agradara su compañía, y luego se marcharía y la abandonaría, y ella se volvería completamente loca durante una temporada, como si hubiera muerto un familiar, pero tras un tiempo, con toda probabilidad, encontraría otro trampero, o en todo caso un indio, y volvería a estar bien. En ocasiones las squaws eran un peligro cuando sus hombres las abandonaban, especialmente si las dejaban para irse con otras.

Boone vio que el agudo ojo de Jim había detectado a las chicas.

—Esas *crow* en ocasiones son una preciosidad. Y tanto que sí —dijo Jim, y añadió—: Y muy complacientes.

—Tú ya debes saberlo —dijo Summers, y sonrió, mirando a Jim como si pudiera ver a través de él y con una tenue nube en los ojos, como si deseara volver a tener la edad de Jim—. Supongo que tal vez podrías llevarte una contigo y no andar picoteando por ahí como una abeja entre el trébol. Estas no buscan líos de una noche. Lo que quieren es una relación estable.

—A Jim le gustaría retozar con la tribu entera.

—Pues a ti tampoco se te da tan mal, Boone, o no se te daba mal antes. No te entiendo. Apuesto lo que sea a que no has estado con más de dos mujeres durante esta feria. Cualquiera pensaría que todavía tienes miedo de coger frío bajo tus calzones.

Algunas de las jóvenes crow eran bonitas, sin duda, y algunas *bannock* y *snake* y *flathead*, también. No se veían muchas jóvenes de los pies negros, pero había una que si llegaba a florecer y madurar lo suficiente, haría parecer a todas aquellas otras squaws una porquería.

—Debe ser que tú tienes más de macho cabrío que yo —replicó Boone—. En todo caso, ya he cogido frío ahí abajo las suficientes veces, no tengo ningún miedo.

Los tres se quedaron sentados en silencio durante un rato, mientras observaban a Russell acercándose perezosamente desde el almacén, fumando una pipa.

—*How*, Russell.

—Hola —dijo Russell, que se detuvo e inhaló de su pipa mientras sus ojos se dirigían hacia Pobrediablo. Pobrediablo no llevaba nada puesto, a excepción de un taparrabos que colgaba de su cinturón, a pliegues y rematado con borlas rojas. El sol se derramaba sobre su oscuro cuerpo, atrapando motas de piel vieja y haciéndola brillar. Russell estiró la punta del pie y empujó a Pobrediablo con ella para ver si lo despertaba.

—No vale la pena pelear por él —dijo Russell a Boone—, por él o por ninguno de ellos.

—Supongo que seré yo quien lo decida.

—Como gustes —respondió. Russell era un hombre honesto y con estudios, pero un buen cazador, o eso decían, y de sangre fría en la pelea—. Una pena que llegaras tarde —dijo dirigiéndose a Summers—. Hemos tenido bastante diversión.

—Eso he oído.

—¡Qué descaro! ¡Esos granujas de los *bannock* vienen a hacer trueque, pero se niegan a devolver los caballos que robaron!

—Los indios piensan de forma distinta a los blancos.

—Querrás decir que no piensan.

—Robar es su forma de divertirse —explicó Summers.

—Pues tendrán que aprender, aunque para ello se necesite mano dura. Les dimos una lección a los *bannock*. Matamos a trece aquí mismo, perseguimos al resto y destrozamos su poblado y disparamos a algunos más durante los tres días que duró el ataque. Al final prometieron ser buenos indios. Un método un tanto sangriento pero necesario.

—Puede ser.

—La única manera de solucionar disputas con los indios hostiles es con un rifle. Escribe en

sus pieles un trato que jamás olvidan.

—Tal vez —volvió a responder Summers.

—No quedarán muchos vivos en unos pocos años. La oleada de colonos los barrerá. El territorio no va a ser arrebatado por un puñado de salvajes.

—¿Y qué podrían hacer aquí arriba los colonos? —preguntó Boone.

Russell lo miró, pero no respondió nada.

—¿Dónde vais para la caza de otoño? —preguntó Summers.

—Volvemos al Alto Yellowstone, supongo. Fontanelle y Bridger van a llevarse a ciento diez hombres a territorio de pies negros.

—¿Hasta el Three Forks, o más al norte?

—No creo. Hay ya suficientes pies negros en el Gallatin y el Madison y el Jefferson sin necesidad de adentrarse más en territorio hostil.

Russell se marchó a paso lento, todavía chupando su pipa.

Boone volvió a beber y luego se apoyó sobre sus codos mirando hacia el oeste, más allá de donde el sol estaba a punto de ocultarse tras las montañas. Una corriente de aire susurró en su oído, produciendo un leve canturreo. Cuando cesó, el resto de sonidos regresaron a sus oídos… los jugadores cantando y golpeando sus palos, los perros indios gruñendo y peleando por unos huesos, los caballos pifiando mientras comían hierba, y en ocasiones los niños indios gritando. El sol arrojaba un brillo tenue, de manera que todas las superficies parecían suaves y de cálidos colores: el cauce del río, la colina brumosa en la distancia, las squaws con sus mantas brillantes, los caballos alazanes, negros y moteados avanzando con los ollares pegados a la hierba, las colinas escarpadas que se recortaban contra el cielo, y el cielo azul, las tiendas pintadas y puntiagudas, el humo del fuego que se elevaba lentamente, y un gran halcón planeando arriba en las alturas.

Le divertía ver cómo Jim y Summers permanecían en todo momento atentos a él, negándose a divertirse hasta que él y Streak hubieran zanjado el asunto. Boone sabía cuánto podía beber para poder moverse rápido y en línea recta. Sabía cuánto podía beber y era una cantidad bastante considerable… tanto, tal vez, como cualquiera de los hombres en la *rendezvous*. No iba a privarse de su diversión, o al menos no mucho, sólo lo suficiente para mantenerse en guardia. Además, Streak no había montado ningún escándalo, ni con él, ni con Pobrediablo, aunque sí que se había estado pavoneando por los alrededores, diciendo que no iba a arrodillarse por ningún hombre y que todavía iba a poder hacerse con un pellejo de un pies negros, diciendo que podría dar una paliza a tipos como Caudill de día o de noche, con lluvia o sol, con calor o frío o de cualquier manera. Summers supuso que Streak se había reprimido de momento porque el whisky había llegado al campamento hacía tan sólo un día.

Boone se apoyó hacia atrás sobre sus codos, sintiéndose grande y a gusto, y notó cómo el whisky le calentaba la barriga y se expandía, de manera que los brazos, piernas y cuello se sentían fortalecidos y relajados, como si cada uno de sus miembros tuviera su propia y pequeña vida feliz. Esta era la mejor forma de vida, libre y sin preocupaciones, con todo el tiempo del mundo para uno mismo y sin nadie que le dijera «no». Uno llegaba a sentir que todo formaba parte de su propia familia, la tierra, el cielo, los búfalos y los castores y la luna amarilla de la noche. Era mejor que estar confinado entre las cuatro paredes de una casa, mejor que respirar aire corrompido

y sentirse enjaulado como una alimaña, mejor que correr tras la ley o tener que correr delante de ella y cumplir las reglas todo el tiempo hasta que uno llegaba a dudar si podía quitarse sus calzones sin tener que pedirle permiso a nadie. Aquí uno vivía en la naturaleza. Algún día, tal vez, todo acabaría, como dijo Summers que pasaría, pero en todo caso no ocurriría tan pronto… no tan pronto como para tener que planear un futuro sin castores y con las tierras invadidas por iglesias y juzgados y establecimientos semejantes en sitios donde antes sólo había soledad. El territorio era demasiado salvaje y frío para los colonos. Las cosas subían y bajaban y volvían a subir otra vez. Todo lo hacía. Los castores regresarían, y los altos precios, y los buenos tiempos que los antiguos dijeron que durarían siempre.

Pobrediablo gruñó y abrió un ojo rojo y lo cerró rápidamente, como si todavía no estuviera listo para enfrentarse a las cosas.

—*How*, pies negros.

Pobrediablo se pasó la lengua por los labios.

—Enfermo. Dios enfermo mío —estiró el brazo hacia la petaca junto a Boone, y con los ojos suplicó un trago.

—Es la primera vez que escucho a alguien partir en dos la expresión Dios mío —dijo Jim—. Suena sacrílego.

—Todavía no, no puedes beber —dijo Boone a Pobrediablo—. Primero medicina. Medicina buena —se levantó, se dirigió al fuego y cogió la lata que había colocado junto a la hoguera. Dentro había agua y una buena cantidad de bilis de la vaca que Summers había sacrificado aquella mañana—. Es amarga. Es buena medicina —inclinó la lata y dejó que su nariz examinara el olor a rancio; antes de pasárselo al indio, él mismo pegó un trago—. Toma, indio. Bébetelo todo.

Pobrediablo olisqueó la hiel, como un perro olisqueando una boñiga fresca, y levantó el labio superior en una mueca que dejaba al aire el hueco entre sus dientes. Inclinó la lata y se la bebió rápidamente, moviendo la nuez a medida que engullía el líquido. Arrojó la lata lejos de él y eructó, y volvió a estirar la mano hacia el whisky. Tenía una expresión apagada, estúpida y amigable en el rostro, como la que uno esperaría ver en un chucho, si un chucho fuera capaz de sonreír. Entre los párpados rojos sus ojos parecían brumosos, como si no le proporcionaran una imagen nítida de las cosas.

De repente, Boone sintió ganas de hacer algo. Eso es lo que ocurría cuando uno bebía whisky. Caía plácida y confortablemente en el estómago durante un rato, y luego hacía que uno se levantara y actuara. En todos los rincones las hogueras estaban empezando a brillar rojizas, ahora que casi era noche cerrada. Boone podía ver a hombres moviéndose a su alrededor, o sentados, y en ocasiones algún espetón en el que giraba un cuarto trasero de búfalo en alto para evitar las cenizas. Se escuchaban conversaciones y gritos y risa y el sonsonete y repiqueteo de los jugadores. Llegaba un momento en que los hombres se dejaban ir, sintiéndose plenos y con el pecho henchido. Era la hora de hablar a voces, de hacer bromas y reír y beber y luchar, la hora de ver quién tenía el caballo más rápido y el ojo más certero y el rifle más centrado, la hora de ver quién era el mejor hombre.

—Me apetece dar una vuelta —dijo Boone, y recogió su petaca vacía.

—Ayer noche no estabas para mucha fiesta, Boone —era Jim el que hablaba—. Dick y yo

mantuvimos nuestras narices alejadas del agua de fuego, sólo por si acaso.

—¡Maldita sea! ¿Vais a estar sin beber durante toda la *rendezvous*? No tengo miedo.

Jim no respondió, pero Summers levantó la mirada con una leve sonrisa en los labios.

—No vamos a estar sin beber todo el tiempo que nos queda de vida, Boone. Sólo lo suficiente, eso es todo.

—Entonces será mejor acabar con esto inmediatamente.

Summers se levantó, echó mano al cuchillo de su cinturón y a continuación tomó el rifle en su mano.

—Este desgraciado que te habla no iría tan lejos, hijo. No te va a servir de mucho andar buscando problemas. Cálmate; nosotros te seguimos.

—Levanta, Pobrediablo —Boone dio un puntapié a las costillas del indio—. Whisky. Un montón de whisky.

Pobrediablo, que estaba boca abajo, aupó su trasero en el aire, como una vaca poniéndose de pie, y se incorporó tambaleándose un poco.

—Amo el whisky, yo. Amo hermano blanco.

—El hermano blanco ama a Pobrediablo —dijo Jim con los ojos clavados en Boone—. Ama a Pobrediablo un montón. Debe de amarlo mucho, ¿eh, Dick? Comprándole whisky a cuatro dólares la pinta. Casi un pellejo por pinta.

Pobrediablo se puso una camisa de algodón hecha jirones que le había dado Boone antes.

—¿Y para qué sirven los castores? —preguntó Boone, abriendo la marcha hacia el mostrador —. Sólo para gastarlos, ¿no es así? En alcohol y rifles y material. ¿O es que piensas forrarte la tumba con ellos?

—Ese indio puede beber una cuba llena de whisky —fue lo único que respondió Jim.

Desde el almacén se dirigieron a una hoguera alrededor de la cual se reunía una docena de tramperos libres, contando historias y bebiendo y cortando tajadas de carne de los costados de unas costillas colocadas alrededor de las llamas.

—Abran paso a un hombre temeroso de Dios —ordenó Summers.

—Abran paso a tres más —apostilló Boone.

Desde un extremo de la hoguera se oyó una voz:

—Summers sólo bromeaba, pero el tal Caudill suena como si realmente se lo creyera.

Boone miró con los ojos entrecerrados hacia el lugar de donde procedía la voz y vio que el que lo había dicho era Foley, un hombre alto, fuerte y delgado, con el labio inferior protuberante, como si buscara pelea.

Un breve silencio se apoderó de todo el mundo. Boone se quedó inmóvil.

—No soy de los que reciben un golpe bajo y bajan la cabeza, Foley. Piensa lo que quieras.

De nuevo se hizo otro breve silencio y a continuación Foley dijo:

—Sienta tu trasero de una vez, Caudill. Te enfadas con demasiada facilidad.

Summers se sentó y puso su petaca de whisky entre las rodillas.

—*How* —dijo ahora al resto—. Uníos a nosotros y poneos cómodos.

Foley comenzó a hablar otra vez.

—Allen nos estaba contando que en una ocasión tuvo un arma que podía disparar desde detrás

de una esquina.

—Así es —confirmó Allen—. A derecha o a izquierda, arriba o abajo, y con mayor o menor potencia según fuera necesario. Que me cuelguen si no la conservaría todavía de no ser por aquella vez que me equivoqué al apuntar y la bala recorrió un círculo completo y regresó al cañón como un pollo a su gallinero. Reventó todo y la mandó al infierno.

—Este que os habla en una ocasión disparó desde detrás de una esquina —dijo Summers—, y juro que me salvó la cabellera.

—¿Cómo fue?

Summers se encendió la pipa.

—Ocurrió hace diez años, aproximadamente, y los *pawnee* eran hostiles. Me atraparon solo, en el Platte, y había un montón de ellos gritando y aproximándose a mí. La primera flecha convirtió a mi caballo en pasto para los lobos, y allí estaba este que os habla, frente a una partida de indios lo suficientemente grande como para tomar un fuerte.

—Me dijeron que habías muerto en aquella ocasión, Dick —afirmó Allen—. Y que me aspen si a veces no eres como un muerto.

—Bueno, creo que no tan muerto como algunos. Fue una suerte que tuviera a Plomo Patsy conmigo —Summers dio unas palmaditas a la culata de su viejo rifle—. Ni siquiera ella sabe a qué distancia es capaz de disparar. Algunas veces me asusta, que me muera si no es cierto, pensando que la bala continúa su trayectoria y tal vez pueda alcanzar a algún amigo en California o, quizás, al gobernador del Estado de Indiana. Me llevó un tiempo acostumbrarme a ella, pero cuando aprendí a usarla podía matar a una cabra a tanta distancia como la que alcanzaba mi vista, y sólo si estaba brincando tenía que apuntar ligeramente de lado para llegar lo suficientemente lejos. Sí, señora, he disparado a algunos animales y he tenido el suficiente tiempo para volver a cargar el rifle antes de que la primera bala impactara en el animal.

—Es muy cansado viajar para conseguirse carne.

—Dices bien, Allen. Bueno, allí estaba este que os habla, y los *pawnee* acercándose, y justo entonces vi un búfalo a punto de rebasar una loma. Estaba tan lejos que no parecía más grande que una chinche. Hice la señal de la paz, rápida y afirmativa, y luego señalé en dirección al búfalo, y los indios pararon y miraron mientras apunté con Patsy. Por aquel entonces ya conocía mi arma a la perfección, y esperé hasta que la cola del animal se perdió de vista tras la colina, y luego, teniendo en cuenta la leve brisa que soplaba y un poco de polvo que flotaba en el aire, apreté el gatillo.

Summers tenía a todos los hombres atentos a sus palabras. Era como si su voz realizara algún tipo de encantamiento, como si su rostro arrugado y su remate de pelo canoso mantuvieran en vilo todas las miradas y acallara todas las lenguas. Dio unas caladas a su pipa, haciéndolos esperar, se sacó la pipa de la boca y bebió sólo un sorbo de su petaca de whisky.

—Los *pawnee* comenzaron a aullar de nuevo y a brincar, pero los detuve con la señal de la paz y los conduje hacia la ladera opuesta de la loma. Me llevó la mayor parte del día llegar allí. Pero como ya sabía este que os habla, allí estaba don Búfalo, desplomado donde la bala le había impactado. Y os aseguro una cosa, amigos, los *pawnees* desde ese momento se mostraron de lo más respetuosos conmigo. Uno tras otro me preguntaron si podían llevarse la carne, los cuernos y

el pellejo, y supuse que lo consideraban una potente medicina, hasta que ya no quedó nada de ese toro, excepto una mancha sobre la tierra, ¡y que me aspen si algunos de los *pawnee* no se la comieron también! —Summers dejó que pasara una breve pausa en silencio antes de volver a hablar—. No he probado a disparar tiros a tanta distancia desde entonces.

—¿No?

—Supongo que no sirvo para eso. Apunté para alcanzar al viejo toro en el corazón, y cuando llegué al lugar allí estaba, con un burdo disparo en la tripa. Me sentí totalmente avergonzado.

Los hombres se rieron, algunos dieron palmadas a otros en la espalda y acto seguido hundieron las narices en el whisky, y sus voces resonaron en la noche mientras la oscuridad les envolvía transformando la pequeña hoguera en un diminuto sol. A la luz del fuego los hombres parecían planos, como si sólo tuvieran una dimensión. Los rostros eran como los rostros de indios, oscuros, curtidos y ahora iluminados con un brillo rojizo, y bien afeitados para parecer barbilampiños. Boone bebió de su petaca de whisky y se arrimó al fuego, sintiendo el calor que le llegaba en oleadas. Pobrediablo se acuclilló detrás de él, y parecía bastante cómodo con su taparrabos y la camisa de algodón. A su alrededor estaba la profunda noche y las hogueras ardiendo y los gritos de los hombres, gritos joviales y amigables, pero que también se perdían en la gran oscuridad, como el aullido de un lobo alzándose en la noche y muriendo hasta desaparecer.

—Pues creo que no sois los únicos que habéis disparado desde detrás de una esquina —dijo Jim.

—¿En ángulo recto o en curva?

—En ángulo totalmente recto. Un giro en «U».

—Es el agua de fuego de la Compañía lo que hace a un hombre pensar en estas cosas —dijo Allen—. Se sube tanto a la cabeza que al final uno no sabe si viene o si va.

—Ocurrió en Bayou Salade, y habíamos ido a un fuerte para pasar el invierno —Jim se había convertido en un hábil mentiroso, casi tan bueno como Summers—. Una mañana fui a echar un vistazo y a menos de un tiro de flecha vi el puma más grande que jamás haya visto ningún hombre. «¡Carne de puma!», me dije, cogí el rifle y apunté. El puma se había tumbado totalmente estirado de manera que sólo se le podía apuntar a la cabeza. Apunté a la boca, así hice, y disparé, pero no tuve en cuenta lo rápido que era aquel puma —Jim miró a su alrededor al círculo de rostros—. Era increíblemente rápido. La bala entró limpiamente por la boca y entonces la bestia giró totalmente ciento ochenta grados, más rápidamente que un rayo. Desde entonces no tengo ninguna gana de mirarle el trasero a ningún otro puma. —Jim se tocó suavemente la mejilla—. Aquella bala me pasó rozando la cara al regresar hacia mí.

Las risas y las mentiras continuaron, pero, de repente, Boone se cansó de todo ello, se cansó de estar sentado y masticando y sin hacer nada. Sintió que algo se agitaba en su interior y sintió que el whisky lo impulsaba. Era como si necesitara disparar o correr o pelearse, o de lo contrario comenzaría a desbordarse como una olla hirviendo. Vio a Summers levantar de nuevo su petaca de whisky y tomar un pequeñísimo sorbo. El whisky de Jim estaba todavía intacto a su lado. ¡Malditos sean! ¿Es que pensaban que tenían que cuidarlo como a un bebé? Ahora era un buen momento, tan bueno como cualquier otro. La idea brotó en su mente, dura y nítida, como algo que uno había decidido hacer en primer lugar. Se bebió el whisky de un trago y se levantó. Summers

se volvió y lo miró y en su rostro se dibujó una pregunta.

—Voy a dar una vuelta.

Pobrediablo se puso en pie a sus espaldas. Summers dio un codazo a Jim y movió levemente la cabeza, y ambos se pusieron en pie.

Ya lejos de la hoguera Boone se giró hacia ellos.

—¡Por Dios Todopoderoso! No hace falta que me sigáis a todos lados. Estoy dispuesto a solucionar esto para que podáis tomar unos cuantos tragos. Vamos, Pobrediablo.

Acto seguido, giró sobre sus talones y continuó andando, sabiendo que Pobrediablo le seguía detrás, y que Jim y Summers también le seguían un poco más apartados, hablando en voz tan baja que no podía oírlos. Boone echó la vista hacia delante, intentando localizar a Streak, y lo vio enseguida, vio el mechón de pelo blanco brillando a la luz del fuego. Los jugadores canturreaban y golpeaban sus postes de madera, intentando confundir a los oponentes, y el equipo con la mano pasaba el hueso de un lado a otro, moviendo las manos de aquí para allá, abriéndolas y cerrándolas hasta que era casi imposible adivinar dónde estaba el hueso.

El canto y el golpeteo paraban después de que el equipo contrario adivinaba y las ganancias eran repartidas y se hacían nuevas apuestas mientras el hueso de ciruela pasaba a manos del equipo contrario.

La voz de Boone se escuchó por encima de los gritos y las maldiciones.

—Este de aquí es un indio pies negros llamado Pobrediablo, y es mi amigo.

Algunos de los jugadores levantaron la mirada, interrumpiendo las apuestas. Streak recogió sus ganancias.

Un hombre más viejo, con la boca como el orificio de una bala y un ojo que parecía haber envejecido entrecerrado mirando por el cañón de un rifle, dijo:

—Tranquilo, Caudill. ¿A quién le importa? Yo tuve en una ocasión una mofeta domesticada, y casi nunca le meaba en la cara a mis amigos, y cuando lo hacía el amigo sin duda no apestaba más, al contrario, olía más fresco.

—Sigamos con el juego —dijo Lanter.

—¿Y qué le pasó a tu amiga la mofeta? —preguntó Jim.

—Hacía ya dos inviernos que la tenía, y un día me quedé atrapado en un agujero con dos viejos cazadores, como Lanter, y una noche la vieja Mofeta Nunca-Mea simplemente se despertó y se marchó sin dar mayores explicaciones.

—Probablemente le pudo el orgullo —dijo Lanter.

—No fue eso. Lo averigüé inmediatamente. Viviendo tan cerca de dos tipos duros como tú, Lanter, su pobre nariz no pudo aguantarlo por más tiempo.

Boone esperó hasta que todas las voces se acallaron.

—No voy a dejar que nadie moleste a Pobrediablo. ¡Y si alguien tiene eso en mente, será mejor que lo suelte!

Frente a él un hombre dijo:

—¡Jesús! Mi castor está ya totalmente borracho.

Los ojos de Streak se alzaron. Su rostro era oscuro y tenía la boca apretada y recta. Uno no sabía si estaba dispuesto a luchar o no. Boone lo miró y sostuvo la mirada, y un silencio los rodeó,

con ojos y rostros expectantes.

Streak se levantó y se movió perezosamente.

—El maldito pies negros no parece valer tanto, ¿no? —dijo al hombre que tenía a su lado, mientras levantaba la mirada hacia Boone—. ¿Cómo quieres que sea?

—Me da igual.

Streak dejó su rifle apoyado contra un arbusto, salió del círculo y avanzó rodeando a los jugadores. Boone entregó su arma a Jim. Summers dio un paso hacia atrás con el rifle apoyado en el pliegue del brazo. Junto a él Pobrediablo gruñó algo en lengua de pies negros que Boone no entendió.

Streak era un hombre grande, más grande de lo que les había parecido en un principio, y se movía con suavidad y rapidez como un animal en su plenitud, con rostro impasible y una expresión que dejaba claro que sólo se conformaría con una muerte.

Boone esperó sintiendo que la sangre le hervía caliente y presta, sintiendo que una sensación de furia y placer le inundaba el pecho.

Streak se echó hacia delante y se acercó a Boone rápidamente lanzándole un puño, erró el golpe, recobró el equilibrio y volvió a lanzar un puñetazo antes de que Boone pudiera enzarzarse con él. El puño de Streak golpeó como un mazo en el pómulo de Boone. Boone intentó agarrarle y el pesado puño golpeó una vez y otra más, pero Boone siguió intentando embestirle, sintiendo el dolor de los puñetazos como algo bueno y placentero, intentaba agarrarlo por las manos y una luz intensa comenzó a parpadear en su cabeza. Finalmente logró agarrar un brazo, se resbaló y cayó al suelo arrastrando a Streak sobre él. Una mano se aferró a su garganta y otra se cerró en su nuca, y ambas apretaron con fuerza como si quisieran arrancarle la cabeza. El fuego daba vueltas a su alrededor, el fuego y los jugadores y Summers de pie con el rifle, y Jim con la boca abierta y los ojos entrecerrados como si los golpes le estuvieran doliendo, y Pobrediablo agachado como si estuviera a punto de abalanzarse. Todos giraban a su alrededor, mezclados y borrosos, como si fueran una vaga imagen en su mente, mientras se revolvía contra el peso que le aplastaba. Escuchó la respiración de Streak en su oído, y su propia respiración que chirriaba al inhalar y exhalar. Agarró la cabeza de Streak entre sus manos, la bajó acercándosela y desgarró una oreja con los dientes. Streak tiró de la oreja para liberarla, pero en ese instante Boone respiró hondo y el vertiginoso mundo que le rodeaba se estabilizó.

Agarró las dos muñecas de Streak. Sintió que sus propios músculos se hinchaban en sus antebrazos cuando recuperó las fuerzas. Era como si sus manos insuflaran potencia a sus brazos. Esta potencia fue aumentando poco a poco, cada vez que tiraba de las manos que rodeaban su cuello, pero de forma constante y decidida… un poco más y luego unos segundos de espera y luego un poco más, y las manos que apretaban su garganta iban resbalándose casi imperceptiblemente con cada tirón y luego fueron aflojándose más y más hasta que consiguió alejar de su cuello las manos crispadas de Streak. Tiró del brazo izquierdo de Streak con todas sus fuerzas hasta dejarlo totalmente recto, y a continuación soltó la otra mano, lanzó su mano libre y agarró con fuerza el codo de Streak, forzando el antebrazo hacia atrás mientras dejaba caer su peso sobre la articulación.

El brazo crujió al dislocarse; Streak gritó, se alejó rodando hacia un lado y luego se abalanzó a

los pies de Boone, con el rostro moreno retorcido en una mueca, y el brazo izquierdo colgando torcido. Cuando embistió de nuevo, levantó su brazo sano; Boone atisbo el oscuro parpadeo de un cuchillo y escuchó el apresurado grito de Jim advirtiéndole.

No tuvo tiempo de sacar su propio cuchillo. Cuando giró el cuerpo para esquivar el cuchillo, este descendió y atravesó la camisa, y la punzada que sintió en el brazo fue como si un fuego le abrasara la carne. Agarró la muñeca de Streak y la sujetó. Por encima del silbido que producían los pulmones de ambos hombres, escuchó la voz de Summers:

—¡Por Dios, él mismo se lo ha buscado!

Aferrándose con ambas manos, forcejeó con la muñeca de Streak, con los nudillos y los dedos cerrados alrededor del mango, hasta que atrapó el pulgar y tiró de él hacia atrás. Retorció la mano bajo su pecho y vio que se debilitaba, un dedo tras otro se abrieron como una criatura muriéndose, hasta que al fin se reveló el mango del cuchillo. El cuchillo se resbaló y cayó sobre la hierba. Boone lo cogió rápidamente mientras sujetaba a Streak con la otra mano. Una palabra salió titubeante de sus labios y la luz de la hoguera iluminó una repentina mirada de miedo en su rostro, una mirada que contenía tanto miedo que uno se sentía sucio al contemplarla. Los ojos se abrieron desorbitados, luego los párpados se agitaron y aletearon rápidamente, luego volvieron a abrirse desorbitados y acto seguido se cerraron lentamente mientras Boone sacaba el cuchillo de la carne y lo volvía a hundir de nuevo.

Boone lo empujó con la mano. Streak cayó hacia atrás y se escuchó un golpe sordo al impactar su cuerpo contra el suelo; permaneció en aquel lugar, retorciéndose con el cuchillo sobresaliendo de su pecho.

Pobrediablo dejó escapar un grito de júbilo y comenzó a dar cabriolas, y Jim se le unió y comenzó a bailar elevando las rodillas y gritando *«¡Hi-ya!»*.

El rifle de Summers seguía apoyado en el pliegue de su brazo.

—Creo que el peligro ha pasado —dijo.

Nadie le respondió hasta que Lanter habló en alto:

—Sigamos con el juego. Ya ha acabado el espectáculo. ¿Alguno de vosotros quiere ocupar el lugar de Streak? —y, a continuación, Boone le escuchó añadir en voz baja—: Ese maldito Caudill es fuerte como un toro.

Boone entonces se giró hacia Summers.

—¿Quizás ya estáis listos para remojaros el gaznate?

—Pues sí, parece que ha llegado el momento, después de que te curemos.

—No es más que un arañazo. ¡Al infierno con él! Divirtámonos un poco.

Summers examinó el largo corte en el brazo de Boone.

—Supongo que no te morirás por ello.

Los hombres retomaron el juego de manos, dejando el cuerpo de Streak allá tirado. Apartado de la luz de la hoguera tras la hilera de jugadores, era un oscuro bulto en tierra, como un durmiente. Uno tenía que fijarse mucho para ver el cuchillo sobresaliendo del cuerpo.

Boone pasó por su lado de nuevo, ya casi al amanecer, después de haber bebido no recordaba cuánto whisky y de estar con una mujer y ganar algunos pellejos. Aún tenía el sabor del alcohol en la boca y el sabor gomoso del tabaco *snake*. Mantenía el brazo inmóvil en el costado, ahora que la

herida había comenzado a secarse. Estaba rendido y en paz tras haber saciado todos sus apetitos, excepto el de dirigirse hacia el norte. Con el día a punto de romper en aquellas tierras, el mundo era como un estanque en un claro de bosque. Desde la distancia, desde un cerro, llegaban los agudos ladridos de los coyotes. De repente, una squaw comenzó a llorar, lamentándose probablemente por algún *bannock* muerto, y su voz se alzaba solitaria y débil en la media penumbra. Uno podía ver las tiendas más cercanas, que se erguían oscuras y muertas. Había rocío en la hierba y una especie de niebla oscura rodeaba el cadáver de Streak, que yacía en la misma posición que antes, aunque algún indio le había arrancado la cabellera, pensando que aquel mechón blanco podía ser un bonito premio.

CAPÍTULO XXV

Summers echó un último vistazo desde la pequeña loma en la que Boone, Jim y él estaban sentados.

El campamento había comenzado a despertarse ahora que la mañana inundaba el cielo. Las squaws estaban encendiendo hogueras y preparando carne para cocinarla, y lo mismo hacían los cazadores blancos y los *engagés* de la compañía que no tenían una mujer que hiciera el trabajo de una squaw. Boone, Jim y él no habían estado tanto con las squaws como los otros, sólo una o dos veces. Por lo que Summers sabía, no habían dejado por ahí ningún hijo bastardo, aunque probablemente sí lo hubieran hecho. Ya había un indio en el mostrador del almacén, probablemente pidiendo whisky. Summers vio a una squaw que salía de uno de los tipis, y tras ella dos niños mestizos, a quienes los franceses llamaban *brulés* por su piel tostada. Se preguntó si la propia squaw sabía quién era el padre. Más lejos, los caballos corrían, corcoveando, dando coces y mordisqueándose unos a otros por el frío de la mañana. El sol tocó las cimas de las colinas, pero más abajo todavía flotaba la oscuridad. Recortándose contra el cielo matinal, las montañas todavía estaban muertas, a la espera de que avanzara el día antes de resucitar.

—Por mí —dijo Jim—, esperaría y luego iría al este con las pieles.

Summers no respondió, pero se le volvió a pasar por la mente que no deseaba regresar con nadie. Quería estar a solas, irse con el vacío de su interior, para mirar y escuchar, ver y oler, para decir adiós mil veces y, al hacerlo, descubrir tal vez que el dolor desaparecía. Quería escuchar el agua de noche, y el viento entre los árboles, llenarse de las montañas y las pardas llanuras nítidas y perdurables en su mente, matar un búfalo y cocinar los *boudins* en su propia hoguera, sintiendo que la noche lo envolvía, contemplando las estrellas titilantes y la luz constante del Carro, y todas las cosas mientras les decía adiós, adiós.

Adiós, Dick Summers. Adiós a ti, viejo amigo. Echaremos de menos los tiempos en los que llegaste a nosotros, joven e inexperto y lleno de savia. Te vimos crecer y convertirte en un auténtico *Mountain Man*. Te vimos aprender, poner trampas, pelear y encontrar rastros, y luego ir por ahí sacando pecho como un gallito, listo para retozar o armar gresca, con tus brazos fuertes y buenos pulmones, y las squaws orgullosas de tenerte bajo su manta. Pero llegan nuevos tiempos, y nuevas gentes, montones de ellas, y los carros ya ruedan por los desfiladeros, transportando a novatos y mujeres y, tal vez, también niños y arados. Los viejos tiempos se han ido y con ellos los castores. Veremos muchos cambios, pero tú no, Dick Summers. Los años te han preparado. Ha llegado la hora de marcharse. La hora de dejarlo. La hora de sentarse y recordar. La hora de una silla y una cama. La hora de esperar la muerte. Adiós, Dick. Adiós, Viejo Humano Summers.

—No nos ha ido tan mal —dijo Boone— con la cantidad de castores que atrapamos y el precio que nos pagaron.

Summers se preguntó si lo había hecho bien o mal. Había logrado conservar la cabellera en lugares donde hombres mejores que él la habían perdido. Había visto cosas que uno nunca olvidaría y había hecho cosas que perdurarían en su mente hasta el fin de los tiempos. Había vivido la vida de un hombre, y ahora se acababa, ¿y qué había sacado de todo ello? Dos caballos y unos cuantos arreos y una carta de crédito de trescientos cuarenta y tres dólares. Eso era todo, a

menos que se contaran también las sensaciones que le proporcionaba aquella vida y la diversión que había disfrutado mientras el tiempo pasaba desapercibido. Había vivido grandes hechos, aunque en los últimos tiempos se asombrara y viera que todo quedaba a sus espaldas y nada frente a él. Era extraño cómo funcionaba el tiempo; se deslizaba bajo los pies de un hombre como una corriente de agua tranquila, tenue e ignorado, pero llevándose parte de él con cada gota: un poco de la rapidez de los músculos, un poco de la agudeza de los ojos, un poco de su juventud, hasta que, tarde o temprano, el hombre descubría que se había llevado lo mejor de él casi sin darse cuenta. Y entonces quería luchar, y detenerlo para recuperar lo que se había llevado. No era que le importase acabar en un hoyo, ni tenía miedo a morir y pudrirse y olvidar y ser olvidado; eran las cosas que iba perdiendo poco a poco: los sentimientos de felicidad, las acciones valientes, el paladar fresco para cosas como la bebida, las mujeres y el peligro, los amigos con los que había luchado y se había divertido, la idea de que cada nuevo día era mejor que el anterior, o igual de bueno que fue el otro. Los últimos años de la vida de un hombre eran una constante y larga pérdida, de amigos, de diversión y esperanza, hasta que finalmente el tiempo aniquilaba a la chinche en la que se había convertido y, de esa manera, el círculo se cerraba.

—Ojalá cambiases de idea —dijo Boone—. Podemos hacer grandes cosas en el norte, Dick.

¡Grandes cosas! Jim y Boone no lo entenderían hasta que envejecieran. No sabían que un hombre no dejaba esa vida, sino que era justamente lo contrario. ¿Y qué si podían hacer grandes cosas? ¿Y qué si volvía a haber montones de castores y los pellejos se pagaban a mejor precio? Él había vivido en otro tiempo allí mismo, en el Seeds-kee-dee, cuando los castores eran tan abundantes que un cazador podía dispararles desde la orilla, y tan valiosos que un buen fardo de pellejos podía reportarle cerca de los mil dólares. Tales hechos no iban a poner muelles en las piernas de uno o hacer que la rigidez desapareciera de sus articulaciones. No iban a convertirlo de nuevo en un auténtico *Mountain Man*.

El sol se levantaba sobre el Sweetwater. La primera mitad roja se estiraba perezosamente sobre el horizonte, reflejándose sobre el rocío de la hierba. Al oeste, las montañas se erguían puras y las últimas sombras de la noche ya habían desaparecido de sus laderas.

Summers miró hacia el este, hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur, sintiendo que detestaba decir adiós.

—Te ha salido buen tiempo —dijo Jim.

—Precioso.

Los ojos de Boone se posaron en los de Summers y luego los apartó.

Estos eran los amigos de Summers, los mejores que tenía en el mundo, ahora que los huesos de sus viejos amigos yacían repartidos desde el norte del territorio español hasta los territorios ocupados por los británicos. Allí estaba Dave Jackson, que partió hacia California y del que nunca supo nada más, y el viejo Hugh Glass, asesinado por los *arikaree* en el Yellowstone, Jed Smith, que rezaba a Dios y confiaba en su rifle, pero que a pesar de todo eso murió joven, y Henry Vanderburgh, un hombre decidido aunque inexperto, al que los pies negros le arrebataron la cabellera, y Andrew Henry, el corpulento veterano, que murió en su cama en el Condado de Washington; estaban estos y más, y todos estaban muertos ahora, muertos o desaparecidos, y en ocasiones Summers sentía que él, junto a algunos como el viejo Etienne Provot, pertenecía a otra

época.

Y, sin embargo, tenía la sensación de que todo había pasado tan rápido que, al mirar atrás, se diría que fue ayer cuando partió hacia la nueva tierra en busca de una nueva vida. Se sentía estafado y consumido, como si acabase de empezar a saborear las cosas justo antes de que se las arrebataran. En cuanto tuvo cierto juicio en su cabeza, en cuanto aprendió el truco de disfrutar por sí mismo pausada y relajadamente, saboreando los placeres de la mente tanto como los del cuerpo, las fuerzas empezaron a fallarle. Los placeres fueron alejándose cada vez más, como un punto en una hermosa orilla, hasta que sólo pudo echar la vista atrás y recordar y desear.

Estos eran sus mejores amigos, pensó otra vez, mientras, sin motivo alguno, echó otra mirada a la carga y la silla de montar y las correas de sus dos caballos. Ellos eran sus mejores amigos: Boone Caudill, que primero actuaba y después pensaba, pero que igualmente actuaba con contundencia y de forma honesta; y Jim Deakins, que veía el lado divertido de todo y hacía burla de todo y tenía a Dios y a las mujeres siempre en mente.

—Este desgraciado que te habla no debería llevarse tu caballo Blackie —le dijo Summers a Boone.

—Puede que lo necesites viajando solo.

—Nunca lo olvidaré.

—No tiene importancia.

—No hay muchos que estén dispuestos a dar su caballo búfalo.

—No tiene importancia, en serio.

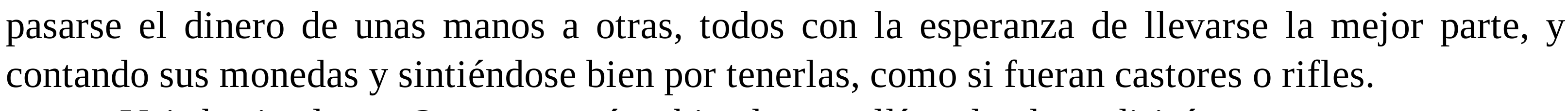
—Ojalá fuera mío para poder dártelo —interrumpió Jim.

Summers se dio media vuelta y se alejó de ellos. Sin duda para un hombre de montaña había llegado el momento de retirarse cuando sus entrañas se encogían y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Dónde acamparás esta noche?

¿Y qué más daba? Para él, toda aquella tierra era territorio conocido, el Seeds-kee-dee y el Sandy y el Sweetwater. Apenas había una colina que él no conociera, desde cualquier dirección, o un riachuelo junto al que no hubiera acampado. Podría despedirse de uno como de otro. Al abandonar, uno no planeaba en qué lugar podría pasar la noche. No había nada esperándole al final del camino, sólo un trozo de tierra, una mula y un arado. Se lo tomaría con calma, mirando, escuchando y recordando, mientras uno a uno los viejos lugares irían desapareciendo y poco a poco se acercaría a los asentamientos, donde los hombres permitían que el tiempo gobernase sus vidas: una hora para levantarse, una hora para comer, una hora para trabajar, una hora para acostarse y volver a encontrarse con el tiempo y las horas por la mañana, una hora para arar y sembrar y cosechar. Allí, uno no vivía de la tierra. La hacía trabajar para él como lo haría con un negro, obligándola a producir maíz y cerdos y porquerías de huerta. No salía al campo cuando tenía hambre para cazar y conseguirse una vaca gorda. No veía su sustento a su alrededor, ni era libre para dispararle. Tenía que cultivarlo y criarlo, esperar y calcular y ahorrar.

Allí a uno todas las cosas le oprimían. Debía tener dinero en el bolsillo, debía regatear por esto y por aquello y pagar por todo. Sin dinero no era nadie. Sin dinero no podía vivir o mantener la cabeza en alto. Los hombres de los asentamientos dedicaban un montón de tiempo simplemente a


pasarse el dinero de unas manos a otras, todos con la esperanza de llevarse la mejor parte, y contando sus monedas y sintiéndose bien por tenerlas, como si fueran castores o rifles.

—¿Vais hacia el norte? —preguntó, sabiendo que allí es donde se dirigían.

—Boone sí va —respondió Jim.

—Conseguiremos montones de castores en las Teton y el Marias, y por toda esa zona —explicó Boone.

—Si os dejan los pies negros. Si los *piegan* no han vendido ya todos los castores para Fort McKenzie.

—Lo conseguiremos.

—¿Cuántos años tendrá ahora Ojos de Cerceta? —preguntó Summers.

—Los suficientes para tener un hombre, y algún que otro joven, ¿eh, Dick?

—Conseguiremos atrapar castores —afirmó Boone.

De las hogueras salían finas columnas de humo azul, había tantas que a uno se le quitaban las ganas de contarlas. El humo se elevaba en línea recta y se iba estirando en hilos más finos a medida que subían, hasta que se perdían de vista totalmente y sólo quedaba el claro y vacío cielo.

—Supongo que Pobrediablo se quedará con vosotros.

—Claro.

—Boone ha aprendido un montón de palabras de los pies negros.

—Ya he visto.

—Nos vendrá bien. Ya verás.

No volvería a oír esos sonidos otra vez, se dijo Summers, ni gozaría de aquellas vistas, ni olería el humo del chopo temblón. Podía oír las voces agudas de las squaws y el habla gutural de sus hombres y los gritos de los niños. Las voces de los cazadores también regresaron a su mente, y el golpeteo de las hachas. Miró los tipis sobre la hierba brillante, recortándose limpiamente contra el distante azul. Contempló a los perros y a los niños trotando alrededor de los tipis, los caballos que ya habían dejado de juguetear ahora y se desplazaban decididamente hacia el buen pasto, el río que fluía inmutable entre los bordes arbolados, serpenteando interminable hacia el sur y a extrañas tierras que él nunca había visto. Todo ello formaba una especie de comunidad, y de todo se desprendía un olor y un sonido y una imagen. ¿Podría sentirlo de nuevo en sus oídos, en sus ojos y su nariz cuando estuviera de regreso en Missouri con el tiempo acuciándole y la mano pendiente de encontrar dinero en el bolsillo?

Sus ojos pasaron de Jim a Boone. Más que nunca, el sentimiento de ser padre se despertó en él ahora que debía marchar. Era como si estuviera dejando volar a sus niños para que se las apañaran por sí solos y se sintiera preocupado por lo que pudiera sucederles.

—Bueno —dijo—, ha llegado el momento del mal trago. Ya ha llegado —y ofreció su mano —. Este que os habla no puede perder todo el día charlando.

Se montó en el caballo y tiró de las riendas dándose la vuelta, hacia el amanecer del sol, hacia el este, de donde el joven Dick Summers llegó hace mucho, mucho tiempo atrás.

CAPÍTULO XXVI

Pobrediablo se quedó rezagado, con el semblante torcido y ansioso, y con los ojos miraba a un lado y a otro como los ojos de un animal que presintiera peligro.

Jim estaba sentado con el cuerpo girado de lado en la silla, mirándolo.

—Venga, Pobrediablo —llamó—. Si un alce puede pasar por aquí, creo que los caballos también pueden.

—Mucho, mucho mal —respondió Pobrediablo alzando la voz, y continuó hablando con palabras indias que Jim no entendía.

Jim se giró para que Boone, que encabezaba la fila, le oyera.

—¿Qué dice, Boone?

—No lo he oído —respondió Boone sobre su hombro.

—Dilo otra vez, Pobrediablo. Habla más fuerte.

El indio levantó la voz, que sonó por encima de los crujidos del cuero, el traqueteo de los fardos y el ruido sordo de los cascos de los caballos.

—Dice que es obra de malos espíritus —tradujo Boone.

—Le han puesto el nombre correcto, sí señor, al llamarlo El Infierno de Colter.

El infierno sin duda podía estar allí debajo, en el inmenso e invisible agujero sobre el que resonaban las pezuñas de los caballos, en el fuego que ardía bajo la tierra y hacía que el agua saliera hirviendo a la superficie, y también escupía chorros de vapor que siseaban y se alejaban formando nubes a ambos lados de las sendas de alces que seguían. Un hedor flotaba sobre todas las cosas. Al norte y al sur, al este y al oeste el terreno estaba cubierto de una costra blanca, como un desierto de sal. A menos que mirase a lo lejos, hacia la cadena de colinas o los árboles oscuros y brumosos en las laderas, uno no creería estar en las montañas. El sol ardía sobre la costra blanca, y la costra reflejaba la luz hacia los ojos, de manera que un jinete tenía que avanzar con la barbilla pegada al pecho y los ojos entrecerrados.

La voz de Pobrediablo le llegó a Jim como un repentino grito gutural, y después el resbalón de un casco y la espantada de un caballo asustado y, al mirar hacia atrás, Jim vio el agujero que el casco del caballo había hecho en la costra y el vapor azul que salía de allí.

—Casi te atrapa el diablo esta vez, Pobrediablo —dijo—. Da miedo, sin duda, Boone —continuó, a pesar de saber que Boone no podía oírle—. Muchísimo miedo.

Los hombros encorvados de Boone subían y bajaban delante de él, fuertes y huesudos bajo la holgada camisa de algodón. Bajo el pañuelo rojo que se había atado a la cabeza, su pelo negro recogido en trenzas se balanceaba al ritmo del caballo. Los ojos siempre estaban atentos a la derecha, a la izquierda y delante, y llevaba el rifle atravesado sobre la silla, pero Jim sabía que no era el diablo el que le mantenía vigilante. Boone no se preocupaba por el infierno, ni tampoco por el cielo, sino por los pies negros y los ladrones *crow*, y por la caza y los castores. Era un hombre que iba directo al grano, sí que lo era, y Dios no significaba nada para él. Sólo lo que podía ver, oír, sentir, comer, matar, o lo que podía matarle, eso era lo que contaba. Eso y, en ocasiones, alguna loca idea, como esa de ir más allá de Three Forks, donde había más pies negros que mosquitos, y siempre ansiosos por conseguir cabelleras de Cuchillos Largos. Boone decía que iba

a por castores, pero Jim sabía la verdad. Era por la pequeña Ojos de Cerceta, que Boone había guardado en secreto en su cabeza durante todo este tiempo, y que había ido creciendo y apoderándose de él, hasta que finalmente tomó la decisión y ni el propio Dios hubiera podido cambiarle de idea.

Era una idea loca, sí señor, una locura total. Incluso Bridger, que se dirigía hacia el Alto Yellowstone y el Madison y el Gallatin y el Jefferson, llevaba consigo un grupo de hombres para estar seguros. Jim y Boone y Pobrediablo eran sólo tres. ¿Y qué si el propio Pobrediablo era pies negros, como decía Boone? Eso no significaba que los pies negros fueran a dejarlos tranquilos. Jourdonnais había creído lo mismo por tener a Ojos de Cerceta en su poder, pero ahora estaba muerto.

En ocasiones Jim se preguntaba por qué seguía viajando con Boone. Boone no era un tipo muy divertido. Era un hombre serio y parco en palabras, y no se abría a nadie, excepto a Summers. Si ibas con Boone debías seguir su camino. Uno habría pensado que ya estaba satisfecho a estas alturas, tras salirse con la suya en lo de dirigirse al norte, pero se ponía nervioso porque iban lentos y sin prisas, según la promesa que Jim había logrado arrancarle para acceder a acompañarle. No tenía sentido apresurarse y perderse las vistas de todos esos manantiales de agua hirviendo y el gran cañón del Yellowstone y otras maravillas increíbles. Estaban sólo a mediados de verano, de camino al otoño, y las bayas se veían gordas y moradas a los pies de las laderas, y un poco más alto las frambuesas silvestres brillaban rojas sobre el terreno. Había caza en la colina y la cuenca, el sol brillaba redondo y cálido y el viento había amainado, seguramente ahorrando fuerzas para el otoño. Era hora de vaguear, teniendo en cuenta que, de todas formas, no era buen tiempo para los castores.

Por otro lado, Boone era un hombre honesto, de sangre fría y alerta cuando había peligro cerca. No sabía lo que era tener miedo.

Y uno podía confiar en él, pasara lo que pasara. No había muchos que fueran tan leales a un amigo, o capaces de ir con él tan lejos, o arrimar el hombro tanto en los buenos como en los malos momentos. A pesar de todas las veces que sucumbía a la voluntad de Boone, Jim se sentía más viejo, y mucho más inteligente, y sabía que Boone dependía de él. En algunas cosas, Boone era todavía como un niño, y sólo necesitaba pronunciar en su oído una palabra de cautela para hacerle ver las cosas de la forma más correcta e inteligente. Disparando a los búfalos, o atrapando castores, o luchando contra osos, Boone era tan bueno como el que más, pero con la gente era distinto. No sabía contar chistes, ni soltar o encajar bromas, ni ver las cosas desde distintos puntos de vista, ni buscar diversión en lugar de problemas. Lo único que sabía era tirar hacia delante. En ocasiones, cuando estaba a punto de meterse en algún lío por no pararse a pensar, una pequeña frase, dicha como de pasada, le hacía recobrar el sentido y lo calmaba, o al menos lo contenía. Jim suponía que Boone estaba agradecido, como lo estaría un chico que carecía de las palabras para decirlo.

Jim se removió girándose sobre su silla para mirar a Pobrediablo. Se le había borrado la sonrisa de su ancho y estúpido semblante. No parecía estar muy feliz en esos momentos. Tenía la boca apretada, ocultando el agujero en la encía superior, y sus ojos negros no paraban de moverse, viendo al espíritu bajo cada chorrito de agua y cada vaharada de vapor. Jim se apostaba lo que

fuera a que si uno de repente le daba un codazo en el trasero, pegaría un salto tremendo y se caería del caballo.

—Supongo que Dios está disfrutando de su espectáculo —dijo Jim a su caballo, observando cómo el animal torcía la larga oreja para escuchar—. Podría ser, ¿qué piensas tú? A Dios le debe gustar quedarse de vez en cuando a solas para hacer travesuras. A veces debe de sentirse muy aburrido, con todo ese lío de tener que vigilar a la gente y levantar el sol y luego acostarlo, y traer la lluvia también, y todo el tiempo teniendo que comportarse serio y correcto.

Seguro que era eso. A Dios debía de gustarle darse aires y hacer el tonto si le apetecía. Así que llegó hasta aquel lugar, hasta la cima del mundo donde los ríos se juntaban, y allí se dedicaba a retozar y soplar el vapor por los agujeros y a escupir chorros de agua sólo para demostrarse a Sí Mismo qué era capaz de hacer, como un jovenzuelo que juega sin ser visto.

Al reflexionar de esa manera, uno se sentía más cercano a Dios. La mayoría de las personas consideraban a Dios como alguien mezquino, que metía ideas en las cabezas de los hombres y luego los enviaba al infierno si actuaban de acuerdo con esas ideas. Dios tenía que querer que un hombre disfrutara, por eso le dio el deseo por las mujeres y puso mujeres a su alrededor, y cuando uno conseguía placer, hacía lo que Dios había esperado que hiciera desde el principio. ¿Qué sentido tendría si no fuera así? ¿Por qué había, si no, tantas squaws y eran todas tan complacientes, si no fuera para un fin concreto?

Pero uno nunca sabía qué pensar con tantas ideas diferentes. Tal vez tuviera razón la gente que pensaba que Dios sólo tentaba a los hombres para que pecaran con la intención de que se asaran por los siglos de los siglos por hacer lo que Él mismo había convertido en su debilidad. Quizás Él pretendía que tropezaran. O, tal vez, era el demonio el que hacía que uno pecara. Era imposible saber dónde empezaba uno y dónde acababa el otro. Si hacías lo que Dios hizo que te gustara, el demonio te atrapaba; si no lo hacías, Dios te llevaba al Cielo. Todo sonaba contra natura, pero los hombres creían en ello y uno no sabía ya qué creer.

Un rato después, la costra blanca y el agua hirviendo dieron paso a frondosos pinos, y los pinos a una llanura salpicada de bosquecillos de árboles. Hacia el sur y el oeste de estos se extendía el Lago Yellowstone, apacible bajo el sol de la tarde, con pequeños círculos que formaban las truchas al asomarse a la superficie.

Boone espoleó al caballo, levantó el rifle y disparó a un alce que acababa de asomar entre un bosquecillo. El alce saltó una vez, cayó a tierra y se quedó tumbado dando patadas.

—Es un buen lugar para acampar —dijo Boone, mientras cargaba de nuevo el rifle.

—Mucho mal —dijo Pobrediablo con los ojos clavados en otro manantial caliente del que salía una columna de vapor.

—Mucho bien, maldito indio —dijo Boone—. Yo. Amo infierno. Mucho amo infierno. Tenemos carne, y agua caliente para cocinarla, y probablemente no nos molestarán los pies negros aquí; a ellos no les gusta este lugar más que a ti.

Bajó del caballo y caminó hacia el alce para desangrarlo; regresó y comenzó a desensillar, girándose para mirar a Pobrediablo y sonriendo mientras sus manos se entretenían con las correas de cuero.

Ataron a los caballos y cocinaron la carne de alce, prepararon una olla de café y después Jim

se echó hacia atrás fumando y contemplando las colinas y el cielo. El sol había desaparecido y la oscuridad comenzaba a arrastrarse sobre las colinas arboladas al otro lado del lago, pero el cielo estaba limpio y todavía había luz, y el lago brillaba delimitado por la tierra y la vegetación, como si un trozo de cielo hubiera caído en la tierra. Por el este, el sol se rezagaba justo en las cimas de las montañas. Allí arriba aún se podía ver la esfera solar y recibir algo de calor con su brillo, pero desde donde lo contemplaba Jim sólo era visible una pequeña nube que ardía al pasar. Encogió los hombros bajo la camisa cuando notó que llegaba el frío de la noche. Sobre sus cabezas, desde algún lugar, o desde todos los lugares, se escuchaba un agudo y agradable canto. Sólo cuando uno se quedaba en silencio podía oírlo, pero ahí estaba siempre, tenue, y se oía y luego se apagaba, y luego regresaba; tal vez eran los altos pinos que hablaban, o las montañas, o el zumbido del tiempo, lejano y antiguo, y le hacía sentir a uno pequeño y efímero; hacía que uno se sintiera solitario y ansioso por estar con gente para olvidar lo grande que era el mundo, para no estar pensando en los siglos de las montañas. El aire estaba tan calmado que el fuego de la hoguera ascendía en línea recta como un tallo. Jim podía oír el fuego murmurando cosas a la madera y, de vez en cuando, el sonido de un caballo pastando, pero eso era todo, aparte del tenue canto.

Extrañaba a Summers, sus ojos grises, su apacible sonrisa y sus maneras despreocupadas y sabias. Cuando Summers estaba con ellos, nunca se había sentido tan triste y solo como en ese momento se sentía. Summers entendía cómo se sentía un hombre, y también entendía a los animales y a la naturaleza, y unos y otros parecían acomodarse a él y hacerle sentir como en casa en cualquier sitio. Jim podía ver que Boone también lo echaba de menos, y que por ello parecía incluso más silencioso de lo que era habitual en él, y más serio, y no prestaba oído ni boca a la cháchara. Era como si hubieran perdido algo cuando Summers se marchó, algo que hacía que la vida de trampero fuera buena y placentera. Jim se preguntaba por qué seguía cazando por los ríos y seguía estando solo y echando de menos a la gente. A veces, por la noche, tenía por compañero de cama un profundo y secreto miedo a la muerte, que le pellizcaba y no le dejaba dormir; pero él sabía que, a pesar de todo, continuaría con Boone durante un tiempo, daba igual el porqué. La vida de cazador era lo bastante buena si uno no tenía un don especial para nada más. Tras un tiempo uno se acostumbraba y, simplemente, seguía avanzando, sin nada mejor que hacer. Probablemente, los colonos en las granjas, o en las tiendas, o en los diques del río, terminaban realmente asqueados unos de otros y deseaban dejarlo todo e irse a vivir solos. A pesar de gustarle mucho la compañía de la gente, también sabía que no había nada más tedioso que la gente.

Se sentó medio amodorrado, dejando que sus oídos permanecieran alerta. Y luego escuchó a Boone decir:

—Probablemente, Devoradores-de-borregos[2].

Jim se incorporó y vio cuatro figuras al borde del bosque a sus espaldas. Cuando Boone se levantó con el rifle en la mano, retrocedieron fundiéndose con los árboles de nuevo. Boone bajó el rifle y se quedó callado, y un rato después volvieron a salir y permanecieron en una línea, todos ellos mirándolos y a la espera.

—Iré a ver —dijo Jim.

Se levantó y comenzó a avanzar hacia ellos sin su rifle, preguntándose si conocerían la señal de la paz, preguntándose si podrían entender su lengua *shoshone*. Mantuvo una sonrisa en los

labios y avanzó lentamente, y poco a poco les fue haciendo señas para que se acercaran a él. Eran un hombre y una squaw, ahora podía verlos, y dos niños, y parecían vacilantes y curiosos y prestos a ponerse a resguardo tras los árboles, aunque también con ganas de ver más. Se agitaron con un leve escalofrío de inquietud mientras avanzaba hacia ellos, y entonces se detuvo, esperando a que se acostumbraran a su presencia, como un cazador esperando a que se calme la presa.

—El corazón del hermano blanco es bueno —dijo en lengua *snake*—. El hermano blanco sólo tiene una boca y una lengua.

Ellos escucharon y le comprendieron, pero seguían recelosos, allí de pie, pálidos y con sus pieles de borrego cimarrón recortándose contra la oscuridad del bosque. El arco del hombre colgaba de una mano. Por detrás de ellos aparecieron cuatro perros que arrastraban fardos a sus espaldas; estos vieron a Jim, gruñeron y luego se sentaron. Un rato después, mientras aún reinaba el silencio, los perros comenzaron a sonreír.

Podrían haber formado perfectamente parte de un cuadro, excepto por el leve movimiento de los ojos del indio al examinarle y la squaw que le observaba y echaba los brazos hacia delante para mantener quietos a los niños, y los niños, que olvidaron su miedo y comenzaron a hacer pequeños y bruscos movimientos imitando a los zarapitos.

—El hermano blanco tiene carne. ¿Querrán sus hermanos comer?

Jim pudo ver cómo le daban vueltas a la idea en sus cabezas. Sus ojos ahora estaban quietos, y se clavaron en él como si fueran catalejos apuntando hacia algo lejano, pero catalejos que apuntaban hacia dentro, también, mientras sopesaban la comida que él les ofrecía.

—Polvo rojo y tabaco y cuentas de cristal y un cristal medicina para mirar.

Jim les hizo señas hacia al fuego.

La squaw dijo algo en voz baja a su hombre, y ambos dieron un paso adelante; seguían cautos e inquietos, pero también se mostraban audaces.

Jim se giró y se dirigió a la hoguera, se sentó allí con Boone y Pobrediablo, y se pusieron a mirar hacia el lago sobre el que flotaba una nube lenta. Ninguno habló o miró hasta que el indio dejó escapar un leve gruñido; se giraron y los vieron de pie, honestos y humildes, el hombre a un lado y la squaw en el otro, con los dos niños en medio.

Jim sacó del fuego un hierro de marcar y encendió con él su pipa; apuntó la boquilla hacia arriba y hacia abajo y en círculo, y la sostuvo ofreciéndosela al indio. Después de dar unas caladas, el indio mostró un viejo y maltrecho fusil, con el tambor abierto y oxidado, y luego lo señaló indicando que le faltaba pólvora y balas. Un arco de tres pies de alto, hecho con una cornamenta de carnero y adornado con plumas colgaba de su brazo. Jim sacó plomo de su zurrón y vertió pólvora de su cuerno en el astillado cuerno del indio. El hombre entonces sonrió y comenzó a hablar en *snake*. Poco después la squaw también hablaba, y los pequeños gorjeaban.

—Ese viejo mosquete no disparará, da igual lo que ponga —dijo Boone—. Y echa un vistazo a la flecha. Son Pobres diablos, sin duda. ¡Caray, si tiene la punta de piedra!

Rebuscó en su bolsa de materiales y sacó un pequeño espejo forrado por detrás con papel, y se lo dio a la squaw. Ella se miró en él y dejó escapar un pequeño gemido de sorpresa y sonrió al verse reflejada. Los niños se apiñaron a su alrededor y miraron sus rostros. Los ojos de los pequeños se clavaron en los de la madre, con mirada interrogante; sin motivo aparente, los tres se

echaron a reír, alto y claro como campanillas. Salieron corriendo hacia el otro lado del fuego, olieron la carne y la señalaron, pidiendo un poco.

Fue entonces cuando el hombre pareció darse cuenta de la presencia de Pobrediablo, pero al hacerlo sus ojos se abrieron fugazmente como platos y luego los entrecerró, e hizo un gesto empujando a su familia hacia atrás.

—No tengas miedo —dijo Jim, y luego siguió en *shoshone*—: El pies negros ha viajado mucha distancia con nosotros. Es un hermano. Quiere paz.

Jim examinó a Pobrediablo mientras hablaba. Pobrediablo abandonó su mirada nerviosa el tiempo suficiente para ofrecer una sonrisa.

El Devorador-de-borregos estudió a Pobrediablo un poco más y luego, como si ya no tuviera miedo, comenzó a hablar de nuevo. ¿Tenía el hermano blanco tabaco? ¿Tenía un cuchillo o un punzón? ¿Le gustaría hacer trueque con el plomo y la pólvora? ¿Quería pieles de castores o nutrias? Había pocos castores en el río ahora, porque los indios tenían que cazarlos para comer. Había guardado unas cuantas pieles.

Los cuatro perros estaban echados sobre sus barrigas alrededor del fuego, oliendo la carne de alce mientras sus lenguas colgaban babeantes. El indio se acercó a uno de ellos y del *travois* que llevaba atado sacó un pequeño fardo de pieles. Lo dejó caer a los pies de Jim.

—Castor y nutria —dijo Jim a Boone.

—Pertenecen al hombre blanco —dijo el indio—. Dadnos lo que queráis.

Tras haber realizado el trueque y haber comido, se marcharon, felices por tener un cuchillo carnicero y un punzón y unos cuantos tiros de fusil. Jim pudo oír su parloteo y la risa de los pequeños después de que se perdieran de vista, y poco a poco fueron apagándose hasta convertirse en un débil eco y desaparecer.

Más tarde, cuando la noche ya había caído, Jim estaba tumbado boca arriba, contemplando el cielo salpicado de estrellas. Aquel lugar era como el principio del mundo, alto y solitario y alejado de los asuntos humanos, y los Devoradores-de-borregos bien podrían haber sido los primeros humanos, tímidos y humildes, y muy confiados cuando ya no se sentían amenazados. Este era el principio del mundo, envuelto en un delicado canto que llenaba el cielo y el sonido profundo del agua en ebullición, y uno se preguntaba entonces cómo empezaron las cosas, y si Dios estaba sentado en una de las estrellas, mirando hacia abajo y, tal vez, sonriendo o ¿quizás con el ceño fruncido? Uno se sentía perdido si dejaba volar la mente, perdido bajo el cielo, perdido en las altas colinas, perdido y tan a gusto como si ya estuviera muerto, mientras el tiempo discurría por siempre jamás.

—Boone —dijo Jim—, ¿te has dado cuenta de que Pobrediablo se llevó la cabellera de Streak?

Pero Boone ya estaba dormido.

Jim deseó tener a una mujer. Hacía que la mente de uno se mantuviera con los pies en la tierra.

CAPÍTULO XXVII

Boone estaba tumbado boca abajo sobre su barriga, a la sombra de un chopo temblón en la cima de una loma. Delante de él se extendía la inmensa llanura del Yellowstone, que se deprimía y elevaba y se estiraba hasta donde el cielo se curvaba en el horizonte. A lo lejos, tanto que parecía la sombra desgarrada de una nube desplazándose por delante del sol, Boone vio una manada de búfalos que cruzaba el agua hacia la rica hierba parda de las laderas, ahora que la tarde ya refrescaba. Más cerca, media docena de berrendos retozaban desplazándose con movimientos rápidos y delicados como un revoloteo de alas en el viento. El sol bajaba calentándole la nuca y derramándose sobre la llanura, pintándola de un cálido color tostado, como el pellejo estival de las comadrejas. Un poco antes, a pesar de ser principios de otoño y de que las ciruelas silvestres colgaban maduras, la canícula danzaba sobre el polvo y los animales se mantenían bajo la sombra y cerca del agua, pero el sol ahora se había suavizado y soplaba una brisa fresca desde las montañas. Los mosquitos zumbaban a su alrededor y una enorme mosca azul se comportaba como si revoloteara sobre alguien a punto de morir. Se preguntó si la mosca empezaría a devorarlo si se quedaba lo suficientemente quieto. ¿Cómo sabía una mosca que una criatura estaba muerta? Tal vez la mosca era como Jim, que pensaba que tenía muchas posibilidades de acabar muerto y enterrado, pero al menos la mosca no le regañaba por ello, como sí hacía Jim.

—Es arriesgado, Boone —había dicho Jim—, y además innecesario.

—Estaré bien, ya te lo he dicho.

—Claro, claro. Estarás bien, aunque tal vez muerto. O quizás eches a los *crow* tras nuestro rastro, y sólo somos tres, y para colmo en territorio desconocido. Los *crow* no son squaws, ¿sabes?, ni perros. Saben luchar.

—No les dejaré que me vean. No pueden luchar contra lo que no ven.

—Te seguiré la pista, entonces. No es seguro que vayas solo.

—No quiero que vengas. Este es trabajo de un solo hombre.

Pobrediablo estaba sentado frente al fuego de la mañana. Su enorme nariz se curvó ensanchándose sobre el borde de la boca, que se abrió en una sonrisa.

—Yo gran ladrón —dijo—. Un muy bueno ladrón. Atrapa el caballo rápido.

—Yo atrapar el caballo —respondió Boone—. Regresaré al anochecer —dijo dirigiéndose a Jim, y luego los dejó cómodamente acampados donde el Yellowstone abandonaba las montañas. Sabía que tenía la mirada de Jim clavada en él mientras se alejaba al trote.

Guiado por Boone a través de la espesura de los álamos, el caballo trastabilló y se oyó un crujido de ramas; Boone echó la mirada atrás para asegurarse de que estaba bien. El caballo le devolvió la mirada, con ojos somnolientos y desganados, mientras con la cola espantaba mosquitos. Era el viejo caballo de Summers, Poky, un animal lento pero resistente y tan dócil como un perrito. Era justamente lo que necesitaba para lo que se proponía hacer.

Lanzó la mirada atrás, hacia las llanuras, y contempló de nuevo los búfalos y los berrendos y los rayos de sol brillando a ras de la hierba, pero, principalmente, fijó la mirada en el poblado *crow* situado a menos de media milla de allí. Era un campamento bastante grande, con unos cuarenta tipis, calculó, y estaba empezando a cobrar vida ahora que el calor aflojaba. Vio a squaws

raspando pieles y transportando madera, o persiguiendo a chuchos con los que arrastrar la madera hacia el poblado si lograban atraparlos. En ocasiones, cuando el viento se calmaba, podía oír a las squaws gritando a los perros como urracas. El humo de las hogueras se alzaba aquí y allá, luego se curvaba y se alejaba arrastrado por la brisa. Algunos hombres iban de una tienda a otra, haciendo planes para una cacería, tal vez, o para una partida de guerra, o alardeando unos delante de otros, o tal vez sólo hablando. Los novatos pensaban que los indios siempre hablaban dando voces y de forma solemne, pero eso sólo ocurría cuando iban a parlamentar; en un campamento, sin nababs a su alrededor, hablaban en voz baja y en ocasiones tan lascivamente que incluso un trampero se percataba de ello. Los hombres movían las manos mientras hablaban. Un grupo de caballos se alejaba a pastar, devorando la hierba de camino. Boone los examinó, uno a uno, buscando el mejor. Había algunos caballos soberbios en la manada, la mayoría de ellos maneados, que sólo podían andar con paso corto o auparse sobre los cuartos traseros y lanzarse hacia delante para poder desplazarse.

Un rato después decidió qué caballo quería. Era un caballo alazán con una veta brillante fina, el pecho ancho y las patas rápidas y finas, y que se comportaba con aire orgulloso. Un indio jamás vendería un caballo como ese, por nada del mundo, aunque el caballo no fuera blanco o moteado. Prácticamente, la única manera de conseguir un caballo así era robarlo.

Boone se quedó inmóvil, esperando el momento. Uno llegaba a acostumbrarse a estar echado en el suelo, esperando pacientemente y en silencio como un gato de caza, sin ir contra el tiempo, sino dejando que transcurriera mientras el sol brillaba sobre él y la brisa zumbaba en su oído. Él era como un árbol, o un terrón de tierra, pero su mente echaba la vista atrás y hacia delante y formaba imágenes dentro de su cabeza. El viejo jefe Gran Nutria sin duda sabría apreciar aquel caballo alazán, pensó Boone. Se imaginó a sí mismo ofreciéndoselo, vestido con la piel de puma que había conseguido de los *utah* cayendo suntuosa sobre la grupa. Nadie sabía adornar pieles tan bien como los *utah*. Y también le llevaba bermellón, y un montón de tabaco, y pólvora y balas. Era un buen cazador y un valiente guerrero, y su corazón deseaba el bien a los pies negros. Ayudaría al jefe cuando este envejeciera y sería como un hijo para él y se ocuparía de que tuviera carne en su tipi cuando los brazos del jefe se debilitaran con la flecha y sus piernas se endurecieran demasiado para ir a cazar. Mientras lo observaba, el caballo alazán se espantó de repente y huyó a la carrera embistiendo con las maneas, pero aun así se movía con rapidez y soltura; a continuación paró con la cabeza alta y se giró, y el sol brilló con blancos destellos sobre la veta. Era un caballo orgulloso. Sin duda, a Gran Nutria iba a gustarle.

Podía ver a Ojos de Cerceta, no como debía de estar ahora ya crecida y con un cuerpo formado, sino todavía con unos ojos enormes y un fino rostro, y el entusiasmo de un pajarillo. Era extraño cómo un deseo penetraba dentro de uno y permanecía ahí hasta finalmente empujarlo en cierta dirección. Quizás no quisiera a Ojos de Cerceta como era ahora. Tal vez, era sólo una idea que se esfumaría en cuanto la viera. Quizás Ojos de Cerceta ya tuviera un hombre, y un tipi lleno de niños. De todas formas, él, Jim y Pobrediablo encontrarían castores, y muchos, en un territorio donde otros tramperos temían entrar a cazar. El cazador blanco le había llevado el magnífico caballo alazán como regalo, y había llevado la piel de puma y pólvora y plomo a Gran Nutria para mostrarle su amor por los pies negros.

La mosca azul aterrizó sobre su mano y se flexionó hacia arriba y hacia abajo mientras su gorda cola buscaba un lugar donde desovar. Boone la apartó de un manotazo y el insecto se elevó con un leve zumbido de alas y voló en círculos sobre su cabeza negándose a darse por vencida. ¿Podía una mosca saber cuándo un hombre iba a convertirse en carne y yacer para ser devorado por lobos y gusanos y las veloces chinches grises que hacían su trabajo en lo más profundo de las entrañas fétidas?

Eso era algo sobre lo que Jim pensaría y tendría una opinión. Jim pensaba mucho, demasiado para ser un buen trampero, y en ocasiones cabalgaba sin ver nada más que lo que tenía en la cabeza. Jim era un tipo inteligente, sí señor, pero Boone no veía ninguna utilidad en andar preocupándose por cosas que uno no podía cambiar. La mente escarbaba en algo y terminaba exhausta y malhumorada, y luego tenía que salir del mismo agujero en el que se había metido.

La apacible tarde fue muriendo. El sol descendía pulgada a pulgada, y ya no le calentaba la nuca, sólo asomaba a través de los árboles arrojando una filigrana de luz y oscuridad. Una ardilla rayada de tierra, no más grande que un ratón, jugueteaba sobre un tronco cerca de él, sus ojos eran grandes y húmedos y arrojaban un oscuro brillo. Cuando Boone se movió, el animal dejó escapar un gritito de sorpresa, se perdió rápidamente de vista y poco a poco volvió a asomarse para observarle de nuevo, como si quisiera asegurarse de que era real. Manchones de sombra fueron apareciendo en la llanura. Cada uno de los tipis arrojaba una sombra puntiaguda. En ningún rincón del cielo había una sola nube. La brisa había parado. Incluso las hojas nerviosas de los chopos temblones colgaban dormidas. Si tenía que hacer alguna faena esa noche, mejor sería hacerla antes de que apareciera la luna, si era posible. Preferiría haber acabado y estar lejos para encontrarse con Jim y Pobrediablo, que le esperaban al oeste listos para salir temprano por la mañana. Probablemente Jim estaría ahora pensando sobre los manantiales calientes y el barro hirviendo y el gran cañón del Yellowstone y la roca amarilla que le daba su nombre al río; probablemente estuviera pensando sobre todas esas cosas y otras cosas extrañas, e intentando averiguar dónde encajaba Dios en todo aquello.

El caballo alazán se había separado un tramo del resto. Mientras Boone lo observaba, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Era un buen caballo, sí señor, con líneas fuertes y músculos definidos y un porte decidido y elegante. Un hombre salió cabalgando del campamento y echó una ojeada a su alrededor y no vio nada, un poco después dio medio vuelta y regresó pensando que todo estaba en orden. Boone supuso que los *crow* reunirían la manada de caballos y la acercarían al poblado antes de la noche, pero no parecía probable que fueran a atarlos a postes o tuvieran intención de dejar un guardia vigilándolos; se sentían demasiado seguros.

El sol desapareció tras una montaña y se volvió de un color azul más oscuro, y los mosquitos comenzaron a llegar en oleadas, pero la enorme mosca azul había desaparecido, tal vez en busca de un lugar más propicio o quizás estuviera posada en algún lugar tomando el fresco desanimada. Detrás de Boone la cola del viejo Poky no cesaba su incansable balanceo.

Boone apoyó la cabeza en las manos y durmió un poco, durmió con sueño ligero, como un animal, con la oreja alerta para captar cualquier sonido y su mente al borde de la vigilia. Se desperezó tras sentarse e inspeccionar de nuevo el campamento y la llanura. La oscuridad iba descendiendo, de manera que todos los caballos parecían del mismo color y las hogueras guiñaban

con destellos rojos. Sin embargo, podía distinguir su caballo, todavía apartado un trecho del resto y mordisqueando la hierba. Ahora, tres o cuatro hombres hubieran podido llevarse la manada entera, pensó, pero no quería tener una partida de guerra tras sus talones. Sólo quería un caballo y luego marcharse, cruzar el Yellowstone y más allá hacia el Missouri.

Salieron del poblado tres jinetes, reunieron los caballos y los condujeron hacia el campamento, gritando para azuzarlos y que se movieran. Boone mantuvo los ojos clavados en el caballo alazán. Ahora podría distinguirlo en la oscuridad, siempre que pudiera ver su contorno. Cuando los jinetes se hubieron marchado, la manada se dispersó mientras Boone la vigilaba, y continuaron pastando. El caballo alazán giró en dirección a Boone, pastando separado del resto. Si se quedaba donde estaba, o cerca de allí, Boone pensaba que podría acercarse cuando fuera noche cerrada, oliéndolo en la oscuridad como un sabueso, buscándolo como un búho. Apenas quedaba una piedra o un desnivel del terreno o una senda de conejos que no hubiera memorizado después de pasarse allí tumbado toda la tarde.

Los caballos se fueron oscureciendo hasta difuminarse en la negritud de la noche, y poco a poco se perdieron de vista. Sobre su cabeza las estrellas comenzaron a brillar, no con fuerza y vida, sino somnolientas, abriéndose tenuemente en la oscuridad.

Boone se levantó, estiró los músculos y se acercó a Poky. Acarició la grupa desnuda del animal antes de desatarlo. La silla podía delatarle. Condujo a Poky por la ladera, y sus pies enfundados en mocasines sentían el rastro que se había marcado cuando el sol lucía todavía.

A los pies de la ladera se detuvo y olió el viento. Que ahora soplara una brisa del este sería lo mejor, o que no soplara ninguna brisa. Una brisa del oeste o del sur transportaría su propio olor hacia los caballos y los perros de los indios. El aire soplaba a su alrededor, primero desde una dirección y luego desde otra, pero al poco amainó, y sopló desde el norte y el este, como deseaba. Era una buena señal. Que el viento soplara por donde un hombre deseaba era una buena señal. Sujetó en corto a su viejo caballo y continuó avanzando, dirigiéndose hacia el lugar donde había visto por última vez al caballo alazán.

La oscuridad de la noche lo envolvió; no tenía una roca o un árbol que le orientase, o la cima de una colina recortándose contra el cielo, tan sólo contaba con lo que había metido en su cabeza mientras había estado allá tumbado observando, sólo con lo que sus pies y manos sentían. Sin embargo, cuando reconocía una mata que se elevaba en la oscuridad, a punto de tropezar con ella, o un terreno inclinado bajo sus mocasines, sabía que iba por buen camino. Detuvo su caballo y se colocó en el lado opuesto para estar a cubierto de la manada, o de los *crow*, si es que había alguno cerca. El viejo caballo caminó lento y despreocupado como un animal libre, respondiendo a la mano que le sujetaba bajo el cuello, como si supiera qué debía hacer sin que se lo ordenaran. La brisa soplaba de forma constante por el noreste y barría los olores y sonidos del campamento hacia Boone. Le llegaron los ruidos de una pelea de perros y luego la voz de un hombre y el golpe de un palo y un desgarrador grito de dolor. Tal vez habría sido mejor esperar hasta que todo el campamento durmiera, pero tal vez no; los *crow* no esperarían compañía tan pronto tras la puesta de sol.

Era allí donde debía estar el caballo alazán, se dijo, pero no había ningún caballo cerca… sólo el susurro de la hierba bajo sus pisadas, sólo la oscuridad y el vacío. La manada se había

desplazado después de que anocheciera. Le iba a costar un rato encontrar al caballo alazán ahora que la manada se había mezclado y la noche era tan oscura que uno no podía ver ni su propia mano.

Se detuvo unos segundos, reflexionando, intentando aguzar la vista en la oscuridad, y luego, hacia el este, vio una pálida aura de luz que indicaba que la luna estaba a punto de salir, la luna que le revelaría la posición de los caballos y que también podría revelar su propia silueta a los *crow*. Se agachó sosteniendo la cuerda del caballo y el viejo Poky permaneció en silencio, esperándole como si esperar fuera una de las cosas más importantes de la vida. Un lobo aullaba por el oeste, y más cerca ladraron unos coyotes, y todos los perros indios respondieron al unísono, con ladridos profundos, agudos, roncos y estridentes, pero se detuvieron de repente, mientras el lobo y los coyotes continuaban aullando.

La luna asomó por el borde del mundo, y poco a poco apareció la parte más ancha, quedándose allí posada, roja e hinchada, como si estuviera descansando antes de iniciar su travesía por el cielo. Incluso en esa posición arrojaba un poco de luz, formando grandes y profundos manchones sobre la tierra. Boone podía ver los rojos fuegos en su superficie, podía verla girando perezosamente como una pelota. Ascendió una o dos pulgadas, y ya no se apoyaba sobre la línea de la tierra, sino que navegaba sobre ella, y las llamas cambiaron del intenso rojo al amarillo, como una hoguera en la que acabara de prender la llama. Las cosas comenzaron a revelarse en la oscuridad, unos matorrales al alcance de la mano, la elevación de una pequeña loma, y la ondulante línea negra que formaban los árboles más allá en dirección al río. Poco después vio la manada de caballos, un poco más cerca del campamento.

Azuzó entonces al viejo caballo, dejando que avanzara con paso pesado como un caballo perdido que regresaba al grupo, mientras permanecía escondido detrás del caballo. No debía correr; ir lento era el truco. Con cuidado, amigo, cuidado. ¡Malditos sean los cactus!

Aunque no podía ver, sabía que había llegado hasta los caballos.

Era como si pudiera oír cómo le miraban, como si pudiera oírlos allí en pie con las orejas apuntadas hacia él y sus ollares ensanchados, aunque lo único que escuchaba eran los tenues ruidos del poblado y lo único que veía eran las lentas patas de Poky y la tierra que iba dejando atrás.

Miró por debajo del cuello de Poky y vio que un caballo retrocedía ante él, como si hubiera brotado de la tierra. El aliento se agitó en sus belfos. Detuvo a Poky y esperó, evitando pasar al caballo y que este detectara su olor. El caballo volvió a pifiar, más rápido y menos fuerte en esta ocasión, y luego se giró y se alejó lentamente.

Algunos de los caballos estaban echados en el suelo. Al acercarse Poky, rodaban sobre sus panzas y erguían las cabezas. Aminoró el paso de su propio caballo hasta que sólo fue un lento arrastrar de cascos, dejando que la manada lo viera y lo escuchara y lo oliera.

Entonces vio al caballo alazán, observó la fina línea en su grupa y la alta testa, y se aproximó sigiloso hacia él, manteniéndose detrás de Poky y asomando la cabeza bajo el viejo cuello. Los ollares del caballo alazán aletearon produciendo un leve sonido, y sus pezuñas se movieron nerviosamente, pero no echó a correr.

Poky supo entonces cuál era el caballo que Boone quería. Una vez posicionado en esa

dirección, continuó avanzando, moviendo una pesada pata y luego otra, acortando la distancia mientras el caballo alazán miraba. Se tocaron las narices, y el aliento del caballo alazán manó de sus ollares con un largo temblor. Boone pasó por debajo del cuello de Poky, intentando moverse rápido sin parecer que iba rápido. Con una mano lanzó la cuerda sobre la cruz del caballo. El animal pifió en alto, retrocedió e intentó girarse mientras con la otra mano Boone agarraba el extremo de la cuerda por debajo del cuello. Boone aguantó cuando el caballo embistió.

—¡So, ya! ¡So! —decía entre susurros—. No te va a pasar nada, chico.

Los brazos casi se le desencajaron de los hombros cuando su cuerpo se abalanzó hacia delante. Se vio obligado a dar largas zancadas para seguirle el paso, pero luego perdió terreno y se vio arrastrado por la tierra.

—¡So, maldito bastardo! —las palabras salieron entre gruñidos—. ¡So, ya! —clavó los pies en el suelo y se quedó quieto mientras el caballo le miraba tenso y asustado—. ¡So, chico!

Alargó la mano y le acarició el cuello, sintiendo el temblor de los músculos. Un minuto más tarde el caballo alazán se dejó llevar hacia Poky.

Los otros caballos se habían apartado al trote y miraban hacia allí. Boone pudo verlos de frente, alzándose altos y tensos. Podía oír sus patas delanteras golpeando el suelo desafiantes y el aliento bufando desde sus pulmones. Incluso estando contra el viento el poblado podría haberlos oído. Quizás podían oírlos ahora si se paraban a escuchar.

Se quedó en silencio y dejó que sus ojos escudriñaran la oscuridad y que sus oídos detectaran algún sonido. Poco después, casi fuera de su rango de visión, detectó movimiento. Podría tratarse de un lobo. Podía ser un *crow* que había escuchado el ruido de los caballos y había salido solo, esperando tal vez conseguir una cabellera y presumir así de la hazaña él solo. Podría tratarse de un grupo de indios *crow*. En todo caso, tendría que esperar. No tenía suficiente tiempo para escapar. Estando ahora la luna más alta y la luz posándose sobre las cosas, incluso un torpe disparo podría derribarle de su montura. Boone rodeó al caballo y se colocó al otro lado para quedar protegido por su sombra. Se paró y pasó el extremo suelto del lazo bajo las maneas y, tirando con fuerza y lentamente, bajó la cabeza y ató la cuerda para mantenerla en esa posición. Llevaba una pistola en el cinturón, pero llegado el caso, sería el cuchillo lo que necesitaría. Sacó el cuchillo sintiendo el afilado metal mientras se agachaba bajo la sombra del caballo y vigiló con ojos entrecerrados por debajo del vientre del animal. Levantó la mano y acarició la espalda del animal para que no tirara de la cuerda. El caballo se tensó al notar la mano, pero no violentamente, sino relajado, como si tan sólo estuviera probando el nudo. Entonces volvió la cabeza y olió a Boone con una larga y temblorosa inhalación.

El movimiento se había detenido, y lo que fuera que se hubiera movido se había fundido ya con la oscuridad. Cuando los ojos de Boone volvieron a detectarlo era como si la oscuridad se dividiese, como si un trozo de esta se desgajara y se moviera por sí solo. Era sólo un indio caminando, un indio osado que caminaba solo, avanzando lentamente y con cautela. Tal vez pasara de largo si Boone se quedaba muy quieto y el caballo alazán se portaba bien. El *crow* pisaba con cuidado y su rostro parecía borroso a contraluz de la luna, probablemente el corazón le latiera con fuerza ante la posibilidad de toparse con un pies negros y matarlo y llevarse la cabellera.

Una cabellera *crow* sí sería un buen regalo para los pies negros. Le ayudaría a ganárselos. El cazador blanco era amigo de los pies negros. Había luchado contra sus enemigos y los había matado. Y ahí tenía una cabellera para demostrar que lo que decía era cierto.

La mano de Boone rebuscó entre la hierba y encontró una roca. La lanzó hacia la cabeza del *crow*, escuchó el golpe sordo sobre la tierra y vio que el indio se giraba. Boone se agachó tras el caballo, oyó que le lanzaba una coz y sintió la pezuña rozar su cadera. Entonces se levantó y corrió con suaves y rápidas pisadas. Saltó sobre el indio cuando este se giraba. Pasó el brazo izquierdo bajo la barbilla y ahogó el grito en su garganta. Con la mano derecha clavó el cuchillo hasta el fondo.

Acabó en un santiamén. Un indio no tenía nada que hacer contra un hombre blanco, no contra un hombre de verdad con dos buenos brazos. El *crow* se puso rígido y luego se quedó inerte, y sus rodillas se doblaron bajo su peso. Boone dejó que cayera en el suelo. Antes de cortar el círculo de carne con el cuchillo y arrancar la cabellera, examinó de nuevo el terreno. El caballo alazán se había caído en tierra intentando huir y ahora se revolvía a su lado. Poky no se había movido ni un paso. La manada se había alejado al galope. Boone se dio cuenta entonces de que habían armado bastante alboroto. Sin embargo, soplaba una brisa constante y los sonidos del campamento eran los pequeños sonidos de la calma. Se metió la cabellera bajo el cinturón. El cabello era largo, como lo llevaban normalmente los *crow*, que les llegaba en ocasiones hasta las corvas.

Se aproximó al alazán, desató el lazo y cortó las maneas. El caballo forcejeó para ponerse en pie.

—Tranquilo, chico.

Se montó en el viejo Poky y se dirigió al oeste, llevando al otro caballo sujeto con la cuerda y cabalgando bajo las sombras y los cenagales mientras mantenía el oído atento. Los ruidos seguían siendo tenues. Incluso los perros habían callado después de un rato, a excepción de algún que otro ladrido desganado de vez en cuando. Al llegar a un bosquecillo que lo ocultaba del poblado, Boone azuzó a Poky al trote. Todo había sido muy sencillo, gracias al viento y la suerte y un par de brazos de los que podía sentirse orgulloso. No era seguro que fuera él solo, ¿verdad? ¿Los *crow* lo atraparían o irían tras él? Arriesgado, había dicho Jim, e innecesario, pero seguía conservando su cabellera y nadie le seguía, y al otro extremo de la cuerda trotaba un ejemplar de caballo que cualquiera desearía tener.

El cazador blanco sería un hijo para Gran Nutria y llenaría su tipi de carne y lucharía contra sus enemigos. El cazador blanco era un gran guerrero. Ahí tenía la cabellera recién arrancada de un *crow*. Y aquí tenía un caballo para cazar búfalos tan rápido como el viento y fuerte y resistente como un alce. El caballo era de Gran Nutria, eso y la piel de puma y el tabaco y la tierra roja para la cara y la pólvora y el plomo. El cazador blanco quería que la hija de Gran Nutria fuera su squaw.

CAPÍTULO XXVIII

Era un territorio inhóspito el que atravesaban ahora, hacia el norte por el Gallatin, una tierra alta y fría de noche, barrida por los vientos del oeste. En ocasiones por la mañana la escarcha cubría la hierba de finos granos. Las ciruelas silvestres que colgaban maduras y listas para ser comidas en el Yellowstone se habían marchitado, y también la hierba salada que mantenía fuertes a los caballos durante el invierno. Los cerezos de Virginia ya colgaban negros, blandos y endulzados por la escarcha y, al pasar cerca, uno podía llevarse a la boca un puñado de cerezas, separar la carne del hueso y luego escupirlo, ahuecando la lengua y apuntando a una hoja o una ramita por el camino.

Boone subió a una loma.

—¿Dónde están tus hermanos, Pobrediablo?

—Todos idos —dijo Pobrediablo sonriendo.

—Que me aspen —interrumpió Jim—. Aquí estamos, bastante más allá de la otra orilla del Yellowstone y cerca de Three Forks, y no hay ni un solo indio por los alrededores.

—No he visto a ningún indio desde que robé el caballo alazán.

Boone echó la vista atrás hacia el caballo. Con la crin afeitada y la cola peinada era todo un espectáculo verlo. Además, se había vuelto dócil y sabía moverse por senderos. Observando sus veloces orejas, su delicada nariz y sus ojos vigilantes, uno sabía cuándo debía andar con cuidado.

—Si son los *piegan* los que cazan en Three Forks, ¿dónde demonios están, Pobrediablo?

Pobrediablo era un *blood*, pero debería saber dónde cazaban los *piegan*. Todos eran pies negros.

—Uno se enfría rápidamente —comentó Jim—, con todo este viento soplando. Enfría a los caballos en un segundo —con la mano tocó el cuello de su caballo, que estaba rígido donde el sudor se había secado.

—Pronto será invierno —respondió Boone, y dejó que sonara con cierta sorna—. Vamos con retraso, con todas las distracciones que hemos tenido.

—No ha ayudado mucho que nos desviásemos al este para robar el caballo alazán —respondió Jim rápidamente—. Podríamos haber subido directamente por el Madison.

Cuando Boone habló de nuevo fue tan sólo para decir:

—Los pies negros deben estar en algún lugar por los alrededores.

—Tal vez más al norte, siguiendo a los búfalos. O al este.

—Ha pasado la temporada. Ya deberían estar de vuelta en el río.

Boone chasqueó la lengua a su caballo. Poky avanzaba lentamente y siempre se tomaba su tiempo mientras mantenía la cabeza agachada vigilando sus pisadas. El caballo alazán les seguía ligero y dócil, apenas era necesaria la cuerda del cuello.

El territorio seguía vacío, a excepción de las bestias mansas y las alimañas. Había ciervos y alces, lobos y coyotes, y en las pequeñas praderas conejos grandes como asnos que huían dando botes y medio volando. Ya estaban cambiando el pelaje de marrón grisáceo a blanco, de manera que resultaba difícil verlos sobre la nieve. El zarapito de pico largo se había marchado en grandes bandadas, dejando en la mente de Boone el eco de sus graznidos crecientes. Lo oía en su mente y

veía de nuevo a los indios corriendo tras él, y a Jourdonnais cayendo con un agujero en el pecho, y Puma erizado y con las uñas hincadas en lo alto del mástil del *Mandan*. También veía a Ojos de Cerceta, no con los indios, sino en la barcaza, con un brillo de regocijo en sus ojos al contemplar las lomas desnudas del hogar. Los grandes sabaneros habían cesado los cantos otoñales, aunque, en ocasiones, salían espantados de debajo de los pies, con cuerpos grandes, como el de las codornices que recordaba de tiempo atrás. Los patos jóvenes nadaban en grupos de cuatro, cinco o seis por los cursos de agua, esperando la tormenta que les llevaría hacia el sur. En los estanques de castores el suministro invernal de madera de álamos de Virginia y chopos temblones estaba ya listo, clavado en el fango para cuando el hielo mantuviera a los castores debajo. A pesar de la gran cantidad de rastros de castor, no habían atrapado muchos. En ocasiones acampaban antes de que oscureciera, Jim ponía algunas trampas y se levantaba temprano por la mañana, pero casi siempre pasaban de largo los estanques; Boone estaba ya decidido y encaminado y mantenía a los otros en marcha.

No se veían ni pellejos ni indios en ningún sitio, pero aun así viajaban con cautela para poder elegir el momento y la manera del encuentro. En ocasiones acampaban sin hoguera después de cocinar algo cuando el sol estaba aún en lo alto y el humo y la llama eran más difíciles de ver. Si encendían un fuego cuando ya caía la noche, luego avanzaban una milla o más antes de acampar. Muchos hombres habían muerto por no tener cuidado con esos detalles.

La tierra se elevaba y descendía y se ondulaba en la lejanía en tan vastas extensiones que uno se sentía tan pequeño como una hormiga. Era una tierra de piedra y madera y arroyos cristalinos y aguas rápidas, surcada por el Gallatin, que giraba y se retorcía, y el sonido de sus aguas golpeaba constantemente los oídos. Más abajo, el río desembocaba en las aguas mezcladas del Madison y el Jefferson, formando así el abundante caudal del Missouri. Allí estaba el corazón de la tierra de los pies negros, Three Forks, donde muchos cazadores habían muerto, donde incluso grandes grupos de hombres eran reacios a adentrarse, sabiendo que las partidas de guerra los perseguirían en tan gran número y tan fieramente como avispas; pero ahora no se veían indios por ningún lado, sólo señales de su presencia, sólo hogueras frías y huesos roídos donde había estado instalado algún campamento, y viejos terrones de tierra que las squaws habían desenterrado para sostener las pieles de los tipis. Río arriba, donde se juntaban el Madison y el Jefferson, y más arriba aún por ambos cursos, ocurría lo mismo.

—Quizás sea mejor dar la vuelta y seguir por el norte del Missouri —dijo Boone—. Los indios deben estar en algún sitio.

Despierto de noche, escuchando el sonido del agua y el viento entre los árboles, viendo el Carro cercano e inalterable, reflexionó que los *piegan* sin duda debían estar cerca. Era imposible que toda una nación se levantara y abandonase una tierra. Encontraría a los *piegan* y a la tribu de Gran Nutria. Encontraría a Ojos de Cerceta, o al menos averiguaría qué fue de ella. No era algo difícil o descabellado. El primer *piegan* con el que se topasen sabría dónde estaba Gran Nutria. Un trampero podía encontrar el camino en cualquier lugar, y a quienquiera que estuviera buscando. Podía partir en busca de un amigo que no hubiera visto en un montón de años, y sabría señalar el camino para llegar a él, subiendo montañas y atravesando ríos y bosques, como el propio Boone ya había hecho en más de una ocasión. Era sólo el tiempo lo que hacía que la búsqueda fuera

difícil, sólo las estaciones que habían transcurrido las que hacían que Ojos de Cerceta fuera alguien que él había creado en su cabeza.

Fue el caballo alazán el primero en percatarse, a tan sólo una jornada de Three Forks. Aguzó las orejas y pifió suavemente. Más lentos en captarlo, los otros animales continuaron avanzando pesadamente hasta que, poco a poco, todos levantaron las orejas y miraron y olieron el aire, y todos redujeron el paso hasta detenerse. Frente a él, Boone escuchó el graznido de unas urracas.

—Probablemente no sea nada más que un oso —dijo Jim.

La contundente nariz de Pobrediablo apuntó hacia arriba y su rostro se arrugó como si todos sus sentidos estuvieran apuntando hacia delante.

—Enfermo —dijo—. Huele enfermo. Huele maldito muerto.

Sin embargo, a excepción de las urracas no se escuchaba ningún otro sonido. No se veía ni una brizna de humo. La nariz de Boone no detectó nada, sólo el olor de los caballos y los pinos.

—¡Tranquilo! —dijo, y siguió la marcha.

Tras un cinturón de árboles vieron el poblado, un poblado de aproximadamente unos cincuenta tipis, y todo parecía muerto. Ni siquiera un perro se movía entre los tipis, y ningún caballo pastaba por los alrededores.

Una vaharada de viento llegó desde los tipis hasta la nariz de Boone.

—¡Santo Dios! —el hedor del viento fue como un puñetazo en la cara.

Jim levantó la mano y se tapó la nariz.

—¡Puf! —dijo, y escupió por encima del costado de su caballo, como si tuviera el olor en la boca.

Las urracas, que se habían quedado en silencio nada más verlos llegar, retomaron el alboroto de nuevo cuando vieron que los caballos no se acercaban.

—¿Es un campamento *piegan*, Pobrediablo? —preguntó Boone.

—Todos maldita sea muertos.

—Ha habido una batalla, tal vez, y han muerto todos.

—Enfermo. Olor enfermo.

—Será mejor que no nos acerquemos, Boone. ¿Me escuchas?

—Quiero ir a echar un vistazo.

—El hedor ya es suficiente para ponerle a uno enfermo. De hecho, estoy a punto de vomitar.

—Mal —dijo Pobrediablo—. Indio enfermo, muerto, muchos muertos.

Boone se bajó del caballo y comenzó a andar hacia el poblado con el rifle en la mano.

Las urracas volvieron a callarse, y una a una fueron alejándose aleteando y renegando mientras se marchaban.

Dos coyotes se deslizaron entre los tipis y se escabulleron, con las barrigas llenas y pesadas, como pudo ver Boone al acercarse. El hedor le ponía a uno los pelos de punta. Respiraba poco y rápidamente, para que el aire no entrara muy profundamente dentro de él.

Apartó la solapa de la entrada de una de los tipis y la cerró rápidamente, resoplando para expulsar el olor de sus fosas nasales. Se obligó a abrirla de nuevo y miró dentro mientras el aire putrefacto del interior se posaba sobre él. Allí había tres cadáveres, mordisqueados por los coyotes, tan negros e hinchados que cualquiera hubiera pensado que eran negros gordos y

enormes. En otro tipi lo mismo, aunque en ese caso sólo había un indio, con los miembros totalmente estirados, muerto y negro, y la carne presionando con fuerza las ropas que aún llevaba. Una squaw estaba apoyada sobre su espalda fuera de otro de los tipis, y había una joven junto a ella. Las urracas habían estado atareadas con ellas, y los coyotes. Todo un maldito poblado muerto y desaparecido, vencido por la enfermedad, hombres y squaws y niños tirados por el suelo y abotargados, y algunos con los ojos picoteados por los pájaros, con las cuencas vacías en los hinchados rostros muertos, por donde los gusanos ya se abrían camino.

Escuchó un tenue sollozo, como un cachorro débil y herido, y siguió el sonido hasta llegar a otro tipi en el que vio a un chico tumbado. La cara del chico estaba totalmente recubierta de una costra sólida.

—*How*.

Había una squaw muerta dentro del tipi y un indio muerto a un lado, probablemente los padres del chico.

—*How*.

El débil sollozo continuó, vibrando al salir junto al aliento del chico y parando mientras inhalaba aire, y luego vibrando de nuevo al exhalar.

—¿Qué te duele? —Boone levantó la voz.

Entonces pensó que había estado hablando en lengua blanca. Pensó en algunas palabras de los pies negros y las gritó para que penetraran en la mente del chico.

Pero sólo le contestó con el mismo sollozo, que se iba haciendo más débil y distante. Boone vio que el cuerpo del chico se tensó y la boca llena de costras se abrió totalmente. Los pulmones exhalaron un largo y escalofriante estertor, intentó coger aire una vez más y luego se rindió. Boone se retiró de la entrada, sintiendo que sus fosas nasales se encogían y su estómago se revolvía y presionaba su garganta. Avanzó un poco más allá de los tipis hacia el viento, dejando que sus pulmones se llenaran de aire. Al borde del campamento pasó junto a los cuerpos de un hombre y una squaw, parcialmente devorados pero que no estaban negros ni llenos de costras. Cada uno de ellos tenía una herida de cuchillo en el pecho. Ennegrecido por la sangre, el cuchillo estaba tirado cerca de la mano del hombre.

Un poco después Boone se giró y regresó a la pestilencia del poblado. Se obligó a registrar todas los tipis, y los rostros de todas las mujeres. Las pieles de los tipis estaban desgastadas y pardas por el paso del tiempo, de manera que la luz se filtraba a través de ellas, como no ocurría con las pieles nuevas. Algunos de los tipis estaban vacíos, pero como si hubieran estado recién habitados, con las ropas aún extendidas dentro o una olla o una lata en pie o una cuchara de cuerno apoyada junto a las piedras de la hoguera, como si los dueños tuvieran en mente regresar inmediatamente, o como si se hubieran asustado de pronto y hubieran huido, cogiendo tan sólo lo que podían transportar. No se podía diferenciar un rostro de otro, al estar tan abotargados y llenos de costras, y en ocasiones medio devorados. No quedaba ni una sola persona con vida. El chico había sido el último.

Regresó donde Jim y Pobrediablo esperaban sentados. Se habían cansado de esperar y se habían bajado de los caballos para sentarse en el suelo. Al mirarle con ojos interrogantes, Boone respondió:

—Todos muertos. Todas y cada una de sus malditas almas muertas.

—Enfermos —dijo Pobrediablo asintiendo; el hueco apareció entre sus labios sonrientes cuando dijo—: *Petite vérole. La petite vérole.* Qué te apuestas.

—¿Escuchas eso, Boone? ¡Es el nombre en francés de la viruela!

—Lo he oído.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Piensas que sabe de lo que habla?

—Podría ser.

—¿Tú estás vacunado para no cogerla, Boone?

—Ya la pasé en una ocasión. Y uno no puede cogerla dos veces.

—¿Y tú, Pobrediablo? ¿La has cogido alguna vez? *Petite vérole?*

En el rostro de Pobrediablo había dibujada una gran sonrisa. Todo se lo tomaba a broma ese indio idiota, todo menos el Infierno de Colter. Asintió con la cabeza y se señaló los hoyos que tenía por encima de la frente.

—Será mejor que me mantenga alejado, supongo —dijo Jim.

—Había una squaw y un hombre apuñalados —explicó Boone a Jim—. No le encuentro explicación a esas muertes. Y algunos de los tipis están vacíos, con todos los aperos y pertenencias abandonados allí.

—Eso significa que la gente ha salido huyendo de la viruela, Boone.

—¿Y esos dos apuñalados?

Los ojos de Jim examinaron el suelo. La barba incipiente en su barbilla era del mismo color que el pelo del caballo alazán.

—Tal vez eran indios que sabían que iban a morir y prefirieron hacerlo rápido. Tal vez se mataron ellos mismos.

—Puede ser.

—¿Es que no lo entiendes, Boone? —continuó Jim—. Ese es el motivo de que no nos hayamos topado con pies negros. Están todos muertos, probablemente, y los que no lo están, huyen de la viruela.

—Toda una nación no puede morir.

—Pero aun así, todo un poblado murió.

—No todos ellos. Algunos escaparon.

—¿Piensas que es esa la tribu de Gran Nutria, Boone?

—¿Y cómo voy a saberlo? ¡Maldita sea!

—No tenía intención de enojarte.

—No tienes que andar preguntando cosas todo el tiempo. Que si esto, que si aquello, hasta volverle a uno loco. ¡Maldita sea!

—Ya he dicho que lo siento, y es suficiente. Ponte hecho una furia si es eso lo que quieres.

—Ni el mismísimo Dios reconocería a Gran Nutria, con lo mordisqueados y negros e hinchados que están aquellos indios.

—Montón de castores ahora. Todos los indios irse.

Boone montó en su caballo y encabezó la marcha bordeando los tipis, escuchando a las urracas graznando de nuevo después de que ellos pasaran. No dejó de espolear a Poky para alejarse de allí.

Cuando uno se movía, dejándose llevar por las sacudidas, subiendo y bajando sobre su silla de montar, podía liberarse de su mente. Cabalgaba recto y estirado, sintiendo los ojos de Jim clavados en él, y respondiéndole maldita sea con la postura de su espalda.

Cuando llegaron a una pequeña llanura, Jim se adelantó a su lado. La tímida sonrisa en su boca hizo que Boone recordara a Summers.

—Supongo que sé cómo te sientes, Boone —dijo Jim—. No tenía intención de sacarte de tus casillas.

Tras un silencio Boone respondió:

—No pueden estar todos muertos, Jim. No toda la nación. No toda la maldita nación de los pies negros.

Jim le lanzó una larga mirada.

—Espero que tengas razón —respondió, tras lo cual dejó que su caballo se colocara detrás mientras se adentraban en zona arbolada.

El valle del Missouri se extendía hacia el norte frente a ellos, abriéndose y cerrándose en algunos tramos y volviéndose a abrir; el valle estaba desierto, como si ningún hombre jamás hubiera vivido allí. En una ocasión vieron un tipi solitario que el viento había tumbado, y los huesos estaban esparcidos por el suelo, casi totalmente limpios de carne, y había pieles esparcidas y hechas jirones por dientes de lobos, y en otra ocasión encontraron un par de hogueras, ya frías pero que habían estado encendidas hacía uno o dos días. El cadáver de un niño había sido aupado a un árbol cerca de allí, pero no estaba bien tapado. Los pájaros ya habían estado picoteando su carne.

Un día de viaje y otro más, y el valle seguía vacío y los pies negros desaparecidos de la faz de la tierra. Ahora por las noches acampaban sin tomar precauciones, encendían hogueras grandes y comían carne de alce y de ciervo, o de uno de los búfalos que habían subido desde el valle hacia las colinas. Acampaban en silencio, excepto Pobrediablo, que sonreía y hablaba como antes, tan despreocupado como un niño que no supiera qué era lo que turbaba a sus mayores. Jim, de vez en cuando, soltaba alguna broma, intentando apartar la nube que flotaba sobre ellos, pero sin lograrlo. El sol se alzaba fulgurante en la mañana y arrojaba luz blanca y cegadora durante el día y dejaba el cielo del oeste en llamas por la noche. Más tarde, el color del cielo se apagaba hasta un rojo como el de una vieja herida, y aún más tarde, las estrellas salían y parecían brillar como tenues y humildes velas en la oscuridad. Hacía un tiempo excelente para la caza de otoño, un tiempo excelente en una tierra excelente, pero incluso Jim había dejado de colocar trampas. Una quietud flotaba sobre todas las cosas, y tan sólo se escuchaba el graznido de los cuervos y el cotorreo de las urracas y el aullido del viento entre los árboles, barriendo las hojas amarillentas. De noche, el aullido de los lobos retumbaba de un lado al otro del valle, y también el berrido del ciervo canadiense llamando a las hembras, y ambos, al apagarse, dejaban la noche más vacía que antes. De día, Boone observaba cómo el viento rizaba la hierba baja y agitaba los árboles en la ladera este para finalmente perderse de vista, más lejos de lo que cualquiera pudiera imaginar, hasta lugares de los que uno nunca había oído hablar. La hierba estaba crispada y seca, con las puntas de un marrón oscuro. Las pezuñas de los caballos levantaban nubes de polvo que volvían a posarse si no había viento, o que se alejaban si el viento soplaba. Al cabalgar todo el día con viento, uno

notaba la arenilla en su cuerpo, en su ropa y en el cuello y sobre la piel, y rechinando entre sus dientes. Cabalgaba encorvado hacia delante contra el viento, con un hombro se protegía la barbilla y mantenía la boca fuertemente cerrada y seca, saboreando la tierra.

Tras desviarse de la orilla oeste del río, salieron del valle, llegaron a una cuenca y se abrieron paso por un bosquecillo, y fue entonces cuando vieron al primer hombre vivo. Iba montado a caballo a un cuarto de milla de distancia, y cuando los vio se dio media vuelta y azuzó a su poni con la fusta en dirección a un saliente del bosque. Boone descabalgó de Poky, pasó su rifle a Jim, y lanzó rápidamente el lazo sobre la nariz del caballo alazán.

—Sígueme.

Saltó de lado sobre el caballo alazán, volvió a coger su rifle y golpeó con los talones la barriga pelirroja. Bajo su cuerpo, sintió el ímpetu del caballo al romper a correr hasta que se estabilizó en una cómoda carrera de zancadas largas. Vio la orgullosa testa erguida y las pequeñas orejas apuntando hacia delante y la tierra formando una estela tras ellos. Jamás había montado en un caballo que pudiera igualar ese ritmo. El jinete frente a él fue haciéndose cada vez más grande y más nítido. El brazo del jinete se alzaba y bajaba con la fusta, y el caballo respondía al azote con todas las fuerzas que tenía. Sin embargo, no era un buen corredor, galopaba rígido y con paso corto. Con el caballo alazán tras él, era como si estuviera parado.

Todavía estaba a un tiro de mosquete del bosque y el hombre comprendió que no iba a poder llegar. Se paró, se bajó del caballo y permaneció inmóvil, con los brazos a ambos lados y las manos vacías, y el arco colgando del hombro. Boone frenó el caballo alazán hasta avanzar al paso y poco después desmontó y lo condujo por la rienda acercándose lentamente al indio. El indio estaba paralizado. No movió ni un solo músculo de la cara. No actuaba como un pies negros. Tras examinarlo, Boone pensó que no había nada interesante que ver en aquel rostro, tan sólo le recordaba a un perro apaleado. Era como si toda esperanza en él hubiera desaparecido y todos los buenos sentimientos y todo su espíritu orgulloso. Ahí delante tenía a un hombre que no lucharía por nada, ni siquiera por su vida, tan sólo era capaz de correr como un conejo y acurrucarse y esperar, sumiso y triste, a morir. Mientras Boone lo miraba, el indio se arrodilló y se apoyó sobre sus manos y sus rodillas e inclinó la cabeza. Su cabello cayó enmarañado por ambos lados del cuello.

—¡Levanta, por Dios Santo! No tengo intención de matarte.

Boone se agachó y sacó la pipa de la caja adornada que llevaba colgando del cuello, la llenó de tabaco y la prendió.

—*Howgh* —dijo guturalmente, luego expulsó el humo y apuntó la boquilla hacia el indio. Buscaba las palabras en lengua de pies negros.

—El corazón del cazador blanco es bueno.

El triste semblante del indio se iluminó.

—El Cuchillo Largo busca a Gran Nutria… a su hermano, Gran Nutria, el *piegan*.

El viento jugueteaba con los flecos desgastados de la ropa de ante del hombre y luego danzaba sobre la hierba provocando una espiral de polvo.

Boone puso una hoja de tabaco sobre la hierba de la pradera, para mostrarle que era un regalo.

Los ojos del indio se clavaron en el tabaco, y en ellos se encendió un tenue brillo de deseo.

—Cuchillo Largo busca a Gran Nutria… a su hermano Gran Nutria.

Sólo los ojos del indio parecían tener vida, clavados en la hoja de tabaco.

Boone se giró e hizo una señal a Pobrediablo y a Jim para que se acercaran. Estos trotaron hasta allí, tirando de los animales de carga.

—Dile que Cuchillo Largo busca a Gran Nutria —dijo Boone a Pobrediablo—. Pregúntale por dónde anda Gran Nutria.

Pobrediablo bajó del caballo, dio una ansiosa calada a la pipa de Boone y luego planteó la pregunta.

—No le da la gana hablar —dijo Jim, sonriendo desde su caballo—. Pregúntale si se le ha comido la lengua el gato, Pobrediablo.

—¡Cállate, Jim! ¿Es *piegan*, Pobrediablo, o qué?

—*Piegan*, él.

—No hay nada como el whisky para remediar una lengua oxidada —dijo Jim.

—A veces hablas con sentido común, Jim. Que me aspen si no es cierto. —Boone se dirigió al caballo de carga, aflojó una correa y del fardo sacó la botella que había guardado. Regresó sobre sus pasos, quitó el tapón y colocó la botella en el pliegue de su brazo—. Buen whisky. Buena agua medicina.

El indio se abalanzó de repente, como un hombre atacando a una alimaña, atrapó la botella y la sostuvo en alto. Parte del whisky le cayó por la barbilla.

—Ese indio podría beber lo que fuera y seguir seco —dijo Jim, aún montado en su caballo.

El indio bajó la botella, escupió, eructó y se limpió la boca.

—Pregúntale por dónde anda Gran Nutria, Pobrediablo.

Pobrediablo sólo gruñó.

—¡Pues echa tú también un trago, maldito seas!

Los labios de Pobrediablo se estiraron felices, luego se amorró a la boca de la botella. Boone tuvo que coger la botella de whisky de la mano de Pobrediablo y se la colocó cerca de él.

—No hay más hasta que hablemos. Un poco después, más whisky. Dile, Pobrediablo.

El *piegan* había girado su rostro hacia la botella. Seguía teniendo el semblante triste y sumiso, pero un deseo brillaba ahora en él que le salvaba de estar muerto. Con el whisky uno podía conseguir casi todo lo que quisiera de los indios… de todos ellos, en todo caso, excepto de los comanches, que no se daban a la bebida.

—Pregúntale dónde están los *piegan*. Pregúntale sobre Gran Nutria.

El indio escuchó mientras Pobrediablo hablaba. Como respuesta, alzó las manos y frotó una muñeca con la otra.

—¿Muerto? —preguntó Boone bruscamente. El indio habló, habló con una voz ronca y profunda que retumbaba en su pecho. Boone sacudió la cabeza. Sólo conocía las palabras de los pies negros que había practicado—. ¿Qué está diciendo, Pobrediablo? No entiendo todo lo que dice.

Pobrediablo hablaba en parte con signos y en parte con palabras.

—Gran enfermedad llegó. Cuchillo Largo trae enfermedad en canoa de fuego.

—¿Cómo es eso?

—Barco que anda sobre agua trae enfermedad a gran casa.

—¿A Fort Union?

Pobrediablo y el indio volvieron a hablar y luego Pobrediablo tradujo.

—Cuchillo Largo trae enfermedad río arriba desde casa grande. Gran medicina. Gran enfermedad. La medicina del hombre blanco demasiado fuerte. Enfermedad viene. Pies negros correr. Enfermedad correr más. Pies negros llorar, saber que Gran Espíritu enfadado. La enfermedad matar a pies negros. Todos muertos.

—¡Por Dios Santo! No puede saber si están todos muertos —dijo Boone a Jim, que estaba aún sentado sobre su caballo, escuchando—. Él mismo no está muerto, ¿no es cierto? —y luego, dirigiéndose a Pobrediablo—: Pregúntale dónde escapó la tribu de Gran Nutria. Pregúntale si también huyó una joven squaw. La hija de Gran Nutria. Más whisky, en un rato.

—Gran Nutria enfermo —tradujo Pobrediablo—. Él correr.

—¿Correr adónde?

Hablaron otra vez, y luego Pobrediablo se encogió de hombros. Se puso las manos en sus pechos.

—Tal vez.

—¿El río Titty? ¿Pecho? ¿Teton?

—Titty —dijo Pobrediablo.

—Es el Tansy —interrumpió Jim—. ¿Recuerdas que Summers nos lo dijo?

—Gran Nutria ahora muerto seguro. Maldita sea muerto.

—Él no lo ha visto muerto, ¿verdad? Piensa que está muerto, eso es todo —replicó Boone.

El *piegan* alargó la mano, pidiendo la pipa, pero no se abalanzó a por ella, ni se puso a hablar en voz alta y solemne, sino que la solicitó humildemente. Con ella en la mano se agachó hasta sentarse sobre sus talones y fumó, absorbiendo profundamente cada bocanada de humo hasta sus pulmones a la manera india. Uno no pensaría que había tomado whisky viendo aquel rostro tan solemne y silencioso. Sin embargo, se podía ver un tenue fulgor en sus ojos, bajo el nido de ratas que tenía por pelo.

—Pídele que dibuje el camino hasta el Titty, Pobrediablo.

Boone cogió un palo e hizo una marca en la tierra, para mostrarle que quería que le hiciera un mapa.

Después de que Pobrediablo hablara, el indio tomó el palo y echó una mirada a su alrededor y luego al sol, como si quisiera orientarse. Luego dibujó una larga línea que se curvaba hacia la derecha de Boone, mientras hablaba con Pobrediablo.

—Río —dijo Pobrediablo—. Missouri, él.

Puso el dedo en un extremo de la línea y lo llevó hasta el otro extremo para mostrar en qué dirección fluía el río.

—Curvas al noreste —dijo Jim. Se había bajado del caballo y se acercó al mapa.

Al norte de la curva el *piegan* dibujó otra línea, que conectaba con la primera desde el oeste.

—Dearborn —dijo Pobrediablo.

Boone asintió. Summers también había mencionado el Dearborn.

—Medicina —dijo Pobrediablo, señalando a otra línea aún más al norte.

—Ese es el río Sun, Boone. ¿Recuerdas?

Pobrediablo tenía dibujada en la boca una estúpida sonrisa. Ese indio era capaz de emborracharse en un santiamén.

—Pobrediablo sabe —colocando el dedo sobre la línea—. Yo sabe —dijo, y miró una nueva marca que el *piegan* estaba dibujando aún más al norte. Clavó su dedo allí—. Titty. Qué te apuestas.

—¿A qué distancia?

Pobrediablo se giró hacia el *piegan*. Cuando miró a Boone otra vez, sostuvo en alto dos dedos, luego añadió un tercero.

—¿Dos-tres jornadas?

El *piegan* tiró el palo a un lado. Su mirada regresó a la botella. Boone se la ofreció. Pobrediablo lo observó mientras bebía, le quitó la botella y se la colocó en la boca. Cuando la volvió a bajar, ya no quedaba whisky.

—Pregúntale dónde está la squaw, Pobrediablo. Pregúntale por la hija de Gran Nutria.

El *piegan* pasó la pipa a Boone y se sentó hacia atrás con los brazos cruzados y la cabeza inclinada como si estuviera pensando. Boone tuvo la impresión de que le había vuelto a invadir la tristeza, como si el whisky la hubiera alejado momentáneamente y luego la hubiera traído de vuelta con mayor fuerza. Pobrediablo habló con él, y el *piegan* escuchó y luego respondió, usando sólo unas pocas palabras y dibujándolas con sus manos. Boone pudo oír por encima de su voz el sonido de los caballos pastando en la hierba. Sólo el viejo Poky estaba quieto, deseando descansar en lugar de comer.

—Tal vez muerta —dijo Pobrediablo—. Muchos mueren —dijo, señalando al *piegan*—. No sabe, él. No quiera hablar ahora, él. Se ha ido su lengua.

Boone echó una larga mirada al *piegan*, luego sacó otra hoja de tabaco y la puso sobre la pradera.

—Supongo que no vamos a poder sacar nada más de él. Sigamos.

Al alejarse, vio que el indio se agachaba y se llevaba las dos hojas de tabaco, con el semblante todavía triste y apagado, como el rostro de un animal que hubiera perdido a su cría.

Capítulo XXIX

Partieron hacia el norte dejando atrás la cuenca, acamparon en una cadena de montañas bajas esa noche, y continuaron, emergiendo de un cañón hacia los pies de las colinas en las que los pinos crecían a poca altura y torcidos. El Missouri había girado hacia el este, iniciando la curva, supuso Boone, que el *piegan* había dibujado en la tierra.

—Este de aquí debe ser el Dearborn —dijo mientras paraban y dejaban que los caballos bebieran de un arroyo.

Las montañas se alzaban altas y cercanas por la izquierda, pero más adelante, más allá del valle del Dearborn, viraban hacia el oeste, alzándose azules y dentadas hacia el cielo. Allá en lo alto, sobre las laderas de los picos, se podían ver partes cubiertas de nieve. Entre las montañas y el Missouri se extendía un territorio alto y desnudo, y allí, si uno subía a una loma, veía cerros nadando en el horizonte y el propio horizonte se alejaba tanto que uno se perdía al mirarlo. Era una tierra polvorienta donde incluso la salvia crecía dispersa y rala, y la madera escaseaba tanto que encendían sus hogueras con boñigas de búfalo. A pesar de su polvorienta desnudez, había gran cantidad de búfalos, y berrendos y lobos y zorros pequeños y delicados como gatitos. Los grandes conejos como asnos salían huyendo, dando pequeños saltitos y luego acelerando con largas zancadas. Cuando el sol ya llevaba el tiempo suficiente en lo alto del cielo para revivirlas, las serpientes de cascabel comenzaban a sisear entre los bajos matorrales o en grietas de las piedras de arenisca, y saltamontes enormes y grises se ponían a chirriar, y uno al final nunca sabía si lo que oía era una serpiente o un saltamontes. Las ardillas de las praderas que Summers llamaba ratas de pradera, vigilaban rectas como estacas, emitiendo un agudo silbido, y se escondían en sus madrigueras cuando los caballos se acercaban. Ahora estaban gordas y grandes, preparadas para el sueño invernal.

Sobre sus cabezas había más cielo que el que un hombre podría imaginar, una cúpula profunda, lejana y vacía, a excepción tal vez de un halcón o un águila navegando por las alturas. Los pequeños cauces que surcaban la tierra estaban secos o sus aguas permanecían estancadas en pequeños estanques malolientes desde los que despegaban agachadizas y patos. Unos cuantos sauces crecían alrededor de estos estanques, y de vez en cuando algún que otro álamo.

Y no se veía ningún indio ni tipi alguno. Los búfalos pastaban tranquilamente, y los berrendos retozaban como si jamás hubieran visto a un cazador. A medida que avanzaban y pasaban los días, uno comenzaba a creer que la tierra que le rodeaba jamás antes había visto a alguien de su especie.

Las taltuzas y el cielo y las serpientes de cascabel y las llanuras pardas ondeando al viento recordaron a Boone el Missouri al norte de Fort Union. Hacía ya mucho tiempo que no lo veía, mucho tiempo para que el deseo de estar con alguien perdurara y lo arrastrara hasta allí. Tal vez Jim tenía razón cuando medio insinuaba que estaba loco.

Las llanuras descendían hasta un arroyo que discurría bajo las sombras de los álamos, cuyas hojas caían en espirales. Pobrediablo, sintiéndose importante por lo que sabía, dijo que era la bifurcación sur del Medicine. Una elevación ancha y yerma lo dividía de la bifurcación norte, por el que las aguas discurrían cristalinas y rápidas sobre piedras lisas, apenas dejando a los árboles tiempo para arraigar junto a sus orillas. Acamparon junto al agua y se dieron un banquete de

rollizo búfalo y continuaron por la mañana, ascendiendo de nuevo a las terrazas del río. A la izquierda las terrazas descendían hasta una cuenca de tierras baldías rojas y amarillas, donde ni siquiera crecía la hierba, que serpenteaban y se elevaban y finalmente ascendían hacia los pies de las colinas. Al norte y al este la tierra era más rica; crecía una manta de hierba de la que el búfalo se alimentaba. Sin embargo, la vegetación estaba seca y parda por el sol. Una manada de búfalos en una corta estampida levantó una nube de polvo que era como humo. Incluso un conejo corriendo dejaba volutas de polvo tras de sí. Ya se acercaba el crepúsculo cuando llegaron al borde de las terrazas y, tras pasar por la ladera de un cerro, vieron que abajo se abría un inmenso y verde valle.

Pobrediablo gruñó, se llenó los pulmones de aire, hizo un gesto sobre la tierra con el brazo y habló sintiéndose orgulloso por sus conocimientos. Elevó ambas manos y se apretó los pechos.

—Es el Titty, Boone, supongo —dijo Jim mientras absorbía todo con sus ojos—. Parece que está a todo un mundo del Green. Parece que hayamos estado viajando toda nuestra vida. Parece que, sin duda, estamos en territorio británico.

La vista podía seguir el curso del río serpenteando y ver por dónde surcaban los cañones las montañas azules. Uno de los picos parecía una oreja girada hacia un lado. Los árboles y el río y el ancho valle y las colinas pardas a ambos lados flotaban en la bruma otoñal, ahora perezosos, placenteros y somnolientos por la estación. Era el lugar más hermoso que un hombre pudiera desear, un lugar excelente si no fuera porque el mundo parecía estar muriendo y el anhelo de un hombre se volvía torpe y frío en su interior.

—¿Por dónde? —preguntó Jim.

—Iremos río arriba y bajaremos si no están allí.

Boone azuzó a su caballo. Las terrazas descendieron hasta el valle, donde los urogallos alzaban vuelo cloqueando junto a las pezuñas de los caballos, y el follaje de los abedules crecía espeso y negro. Entre las hojas plateadas, las bayas de búfalo brillaban rojas como cuentas de cristal. Dejaron que los caballos bebieran en un pequeño arroyo, continuaron hacia las Teton y luego hacia el oeste y el norte, hacia una muesca entre las montañas y la oreja que se inclinaba hacia un lado.

—Excelente agua —dijo Jim cuando cruzaron el arroyo por un sendero de animales—. Poca, pero la mejor que he visto jamás —y, a continuación, espoleó a su caballo.

Boone desmontó de Poky, se acostó sobre su barriga y bebió, y notó cómo el agua fría y dulce mojaba sus labios, viendo a través de ella tan claramente como si fuera aire. Alejado de él, en el agua azul de una fosa, un pez nadaba. Podía ver las agallas moviéndose, podía haber contado cada escama si se hubiera puesto a ello. En la otra orilla, un conejo de cola de algodón estaba sentado tan inmóvil como una roca, a excepción del movimiento de sus fosas nasales abriéndose y cerrándose. Un hermoso arroyo. Una hermosa tierra.

Y el mundo vacío y moribundo por culpa de los hombres. Quizás siempre era así; los indios y los hombres blancos debían morir para que la tierra volviera a ser la de antes, sólo con bestias salvajes pastando y pájaros volando por el cielo.

El sol estaba suspendido tras el borde irregular de las montañas, y la quietud lo cubrió todo. Cuando uno hablaba, oía su voz como algo ajeno a aquel lugar. Brotaba en la quietud y sonaba ronca y extraña, y el silencio se quebraba como el hielo bajo las pisadas.

—Hora de acampar para pasar la noche —dijo Jim mientras cabalgaban, y en ese mismo instante Pobrediablo se estiró y señaló. Delante de ellos, a través de un bosquecillo de álamos, se alzaba una columna de humo.

Cabalgaron hacia allí, salieron de los árboles, y tal vez a un tiro de piedra vieron tres tipis, dos hombres junto a ellas, dos niños y una squaw, todos mirándolos, pero sin ninguna expresión en sus rostros, sólo la lenta mirada que echaría una vaca doméstica a un hombre que pasara por delante.

—*Piegan* —anunció Pobrediablo—. *Piegan* hijo perra.

—¡Ve allí, Pobrediablo! Pregúntales dónde está Gran Nutria.

Jim volvió el rostro hacia Boone y le lanzó una rápida y extraña mirada. Boone no le dio ninguna explicación. No servía de nada perder el tiempo con explicaciones, ni confesar por qué ahora se quedaba atrás, con una sensación aciaga en su interior. A veces, uno era capaz de tirar hacia delante, decidido y despreocupado, pero entonces algo le asaltaba y hacía que su corazón se entristeciera y lo dejaba petrificado en el lugar que pisaba. Era descabellado pensar que Ojos de Cerceta pudiera estar viva cuando había muerto tanta gente.

Vio a Pobrediablo desmontar y avanzar, y luego encendió su pipa y miró al suelo, a la espera.

Cuando Pobrediablo regresó dijo:

—Gran Nutria muerto. Gran enfermedad.

—¿Y la squaw?

—Jefe Cuerno Rojo —dijo Pobrediablo, señalando río arriba con el brazo—. Hablar Cuerno Rojo, tú.

—Ese indio averigua todo menos lo que uno quiere saber —dijo Jim con los ojos clavados en Boone.

—Tenemos tiempo de subir un trecho más antes de que anochezca.

—¿Por qué no estarán todos los *piegan* acampados juntos? ¿Qué piensas? Probablemente estén asustados por la enfermedad.

Una media milla más arriba encontraron dos tipis. Un hombre salió de una de ellas cuando se acercaron y se quedó inmóvil como un poste después de examinarlos, sin fusil en la mano ni arco.

Boone hizo la señal de parar, bajó de Poky y dejó su rifle sobre la hierba junto a sus pistolas.

—Pobrediablo todavía no ha aprendido lo suficiente, ¡maldito sea! Iré yo mismo y ya le avisaré si me hace falta —dijo Boone a Jim.

Sin ningún arma, tan sólo el cuchillo en su cinturón, avanzó hacia el tipi con las manos juntas mostrando que llegaba en son de paz. Luego cerró la mano izquierda y la palmoteo con la mano derecha, como si estuviera llenando una pipa.

Cuando hubo recorrido la mitad de la distancia que les separaba, se detuvo para esperar al indio, pero el indio no se movió. Era un hombre joven con el semblante envejecido, y con la misma mirada triste que Boone había visto antes, y algo más, también; el fuego aún vivo de un gran orgullo o furia. El pelo en su cabeza había sido rapado, para mostrar que había sufrido una pérdida. Por la fina y curva nariz y la amplia y endurecida boca uno podía ver que era un hombre lleno de coraje.

Boone pronunció las palabras que había aprendido de Pobrediablo, hablando en voz alta para que el viento las arrastrara.

—El corazón del cazador blanco es bueno.

Si el indio le entendió no hizo señal alguna para indicarlo.

—El cazador blanco quiere hablar —continuó Boone.

El indio permaneció en silencio e inmóvil, y su boca recta e imperturbable bajo el pico de su nariz.

—¿Tú, Cuerno Rojo?

Un tenue pestañeo del indio indicó a Boone que lo había adivinado. Habló en voz alta por encima de su hombro.

—Dile a Pobrediablo que venga, Jim. Dile que deje su rifle y traiga la cabellera *crow* —luego, volviéndose al indio—: El cazador blanco es amigo de los *piegan*. Es un valiente guerrero. Tiene la cabellera de un *crow* —tomó la cabellera de la mano de Pobrediablo y la sostuvo en alto—. Dile que los hombres blancos vienen en son de paz, Pobrediablo. Dile que el Cuchillo Largo busca a una joven squaw, a la hija de Gran Nutria.

Pobrediablo pronunció las palabras pies negras, pero el otro indio seguía sin hablar, al tiempo que parecía sopesar si responder o no. Cuando lo hizo, su voz sonó bastante profunda para un indio.

—Hombre blanco trae whisky —tradujo Pobrediablo—. Vuelve indios locos. Hombre blanco duerme con squaw. La pone enferma aquí —dirigió la mano hacia su entrepierna—. Corazón de hombre blanco malo.

—Dile que eso son Malas Medicinas. Dile que son los franceses y no los Cuchillos Largos.

Antes de que Pobrediablo pudiera hablar, el indio volvió a hablar de nuevo.

Pobrediablo inclinó la cabeza, pensando las palabras en inglés.

—*Piegan* luchar. *Piegan* luchar mucho. Echar al hombre blanco. Hombre blanco traer gran medicina, gran enfermedad. Mata a *piegan*. El corazón *piegan* muerto —Pobrediablo sonrió a Boone—. Maldita sea muertos. *Piegan* ya no luchar.

Boone dejó que su mirada recorriera los alrededores. Desde el otro tipi, a la derecha del indio, asomaron dos rostros, el de una squaw y el de un niño, solemnes como búhos. Sólo se veían sus cabezas, como si estuvieran colgados en las solapas de la entrada.

—Pregúntale por la squaw.

Por la solapa abierta del tipi, justo detrás del indio, Boone captó movimiento. Era un borrón en el interior del oscuro tipi, y entonces vio un rostro, el rostro de una joven squaw, y dos ojos grandes y suaves como los de una corza.

Tuvo que contenerse para no delatarse, apartó la mirada hacia la hierba, sacó mecánicamente la pipa y se obligó a adoptar un semblante rígido y serio. La cabeza la daba vueltas y luego se calmó y comenzó a reflexionar sobre cómo había terminado todo, mientras todas y cada una de las briznas de hierba se alzaban nítidas y separadas ante sus ojos. Un poco después tuvo la respuesta. Uno podía viajar muchas jornadas, espoleado por un deseo y una esperanza, y al final averiguar que había realizado todo ese viaje en balde, y de esa manera su esperanza moría mientras su deseo seguía corroyéndole. Podía ser que lo que él sentía y le había parecido bien, natural y posible, no fuera más que una locura durante todo el tiempo, como le había pasado a él. Un hombre y una squaw en un tipi significaba una cosa, sólo una cosa. Y entonces se oyó a sí mismo decir:

—Da igual, Pobrediablo. Dile que le dejaremos regalos para él y para su mujer.

—¡*How*, Ojos de Cerceta! ¡*How*! —escuchó gritar a Jim, y a continuación su caballo se acercó.

Pobrediablo le tiró del brazo.

—Cuerno Rojo, él.

—No importa.

—Jefe.

—Les dejaremos regalos.

Jim se quedó sentado en su caballo, con la boca abierta en una enorme sonrisa y sus ojos azules brillando.

—*Per'necer* a Gran Nutria —dijo Pobrediablo.

—Será mejor sacar algo de tabaco, y unas cuentas de cristal y otras cosas —dijo Boone a Jim.

—No tiene squaw —afirmó Pobrediablo—. Squaw morir. Dos squaws morir. Todas las malditas squaws morir. No tiene squaw.

—¿Qué quieres decir?

Pobrediablo señaló.

—Squaw *per'nece* a Gran Nutria. Cuerno Rojo *per'nece* a Gran Nutria.

—No sé qué diablos está diciendo este maldito indio —dijo Boone a Jim—, no es más que un chiflado.

El semblante de Jim parecía serio. Estaba sentado reflexionando, con la barba pelirroja reluciente sobre la barbilla y los ojos entrecerrados.

—Creo que no, Boone —de repente levantó la mirada por encima del hombro medio girado de Boone—. ¿Tu hombre, él? —preguntó—. ¿Tu hermano, él?

—¡Hermano! —Pobrediablo dejó escapar la palabra en una explosión, como si hubiera estado buscándola todo el tiempo—. Cuerno Rojo hermano.

—Eh, Ojos de Cerceta —la voz de Jim volvió a sonar—, ¿tú tienes un hombre? ¿Sí? ¿No?

Boone no miró. Si Ojos de Cerceta respondía, no quería escucharlo. Lo que sí escuchó a continuación fue a Jim diciéndole:

—¡Venga, Boone! ¡Vamos! Ya es hora de que se lo preguntes.

Contuvo la respiración para que no se notara nada en su rostro. Vio que sus pies volvían a moverse bajo su cuerpo, vio que sus dedos comenzaban a soltar las correas de los fardos, vio la suntuosa piel de puma, el bermellón, el tabaco. Vio en su mente, sin dejar que se cruzaran sus miradas, los atentos y curiosos ojos de Jim sobre él. Tiró del caballo alazán. Detectó el interés que se despertaba en los ojos de Cuerno Rojo mientras este le observaba, pero sobre todo notó, sin necesidad de mirarla, a Ojos de Cerceta, su mirada de reconocimiento y con un brillo que uno podría llegar a pensar que era aprecio.

—Dile que el caballo alazán es un regalo, Pobrediablo, eso y la piel de puma y todo lo demás —se le trababa la lengua al pronunciar unas palabras que tanto había practicado—. El cazador blanco quiere que la hija de Gran Nutria sea su squaw.

El rostro de Cuerno Rojo se tensó y, acto seguido, recuperó su semblante impenetrable, como si hubiera desechado la idea del caballo y se hubiera cerrado totalmente a lo que se decía. Boone bajó la mirada frente a aquella mirada pétrea, la volvió a levantar, buscó más allá y encontró los



grandes ojos de Ojos de Cerceta buscándole también, y una dulzura en su boca que tal vez se la estuviera ofreciendo a él. ¡Si al menos pudiera hablar con ella, lejos de Cuerno Rojo y el resto!

Capítulo XXX

Si uno quería que una mujer fuera su squaw debía acudir al padre y preguntarle cuánto amaba a su hija y qué regalos serían necesarios para que su corazón se alegrase al aceptar a un hijo en la familia. El padre después hablaba con la mujer y con la madre, y luego le decía al hombre lo que quería. Si no era demasiado, el hombre entregaba los regalos y se llevaba a su squaw, y esa era la costumbre.

Esa era la costumbre, a menos que el padre de la mujer no estuviera vivo; entonces, el hombre se dirigía al hermano mayor, y si no tenía hermanos, a su familiar más cercano. Esa era la costumbre, aunque en ocasiones las circunstancias no permitían seguir las costumbres y uno tenía que apañárselas lo mejor que podía, como había hecho Boone con Cuerno Rojo y Ojos de Cerceta.

Boone estaba sentado a solas sobre un banco de grava, contemplando el discurrir del Teton. Ya había pasado un día entero desde que ofreció el caballo alazán y la piel de puma y todo lo demás, y seguía sin saber nada. Tal vez Cuerno Rojo no quería hacer tratos con un hombre blanco, había demasiada amargura en su corazón. Quizás dijera que no aunque sus ojos miraran llenos de deseo al caballo. Quizás Ojos de Cerceta tenía otros planes, con algún joven *piegan* que acababa de demostrar ser un valiente guerrero. Tal vez se había peleado con Cuerno Rojo, pidiéndole que no aceptara el caballo ni la piel ni el bermellón ni la pólvora ni el plomo. Boone sólo la había visto fugazmente en una ocasión desde el día anterior.

El agua corría plácidamente a sus pies, hablando consigo misma al pasar. Era tan clara como el cielo de la tarde sobre las montañas, con una parda transparencia que le otorgaba el otoño y las hojas caídas de los árboles. Arriba a su derecha, donde el curso del Teton atajaba por una orilla formando una poza, una trucha perezosa besó la superficie, dibujando pequeños círculos concéntricos. Un cerezo de Virginia colgaba sobre la poza; su verdor había desaparecido, pero todavía colgaban algunas cerezas negras y marchitas. Las montañas se alzaban azules por el oeste, cortando limpiamente el plácido cielo. Allá en lo alto, en la distancia, se veían bancos de nieve. Podía ver la montaña que parecía una oreja y la hendidura a un lado por donde discurría el Teton, y hacia el sur podía ver el cañón del Medicine con elevados riscos a un lado y una montaña coronada por salientes en forma de dientes de sierra en el otro. Entre los dos ríos se abrían paso pequeños cañones formados por las corrientes de agua que, tal vez, el hombre blanco ni tan siquiera había bautizado. Pero ninguno de ellos era tan bello como el curso sinuoso del Teton, caudaloso pero no acelerado, dando oportunidad y tiempo para contemplar los alrededores al discurrir por su cauce. Algunos bosquecillos de álamos crecían en las orillas, y cerezos y bayas y rosales silvestres y sauces rojos que los indios mezclaban con el tabaco. No había lugar más bello que aquel valle, con dos cerros que se alzaban por el sur y las doradas colinas que flanqueaban espaciosas ambos lados, y álamos, abedules negros y artemisa creciendo por los alrededores, y alces y ciervos también, y algún que otro búfalo que bajaba de las terrazas fluviales para beber. Era un lugar en el que un hombre podía pasar toda su vida, sin el deseo de estar en ningún otro lugar.

Al dirigir la vista al otro lado del arroyo y de las primeras colinas, hacia otras que se alzaban redondas y puntiagudas, Boone adivinó cómo fueron bautizadas las Teton. Algún francés solitario,

probablemente, las contempló y le recordaron a una mujer. Algún Mal-Medicina, muriéndose por estar con una squaw, había contemplado las colinas, y le pareció ver a una mujer tumbada con los pechos arqueados y los pezones puntiagudos, mientras su deseo le corroía dijo «*tetons*, *tetons*», como si las palabras fueran a calmarle.

Boone escuchó el parloteo del agua y el leve soplo de la brisa entre los árboles, y a una urraca cacareando en algún lugar, y un poco después escuchó unos pasos cerca y piel crujiendo y los sonidos de alguien sentándose y de alguien respirando. No dio un respingo ni se giró o echó mano de su rifle. Tenía un presentimiento de quién podría ser. Las cosas estaban saliendo como secretamente había deseado. Las cosas estaban saliendo como él quería cuando llegó al tipi de Cuerno Rojo y bajaron por el sendero de animales a través de la vegetación del margen del río. Recogió un guijarro brillante del suelo, lo recorrió con los ojos y lo lanzó al arroyo con el pulgar. Vio cómo golpeaba la superficie y se hundía al fondo, blanco y líquido como el agua que discurría sobre él.

Sintió los ojos de ella sobre él. Los vio sin verlos, los ojos cálidos y el rostro joven y de líneas puras y los pechos que se agitaban bajo el ante y los estrechos pies enfundados en mocasines.

Con otra mujer, habría hecho la señal de acostarse y la habría camelado con una sarta de cuentas de cristal o un papel de bermellón, y después se habría levantado y marchado y la habría olvidado, como había olvidado a un montón de squaws en otro tiempo. Con otra mujer habría actuado como actúa un hombre naturalmente. Habría sido más atrevido al mirarla, y su lengua habría sido más ágil y sus manos más osadas. ¿Qué es lo que le contenía? ¿Qué es lo que le hacía quedarse sentado preguntándose cosas, como un chico al que aún no le gustaban las mujeres? Miró de soslayo y vio el rostro silencioso de la joven y su mirada clavada en el fondo del río, demasiado abstraída en sus pensamientos para poder expresarlos en palabras. ¿Sería posible que ella le hubiera estado esperando todo aquel tiempo, sin decírselo a nadie? ¿Sería posible, ya que, como le contó Cuerno Rojo a Pobrediablo, ella jamás yació con un hombre?

Siguió sentado en silencio, sintiéndose inseguro y estúpido, y, sin embargo, tenía la sensación de estar hablando con ella, de estar contándole lo mucho que ella había llenado su corazón y que ahora veía su rostro en el cielo y escuchaba su voz en la brisa. Estaba tan perdido por ella que el gorgoteo del urogallo le recordaba su risa, y los brillantes guijarros que dejaba el agua en las orillas le hacían pensar en sus dientes, y siempre que veía una oca salvaje volando hacia el norte ella estaba en sus pensamientos. Boone quería que ella fuera a su tipi y fuera su mujer y le cosiera los mocasines. Él le traería mucha carne; su tipi estaría siempre a rebosar de carne, y de cabelleras colgando de los enemigos de su pueblo.

—Boone. Boone —dijo ella entre susurros, como si estuviera practicando la pronunciación, y luego él se volvió para mirarla y sus ojos se encontraron y se miraron, intentando descubrir qué había más allá.

—¿Quieres venir a mi tienda, Ojos de Cerceta? ¿Quieres ser mi squaw? Yo creo que te quiero muchísimo.

Tras lo cual, la señaló a ella y a sí mismo y colocó las puntas de sus dos índices haciendo la señal de un tipi. Todo el tiempo era como si los ojos de él hablasen con ella y los de ella le respondiesen, diciendo cosas que no podían ser expresadas con palabras o totalmente

comprendidas por la mente, diciendo cosas que se remontaban a mucho tiempo atrás, hasta los días del *Mandan*, cuando Jourdonnais hablaba de la pequeña squaw que tenía los ojos como los de una cerceta aliazul. Una fugaz y tenue sonrisa se dibujó en el rostro de la joven.

Detrás de ellos los arbustos se agitaron y, al girarse, Boone vio a Pobrediablo allí de pie en el sendero mirándolos con el rostro roto en una sonrisa y la lengua asomándose por el agujero de sus dientes. Agitó la cabeza arriba y abajo como alabando a Boone su buen gusto.

—¡Maldito seas, Pobrediablo! ¡Vete!

Pobrediablo se acercó y señaló a Ojos de Cerceta.

—Bonita —dijo—. Mucho bonita.

Ojos de Cerceta se levantó. Pero antes de esquivar a Pobrediablo y subir corriendo por el sendero, cruzó sus muñecas rápidamente y las puso sobre su corazón y luego juntó los dedos de ambas en un abrazo. Boone vio cómo se hundía el suave pecho y rebosaba por el costado. La pequeña sonrisa relució en los labios de la joven, y luego se marchó.

Boone volvió a girarse para contemplar la trucha que aún besaba la superficie del agua, y las montañas al oeste que rasgaban el cielo y las colinas redondeadas que al solitario francés le recordaron a una mujer. Escuchó la voz del arroyo y el susurro de la brisa y a Pobrediablo, que retrocedió un paso a sus espaldas. Sobre las montañas el cielo se arqueaba claro y profundo, de forma que si uno lo contemplaba podía perderse en él como un pájaro flotando. El signo de cruzar las muñecas y abrazarlas sobre el corazón significaba amor.

CUARTA PARTE

1842-1843

CAPÍTULO XXXI

Uno podía estar sentado y dejar que el tiempo pasara fumando o afilando un palo sin preocupaciones que le atormentasen, mientras las squaws andaban atareadas con sus labores y los niños jugaban a luchar contra los *assiniboine*. Podía dejar que el tiempo pasara, pensó Boone mientras permanecía allí sentado dejando pasar tiempo. Podía sentir que su piel se bebía los rayos de sol y contemplar la brisa deslizándose sobre la hierba y ver la luna que parecía un brillante cuerno en el cielo de la noche. No se diferenciaba mucho un día de otro, y todos eran buenos. El sol amanecía grande en las mañanas otoñales, escalaba a las alturas, cálido y pequeño, y volvía a crecer al caer, y las plácidas nubes navegaban rojas después de que el sol ya se hubiera perdido de vista. Había carne de sobra, y castores, si uno quería molestarse en ir a cazarlos. En verano, los *piegan* se desplazaban siguiendo el rastro de los búfalos, y más tarde montaban campamento cerca de Fort McKenzie e intercambiaban pieles por whisky, tabaco, mantas y telas, y luego se desplazaban hasta el Marias o el Teton y el Sun o Three Forks para atrapar castores y pasar allí el largo y perezoso invierno.

Había pocos castores, pero todavía abundaban los búfalos, a pesar de que los *piegan* sacrificaban cada vez más animales para comerciar con sus pieles. Boone había visto cómo perseguían manadas enteras hasta los escarpados riscos que los indios llamaban *pishkuns*, y luego veía a los animales despeñados a los pies de los riscos con los cuellos partidos, o en pie, o arrastrándose sobre tres patas mientras los cazadores los rodeaban a caballo con hachas de guerra, arcos y flechas, y luego las squaws, parlanchinas y felices, subían con sus cuchillos y se manchaban de sangre sin miramientos, y todos masticaban carne cruda de vez en cuando y se sentían bien porque tenían algo para pasar el invierno.

Boone dio una lenta calada a la pipa mientras contemplaba la carne secándose colgada de unos postes y a las squaws atareadas con las pieles y las tiendas indias montadas alrededor. Se acercó un perro, olisqueó el humo del tabaco, arrugó el hocico, retrocedió y poco después continuó su camino. Un poco más allá Corredor Veloz estaba tumbado delante de su tienda india, con la cabeza sobre el regazo de su squaw. La squaw inspeccionaba el cabello con los dedos, buscando liendres y reventándolas entre sus dientes cuando encontraba alguna. En otras tiendas, hombres medicina golpeaban tambores y agitaban carracas hechas con vejiga de búfalo para alejar los malos espíritus de los enfermos. Emitían un sonido al que uno terminaba tan acostumbrado que apenas lo oía.

Era una buena vida, la vida de los *piegan*. Había cacerías de búfalos y, en ocasiones, refriegas con los *crow* y los *sioux*, y con los *nepercy*, que venían de más allá de las montañas para cazar los búfalos de los pies negros, porque a ellos ya no les quedaban; el sol le calentaba en verano y el invierno le metía el frío en los huesos, así que lo pasaba junto a su hoguera y comía carne curada y pemmican si lo necesitaba, y con frecuencia examinaba el cielo del oeste en busca del banco de nubes sobre el horizonte que anunciaba un viento cálido. Y la vida seguía un día y otro día como lo había hecho desde hacía ya cinco estaciones, y los días se fundían y se mezclaban unos con otros. Cuando echaba la vista atrás tenía la impresión de que el tiempo discurría para derramarse de nuevo sobre sí mismo y volver a discurrir, corriendo hacia delante desde tiempos pasados y

hacia atrás desde el presente, y así el ayer y el hoy eran la misma cosa. O, tal vez, el tiempo no discurría en absoluto, sino que permanecía quieto mientras uno se movía dentro de él. Uno cazaba o luchaba, y se sentaba a fumar y a hablar por la noche, y un poco después el campamento se quedaba en silencio, a excepción de los perros que se animaban a responder a los lobos, y entonces él entraba y se acostaba con su mujer, y eso era todo lo que podía desear, simplemente estar viviendo así, con el estómago lleno y él mismo libre y su mente en paz y con una mujer que le hiciera compañía en su tienda.

Sin embargo, Boone dudaba de que Jim pudiera librarse algún día de la inquietud que siempre le corroía, tal vez porque Jim nunca encontró una squaw con la que le fuera bien. Jim siempre estaba marchándose a algún lugar, a Union, o a Pierre, o a San Luis. El propio Boone había viajado bastante, pero no a lugares llenos de gente; iba a las montañas o cruzaba a territorio británico, o al norte, a Canadá, donde vivían los *gros ventres* cuando no migraban. Le gustaba la libertad del campo, y sólo unos cuantos indios a su alrededor, y su squaw.

Cuando Jim regresaba de algún viaje no paraba de hablar sobre los nuevos fuertes en el río y todas esas nuevas gentes que salían de los asentamientos, y sobre los granjeros en Missouri que parlamentaban sobre las tierras de Oregón y California, como si las montañas fueran el lugar ideal para meter arados y cerdos y maíz. Cuando Jim divagaba demasiado rato sobre el tema, Boone le interrumpía; no quería que le molestaran con tonterías que le hacían a uno revolverse por dentro.

Jim siempre parecía estar feliz de regresar, a pesar de que siempre volvía a marcharse. Su rostro se iluminaba cuando veía a Boone, y su mano era cálida y fuerte, y siempre tenía una sonrisa en la boca. Cuando miraba a Ojos de Cerceta, lo hacía como si deseara que hubiera una doble suya por los alrededores. En ocasiones Boone captaba un brillo fugaz en sus ojos azules, o una especie de mirada larga e intensa, que habría encendido a más de un hombre que no conociera a Ojos de Cerceta tan bien como él, y tal vez se le habrían inyectado los ojos de sangre si Jim no fuera su amigo.

Ojos de Cerceta era la mujer adecuada para Boone. Estaba convencido de que nunca metería a una segunda mujer en su tienda, y que nunca tendría que cortar la nariz de Ojos de Cerceta, como hacía un *piegan* si descubría a su esposa yaciendo en secreto con otro hombre. Era escalofriante ver a las squaws sin la punta de la nariz. Mujeres de nariz cortada, así las llamaban. Vivían dando tumbos de un lado a otro como esclavos negros, sin un hombre ni un hogar apropiado.

Ojos de Cerceta le bastaba. No tenía sentido que uno fuera por ahí husmeando mujeres como un toro, o queriendo montar a todas las hembras nuevas sólo por curiosidad. Una mujer era más que suficiente, si era la correcta. Ojos de Cerceta nunca se quejaba, ni le reñía, ni intentaba que hiciera lo que iba en contra de su naturaleza, desde el primer momento lo aceptó como su hombre y trabajaba y era feliz. Había ganado algo de peso últimamente, pero su cuerpo seguía estando torneado, con pechos firmes y grandes, el vientre plano, piernas delgadas y ágiles como las de un ciervo. La mayoría de las squaws envejecían pronto y sólo eran bonitas en su primera juventud; luego se marchitaban o engordaban, pero no era el caso de Ojos de Cerceta, tal vez porque nunca había dado a luz. Al mirarla, Boone no la veía muy distinta a como era hacía cinco estaciones, cuando la encontró en el Teton con Cuerno Rojo. Ni tan siquiera la veía muy distinta a como era en los tiempos del *Mandan*, aunque ahora era una mujer y su cuerpo era voluptuoso como debía

ser el cuerpo de una mujer. Su rostro seguía siendo fino y delicado, sus ojos tiernos, su espíritu vivo y alegre, y su cuerpo elegante. Lo que más le importaba a ella era agradarle. Lo miraba mientras comía carne o se probaba unos mocasines, y se le iluminaba el rostro de placer cuando él gruñía un «está bien». Y siempre estaba dispuesta cuando el cuerpo de Boone la deseaba; no se limitaba a quedarse inmóvil y con las piernas abiertas, como una cierva herida, sino que participaba, libre, frotaba sus piernas sedosas, cálidas y fuertes y el aliento susurraba en su oído.

Boone descruzó una pierna, la estiró frente a él y examinó el mocasín que llevaba puesto. Ojos de Cerceta lo había decorado con púas de puercoespín coloreadas, primorosamente cosidas y formando un bonito dibujo. Había curtido la piel y la había tintado blanca para ese pie y amarilla para el pie derecho, de manera que alguien que desconociera las costumbres *piegan* podría pensar que los mocasines estaban desparejados. Son unos zapatos muy bonitos, pensó, mientras su mente se alejaba tras el deseo de que Jim regresara pronto de San Luis. Se sentía mejor cuando Jim estaba cerca. Le levantaba el ánimo y reía con más frecuencia. No había nadie como Jim para divertirse y para ponerle a uno de buen humor. Cuando pensaba en ello, era como si Jim formara parte de la vida que le gustaba, como si siempre hubiera estado allí desde que se encontraron en la carretera entre Frankfort y Louisville, cuando Jim transportaba temeroso un cadáver en su carreta. Si Jim desaparecía, Boone sentía que le faltaba algo, aunque jamás cambiaría su forma de vida por nada ya conocido o de lo que hubiera oído hablar. Cuando Jim regresaba, todo volvía a estar bien. A uno le invadía la sensación de que todo estaba bien y exactamente como lo hubiera elegido, de haber podido elegir. Boone pensó que Jim debía de regresar pronto de la travesía río abajo con un cargamento de pieles. Tal vez decidió pasar el invierno en los asentamientos y regresar en primavera, cuando las inundaciones permitieran las travesías en barco de vapor hasta Fort Union y más allá. Sin embargo, Boone lo pensó mejor y desechó la idea. Jim nunca desaparecía de allí por mucho tiempo. Probablemente llegaría por tierra, tal vez con una partida de tramperos que ya habían gastado sus pellejos de castor. A pesar de su constante deambular, Jim se había convertido en un verdadero *mountain man*, y su experiencia se mostraba en su rostro y en la postura de sus hombros y piernas, y en su forma de andar.

El viento soplaba por el oeste, como casi siempre, a veces con fuerza, y otras veces suavemente, pero casi siempre soplaba. Una sombra cayó sobre la tierra, se dibujó un rayo en el cielo y retumbó un trueno, y un verdadero aguacero cayó sobre la mano en la que Boone sostenía su pipa. Los *piegan* pasaban mucho tiempo en el interior de sus tiendas. A él le gustaba sentarse fuera, donde le daba la luz del sol y tomaba un poco el aire. En ocasiones recordaba a su gente allá en Kentucky, sentados junto a la puerta mientras el día pasaba, aunque ahora no tenía una silla de nogal, ni tampoco se sentaría en una si la tuviera. Finalmente, uno sólo se sentía cómodo sentado con las piernas cruzadas. Sólo caerían tres o cuatro gotas. La nube ya estaba pasando sobre su cabeza, dirigiéndose hacia el este.

Boone vació la pipa y permaneció sentado, dejando que el tiempo pasara. Cada parte del tiempo era buena en sí misma, si uno sabía disfrutarla y no metía prisas para así hacer algo diferente.

Un poco más tarde, Cuerno Rojo se pasó por la tienda y se sentó junto a él, y no comenzó a hablar hasta que tuvo la pipa encendida. Los ojos de Cuerno Rojo parecían cada vez más

achinados con el paso de los años, y su nariz más grande y más ganchuda. Las arrugas eran como cortes a ambos lados de la boca, aunque todavía no era un hombre viejo. A Boone le recordaba un águila, aunque ya no mordía ni clavaba sus garras. En la mano con la que sujetaba la pipa le faltaba la parte superior de un dedo. Se lo había cortado, junto a su cabello, cuando Gran Nutria murió por la viruela.

—Tenemos suficiente carne, y pieles —dijo Cuerno Rojo, hablando en la lengua de los pies negros que Boone conocía casi tan bien como la lengua del hombre blanco.

—Más pieles que carne.

Cuerno Rojo dio unas caladas a su pipa.

—Los búfalos mueren rápido, Cuerno Rojo.

—Hay muchos.

—Mueren muy rápido, con tantos hombres cazándolos sólo por sus pieles.

Cuerno Rojo se encogió de hombros.

—Hay más ahora que antes de la gran enfermedad. Necesitamos pieles para hacer trueque.

—Ojalá nunca nos quedemos cortos de carne.

Las arrugas del rostro de Cuerno Rojo se marcaron aún más. Extendió las manos como si no hubiera nada que él pudiera hacer.

—Los búfalos durarán hasta que los indios duren. Después de eso, ya nos dará igual. Los búfalos no pueden morirse antes que los indios.

—No nos va mal ahora.

—El *piegan* blanco no sabe. No vio a los *piegan* cuando eran un pueblo grande con muchos tipis y con fuertes guerreros. Ahora somos muy pocos y estamos débiles y cansados, y nuestros hombres beben el agua de fuego y nunca se alejan demasiado del comercio del hombre blanco. Se pelean unos con otros. La enfermedad del hombre blanco los mata. Somos como Devoradores-de-borregos. Somos pobres y estamos enfermos y tenemos miedo.

—La nación volverá a ser grande. El hombre blanco nos dejará en paz. Seremos muchos y tendremos búfalos y castores y viviremos como vivieron los ancianos.

Cuerno Rojo gruñó y se quitó la pipa de los labios para hablar.

—Brazo Fuerte es un rostro pálido. Regresará con sus hermanos cuando los *piegan* desaparezcan en la tierra de los espíritus.

—¡No! —respondió Boone en inglés—. ¡Que me muera si alguna vez regreso… en todo caso no para siempre! —volvió a hablar en la lengua de los pies negros—: Brazo Fuerte es un *piegan* aunque su rostro sea blanco.

—Ahora —dijo Cuerno Rojo— los cazadores blancos se preparan para volver a quitarnos los ríos.

—No tienen derecho a hacerlo. Es tierra de los *piegan*.

—Somos débiles. No podemos luchar contra los Cuchillos Largos. Cuerno Rojo no luchará. Le dice a su gente que aparten la flecha del arco y sus manos del hierro medicina.

No servía de nada discutir con Cuerno Rojo. El espíritu había muerto en su interior, sólo quedaba tristeza y una vieja ira que, en ocasiones, se avivaba como un ascua rozada por el viento. Era incapaz de prever el futuro. El cazador blanco cada vez escaseaba más en las montañas, por

los pocos castores que se atrapaban, lo barato que se pagaban los pellejos y lo arriesgada que era allí la vida ahora que las grandes partidas de caza habían desaparecido y se veían obligados a viajar en grupos pequeños. Lo mismo pasaría con los otros hombres blancos, con los comerciantes que se apiñaban junto al río y con aquellos que planeaban establecerse y cultivar donde los cultivos jamás podrían echar raíces. Las cosas venían y se iban y volvían a venir.

—Pelo Rojo debería estar de vuelta pronto —dijo Boone mirando a Ojos de Cerceta mientras esta se acercaba al tipi con agua del arroyo, se agachaba, entraba y, con el rabillo del ojo, le lanzaba una mirada; su gesto le decía que él era su hombre. La oyó reavivando el fuego. Los días se estaban haciendo más cortos. El sol ya descendía tras el borde de la montaña, bastante más al sur de donde se ponía en verano. La brisa comenzó a amainar, como si fuera incapaz de ponerse en movimiento sin la luz del sol.

—¿Pelo Rojo espera en la casa de trueque? —preguntó Cuerno Rojo.

—Tal vez Jim esté allí.

—Dos soles, y vamos allí a comerciar.

—Bien.

Cuerno Rojo se levantó y echó un vistazo al poblado, las arrugas se marcaron aún más en su rostro, como si estuviera imaginando hasta qué distancia podrían verse tiendas *piegan* en pie si la gran enfermedad no les hubiera golpeado.

Boone fumó otra pipa después de que Cuerno Rojo se marchara. Desde dentro llegaban tenues ruidos que le indicaban que Ojos de Cerceta estaba preparando una cazuela para él. El olor del humo llenaba el aire y también el olor de buena carne cocinándose al fuego. A uno el estómago se le ponía en marcha rápidamente y la boca se le hacía agua. En lo alto del cielo Boone pudo escuchar el gemido de los chotacabras. Observándolos más detenidamente, vio en la distancia a uno de ellos, que planeaba alocadamente y daba vueltas y gemía al elevarse.

Sacudió la ceniza de la pipa, se levantó y estiró las piernas; agachó la cabeza para no golpear el amuleto medicina que colgaba sobre la entrada y pasó adentro… a su tienda, con su carne y con su mujer.

CAPÍTULO XXXII

Las primeras nieves cayeron antes de que Jim regresara. Era una nieve húmeda y espesa que colgaba de las ramas, caía sobre los hombros y se colaba por detrás del cuello cuando uno asomaba la cabeza entre las ramas de los árboles a orillas del Musselshell para buscar madrigueras de castores. Las primeras bandadas de patos procedentes del norte llegaron con ellas y sus alas silbaban en la gris penumbra. El agua en los estanques de los castores brillaba oscura e inmóvil entre las orillas nevadas. En las profundidades, las truchas se movían lentas y atontadas. En un solo día la nieve se había derretido. El sol volvió a salir, el viento sopló desde el oeste y la tierra se secó, pero el territorio no era el mismo; parecía pardo y cansado, sin vida, ya preparado para el invierno, pobre y silencioso, mientras el viento lo azotaba un día tras otro. Un trampero que recogía sus trampas escuchó el viento soplando entre la maleza y las últimas hojas tozudas cayendo al rozar sus brazos y piernas; miró hacia arriba y vio el cielo profundo y frío, en el que colgaba una nube retorcida, y cuando olisqueó el aire, el olor del invierno penetró en su nariz… el intenso y desolado olor del invierno, de frío inminente, de hierba seca y hojas caídas y arenilla arrastrada por el viento. Sentía calambres en las piernas y los dedos entumecidos mientras avanzaba dentro del agua recogiendo trampas, y se sentía bien al pensar que ya había cazado suficiente carne y recolectado bastantes bayas para la estación que se avecinaba. Ahora era el momento de cazar y echar de menos el fuego del tipi y los largos y perezosos días venideros y la tripa llena y divagar a la manera de Jim.

Un solo castor en seis trampas. Era poca caza, pero tampoco se podía esperar mucho más, al menos no mientras viajase con un grupo de tramperos y en aguas estancadas que otros tramperos ya habían recorrido antes. Un pellejo no les daba para mucho con Chardon, el nuevo *bourgeois* en Fort McKenzie. Uno podía dejar caer en un ojo lo que sacaba de whisky por un pellejo y ni tan siquiera pestañear, y un castor de algodón rojo para Ojos de Cerceta no cubriría ni tan siquiera la cola de un berrendo. Era bueno que uno no necesitara muchas cosas manufacturadas. Los búfalos le daban carne y ropa y una cama y un techo sobre su cabeza, y lo que no le daban los búfalos, se lo daban los ciervos o los borregos, a excepción del tabaco, la pólvora, el plomo y el whisky, y algo de ropa y adornos para su squaw.

Boone cogió el castor por una pata, regresó a su caballo, montó y cabalgó hacia el campamento. Ojos de Cerceta despellejaría el castor y cocinaría la cola. Sus manos se movían rápidamente y con decisión a pesar de ser tan pequeñas. Y apenas necesitaba mirar lo que hacía. Podía estar mirándole o riendo o hablando, sin perder ni una sola puntada. Su tipi estaba tan aseado como el que más, aunque los otros indios tuvieran media docena de esposas, ni estaba lleno de liendres, como sí lo estaban algunos otros. Tal vez se debiera al invierno que pasó en San Luis con los blancos; o lo más probable es que simplemente se debiera a que ella era Ojos de Cerceta, limpia por naturaleza, y sabía cómo mantener un tipi en buenas condiciones y cómo ponerse bonita colgando cuentas rojas en su cabello negro, donde le sentaban bien, y cuentas azules o blancas sobre su piel morena, donde también le sentaban bien.

Cerca de su tipi Boone vio dos caballos demacrados y con las grupas ladeadas y escuchó unas voces que provenían del interior. Detuvo su caballo y escuchó y supo que Jim había regresado a

casa. La risa de Ojos de Cerceta le llegó flotando por el aire. Saltó del caballo y dejó caer el castor junto a la puerta, se agachó y entró.

—*How!* ¡*How*, Boone! —gritó Jim, y se puso en pie sujetando un trozo de carne en la mano. Habló con la boca llena—. Choca esa zarpa, Boone. Me alegro un montón de estar de regreso.

Boone miró su cabello rojo y su rostro, que se había arrugado en una sonrisa y mostraba sus blancos dientes, y sintió la mano de Jim firme y fuerte entre la suya.

—Maldito seas, Jim —dijo—. ¿Qué es lo que te ha tenido tan ocupado? Debería echarte un lazo o tenerte atado a una cuerda. ¡Y que me aspen si no te has cortado el pelo! Tu cabeza es como un huevo con pelusilla, eso es lo que parece.

Jim se pasó la mano por el pelo rapado que le cubría el cráneo.

—Lo hice para que la gente no estuviera haciéndome preguntas todo el tiempo en los Estados. Ojalá pudiera hacer que tardara tan poco tiempo en crecerme como lo que tardé en cortármelo.

—Pensábamos que Pelo Rojo había tomado a una squaw blanca —dijo Ojos de Cerceta en la lengua de los pies negros.

—No es para mí —dijo Jim—. Las vidas de esos *bourgeois* son sólo florituras y galas. Tengo otras cosas que hacer que andar cortejando a una mujer —y a continuación siguió hablando en el idioma de los pies negros—. Los hombres blancos en sus grandes pueblos no tienen squaws como tú. Las mujeres son débiles y perezosas. No visten con pieles, ni cortan madera ni levantan o recogen el campamento. No son como Ojos de Cerceta.

Boone pudo ver que Ojos de Cerceta se sentía halagada. Se sentó junto al fuego, arrimó sus pies mojados y encendió la pipa. Ojos de Cerceta se acercó, le quitó los mocasines mojados y le llevó unos secos. Jim se sentó y también encendió su pipa.

Se sentía bien, sí señor, teniendo allí a Jim con el invierno a punto de asomar, y una olla de carne borboteando y con los pies calientes frente al fuego y saboreando el dulce humo del tabaco. Le hacía sentir calor en su corazón, y satisfacción. Ojalá no tuviera que recibir a los hombres *piegan* hasta que él y Jim hubieran terminado con su reencuentro.

—No te ha atrapado el invierno por un pelo, Jim.

—Me apetecen cielos más abiertos durante un tiempo.

—Cuerno Rojo dice que no. Dice que hará un frío de mil demonios.

—Algunos piensan de una manera y otros de otra; sólo Dios lo sabe. Me apetece pasar el invierno tranquilo.

—¿Cómo has llegado… en barco, a caballo o cómo?

—La mayor parte del camino a caballo. Barco de vapor hasta el Platte, y luego conseguí dos caballos de los gran *pawnee* y seguí a mi nariz hasta McKenzie. Chardon me dijo dónde estabas.

—¿Algún incidente con indios?

—Sólo con los *cheyenne*. Una partida de guerra. Le descerrajé un buen tiro a uno de ellos después de que me disparara y avisara a los otros. Bajaron al galope un buen trecho, intentando darme alcance, pero no valían mucho. No eran como los antiguos pies negros. Ni como los mosquitos.

—¿*Cheyenne?*

—Eso es lo que eran, sí. Aunque no me lo hubiera esperado.

Sentados allí en la oscuridad de la tienda y con la hoguera calentando sus pies y la voz de Jim entrando por sus oídos y recordándole cosas del pasado, Boone rememoró los encuentros que Summers, Jim y él tuvieron con los pies negros. Habían matado a muchos, los tres, y habían estado a punto de que los matasen más de una vez. Nadie luchaba como los antiguos pies negros, tan fiera y despiadadamente como ellos, hasta que la viruela llegó y los convirtió en indios buenos. Si pusieran juntos a todos los indios que él, Summers y Jim habían matado, formarían un poblado bastante grande.

—¿Viste a Dick? —preguntó Boone.

—¡Casado! ¡Que me aspen si no se ha casado! ¡Y con una mujer blanca! Ahora es granjero. Maíz, cerdos y algo de tabaco.

—¿Cerdos?

—Cerdos.

—Recuerdo cuando no le gustaba ni un pelo la carne de gorrino.

—Ni las mujeres blancas tampoco.

—¿Cómo está?

—Bastante bien, supongo. Cree que está mejor que muerto, pero, por supuesto, no lo puede saber. Siempre he pensado que estar muerto le puede ahorrar a uno un montón de problemas.

—Pues tú nunca has seguido tus propios consejos. Siempre te he visto muy preocupado por no perder la cabellera, sí señor.

—Pensando que tal vez uno acabe finalmente en el infierno. Pero si no es así, quiero decir, si cuando uno muere, muere y ya está, entonces no hay duda, estar muerto puede ser mucho mejor que vivir endemoniado.

Ojos de Cerceta había puesto más troncos en el fuego y había comprobado que hubiera suficiente carne en la olla y se sentó para coser una camisa. Boone veía sus ojos ir de uno a otro cuando ellos hablaban, y cómo se iluminaban al entenderlos. Podía entender casi todo lo que se pudiera decir en inglés, aunque no lo usaba mucho.

—El *piegan* sabe que va a la tierra de los espíritus —intervino—. No le pasa lo que al hombre blanco y no tiene miedo a morir, porque lo sabe.

Jim le lanzó una fugaz sonrisa.

—Algunos indios piensan de forma distinta. Algunos creen en la Gran Medicina del hombre blanco.

—Los *flathead* —dijo ella—, y los *pierced noses*. Tienen las ropas negras y el Libro del Cielo. No son guerreros como los *piegan*. No son un pueblo grande.

Jim cogió un cuenco de madera y lo llenó de la olla con una cuchara de cuerno y a continuación sacó el cuchillo y comenzó a comer de nuevo. Un poco después dijo:

—Me fui directamente a Kentucky, Boone. Incluso he visto el lugar donde me crié.

Boone gruñó.

—Dejé un aviso para tu familia, supuse que no te importaría. Alguien dijo que tu padre estaba enfermo.

—Pues espero que ya esté bien muerto y enterrado.

—No van muy bien las cosas por allí abajo, no señor.

—Pues entonces no sé por qué te marchas siempre.

—A uno no le gusta estarse quieto —Jim se limpió la boca con el dorso de la mano mientras un leve ceño fruncido se dibujaba sobre sus ojos, como si estuviera pensando qué decir—. Es asombroso, Boone, la cantidad de gente que viaja hacia el oeste.

—Sólo son rumores, supongo.

—Uno ya no reconoce el río, con todos los nuevos fuertes a sus orillas y los *mandan* muertos, y los *arikaree* desaparecidos. Ya no lo reconocerías, Boone.

Boone volvió a gruñir. El gruñido era algo bastante útil; decía mucho con muy poco esfuerzo.

—¡Y los barcos de vapor! Te asombrarías si vieras esos barcos, Boone, hay tantos, y todos tan blancos y lujosos.

—Muchos de ellos embarrancan.

—Pero eso no les hace dejar de fabricarlos.

—Un día dejarán de hacerlos, lo sé.

—Las gentes de todas partes hablan de Oregón y California. Planean juntarse en partidas.

—¿Para qué?

—Para llegar a nuevos territorios, Boone. Para llegar a algún lugar donde se pueda respirar, supongo. Para escapar de la fiebre. ¿Alguna vez te has parado a pensar en la fiebre, Boone? ¿Cuántos tienen angustias y ese tipo de cosas? Casi la mitad tienen temblores.

—Pues temblarán aún más cuando escuchen los gritos de guerra.

—Los *piegan* están enfermos —intervino Ojos de Cerceta, levantando la mirada de su punzón.

Era como si sus ojos no vieran a los dos hombres, como si mirasen a otras tiendas y contemplasen a los niños que habían contraído las fiebres y los calambres en el vientre últimamente y que, en algunos casos, habían muerto, mientras los hombres medicina armaban un alboroto sobre sus cuerpecitos intentando ahuyentar a los malos espíritus. Era como si, de un tiempo a esta parte, sus oídos tan sólo oyeran el repiqueteo de un cascabel y el golpeteo de un tambor.

—No es nada, me refiero a la enfermedad de los *piegan* —respondió Jim con una sonrisa en su rostro impertérrito, y a continuación se levantó—. Te he traído un regalo.

Lo dijo como si lo acabara de recordar, se dirigió al viejo saco de trampas que había metido en la tienda y sacó un espejo con un marco y un mango de madera. Ojos de Cerceta dejó escapar un tenue gemido en su garganta cuando lo cogió.

Boone captó la atención de Ojos de Cerceta e hizo un gesto con la cabeza.

—He dejado un castor ahí fuera.

Jim se había dado la vuelta hacia el saco de trampas. Sacó una botella de whisky y se la pasó a Boone.

—Para que puedas remojarte el gaznate.

Ojos de Cerceta se levantó y salió para despellejar el castor.

—¿No hay mucha caza? —preguntó Jim.

—He pillado unos cuantos.

Boone tomó un trago y ofreció la botella a Jim. Era un buen whisky, no el agua con alcohol que hacían pasar por whisky la mayoría del tiempo. Sintió que la mente de Jim lo analizaba, como

si hubiera algo que todavía no le había revelado.

—Hay mejores maneras de hacer dinero.

—Puede que haya maneras de hacer más dinero, pero no mejor.

—Más fácilmente, en todo caso.

Boone bebió otra vez, pasó la botella y volvió a encender la pipa.

—Ojos de Cerceta está preciosa —dijo Jim, como si tan sólo pretendiera darle un poco de conversación mientras su mente reflexionaba sobre otras cosas.

Antes de que pudiera continuar, la entrada a la tienda se oscureció y Cuerno Rojo entró, y tras él Corredor Veloz y Gran Escudo. Todos se sentaron sin hablar, y al ver que se trataba de una visita solemne, Boone pasó un cuenco de carne seca y bayas y sacó su mejor pipa, la que tenía la cabeza de un pájaro carpintero rojo sujeta a la larga boquilla y un gran abanico de plumas sobre la cabeza. La llenó y apoyó la cazoleta sobre un terrón de tierra y exhaló el humo hacia el sol y hacia la tierra y la pasó a Cuerno Rojo, que estaba a su izquierda.

Cuerno Rojo se había vestido de gala para la reunión con Jim. Llevaba un uniforme escarlata con bordes azules que Chardon le había dado y una medalla de la compañía colgada del cuello. Llevaba las pestañas pintadas de rojo y bandas de pintura roja en las mejillas y cuentas de cristal colgando de sus orejas, y en una mano sujetaba un ala de cisne. Antes de fumar escupió hacia el norte y hacia el sur, porque esa era su medicina.

Boone entonces pasó la botella medio vacía y luego se echó hacia atrás, esperando. Corredor Veloz gruñó al notar el picor del whisky en su garganta y palmeó su barriga desnuda con la mano. Era un indio que jamás se vestía, pasara lo que pasara, sólo llevaba sus viejos pantalones y su sucia manta. Había dejado que la manta cayera alrededor de sus muslos, dejando desnuda la parte superior de su cuerpo y mostrando las dos viejas cicatrices que se había cortado en diagonal en cada brazo. Boone pensó que su squaw no le había limpiado del todo bien los piojos; podía ver uno escalando sobre su cabello. Un poco después Corredor Veloz sintió que se movía en su brazo, levantó el brazo lleno de cicatrices, la cogió con la mano y se lo metió en la boca.

Gran Escudo dejó que el whisky se derramara lentamente en su boca. Su rostro, que tenía levantado mientras bebía de la botella, estaba pintado de bermellón rojo mezclado con grasa. La luz del fuego brillaba sobre su piel y despedía reflejos blancos sobre la nueva camisa de borrego cimarrón que llevaba. A la botella tan sólo le quedaba una gota cuando regresó a manos de Boone.

Pasó un tiempo hasta que terminaron de parlamentar e incluso después los tres se quedaron mirando a Jim y preguntándole cosas de vez en cuando, mientras él retomaba su charla con Boone, aunque ninguno de ellos, a excepción de Cuerno Rojo, podía entender las palabras del hombre blanco.

—Uno se ha topado con algunos tipos extraños —dijo Jim—. Me encontré una vez con uno que tenía intención de memorizar todos los pasos que atraviesan las montañas.

—No es tan extraño. Nosotros mismos conocemos unos cuantos.

—Pero era para encontrar castores.

Boone respondió de nuevo con un gruñido.

—Este hombre que te digo no es un trampero. No tengo ni idea de lo que es exactamente. Dice que quiere estar preparado para cuando la gente comience a llegar realmente. Tal vez tiene

intención de montar puestos de comercio por el camino o contratar a gente de los asentamientos. Creo que ni tan siquiera él mismo lo sabe, todavía, pero tiene la total certeza de que habrá un montón de oportunidades para cualquiera que conozca las montañas. Es un hombre educado, sí señor, tan finamente educado que uno a duras penas puede entender la mitad de las cosas que dice.

—Aun así, no son nada más que tonterías.

—Si hay un paso fluvial, como lo habrá, espera que los barcos de vapor traigan a un montón de colonos y comerciantes y otro tipo de gente a Union, desde donde partirán hacia el Columbia. Tiene unas cuantas ideas rondándole la cabeza.

Boone fumó de su pipa y exhaló el humo en una fina columna mientras miraba a Jim.

—¿Cuándo vas a empezar?

Jim pestañeó una vez.

—No he dicho nada de empezar.

—No hace falta.

—Este tipo ha estado en el sur y ahora viene hacia aquí. Está buscando un par de *mountain men* que le muestren algún paso por el norte. Paga un dólar y medio al día.

—Es una locura, una maldita locura.

—Quizás lo sea, quizás no. Si, como se espera, la gente se dirige a Oregón, parece una buena idea que lo haga en transbordos de un barco a otro, a través de las montañas. De todas formas, a nosotros nos da igual que sea una locura.

—No —dijo Boone, tras darle vueltas en la cabeza.

—Nosotros sacamos dinero y él obtiene información.

—¿Adónde planeas llevarle?

—Por el Medicine, tal vez, y más allá. Tú conoces mejor la zona.

—El mejor sitio es subiendo el Marias y cruzar por allí hasta el Flathead. Pero la nieve lo atrapará, y el frío.

Corredor Veloz se rascó la cabeza y Escudo Grande comenzó a golpear el suelo con un palito. Cuerno Rojo estaba en silencio. Sólo sus ojos se movían. Era como si siguiera la conversación con los ojos.

—No será una partida muy grande —dijo Jim—, sólo él y un par de devoradores de cerdo para ayudar, y nosotros, si te apuntas.

—Y un montón de material que habrá que arrastrar.

—Algo, sí.

—¿Hasta dónde quiere que le llevemos?

—No estoy seguro de eso. Boat Encampment, tal vez.

—¡Jesús! ¿Y cuándo estará listo para partir?

—Tiene intención de llegar a McKenzie en una luna más o menos.

—Demasiado tarde. Cuerno Rojo dice que será un duro invierno.

Cuerno Rojo volvió sus profundos ojos hacia Jim.

—Mucho frío. Mucha nieve.

—Nunca vi que Boone Caudill se privara de hacer algo por culpa del clima, o cualquier otra cosa —dijo Jim.

—Por culpa de que es una estupidez —Boone sintió que el whisky le daba cierta fuerza a sus palabras—. Tú mismo pareces un novato, hablando sobre la gente que viene, gente que viene, gente que viene. Ya has visto lo suficiente para saber que las montañas no son buena tierra para cultivar, ni un solo recoveco, mucho menos la tierra de los *piegan*. A un granjero se le congelarían las patillas antes de que el polvo que levantara al arar volviera a posarse en el suelo.

—Este hombre no tiene en mente la tierra de los *piegan*, sólo pretende cruzarla. Y no estoy diciendo que sea buena tierra para cultivos. Estoy diciendo que podemos sacarnos un dólar y medio al día de forma fácil.

—Recuerdo los tiempos en los que esa cantidad de dinero no era nada.

—Recordar no te va a hacer ganar dinero.

—Uno no necesita tanto el dinero.

—Tampoco le hará daño. Mira, Boone, no es sólo el dinero, ni una cosa en concreto. Es el dinero y que nos movamos por ahí y lo pasemos bien. Hace ya mucho tiempo desde la última vez que tú y yo lo pasamos bien juntos, o al menos podemos divertirnos de otra manera… llevas demasiado tiempo metido en territorio de pies negros.

Cuerno Rojo había estado esperando para hablar. Había una mirada dura y firme bajo sus párpados rojos. Se echó hacia delante y comenzó a hablar lentamente en el idioma de los pies negros.

—Nuestros ancianos lucharon para mantener lejos al comerciante blanco de nuestros enemigos al otro lado de las montañas. Vigilaron el desfiladero por el que transcurren las aguas del río que el Cuchillo Largo llama Marias. Allí lucharon contra los *flathead* y los *kootenai*. También con los *hanging ears* y los *pierced noses* y los *snake*. Eran valientes. Lucharon muchas batallas. Consiguieron muchas cabelleras. Hicieron retroceder a sus enemigos. Los enemigos dejaron de pasar por el desfiladero. Para poder entrar a cazar en tierras de los *piegan* debían girar hacia el sur y viajar por el River of the Road hasta los Búfalos y bajar por el río Medicine hasta las llanuras. Los ancianos mantuvieron alejado al comerciante blanco. Le hicieron viajar más al norte para llegar a tierras de los *flathead* y los *snake*. Nuestros ancianos eran sabios. No querían que los rostros pálidos dieran hierros medicina y pólvora y plomo a nuestros enemigos.

Cuerno Rojo paró, como si quisiera dejar que las palabras reposasen en sus interlocutores. Su nariz apuntó hacia Jim como un pico, y luego a Boone. Corredor Veloz había dejado de rascarse para escuchar.

—Los ancianos eran sabios —afirmó Jim, y luego añadió—: En su tiempo.

—Nadie viaja adonde los ancianos lucharon —continuó Cuerno Rojo—. El hombre blanco no conoce el camino. Los *flathead* y los *snake* olvidaron que lo sabían. Sólo un *piegan* lo recuerda… los *piegan* y los pueblos que son hermanos, los *blood* y los *big belly*.

—Los ancianos están muertos —dijo Jim—. La nación ha entrado en una nueva era.

—Los rostros de los *flathead* y los *snake* todavía están pintados de negro contra nosotros. No es sabio dejar que nuestros enemigos se armen.

—No es una misión comercial. Los hombres blancos no llevarán rifles, ni pólvora ni munición al otro lado de las montañas.

—El comerciante blanco llega a nuestro enemigo por otras rutas —argumentó Jim—. Viaja

por el Desfiladero del sur y la ruta desde Athabasca.

Cuerno Rojo se alisó el uniforme por encima del pecho, sin mirar lo que hacía, ya que tenía los ojos clavados como un punzón en Boone. Se le marcaban tanto las arrugas en las mejillas que parecían separar por completo la boca del resto de la cara.

—A mis hombres jóvenes no les gustará. Mis hombres jóvenes se volverán locos. Se les llenarán los ojos de sangre y Cuerno Rojo no tendrá ningún poder sobre ellos.

—Cuerno Rojo no va a luchar contra Cuchillo Largo. Él mismo lo ha dicho —Boone sintió que le invadía la ira. Cuerno Rojo era un hombre honesto, aunque pareciera ridículo con ese traje rojo, pero ningún hombre iba a detenerle ni le iba a decir lo que tenía que hacer.

—Mis jóvenes se volverán locos.

—Somos *piegan*, Cuerno Rojo —respondió Boone, controlando su ira—. Somos vuestros hermanos.

—Los jóvenes guerreros dirán que un *piegan* jamás mostraría el secreto del desfiladero.

—Puedes controlar a tus hombres si quieres.

—El hermano blanco que marcha con el enemigo no es un hermano.

Escudo Grande estaba asintiendo. El brillo del fuego sobre su rojo semblante recorría de arriba abajo sus mejillas cuando movía la cabeza.

—¡Maldita sea! ¡Tú mismo lo has querido, entonces! Supongo que haré lo que me plazca.

Cuerno Rojo permaneció sentado con la espalda recta en su uniforme escarlata, sujetando el ala de cisne quieta en ambas manos, mientras su mente parecía atareada descifrando las palabras en inglés que Boone había pronunciado.

—No es necesario enfadarse —interrumpió Jim—. Ni siquiera sabes todavía si vas a venir, Boone.

Ojos de Cerceta entró de nuevo en la tienda, en silencio, y comenzó a coser la camisa. Por la preocupación que se dibujaba en su rostro, Boone supo que había estado escuchando. ¡Jesús, incluso una squaw tenía que amargarle la existencia, o al menos lo intentaba!

Se volvió a Jim.

—Llevo sentado sobre mi trasero demasiado tiempo, sí señor.

CAPÍTULO XXXIII

Peabody era el nombre del tipo… Elisha Peabody, un nombre que sabía extraño en la lengua y resonaba extraño en el oído.

—Me han dicho que conoces las montañas tan bien como el mejor —dijo mientras escudriñaba el rostro de Boone con los ojos bien abiertos. Esperó una respuesta, pero Boone no se la dio. No tenía sentido responder a algo así.

—¿Qué tal se va a tomar la Compañía este viaje? —preguntó Jim, interrumpiendo.

Peabody movió su mano regordeta en círculo, como si la habitación en la que estaban y las dos botellas de vino en la mesa ya fueran suficiente respuesta.

—He hablado del asunto largo y tendido con el señor Chardon. No hay conflicto de intereses. Ninguno en absoluto. Y si existiera alguno supongo que yo sería lo suficientemente caballeroso como para no aprovecharme de la hospitalidad de Fort McKenzie —el rostro redondo y honesto de Peabody se volvió hacia Jim y luego a Boone y después se dibujó en él una leve sonrisa que hizo que su boca pareciera pequeña e infantil—. Sentaos —les invitó.

Estaban en el cuarto de un comerciante, pensó Boone, con un fuego y una cama sobre bloques de álamo y una chimenea de arcilla y piedra y una ventana con el cristal roto. Alguien había embutido un trozo de manta por el agujero. A través de sus mocasines sintió la tierra del suelo tan duramente apisonada como una losa de piedra. Sobre su cabeza vio que del techo de paja colgaban raíces entre los maderos. Escuchó un ratón dando grititos allí arriba.

—Tomad asiento —dijo de nuevo Peabody mientras aposentaba su trasero sobre la cama.

—La compañía puede traernos muchos problemas, de uno u otro tipo, ¿verdad, Boone?

Boone se acercó al fuego, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—¡Hijos de perra! —exclamó Boone.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peabody, y luego cayó en la cuenta de que se refería a lo que había dicho Jim—. Oh —concluyó.

Jim se sentó en un taburete, su cuerpo se veía desmañado allí subido de aquella manera, y comenzó a llenar de tabaco su pipa. Había un palito junto al fuego, lo cogió, lo sostuvo sobre la llama y con él encendió su pipa.

—Tomad otro trago —dijo Peabody cuando vio que Boone no se sentaba.

A continuación se levantó y llenó los vasos, y luego regresó a la cama y volvió a colocar su trasero sobre ella, con un ademán recatado y un tanto afeminado. Era un hombre afeitado, grueso sin resultar rechoncho, y ambas mejillas estaban coloreadas de un rubor rosa. Era un hombre que Boone no podía imaginar vestido de ante, ni tan siquiera de lino, sólo con las ropas importadas que llevaba y los zapatos importados que calzaba, como si hubiera nacido con ellos ya puestos y sin ellos se quedara en carne viva e incompleto.

Boone dejó de andar de un lado a otro para mirarle.

—No hay ningún paso por aquí como el Desfiladero del Sur, no hay ninguno tan fácil y abierto. Nieva lo suficiente como para enfriar el mismísimo infierno.

—¡Excelente!

—¿Qué es lo que estás buscando, exactamente… algo corto y rápido, o largo y más sencillo?

—En general, por supuesto, es preferible una ruta corta, pero no si supone mucha más dificultad. ¿Hay alguna que pueda convertirse en una carretera para carros?

—¡Por Dios, y tanto! El Desfiladero del Marias es lo suficientemente ancho, si no se tienen en cuenta los maderos derribados, pero ¿hay carretas que puedan rodar sobre ellos?

Peabody se inclinó hacia delante, y el interés hizo que su semblante pareciera más aguzado y fino.

—Lo suficientemente ancho, ¿verdad? ¡Rayos!

—Hay muchos maderos por ese paso.

—Los indios los usan, ¿no es cierto?

—No mucho. Ya no.

Boone apuró el vino. No podía imaginar que alguien sacara vino a menos que no tuviera nada mejor que ofrecer. Uno podía tragar un río de aquel líquido y nunca sentirse del todo bien, sólo adormilado y perezoso.

—¿Hay alguna ruta mejor? —preguntó Peabody.

—El Desfiladero del Sur.

—Quiero decir en esta región.

—Pasos más cortos pero más duros.

—¿Y se pueden transitar con carros y carretillas?

—¡Diablos, claro que no!

Peabody levantó las nalgas y se dirigió a la mesa.

—¿Seríais tan amables de echar un vistazo a los mapas que tengo aquí? —cogió un libro—. Desafortunadamente, el relato del señor Irving sobre los viajes del Capitán Bonneville no es de mucha ayuda. El mapa que contiene no muestra ningún detalle al este de las Rocosas —tras decir lo cual, apartó ese libro—. Aquí, sin embargo, hay un mapa que acompaña al diario del Reverendo Samuel Parker —levantó la vista y miró interrogante a Boone—. Es una obra reciente.

—Está totalmente equivocado, igual que el otro. No se tarda más de dos jornadas largas en cruzar las montañas, tal vez tres, partiendo desde el cañón del Marias. Eso de ahí se supone que es el lago Flathead, ¿verdad? Y aquí está el Marias. No hay tanto territorio en medio.

—¡Rayos! —dijo Peabody; su semblante parecía complacido y entusiasmado.

—Venga, ¿por qué no lo celebras soltando unas cuantas maldiciones? —le preguntó Jim desde el taburete.

Peabody se giró para responderle:

—Nunca lo he encontrado necesario.

—Pues sienta bien.

Peabody estaba abriendo otro libro y alisando el mapa.

—Este —dijo— es el último disponible, de *Las Memorias históricas y políticas en la costa noroeste de Norteamérica y Territorios Adyacentes*, de Robert Greenhow, bibliotecario del Departamento del Estado. Fijaos en esto que llama él «La Carretera a través de las Montañas» —de nuevo, sus ojos interrogaron a Boone.

—No se ha equivocado mucho —dijo Boone lentamente mientras estudiaba el mapa—, a excepción del otro lado. La ruta no conduce por el sur del lago a Flathead House, sino al norte.

Gira hacia el noroeste aquí, donde desemboca el arroyo Bear en el afluente medio del Flathead.

—¡Espléndido! —dijo Peabody, frotando sus rollizas manos—. ¡Espléndido! —añadió—. ¡Rayos! —y miró de reojo y rápidamente a Jim, como si esperase algún comentario por su parte.

—Tenemos el maldito tiempo en nuestra contra.

—Me atrevería a decir que lo lograremos.

—Si sólo se tratara de cruzar, tal vez sí. Pero Jim dice que quieres continuar y bajar un trecho por el Columbia.

—Así es.

—No es verano todo el año en estas tierras, al otro lado de las montañas. Las temperaturas bajan lo suficiente como para congelarle la cola a un puma.

—Lo lograremos, por obra y gracia de Dios.

—Uno nunca sabe lo que hará Dios —dijo Jim.

Boone examinó a Peabody, comenzando por los pies y subiendo hasta la cabeza, y Peabody entonces habló con cierto retintín en la voz:

—Creo que soy capaz de ir donde cualquier otro hombre pueda ir.

—Creo que me tomaré otro trago —dijo Jim mientras se levantaba y se servía una copa larga —. Ojalá Pobrediablo estuviera por aquí. Ese sí que era un buen compañero de viaje. Ese indio podía mantenerse caliente tan sólo con un taparrabos de pellejo de conejo. ¿Has sabido algo de él últimamente, Boone?

—Lo último que supe es que se había establecido en el norte, con los *blood*.

Boone había visto antes a hombres como Peabody, hombres que, de alguna manera, eran sencillos, y serios como búhos y tan seguros de sí mismos que todo lo que decían sonaba a fanfarronada sin ser una fanfarronada. Cuando les daban su merecido, se comportaban como niños pequeños enfurruñados.

La habitación se oscureció cuando una nube pasó por delante del sol. A través de la ventana Boone vio una sombra que corría por el terreno, luego hacia la valla y luego al otro lado. El repiqueteo del martillo de un herrero le llegó a los oídos. Se giró hacia Peabody.

—¿Has visto alguna vez morir congelado a un caballo?

Los ojos desorbitados de Peabody se abrieron aún más, como si en ese mismo instante estuviera viendo el caballo. Tras echarle un buen vistazo, respondió:

—El clima en Nueva Inglaterra no puede decirse que sea tropical, ¿sabes?

Boone se llenó el vaso.

—No sabría decirte, la verdad.

Durante un rato nadie dijo nada. Entonces, Jim habló, sólo por romper el hielo.

—Boone y yo estuvimos con Bonneville y Wyeth en más de una ocasión.

—No es que les fuera muy bien —dijo Boone, observando el rostro de Peabody.

—Hay buenas razones. Bonneville, por ejemplo, nunca supo qué perseguía. Se dedicaba a una cosa y luego cambiaba a otra. Nunca supo si ser un explorador, un comerciante, un trampero o un simple aventurero. No supo elegir entre la diversión o las pieles.

—De todas formas, era un tipo legal —respondió Jim.

—Me refiero a sus habilidades comerciales.

—No muy diferente en apariencia a usted si fuera calvo en lugar de tener esa mata de pelo.

—¿Y qué pasó con Wyeth? —preguntó Boone—. Ese sí que sabía moverse por la montaña.

Peabody asintió.

—Conozco a Wyeth personalmente. Un espléndido caballero. Fue víctima de la mala suerte y la mala fe. Si la Compañía Peletera de Rocky Mountain le hubiera renovado el contrato, me atrevo a decir que aún estaría en las montañas, en lugar de estar cortando hielo en Cambridge para el comercio en Sudamérica.

—¡Hielo! —dijo Boone—. ¿Puede uno vender hielo?

—De todas formas —interrumpió Jim—, los castores se habrían acabado para él, igual que para el resto.

—No estoy interesado en castores. Ya os lo he dicho. Estoy interesado en desarrollar el territorio, en la construcción futura de la zona. Vosotros parecéis pensar que, debido a que los indios no han explotado este enorme territorio del oeste, nadie puede hacerlo.

—Ellos viven en este territorio. Viven de él, e incluso disfrutan de él —respondió Boone—. ¿Qué demonios te propones, por Dios Bendito?

Peabody respiró profundamente, como si quisiera estar seguro de tener suficiente aire para explicar su argumento.

—Cuando un territorio que podría sustentar a tantos, en la realidad sustenta a tan pocos, entonces, rayos, los habitantes no han hecho un buen uso de los recursos naturales —sus grandes ojos miraron a Boone, serio y cortés, pero no temeroso—. Ese fallo sin duda justifica una invasión, pacífica a ser posible, pero forzada si fuera necesario, por gentes que puedan aprovechar los recursos que ofrece la tierra.

—Opino que eso que dices es una tontería.

—Si sobrevives sabrás lo equivocado que estás. ¿Es que no lo comprendes? Nosotros estamos creciendo. La nación presiona sobre sus fronteras. Sin duda aparecerán nuevas oportunidades, más y mejores oportunidades de las que existieron con el comercio de pieles. Transporte, venta de productos, agricultura, empresas madereras, pesca, ¡terrenos para construir! Es imposible imaginárselos todos.

—Maldita sea, hablas como si uno sólo tuviera que poner un arado en la tierra para que crezca maíz, tal vez, o boniatos, o sorgo, o tabaco. La estación no es lo suficientemente larga para sacar adelante una cosecha. Este es territorio indio y territorio de búfalos, y siempre lo será.

—Lo dudo mucho, también lo relativo al territorio de los pies negros. En cuanto a Oregón y el valle Willamette —Peabody extendió los brazos—, la Compañía de la Bahía Hudson posee campos de cultivo allí, y ganado. Las misiones están yendo bien. Un centenar de colonos acudieron allí este verano pasado bajo el liderazgo del doctor Elijah White.

La boca de Peabody estaba tensa y dibujaba un rictus solemne en su redondo rostro. El rubor rosado de sus mejillas se había extendido de manera que su rostro estaba totalmente rojo. Respiró de nuevo profundamente llenando la barriga de aire, como si fuera a lanzar de nuevo una larga parrafada, pero lo único que dijo fue:

—No he venido aquí a discutir, sino a contratar a unos guías.

A continuación se sentó y se frotó la cara con un pañuelo blanco que se sacó del bolsillo de su

abrigo.

Jim apartó la copa de su boca el suficiente tiempo para decir:

—El territorio al otro lado de las montañas es territorio británico. ¿Cómo piensas solucionar ese problema?

—No es territorio británico. Es territorio de ocupación conjunta por tratado.

—Tengo la impresión de que la Compañía de la Bahía de Hudson no se ha enterado todavía de eso.

—Tengo entendido que los colonos no son tratados demasiado mal. Pero aparte de esa cuestión, ¿realmente pensáis que los Estados Unidos de América permitirán que la Compañía, o ni tan siquiera el propio ejército británico, se interponga en su camino? Nada nos detendrá. ¿Británicos? ¿Españoles? ¿Mexicanos? Ninguno de ellos. Desde cualquier punto de vista razonable la tierra es nuestra… por geografía, por contigüidad y expansión natural. Caray, es el destino, de eso se trata… el destino ineludible.

Jim sonrió y su brazo salió disparado hacia delante con los dedos estirados.

—¡Hurras para el primer gobernador! —y dirigiendo la mirada a Boone añadió—: Un hombre que puede hablar con tan altas miras y de forma tan refinada no debería dedicarse a nada más.

Peabody se había sonrojado al soltar la soflama. Se sonrojó aún más al escuchar las palabras de Jim y volvió a sacar el pañuelo blanco.

—Supongo que, en todo caso, nos lo pasaremos bien, arrojando a los británicos al mar —dijo Jim.

Peabody tomó su copa de vino de la mesa, se sentó en la cama, sorbió un poco de vino, cerró los labios y mantuvo el vino en la boca durante unos segundos sin tragárselo, como si quisiera paladear todo el sabor del líquido antes de pasarlo al estómago.

Boone se agachó y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo.

—¿A qué distancia quieres que viajemos?

—Al menos, hasta la cabecera de navegación del Columbia.

—¿Para barcos grandes o pequeños?

—Tendremos que verlo cuando lleguemos.

—¿Tienes intención de parar en los fuertes de la Bahía de Hudson?

—Tal vez no —consideró Peabody—. Tal vez será mejor no hacerlo. No en este viaje.

—Es una locura partir ahora. Yo votaría por esperar hasta el verano.

Peabody sacudió su redonda cabeza mientras formaba con los labios una tensa línea sobre el pequeño y cuadrado mentón.

—Eso ya está decidido. No tengo intención de quedarme de brazos cruzados por un poco de mal tiempo. Si no lo aceptáis, me buscaré a otros.

Jim sujetaba su cuchillo y sacaba virutas del taburete sobre el que estaba sentado con las piernas separadas.

—Eso es alguien con las ideas claras y lo demás son tonterías, sí señor.

—El señor Chardon piensa que la nieve en las montañas no debería suponer un obstáculo, todavía.

—Tal vez quiera verte congelado —dijo Boone.

—Cuando se pone a nevar en este territorio, por Dios que nieva con fuerza —añadió Jim—. ¿Te avisó Chardon de eso?

—Todavía no me habéis dado vuestra respuesta.

—Si uno fuera lo suficientemente listo, supongo que se decidiría por hacer la travesía a pie —Jim posó sus ojos en Boone.

—Tengo suficiente equipo, ya sabéis.

Boone sacudió la cabeza.

—Tal vez los caballos nos vengan bien, si nos quedamos atrapados por la nieve y no hay caza en los alrededores. Hay peores cosas que la carne de caballo.

En el redondo rostro de Peabody apareció una expresión de sorpresa.

—Y si no nieva —dijo Jim—, con los caballos podremos atravesar las montañas mucho más rápido.

—¿Aceptáis, entonces?

—Creo que yo sí iré, como ya te dije antes —respondió Jim—. Pero no es tanto a mí a quien realmente necesitas, sino a Caudill. Nunca he atravesado ese desfiladero. ¿Qué dices tú, Boone?

—Digo que es una idea disparatada. No habrá ni una sola alma que viaje por esa ruta, nunca, ni tampoco nadie que quiera construir una granja. Hace demasiado frío y un tiempo muy seco y ventoso para las personas. Y los que lo intenten, huirán corriendo a sus hogares con la cola entre las piernas, si sus cabelleras no están ya colgando en algún bastón de mando. Y algunos morirán de hambre y otros de frío. Eso es lo que pienso —examinó el rostro de Peabody—. Es muy peligroso partir ahora. Eso es lo que pienso, y todavía más peligroso si tenemos que esquivar los fuertes británicos.

—Es cierto que hay peligro —concedió Jim—. Por ejemplo, Cuerno Rojo no quiere que vayamos.

—¡Al infierno con Cuerno Rojo!

—No entiendo —interrumpió Peabody—. ¿Quién es Cuerno Rojo?

—Nadie de importancia —respondió Boone—. Es sólo jerga india.

—Pero no le gustará, Boone. Tal vez será mejor que lo dejemos si así lo quiere él.

—Maldito seas, Jim. Sólo intentas picarme.

—¿Ya estás lo suficientemente picado? —apareció una sonrisa maliciosa en el rostro de Jim y continuó hablando—: No es sólo por fastidiarte, Boone. ¡Venga, Boone! No será divertido si tú no vienes. Dile al hombre que sí.

—No me gusta que Cuerno Rojo se piense que puede mandar sobre mí.

—Así es como habla un verdadero oso.

Peabody miraba a uno y a otro con el ceño ligeramente fruncido.

—Creo que no te entiendo —dijo a Boone.

—No es nada que me afecte. Jim y yo podemos salir de cualquier entuerto, sí señor, y por supuesto podemos hacer lo mismo por ti. Yo abriré la marcha y te indicaré el camino.

—¡Espléndido! —el hombrecillo frotó sus gordezuelas manos, alargó repentinamente el brazo, cogió la copa de la mesa y se la bebió de un solo trago—. Necesitaré ayuda y consejos para preparar los suministros. Mis dos franceses canadienses no creo que sean de mucha ayuda en esto.

Si queréis echarme una mano puedo empezar a pagaros inmediatamente, a la tarifa acordada de un dólar y medio.

—Estaría bien, sí —dijo Jim—, estoy tan pobre que no podría ni tan siquiera comprarle una cuenta de cristal a mi squaw favorita.

—¿Quiénes son los franceses?

—Se llaman Zenon y Beauchamp. El tal Beauchamp es un hombre fuerte.

—Espero que sepan cómo cargar un caballo. Jim y yo tenemos intención de limitarnos únicamente a cazar carne y a guiaros.

Boone se dirigió a la puerta y salió. Las habitaciones le hacían sentir a uno encerrado en sí mismo; le incomodaban tanto que su mente no podía concentrarse en otra cosa que no fuera buscar dónde estaba la salida, como un ratón en un balde. Pasó junto al cañón y el mástil. Un somnoliento guarda le dejó pasar por la verja interior. Había un par de *blood* en el almacén indio y un hombre que parecía ser un *cree*, y que parecía haber cogido una buena curda.

—No whisky —decía el vendedor—. No tenemos agua medicina.

El *cree* se acercó a Boone, mendigándole tabaco. Era un indio corpulento, no muy alto, pero de espalda y pecho anchos. Boone sacudió la cabeza y se dispuso a marcharse, pero el *cree* alargó el brazo y agarró una de sus trenzas para retenerlo, diciendo algo gutural mientras tiraba. Boone le golpeó en el vientre, escuchó el gruñido que salió a presión y sintió que la mano soltaba la trenza. El *cree* se inclinó hacia delante con los brazos sosteniendo su barriga. Boone volvió a golpearle, le propinó un puñetazo en la cara, y el *cree* se derrumbó hacia atrás sobre la tierra y se quedó inmóvil. No se oyó ni una sola palabra, ni de la boca del comerciante ni de los dos *blood*. Boone sintió que sus ojos le seguían mientras salía por la gran puerta hacia el exterior.

El sol se había perdido tras unas cuantas nubes por el oeste, y un frío cortante cubría la tierra. Pronto caería la noche. Estando el invierno tan próximo, el sol sólo echaba un vistazo a las cosas y luego se agachaba tras las montañas. Salía humo de los tipis montados alrededor del fuerte, que subía gris hacia el frío cielo. Se percibía el olor del humo de la madera en el aire, y el olor de la nieve. Hacia su derecha, el río corría opaco como el plomo.

Ojos de Cerceta estaría esperándolo en la tienda que había montado. Estaría esperando y preguntándose cosas, pero no le haría preguntas cuando regresara. Se encargaría de que hubiera carne para él y que el fuego estuviera bien, y todo el tiempo los ojos de ella estarían posados en él con una pregunta no formulada en ellos, y su rostro iluminado por una luz que Boone había percibido últimamente, una especie de suave resplandor que atravesaba su piel. No preguntaría, pero todos sus pequeños gestos serían gestos atentos que le traerían la respuesta a través de las miradas de él o sus movimientos o su tono de voz. Una mujer atrapaba a un hombre y lo llevaba de un lado a otro sin tener ni siquiera que abrir la boca. Al notarla a su alrededor, uno, en ocasiones, no se sentía él mismo. Deseaba liberarse y enviarlo todo al infierno y salir corriendo hacia algún sitio, sin nada que le atase a lo que había sido o lo que había hecho. Pero él no lo haría, no para siempre… no con una mujer como Ojos de Cerceta. Estar un breve tiempo alejado de ella era suficiente, cuatro lunas, tal vez, mientras guiaba al loco Yanqui Rayos por Oregón.

CAPÍTULO XXXIV

Era exactamente como Boone esperaba que fuera. Había tasajo, hervido y cocinado con nabos de pradera machacados, y un cálido fuego en el círculo de piedras, y Ojos de Cerceta trasteaba mientras lo vigilaba con el rabillo del ojo, con el rostro expectante a lo que sus oídos o sus ojos pudieran captar. Boone gruñó y se sentó y comió de un cuenco y después encendió la pipa con el tabaco negro del comerciante mezclado con corteza de sauce rojo. Tenía una pipa de roca blanda, con una cazoleta redonda sobre una base cuadrada y boquilla de madera de sauce. La había fabricado él mismo, siguiendo el estilo de los pies negros, y aunque no era tan vistosa como las que hacían otras tribus, era dulce y de suave calada. La examinó mientras fumaba, dejando que su mente diera vueltas a las cosas pausadamente.

Un poco después, sin mirar a Ojos de Cerceta, Boone dijo en el idioma de los pies negros:

—Regresarás con Cuerno Rojo y esperarás.

No hizo falta que ella dijera nada, no con la expresión alarmada en su rostro.

—Después de seis noches partiremos —dijo Boone contándose los dedos. Dejó que su mirada se cruzara con la de ella mientras daba una calada a la pipa—. Pelo Rojo, el hombre blanco, dos Medicina Mala y yo.

Ella inclinó la cabeza y sus manos temblaron levemente sobre su falda de piel.

—Prepararé la ropa de invierno.

Era una de las cosas por las que él la admiraba; nunca discutía. A pesar de todo lo que pudieran decir sus ojos, o su rostro o sus manos, la boca no lo expresaba. Él decía lo que pensaba y eso era todo, y no tenía que discutir sobre ello. Le ahorraba a uno un montón de problemas.

Los ojos de ella lo miraron interrogantes una vez más.

—Cuando lleguen los grandes vientos regresaré, o más pronto si se abre el invierno, cuando el gran búho anide.

—¿Regresarás? —preguntó ella sin mirarle.

—Cuando lleguen los grandes vientos, o antes.

—¿Regresarás a los *piegan*?

—¡Ya te he dicho una vez que sí! —respondió Boone ásperamente y en inglés—. ¿Es que crees que tengo intención de quedarme con los *flathead* o los *snake* o con alguien más?

—Todos los días miraré al oeste —dijo en voz baja, mirándose las manos.

—Supongo que tú podrías encontrar otro hombre, llegado el caso —ella se levantó, sin hablar, como si sus palabras le hubieran dolido profundamente—. A Jim no le importaría quedarse contigo, supongo.

El viento soplaba arriba en las copas de los pinos y una ráfaga se coló por el respiradero de la tienda y persiguió al humo en el interior. La oscuridad era cada vez más profunda en la tienda, haciendo que el fuego pareciera más nítido. Esa noche dormiría sobre su rifle. Uno nunca sabía lo que un *blood* loco podía tener en mente tras atiborrarse de agua de fuego.

Ojos de Cerceta ya estaba bajo la manta cuando él se metió y se tumbó con los pies hacia el fuego. Se quedó allí echado dejando que los pensamientos fluyeran por su cabeza, pensando que Ojos de Cerceta estaba dormida. Pero entonces la mano de ella se aproximó y apenas le tocó y su

voz sonó:

—Brazo Fuerte tendrá un hijo.

—¡Dios mío! —dijo él; reflexionó un poco más sobre ello y volvió a exclamar—: ¡Dios mío!

Se preguntaba qué aspecto tendría su hijo y cómo sería. Le hacía sentir a uno más sólido y más real el saber que tenía un cachorro.

Se durmió pensando en ello. En una ocasión se despertó, y le pareció que Ojos de Cerceta se agitaba bajo la manta, y que escuchaba un sollozo contenido, pero sólo se trataba del viento canturreando entre los palos de la tienda y el fuego moribundo.

CAPÍTULO XXXV

Desde lo alto del cañón uno podía contemplar los pies de las colinas y más allá las brillantes y amarillas llanuras bajo el sol de principios de invierno. Elisha Peabody detuvo su caballo. Era un mundo enorme, un mundo de alturas y profundidades y distancias que escapaban a la imaginación. Uno se sentía inclinado a encogerse en sí mismo, como una tortuga. Las montañas eran más altas que ninguna de las que había visto antes; los arroyos eran más rápidos, el viento más fiero, el aire más cortante, y las vistas más amplias. Tenía la impresión de que todo había sido creado a medida de un gigante; era como si las proporciones se hubieran desbocado. La inmensidad de los espacios del oeste hacía que las colinas y los parques del hogar parecieran pequeños y artificiales, como un patio con una valla alrededor.

El alma humana también sentía atracción por los extremos. Ayer remontaba el vuelo, sintiéndose salvaje y libre, sintiéndose tan insignificante entre esas inmensidades físicas como para perderse de la mirada de Dios y Su ira. La noche anterior, cuando la gran penumbra se apoderó de todo, regresó como una gallina al gallinero, sintiendo el terrible poder y la gloria de Dios a su alrededor. Peabody supo entonces lo que era la humildad y rezó para que Dios les guiara y les diera fuerzas y les ofreciera su protección, sin la cual incluso la habilidad de un yanqui no serviría de nada. Hoy cabalgaba sintiendo una leve sensación de opresión que no podía ser achacada a ninguna circunstancia en concreto, a menos que se debiera a que la vigilancia silenciosa a la que lo tenía sometido Caudill hubiera dado pie a un vago y estúpido recelo. En más de una ocasión Caudill se giró sobre su montura para examinar el camino que habían recorrido. Bajo las negras cejas sus ojos siempre estaban en movimiento, examinando las laderas, el bosque, el arroyo, las sendas de los animales. Lo que sus ojos le decían, ni su boca lo expresaba ni su semblante lo revelaba. Se detectaba la atenta vigilancia de un animal salvaje en su rostro, pero nada más.

Era un hombre extraño, el tal Caudill, cabalgando enjuto y encorvado a la cabeza de la columna mientras sus trenzas indias se balanceaban al ritmo del paso del caballo. Un hombre extraño, siempre de mal humor, y de genio rápido y el atisbo de una brutalidad infantil. ¿Era la ruda subcivilización de la frontera de Kentucky lo que le había convertido en lo que era, o sus años con los árabes pieles rojas de las llanuras? Al verlo cabalgar delante, con los hombros sueltos y el cuerpo amoldándose al paso del caballo, Peabody concluyó que tenía más de indio que de hombre blanco. Exteriormente, apenas tenía rasgos de hombre blanco. Vestía como un indio y llevaba una bolsa de amuletos… una bolsa medicina, como la llamaban. Su voz era ronca y retumbaba profunda en su pecho, incluso cuando los sonidos que emitía eran sonidos ingleses. Con ojeras bajo los ojos, de semblante curtido y con frecuencia inescrutable. Y tenía a una squaw por esposa.

Caudill podía ser un hombre difícil, e incluso peligroso, pensó Peabody. Otros hombres más educados en ocasiones se sentían inseguros e impotentes en su presencia, como si la fuerza y decisión y primitiva masculinidad de aquel hombre empequeñecieran cualquier otra capacidad aprendida e inculcada. Peabody desechó aquel pensamiento mientras dirigía su mirada a lo lejos, hacia las llanuras. Un yanqui podía comportarse dignamente en compañía de cualquier tipo de

persona, gracias a su ingenio, su coraje y perseverancia, como habían demostrado los yanquis a lo largo de generaciones. Caudill sería un renegado blanco sin un centavo en el bolsillo viviendo entre indios mucho después de que su propia visión de los negocios le hubiera convertido en un hombre acomodado e importante.

Volvió a contemplar el cañón por el que discurría el serpenteante río, hasta que sus ojos se toparon con la fila de caballos de carga y vieron a Deakins sentado en silencio sobre su caballo, cerrando la marcha y esperando a que Peabody continuara avanzando. Deakins sonrió, mostrando fugazmente los dientes. Él y Caudill habían salido de moldes totalmente distintos. Cuando Caudill estaba callado, Deakins hablaba; cuando Caudill se encendía, a Deakins se le ocurría un chiste; cuando en Caudill se percibían señales de rápida furia, en Deakins se percibían señales de acción calculada. La arbitrariedad era una parte de la naturaleza de Deakins, y el humor, medio lascivo, medio inocente, de manera que nunca se sabía cuál era la profundidad de sus comentarios. Los dos formaban una buena, aunque irreverente, pareja, y ambos se equilibraban y condicionaban mutuamente.

Peabody espoleó su caballo y escuchó a los animales de carga tras él haciendo repiquetear sus cascos al iniciar de nuevo la marcha, y a Zenon hablando en francés. Podía imaginarse la sonrisa en el rostro de Zenon, la boca flexible y expresiva bajo unos ojos tan elocuentes como los de una doncella. Podía ver sus manos moviéndose mientras hablaba. En ocasiones, oía a Beauchamp respondiendo las fluidas palabras de Zenon. Beauchamp era un pedazo de hombretón con el cuello y los hombros de un toro y un cráneo habitado por la inteligencia de una bestia mansa. Frente a la agilidad mental de Zenon, él alardeaba de sus músculos, como si en el cómputo final fuera la fuerza lo que determinase la talla de un hombre. Le gustaba enseñar el nudo de músculos en sus bíceps y agarrar después el brazo de Zenon hasta hacerle estremecerse de dolor con un apretón de su mano. Le habría gustado hacerlo, es decir, hasta que Deakins se interpuso la segunda noche tras la salida de Fort McKenzie.

—Si yo fuera Zenon, ahora mismo le metería un tiro a esa maldita mano tuya, sí señor —dijo Deakins.

Peabody vio, con un tenue gesto de sorpresa, que el brillo había desaparecido de sus ojos azules.

Beauchamp soltó a Zenon un segundo antes de responder. Su mirada se posó en Deakins como si estuviera calculando su fuerza. Luego dijo:

—Maldita sea, me pienso que necesitas un fusil para enfrentarte a Beauchamp.

Antes de que Deakins pudiera responder, Caudill se movió bordeando el fuego. Sin pronunciar una sola palabra, se acercó a Beauchamp. Peabody más tarde recordaría su paso decidido y su repentino puñetazo. Milagrosamente, Beauchamp se mantuvo en pie. Retrocedió unos pasos, a punto de caerse, pero recuperó el equilibrio y se quedó en silencio como si estuviera dejando pasar tiempo mientras recuperaba el sentido. Levantó una mano para acariciarse la mandíbula. Sus ojos bajaron apartándose del rostro de Caudill y hacia el suelo y miró allí abajo como si buscara algo. A Peabody le recordó un ratón buscando un agujero.

—No tiene intención de pelear en serio, Zenon —dijo Caudill—. No tengas miedo de él. Sólo parece un hombre.

Desde entonces ya no hubo más problemas, y Peabody suponía que probablemente ya no los habría a partir de ese momento. Beauchamp era como un buey amansado con látigo, sin resentimiento en él y sin sentimientos de venganza. Día a día realizaba su trabajo. Todos juntos, pensó Peabody, formaban una buena cuadrilla. Y así, apartó su mente de la opresión inmotivada que sentía, pensando en la buena cuadrilla, en el cielo despejado y el decidido paso que mantenían. Oregón estaba al otro lado de las colinas. Con la ayuda del Señor, llegaría al Columbia.

Cuando avanzaban por el cañón en dirección al suroeste, parecía cada vez más lógico pensar que Dios estaba de su parte, porque el camino se abría ante ellos, ancho y fácil de transitar, a excepción del viento y las nuevas pendientes que se habían formado por las rutas que los indios desde tiempos inmemoriales habían ido escarbando al pasar. Allá donde uno miraba las montañas se elevaban en enormes picos y montículos rocosos, alzándose tan alto que las blancas nubes se agitaban entre ellos; el viento traía consigo el cortante aliento del invierno, y en ocasiones alguna gota de tormenta, pero el paso discurría suavemente, seguro y sin nieve. Era más de lo que Peabody se hubiera atrevido a esperar, rayos. Mirando al futuro, uno podía ver trenes cargueros escalándolo, y carretas y carros de cuatro ruedas abarrotados de mercancías de los colonos, de camino a los valles fértiles del Columbia. Serían hombres libres, todos ellos, sin un solo esclavo entre ellos… hombres libres de camino a una tierra libre para establecer lo que llegarían a ser los estados libres de la Unión, en cuanto las reclamaciones de los británicos hubieran sido rechazadas y después de que las vías de comercio se abrieran, reemplazando la prolongada y lenta ruta marina por el Horn. Podía ver mercancías subiendo y bajando por el Missouri y el Columbia a través de las montañas hasta la misma tierra que pisaba ahora su caballo… cargas de comida procesada y productos de importación, de tejidos, herramientas, rifles, café, té, y azúcar, fluyendo hacia el oeste a cambio de los productos que los colonos habían obtenido de las nuevas tierras. ¿Cómo iba a poder competir el Paso del Sur, que no contaba con la ventaja de la navegación fluvial, contra la ruta que ahora él recorría? Allí había oportunidades para los hombres trabajadores y con visión de futuro. El que antes llegara a esas tierras, ese sería el que mejores oportunidades tendría. El que supiera el camino podría aprovechar sus conocimientos. Se podrían levantar almacenes y establecer líneas de transporte que tendrían que ser gestionadas y habría tierra que trabajar. En cuanto uno se acostumbrase a la tierra, sabría adonde dirigir sus energías. Los hombres de Boston sabrían entonces de la existencia del paso, y los hombres de Boston sabrían cómo aprovechar esos recursos, y también el dinero de Boston, hasta el momento tan cauteloso, respondería al ver la seguridad de obtener pingües beneficios. Peabody sacó su brújula y su libreta del bolsillo. Por la noche, a la luz de la hoguera del campamento, ampliaría ese apresurado bosquejo.

La columna comenzó a ir más despacio hasta pararse cuando Caudill se detuvo para echar un vistazo a un lado y otro del cañón. Un poco después bajó del caballo, lo ató a una rama y retrocedió para tomar prestado el catalejo de Peabody.

—Continuemos —fue lo único que dijo cuando se lo devolvió.

El propio Peabody echó un vistazo por el catalejo mientras Caudill regresaba a la cabeza de la fila. Su caballo no paraba de moverse bajo su cuerpo, bajando la cabeza en busca de hierba, y no pudo fijar el punto de mira en ningún sitio. Las cosas entraban y salían de su rango de visión, los pinos que se alzaban tiesos y altos, el río que serpenteaba, las montañas bordeadas por la línea

forestal. Apartó el catalejo del ojo. Las llanuras ya no se veían desde aquel lugar. Uno se sentía a solas con los grandes picos; se sentía aprisionado y mudo en un silencio eterno; se sentía enterrado bajo las irregulares agujas que traspasaban el cielo. Fort Mackenzie se encontraba a una vida de distancia, a una vida de cinco días de distancia.

Llegados a un punto de la ruta que se hundía bajo el nivel del agua, Caudill detuvo la marcha para pasar la noche. El arroyo ahora era poco más que un hilillo que rebotaba sobre las piedras resbaladizas y cubiertas de musgo herrumbroso. Peabody se imaginó que podía ver la línea divisoria allí delante, donde el sol se hundía en una gloria abrasadora. Se bajó del caballo y se quedó apoyado en la silla durante un minuto mientras sus piernas entumecidas volvían a acostumbrarse a la compañía del suelo. La puesta de sol lo retuvo allí. Se podía perder en ella. La melancolía recorrió su cuerpo, y el éxtasis… un triste hechizo que hacía que sus ambiciones personales parecieran asuntos totalmente baladís.

—¡Majestuoso! —dijo para sus adentros—. ¡Majestuoso!

—¿Qué dices? —preguntó Caudill.

Peabody sólo señaló hacia el oeste.

—Rojo como un infierno. Supongo que te apetecerá comer, en cualquier caso.

Caudill se dispuso a desensillar los caballos mientras Deakins sacaba un pieza de ciervo de uno de los fardos y comenzaba a preparar una hoguera.

—Guardaremos los caballos cerca —dijo Caudill con ánimo de informar a los franceses—. Pronto los descargaremos, sólo llevadlos a aquella pequeña llanura, y recordad manearlos, a todos.

—La carne es muy escasa —comentó Deakins mientras Peabody forcejeaba con su silla de montar—. No he visto alces ni ciervos desde esta mañana, y muy pocos rastros.

Peabody tiró con fuerza de la silla y la colocó en el suelo para usarla de almohada donde planeaba poner su cama. Le daba cierto sentimiento de orgullo realizar sus tareas.

—Al ritmo que avanzamos, estaremos en la cuenca del Flathead antes de que necesitemos más caza.

—Espera —dijo Deakins, mientras seguía con los ojos a Zenon y Beauchamp cuando se llevaron los caballos—. Supongo que no has visto comer a los devoradores de cerdo.

—Todo está saliendo bien. ¡Este paso, amigo! No podría haber deseado nada mejor que esto. Caray, apartando la madera, los carros podrían pasar por aquí.

—Si es que alguien quisiera pasar por aquí con ellos —apostilló Caudill, mientras cortaba el venado con su cuchillo.

—Me gustaría tener los derechos de peaje.

—¡Peaje! ¡Peaje! Por Dios, Jim, en cuanto los novatos ven un lugar lo único que desean es destrozarlo. Quieren apropiarse de todo y poner cercas y barreras sobre la tierra. ¿A quién crees que pertenece la tierra, en todo caso, Peabody?

—Imagino que el hombre que abrió la ruta debería tener algún derecho de cobro a los que la transitan.

—Da lo mismo —dijo Caudill más calmado mientras guardaba el cuchillo—. Un cobrador de peajes ya puede dejar extendida su mano hasta el Advenimiento de Cristo y jamás encontrará dinero en ella.

En su mente, Peabody vio los carromatos rodando y el cobrador ocupado devolviendo cambio. Volvió a mirar a Caudill. Algo en aquel hombre le planteaba un reto. Es como si el respeto por sí mismo le demandara provocarlo más.

—No es descabellado pensar que algún día, tal vez cuando aún estemos vivos, se escuche el traqueteo del ferrocarril de vapor por este paso, transportando pasajeros unas trescientas millas en veinticuatro horas.

—Tu cabeza está llena de las ideas más extrañas.

—Va en contra de la naturaleza —respondió Deakins; ya había ensartado un trozo de carne en un palo—. Si la intención de Dios fuera que el hombre se moviera dando tumbos en un carro, ¿por qué no le puso al hombre unas ruedas desde el principio?

—Pues la gente va en contra de la naturaleza ya en cuatro o cinco Estados, y no parece hacerles daño. Albany y Buffalo ya están conectadas por ferrocarril, por lo que he oído.

—¿Dónde está eso? —preguntó Caudill.

—En el Estado de Nueva York.

—Ese no es territorio indio.

—Nunca he visto un carruaje de vapor —dijo Deakins.

—Pues yo no tengo ninguna gana de ver uno. Un caballo ya es lo bastante bueno, o estos pies, llegado el caso.

Los franceses regresaron de la llanura y comenzaron a prepararse unos palos para asar. Zenon se acuclilló luego con las rodillas dobladas rozándole la barbilla, observando su trozo de carne asándose. Caudill colocó el pedazo de costillas cerca de las brasas.

Peabody llenó una lata de agua del arroyo y la puso a calentar. La carne cruda era una dieta que con el tiempo resultaba agradable, y además simplificaba tanto la faena de cocinar que un hombre de montaña se sentía poco inclinado a usar la harina y el grano que había empaquetado. Sin embargo, un estómago civilizado necesitaba un trago de café, con una generosa cantidad de azúcar.

—Mi parece bien —dijo Beauchamp, mirándole; estaba echado sobre su barriga, con el espetón apoyado en una piedra y su trozo de carne carbonizándose sobre el fuego. Era un francés de lo más despistado, por mucho músculo que tuviera.

Peabody volvió a lanzar la mirada hacia la línea divisoria. El sol se había apagado por completo. De todo ello sólo quedaba un fino rayo rojo sobre las colinas y, mientras lo contemplaba, oscureció y las montañas comenzaron a fundirse con el cielo. La oscuridad pareció agolparse a su alrededor… la oscuridad y el silencio, que aún resultaban más oscuros y silenciosos a la luz de la pequeña llama de la hoguera y el involuntario borboteo del agua. El frío se coló bajo su ropa de lana y se propagó como una placa de metal sobre su piel. Arrimó aún más los pies al fuego. Tal vez Caudill tuviera razón cuando decía que el calzado indio mantenía los pies más calientes que el género de los zapateros blancos.

Caudill se lamió los dedos y los secó en su camisa de ante, pasó el cuchillo por la correa de piel para limpiarla y luego lo volvió a guardar en su funda. No habló hasta que hubo encendido su pipa. Entonces dijo:

—Será mejor que hagamos guardia.

—¿Guardia? —preguntó Peabody.

Vio el reflejo diminuto de la hoguera en los ojos de Zenon.

—Sólo para asegurarnos —respondió Caudill.

—¿Cuál es el problema? Rayos, piensas que soy un niño.

—No he visto nada que pueda asustar a nadie. Sólo tengo una vaga impresión, eso es todo.

—No tenías una vaga impresión ayer noche, o antes.

—No había motivo.

—Su medicina funciona, Peabody —intervino Deakins—. Te lo está diciendo.

—¿Diciéndome qué?

—No es medicina, sólo sentido común —respondió Caudill.

—Hablad de forma que uno pueda entenderos, ¿os importaría?

—*Les sauvages?* —preguntó Zenon.

Tras un silencio, Caudill dijo:

—Tiene derecho a saberlo, aunque no quiero asustar a los franceses y que nos abandonen. Este paso discurre en forma de pata de perro. Hay un atajo, que cruza de la cadera del perro directamente hasta la mano. Es agreste pero rápido, y discurre por Cut Bank y más allá hacia Nyack Creek —calló durante un minuto y luego añadió—: Esa es la forma en la que los viejos pies negros emboscaban a los *flathead* y a los *snake*.

—¿Y quién diantres querría atraparnos? Vosotros mismos sois pies negros.

Beauchamp miraba ahora a la oscuridad que le rodeaba, como si la posibilidad de que hubiera algún peligro acabara de iluminarse en su lento cerebro.

—Tal vez nos sigan y no nos corten el camino más adelante —dijo Deakins.

—Tal vez —concedió Caudill—. Pero no he detectado nada a nuestras espaldas, y además no es probable que lo hagan. Una partida ya habría tenido tiempo de tomar el atajo y darnos alcance por detrás.

—¡Por Dios Bendito, responded! ¿Quién querría atraparnos? —Peabody dejó que toda su impaciencia se reflejara en su voz.

Caudill se encogió de hombros.

—Cuerno Rojo, quizás, o algunos de sus chicos —dijo, dejando escapar las palabras por la boquilla de su pipa.

CAPÍTULO XXXVI

A la mañana siguiente, se sentía el mordisco del invierno en la brisa y había una fina capa de nieve en el suelo, extendiéndose blanca bajo los restos de oscuridad. A pesar de que el caudal del arroyo discurría rápido, el hielo de las orillas iba encerrándolo. Los franceses se arrimaron al fuego con los dientes castañeteando y se frotaron las manos cerca de las brasas, maldiciendo entre labios tensos.

—Id a por los caballos en cuanto os hayáis descongelado un poco —les ordenó Boone—. No vamos a cruzar la montaña abrazados a un fuego —las miradas de los hombres se clavaron en el rostro de Boone y luego las dirigieron hacia donde la noche todavía ondeaba sobre la nieve y añadió—: Es bastante seguro. He echado un vistazo por los alrededores.

Peabody exhaló el aire de los pulmones y observó la nube de vaho que formaba, y a continuación frotó las palmas de las manos en los faldones de su abrigo de cola larga. Llevaba puesto un gorro de lana, con solapas sobre las orejas.

—Frío —dijo mientras se encogía bajo el abrigo—. Mucho frío para tan poca nieve.

—Pronto verás mucha más nieve, eso creo, antes de que acabe el día —dijo Jim. Levantó la mirada intentando ver el aspecto del cielo. Sin embargo, la oscuridad todavía flotaba cerca del suelo, como una niebla, y no se veía nada por encima… ni siquiera un pálido rayo al sureste donde el sol se levantaría en un rato. La brisa envolvía a los hombres, lamiéndoles con una lengua de hielo.

—Nuestros visitantes no aparecieron —dijo Peabody. Su redondo rostro se iluminó junto al fuego, parecía estar con fuerzas renovadas después de la noche. El frío había provocado los puntos rojos en sus mejillas y le había añadido otro en medio de la barbilla.

—El problema con los indios es que uno nunca sabe cuándo aparecerán —respondió Jim—. No es de caballeros no permitir que uno tenga tiempo para plantarles cara.

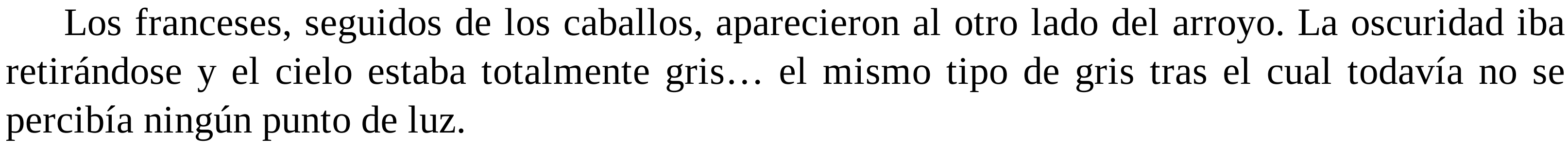
—Ya veo —dijo Peabody, sonriendo desconcertado, como si no supiera muy bien qué pensar de Jim.

—Alguna alimaña ha asustado a los caballos hace un rato —dijo Boone—. Probablemente un puma.

—La carne de caballo es la peor carne de todas, incluso para un puma. No debe de haber probado bocado desde hace un año, la caza escasea bastante —Jim se cortó un trozo de lo que quedaba del costillar del ciervo.

Peabody le observó llenándose la boca y luego fue hacia su fardo, sacó una toalla, se dirigió al arroyo y se arrodilló. Boone podía verlo, su silueta agachada y oscura recortándose sobre la nieve, mientras el arroyo discurría negro y exiguo a sus pies. Peabody se quitó la gorra, se aflojó el cuello del abrigo y se subió las mangas; volvió a hundir las manos y las mantuvo allí durante un minuto para calmar el calambre que el frío le había provocado. Luego hundió ambas manos y con las palmas ahuecadas sacó agua, se la echó a la cara y frotó con fuerza y con movimientos rápidos, como si intentase quitarse una mancha. Regresó bufando.

—Bah, eso no es nada, Peabody —dijo Jim—. Espera a cuando tengas que lavarte la cara con carámbanos. No se es un verdadero *hivernant* hasta que se pasa ese momento.


Los franceses, seguidos de los caballos, aparecieron al otro lado del arroyo. La oscuridad iba retirándose y el cielo estaba totalmente gris… el mismo tipo de gris tras el cual todavía no se percibía ningún punto de luz.

—He comido —dijo Boone—, así puedo adelantarme a pie. Lleva tú mi caballo.

Jim asintió, pero Peabody exclamó rápidamente:

—¡No se va a ir andando!

—Eso pensaba hacer.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que una partida de guerra va a pie. Un hombre no es tan fácil de ver. Y puede llegar donde un caballo no puede.

—Y también puede ser aplastado más rápidamente.

—Si dejan que lo vean, tal vez —respondió Jim—. Y si el otro hombre tiene el estómago de hacerlo. No hay muchos que quieran ir tras Boone, no si lo conocen.

—¿Realmente creéis que puede haber problemas? —preguntó Peabody a Boone.

—No sabría decirte si sí o si no. Solamente sé que, si los indios nos siguen, supongo que tomarán el atajo y vendrán por el frente o los laterales.

—No puedo creer que nadie tenga planes de acabar con nosotros.

—Tal vez no, pero los lobos se han dado muy buenos festines con los restos de hombres que pensaban de esa misma manera. Es mejor no arriesgarse, no si conoces a los indios —Boone levantó el rifle hasta el pliegue de su brazo.

—Te veremos más tarde, entonces —dijo Peabody.

Los novatos siempre tenían que hacer preguntas que no necesitaban ser formuladas, ni tampoco respondidas. Hasta un idiota sabía que lo verían otra vez, a menos que sus ojos se quedaran ciegos.

Zenon y Beauchamp llegaron con los caballos, que pifiaban y estaban irascibles por el frío.

—Diles a los Mala Medicina que se den prisa —dijo Boone a Jim—. Creo que hasta el infierno se va a helar —tras lo cual, partió subiendo por el cañón.

La luz del día llegó, o al menos el tenue destello que les alumbraría durante todo el día. El cielo estaba encapotado sobre las montañas y las nubes flotaban tan bajas que las cimas se perdían de vista. Uno se sentía encerrado, sin distancia para la mirada. Era como si el cielo se hubiera posado sobre sus hombros, aplastándolo. Desde algún lugar de allá arriba soplaba el viento, con fuerza creciente y un frío cortante que dibujaba una mueca en su rostro. La nieve crujía bajo sus mocasines. Los jóvenes de Cuerno Rojo estarían temblando bajo sus ropas si habían salido hoy. Estarían temblando pero con ademán impasible, observando la nieve y los árboles negros y las montañas escarpadas y las laderas oscurecidas por una capa gris. Sus ojos se salían de sus órbitas buscando en la distancia, vigilando colores y movimiento.

Uno se acostumbraba a andar rápido y ágilmente como una criatura salvaje. Llegaba a ser capaz de ganar terreno sin esforzarse y avanzar en silencio sin tener que poner demasiado cuidado, de manera que su mente podía vagar libre para pensar y sus ojos para mirar y sus oídos para escuchar. Jim tenía razón al decir que escaseaba la caza. Apenas se veían rastros en la nieve, a excepción de las asustadizas pisadas que había dejado algún roedor. Las laderas de los picos

estaban en silencio y desiertas. Andando uno allí a solas, tenía la sensación de que todo había desaparecido excepto él, todo excepto él y las colinas y el cielo gris y el viento constante.

El viento le aguijoneaba la nariz y las mejillas y colaba un frío susurro bajo la ropa de vez en cuando. Sin embargo, solía permanecer más caliente que la mayoría de los hombres, pasara lo que pasara, con forros hechos de mantas que le envolvían también las pantorrillas. La propia Ojos de Cerceta había cortado la manta y hecho los zapatos y se había asegurado de que fueran dentro de su fardo. Las mantas, la piel y el ante eran mejores que las ropas manufacturadas en todos los sentidos, a excepción del capote Nor'West que llevaba, con una capucha que se ajustaba sobre la cabeza.

El caudal del arroyo disminuía hasta convertirse en un rápido hilo de agua que se nutría de los bancos de nieve en lo alto de las laderas y se derramaba en pequeñas cascadas, formando abajo una balsa que luego discurría en dirección al Marias y el Missouri. Otro día como ese y el calor que el sol había depositado en la tierra se enfriaría totalmente y los bancos de nieve se cerrarían aún más y la poca agua que todavía hubiera se congelaría en largos carámbanos sobre las superficies de piedra donde habían caído. El hielo ya colgaba a ambos lados de las cascadas.

Hacia el mediodía, más allá, donde ni siquiera discurría un hilo de agua, Boone escaló la última subida antes de la línea divisoria de la montaña. Por un camino el terreno bajaba hacia Oregón, hacia el Flathead y Clark's Fork y el Columbia y el mar del oeste; el otro descendía bruscamente hacia el Marias y el Missouri, hacia territorio de pies negros y la tribu de Cuerno Rojo y Ojos de Cerceta con su hijo en el vientre. Era extraño que uno pudiera partir y dejar una parte viva de sí mismo atrás sin tener ningún control sobre ella, ni capacidad de decisión, sólo el conocimiento de que había una parte viva de él que existía fuera de sí mismo. Era como si uno no pudiera liberarse de lo que había sido o había hecho. No podía ser él solo; debía ser todos los hombres que era, la estación anterior y la anterior a esa, y la anterior a esa. No podía responder sólo por lo que hacía ahora; también debía responder por lo que había hecho en el pasado. El viejo Dick Summers lo entendería si estuviera por allí y pudiera explicarle. Sin embargo, estaba bien, esta vez estaba bien. Saber que uno tenía un hijo estaba bien. Le provocaba un sentimiento distinto a todos los que había experimentado antes, una especie de secreta plenitud en el pecho.

Boone echó la vista atrás hacia el camino que habían recorrido, y entornó los ojos para localizar a Jim y Peabody y la fila de animales de carga. Se quitó el guante y se limpió el agua que el viento le había metido en los ojos y volvió a mirar. A excepción de los árboles que se inclinaban tensos en la dirección del viento, no había ni un solo movimiento allá abajo. Jim estaba un trecho más atrás, o detrás de una loma o un bosquecillo de árboles. Una cosa era segura, no había tenido problemas con indios, porque no se había visto por los alrededores ni una sola piel o pelo de indio durante todo el camino hacia la línea divisoria de la montaña. Si hubiera habido alguna señal de su presencia, Boone estaba seguro de que la habría detectado; había estado vigilando con sumo cuidado. Se volvió, avanzó unos pasos y examinó la tierra en aquella dirección y no vio nada. Tal vez se había equivocado con Cuerno Rojo. Tal vez la idea que se le metió en la cabeza y que había ido alimentando a medida que avanzaban, tal vez esa idea no era más que una estupidez. Y es que uno nunca sabía qué pensar con los indios, daba igual que hubiera estado viviendo con ellos. Eran orgullosos y no resultaba difícil complacerlos, pero también se

enfadaban con facilidad y actuaban rápido de maneras que uno nunca esperaría y por razones que jamás podría adivinar.

Boone permaneció con las piernas separadas, resistiéndose a la fuerza del viento. Allí en el alto promontorio del mundo el viento soplaba sobre él desde todas direcciones. Era como si los vientos de todo el mundo se juntaran allí, vientos del este y vientos del oeste, vientos del norte y del sur, todos abalanzándose violentamente hacia los cañones y juntándose allí y midiendo sus fuerzas y haciéndole resollar mirara donde mirara. Producían un sonido que no era un quejido o un aullido, sólo el sonido del movimiento… un sonido apresurado, roto y solitario.

El viento se apoderaba de uno cuando se quedaba quieto, enfriando su sudor y haciéndole temblar bajo sus pellejos. Le llenaba por completo; se colaba dentro de él a través de los ojos, la nariz y la boca, y se le filtraba por la piel; se derramaba dentro de él a través de las orejas y soplaba en espiral dentro de su cabeza. Era algo que no sólo sentía o escuchaba, sino que además reconocía en cada parte de su cuerpo como reconocería el agua un hombre que estuviera nadando.

A lo lejos, el viento recogió un sonido y lo elevó hacia el cañón y luego lo arrastró en un torbellino. Luego trajo otro, y otro más, y todos parecían formar parte del viento hasta que algo oculto en el fondo de su mente se separó del resto y le gritó lo que era.

Boone giró la montura. Podía ser que Jim hubiera encontrado caza. Quizás los tres le habían disparado antes de derribarlo. Pero sabía que no era así. Echó a correr, con largas y rápidas zancadas, por donde había escalado. ¿A cuánta distancia estaba? Uno nunca pensaba en las distancias a menos que tuviera que recorrerlas rápidamente. El viento soplaba del este, empujándole con furia el rostro y el pecho. Volvió la cabeza a un lado y entre dientes tragó una gran cantidad de aire. Su idea había sido la correcta todo el tiempo, excepto por su equivocación con Cuerno Rojo al pensar que tomarían el atajo y los emboscarían por ambos lados. Cuerno Rojo lo había pillado desprevenido, eso es lo que pasaba. ¡Maldito Cuerno Rojo y su astucia de indio! Volvió a tragar aire entre dientes y a llenar los pulmones, al tiempo que continuaba corriendo sin parar, esquivando las rocas y saltando por encima de los árboles caídos.

Una rama pelada le golpeó la cara, y el ardor que le causó fue el doble de doloroso por el frío; el pie le resbaló sobre la nieve, se enganchó con una raíz y se dio de bruces mientras repetía: «¡Maldita sea! ¡Maldita sea!». De nuevo sobre las piernas, se detuvo un momento para escuchar y observar. Lo único que oía ahora era el arroyo y la nieve moviéndose lentamente con el viento. Si había habido lucha, ya había acabado, y Jim y Peabody y los franceses estaban muertos, o bien los indios habían sido derrotados. Habrían aullado al retirarse y el aullido habría podido llegar a sus oídos, pero no había oído aullidos.

El rostro de Jim corría con él cuando retomó la carrera, sonriente y mostrando los dientes blancos y los ojos azules bajo el corto pelo rojo. Él mismo se encargaría de matar a un jefe si Jim estaba muerto. Ensartaría la cabellera de Cuerno Rojo en una lanza junto a su tienda y tanto le daba que Cuerno Rojo fuera familia por parte de esposa. Escuchó el silbido que producía su propia respiración y sintió el bombeo del corazón y el sudor que comenzaba a rodarle bajo la camisa.

Desde una elevación vio a Peabody, de pie y tieso como un palo con su abrigo manufacturado, y luego le vio inclinarse agarrotado como un cuchillo sobre algo que yacía en tierra. Boone se detuvo. No había ningún indio por los alrededores, ni tampoco caballos ni franceses, ni Jim, sólo

Peabody con su largo abrigo y agachado sobre algo.

Antes de continuar Boone examinó el reducido espacio abierto en el que se encontraba Peabody y luego dirigió la mirada más allá y a los lados. Al borde del espacio abierto, medio escondido por unos arbustos distinguió la figura de un hombre echado sobre la nieve. El bosque a un lado y el terreno de troncos un poco más allá parecían despejados de indios, pero un hombre cauteloso debía explorar los alrededores antes de exponerse en campo abierto y convertirse en un blanco fácil. Boone echó a correr otra vez.

El sendero de animales por el que corría se adentró en el bosque, se enderezó y le condujo entre más árboles hasta el claro donde estaba Peabody. Este le oyó llegar y se giró; no llevaba nada en las manos, y en su rostro asomaban a un mismo tiempo el miedo y una actitud desafiante. Cuando vio quién era le llamó.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que eres tú! —se acercó a Boone y Boone vio que era Jim el que yacía allí y sobre el que Peabody había estado agachado—. ¡Terrible! ¡Terrible! —dijo Peabody con la voz ahogada y la boca torcida—. ¡Los demonios rojos!

—¡Apártate! ¡Déjame ver a Jim!

Peabody le siguió.

—Se abalanzaron contra nosotros, veinte o más, gritando y agitando cosas y asustando a los caballos.

—¿Cómo estás, Jim?

Jim yacía con la boca medio abierta y el rostro macilento. Había un agujero de bala en su abrigo y un redondel de sangre sobre la nieve.

—¡Jim! ¡Por Dios Santo! ¿Estás malherido? —Boone se arrodilló junto a él.

Jim abrió los ojos lentamente y miró a Boone durante un rato. Luego la boca se cerró y una de las comisuras hizo amago de sonreír. Le quedaba un hilillo de voz apenas audible.

—Amigo —dijo, como le podría haber susurrado a una mujer, sin apartar por un momento sus ojos de los de Boone—. Amigo.

—Hemos perdido todo el equipo, los caballos, todo. Y el pobre Zenon está allá muerto —interrumpió Peabody.

—¡Daré su merecido a Cuerno Rojo!

Los dedos de Jim tocaron la manga de Boone.

—No fue él, Boone —dijo.

—¿Quién, entonces?

Le llevó un tiempo a Jim contestarle.

—Jóvenes *piegan*. Soldados.

—Déjalo estar. No hay tiempo para hablar ahora, Jim.

Los labios de Jim siguieron moviéndose, dejando escapar palabras separadas y cortas.

—No vinieron a por nuestras cabelleras. Pretendían llevarse los caballos, para así obligarnos a regresar. Luego Zenon disparó…

—No es necesario que hables. Ya tendrás suficiente tiempo para hablar a partir de ahora, Jim. Y tú también, Peabody. ¡Enciende una hoguera! —Boone le señaló el lugar—. Tranquilo, Jim —le abrió la camisa para ver la herida.

—Beauchamp huyó, el muy cobarde —dijo Peabody mientras buscaba madera—. Casi deseo que lo hayan atrapado.

—Han fallado el tiro contigo, Jim. Sí señor.

Para sus adentros, Boone se decía que era una fea herida. Para sus adentros, se sentía vacío y solo, agarrotado por un miedo que no podía dejar que se notara en su rostro. Desenrolló un trozo de manta de su pierna, la rompió por la mitad, se dirigió al arroyo y humedeció los dos trozos de tela.

—Guarda algo de sangre en tu pellejo y te pondrás hecho un figurín en poco tiempo, esa es mi opinión —dijo presionando los trozos de tela sobre los agujeros que el plomo había abierto.

Peabody pasó junto a ellos arrastrando un tronco.

—No pude pegar ni un solo tiro —le dijo a Boone, como si se estuviera maldiciendo a sí mismo—. No tuve tiempo siquiera de sacar mi rifle de su estuche.

—No contaba con que fueras a hacerlo. Pero ahora, cállate y sigue trabajando. ¿Estás seguro de que Zenon está muerto?

—La bala le atravesó la cabeza.

—Cuando terminemos de curar a Jim, pondremos algunas rocas sobre el pobre desgraciado para evitar que los lobos lo devoren. Coge mucha madera antes. Y pon en marcha el fuego, ¿me oyes?

Peabody dejó caer el tronco.

—Haré todo lo que pueda, excepto aceptar órdenes dadas con esas malas maneras.

Boone vio que la pequeña y cuadrada mandíbula del hombre estaba cerrada con tensión. Tras hablar, Peabody volvió a coger el tronco.

Los ojos de Jim miraban desenfocados el rostro de Boone.

—Mal genio —dijo, arrastrando la última palabra.

—Voy a montar una tienda a tu alrededor, Jim, con palos y otras cosas, y el fuego justo frente a la entrada para mantenerte caliente. Hemos estado en peores situaciones. Quédate quieto ahora, mientras te levanto.

Jim era más ligero de lo que uno hubiera pensado, y más pequeño. Era la mirada en sus ojos y la sonrisa de su rostro y algo en su interior lo que le hacían pasar por un hombre bastante más grande. Al levantarlo, Boone pudo ver que el corazón le latía en la garganta. Era un trecho tan corto, estar vivo o estar muerto, sólo bastaba que el latido del corazón parase y la respiración cesara, y después sólo quedaba carne. Bastaba que se parase el débil corazón y ya no habría más frases ingeniosas después ni más diversión, y algo se perdería para siempre.

Después de estirar sus miembros, Boone fue al arroyo otra vez para mojar los trozos de manta. Si pudiera detener la hemorragia, tal vez el corazón continuase latiendo y la respiración se mantuviera estable.

Al aproximarse la noche, el viento amainó. El cielo se veía de un gris más profundo y pendía más cerca de la tierra que nunca. Mientras Boone remojaba las vendas, la nieve comenzó a caer racheada. Cuando regresó junto a Jim, los copos caían espesos a su alrededor, ocultando a la vista la madera y las montañas. Era como si el cielo gris hubiera descendido y los hubiera engullido.

CAPÍTULO XXXVII

No cesaba de nevar. Estuvo nevando toda la noche y al día siguiente y la noche y el día siguiente, y amainó como si fuera a dejar paso al viento, pero luego volvió a caer espesa y siguió nevando durante otra noche y otro día. Caía en diagonal, en copos pequeños y secos, y se apilaba en altos montones en un círculo alrededor del campamento, donde se mantenía a raya gracias al calor del fuego y las pisadas de los hombres y el esfuerzo de sus manos. Se filtraba por un cielo tan opaco como el plomo y flotaba baja como humo por la tierra, aguijoneando la cara y no paraba de acumularse más y más, de manera que un cazador primero arrastraba los pies para avanzar, y luego tenía que anadear y levantar en alto los pies, y finalmente no podía sacar sus mocasines a la superficie y tenía que roturar el camino con sus propias piernas. Pero pronto la nieve volvía a cubrir el rastro hecho a sus espaldas, y el cielo y el viento borraban cualquier atisbo del sendero que hubiera dejado como si no pudieran consentir que nada dejase una marca sobre su obra maestra. Cubrió el arroyo, rellenó su cauce y lo alisó, y no quedó ni tan siquiera el recuerdo de la voz del agua para indicar que estaba allí debajo. Y siguió nevando. Un poco más allá uno no podía ver el campamento. No se distinguía entre la nieve al estar tan profundo, a excepción del humo azul que salía del hoyo y los tiros que Peabody disparaba de vez en cuando con la esperanza de que alguien les oyera.

Boone se metió en el círculo, miró a Peabody a los ojos y sacudió la cabeza mientras dejaba el rifle contra el árbol sobre el que habían apoyado la tienda de Jim. La esperanzada e interrogante mirada en los ojos de Peabody se apagó. Boone tapó el cañón de su arma con un palo y colocó un trozo de manta sobre el tambor y la recámara.

—¿Cómo está Jim?

Peabody asintió, indicándole que Jim todavía estaba vivo. La falta de alimento le había arrebatado al rostro de Peabody su redondez. Las mejillas se marcaban altas y amplias ahora, así como el mentón. Sus ojos estaban más abiertos y parecían mirar más directamente, revelando más cosas que antes, como si se estuviera reencarnando en un hombre de verdad.

Boone se detuvo y miró dentro de la tienda y vio que Jim estaba dormido. Estaba tumbado sobre la cama de ramas de pino que Boone había cortado, con el capote de Boone sobre él. Una mano salía del capote, y se veía delgada y débil. Las pecas en el dorso destacaban más, como si estuvieran llenas de vida mientras que el resto de la mano moría. Boone pudo ver el abrigo elevándose ligeramente y rápido al ritmo de la respiración de Jim. Boone retrocedió y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Beauchamp?

—Está recogiendo madera. Al menos, eso es lo que le ordené.

—Hijo de perra —Boone habló sin referirse a nada en absoluto, diciendo sólo lo que le vino a la cabeza al pensar en Beauchamp.

Peabody asintió lentamente, como si estuviera sopesando qué le parecía el apelativo. Y a continuación dijo:

—Amén —estuvo dándole vueltas en su mente un poco más—. Me extrañó que no lo matases, Caudill, por lo del conejo que cazaste.

Boone gruñó, preguntándoselo a sí mismo, y vio de nuevo a Beauchamp royendo la carcasa que se suponía que sólo era para Jim, lo vio saltando hacia atrás y lo escuchó gemir cuando le abofeteó con la mano abierta. Tal vez simplemente es que no valía la pena matarlo.

—Nunca olvidaré cómo se escabulló después de que los indios soltaron nuestros caballos. No mientras viva, no señor.

Los ojos de Peabody se perdieron en el espacio, como si estuviera viendo de nuevo ese momento, el fuego y a Jim yaciendo junto a él herido y a Boone y a Peabody montando un refugio a su alrededor y la nieve cayendo en espesas rachas en la oscuridad. Al principio, Boone pensó que era un animal que se acercaba a ellos, un puma, tal vez, o un oso fuera de temporada, y había permanecido agarrado a su rifle y lo había levantado mientras observaba. Entonces Beauchamp gritó: «*Non! Non!* Yo, Beauchamp, viene». Se acercó agachado al campamento como un perro que temía el látigo, pero que temía más la noche. Parecía sentir su silencio y sus ojos puestos en él cuando se acuclilló calentándose junto al fuego. Les dirigió una tímida sonrisa. «*Grâces à Dieu!* Yo vivir, vosotros vivir». Le daba igual que Zenon estuviera muerto y Jim herido. A uno le entraban ganas de escupirle.

Los ojos de Peabody retornaron del espacio mientras Boone se tumbaba y arrimaba los pies al fuego. Permanecieron en silencio. No había nada que pudiera hacerse, ahora que el día estaba pasando, sólo esperar y mantenerse calientes e intentar apartar de la mente el pensamiento de comida. Allá fuera, bajo la nieve y mientras buscaba algún rastro, uno lograba olvidar su estómago de vez en cuando, de todas formas; pero sentado junto al fuego no podía. Oía el viento pasando cerca de su cabeza y sentía la nieve invadiendo el círculo del campamento y sus pies hormigueantes al derretirse el hielo, y todo el tiempo el hambre le corroía las vísceras y le llenaba la mente.

—Creo que lo único que necesita Jim es comida —dijo Peabody—. La herida parece estar curándose.

—He colocado algunas trampas. No puede ser ese el único conejo.

Beauchamp se arrimó al borde del círculo, llevando una brazada de ramas secas. Las dejó caer y, cuando estaba a punto de echarse junto al fuego, Peabody dijo:

—¡Más! ¡Beauchamp, más!

Este se alejó torpemente sin decir una sola palabra. Ya no hablaba muy a menudo, sabiendo la poca estima que le tenían.

—La madera se va convirtiendo en un problema a medida que pasa el tiempo —dijo Peabody —. Ya hemos limpiado todos los terrenos más cercanos. Necesitamos un hacha.

—Pues más te vale desear que la nieve se derrita para poder descender por la cascada muerta.

—Puedo imaginar mejores cosas que desear.

—He estado cazando en este lugar por arriba, por abajo y por los flancos. Nunca lo vi así de vacío de caza. Parece lógico pensar que se puede encontrar algo.

—Debería hacer mi turno de caza. No es justo que vayas tú día tras día y gastes las fuerzas que te quedan mientras yo mato el tiempo aquí en el campamento.

—Ya te lo dije antes, yo me ocupo de lo que tú no te ocupas. Cuida de Jim y mantén a Beauchamp ocupado en el bosque, y eso será suficiente.

—Jim se comió el último trozo de conejo esta mañana. Hice que le durase por seguridad.

—Esa era tu misión.

—Pero ¿mañana…? —la voz de Peabody se apagó. Respiró profundamente y dejó salir el aire y miró el rostro de Boone—. Volveré a rezar esta noche. Quizás Dios en Su bondad responda. ¿No crees en la oración, Caudill?

—Supongo que no. Al menos, no la practico. Como dice Jim, parece que Dios finalmente hará lo que Le venga en gana. Quitaré este *parfleche* del saco de mi munición, lo pondremos en remojo y dejaremos que se lo coma Jim por la mañana.

—¿Es eso cuero, amigo?

—Piel de búfalo. Todavía conserva algo de fuerza. Ojalá tuviera una olla para cocerla. Pero tal como estamos, tendré que remojarla en el cuerno de pólvora.

Peabody apretó sus labios con fuerza y sacudió la cabeza.

—Creo que eso sería suficiente para matarlo.

Tras un silencio Boone dijo:

—Creo que he cometido un error. Debería haber partido hacia McKenzie o Flathead House en cuanto curamos y acomodamos a Jim. Pero no quería abandonarle aquí tan malherido. Creí que podría conseguir algo de carne.

—¿Es muy tarde para que uno de nosotros lo intente? Yo puedo arriesgarme.

—No sé si podría avanzar por la nieve hasta tan lejos, está demasiado profunda.

—No —reconoció Peabody mientras dirigía los ojos a Boone—. No, no creo que tú pudieras… ahora. Y yo supongo que estoy demasiado débil también.

—Tendría posibilidades con unas raquetas.

Su conversación se fue apagando hasta quedar en nada. El hambre dejaba a uno fuera de juego, demasiado agotado incluso para hablar. Un poco después se echó hacia atrás, sólo medio despierto, y soñó con carne mientras las fuerzas abandonaban su cuerpo.

Beauchamp echó otra carga de madera y resbaló por el banco de nieve.

—Hambre —dijo—. Come serpiente. Come mofeta. Como cualquier maldita cosa.

Al mirarlo, a Boone le recordó de nuevo un perro… un enorme perro merodeador capaz de arrancarte la cara de un mordisco si cerrabas los ojos. Pero al menos Beauchamp no dejaba patente en todo momento que estaba hambriento, como sí hacía Peabody. Su rostro todavía era ovalado y sus hombros redondos y carnosos, y cuando se movía parecía que todavía conservaba algo de fuerza.

—Entonces ve y caza algo de carne, si es eso lo que quieres. O probablemente estés asustado y tires el rifle y salgas corriendo como hiciste con los *piegan*.

Beauchamp le miró por el rabillo del ojo. Después echó mano del cuerno de pólvora que Boone había apoyado cerca del fuego para derretir hielo. Estaba a punto de dejarlo otra vez en su lugar, tras haber bebido, pero vio a Boone observándolo, y entonces se levantó y lo llenó con nieve nueva de la orilla. Los ojos de Beauchamp eran pequeños y separados bajo una frente estrecha enmarcada en una mata de pelo. No tenía nuca en la parte de detrás de la cabeza, sólo la continuación de los hombros. Al mirarlo, Boone recordó lo que dijo Jim de que en lugar de tener cabeza, el cuello de Beauchamp se había dejado crecer pelo.

El cielo bajó de intensidad hasta oscurecer del todo. La nieve seguía cayendo, pero más fina ahora, y el viento traía un frío renovado. Cuando Boone se levantó, su cabeza sólo había mantenido limpio el banco de nieve a su alrededor. Volvió la cara hacia el viento, sintiendo que la piel de sus mejillas se estiraba al notar su tacto. El mundo blanco rodaba allá donde mirase… en los llanos y las elevaciones y las caídas y las subidas, rodaba hacia donde la oscuridad se hacía más intensa. Maldita sea, una cosa salía mal y todo lo demás se derrumbaba. Había esperado un deshielo y luego una helada, para poder andar sobre una capa dura.

Peabody se acercó a él e hincó el pie en el banco de nieve para asomarse también.

—¿Puedes oír todavía los carruajes de vapor traqueteando por aquí? —le preguntó Boone.

Peabody dio un paso atrás, y asintió con la cabeza una vez y luego otra más.

—Todavía puedo escuchar los carruajes de vapor —se volvió mientras Boone miraba al viento con los ojos entrecerrados.

Boone escuchó el disparo del rifle, miró por encima del hombro y vio a Peabody sujetándolo con el cañón hacia arriba.

—No nos queda mucha pólvora —le recordó Boone.

—Ni tampoco mucho tiempo. Y siempre existe la posibilidad de que alguien nos oiga.

—De acuerdo —respondió Boone.

Tal vez servía para que Peabody mantuviera el ánimo, pensando que había alguna posibilidad de que alguien escuchara el tiro. De todas formas, un tiro o dos no importaban mucho con el poco tiempo que les quedaba.

El disparo despertó a Jim. Les llamó, con un hilo de voz.

—¿Has regresado, Boone?

Boone se dirigió al refugio.

—¿Qué tal va ese agujero?

—Tapado, creo. No duele tanto, sólo cuando me muevo.

Estaba casi totalmente a oscuras dentro, a excepción de los pequeños destellos que lanzaba el fuego. El rostro de Jim era un punto más claro en la oscuridad.

—Lo siento muchísimo, Jim. No pude cazar carne. Lo lograré mañana, seguro. Nuestra suerte no tardará en cambiar.

—Claro. No puede seguir siempre en contra.

—¿Te llega suficiente calor?

—Peabody mantiene el fuego bien avivado —Jim bajó la voz para que Peabody no le oyera—. No es un mal tipo, ese hombrecillo, Boone.

—Mejor que otros.

—Siempre pensé que cuando llegase el momento de morir, uno dedicaría un tiempo a pensar en ello, si tenía suficiente tiempo. Pero parece ser que me da igual. Por lo que se ve, me importa un pimiento.

—No te vas a morir, ¡Jesús Bendito!

—Pensar supone mucho esfuerzo.

—Y también hablar, Jim. Cállate ahora y ahorra fuerzas.

—Da lo mismo. A veces pienso que sería mejor estar allí echado junto a Zenon, bajo las rocas

y la nieve.

—Tienes tantas posibilidades de morir como yo.

—No soy un hombre de dar las gracias, pero si eso es cierto y no tengo oportunidad de decírtelo más tarde, caray, te lo agradezco, Boone, te lo agradezco mucho.

—Te he dicho que te calles.

—Si yo no te hubiera suplicado que vinieras, tú no estarías metido en este lío.

—Hemos superado peores situaciones.

—Tal vez es que no me rige bien la cabeza, pero sé que podrías haber salvado tu propio pellejo. Lo sé perfectamente bien, Boone. Sé que cazas a diario, y la nieve está espesa y tu tripa vacía, y que lo que consigues me lo das primero a mí.

—¡Cállate!

La sonrisa de Jim sólo era una sombra que cruzaba el tenue círculo que formaba su rostro.

—Como tú digas, entonces, amigo. Me echaré otra siesta. Nunca antes me había dado cuenta de lo bueno que es dormir.

Boone salió de la tienda y se sentó junto al fuego. Peabody puso más madera en la hoguera y las llamas se elevaron, rojas y crepitantes, y revelaron su piel estirada bajo la que se le marcaban los huesos de la cara. Beauchamp estaba echado hacia delante, dormitando. Era un hueso duro de roer, por lo visto; lograba conservar su carne y sus fuerzas a pesar de que su estómago no tuviera nada que digerir.

Nadie dijo nada. No había nada que decir, sólo lo único que no servía de nada mencionar.

CAPÍTULO XXXVIII

¿Recuerdas cómo Jack Clemens tocaba el banjo, Boone, y cantaba, y cómo brillaba la luna baja sobre la *rendezvous* y el escalofrío que te recorría el cuerpo, que era un escalofrío de felicidad y además de soledad, y el whisky que había allí para uno, y las preciosas squaws, y el corazón feliz y a quién le importa el mañana? ¿Lo recuerdas, Boone? Uno no sabía si gritar o reír al sentir tal plenitud en su interior. ¿Recuerdas?

Ahora tengo un sentimiento de vacío dentro. Parece que este maldito agujero de bala me da más hambre de la normal, así que no sé si lo que me duele es el pecho o la tripa. Sin embargo, ya no me duele nada como antes. Todo parece lejano, como cuando uno se pellizca la pierna mientras duerme. Nada me duele mucho. Estoy bien. Estoy saliendo adelante. No me cuesta hablar, te lo aseguro. No te preocupes, Boone. Las palabras brotan de mi boca como gotas de agua cayendo.

Es como una corriente que fluye despreocupada y ligera. Hemos visto muchos ríos, ríos cristalinos y hermosos. Teníamos todo un mundo para corretear por él, con montañas altas y búfalos y castores y diversión, y nadie lo reclamaba como de su propiedad ni mandaba al resto al infierno.

¿Estás totalmente seguro de que existe el infierno, Boone? Casi me hizo volver a creer en Dios, Boone, oír a Clemens tocar y cantar. Incluso cuando cierro los ojos puedo oírlo claramente, las hermosas melodías que pulsaba en sus cuerdas y la voz con la que las acompañaba y las propias montañas, que parecían arremolinarse alrededor para escuchar. Hi-yi. Hi-yi. No suena tan bien cuando lo canto yo, pero incluso una canción india tenía algo especial en boca de Clemens, como si hiciera bajar a Dios de los cielos. En lugar de dedicarme a Dios, yo me dediqué al licor y a las mujeres, pero aun así Dios no parecía andar demasiado lejos. Parece que Él debía sentirse bien, también, al vernos hacer travesuras. Iría en contra de la naturaleza que Él condenase los placeres. En ocasiones, mientras estaba echado junto a una mujer y la oscuridad de la noche era espesa y un lobo cantaba desde una loma, me imaginaba que Dios estaba cerca. Me lo imaginaba a Él más como un amigo, Boone, y no el tieso y estirado hijo de perra apuntándome en la lista del infierno. A veces, cuando contemplaba las llanuras, tan enormes y poderosas, se me nublaba la vista. Me imaginaba que Dios estaba allí también. ¿Quién creó todo y le dio a uno los ojos con los que ver y un corazón con el que sentir si no fue Dios?

Ya te he dicho que estoy bien. Cálmate, Boone. Estás más nervioso que una cabra de las praderas, tienes el rostro más afilado que un hacha, y el ceño como un relámpago. Cálmate. Me apetece hablar.

Creo que Dios lo hizo, sí señor, porque no había nadie más que pudiera hacerlo. Pero no sirve de nada darle vueltas. Uno puede desgastar su mente pensando y aun así no tener ni idea sobre Dios. Tiene que morir, supongo, para averiguarlo, y entonces, si está muerto como un perro o una vaca, entonces jamás lo averigua. Eso es lo que me asusta, Boone, ni tan siquiera saber que estoy muerto y nunca jamás saberlo en toda mi vida.

Hi-yi. Hi-yi. Ojalá supiera cantar como Clemens. Ojalá tuviera aquí un banjo y supiera tocarlo. ¿Recuerdas la música de Taos, Boone, y a las mujeres de Taos? Las mejores que jamás he visto aparte de tu Ojos de Cerceta. Eran regordetas y suaves, y vestían con más colores que las flores y

llevaban los rostros adornados con pinturas. Te veo uniéndote a ellas en un fandango, con una camisa nueva de cuadros rojos y unos bonitos pantalones con largos flecos y piedras azules en tus orejas y tu cuchillo de cortar cabelleras en el cinturón para mantener a raya a las pobres criaturas que se hacían pasar por hombres allí. Eras digno de verte, Boone. Menuda estampa. Las mujeres instintivamente te deseaban, mientras que yo debía hacerles carantoñas para lograrlo. Es tan real como un castor. No sirve de nada que menees la cabeza negándolo.

Fuiste un tipo afortunado, Boone, al conseguir a Ojos de Cerceta. No hay ninguna como ella, ni blancas ni rojas ni mestizas, ninguna es tan callada y gentil y, al mismo tiempo, tan llena de vida. No es como una india, ni como una blanca tampoco. No es como nadie que yo conozca. Cierro los ojos y puedo verla, y puedo oír a Clemens tocando y el olor de una mujer de Taos, todo mezclado, una cosa con la otra y navegando en el viejo *Mandan* y Clemens punteando su banjo y la mujer bailando y la pequeña Ojos de Cerceta mirando a tierra con un brillo en los ojos. Trátala bien, Boone. No hay ni una sola perita en dulce que pueda comparársele ni de lejos.

Creo que no me importaría darle un bocado a algo, Boone, incluso a una pera real. ¿Podrías traerme un trozo de hígado, o algo de tuétano, o lo que sea? Parece que nunca como lo suficiente. Tengo la sensación de que siempre tengo hambre. El trozo de ese alce que mataste me vendría de perlas. ¿No hay carne? Creí recordar que habías cazado un alce. Creí verte cargándolo hasta aquí. Creí verte descuartizarlo y la sangre saliendo a borbotones haciéndome babear.

No pasa nada. Que los demonios no te lleven. Dame algo de beber, entonces, ya que no tenemos carne. Sabe bien el agua, refresca el gaznate y cae bien en el estómago sin que te haga sentirte enfermo al día siguiente. Me calma las tripas, y así puedo estar plácidamente tumbado escuchando a Clemens otra vez. Te lo agradezco, Boone. Nunca supe que pudieras ser tan considerado. Siempre te comportabas bruscamente y sin pensar y mantenías a tu *compañero* en tensión temiendo lo que pudieras hacer. Eras honesto y leal, y uno podía contar contigo tanto si lo había hecho bien como si lo había hecho mal, pero nunca pensé que pudieras ser una persona tan considerada.

Summers era un hombre considerado. El viejo Dick era considerado y sabía más de lo que la gente imaginaba. Ojalá estuviera aquí ahora. ¡*How*, Dick, maldito viejo amigo! Nunca pensé que fueras a quedarte mucho tiempo en los asentamientos. Boone y yo sabíamos que regresarías con whisky en tu fardo y los ojos brillantes. No ha sido lo mismo desde que te fuiste, amigo. La bebida sabía mal y las mujeres sólo regular, e incluso los castores se encerraron en sus madrigueras, esperando a que volvieras. *How!*

Lo veo y luego desaparece, Boone, mi mente se llena de locuras. Vuelve en sí y luego comienza a disparatar otra vez, viendo cosas y escuchándolas y mezclándolo todo. Ahora parece que se aclara, y te veo nítidamente y no veo a nadie más aquí dentro, y fuera hace un frío del demonio y la nieve ya llega hasta el trasero del indio más alto que jamás hubiera visto. Ahora recuerdo que no hay carne. No ha habido carne desde no se sabe cuándo. Lo del alce fue un sueño que tuve. Jesús, tú mismo te estás muriendo, Boone, estás más delgado que una maldita hoja de navaja, y tus enormes ojos parecen ciruelas, e incluso tus manos se han quedado escuálidas.

Mira, Boone, no me queda mucho tiempo. Cuando mi mente está bien lo veo todo claro. Estaré muerto mañana o pasado mañana. No vale de nada pensar que podré salir de esta. No vale la pena

intentarlo. ¿Me oyes?

Tú y yo nunca hemos comido carne muerta, pero la carne sacrificada viva es carne que se puede comer. Queda un bocado o dos en mis viejas costillas. Coge tu cuchillo, Boone. Acaba ya. No me queda mucho tiempo, lo sé. Maldito sea tu viejo pellejo, ¿me oyes? ¡Boone!

Boone salió andando hacia atrás de la pequeña tienda de Jim mientras la voz de Jim le seguía. Se giró lentamente, se irguió del todo, cruzó una mirada con Peabody y vio a Beauchamp con la mirada puesta más allá de él, como si intentara echar un vistazo a Jim allí dentro, débil y loco. No hacía falta decir nada; ellos mismos podían oír a Jim, sabían que estaba a punto de morir.

Boone recogió las raquetas que había fabricado con el cuchillo, el punzón y unos trozos de ante y ramas descongeladas en el fuego. No eran gran cosa, pero le durarían un rato. Se quedó allí de pie con las raquetas en las manos, probándose el atuendo para escalar el agujero y después ponerse las raquetas. Hasta las cosas más pequeñas suponían un esfuerzo, como mover una mano o un pie, de forma que primero tenía que pensar lo que quería hacer y dejar que el pensamiento fuera tomando forma.

—Un nuevo día —dijo Peabody, y los tres reflexionaron sobre sus palabras como si estuvieran sopesando si eran ciertas. El rostro de Peabody era todo huesos, a excepción de la barba castaña que se rizaba sobre su mentón, y sus manos también eran todo huesos. Al verlo encogerse en su largo abrigo, Boone supo que bajo este también sólo había huesos… huesos recubiertos de piel marchita, como un viejo cadáver que los lobos todavía no habían encontrado.

Incluso Beauchamp parecía demacrado, a pesar de que todavía se movía como si conservara fuerzas en su interior. Tenía los ojos hundidos en la cabeza y las cejas sobresalían puntiagudas sobre ellos; los músculos de sus hombros y brazos habían menguado y ya no se perfilaban orgullosos bajo la ropa. Lo que sí se le notaba era la constante hambre en la mirada, el hambre que miraba por encima de la negra maraña de su barba y que no dejaba espacio para nada más en su cara. Era un hambre distinta a la que mostraba Peabody, o tal vez era la misma hambre pero sin estar mezclada con pensamientos, o alma, o corazón. Era un hambre tan desnuda como un cráneo sin cuero cabelludo, mirando con ojos profundamente hundidos, mirando hacia la tienda y a Jim echado allí dentro.

—Un nuevo día —dijo Peabody otra vez, como si, tal vez, aquel día fuera a ser el último. El cielo se había abierto y sobre el sureste el sol se asomaba ya. Sería un sol frío, lejano y de un brillo cegador. Una brisa soplaba sobre la nieve, se colaba por el agujero y volvía a escalar a la superficie nevada, penetrando en la carne con su gélido aguijón.

Dentro de la tienda Jim continuaba hablando con Summers, con el viejo Dick Summers que tal vez sabría qué hacer si estuviera allí con ellos. Boone lo vio fugazmente también, su rostro jovial con las huellas de su buen humor en él y los ojos grises centelleando y la mirada de comprensión levemente triste. Durante un momento fugaz lo vio de pie en el *passe avant* del *Mandan* sobre el Little Missouri, lo vio señalando a un borrego cimarrón, lo vio intentando hablar, intentando decir algo, intentando traspasar todos esos años con su voz. Sus palabras eran un susurro que se perdía en el tiempo, un murmullo acallado por el agua que discurría bajo la barcaza. Habla más alto,

Dick. No te puedo oír, han ocurrido tantas cosas entre tanto. ¿Qué dices? ¿Qué dices? Me llega ahora. ¡Continúa! ¡Continúa! «No son búfalos de verdad, ni antílopes blancos… Nunca abandonan las altas cumbres, no señor, la cima de las montañas, entre las nubes y la nieve… Si tuviera problemas en las montañas, intentaría cazar uno de ellos».

La cabeza de Beauchamp se inclinó hacia delante en dirección al refugio.

—Muere pronto —dijo.

Boone se acercó al banco de nieve, lo escaló y permaneció allí en la brisa antes de agacharse para ponerse las raquetas.

—¡Rayos! Eres un gran hombre, Caudill —dijo Peabody con su enjuta boca—. Pero no sirve de nada. No podrías llegar a un fuerte, ni tan siquiera con unas raquetas decentes.

—No voy a un fuerte.

—¿Adónde?

Boone miró hacia arriba, a las cumbres, de un blanco refulgente por los primeros rayos de sol.

—Más arriba, a cazar.

—Vuelve, hombre. Te has vuelto loco.

—Mi medicina es fuerte. Trajo aquí a Summers.

Peabody lo miró un largo rato y luego bajó la cabeza. Movió sus pequeñas manos sobre su regazo, levantó una de ellas y la miró detenidamente.

—Supongo que no importa. Zenon fue el más afortunado, allí tumbado y ya cubierto de rocas y nieve.

Los ojos de Beauchamp seguían clavados en el refugio.

Y, de repente, se iluminó la idea en la mente de Boone. De repente, entendió. Se enderezó de un salto.

—¡Vigila al bastardo de Beauchamp! Ten el rifle a mano. No eres rival para él.

El rostro de Peabody se levantó con una expresión de preocupación y sorpresa.

—Regresa, Caudill. Al menos podemos morir calientes.

—¡Maldito seas, Beauchamp! ¡No te metas donde no te llaman o te destriparé vivo!

Peabody se levantó.

—No pasará nada, Caudill. No pasará nada.

—Vigílalo de cerca, Peabody.

—¿Por qué?

—Por Jim —respondió Boone, y vio entonces que la pregunta se borraba del rostro de Peabody, que lentamente y con aterrada incredulidad comprendió—. Zenon ya no está bajo las rocas y la nieve. Ya no. Pregúntale a Beauchamp.

CAPÍTULO XXXIX

Cuando Boone se hubo alejado un trecho del campamento, el sol se alzó sobre una ladera de las colinas y lanzó su frío fuego sobre la nieve. Allá donde miraba, tenía que entrecerrar sus ojos doloridos, viendo tan sólo blanco y un brillo tan fiero que las lágrimas caían y se colaban por la nariz y humedecían el labio superior, dejando un sabor salado en la lengua. Ladeó la cabeza y estudió el escarpado contorno de las montañas mientras el brillo lo cegaba. Más allá, por una larga quebrada que le conducía a un alto collado entre dos picos, tal vez fuera el lugar apropiado. Bajó la mirada y la clavó frente a él, donde el resplandor era más débil, observando los torpes pasos de las raquetas y la nieve que dejaba atrás lentamente bajo sus pisadas, mientras las últimas palabras de Peabody seguían dando vueltas en su cabeza: «¡Buena suerte, entonces! ¡Ve con Dios!».

La brisa no era más que un aliento de aire, pero con el mordisco mortífero del invierno en él. De vez en cuando soplaba con la fuerza suficiente para transportar un grano o un copo de nieve; y de nuevo amainaba, para a continuación despertarse y lamerle al pasar junto a él. Si Dios iba con él ya podría atemperar un poco las fuerzas de la naturaleza. Desearía que parase la brisa y calentase el aire y dejase que saliera la luz y pusiera carne donde pudiera cazarla. Si Dios estuviera con él ahora, Dios debía de estar totalmente helado y con la tripa vacía. Se puso a pensar en Dios como lo habría hecho Jim. Que siga siendo Jim el que divague sobre esas cosas y Peabody el que rece hasta quedarse ronco; de nada servían las divagaciones o las oraciones a menos que uno hiciera las cosas por sí mismo.

Observó cómo las raquetas se arrastraban hacia delante y cómo aguantaban sobre la superficie de la nieve y se hundían un palmo o dos cuando ponía el peso sobre ellas. Eran un desastre, pero le llevarían donde quería ir si no se caían a pedazos. Le llevarían donde quería ir si él no se caía a pedazos. Sentía que el corazón le latía con fuerza en la parte alta del pecho y que su respiración era rápida y poco profunda. Cuando uno llevaba mucho tiempo sin carne le parecía que su cuerpo no era suyo. Hacía cosas por sí solo y uno tan sólo podía ser un mero observador; el pausado pie se movía hacia delante para colocar la raqueta en la nieve, la mano se curvaba alrededor del rifle y el brazo lo cargaba, y el aire entraba y salía de su boca y el corazón latía en sus oídos. Sólo el hambre era real, el hambre aguda que le corroía las entrañas y le agriaba las vísceras y le poseía la mente. Eso era lo único real, y poco a poco comenzó a tomarlo como una parte más de él mismo, como se acostumbraba uno a un viejo dolor de articulaciones.

Como dijo Jim, después de un rato ya nada dolía demasiado. Uno podía aguantarlo. Podía sentarse y beber aguanieve y dejar que las cosas revolotearan alocadamente en su cabeza mientras le abandonaban las fuerzas, sin tener ganas siquiera de levantar un dedo o rascarse un picor. Poco a poco se dejaría marchar y moriría, demasiado cansado para vivir, como tal vez estuviera muriendo ahora Jim, con un débil hálito de vida, las mejillas hundidas y unos ojos enormes por el hambre.

Era extraño no haber pensado en el búfalo blanco antes, aunque no fuera exactamente un búfalo ni un ciervo blanco, sino más bien como una cabra montés. Había necesitado que el viejo Dick Summers sacudiera su mente… el viejo Dick Summers gritando a través de los años, recordándole que había caza en las alturas que un cazador muy pocas veces veía desde abajo, o

que apenas era cazada por la dureza del terreno.

Boone guiñó los ojos para aclararse la vista. A lo lejos, entre los picos y sobre el collado, probablemente se extendiera un valle. Probablemente los búfalos blancos retozaban por allí. Se quedó quieto, esperando a recobrar el aliento, esperando a que el corazón dejase de golpearle las costillas, mientras se imaginaba a Jim echado en el refugio y a Peabody sentado con el rostro enjuto junto al fuego y a Beauchamp con una mirada de hambre demente. Se escabulló, eso es lo que hizo Beauchamp, y escarbó en la nieve, apartó las piedras y consiguió carne de hombre. Probablemente después lo dejara al descubierto y una alimaña se hizo con los restos, de forma que no aprovechó todo lo bueno que podía haber aprovechado de la carne de Zenon, o de lo contrario no estaría ya tan hambriento, ni el pellejo se le escurriría por los brazos, ni tendría los ojos atentos como los de una comadreja. Peabody debía tener cuidado. Beauchamp ahora era dos hombres, él mismo y Zenon amalgamados en uno, y Peabody no llegaba ni a medio hombre.

Hacía demasiado frío casi hasta para respirar. El aire se metía dentro de uno como si fuera a congelar sus conductos, y sus pulmones. No traía nada bueno; no había manera de combatirlo. El pecho lo inspiraba y lo expulsaba y tenía que inspirar de nuevo rápidamente más, las rodillas se negaban a avanzar ante una cuesta y temblaban al final de ella. Boone no sabía ni quién era. Era como cualquier hombre, alejado y tenue a sus sentidos. En un rato podría despertar y encontrarse caliente y con Ojos de Cerceta tumbada junto a él y mucha carne en la olla.

Vio que sus pies seguían avanzando. Cada paso era un logro. Cada paso era uno más a sus espaldas y uno menos frente a él. Volvió a descansar, sintiendo que el calor moría bajo su ropa y que le invadía el frío. Si uno no se movía se podía quedar totalmente congelado antes de que se diera cuenta.

Volvió a descansar cuando remontó el collado, y frente a él contempló un valle contenido entre escarpadas paredes de piedra. Viajó con la mirada a las alturas en uno de los lados, donde la roca y el cielo se juntaban y el resplandor provocó que las lágrimas volvieran a caer de sus ojos. Cuando su corazón se hubo calmado, volvió a caminar, dirigiéndose hacia el bosque, mientras con los ojos examinaba los salientes y bajaban para explorar la pequeña cuenca. No podía mirar durante mucho tiempo el destello porque los ojos empezaban a desenfocarse y tenía que limpiarse las lágrimas de los párpados.

El bosque no era nada más que un grupo de árboles escuálidos que crecían en la cabecera del valle, probablemente en el lago donde se derramaba el aguanieve. En el borde más alejado, donde el viento había barrido la nieve hasta dejar una fina capa, se detuvo, porque delante de él se abrían varios senderos, una serie de huellas de pezuña partida no muy nítidas y en punta como las del carnero cimarrón, pero más anchas por delante. Fue examinando las huellas de una a una, observando cómo viraban a un lateral y se perdían entre rocas cubiertas de nieve que se habían desprendido del risco. Examinó las rocas y la escarpada cara del risco, recorriéndolas con los ojos trozo a trozo, pero no vio nada por ningún sitio, sólo piedra y nieve y el cielo cegador que se arqueaba sobre su cabeza.

Flexionó la mano derecha para calentar los dedos. Se aseguró del rifle. Luego siguió avanzando lentamente, siguiendo las huellas, lento y sigiloso como un gato a la caza. Era el movimiento lo que asustaba a los animales, más que el propio objeto. Las huellas serpenteaban

entre las rocas. Subían sobre una loma inclinada que ascendía escarpada hasta el risco. Vio dónde la nieve había sido removida y dónde se había arrancado un poco de musgo. Y luego subió a la loma y miró hacia abajo, y era como ver dos alas negras sin nada entre medias, dos alas negras delgadas y desplegadas y sin apenas moverse, y luego dos puntos tan oscuros como el carbón, dos puntos como ojos bajo unas alas como cuernos. El contorno se movió y tomó forma a su alrededor, tan blanco como la nieve sobre nieve.

Escuchó que de sus labios escapaba un susurro. «¡Maldita sea! ¡So, bestia, so!». Le resultaba demasiado pesado levantar el rifle. No obstante, logró subirlo con esfuerzo y obstinación. Logró apoyar la culata en el hombro. El cañón estaba en alto y temblaba tanto que no podía apuntar, a pesar de que el animal se encontraba muy cerca. No pudo disparar inmediatamente; necesitaba descansar. Bajó el rifle y se agachó apoyándose sobre una rodilla, bajando tan lentamente como si estuviera hundiéndose en la tierra. Aun así, el carnero sintió el peligro. Levantó la cabeza y las orejas, y sus ojos negros brillaron al mirar en su dirección. Estaba casi mirándole a él, pero no levantó la mirada. La mantuvo baja, en el borde y el fondo del valle, como si los enemigos siempre llegaran desde abajo.

Boone se apoyó en la otra rodilla y comenzó a hundirse, la rodilla resbaló y estuvo a punto de caer hacia delante. Entonces alzó de nuevo los ojos negros y los clavó justo frente a él. Se quedó tumbado, inmóvil como un muerto, con el rifle fuera pero no levantado para disparar. El carnero habría huido. Saltaría en un segundo. Se marcharía mientras sus manos trasteaban con el rifle y sus brazos intentaban alzarlo y su ojo cegado apuntaba. ¡So, bestia, so!

El carnero se sentó sobre sus cuartos traseros como un perro, con expresión de aburrimiento y curiosidad en su larga cara y bajo sus cuernos en punta, el pelo que le colgaba en una barba desde la mandíbula y sobre el pecho como un delantal. No era un búfalo, ni un ciervo, ni un carnero. No era ni siquiera una bestia. Era algo que había surgido de la nieve; era algo que una mente delirante había creado; era un antiguo hombre espíritu de la cima del mundo y una bala jamás podría herirlo, y se desvanecería de su vista rápidamente, como una voluta de humo.

El rifle sonó alto como un cañón. El chasquido que produjo golpeó los altos riscos y repiqueteó por las montañas hasta que, en la distancia, Boone escuchó el eco desvaneciéndose. El carnero se echó más atrás asentándose aún más sobre su cola, con una expresión de sorpresa en la cara. Un poco después simplemente se tumbó, agitó las patas una vez y permaneció inmóvil, a excepción de su largo pelo, con el que jugaba la brisa.

Boone se quedó tumbado mirándolo, escuchando sus propios labios pronunciar palabras, viéndose a sí mismo llevando carne a Jim, y a Jim entusiasmado y sus mandíbulas masticando la carne y la fuerza recorriendo su cuerpo. Un rato después se levantó y volvió a cargar el rifle, todavía hablando mientras sus manos vertían la pólvora y volvía a cargar el plomo y lo empujaba a la recámara con la baqueta.

Cuando comenzó a andar, captó fugazmente algo que se movía y, al girarse, vio otro carnero en lo alto de un saliente donde tan sólo podría subir un pajarillo. Boone sacó la baqueta del cañón para usarla de apoyo y se tumbó en la nieve e intentó apuntar. El animal se movió cuando apuntó, subiendo por una pendiente de piedra en la que un hombre jamás podría agarrarse, pero al final lo tuvo en el punto de mira. Cayó cuando le disparó, bajando lentamente como un nadador en el

agua, provocando una ola en la nieve.

Volvió a cargar el arma mientras seguía diciendo: «¡Por Dios! ¡Dos, por Dios!». El primer carnero todavía estaba vivo, a pesar de estar totalmente inmóvil. Sus ojos le miraron con tristeza. Boone dejó el rifle a un lado y sacó su cuchillo, y repentinamente, como si tuviera vida propia, el cuchillo le abrió un tajo en el gaznate y la sangre salió a presión y su nariz se hundió en el pelo almizclado y su boca comenzó a sorber la sangre. Cuando el flujo disminuyó hasta un solo hililllo, dejó de sorber, se sentó y se lamió los labios. No se sintió enfermo, pero, de repente, el estómago le dio un vuelco y la sangre salió con fuerza de su boca, dejando un círculo sobre la nieve. Esperó hasta que le pasaron las arcadas y luego, lentamente para no volver a vomitar, comenzó a comerse la nieve.

Uno podía lograr hacer todo eso y luego no hacer nada más. Con el cuerpo totalmente exhausto sólo quería sentarse mientras el frío le iba invadiendo y el sueño le vencía, demasiado cansado para moverse. Al tener caza a tiro, se había sentido más animado durante unos minutos y había recobrado fuerzas, pero luego le invadió de nuevo la debilidad y el cansancio mortal. Pensaba en mover la mano o el pie, pero no los movía. Sólo los miraba y pensaba que tal vez podía moverlos un poco después.

Era como si la mente de Boone observara mientras su cuerpo se levantaba y sus pies lo llevaban hacia el bosque y sus manos rompían ramas y las apilaban y encendía un fuego con un trozo de yesca y pólvora que vertió del cuerno. Se sentó cerca del fuego, dejando que el calor penetrara en él y que la sangre que había bebido se mezclara con la suya propia. Uno podía lograr todo lo que había logrado y luego ya nada más, sólo dejar que la debilidad lo inundara y llegara el sueño. Tanto y luego nada más, y los músculos derritiéndose y la mente soñando y los problemas tan lejanos que ya no importaban.

Se levantó de un respingo sin tener ni idea de cuánto tiempo se había quedado dormido. El fuego se había consumido hasta quedar tan sólo un montoncito de cenizas. El sol había cruzado su alta divisoria y sus rayos le llegaban desde Oregón. Sintió un latido de vida en su interior y un cansado inicio de fortalecimiento, sintió el frío y el aliento moribundo del fuego y un hambre tan feroz que no era capaz de concentrar todos sus pensamientos en Jim, que yacía enfermo y hambriento más abajo. Se puso en pie, y ahora se movía más fácilmente y con mayor seguridad que antes, y se dirigió al carnero más cercano, le cortó la lengua y la llevó de nuevo hacia el fuego, y se la comió cruda, dedicando un largo rato de tiempo a masticar. Cada bocado era como un bocado de fuerza. Cuando hubo tomado el último, volvió a levantarse y se alejó del fuego para cargar con los carneros. Uno solo ya era una carga demasiado grande para un hombre en buena forma física; tal vez podía cargar el otro. Arrastró el más grande al bosque, escavó un agujero en la nieve con las manos y colocó el cadáver en el agujero y lo cubrió llenando el hueco de nuevo con nieve. Después colocó unas ramas secas encima. Las alimañas podrían encontrar la carne, si es que había alimañas por los alrededores, pero no lo encontrarían tan fácilmente tal como lo había enterrado.

Se dirigió al animal más pequeño, se lo colgó del hombro, se enderezó y comenzó a andar, despacio y con cuidado al ver que las raquetas se hundían aún más que antes y las rejillas se tensaban peligrosamente tirando del marco. El sol se inclinó a sus espaldas, y algo del fulgor de la

nieve se había apagado. Su aliento salía blanco frente a él. Sentía la nariz taponada y entumecida y los pelos de las fosas nasales congelados.

Un poco después, fue consciente de que no iba a poder cargar con todo el cuerpo del animal, incluso con las fuerzas recobradas y a pesar de ir cuesta abajo. El hombro se le hundía con el peso. El omóplato se le hundía clavándosele en la carne. Intentó cargarlo en el otro hombro, pero también se hundía, y el omóplato se le clavaba, y comenzó a dolerle todo el costado. Pensó que podía encender un fuego, comer algo más de carne y continuar, y parar y comer otra vez y así llegar al campamento en varios tramos si las raquetas aguantaban, pero uno podía morirse esperando a que llegara.

Se detuvo el tiempo suficiente para abrir en canal el cuerpo del carnero y sacar todas las vísceras. Cortó el hígado y enterró el resto de las entrañas en la nieve. Luego cortó las costillas hasta el espinazo y rompió y cortó el hueso en dos. Separó los cuartos traseros, cortó un palo y los colgó tal alto como pudo en la rama de un árbol retorcido. Metió el hígado entre los pliegues de su camisa de caza antes de cargar los cuartos delanteros sobre el hombro. La carga ahora pesaba menos de la mitad. Su espalda podía soportarlo. Sus piernas podían seguir moviéndose. Tal vez las raquetas resistieran.

El sol se escondió tras un banco de nubes y cayó una repentina oscuridad. Sus pies arrojaban una agitada sombra sobre la nieve. La brisa murió al llegar la oscuridad. No soplaba ni una brizna de aire, y no se oía nada, ni siquiera el aullido de un lobo. Uno andaba con la oscuridad sobre los hombros y la nieve blanda bajo los pies y el cuerpo cansado, pero ahora se sentía resistente y paciente, y más que nunca dudó de si él era real o sólo algo soñado.

La luna asomó por las cimas de las colinas. La nieve brillaba bajo su luz y los árboles se perfilaban negros, y era como si hubiera llegado un amigo. El mundo era profundo y silencioso, como si estuviera a la espera, el aire inmóvil y la luna suave, y no se escuchaba un sonido en toda la tierra, sólo la nieve cediendo bajo sus pisadas. Desde el oeste, donde estaba el banco de nubes, sopló una ráfaga de aire, una ráfaga y luego otra y luego un viento que traía aire caliente primaveral, un viento que derretiría la nieve y formaría una costra cuando el frío llegase de nuevo. Uno podía caminar y llevar su carga sin detenerse mientras la luna brillara y el viento cálido soplara y la tierra blanca fuera retrocediendo.

Se iluminó una luz entre la nieve. Una voz llamó.

—¿Quién va? ¿Quién está ahí? —una ráfaga de humo penetró en la nariz de Boone. No respondió. Que Peabody le disparase si quería hacerlo. Que le disparase y que se fuera todo al infierno. Se quedó en pie al borde del agujero y dejó que el carnero resbalase de su hombro y bajase por el banco de nieve.

—¡Rayos! ¡Baja de ahí, hombre! Aquí, te ayudaré.

Vio a Peabody tirando de los cordeles de las raquetas, sintió su mano sobre el brazo, sintió cómo lo arrastraba bajándolo por el banco de nieve. Escuchó cómo Beauchamp dejaba escapar un sonido animal de su garganta.

—¿Cómo está Jim?

Los ojos de Peabody clavados en el rostro de Boone eran redondos como los de un búho.

—Vive. Creo que está consciente.

Peabody se paró y lanzó algunas ramas al fuego para asegurarse de que Boone podía ver dentro.

El rostro de Jim estaba inmóvil y hundido como el de un hombre muerto. Boone se inclinó sobre él y luego vio que abría unos ojos todavía vivos. Sacó el hígado de su camisa y cortó una tajada y la sostuvo sobre la boca de Jim. Vio la boca masticando y escuchó cómo trituraba la carne y sintió sus labios moviéndose junto a sus dedos. Cortó otra tajada y se la dio y luego otra, y durante todo el tiempo los ojos de Jim jamás se separaron del rostro de Boone.

—Te lo agradezco —dijo Jim—. Ningún otro hubiera hecho tanto.

—No puedes comer más ahora, o se te revolverá el estómago y vomitarás.

Jim levantó las manos como si quisiera tocar el brazo de Boone. Boone se echó hacia atrás, dio la espalda al refugio y vio a Beauchamp acuclillado, con los ojos entrecerrados, mientras Peabody cortaba la carne.

—Tendrás tu parte, Beauchamp —dijo como si hablara con un amigo, y más tarde se preguntaría por qué lo hizo. Le hacía a uno sentirse extraño ver llorar a Jim.

CAPÍTULO XL

—He comido tanta carne de búfalo blanco que me ha salido una chepa en la espalda —dijo Jim.

—Pues nadie diría que has comido hasta reventar, no al verte ahora devorar esa paletilla —Boone limpió el cuchillo en sus pantalones.

—Podría comer todo el tiempo, en serio. Parece que en cuanto me lleno de comida, mi estómago ya está preguntándome cuándo es la hora de comer otra vez.

Peabody tragó un trozo de carne y se lamió los labios y se detuvo unos segundos antes de estirarse para cortar otro trozo.

—Nos pasa a todos lo mismo. Nunca pensé que los hombres pudieran comer estas cantidades. Si nos quedásemos aquí hasta la primavera, ya no quedarían apenas de estos ejemplares en las montañas, si es que Boone siguiera cazándolos. Ya nos hemos comido cuatro, casi, desde las patas hasta el pellejo.

—Se debe en parte al hambre que teníamos —explicó Jim mientras masticaba—, y en parte porque es sólo carne. La carne no te hace sentir lleno ni pesado, se asienta en el estómago de forma natural.

—Debe de ser eso —Peabody mostró su acuerdo mientras dirigía la mirada hacia Jim—. Es asombroso. Nunca vi a un enfermo recuperarse tan rápido.

—Es gracias a la montaña. Nunca he oído de heridas que no cierran, ni estómagos delicados, ni dolores de cabeza, excepto tras haber bebido whisky… nunca en las montañas. Eso no ocurre aquí.

—Dolor de estómago vacío —dijo Beauchamp, recordando; su boca era como un agujero en su negra maraña de las patillas—. Duele todo el tiempo, maldito.

No hablaba con frecuencia; la mayor parte del tiempo se limitaba a mirar, y uno nunca sabría que había una abertura en su cara a menos que lo viera devorando carne.

El sol iluminaba el hoyo del campamento. Se posó con un toque cálido en la nuca de Jim. Sobre su cabeza pudo ver una nube; no había nada allí, sólo el cielo y su brillo azul, y el sol en la distancia, pequeño y reluciente como de bronce. Pero si uno se levantaba y se colocaba donde el aire soplaba, o se alejaba del fuego, sabía perfectamente que era invierno.

—Todavía podríamos morir de hambre —dijo Boone—. Podría ponerse a nevar sobre esta costra de hielo. Lo cual seguramente ocurra —giró sus ojos hacia Jim.

—A mí no me mires, yo estoy bien para viajar, sí señor. Aunque tenga que ir cojeando, pero llegaré.

Jim no hablaba por hablar, o de cara a la galería, como dicen por ahí. Estaba recobrando sus fuerzas rápidamente como la mala hierba. Con cada bocado de carne que tomaba y cada siesta que dormía sentía que esas fuerzas crecían en su interior, que aumentaban y llegaban a cada uno de sus músculos. Si no se hubiera quedado sin tabaco, estaba seguro de que volvería a ser la persona que era antes.

Peabody se pasó los dedos por el mentón que se acababa de rasurar con un cuchillo que Boone había afilado en su piedra. Él era muy distinto a Beauchamp; él, Boone y Jim, los tres con sus rostros suaves ahora como los de los verdaderos *mountain men*.

—Será mejor que regresemos —dijo como si no estuviera seguro.

—Ya te lo hemos dicho antes, eres tú el que tiene que decidirlo —respondió Boone, y al ver que Peabody no respondía, añadió—: Jim y yo te dijimos que te llevaríamos al otro lado.

Jim sabía que Boone en realidad no pensaba tanto en la promesa. Pensaba en Cuerno Rojo y sus ancianos y los jóvenes *piegan* que habían hecho que perdieran sus caballos. Boone no era de los que bajaban la cabeza.

—Pero ¿y Deakins? Necesita descansar y buena comida. De ninguna manera puede cumplir con su contrato.

—¡Y un infierno de ninguna manera! Tal vez todavía no sea un hombre entero, pero ya me queda poco. Y los mimos no van a servir de nada.

Peabody extendió las manos.

—No tenemos caballos, ni equipo, ni suministros.

—Pero tenemos dos pies —le recordó Boone—. Tenemos dos rifles y pedernal y plomo. ¿Tú qué opinas, Jim?

—En todo caso, tenemos que movernos. Para cuando llegue a Flathead House o a McKenzie, ni me acordaré de que tenía un agujero de bala.

—¿Crees que nos podrían equipar en Flathead House?

—Nos darán cobijo, sí señor —respondió Boone—, pero tal vez se nieguen a equiparnos para que no sigamos adelante.

—No es una cuestión de dinero. Puedo pagar.

—Podríamos robar algunos caballos de los *flathead*, tal vez, si la compañía nos deja en la estacada.

—No quiero caballos robados. No los quiero —la boca de Peabody se tensó, como si la honestidad le doliera dentro.

—Nada de robar, nada de maldecir, nada de retozar con mujeres —dijo Jim, sintiendo que se le dibujaba una leve sonrisa en los labios cuando cruzó la mirada con Peabody—. Sólo rezar, eso es todo. Peabody, ¿es que no puedes parar de atormentarte?

Peabody le sonrió, sin encolerizarse como habría hecho anteriormente.

—Cada uno tiene sus propios principios.

—Sólo tomaremos prestados los caballos —respondió Jim—. Sólo los cogeremos para cabalgar un trecho, ¿y qué importancia puede tener después de todo lo que hemos pasado? No puedes tener muchos escrúpulos sobre los pecados en las montañas.

—¿A qué distancia estamos de Flathead House? —preguntó Peabody.

—A dos jornadas, aproximadamente —respondió Boone—, teniendo en cuenta el estado de Jim. Bastante más cerca que McKenzie.

—¿Y todos queréis que continuemos? —los ojos de Peabody saltaron de Boone a Jim y a Beauchamp. Beauchamp engulló otro bocado de carne.

—¿Qué crees que hemos estado discutiendo ahora? —preguntó Boone.

—No querría que nos pasase nada —la voz de Peabody sonó grave, como si estuviera hablando consigo mismo—. Con Zenon sobre mi conciencia ya es más que suficiente.

—¡Eres el tipo más desgraciado que he conocido! —dijo Jim, sonriendo otra vez—. No tienes nada que hacer aquí con todo ese montón de principios y conciencia. ¿Cómo esperas establecerte

en Oregón sin accidentes ni hombres muriendo ni nada de eso? Tú no has matado a Zenon. Los indios lo hicieron. Deja de atormentarte, Peabody. Nadie tiene nada en contra tuya, ni aquí ni en el cielo ni en el infierno, por lo que sé de ti.

Peabody se quedó en silencio. Se levantó un poco después y salió del agujero. Jim podía verle, mirando primero hacia el este y luego hacia el oeste, con el viento soplando a su alrededor, y sus pensamientos como algo que uno pudiera leer en su rostro. Jim se dio cuenta de que ya estaba empezando a tener la mirada de las montañas en los ojos, la mirada de la lejanía y el clima y los momentos duros y los apetitos del estómago.

Las arrugas en las mejillas de Peabody se tensaron, y su pequeño mentón se cuadró.

—Rayos —dijo a través de sus labios cerrados mientras miraba hacia el oeste—. ¡Continuaremos! ¡Continuaremos entonces!

CAPÍTULO XLI

La primavera cubría la tierra, el primer toque de la primavera, delicado como si una brisa pudiera romperlo, o un sonido. El sol navegaba en un cielo del color del agua profunda, acariciando la tierra con una suave calidez. La piel ajada se dilataba con su tacto y se estiraba suavemente por la carne, y los músculos descansaban largos y relajados, y el corazón se alegraba, casi temeroso de creerlo. Al salir del cañón del Medicine, donde las flores habían comenzado a ondear por las orillas de viejos bancos de nieve, Boone vio que las llanuras estaban coronadas de verde.

—Es pronto —dijo— para la primavera. Demasiado pronto.

—Nunca llega demasiado pronto para mí —respondió Jim—, no después del invierno que hemos pasado —dejaron que sus caballos se detuvieran después de la subida—. Tierra de búfalos otra vez. ¡Mira allí, Boone! ¿No te alegra la vista?

—Tengo la impresión de que mis ojos han estado enjaulados entre montañas y árboles. Me parece que ahora quieren correr libres, como un perro sin correa.

Las llanuras ondeaban bajo sus pies, milla tras milla de llanuras que descendían hasta juntarse con el cielo en el borde del mundo, y el aire era tan puro y fino que la mirada podía volar vertiginosamente. No muy lejos una manada de búfalos pastaba, recortándose contra el nuevo manto verde, y más allá una manada de berrendos pasó ligera y rápida como si no estuvieran atados a la tierra.

—¡Jesús! —exclamó Jim cuando contempló la distancia con los ojos entornados y, tras una pausa, continuó—: El viejo Peabody no sabría cómo disfrutar de todo esto. Le haría replegarse en sí mismo, siendo tan cristianamente grande y libre.

—Me pregunto qué andará haciendo ahora.

—Ese hombrecillo tenía razón. Me apuesto lo que sea a que le va bien. Seguro que sigue moviendo la barbilla y sigue obsesionándose por cosas y suelta discursos y le va bien.

—Podía convencer a uno de que le prestara su squaw, eso es cierto. Mira lo que hizo en Flathead House.

—No sólo era su labia. En parte era por el propio Peabody, honesto y directo y también valiente. Me lo puedo imaginar ahora, parlamentando con los británicos y arrimando el ascua a su sardina, por mucho que los británicos tuvieran intenciones totalmente distintas. Nadie podía ser más *nabob* que él.

Sin embargo, lo que Boone veía cuando pensaba de nuevo en el invierno no era Flathead House ni a los británicos ni a Peabody razonando consigo mismo sobre un nuevo equipo, sino a Jim enfermo, y a los carneros de las rocas que eran como retales de nubes entre las cimas, y la nieve tan espesa que las ramas más altas de las copas de los pinos jóvenes parecían hierba. Recordaba el viento cálido y luego el frío y la costra de hielo, y a ellos cuatro avanzando despacio por la ladera oeste y viajando después a Clark's Fork y bajando hacia las Grandes Llanuras del Columbia y llegando al río y continuando casi hasta donde el Snake desembocaba antes de que Peabody reconociera que tal vez él y Beauchamp podían ya continuar solos. Recordaba a Jim cada vez más fuerte y de mejor humor, y su cabello rojo brillando bajo el sol, y el buen tiempo, aunque en ocasiones volvía a refrescar, y a Jim y a él en el fuerte, después de que Peabody y Beauchamp

partieran, esperando a que los pasos se abrieran mientras el pensamiento de Ojos de Cerceta y su hijo seguía rondando en su cabeza.

—Estuvo a punto de convencerme de que fuera con él hasta el océano del oeste, el tal Peabody —dijo Jim—. No es que yo tenga una Ojos de Cerceta esperándome.

Boone se volvió y sonrió.

—Ya soy lo suficientemente mayor. Supongo que podía haber regresado solo.

—Pensé que era mejor que yo también regresase. Los cachorros siempre dicen que ya son perros grandes.

Jim espoleó su caballo cuando Boone partió.

Ya había pasado bastante tiempo desde la estación en la que el gran búho anida, y de la luna de los grandes vientos. Ojos de Cerceta lo esperaría, quizás de pie en la entrada de la tienda y mirando hacia el oeste, esperando ver, en la distancia, la mota que terminase convirtiéndose en un jinete y el jinete que terminase convirtiéndose en su hombre. Cuerno Rojo se habría asegurado de que hubiera carne en su tipi, y Cuerno Rojo y los jóvenes *piegan* se comportarían lo suficientemente amigables. Lo pasado, pasado estaba, y no era necesario pensar más en ello. Llevaba un cristal medicina para Cuerno Rojo, para que pudiera encender su pipa con la luz del sol, y también llevaba caracolas para Ojos de Cerceta que procedían del mar. Azuzó al caballo con las espuelas para que acelerara el paso.

—La temperatura es demasiado templada para que dure mucho —dijo Jim mientras contemplaba un pájaro cantor con el pecho blanco y posado en un arbusto—. El invierno regresará y matará todo lo que haya comenzado a florecer y congelará la cola de ese pájaro.

—¿Eso crees?

—Seguro que sí. Nunca he visto que fallara. Deja pasar unos cuantos días buenos, y a uno más le vale prepararse para lo peor. Aunque hoy es un día estupendo, ¿verdad? Tan tranquilo y dulce, y la hierba brotando y todo.

—Lo es, ahora.

—Si escuchas con atención, puedes casi oír cómo crecen las plantas. Sólo me apetece bajarme del caballo, airear mi trasero y vaguear y comer y dormir y dejar que el sol brille sobre mi piel. Espero que Ojos de Cerceta esté en el Teton, como crees, y no se haya ido al Judith o el Musselshell o a algún otro lugar.

—Ella estará allí, seguro, si ha logrado convencer a Cuerno Rojo.

—¿El mismo lugar?

El mismo lugar, con el arroyo cristalino y serpenteante entre álamos y truchas alimentándose de las primeras mosquitas de alas frágiles, y las colinas que apuntan hacia el cielo como los pechos de una mujer, y Ojos de Cerceta allí de pie otra vez, juntando las muñecas y abrazándolas sobre su corazón de manera que su pecho resbalaba hacia un lado, y Pobrediablo diciendo «¡Mucho preciosa!» por el agujero en su mandíbula. Al sur, los dos cerros se alzarían y los búfalos bajarían perezosamente de las terrazas fluviales y los abedules negros ondeando al viento y el valle virgen y tranquilo entre los riscos como si sólo esperase a que un hombre lo contemplase. Había estado mucho tiempo lejos de allí, por el Marias y al otro lado de la cordillera, y por el Flathead y más allá por las aguas del Columbia, y luego de regreso, río arriba por el River of the

Road hasta el Buffalo y, tras atravesar la cima de las montañas, de nuevo río abajo por el Medicine, pasando por los manantiales de azufre que discurrían calientes y apestosos desde la rocas y daban al río su nombre. Todo parecía que hubiera ocurrido hacía mucho tiempo. Ojos de Cerceta, y las Teton y el resto, después de todo lo que había pasado entre medias era como si no pudiera jamás recuperar los sentimientos recordados. El tiempo se interponía entre él y ese otro día, el tiempo y todas las millas que había recorrido y todo lo que había visto y hecho. Pero en cuanto estuviera con ella, todo volvería a estar bien de nuevo. En cuanto ella se tumbara junto a él, volvería a ser él mismo. Podría volver a sentarse y dejar que el tiempo pasara, sin preocuparse de que lo hiciera, mientras la brisa soplaba juguetona entre las tiendas indias y el sol brillaba amarillo sobre la hierba.

—Demasiado bonito para durar —dijo Jim otra vez, levantándose y estirándose sobre sus estribos—. Disfrútalo ahora, que mañana tendrás hielo en tus patillas.

—¿Por qué eres un tipo tan triste? Deberías conseguirte una squaw, Jim, una buena squaw.

—Quizás que haya tantas squaws es lo que me pone triste.

—Deberías tener una y quedarte con ella, al menos por un tiempo.

—Creo que no. Nunca sentaré cabeza con una sola. Soy como un saltamontes, sí señor, saltando a un lugar y luego a otro, y sin ninguna noción para distinguir lo bueno de lo malo.

—Tal vez es que eres demasiado exigente. Todas son iguales.

Jim miró a Boone y luego escupió sobre el costado de su caballo.

—¿Entonces preferirías quedarte con una de las *flathead* o las *nepercy*?

—Yo ya tengo una mujer.

—Claro. No todo el mundo tiene tanta suerte.

Boone le dio vueltas en su cabeza a las palabras de Jim, considerándolas primero desde un punto de vista y luego desde otro sin fijar su mente en ellas. Le hacía sentir orgulloso saber que otro hombre valorase tanto a su mujer, pero también le irritaba levemente, como un perro con su hueso. Era bueno que Jim fuera su amigo y que Ojos de Cerceta fuera Ojos de Cerceta, de lo contrario uno podría llegar a preocuparse.

Las montañas se alejaban a sus espaldas, alzándose altas y dentadas hacia el cielo, con el azul de la distancia posado sobre ellas. Las taltuzas, cargadas con las crías que llevaban, silbaban y se escondían bajo tierra, agitando las colas al paso de los caballos. Un tejón, sorprendido mientras mordisqueaba un pájaro muerto, se apartó lentamente hacia un lado y se detuvo en un montículo de tierra que él mismo había construido al excavar un agujero y los observó con una lenta llama de luz en los ojos.

A su derecha Boone captó fugazmente uno de los cerros, el oeste, tranquilo bajo la inclinada luz de la tarde. Pronto verían el valle, el tranquilo valle del Teton, la mitad de él prado y la mitad árboles, donde Ojos de Cerceta dijo que intentaría encontrarse con él. Quizás ya hubiera dado a luz al niño y hubiera adelgazado. Tal vez sus ojos vigilaban atentos y pronto lo verían sólo como una mota bajando por los riscos. Esperaba que fuera un niño y no una pequeña squaw. Las squaws no eran criadas para convertirse en luchadores con cabelleras colgadas de sus pantalones y fundas de pistolas. Las vidas de las squaws no eran gran cosa, en todos los sentidos.

Las terrazas se perdían en las profundidades y se curvaban a los lados, y la cuenca del Teton

apareció ante él tal como la vio por última vez. Dejaron que los caballos se detuvieran mientras abarcaban las vistas con sus ojos, ninguno de ellos dijo nada hasta que Jim habló:

—¿No es eso que veo allá un campamento, Boone? A lo lejos, en línea con la colina que sobresale.

—Me preguntaba si lograrías verlo. Los *piegan* de Cuerno Rojo, seguro, como prometió Ojos de Cerceta.

A los pies de la ladera, Boone espoleó al trote su cansado caballo. Regresaban ya a casa. Era como si estuviera viviendo despierto los restos de un sueño. Era como si estuviera haciendo lo que ya había hecho antes, como si acabara de llegar a las Teton y la viruela hubiera desperdigado a los *piegan* y el silencio flotara sobre la tierra. Si se giraba, podría ver a Pobrediablo y el caballo alazán trotando orgulloso. Era como aquella otra vez, aunque ahora él sabía que ella le esperaba.

Cuando todavía estaban a media milla del pueblo, algunos *piegan* saltaron sobre sus caballos y se acercaron al galope. Uno de ellos resultó ser Corredor Veloz, con el cabello revuelto y el ante más sucio que antes. Boone escuchó a Jim parlamentando sentado sobre su caballo y miró más allá hacia el pueblo. Ahora era un poblado bastante grande, el poblado de Cuerno Rojo. Cuando se aproximaron, los perros salieron corriendo a su encuentro, formando un escándalo alrededor de los caballos mientras los indios encabezaban la marcha. Las squaws los miraban y parloteaban al verlos pasar, diciendo que Brazo Fuerte y Pelo Rojo habían regresado. Un viejo indio levantó los ojos de una lupa y detuvo la mano con la que había estado apartándose el pelo de la cara, y la levantó cuando vio quién pasaba. Una mujer salió de una tienda, con ojos desorbitados como una cierva atenta y su cuerpo delgado como el de una joven. Boone cabalgó hacia ella y desmontó, detectando alegría y a un mismo tiempo preocupación en su rostro.

—¿Qué tal, Ojos de Cerceta? —exclamó Jim—. Todavía tan bonita como un cachorrillo, sí señora.

Ojos de Cerceta no habló. Levantó los brazos, casi como si temiera tocar, y colocó las palmas de las manos en el cuello de Boone y las pasó sobre su pecho mientras las lágrimas asomaban en sus ojos.

—Más tarde de lo que pensaba —dijo Boone mientras la contemplaba—, pero he regresado —sus ojos la miraron interrogantes, pero ella siguió en silencio. Boone entonces continuó hablando en la lengua de los pies negros—: ¿Me has dado un hijo? ¿Tiene Brazo Fuerte un hijo?

—Sí —pronunció su boca, pero quedó algo pendiendo en su rostro, como si todavía no le hubiera contado todo.

—Quiero verlo, Ojos de Cerceta —dijo Jim—. Déjame que le eche un vistazo.

Señaló hacia la tienda con la mano. Boone pasó a su lado y entró. La tienda estaba desgastada y vieja y dejaba que el sol se filtrara, pero aun así, y debido al brillo del exterior, tuvo que esperar unos segundos para poder ver. Un poco después encontró al bebé en su cuna, con una manta de piel sobre su cuerpo y una capucha echada sobre la cabeza, de manera que no se veía nada, a excepción de una diminuta y arrugada cara. Boone se inclinó y echó la capucha hacia atrás.

—¡Que me aspen si no tiene una veta de rojo en el pelo! —dijo Jim a sus espaldas—. Tal vez cuando crezca sea tan guapo como yo.

Ojos de Cerceta suspiró al lado de Boone. Las palabras inglesas se trababan en sus labios:

—Ojos no ven. Ojos enfermos. No ven.

El bebé se despertó al oír su voz. Y entonces abrió los párpados. Antes de cerrarlos otra vez, Boone pudo ver que sus ojos estaban inundados y hundidos y de un color lechoso cegador.

CAPÍTULO XLII

Cuando Boone estaba de mal humor era mejor no hacer nada y dejar que escampara. Estaba silencioso y gruñón pasara lo que pasara, sin intervenir en las conversaciones ni reírse de los chistes, y se pasaba todo el tiempo con los labios crispados y la mirada sombría hasta que lo que le atormentaba pasaba. Si uno sabía lo que le convenía, lo dejaba solo, sabiendo que el tiempo se ocuparía de calmarlo. El tiempo haría que volviera a ser él mismo; se acostumbraría a que su bebé fuera ciego y así no tendría que pagar su dolor con otros, como si fuera culpa de los otros que su hijo no pudiera ver. Mejor dejarlo solo y ya se volvería más amigable, más pronto o más tarde, y disfrutaría de las cosas a su manera silenciosa. Boone no era de los que dejaban traslucir lo que llevaban dentro, siendo como era un hombre tan silencioso la mayor parte del tiempo, y demasiado orgulloso para abrirse a los demás. Pero debía de ser duro para Ojos de Cerceta vivir con él ahora sin que le hablara, a excepción de algún que otro gruñido y con los ojos nublados y distantes.

Jim golpeó suavemente a su caballo con el extremo de las riendas. Estaba de camino a Fort McKenzie, donde bebería algo de whisky y tal vez se quedaría unos días y ganaría algunos dólares consiguiendo carne para el fuerte o haciendo las labores de intérprete para Chardon, el *bourgeois*. Para cuando regresase a la tribu de Cuerno Rojo, Boone probablemente se sintiera más inclinado a hablar con él de vez en cuando.

Desde la llanura podía contemplar el valle boscoso del Bajo Teton. Las urracas graznaban allá abajo, y un cuervo llamaba con un graznido que era como un susurro ronco arrastrado por el viento que soplaba desde el noreste. Arriba en el altiplano, alondras terreras huían de los cascos del caballo y las liebres salían de sus escondrijos y se alejaban saltando y parando a mirar poco después con las patas delanteras en alto con gesto refinado y el pelaje que ya había mudado de blanco nieve a sucio gris. La primavera llegaba aunque el clima aún no se hubiera enterado. Una semana de buen tiempo y los álamos se llenarían de los primeros brotes y los sauces diamante se adornarían de hojas estrechas como lenguas de serpientes y a la caída del sol se podrían escuchar los trinos de los frailecillos.

La primavera hacía que uno se sintiera bien y, a un mismo tiempo, triste y salvaje en ocasiones, con ganas de aullar con los lobos o despegar hacia el norte con los patos o montar a caballo y cabalgar solo sobre el lejano borde del mundo, hacia una tierra nueva y una vida nueva. La primavera era un dolor agradable dentro del cuerpo. Hacía que la risa brotara fácilmente, y también las lágrimas si uno no lograba reprimirlas. Una noche plácida, sentado bajo el inmenso cielo, contemplando las estrellas o la luna y escuchando el discurrir del agua, sentía repentinamente un impulso en su interior, un instinto de tener cosas que no sabría diferenciar… una mujer, tal vez, que era en lo único que pensaba, o más cosas, la tranquilidad que uno nunca sentía hasta que echaba la vista atrás y la recordaba pasando a su lado sin ser vista. Entonces, los viejos tiempos poblaban su mente y sentía ganas de llorar por ellos, por los viejos amigos con los que viajó y de los que se separó, sin pensar jamás que aquellos tiempos y aquellos amigos se convertirían para él en un sufrimiento. Jourdonnais y Dick Summers y Pobrediablo, y los interminables días en el *Mandan*, y las noches en el Powder y aquella velada en el Infierno de

Colter con los primeros hombres y el delicado y agudo canto que se escuchaba por las alturas y el propio aire jadeando, y todo ello ahora se había acabado para él, a excepción de las imágenes que había retenido en su corazón.

La primavera le volvía a uno un poco loco. Le daba ideas que no quería tener… ideas como la de aullar a la luna o la de volar con los patos, afilados atisbos de ideas, como encontrar a una mujer complaciente, que apartaba rápidamente de su mente. De todas formas, la primavera volvía locos a algunos hombres. Tal vez no a Boone. Tal vez no a un hombre que tenía a Ojos de Cerceta y no quería nada más, sólo continuar como estaba. Quizás existiera un solo deseo grande del que brotaban todos sus otros deseos.

Jim bajó hacia el valle del Teton, donde el río viraba hacia el norte. Escaló la ladera y detuvo su caballo en el alto cerro que separaba el Teton del Missouri. Vio Fort McKenzie a sus pies, y sólo había tres tiendas indias en los alrededores. Más abajo, el Missouri fluía con caudal ancho y despidiendo destellos plateados bajo el sol. El valle pronto estaría lleno del verde de las hojas, y al pararse en el cerro uno sentía que su piel se marchitaba por el viento y el sol, y azuzaba a su montura para bajar la colina y respirar el aire fresco del valle. Allí la brisa todavía soplaba gélida, y los árboles seguían desnudos. El frío había vuelto tras una fugaz primavera a orillas del Medicine, como Jim había dicho que pasaría.

Las sensaciones de la tierra habían calado en él, el enorme vacío y su edad inmemorial, la sensación de las montañas del oeste, tan viejas como el mundo y de las llanuras anchas hasta el infinito y del cielo azul que se extendía sobre su cabeza. A la tierra no le importaban un pimiento los hombres o los animales. Dejaba que el búfalo y el berrendo se alimentaran de ella y que las ardillas de las praderas escavaran túneles y que los pájaros volaran y que los hombres caminaran por ella, pero ¿qué más le daba si formaba ya un todo con el propio tiempo? ¿Qué más le daba un hombre o lo que este pudiera desear o lo que le pudiera suceder? Otros hombres vendrían después de él, y otros después de ellos, todos asombrados y todos ilusionados, y un poco después todos estarían muertos.

Jim intentó sacudirse de la cabeza esos pensamientos deprimentes. Era que Boone estuviera tan apagado lo que hacía que sus pensamientos fueran tristes, o tal vez la herida que tenía y la larga hambre. Chasqueó al caballo y se movió en la silla acompañando el trote cuesta abajo de su caballo. A los pies del risco, lo espoleó hasta ponerlo al galope y lo frenó derrapando cerca de las puertas exteriores. Un francés sacó la cabeza entre las estacas, abrió la puerta para que pasara y la cerró después. No había un solo indio en la tienda a excepción de un par de squaws que por sus elegantes atuendos de lazo y paño rojo debían de pertenecer a los hombres del fuerte.

—¿Dónde están los clientes? —preguntó Jim.

El francés habló gesticulando con las manos y diciendo que sólo Dios lo sabía. Un dependiente del almacén lo miró con las palmas de las manos apoyadas en el mostrador.

—Los únicos clientes que vienen últimamente son clientes feos —dijo.

—Te arrancarán la cabellera si no te andas con cuidado, por lo que he oído.

El guardia de la puerta interior llevaba un bonito Hawken en el pliegue del brazo. Examinó a Jim como si quisiera asegurarse de que no era necesario matarlo.

No había mucho movimiento en el interior. En una tienda, tres devoradores de cerdo separaban

y arreglaban unas piezas. Ellos y el guardia eran los únicos hombres a la vista, a excepción de Alexander Harvey, la mano derecha de Chardon, que estaba sentado junto a una puerta tomando el aire y el sol. La bandera que ondeaba sobre sus cabezas chasqueaba en la brisa y el sol se reflejaba en el cañón que apuntaba hacia la puerta de entrada.

—*How* —dijo Jim a Harvey y se bajó del caballo. Apoyó el rifle junto a la puerta y se sentó sobre la tierra. El caballo se alejó hociqueando el suelo, buscando algún brote de hierba en el suelo que los caballos de la compañía ya habían dejado pelado mientras los guardaban por miedo a los indios.

—Tengo castores en mi bolsillo y el gaznate seco —dijo Jim—. Pero no me des ese meado tuyo, sino un whisky de buen paladar un tanto añejo y con sabor a madera.

Harvey miró a Jim de arriba abajo con los ojos achinados.

—Vaya, eres un tipo exigente. Tenemos mucho whisky en aquella tienda de allá.

—He dicho buen whisky.

Harvey se levantó como si le estuvieran obligando a hacerlo, se metió en la trastienda y salió con una jarra y dos vasos.

—¿Acabas de regresar de tierras de los *piegan*?

—Del poblado de Cuerno Rojo, junto al Teton.

Harvey sirvió dos tragos con su fuerte y ancho rostro inclinado sobre la jarra.

—¿Qué tipo de medicina toman?

—Británica, principalmente. Probablemente se dirijan a Fort de Prairie para comerciar. Ya sabes por qué.

Harvey tensó los labios.

—¿Y qué dicen?

—Dicen que a ti y a Chardon deberían arrancaros vuestros negros corazones. Y no es que les falte razón. De todas formas, ¿dónde está Chardon?

—Fuera. No puede quedarse metido en este maldito fuerte todo el tiempo.

—Y se lleva a todos los hombres con él, ¿no?

—Tal vez los necesite.

—¿Es cierto lo que he oído acerca de que intentasteis cargaros a toda una partida de indios *blood*? ¿Que cargasteis el cañón con munición y lo apuntasteis desde el fortín e hicisteis formar a vuestros fusileros y les pedisteis a los *blood* que comerciaran con vosotros?

—¡Bastardos pieles rojas! Sólo vinieron cinco de ellos y ningún caballo. Las cosas se pusieron feas. Aunque escaparon sin sus pieles.

—¿Y por qué les atacasteis?

—¿Recuerdas al negro Reese? ¿El amigo de Chardon?

—¿Ese negro de verdad de piel negra?

Harvey asintió.

—Los *blood* lo mataron. Chardon se volvió totalmente loco. Fui yo el que le dijo cómo podía vengarse.

—Pues no veo cómo aún esperáis que los *piegan* vengan aquí a comerciar.

—No les hicimos nada a ellos.

—Hacérselo a los *blood* es la misma cosa que hacérselo a ellos, así es como ellos piensan.

Harvey apuró su copa.

—Regresarán —dijo, y lamió una gota de whisky que le colgaba del labio—. ¿Qué hace Caudill?

—Caza castores de vez en cuando, y búfalos.

—¿Cómo le ha sentado?

—Tiene otras cosas en las que pensar, creo.

—Eso es bueno.

—Bueno, pues sí. Las cosas podrían ponerse muy feas si se le metiese en la cabeza liderar a los *piegan* contra ti. Podrían eliminaros de un plumazo, fácilmente, disparando desde la colina al otro lado del río. Pero no creo que Boone actúe de esa manera. No es de los que traman venganzas. Actúa rápido y en caliente.

—Como se descuide, cualquier día de estos matará a un hombre sólo por mirarlo.

—Es un buen tipo.

Harvey rellenó las copas.

—Eso sí, se ha agenciado una bonita squaw —en el rostro rechoncho se dibujó una mirada distante y penetrante—. La más bonita de todas —se golpeó los mocasines con un tallo de hierba. La comisura de su boca se arrugó en un hoyuelo en una mejilla—. Tal vez me puedas decir tú cómo está.

—Eres un maldito idiota.

—En algunas cosas puede que sí. Pero no en esto. No sobre ti, Deakins. Tú y los visones sois de la misma especie.

—Ella no es de ese tipo de mujeres.

—¡Válgame el cielo! No había escuchado esa clase de frases desde que la iglesia nos dejó tranquilos. ¿Y qué squaw no lo es?

—En todo caso, ella no lo es.

—Si fuera por mí, no me importaría tener la oportunidad de probarla, con Caudill tal vez a unas mil millas de distancia. No hay ni una sola squaw que no comerciaría con su cuerpo si le ofreces las suficientes cuentas de colores o paños rojos o pinturas para el rostro.

—Pues te espera una sorpresa si lo intentas.

El rostro de Harvey dejaba entrever que ya lo estaba sopesando mentalmente. Durante unos segundos, los pensamientos de Jim se alejaron de allí y contempló a Ojos de Cerceta y a él mismo con ella y nada a su alrededor, sólo la penumbra de los sauces susurrando en la brisa y la hierba a la espera. Sacudió una pierna poniéndola recta y sacó la pipa y el tabaco. Uno podía llegar a tener unas ideas descabelladas cuando la savia primaveral le inundaba el cuerpo.

—A propósito —dijo Harvey—, recibí una carta para Caudill. Vino por mensajería urgente desde Pierre. ¿Te importaría hacérsela llegar?

—No hay problema. ¿Necesitas que te consiga algo de carne?

—Tengo la suficiente para cuando Chardon y el resto regresen.

—Entonces pasaré sólo la noche y partiré mañana. Ponme otra copa. Ya te he dicho que tengo castores. Y resérvame una botella para la mañana, ahora tengo ganas de echar una cabezada.

A la mañana siguiente, y de regreso por el mismo camino, se alegró de tener la botella, o lo que quedaba de ella tras el primer trago. Se sentía cansado y derrotado. Sentía un espesor en la cabeza y un dolor constante tras la cuenca de los ojos que latía al ritmo del trote del caballo. El viento que soplaba desde el norte y en el que todavía se sentía el aguijón del invierno anegó sus ojos de lágrimas. Se detuvo, se limpió el agua y sacó la botella de los pliegues de su camisa de ante y bebió un buen trago. Se sentiría mejor un poco después, cuando el whisky volviera a tomar las riendas y el viento le aireara la cabeza.

El sol, que acababa de aparecer sobre el horizonte al este, lanzó sus rayos bajos sobre las llanuras. La hierba seca se inclinaba ante el viento constante, sobre el verde que había comenzado a aparecer más abajo. Una media docena de cuervos alzaron el vuelo desde el valle y graznaron a un enorme halcón que aleteó en el aire subiendo en línea recta como si quisiera escapar de la algazara de los cuervos. Unos jirones de nube se acercaban desde el norte.

Era un día árido y desolado, y tan sólo se escuchaba el susurro y el silbido del viento y la tierra erosionada oponiéndose a su empuje. Era uno de esos días en los que uno se sentía pequeño y desquiciado, y deseaba estar con gente y retozar con mujeres y estar entre cuatro paredes para protegerse del mal tiempo. Era uno de esos días en los que deseaba estar cerca de alguien, de ser entendido y que le pusieran al día, para así poder desprenderse del peso de la soledad. En cambio, a Boone le gustaba el mal tiempo. No parecía necesitar a ningún hombre ni a ninguna mujer para mantener su fortaleza de espíritu. Ni siquiera parecía necesitar que la pequeña Ojos de Cerceta le calentase la tienda, ni su voz suave ni sus delicados gestos y sus enormes ojos llenos de amor por él. Le gustaban el viento y las tormentas y el vacío, como si ya fueran suficiente compañía, pero no a muchos les gustaban. Al menos no le gustaban a Jim Deakins, que cabalgaba con un ataque de melancolía por culpa del whisky y el corazón apesadumbrado.

El viento continuó soplando todo aquel día y siguió soplando cuando partió a la mañana siguiente tras acampar y cenar un trozo de carne que Harvey le había dado. El tiempo pasaba tan lento que la mente podía llegar a creer que se había detenido. El sol se alzó levemente por el este, brillando sobre la espalda de Jim, y se quedó allí parado como si temiera exponerse al viento. La llanura ondeaba frente a él mientras se dirigía perezosamente hacia las montañas coronadas en la distancia por el cielo del oeste. Su caballo se rezagó allí, clavándose en los cascos tallos de hierba y unas cuantas piedrecillas al pisar el terreno, y frente a él le esperaba un océano de hierba y rocas como para hacer una montaña. A un lado, una ardilla de la pradera perseguía a otra… un macho y una hembra probablemente, formando una familia. Poco a poco las sombras se acortaron hasta desaparecer y poco a poco empezaron a apuntar hacia el otro lado. El viento se agotó, a excepción de alguna que otra ráfaga aislada que soplaba intentando coger fuerza. Cuando el sol se puso, incluso esas ráfagas desaparecieron. Un crepúsculo calmado cubrió el mundo, oscureciéndose lentamente hasta anochecer.

Boone bajó los párpados poco a poco, apagando el valle que se extendía a sus pies y el risco que se levantaba más allá y finalmente el mismo sol, quedando tan sólo la luz roja que se filtraba. Eso era estar ciego, no ver los cerros ni las montañas recortándose contra el cielo ni la arboleda del

río, no ver tampoco los coyotes trotando en la distancia o el campamento entre árboles o a Gran Escudo u Oso cabalgando hacia él, ni tan siquiera una mano levantada cerca de su cara, sólo el movimiento rojizo y tal vez ni siquiera eso. Tal vez sólo una espesa y constante oscuridad, como la de una cueva o a cielo abierto en las llanuras de noche con el cielo encapotado y sin una sola estrella brillando en el cielo. Un hombre era incapaz de buscar un rastro o apuntar con un rifle; tendría que palpar sus alrededores mientras se movía como un gusano y esperar que alguien le trajera carne. Tendría que aprender las posiciones del sol sintiéndolo en su piel, y la tierra tocándola con las plantas de los pies, y a las personas por el tono de sus voces o el susurro de su manera de pisar. Tendría que escuchar las cosas, como Boone escuchaba el suave paso de los caballos que Gran Escudo y Oso cabalgaban.

—Brazo Fuerte duerme —dijo Escudo Grande, y luego Boone abrió los ojos. Los dos indios se bajaron de sus caballos, se sentaron y encendieron sus pipas.

—Los búfalos se han ido —dijo Oso tras dar una larga calada—. Sólo quedan los más viejos… sólo carne para lobos. Hemos mirado en las cuatro direcciones, Gran Escudo y yo, y las manadas están lejos en dirección al nuevo sol. Han corrido delante de nuestros cazadores. Es tiempo de viajar.

Gran Escudo se inclinó hacia delante haciendo la señal del sí.

—Llevamos demasiado tiempo aquí.

—Nuestros tramperos vuelven a las tiendas sin castores.

—Los castores han sido robados. La caza de primavera ha sido pequeña.

—El campamento comienza a apestar porque llevamos mucho tiempo aquí.

Boone les dejó hablar. Todavía eran guerreros, pero ya entrados en años y con cierta afición por los parlamentos pausados mientras fumaban al sol. Un ciego al oírlos se preguntaría si las palabras eran pronunciadas por lenguas y labios como los suyos, moviéndose en rostros como sus manos le indicaban que era su rostro. Boone volvió a cerrar los ojos, intentando adivinar qué le parecerían aquellas dos personas si sólo contara con su oído para saberlo. Un rato después escuchó que Oso decía:

—Lloras por dentro, Brazo Fuerte.

Los ojos de Oso eran viejos y rodeados de arrugas, pero todavía agudos como los de un tiburón. Boone bajó los suyos ante los de ellos, cogió una roca y comenzó a escavar un agujero con ella. Estaba barajando la idea de reírse o decir que no era cierto y desviar la conversación a otra cosa; sus sentimientos eran asuntos que no le incumbían a nadie, pero era más fácil hablar con los indios que con los blancos, y con los conocidos que con los mejores amigos. Se reprimía de mostrar a Jim lo que tenía en su interior, como se reprimía de hacerlo con Ojos de Cerceta, sintiéndose débil y avergonzado de que ellos lo supieran, pero era diferente con dos viejos indios que no querrían entrometerse en lo que él dijera o husmear más allá.

Asintió lentamente.

—¿Hay alguna medicina para que el ojo ciego vea?

—Nuestros hombres medicina hacen medicina, pero la ceguera es demasiado fuerte para ellos —dijo Gran Escudo.

—Es mejor morir —dijo Oso—. Es mejor matar a los ciegos.

—Yo lloro por el ciego en mi tienda.

Oso asintió.

—Yo lloro por mi hermano que llora. ¿Llora también Pelo Rojo?

Boone asintió.

—Jim llora. Él es mi hermano también.

Oso puso más tabaco en su pipa.

—Es él quien tiene que llorar —sus ojos se dirigieron hacia Gran Escudo esperando un sí—. Es Pelo Rojo quien tiene que llorar —durante lo que pareció un largo rato, Boone escudriñó el semblante de Oso, que estaba surcado de arrugas por la edad y la reflexión; los ajados labios de Oso chuparon la boquilla de su pipa. Inspiró una calada hasta los pulmones, luego miró a Boone a los ojos y respondió la pregunta con otra pregunta—: ¿Es que el águila negra cría al rojo halcón?

Boone oyó su propia voz como un chasquido en el largo silencio.

—Hablas a la ligera.

La mirada de Oso estaba vagando de nuevo por el valle.

—Eres tú el que habla a la ligera —dijo—. Sabes. Cuando un hombre sabe no importa. Yo he dado a mis esposas por whisky y pólvora. Las he dado para mostrarles que era su amigo. No pasaba nada. Cuando una squaw se escabulle y su hombre no lo sabe, entonces él siente sangre en sus ojos.

Escudo Grande tiró la ceniza de su pipa y se levantó.

—Yo tenía una esposa, y yació en secreto con un hombre —apoyó un dedo sobre su nariz—. Le corté el pelo y la nariz y la eché de mi tienda. Me quedé con dos caballos búfalo del hombre. Encontré otras squaws. La vida era buena otra vez.

Se subieron a sus caballos y cabalgaron hacia el poblado.

—Pelo Rojo se fue a Fort McKenzie —dijo Ojos de Cerceta.

—¿Quién te lo ha dicho? —Boone la observó atareada con el bebé, con los ojos atormentados posados en los ojos ciegos del bebé, como si de repente fuera a recobrar la vista.

—Vino a preguntar por ti.

—¿Por mí, en serio?

Boone preguntó y luego se calló lo que hubiera podido decir a continuación. Había sorpresa en el rostro de ella, como si no pudiera entender en absoluto a qué podría referirse. Boone miró al bebé y luego apartó la mirada, y luego volvió a mirar. El rojo no era de un rojo alazán como el de Jim, pero seguía siendo rojo igualmente… rojo mezclado con negro indio y oscuro más cerca de la cabeza, como la corteza de abeto viejo. ¿El águila negra criaba al halcón rojo? Se levantó y permaneció durante unos segundos sin ver nada, sintiendo náuseas y enardecido por la sospecha, sintiéndose como un hombre que hubiera sido mordido por una serpiente, un dolor pequeño y agudo al principio y la mente nublada pero incrédula, y luego el mordisco se extendía y la carne se hinchaba y el dolor estallaba en todo el cuerpo. Él se lo preguntaría si pudiera creer en su respuesta, pero una mujer que ha mentido a un hombre lo volverá a hacer.

A espaldas de ella, él dijo:

—Mejor matar a un bebé ciego.

Las palabras hicieron que ella se volviera como con un resorte. Se levantó lentamente y en su rostro se veía que la conmoción ganaba sobre la tristeza que había estado allí antes.

—¡Boone!

—Él está mejor muerto.

—¡Tu mente no cree lo que tus palabras dicen!

—Me has oído. ¿Cuánto tiempo estará fuera Pelo Rojo?

Ella apartó su rostro del suyo, como si hubiera estado buscando algo y no lo hubiera encontrado, y se giró hacia el bebé. Al verla languidecer se sintió un miserable, pero furioso y complacido en su mezquindad también. La observó por el rabillo del ojo, preguntándose qué secretos guardaba, preguntándose qué le ocultaba. La mañana, y su conversación con Oso y Gran Escudo, le parecían tan lejanas como si las hubiera vivido en otra vida. Había experimentado primero una punzada de dolor e incredulidad, y luego el recuerdo, después las conjeturas, mientras el dolor iba en aumento y la incredulidad disminuía, y lo invadía la mayor tristeza que cualquier alma pudiera sentir. Sabía muy bien que Jim sentía atracción por Ojos de Cerceta. Había visto cientos de detalles y escuchado cientos más, aunque nunca creyó que Jim pudiera perjudicarle jamás. Pero era a Ojos de Cerceta a quien había juzgado mal, pensando que tan sólo sentía por él cierto aprecio. Era Ojos de Cerceta, apoyada sobre un costado y dándole la espalda, guardando tal vez su preciado secreto en su cabeza y su cuerpo y recordando las caricias de Jim.

De repente no pudo aguantar estar allí por más tiempo.

—No tengo ni idea de cuándo regresaré —le espetó en inglés—. Tres o cuatro noches.

Ella no respondió, pero Boone sabía que le siguió con la mirada mientras salía. Se le ocurrió entonces, mientras caminaba hacia su caballo, que tal vez ella pensara que sin él en la casa podría tener alguna oportunidad de estar con Jim.

Al principio cabalgó sólo para calmarse, haciendo que su caballo galopara contra el viento, sintiendo el refrescante y duro latigazo de este contra sus mejillas y el empuje honesto en su pecho. El viento era algo a lo que un hombre podía hacer frente, y embestir contra él. Era algo que conocía. Era algo que podía prevenir, sin dudas ni esperas ni preguntas sobre ello, sin un negro veneno en la sangre. Más tarde se percató de que estaba dirigiéndose hacia Fort McKenzie, y entonces un plan tomó forma en su cabeza. Ojos de Cerceta ya pensaba que él estaría fuera de la tienda durante tres o cuatro noches. Él se marcharía a McKenzie y haría creer a Jim que iba a estar fuera del poblado durante un tiempo en busca de búfalos y colocando trampas acampado en algún lugar. Luego observaría, y luego le seguiría. Pondría la trampa y vería qué salía de todo ello para, tal vez, averiguar de forma rápida si Oso tenía razón. Y todo indicaba que la tenía, cuanto más reflexionaba Boone sobre ello, recordando las sonrisas que Jim siempre tenía para Ojos de Cerceta, y las prolongadas y lentas miradas y palabras como ramos de flores, y cómo se iluminaba el rostro de ella al verle y el placer con el que lo miraba cuando hablaba. Oso y Gran Escudo daban por sentado que compartía su squaw con Jim. Probablemente, toda la tribu lo pensara, y por cosas que hubieran visto, equivocándose solamente al pensar que la idea de compartirla era decisión del propio Boone. ¡Maldito estúpido, yendo por ahí ciego mientras ellos jugueteaban a sus espaldas y se burlaban de él! Todo el tiempo había creído que Ojos de Cerceta era sólo suya y

de nadie más. Se había acostado con ella de noche y se había sentido más afortunado que otros hombres por tenerla y tan profundamente satisfecho que ni siquiera era capaz de hablar de ello, ni siquiera a ella, porque ese sentimiento era como una debilidad en él, como un secreto que debía ser guardado en su cráneo, escondido bajo sus propias costillas.

Cuando el sol descendió, maniobró con el caballo hacia los pies de un barranco donde discurría un hilo de agua y después volvió a escalarlo y se dirigió hacia los tres berrendos que había visto desde el otro lado. Ató el pañuelo en la punta de la baqueta y se acostó con el rifle y mantuvo la baqueta de manera que el reclamo se agitó al viento. Los berrendos danzaron de un lado a otro, retrocediendo rápidamente de vez en cuando y después serpenteando más cerca, hasta que tuvo su punto de mira en uno y dejó que su dedo apretara el gatillo. Los otros dos despegaron del suelo como pájaros después del disparo, y se alejaron con sus blancos cuartos traseros brillando bajo el sol, pero el muerto se agitaba moribundo en la hierba. Boone se hizo la cena con su carne.

La noche era tan cerrada y oscura que no podía distinguir dónde acababa la tierra y dónde comenzaba el cielo. Echado y cubierto con una manta de piel de búfalo y con su silla de montar haciendo las veces de almohada, no podía ver nada sobre su cabeza o en la cima de una colina cercana. Tanto daría que ahora fuera ciego, excepto por el hecho de que para él el sol volvería a levantarse al día siguiente. Se quedó tumbado en medio de la oscuridad, donde arriba y abajo o uno u otro lado era todo igual, y el tormento iba en aumento mientras su mente repasaba los recuerdos, seleccionando cosas que había visto antes y cosas que había oído y sentido, inventándose cosas que todavía no habían pasado. Y Jim abriendo su bocaza. ¡Que me aspen si no tiene un tono rojizo de pelo! Oso hablando. Gran Escudo hablando. Es Pelo Rojo quien debiera llorar. Cuando un hombre lo sabe no pasa nada. Yo le corté la nariz y la eché de mi tienda. La vida volvió a estar bien. Él mismo hablando. Tú eras casi el único amigo que he tenido, Jim. Al menos, eso pensaba. No entiendo cómo pudiste tratarme así, yo que he cazado y viajado y bebido y jugado contigo y además te he salvado el pellejo y he confiado en ti con respecto a Ojos de Cerceta a pesar de saber que te gustaba. Pero lo has hecho, y ahora, ¡maldito seas! Él mismo hablando. Ojalá pudiera creerte, Ojos de Cerceta, pero por mucho que lo repitas no será más cierto. Ojalá pudiera echar marcha atrás y decirte todo lo que tenía dentro de mí. No se me da muy bien hablar. Se me hace difícil, pero tú sabías que yo me iba a quedar contigo hasta el final. No tenías que ir a ningún otro sitio para encontrar un hombre que te quisiera realmente. Pero te pillé. No sirve de nada que supliques. Oso hablando. La brisa hablando. La noche hablando. ¿Es que el águila negra cría al halcón rojo? Es una noche tan cerrada que uno no puede ver tres en un burro.

El viento lo despertó, tirando de su manta. El cielo había palidecido y ahora era de un color gris mortecino. Al este el sol dejaba entrever que amanecería inmediatamente. Boone comió, se montó en su caballo y continuó cabalgando.

El sol estaba justo sobre su cabeza cuando vio a lo lejos a un jinete viajando en su dirección. A pesar de estar apuntando hacia él, el hombre pasaría tal vez a una distancia de un disparo largo de rifle hacia el sur. Boone dirigió el caballo a la izquierda tras una pared de sauces que crecían junto a un pequeño pantano, y no intentó reflexionar por qué lo hizo, sólo pensó que no quería hablar con nadie. Desmontó y observó tras los sauces. Estaba claro que el jinete no lo había visto porque

siguió avanzando en línea recta, sentado en su montura con la cabeza inclinada y dejando que el caballo se tomara su tiempo.

Por su aspecto, podía ser Jim de regreso de Fort McKenzie y hacia el campamento. Podía ser Jim, cabalgando encorvado sobre su silla y desprevenido e incluso pensando en Ojos de Cerceta. Un poco después Boone vio que, sin duda, se trataba de Jim.

Un hombre astuto saldría a su encuentro cabalgando y diría a Jim que tenía intención de irse al fuerte y más allá y que no regresaría en un tiempo. Así se aseguraría por partida doble de que su trampa funcionase. Un hombre astuto vería el pelo rojo y sonreiría igualmente, y tal vez incluso estrecharía la mano y nunca temería lo que su dolor y odio podrían obligarle a hacer. Boone se quedó allí inmóvil y miró, y era como si todos sus sentimientos se quedaran también en silencio y ocultos, mientras Jim se aproximaba y pasaba de largo y se alejaba hacia el oeste.

Cuando Jim se hubo alejado un buen trecho, Boone se montó en el caballo y le siguió. La trampa ya estaba bien colocada y no tendría que esperar mucho para ver qué cazaba.

Desde arriba del risco Jim apenas distinguía el poblado. Una hoguera o dos titilaban en la amplia cuenca que el río había horadado desde tanto tiempo atrás que ningún hombre sería capaz de imaginárselo. Las tiendas indias eran como sombras etéreas sobre la sombra más oscura de la tierra.

Los perros comenzaron a ladrar cuando se acercó al campamento y corrieron hacia él, haciéndose visibles muy lentamente, como si el sonido tomara forma. Habló con ellos y gritó su nombre para que los *piegan* supieran quién llegaba. Una squaw estaba de pie a la entrada de una tienda; su silueta era un bulto de oscuridad que se recortaba contra el fuego del interior y lo miró al pasar. Del tipi de Boone salía el resplandor de una hoguera.

Delante de la tienda Jim habló con voz fuerte:

—Boone, tengo una carta para ti.

No recibió ninguna respuesta.

—¿Dónde está Brazo Fuerte, Ojos de Cerceta?

Jim podía ver la sombra de ella moviéndose en el interior de la tienda, se bajó del caballo y asomó la cabeza dentro.

Ella se enderezó; estaba cerca del bebé acostado en su cuna.

—Se fue a cazar. No volverá esta noche.

Jim entró y apoyó el rifle contra un poste de la tienda y se mantuvo a cierta distancia de ella. Se le ocurrió entonces a Jim, al ver la luz del fuego reflejándose en el rostro de Ojos de Cerceta, que nunca se acordaba de lo joven que ella parecía, o lo grandes que eran sus ojos y lo mucho que le herían. Ella era una sorpresa cada vez que la veía.

—He traído una carta para él, de Fort McKenzie.

Ojos de Cerceta no hizo ningún gesto de coger la carta, sólo se quedó mirándola un largo rato, como si pudiera leerla dentro del sobre que sostenía Jim. Ella entonces levantó el rostro para mirarlo.

Y entonces reconoció la tristeza que había en él, no una tristeza de un ceño fruncido o arrugas

o una boca torcida, sino una tristeza expresada desde el corazón. Sintió que su propio corazón le daba un vuelco y se inflamaba por la pena que sentía por ella.

—¿Es de su gente? —preguntó ella.

—Eso creo.

—Se lo llevará lejos.

Jim volvió a hablar en inglés.

—¡Espera un segundo, Ojos de Cerceta! Y si él se va, volverá. Él nunca te abandonará.

Su voz no sonó más alto que un susurro.

—Mi bebé ciego, y Boone está furioso conmigo, y la carta de las gentes blancas se lo llevará —levantó su rostro hacia el de Jim—. Tengo miedo, Pelo Rojo.

Bajó la cabeza y un escalofrío recorrió su cuerpo, y dio un torpe e inseguro paso para darse la vuelta y a Jim le pareció que estaba lleno de desesperanza. No recuerda cuándo él se acercó a ella. Sólo supo que sus brazos la abrazaban y que la cabeza de ella se posaba sobre su pecho.

Hablando entre su cabello, Jim dijo:

—Tranquila, preciosa. Todo saldrá bien.

Ella le dejó que la abrazara, y a Jim le recorrió un sentimiento de pena y de rabia contra Boone y contra las circunstancias, y luego la pena y la ira desaparecieron y fueron sustituidas por algo distinto. Él sintió el cuerpo de ella contra el suyo, sintió su respiración caliente y rápida en su cuello, sintió sus pechos contra su torso y una pierna delgada tocando la suya. Las palabras de Harvey entonces saltaron en su mente, las palabras de Harvey y la descabellada imagen que había pasado fugazmente por su cabeza, y sólo por un instante el hombre que había en él dio un paso adelante, y sintió como si esta vez, en ese instante, el tenerla entre sus brazos era algo que estaba escrito que ocurriera desde el principio y que nada ni nadie en la tierra lo pararía.

Sus manos agarraron con furia sus brazos y la sostuvo mientras examinaba su rostro. Era como un pajarillo entre sus manos, un pajarillo atrapado e inmovilizado a la espera de lo que pudieran hacerle, con el corazón latiendo rápidamente en su pecho, los ojos abiertos y lastimeros, con oscuras y secretas aguas flotando dentro.

Y entonces Jim sintió que el cuerpo de ella temblaba entre sus manos y vio de nuevo la tristeza en su rostro, y recobró la razón y el entendimiento y el hombre en su interior se derritió. Bajó la cabeza apoyándola sobre el oscuro cabello y la sujetó delicadamente, con la certeza de que nunca podría tenerla. Era el niño ciego lo que le permitió seguir consolándola, el niño y el miedo de perder a Boone, y Boone tan encerrado en sí mismo que ella no podía conocer sus sentimientos ni mostrarle los suyos a él.

—Ojos de Cerceta —dijo mientras le daba palmaditas en la espalda—. Pobre Ojos de Cerceta.

Boone se desvió hacia el sur para aproximarse al poblado en contra de la suave brisa que soplaba. De esa manera no despertaría a los perros. A unas cien yardas del campamento se bajó del caballo y avanzó a pie, pisando con cuidado y suavemente. Sentía la sangre latiendo con fuerza en su cabeza y los músculos rígidos y todo su cuerpo tenso y preparado como si estuviera seguro de lo que iba a encontrar. Se obligó a pararse y respiró profundamente y se relajó un poco. Se obligó a

recordar entonces que sería una casualidad que su plan ya hubiera funcionado. Intentó convencerse a sí mismo de que podía estar equivocado. Pero cuando echó a andar de nuevo, la sangre comenzó a latir y los músculos se tensaron. Cuando ya estuvo entre los tipis, avanzó seguro y con decisión, para demostrar a todos los que le vieran que estaba en casa, pero siguió avanzando en silencio, para que el sonido de sus movimientos no llegara a su propia tienda. Había luz de estrellas alrededor de los tipis y el moribundo resplandor que se filtraba desde el interior y los sonidos del sueño.

Su tienda se alzó ante él. Se paró a un lado para escuchar, pero lo único que escuchó al principio fue el pesado golpeteo de su propio corazón. Lo único que vio fue una sombra de pie y borrosa tras la pared de pieles. Luego habló una voz, baja y suave como la que emplearía un hombre con una mujer cuando la pasión se apoderaba de él. Le oyó decir «Ojos de Cerceta» y ya no esperó más. Giró hacia la entrada, se agachó y entró de golpe.

Ellos no le vieron inmediatamente. No escucharon el roce de su ropa contra las pieles de la tienda. Se quedaron allí de pie, formando una sola figura, formando la sombra que había visto recortada en la pared. Sabía qué estaba haciendo ahora. Sabía lo que tenía que hacer. No servía de nada hablar o pensar o sorprenderse. No servía de nada preguntar o planificar. El propio cuerpo actuaba por él.

—Dios mío, es lo que sospechaba —dijo.

—¡Boone! —exclamó Jim al tiempo que separaban sus cuerpos. Pero ya no dijo nada más, sólo se quedó allí de pie intentando sonreír, mientras la luz del fuego revelaba la culpa en su rostro tan claramente como la luz del día, e iluminaba el miedo en los ojos de Ojos de Cerceta.

Jim alargó el brazo, rígido y torpe como un palo, y dijo:

—Te traje una carta para ti.

La pistola era mejor que el rifle.

—¡Boone! ¡Boone! —gritó Jim, y lo vio venir, y Ojos de Cerceta intentó, demasiado tarde, lanzarse en medio para así salvar a su amante secreto. Entre las cuatro paredes la pistola sonó atronadora.

Jim trastabilló hacia atrás, sintiendo como si todo su pecho estuviera vacío, sintiendo como si estuviera totalmente hundido por un golpe. Intentó enderezarse. Se obligó a caminar hacia la puerta para respirar el aire por el que estaba muriéndose. Se cayó de bruces. Fue todo lo que pudo hacer para girarse. Quería gritar. Quería decir que no era lo que parecía. Quería dejar claro que había sufrido un minuto de locura, pero que no había ido a mayores y que Ojos de Cerceta no tenía culpa de nada. Pero las palabras no salían de su boca; no tenía el suficiente aire para articularlas.

—¡Debería cortar tu maldita nariz! —era Boone el que hablaba, dirigiéndose a Ojos de Cerceta. Ella no respondió. No se movió, sólo unas lágrimas cayeron de sus ojos y brillaron a la luz del fuego y rodaron por sus mejillas en dos grandes gotas.

Las cosas parecían muy lejanas, tan lejanas que la voz no se escuchaba, lejanas y cada vez más apagadas. Jim vio piernas a la entrada de la tienda y las recorrió hacia arriba y vio rostros de indios asomados adentro sin ninguna expresión en ellos, tan sólo la curiosa mirada de animales.

—Él muerto —dijo uno de los rostros.

Boone se agachó y recogió la carta, y ladró a Ojos de Cerceta:

—No sirve de nada que llores. ¡Por Dios, te he pillado!

Jim inspiró aire. Tenía que hablar. Tenía que explicarse. Eres un hombre duro, Boone, y te encierras en ti mismo, y Ojos de Cerceta está triste con el bebé ciego y temerosa de perderte, y sin tener a nadie con quien desahogarse, sólo conmigo. No ha pasado nada, Boone, no ha pasado nada en absoluto. Para ella yo no era nada más que un pecho sobre el que llorar y una palmada en la espalda.

No lograba inspirar el suficiente aire para hablar, tan sólo una brizna antes de que le atenazara el dolor y no le dejara. Sentía que si miraba hacia abajo podría ver su pecho reventado y su corazón latiendo desnudo y los pulmones retorciéndose por la falta de oxígeno. Escuchó la voz de Boone como un látigo y a Ojos de Cerceta intentando responder, y escuchó a los indios gruñendo y los vio empujándose en la entrada y a Ojos de Cerceta con sus ojos aniñados húmedos y suplicantes.

No servía de nada intentar buscar palabras, o aire o tiempo; sólo tenía que permanecer allí tumbado en silencio mientras sus ojos veían y los oídos escuchaban y el corazón se desangraba. Le pareció que a lo lejos Boone se movía, caminaba hacia la puerta con la cabeza alta y las trenzas balanceándose al ritmo mientras los indios le abrían paso y desapareció de su vista. Jim dirigió su mirada a Ojos de Cerceta, que estaba allí de pie como si fuera demasiado desgraciada para seguir viviendo, y su cuerpo de chica se derrumbó y los abiertos y oscuros ojos lloraron mientras miraban por donde Boone había desaparecido.

—Tú no volver —dijo en inglés, tan bajito que Jim apenas lo escuchó—. Tú no volver.

Y eso es lo que ocurrió al final. Un hombre enfrentado a la muerte solo, su visión fue oscureciéndose y su oído se fue apagando y, de esa manera, tan sólo el corazón se redujo a nada y la mente expulsó todo pensamiento. El mundo se alejó de él, la tienda y el aire y las nubes y las oscuras colinas allá fuera y las gentes que había alrededor, hasta que sólo la tierra en la que yacía le parecía cercana.

Y así fue como murió Jim Deakins, echado en el suelo con un agujero de bala en el cuerpo y sin nadie a su lado que le cogiera la mano y lo calmara. Así murió Jim Deakins, que no dudó en traicionar a un amigo y destruir la vida de una mujer, y que logró controlarse pero echó al traste todas las cosas igualmente, y ahora ya no era posible solucionarlas. Tenía que yacer allí desamparado y solo, pero ya no tenía miedo; mientras tanto, sobre él y sobre la tienda que lo engullía en las profundidades, el cielo oscurecía profundamente sobre las llanuras vacías. Escuchó a alguien hablar, unas palabras articuladas en el aire, pero no sonaron con voz. «Ahora sabré si Dios existe, supongo». Poco después se dio cuenta que habían sido sus labios los que habían hablado.

QUINTA PARTE

1843

CAPÍTULO XLIII

El invierno se había marchado del valle del Missouri, pero la primavera se resistía a llegar. El clima era el de un entretiempo de lluvias grises, furiosas ráfagas de aire y un frío húmedo que dejaba la ropa empapada. Al despertarse por las mañanas, Boone sentía la piel erizada y entumecida al rozar con el ante. Los búfalos seguían refugiados entre los matorrales, esperando a que saliera el sol, revolcándose en el barro de las orillas antes de que la piragua los sobresaltara y se quedaran mirando con ojos estúpidos y malhumorados tras el pelaje de invierno. Sobre su cabeza, los ánades reales volaban en parejas, produciendo un silbido con las alas, y aterrizaban deslizándose en el agua y nadaban con las cabezas altas como si estuvieran vigilando la llegada del tiempo de anidar. En los márgenes, los sauces desnudos de hojas zarandeaban sus ramas y los álamos de troncos grises sostenían sus desnudos miembros hacia arriba a la espera.

—Jesús, es el clima más miserable de todos —dijo el Viejo Mefford mientras manejaba el timón y miraba el río con los ojos entornados y el rostro escarchado de barba blanca—. No es ni invierno, ni verano, ni primavera, ni otoño, ni malo ni bueno, no es nada, válgame el cielo. Salvo alguna que otra mata de hierba, todo está muerto y pelado como un toro recién despellejado. Puedo soportar el frío y el calor y la nieve y el polvo y todo lo demás, pero este clima se me clava en las entrañas. Hace que uno tenga mala suerte, sí señor. Casi me arrepiento de no haber vendido estas pieles en Union, en lugar de haberlas embarcado hasta San Luis para sacar más por ellas. De todas formas, por algún motivo el castor se paga más bajo que una tripa de serpiente. ¿Qué tal te ha ido a ti, Caudill? Supongo que habrás vendido las tuyas.

Boone estaba sentado con la espalda apoyada en el fardo de Mefford que contenía las pieles que este había cazado durante dos años. Estaban cubiertas con piel de búfalo y atadas fuertemente con correas. Boone miró a Mefford y luego al río y al barquero a la derecha de la proa. El barquero levantó la mirada, esperando una respuesta.

—Esos *crow* —dijo el viejo Mefford después de esperar un tiempo a que Boone respondiera—, imagino que deben de ser los desgraciados más ladrones a esta parte del infierno. No sé cómo logré salir con los pellejos que me llevé. Y también pueden ver a largas distancias. Pueden detectar unas provisiones escondidas donde un águila sería incapaz de verlas. Ocurrió hace cinco estaciones, yo y otro atrapamos la piel más hermosa que jamás hayas visto, escarbamos en la tierra con cuidado, lo cubrimos de nuevo con la tierra y la hierba, recogimos la tierra restante y la llevamos al río. Después provocamos una estampida de búfalos de los alrededores y nos alejamos al galope seguros de que no había nariz ni ojo humano o animal que pudiera saber que había un castor enterrado allá abajo. Pero ¡válgame el cielo, los *crow* lo encontraron! No quedaba ya ni un pelo allí cuando llegó la primavera. Tú has tratado con los *crow*, Caudill. ¿Nunca viste la habilidad con la que robaban?

El remero intervino entonces.

—Los *assiniboine*, esos también son buenos ladrones.

—¡Y los *rock*! Son la gente más despreciable que haya visto jamás. Pero no son tan buenos como los negros, ¿verdad, Sam?

—Los negros son buenos ladrones. Eso es así. Pueden trincar una gallina de un gallinero sin

que cacaree ni una sola vez.

Boone se volvió y vio a Sam en el remo izquierdo, con los dientes brillando blancos en su negro rostro. La mitad del tiempo Sam estaba sentado con una sonrisa perezosa en los labios y el remo olvidado a un lado, soñando con la carne de cerdo, probablemente, y con las batatas y el pan de maíz, y tal vez con la mujer negra que le esperaba. Sam era un negro libre al que la compañía dejó marchar cuando estaba a punto de cumplir sus cinco años en Fort Union, a él y al otro remero, un francés que decía llamarse Antoine. Se ofrecieron como tripulación en cuanto supieron que Mefford planeaba zarpar desde Fort Union y que necesitaba hombres para las dos pequeñas canoas que había enganchado juntas y sobre las que había colocado una plataforma para convertirlas en una piragua; el ansia de ambos hombres por regresar a los asentamientos era tan grande como para enfrentarse a la amenaza de los indios.

—Despreciables, sí señor, ¿eh, Caudill?

Las cosas habían cambiado los últimos doce años. Las orillas estaban erosionadas y diques e islas enteros habían desaparecido; el río había excavado nuevos lechos, de manera que cuando uno regresaba no sabía dónde había estado anteriormente, tan sólo podía guiarse por las colinas que seguían en su lugar de siempre y los riachuelos que partían de ellas. Uno buscaba un punto de referencia o unos matorrales que su mente recordase por algún hecho que hubiera tenido lugar allí, pero nunca podía estar totalmente seguro por la forma en la que discurrían las corrientes. Nunca se podía señalar el lugar exacto donde tal cosa tuvo lugar.

—Una pena que tu Ma no te enseñara a hablar, Caudill, así el día se nos haría más llevadero. Hablar reconforta, en serio —los ojos descoloridos de Mefford miraron risueños a Boone y continuó hablando al francés—. Apenas me escucha. Necesita estar con gente. Ha estado en las montañas tanto tiempo que se ha vuelto mudo, y su lengua no le sirve de nada, sólo para lamer con ella.

El viejo Mefford hablaba de día y de noche, hablaba sólo para oír su propia voz, hablaba como si quisiera asegurarse de que estaba vivo y no estaba loco, hablaba porque por fin tenía unos oídos dispuestos a escucharle; el viejo Mefford hablaba y, en ocasiones, los barqueros se unían a la conversación, y contaban lo que harían en los Estados con un brillo en los ojos, y, a veces, el negro Sam cantaba tristes canciones mientras navegaban junto a orillas irregulares y la tierra muerta esperaba la llegada de la primavera. Uno no podía parar al viejo Mefford. Una mirada penetrante no detenía su lengua, ni una palabra agria, ni nada que no fuera asesinarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que te vi, Caudill? En el treinta y siete, ¿no es así, en el Seeds-kee-dee, allí cerca de Horse Creek? Había un pelirrojo contigo, y Dick Summers estaba ya casi a punto de abandonar las montañas. Te cargaste a un tipo, ahora lo recuerdo, le desencajaste el brazo y le clavaste su propio cuchillo. Recuerdo al pelirrojo, era un tipo divertido. ¿Dónde está ahora? ¿Qué te ocurrió después del treinta y siete? Es como si hubieras estado escondido en un agujero.

—¿Y qué si lo hice?

El río serpenteaba por las extensas tierras de los *assiniboine*, girando a uno y otro lado como una serpiente herida que no pudiera recordar el camino a su agujero. Corría desbocado y gélido entre las colinas, dejando una espuma turbia en las orillas. Discurría como un río perdido, buscando desesperadamente un camino hacia el mar, marrón como el cuero de día y negro por

contraste con las blanquecinas laderas de noche. Tras la puesta de sol, amarrado a islas y en medio de una oscuridad espesa y el brillo de las tenues estrellas atrapadas en el agua, Boone escuchaba el atribulado murmullo del río, escuchaba la conversación consigo mismo, el sonido de la caza junto a las orillas, mientras el viejo Mefford cacareaba y Sam y Antoine reían y la madera mojada pedorreaba en la hoguera humeante que habían encendido.

—Apenas he visto indios por la zona. Ni una sola liendre, por Dios. Este lugar es más seguro que una iglesia. Más seguro que cualquier maldita iglesia. Me recuerda los tiempos en que…

Arriba en las alturas, invisible tras la penumbra, Boone oyó a los gansos salvajes surcando el cielo, llegando ya tarde al norte. Sus voces llegaron hasta sus oídos, los breves graznidos que se lanzaban, animándose unos a otros en pleno vuelo en la oscuridad.

—O no hemos visto ni una sola pisada de mocasín durante todo este tiempo o es que me he vuelto loco.

La luna subió a las alturas y lanzó un prolongado rayo de luz sobre el agua. Desde la orilla una pezuña produjo un chasquido al despegarse del barro.

Uno había aprendido unas cuantas cosas en trece años… y se había quedado vacío e insensible con ese aprendizaje, a excepción de los repentinos arranques de ira que de vez en cuando le dominaban. Dejaba que el sol brillara sobre él y que el viento soplara a su alrededor y que las imágenes llegaran a sus ojos y los sonidos a sus oídos, y nunca pensaba más allá. Era como una bestia estúpida, con el ayer perdido a sus espaldas y el mañana turbio frente a él y sólo existía ese aquí, sólo ese ahora, contando con él, sólo el sol y el viento y el río y los árboles y las colinas. Lo único con lo que podía jugar era con la idea de arreglar cuentas, como con el sheriff en Paoli. Podía pensar en regresar a estar con la gente y sentir cómo su mandíbula y sus entrañas iban anquilosándose esperando que llegara su hora.

El río merodeaba por las colinas y luego giraba bruscamente, como si por fin hubiera encontrado su lecho, y discurría al sur, hacia el viejo territorio de los *mandan* y los *arikaree*, más allá del río Knife, el Heart y el Cannonball. Los *mandan* ya habían desaparecido, exterminados por la viruela, y los *arikaree* habían huido de los *sioux*, y los poblados de ambos estaban en ruinas y abandonados, cubiertos de malas hierbas allá donde antes los hombres se habían sentado solemnemente para parlamentar, y de animales paciendo donde la enardecida tripulación del *Mandan* había gemido sobre squaws *arikaree* en la oscuridad. Sólo quedaban las colinas, sólo quedaba el río, aunque este también era de memoria frágil, excepto algunas veces de noche, cuando el cielo se reflejaba silenciosamente sobre él y uno lo miraba y tenía que apartar bruscamente los ojos para no ver los reflejos del ayer. El caudal subía más allá del Grand, del Moreau y el Cheyenne, adentrándose en la tierra de los *sioux*, más allá de los viejos fuertes envejecidos y derribados para usar su madera como combustible para los barcos de vapor, más allá de los nuevos fuertes, más allá de fuertes en construcción y del sonido de martillos claveteando y saludos lanzados desde la orilla; todo ello lo dejaron atrás y lo perdieron de vista y oído como si jamás hubiera existido.

No veían indios por ningún sitio, a excepción de los alrededores de los fuertes.

—Es territorio seguro, como una iglesia, hacedme caso —decía el viejo Mefford desde debajo de su mata de barba blanca mientras Sam y Antoine asentían y sus rostros se relajaban sintiéndose

seguros—. Los diablos rojos no os matarán, ¿verdad, Sam?

—Ningún indio va a poder con este negro. Este negro tenía pensado regresar a su casa.

Los viejos ojos de Mefford siempre estaban atentos, recorriendo rápidamente el río y las orillas mientras su mano manejaba el timón.

—Tal vez me he apresurado al hablar, ayer y antes de ayer —entrecerró los ojos para evitar el reflejo del sol en el agua—. Son *pawnee*, ¿verdad, Caudill? Y más de unos cuantos.

—*Sioux*.

Los indios estaban erguidos sobre un montículo, una docena de ellos aproximadamente, e hicieron una señal con la mano para que la piragua se acercara.

—*Sioux* o *pawnee* o lo que demonios sean, mejor no meterse con ellos.

—Ah, no tenemos nada que tratar con los *sioux* —dijo Sam, por una vez atareado con su remo.

—¡Saludad, malditos pieles rojas, y ya veréis lo que os lleváis! —Mefford había puesto la piragua con rumbo hacia la orilla opuesta—. No hay ningún motivo de alarma… con armas no pueden.

Antoine estaba hecho de mejor piel y tenía más sentido común que la mayoría de los franceses. Su remo se movía seguro y regular, y su rostro tenía el frío gesto de estar calculando el peligro y considerándolo de poca monta.

Los indios se alinearon en la orilla con los brazos colgando a los lados. Cuando la piragua viró hacia la corriente y se mantuvo en su rumbo, dos de ellos levantaron unos rifles. El humo salió en pequeñas volutas; las dos balas chapotearon en el agua bastante lejos del blanco y el chasquido de los mosquetes sonó después. Los indios brincaban en la elevación. Sus gritos les llegaron flotando por el río.

—No podrían ni disparar al suelo con esos dos viejos cacharros —dijo Mefford—. ¡Aullad, pieles rojas! ¿Es que sois squaws y tenéis miedo de luchar? ¿Desde cuándo los perros pueden hablar?

—Son todos unos malditos ladrones pieles rojas —siguió maldiciendo mientras los indios se perdían de vista tras un recodo—. Sólo hay un indio bueno: un indio muerto, sí señor, aunque algunos *mountain men* opinen de forma distinta.

Sam sonreía, ahora que el peligro ya había pasado.

—Las squaws son buenas —dijo, con el recuerdo en sus ojos—, y tanto que sí.

—No tanto. Uno termina por pensar que lo son porque no hay mujeres blancas disponibles. El alcohol y el agua del río y el jugo de tabaco saben bien si uno no tiene whisky a mano. Y comer raíces es mejor que morir de hambre. Los *mountain men* se engañan a sí mismos, pavoneándose de esto y de aquello, pero siempre conscientes para sus adentros de que mienten. ¿Verdad, Caudill? Responde. Tú tienes toda la pinta de conocer la carne roja.

—Respóndete tú mismo. Tu maldita lengua no es feliz si no la meneas.

—Disculpe usted. Caramba, eres un tipo quisquilloso. Tal vez te comiste un cactus por error y tienes pinchos en el higadillo. Lo que necesita un hombre en una situación como la tuya es abrir sus entrañas. No hay nada que alegre más el ánimo. Si estás abatido, si estás de rodillas, quiero decir, te ayuda a evacuar la mierda.

—Los viejos son demasiado viejos para las mujeres, sólo piensan en entrañas y vísceras —dijo

Antoine, sonriendo, mientras daba una palada con el remo.

—Y pierden el coraje, los viejos —dijo Sam. Boone miró a su alrededor, sin saber al principio a qué se refería el negro—. Sólo saben gruñir.

Sam sacudió la cabeza como si la idea de perder su hombría le entristeciera.

—Este que os habla no sabe nada de eso —respondió Mefford—. Tendréis que buscaros a alguien más viejo que yo de lejos. Yo estoy en forma, sí señor, como un ternero joven alimentado de hierba fresca. Ni un solo dolor o achaque o problema de salud en ningún sitio —cerró la boca durante un minuto y clavó los ojos en la distancia—. ¿Sabéis una cosa? Un tipo a solas le da muchas vueltas a las cosas en su cabeza. Se pregunta muchas cosas y acumula un montón de preguntas y nadie se las responde. ¿Por qué el estómago no se devora a sí mismo, eh? Estuve cuatro días sin carne cuando se me ocurrió esa pregunta, y que me aspen si lo he descubierto. ¿Por qué no estamos hechos de manera que uno siempre se pueda sentir igual de bien que cuando ha bebido whisky? ¿Por qué los hombres siempre quieren pero a las mujeres siempre es necesario comprarlas con cuentas de colores, o pinturas o promesas realizadas ante un párroco, dependiendo del color de su piel? La nación de los *crow* dice que está bien robar, pero no el gobierno. ¡Por Dios! Que alguien me lo explique.

Y la conversación continuaba desde la mañana hasta el anochecer, un día tras otro, constante como el borboteo del agua en las orillas, como el río crecido que impulsaba a la piragua en su corriente, más allá del White y del Running Water, como si febrilmente quisiera deshacerse de su carga.

Un barco de vapor iba a contracorriente, sus chimeneas tiraban humo, el viento chillaba sobre él y el agua hervía contra la proa, donde un hombre maniobraba con una vara, sondeando la profundidad.

—*Omega* —dijo Mefford, mientras contemplaba las ruedas laterales batiendo el agua—, por Dios, no avanza ni una pulgada. Pierde terreno, ¿no es así? Este viento va a derribar esas chimeneas —agitó una mano cuando la piragua se aproximó—. Hola, amigos.

Desde las cubiertas los hombres les devolvieron las señales, y Boone pudo ver sus bocas articulando palabras que eran arrastradas por el viento. Les pareció que el barco sólo estuvo allí un fugaz instante, brillando blanco bajo un rayo de sol que se colaba por un agujero entre las nubes, y luego cayó a popa y pronto se perdió de vista.

—Prefiero mil veces una barcaza. Ya descubrirán que no han sido tan listos pasándose al vapor.

El río burbujeó delante, más allá del Jim, el Vermilion, el Big Sioux, alejándose del territorio de búfalos y en dirección a los asentamientos; el río y el clima les transportó hacia la primavera. El sol calentaba la tierra y el aire soplaba suave, y por la noche las ranas competían con sus cantos. En prácticamente un día, los árboles se llenaron de retoños de hojas, no sólo los álamos y los sauces, sino también otros árboles de aspecto extraño después de tantos años. Le recordaron a Boone su hogar, o lo que él había llamado su hogar, su hogar y Pa y Ma y Dan. Compañeros y familiares aparecían en su mente, tan claramente como si fuera ayer, como si apenas tras despedirse de ellos ya hubiera regresado y todas las estaciones que habían transcurrido desde entonces fueran una invención de su mente. Podía ver la carta de Ma, podía oír al joven

dependiente en Union leyéndole las palabras mientras sus propios ojos leían las líneas.

> Querido Boone Tu papá ha muerto y yo no hago más que llorar y posiblemente no estaré por aquí mucho tiempo. Si te llega esto me gustaría verte antes de demasiado tarde. Los Napier se han marchado. Ma.

El cansado rostro apareció ante él, y los ojos empañados y el cuerpo ajado por los años de trabajo. Ella había desaparecido de sus pensamientos desde hacía muchos años, a excepción de algún que otro recuerdo fugaz de vez en cuando, y allí estaba. La vio en su mente sin estar totalmente seguro de querer verla. Uno terminaba por alejarse de las cosas, y los sentimientos morían en él, y era incapaz de volver a ser lo que era, aunque lo intentase. Fue otra persona quien se despidió de ella hace mucho tiempo y quien lloró en un establo de vacas al recordar el movimiento de su nariz y su «Que tengas buena suerte, Boone».

Al mirar las colinas pequeñas y apiñadas, el pálido cielo bajo sobre su cabeza y los árboles frondosos y asfixiantes, estuvo acariciando la idea de dar media vuelta y salir corriendo como salió corriendo mucho tiempo atrás. Pero ya no podía volver a la misma vida… ya no, no desde hacía mucho tiempo, daba lo mismo lo mucho que deseara que el mundo volviera a ser grande y el camino despejado y el aire azul y profundo allá arriba. Una dura e indiscriminada furia crecía en él, haciéndole desear tener algo sobre lo que descargar su ira. Se giró de nuevo en la piragua.

Una cabaña de colono ocupaba un claro, y el propio colono colgaba de las estevas de un arado tirado por mulas. Estaba azuzando a las mulas cuando vio la piragua y se apoyó en el arado para mirar; era un hombre grande vestido con harapos de lino manchados de nogal.

—Hola, siluros —tronó la voz del hombre.

—Hola, agachadiza.

—Puede que sea una agachadiza, pero nunca he visto a un siluro al que no pueda manejar.

—Debes de haber estado tratando con mineros —exclamó Mefford, y luego dirigiéndose a Boone—: ¿Qué es lo que les pasa a estos malditos granjeros que siempre andan buscando problemas con los hombres de río?

—Acércate —gritó el hombre— si te atreves, y sacúdete el agua de los calzones y enfréntate a un hombre de verdad.

—¿Y dónde está ese tipo?

—Estás mirándolo.

—No veo nada, sólo un par de mulas y lo que una ha dejado caer por detrás.

—No me llaman Toro por casualidad. Cierra la boca o acércate y maldito seas de una u otra manera.

—Toro, ¿verdad? Pues más bien me pareces un novillo.

—Si quieres te puedo hacer cambiar de idea. No he peleado desde ayer, y ya tengo ganas de ponerme a repartir.

—¡Acércate! —exclamó Boone.

Mefford le miró con sus viejos ojos.

—¿Quieres echarle una pelea?

—No hay ni un solo hombre entre vosotros cuatro —gritó el granjero.

—¡Acércate! —dijo Boone otra vez.

—Arrimad el barco —ordenó Mefford, y movió el timón.

Boone saltó a la orilla. Vio a una mujer con un trapo atado en la cabeza que salía de la puerta de la cabaña con una escoba hecha con cáscaras de mazorca.

El hombre ató el látigo alrededor de las estevas. Fue al encuentro de Boone. Su rostro estaba iluminado con la luz del luchador y se observaba la relajada confianza de un luchador en sus movimientos. Una sonrisa se dibujó en su ancha cara.

—Ya no hay muchos que paren últimamente. Extranjero, ¿verdad? Supongo que no sería justo que me emplease a fondo contigo.

—¿Quieres luchar o sólo hablar?

—Lucha es mi nombre y lucha es mi naturaleza, y con esta espera se me agría la leche.

Aún sonriente, el hombre se acercó con la cabeza baja como la de un toro y sus gruesos brazos frente a él.

—¡Dale una paliza, viejo Gruñón! ¡Dale una paliza! —gritó el negro Sam.

Boone esperó hasta que el hombre golpeó, esperó hasta sentir el golpe fuerte y sólido en su rostro, y luego soltó el puño, con los pies planos sobre el suelo y fajado para coger más fuerza en el golpe. Ese único golpe detuvo al granjero. La cabeza se sacudió bruscamente y el cuerpo perdió el equilibrio. Cayó al suelo con gran estruendo cuando Boone volvió a darle un puñetazo y se quedó echado boca arriba con los ojos sólo entreabiertos. Un poco después, gruñó apoyándose de lado y levantó la mirada mientras Boone esperaba. Ya no había ninguna sonrisa en su cara, ni diversión en sus ojos, sólo una leve sorpresa. Un hilillo de sangre caía de sus labios partidos.

—Levanta si quieres luchar.

—¡Ni se te ocurra, Henry! —era la mujer la que hablaba, que corrió entre ambos mientras escupía las palabras—. Quédate ahí donde estás. ¿Me oyes? —a continuación dirigió la mirada a Boone—. Tienes muerte en tus manos y muerte en tus ojos, y eso es tan cierto como que ahora estoy hablando. Mi hombre sólo lucha por diversión y luego se estrechan las manos y hace amigos —entonces levantó la escoba—. ¡Fuera! ¡Fuera de nuestra tierra, tú… tú, asesino indio blanco, fuera!

—Se lo buscó él mismo.

—¡Fuera!

Boone dio media vuelta. Mefford estaba embarcando de nuevo en la piragua y Sam y Antoine le seguían.

—Empuja la piragua, Caudill —gritó Mefford, soltando una risita—. Puedo soportar la conversación entre hombres, pero no las peleas de faldas —la piragua se unió a la corriente—. ¡No olvidará ese golpe, no señor!

El hombre ya se había puesto en pie. Se quedó inmóvil con los brazos bajados y la sonrisa rota en su boca; la luz ya había desaparecido de su rostro.

Boone entonces ni se imaginaba que pronto volvería a ser un *mountain man*.

CAPÍTULO XLIV

—¡Jesús! —dijo el viejo Mefford—. Menudo trajín. ¿Alguna vez viste algo igual, Caudill?

En el puerto de Independence un barco de vapor estaba amarrado con las chimeneas frías, y algunos hombres empujaban barriles y sacaban sacos del barco. Había un par de esquifes flotando cerca, balanceándose al ritmo del río. En la orilla otros hombres andaban ajetreados con blancos carromatos en la pendiente tirados por mulas de orejas caídas o bueyes que se movían perezosamente bajo el sol. Los hombres empujaban, arrastraban y subían bultos. Se arrimaban al borde del agua y regresaban lentamente arrastrando sus cargas y apilándolas sobre los carromatos. Maldecían a los animales de tiro, con voces roncas y resueltas.

—¡Arre, Bess! ¡Arre, Jack! ¡Te reventaré a golpes, maldito cabeza de alcornoque!

A un trecho río abajo, como si fueran demasiado refinadas para estar cerca de tantos improperios, dos mujeres miraban. Un niño pequeño tiraba de una de ellas, pidiéndole algo.

—¡Hurra por Conestoga! No había visto nunca cargueros hasta ahora.

—¡Locos hijos de perra!

—Probablemente lo sean, pero eso no cambia nada. Echaremos un vistazo —Mefford puso la piragua rumbo a la orilla. Sam saltó a tierra y ató la amarra, y Antoine y Mefford bajaron tras él —. Vamos, Caudill —luego, levantó la voz y se dirigió a un hombre que regresaba al barco de vapor—. ¿Para qué os preparáis?

El hombre paró y escupió en el polvo.

—¿Dónde habéis estado últimamente?

—Río arriba.

—Pues debéis de haber tenido metida la cabeza en un agujero si no lo sabéis.

—Oímos alguna que otra cosa, pero uno no puede enterarse de todo.

El hombre volvió a escupir mientras examinaba a Mefford.

—Nos vamos a Oregón, eso es lo que vamos a hacer —continuó caminando, como si lo que había dicho fuera suficiente para callar las bocas.

Sam y Antoine y Mefford le siguieron, mirando a todos lados y parándose a hablar cuando alguien se prestaba a hacerlo.

Los carros se arqueaban por encima de Boone, sentado en la piragua. Se alzaban altos y grandes sobre la tierra y se recortaban contra el cielo, y a un hombre sentado al nivel del agua le parecían lo suficientemente fuertes para allanar todo el territorio. Sin embargo, desde una loma, o en las llanuras, no parecerían más grandes que chinches sobre un pellejo.

Boone se preguntó si Dick Summers los habría visto. Se preguntó si Dick veía todo esto ahora desde algún lugar, con su leve sonrisa en la boca y las arrugas alrededor de sus ojos grises. Tenía intención de hablar con Dick, pero no en breve. No quería verle ahora, ni a nadie en particular.

—Un montón de ellos. Cientos. Tal vez miles se dirigen a la ciudad —habló de nuevo el hombre que se había arrimado a la orilla sin mirar directamente a Boone, sólo por el rabillo del ojo, mientras recorría lentamente con la mirada los mocasines de Boone, sus pantalones, la camisa roja de algodón que llevaba en verano y el pañuelo en la cabeza.

—Están comprando, comerciando, contactando y contratando a gente y todo eso.

—¿Y?

—Hay muchísimos. Sólo Dios sabe cuántos, y todos andan como locos por ir a Oregón —el hombre metió las manos en sus pantalones de tejido casero—. La mayoría de ellos no tiene ni idea de viajar. Yo les aconsejo. «Llevad fusil de chispa mejor que de percusión», les digo. Y tengo razón, ¿verdad? —buscó con sus ojos una respuesta en Boone y, finalmente, al no obtener ninguna, volvió a la carga—. Porque, veamos ¿para qué sirve un arma de percusión sin pistón, y dónde puede encontrar uno pistones en Oregón? «Coged mucha carne curada y harina y melaza», les digo, «y cargad la melaza entre la harina para evitar así que se rompan los tarros del cristal». Uno necesita prever muchas cosas al viajar: ollas, teteras, cuchillos, sal y hierbas y comida seca y alubias. No se puede sobrevivir sólo con una pequeña bolsa de viaje llena. ¿Verdad? Supongo que podrían aprovecharme, si pudiera ir con ellos. He viajado bastante en mis buenos tiempos, tal vez no tanto como tú, por tu aspecto, pero lo suficiente igualmente.

Una tachuela de bota se soltó y rodó por la tierra delante de él.

—Ojalá yo pudiera ir, pero un hombre con diez bocas que alimentar no puede echar el vuelo como un pájaro. He pasado demasiado tiempo en la cama, supongo. Uno no puede hacer de todo —sus ojos, enmarcados en un rostro que había envejecido sin crecer, se dirigieron a Boone otra vez, esperando una sonrisa o un movimiento de cabeza o un sí de su boca. Tenía una mirada débil y vana que apartó rápidamente—. Tengo que quedarme por aquí, atado a un arado como una mula, por mi familia. No se saca nada con la granja en esta tierra, sólo trabajo y sudor, pero ni dinero ni diversión. No es como en Oregón, donde las plantas crecen fuertes y grandes sin casi esfuerzo —sus ojos se iluminaron, pensando en Oregón—. ¿Qué piensas? Un hombre con diez hijos y una mujer marchitada, ¿piensas que podría lograrlo?

—No se te ha perdido nada en Oregón.

—¿No?

—No más que a estos otros, ¡malditos idiotas! Deberían quedarse en sus casas y no arruinar una tierra que no pertenece a la gente como tú.

La mandíbula del hombre se hundió, como la de un chico al que le acabara de caer una buena bronca, y sus ojos turbios se abrieron de par en par.

—Quédate en tu cama y con tus hijos. Hace falta estar lo bastante seguro para ir hasta Oregón —Boone desvió de nuevo la mirada.

El rostro del hombre no mostró expresión alguna y permaneció impasible, como si estuviera esperando que le llegara alguna idea. Lo volvió hacia el suelo y se observó una bota y luego la otra. Movió la boca como si fuera a hablar, pero no se oyó nada. Se movió torpemente hacia un lado y se escabulló con los hombros caídos bajo su vieja camisa. Tal vez uno podría sentir pena por él, si no fuera un idiota. Podría sentir pena por él, pero, por Dios, era bueno que alguien se lo dijera.

—Ahí está, amigos, la vieja San Luis, esperándonos. Estoy más seco que una boñiga de vaca de hace un año, y me apetece estar con mujeres y jugar y todo lo demás. ¡Sube, río! ¡Sube, piragua! Este desgraciado no puede esperar a clavar su lanza.

—Yo me bajaré más allá —Boone señaló con el pulgar.

—¡Qué!

—En la otra orilla.

—¡No vas a divertirte en San Luis!

—Te he dicho en la otra orilla.

—¡Por Dios! —Mefford meneó la cabeza mientras cambiaba de rumbo.

—Caudill —interrumpió Antoine—, tenemos algo mejor, *peutêtre*, por allá.

—Tal vez, pero después de esto ya nada puede sorprenderme.

—Date prisa para que desembarque, Sam —dijo Antoine, mientras remaba. Su voz sonaba feliz por lo que ya veía tan cerca—. Un solo minuto de espera ya es demasiado tiempo.

La piragua se deslizó sobre la orilla.

—Buena suerte, Caudill, y espero que no te vuelvas más loco, ni más gruñón.

Cuando Boone pasó junto a él, el negro Sam levantó la mirada, con un repentino brillo suave y profundo en sus soñolientos ojos.

—Adiós —dijo—. Adiós, hombre triste.

La diligencia se había detenido a un lado de la carretera, como un huevo negro enorme con ruedas, los caballos estaban sueltos junto a unos árboles. Dos pasajeros se encontraban en tierra, observando, mientras otros dos ayudaban al conductor a dar forma a un poste para reemplazar la lanza que se había partido al pasar un eje por encima de un bache.

Sin mediar palabra, Boone pasó junto a la diligencia, notando las caras de los pasajeros siguiéndole y escuchando sus labios murmurando a sus espaldas. De entre los murmullos, distinguió unas cuantas palabras:

—Lleva el pelo en trenzas, ¿lo ves? Como un indio salvaje.

Un poco más adelante un sacerdote descansaba sentado en un tocón con las manos apoyadas sobre un libro en su regazo, mientras sus ojos dormitaban dirigidos hacia los árboles. Cuando Boone se acercó, levantó el libro y volvió una o dos páginas y luego lo volvió a apoyar en su regazo y dejó que las manos volvieran a reposar en él mientras movía los labios silenciosamente. Sus ojos despertaron del todo cuando Boone llegó a su altura.

—Buenos días —dijo; era un hombre de estatura mediana, de rostro ovalado, rechoncho y de un color rosa lozano por la buena vida, y todavía parecía más rosado en contraste con el alzacuello blanco y la sotana negra que le cubría.

—*How*.

—¿Prefiere andar a cabalgar?

—Es más rápido si uno está acostumbrado.

—Los árboles son hermosos. ¡Menudo bosque!

—Demasiado espeso para mi gusto.

—Siéntese, ¿quiere?

—¿Qué tiene en mente? —Boone se sentó en un tocón.

—¿Eres lo que llaman un *mountain man*? ¿Un cazador de pieles?

—He cazado algunas, sí señor.

—¿Dónde?

—En casi cualquier lugar que pueda mencionar.

—¿Missouri? ¿Yellowstone? ¿Columbia? ¿Colorado Oeste?

—Todos esos y más.

—Por favor, disculpe mis preguntas. Mire, quiero estar entre los indios. Estoy de camino a Bardstown, y desde allí, espero, hacia el lejano oeste —bajó la mirada hacia sus manos cruzadas sobre el libro—. Usted ha tenido muchas experiencias con los indios, estoy seguro.

—Alguna.

—Dígame, si estuviera en mi lugar, ¿dónde querría ir si pudiera elegir? Quiero decir, ¿a qué tribu?

—Ellos no quieren las costumbres del hombre blanco, ninguno de ellos.

—¿No ha oído hablar de nuestra misión entre los *flathead*?

—Son un puñado de squaws. Son tribus de squaws, los *flathead* y los *nepercy*, las dos.

—Quizás las otras tribus crean que no quieren las costumbres blancas, pero necesitan a Dios.

—Ellos tienen a su propio dios.

Una leve sonrisa, cordial pero no excesivamente empalagosa, apareció en el rostro sobre la sotana negra.

—Un dios, pero no Dios.

—Los que ellos tienen ya reparten el bien… tan bien como cualquier otro, supongo.

El sacerdote sacudió la cabeza al tiempo que conservaba la leve sonrisa.

—Ningún dios hace el bien, sólo Dios.

—No veo mucha diferencia, si le digo la verdad.

—No es lo que uno ve —el sacerdote sacó un dedo regordete y lo colocó sobre el corazón—. Es lo que percibe su corazón.

—Usted piensa de una manera, y yo de otra.

El rostro sobre el alzacuello enrojeció, pero la voz siguió sonando suave.

—Ese es un privilegio de este país, aunque se abuse de él —tenía unos ojos penetrantes y astutos; tras un corto silencio, añadió—: Los hombres son más felices si conocen a Dios —y esperó la réplica que no tenía duda que iba a provocar.

—A mí me va bien.

—Ya veo.

Boone se levantó del tocón que le había señalado el sacerdote.

—No sirve de nada hablar. Ojalá sus curas y predicadores se mantuvieran alejados de las montañas.

—¿Por qué?

—Bueno, maldita sea, sólo porque sí.

Boone no esperó a escuchar más. Tomó su rifle y continuó su camino, alejándose por la carretera hacia Paoli.

Siempre se había sentido en casa al aire libre. Era como si la tierra y el cielo y el viento fueran amigos y no le hiciera falta un grupo de gente a su alrededor para estar a gusto. El viento tenía voz, y la tierra yacía lista para él, y el cielo le daba espacio para sus ojos y su mente. Pero ahora él se sentía diferente, asfixiado por el bosque que crecía espeso como la hierba a su alrededor, ocultándole el sol y dejándole atisbar sólo un trozo de cielo de vez en cuando, y se desvanecía y se cerraba como un tejado. El viento no soplaba allí; ni siquiera temblaban las hojas de los grandes chopos, que se erguían altos sobre el resto de los árboles. Era un mundo en silencio, cerrado y taciturno, y un hombre allí dentro se sentía vacío y perdido por dentro, como si todo en lo que había confiado hubiera desaparecido, y él sin un amigo, ni un objetivo ni un lugar suyo propio en ningún sitio.

Sin embargo, cuando iba a alguna ciudad no se sentía mejor, con tantos tontos mirando y haciendo muecas y sacando la lengua y pensando que todos los hombres deberían tener el mismo aspecto, y todos sometidos a reglas y costumbres y un trabajo y sheriffs y jueces, y aun así creyéndose libres. Y todos viviendo ahogados entre paredes y techos, respirando aire viciado, respirando los hedores de los otros y los hedores de los cerdos en las porqueras construidas en la parte trasera de las casas. Incluso el bosque era mejor.

Cerca de un camino cerrado junto a la ruta, un enorme sabueso de pintas azules acostado junto a la puerta de una cabaña se levantó y salió, con las patas entumecidas, para echar un vistazo a Boone. Su nariz se dilató para olerle, y un suave gruñido sonó en su garganta. Levantó unos ojos tristes y viejos hacia el rostro de Boone. Alguien le había cortado el rabo. El muñón que quedaba se agitó lento y expectante.

Boone pasó junto a él y, después, sonó una voz.

—¡Eh, tú, ese es mi perro!

Boone se giró y vio al perro olisqueando sus talones y un hombre con la cara roja en el vano de la puerta.

—No se comporta como si lo fuera.

—Pues es exactamente como el mío.

—¿Y quién está diciendo que no lo sea?

—Has estado silbándole.

—Estás mintiendo.

—Debe de ser eso. Nunca antes había seguido a un extraño. ¡Ven, Blue! ¡Ven aquí, Blue!

El perro se sentó con el morro gris apuntando a Boone, y sus tristes ojos parecían zozobrar con las preguntas que los inundaban.

—Son esos pantalones de piel los que hacen que te siga. Tal vez piensa que estás cazando. Tráelo aquí, ¿quieres? Lo meteré dentro.

—Atrápalo tú mismo.

—De acuerdo, entonces, si prefieres tomártelo por la tremenda, señor, pero yo no voy a ir a cogerlo.

—¡Vuelve a casa, chico! ¡Fuera!

El perro no se movió, sólo dibujó lentamente sobre el polvo un cuarto de círculo con su trozo de rabo.

—Es un buen perro —dijo el hombre, acercándose con un palo—, pero va a la suya siempre que puede. Se cree que puede pensar y hacer las cosas solo. Le he apaleado y lo he dejado atado y le he dejado pasar hambre y todo, pero como digo es testarudo como una mula. Si quiere correr, corre, y ningún grito ni cuerno le hará regresar. Si le dices que se tumbe, se levanta, si le dices que se levante, se tumba.

—¿Qué le ocurrió a su cola?

—Me puso tan furioso que se la corté, pensando que así aprendería a tener más cabeza. Míralo, que me aspen. Nunca le vi mirar a nadie de esa manera, como si fueras Dios Todopoderoso —el hombre levantó el palo—. ¡Atrás, Blue, gruñón chupa platos! ¡Atrás!

El perro se levantó, los belfos colgaban lacios y sus enormes ojos se perdían en Boone.

—¡Atrás, maldito seas! —el palo golpeó sus cuartos traseros. Le golpeó por la parte superior. Sonó a golpe sordo sobre las costillas. Boone vio las costillas haciendo esfuerzos por respirar.

—¡Ya es suficiente!

—¿Qué dice? —el hombre paró con el palo en alto.

—No sirves para tener un perro.

—Esto es asunto mío.

—El perro se viene conmigo.

El hombre dejó caer el palo.

—Escucha, amigo. Eso es lo mismo que robar. Te echaré a la ley encima.

—No si sólo me sigue, no lo es. Y voy a andar hacia delante y tú vas a retirarte hacia atrás, y que el perro haga lo que le plazca.

—¡No, por Dios!

El perro se había levantado de nuevo.

—Entonces habrá pelea.

—Es un perro excelente. Vale mucho dinero, sí señor. No ha nacido aún el mapache gigante que pueda vencerle. No es justo.

—¡Venga! No vas a pelear y yo no tengo ganas de hablar.

Boone alargó una mano y agarró al hombre por el hombro y le hizo girarse.

—¡Repito que no es justo! ¡No es justo! ¡Te denunciaré a la ley! —el hombre se marchó arrastrando los pies hacia la cabaña, con la cara enrojecida, vuelta hacia atrás y la boca farfullando las palabras.

Boone lo empujó con la mirada hacia la cabaña. Luego se dio la vuelta y se dispuso a continuar el camino, y entonces escuchó al hombre susurrar a sus espaldas: «¡Aquí, Blue! ¡Aquí, viejo amigo!».

El sendero discurría como un estrecho y profundo cañón a través de los árboles. El bosque se apiñaba, oscuro y taciturno. No se escuchaba ni un solo ruido, ni siquiera el susurro del viento o el crujido de una rama bajo una pezuña o el trino de un pájaro o cualquier otra cosa, a menos que uno prestara mucha atención. Entonces escuchó unos pasos de almohadillas suaves a su espalda.

El tabernero estaba sentado en una silla de nogal fuera de la taberna.

—¿Bedwell? —dijo mientras elevaba el ojo bueno hacia el cielo; el otro era sólo una hendidura en su rostro—. No, señor —respondió—. No recuerdo ese nombre —volvió a dirigir su ojo bueno hacia Boone—. ¿Bedwell? ¿Seguro que no quiere decir Bedwet o Bedwetters[3]? Hay un montón de esos por aquí, sin duda.

Cuando sonrió, su ojo bueno también se cerró. Se balanceó sobre las patas traseras de la silla.

—Lo conocí hace tiempo —dijo Boone—, a él y a un hombre llamado Test, que era juez.

—Ahora ya vas afinando la puntería. Pero tendrás que andar un buen trecho para encontrar a Test. Ha soltado ya la carga que llevaba, como dice el refrán. No sé cuál era su carga, a menos que se refiera a su enorme barriga, pero bueno, ha estirado la pata —el tabernero sostuvo en alto una mano y contó los dedos con la otra—. Hace ya cuatro años, se levantó y murió mientras estaba celebrando un juicio. Tenía un tumor que no lograron curar en ninguna clínica. Se fueron a Corydon y a Tare Holt y a todos los sitios donde hubiera personas que supieran medicina, pero ningún hombre ni ninguna medicina pudo ayudarle.

—¿Y quién es el sheriff principal ahora?

—Tuvo un funeral bastante concurrido. Vino gente que había ido y venido del mismísimo infierno, algunos a llorar su muerte y otros a regodearse. Fue un buen día para beber, a pesar de que hacía frío. El mejor día de todos los que haya tenido, si descontamos el de las elecciones. Nunca aprecié mucho a Test, pero declaro que siempre me sentiré agradecido a él por morir el día que lo hizo. Sí señor —el hombre se dio una palmada en la pierna y dirigió la vista de nuevo al espacio—. Era como ahora, una muerte no significa tanto, incluso la muerte de muchos, cuando el tiempo cálido llega —apartó su ojo del cielo y lo fijó en una vaca que pasó chasqueando ramitas por delante de su hogar, abanicándose con la cola para apartar las moscas—. Uno no enciende el fuego dentro cuando luce el sol. Al menos, algunos no lo hacen. En cuanto a mí, un trago o dos me hacen olvidar el miserable calor. El problema con los que sueñan con el frío es que nunca toman el suficiente alcohol.

Boone apoyó el rifle. Blue le rozó en el muslo, se sentó junto a él y observó al tabernero sin pestañear. Al otro lado de la carretera había un juzgado, más pequeño de lo que Boone había imaginado, y desvaído por el tiempo. No se movía ninguna multitud alrededor, pero su mente imaginó una, a él mismo y a Bedwell y al sheriff y la gente siguiéndole, aguijoneándole con las miradas y picoteándole con sus labios. Más allá del juzgado pudo ver la prisión. Vio la alta y oscura figura del sheriff en la penumbra y la mano levantada con el látigo.

—Buen perro ese que lleva —dijo el hombre—, sólo ese par de ojos grandes ya saben más de lo que debieran.

—¿Mark York es todavía el sheriff?

—Aquí no, ya no lo es.

—¿A qué se refiere?

—No hay sheriff aquí, porque es un cadáver.

—¿Está muerto?

—Los cadáveres normalmente lo están, sí.

—Asesinado, supongo.

—No.

—¿Cómo, entonces?

—Murió de repente. Murió de repente y repleto, como alguien dijo. Se había metido en el buche una gran cantidad de licor y murió en la cama más tranquilo que un bebé, y me apuesto lo que sea a que con su sangre se hubiera podido mover un vapor de cuatro ruedas por la llamarada que hubiera lanzado al arder. ¿Cuánto tiempo hace que no está aquí?

—Bastante.

—Eso podría ser mucho o poco.

—Podría ser.

—No le gusta malgastar el aliento, ¿eh? De acuerdo. De acuerdo. No hay ninguna ley sobre hablar o sonreír o ese tipo de cosas. ¿Puedo hacer alguna cosa por usted, le saco una botella o algo?

—Quería ver a York, eso era todo.

—¿Es amigo suyo?

—Tengo intención de matarlo.

A sus espaldas, cuando Boone se dispuso a salir del local, escuchó las patas delanteras de la silla caer sobre el suelo.

La cabaña estaba embutida en una hondonada, una cabaña de dos secciones con una pasarela cubierta entre ambas y la jicoria ovada detrás, donde siempre había estado, aunque un rayo la había alcanzado dejándole una cicatriz en la parte superior del tronco. Una ráfaga de humo salió de la chimenea y se quedó flotando sobre el techo como si no tuviera adonde ir. Un cerdo gruñó en la porquera y, fuera, en el prado y cerrada por una cerca de postes, una vieja vaca colocó la cabeza alineada con el cuello y dejó escapar un largo mugido.

El sol languidecía en el oeste; no bajaba provocando una explosión de fuego en las nubes, ni dejando un crepúsculo sobre la tierra, sino simplemente desapareciendo de la vista y dejando que la oscuridad cayera.

Un hombre alto y delgado salió de la cabaña con dos cubos y se dirigió a la porquera, y después su voz salió de dentro en forma de gemido llamando a la vaca. La vaca se quedó escuchando, intentando procesar el gemido en su lenta mollera, y dio un paso y luego otro hasta avanzar con paso tedioso.

La pila de madera estaba ya casi totalmente agotada. Alguien que corriera e intentara coger un palo no hubiera podido pillar nada más que astillas.

Durante mucho tiempo Boone se sentó en la ladera de una colina con la mente en blanco, pero sintiendo cosas antiguas y profundas en su interior. El sabueso de pintas azules dormitaba a su lado, despertándose de vez en cuando para oler el aire y rodar sus tristes ojos y clavarlos en Boone como para asegurarse de que todavía estaba allí antes de volver a cerrarlos.

Hasta que de una ventana salió luz amarilla y la oscuridad se apiñó densa en los árboles, Boone no se movió. Entonces, se levantó y sus pies le condujeron a los pies de la ladera.

CAPÍTULO XLV

—Fue la tisis lo que mató a Pa —dijo Ma. Su cuerpo se desbordaba por la silla en la que estaba sentada; tenía las caderas enormes, como una vieja squaw, pero marchita de cintura para arriba y ni fuerte ni rápida de movimientos, como sí lo sería una squaw.

—Ya me lo contaste.

—Fueron sus pecados los que lo mataron —interrumpió Cora mientras secaba una olla—. Fue el Señor en Su ira quien se lo llevó.

—No es apropiado que hables de esa manera, no sobre el padre de tu hombre.

—De todos modos, eso es lo que pasó.

Boone se sentó en la entrada, oyendo sólo a medias lo que las dos mujeres decían. Sin embargo, de nuevo, se le ocurrió que la mujer de Dan era una idiota, que otorgaba toda la responsabilidad a Dios o al diablo.

—Si fue el Señor —replicó Boone mientras observaba a los dos chicos de Dan escalando un roble negro—, tardó demasiado tiempo en hacerlo. Debió de matarlo mucho antes.

—Tu papá está muerto, Boone —dijo Ma.

—Eso es lo que he oído.

—Fue la tisis la que se lo llevó.

Boone no respondió nada a eso. Ma estaba haciéndose vieja y mezclaba cosas en su mente, de manera que no recordaba un segundo después lo que acababa de decir.

—No nos corresponde a nosotros juzgar a los muertos —continuó ella—. Pa tenía bondad en él.

—No lo dudo. Nunca dejaba que se le escapara ni una pizca.

—De alguna manera, me recuerdas a él, Boone. Era taciturno, como tú mismo, y de genio rápido. Pa se quedó en los huesos por la tisis, con lo fuerte y alto que había sido, y apenas podía levantar la mano para limpiarse la boca después de un ataque de tos. Sólo huesos, así se quedó, y la piel le colgaba suelta, y sus ojos brillaban como el cristal por la fiebre. Preguntó por ti, Boone, más de una vez. No deberías pensar mal de él.

Con un dedo, se limpió las lágrimas que habían brotado en sus ojos.

Boone no se molestó en responderle. Le fastidiaba que Ma pudiera sentir pena por alguien como Pa y no fuera capaz de hablar de él sin esa expresión triste de roedor y derramando todas esas lágrimas. Ella retomó torpemente su costura para esconder las lágrimas.

Punk había escalado casi a las ramas más altas del roble. Se sujetó con una mano y saludó con la otra hacia la entrada mientras el sol brillaba en su mata salvaje de pelo rojizo.

—¡Mírame, tío Boone, mírame!

Andy, al ser más pequeño, no podía escalar tan alto, pero saludó desde más abajo y gritó:

—¡Mira! ¡Mírame también!

—Dile a esos chicos que se bajen del árbol y vayan a por algo de leña —le pidió Cora a Boone.

El viejo Blue estaba tumbado en la tierra, bajo una sombra junto a un arbusto. Tenía apoyado el hocico sobre sus patas. Un pequeño círculo de mosquitos volaba alrededor de sus párpados, haciéndole pestañear. Cuando abría sus enormes y tristes ojos, siempre los dirigía a Boone.

—Nancy Litsey debe de estar al caer —dijo Ma—, si es que va a venir. Dijo que traería algunas semillas de flor tardía de los repollos que le regalé a su madre.

—Vendrá trotando —dijo Cora—, habiendo como hay un par extra de pantalones en la casa.

—¡En serio, Cora!

—Seguro que llegará con su cabeza estirada y con esa diminuta nariz abriéndose y cerrándose y el pelo suelto y con ojos sólo para Boone.

Cora se puso la mano tras el trapo con el que se había recogido el pelo.

—Es guapa, para mi gusto —respondió Ma—, y pronto cumplirá dieciocho años. ¿No es bonita, Boone?

—Lo suficiente, supongo.

—No entiendo por qué no prestas atención a una chica tan buena como ella.

—Ya he visto a chicas buenas antes.

—Pieles rojas, seguro —dijo Cora—. Bárbaros, eso es lo que son.

Era una mujer testaruda que jamás hablaba con tono amigable, pero no lo suficientemente hostil para armar un alboroto por ello, a menos que uno ya no aguantara más. De todas formas, probablemente las palabras no la domarían, lo que necesitaba era una buena azotaina.

—Tú mismo pareces un bárbaro —le dijo a Boone—, con esa melena y todo lo demás.

—No parece tanto un indio sin la ropa de ante y con algo de lino puesto —apostilló Ma.

—Hace demasiado calor para llevar cuero —dijo Boone—. Demasiado calor para nada.

Apoyó la espalda contra el vano de la puerta para detener una gota de sudor que le bajaba por la espalda. Era una tierra baja, blanda y asfixiante, eso era Kentucky, donde el calor se posaba en la piel como una mano húmeda. Incluso al final del día, cuando el sol ya bajaba y las sombras crecían, uno seguía empapado.

Cora puso lechuga en un cuenco de madera, añadió unos rábanos, se dirigió al fuego y puso unos trozos de carne de cerdo en una parrilla para tener algo de grasa para la pasta verde. Ella hacía casi todo el trabajo de la casa, ya que las articulaciones de Ma se habían entumecido. Ma decía que el sasafrás hervido y frotado aún caliente no le calmaba nada, ni el licor de frambuesa silvestre que Cora guardaba. Sin embargo, a su lenta y achacosa manera, Ma hacía bastante trabajo. Siempre tenía las manos ocupadas, con las agujas de tejer o cosiendo o cardando lana de las pocas ovejas que criaba Dan y todos los días bajaba lentamente hasta el huerto y se ocupaba de las lechugas y las alubias, los nabos y demás.

Boone apartó la mirada del interior de la casa y vio a Nancy Litsey aproximándose por el camino. Su cabello brillaba como trigo nuevo bajo el ardiente sol, y llevaba un lazo rojo en el cuello de su traje castaño claro de lino y lana. La tela casera tejida a mano en la mayoría de mujeres quedaba como un saco, pero con Nancy un hombre se preguntaba qué habría debajo. Ella dijo «Buenas tardes», pasó a su lado y se metió en la cabaña.

Boone oyó a Ma y a Cora hablándole y escuchó su respuesta sin prestar mucha atención a lo que decían. Uno podía ir por ahí como si estuviera muerto y guardarse las cosas tan profundamente enterradas en su interior que jamás pensaba en ellas y, entonces, un día, al ver tal vez un cabello del color del trigo, sentía una excitación en su interior, como un dedo moviéndose. Podía vivir como un muerto excepto en algunas ocasiones, de noche, cuando la soledad le invadía

y escuchaba los leves sonidos de Kentucky, el chirrido de los grillos, un ratón corriendo sobre la hierba y un pájaro bobo cantando a la oscuridad, mientras le crecía el deseo de aullar como un lobo y sentir sobre su cuerpo la corriente del agua de montaña.

Punk tiró de la manga de Boone.

—Coge tu rifle, tío Boone, y ven a cazar un águila para nosotros.

—Hay dos águilas —dijo Andy—, en un nido en el gran sicomoro donde duerme el viejo cerdo.

—¿Lo harás, tío Boone? ¿Lo harás? Son negros y enormes.

—Déjalos que tomen el aire un poco.

—¿Lo prometes? —preguntó Punk—. ¿Lo prometes?

Cuando Boone asintió los dos echaron a correr.

Las palabras de Cora se oyeron desde el interior.

—Ojalá tuviera un pepino. Esto estaría delicioso con sólo un poco. Nunca me creí demasiado eso de que los pepinos crean mala bilis, y escalofríos e ictericia.

La voz de Nancy sonó como una campanilla de cristal.

—Pa dice que allí donde hay un fuego fatuo, hay fiebres.

A los lados de las piedras que Dan había colocado en el camino las caléndulas estaban a punto de florecer. Ma también se ocupaba de ellas, y de las malvarrosas y los acianos que ya brotaban. Una mata de calabaza escalaba por el emparrado de la valla, mezclándose con unos arbustos de flores de trompeta. La mirada de Boone se posó en las flores y luego en Blue y recorrió las parras y miró por encima de las estacas y el campo de tabaco de Dan y, más allá, los árboles y colinas. Podía ver sin ver realmente y dejar la mente en blanco. Podía mirar más allá o mirar dentro donde las mujeres estaban y descubrir, en un estante, las pequeñas calabazas en las que Ma guardaba sus semillas y ver colgando de una viga del tejado las tiras de calabaza seca que habían sobrado del invierno, y era como si otros ojos las contemplaran y otra cabeza las reconociera. Sólo sentía como real la excitación en su interior, el pequeño dedo de hambre moviéndose.

Dan se acercó andando desde el establo, moviendo las piernas lenta y perezosamente.

—El calor me mata —dijo, dejándose caer sobre un bloque de madera y pasándose la manga de la camisa por la frente—. El maíz está marchitándose por el calor y la sequedad que hay.

Dan se había convertido en un hombre alto de lentos movimientos y lenta conversación, con una nuez en su pescuezo como el extremo de un hueso presionando contra la piel. Había una plácida sonrisa en su rostro la mayor parte del tiempo, como si la mayoría de cosas le produjeran una secreta y triste diversión, incluso Cora y su larga lengua. Pero a Dan no le gustaba mucho trabajar. No hacía más de lo que debía.

—Dejé lo que estaba haciendo hace un rato —replicó Boone—. El sol es como un infierno en la tierra.

—Has estado trabajando demasiado, de todas formas. Has quitado tocones y rocas y has aplanado el terreno. Trabajas como un loco, en serio —Dan golpeó la tierra con un palo—. Como ya te he dicho, ojalá quisieras unirte a mí. Aquí hay un montón de trabajo para dos, y tierra suficiente.

—Me parece que no me apetece.

Las mujeres dentro habían dejado de hablar para escuchar.

—No vas a sacar nada en claro viajando por ahí. Ya has tenido más que suficiente de esa vida, Boone.

Y, entonces, Ma dijo lo suficientemente alto para que todos la oyeran:

—Los seres humanos no deberían andar vagando todas sus vidas.

—¿Qué es lo que has sacado de esa vida, después de todo? —preguntó Dan—. No veo que lleves colgando oro, ni ropas caras, ni nada parecido.

—No buscaba oro.

—¿Has visto alguna vez algo de oro, Boone? ¿Lo buscaste? Debe de haber algo en todo ese enorme territorio.

—Teníamos castores.

—¿Me quieres decir que nunca echaste la vista atrás para ver si habías golpeado alguna esquirla de oro?

—Teníamos castores.

Dan miró a Boone como podría mirar a un loco. Boone le dejó que mirase. No había ninguna palabra que fuera capaz de hacer entender a Dan cómo era aquello. Un rato después Dan asintió y dijo:

—Castores, ¿eh? —como si pronunciara algo que no lograba entender—. Habrá un montón de gente en el oeste antes de que te des cuenta, Boone. Será exactamente como aquí, sólo que con más trabajo para establecerse.

—No tienes ni idea, Dan, maldita sea.

—Pero sé que a duras penas puedo llevar yo solo este lugar —le ofreció a Boone una plácida sonrisa mientras la nuez subió por la piel del cuello y luego volvió a bajar.

—El trabajo en el campo es demasiado duro —dijo Boone.

—Tal vez podríamos comprar un negro. ¿Qué piensas sobre los esclavos, Boone? Hay algo de lío sobre sus derechos.

—No sé.

—Cualquiera pensaría que jamás has usado tu cabeza para pensar. Sin duda debes tener alguna opinión.

—Ser libre significa luchar contra cualquier cosa.

—¿Y los negros no se lo merecen?

—Si luchas lo suficiente, la libertad llega.

—Tal vez tengas razón, pero volviendo al tema del trabajo en el campo, ¿qué es poner trampas sino un trabajo? ¿Y pasar hambre y frío y que tus pies estén mojados la mitad del tiempo y la espalda agarrotada de montar a caballo y por el miedo a los pieles rojas a diario? ¿Qué es eso?

Blue abrió la boca para atrapar una mosca y luego volvió a apoyar el hocico entre sus patas.

Boone no respondió inmediatamente, y cuando lo hizo fue para responder:

—Nunca pensamos en ello como un trabajo.

—Pues no puedo ver dónde está la diversión.

—Tienes que tener sangre india para sentir ese placer —dijo Cora desde el interior de la cocina, y a continuación pasó junto a Boone atareada acarreando un cubo lleno de cenizas que

luego volcó en la tolva exterior. La tolva estaba repleta. Cualquier día echaría agua sucia en las cenizas y se haría jabón.

—Entonces, tal vez yo tenga sangre india —dijo Nancy—. Creo que me gustaría.

Boone intentó imaginársela en un tipi, intentó imaginarse el cabello color trigo y el pálido rostro y la enhiesta cabeza y las finas aletas de su nariz, que tendían a dilatarse de vez en cuando. Era como una potra joven, eso era… una potra nerviosa mirando a todos lados y retando a la brisa.

—Supongo que me apunto, Nancy, si tú vas a ir —dijo Dan entre risas.

—No hagas caso, Nancy —se escuchó la voz de Ma—. No son más que tonterías. Hay algo que comparten todos los Caudill: son todos hombres de una sola mujer. El propio Pa lo era, hasta que la tisis se lo llevó.

Cora clavó los ojos en Boone cuando pasó a su lado para entrar en la cabaña. Eran unos duros ojos castaños en un rostro tenso, que siempre parecía buscar cosas para culpabilizarle a uno. Y no estaba tan en contra del pecado; Boone suponía que ella misma debía de haber estado un tiempo practicándolo. De regreso a la mesa ella aspiró aire sonoramente.

—¡Pero qué dices, Nancy! El oeste no es lugar para la gente decente.

—Pues tú pareces conocer un montón de cosas que no lo son —le dijo Boone.

Cora continuó hablando con Nancy.

—No consigo que Boone se quede dentro de casa casi nunca. Nunca duerme en una cama. Tiene que quedarse fuera como una bestia salvaje.

Sin duda, una casa asfixiaba a alguien que ya había olido y visto y sentido las montañas en su interior. Una casa era un lugar cerrado y pequeño y lleno de pequeños hedores, y alguien con un techo sobre la cabeza y paredes a su alrededor no podía ver el cielo o sentir el viento, ni tan siquiera saber la hora de la noche mirando a las estrellas.

—A Boone tampoco le gusta la mantequilla, ni el pan —continuó Cora—. Le gusta más el tuétano que la mantequilla. Si le pones sal a alguna comida ya no se la come. Sólo carne sin condimentos y agua del río, eso es lo que quiere.

Dan lanzó un guiño a Boone y en voz baja le dijo:

—No le hagas caso, Boone. El predicador dice que tiene tan metida dentro la virtud que necesita constantemente meterse con alguien.

—¿Nunca la haces callar?

El rostro de Dan se puso solemne y pareció exhausto durante unos segundos, y luego recuperó la plácida sonrisa.

—No me preocupa mucho, ya no. Se ve que yo aguanto mejor las cosas que tú, como con Pa. La mitad de la vida es saber contenerse.

La voz de la joven llegó de dentro de la cabaña:

—Pues no me parece que le haya sentado mal.

Boone tuvo la sensación de que la mirada de ella se deslizaba sobre él, admirando su cuerpo y complexión. Boone se revolvió ligeramente bajo la camisa, un tanto incómodo.

Dan volvió a guiñar un ojo.

—Al menos, tienes a una a tu favor, Boone —dijo en voz baja.

—Si no fuera por ti, haría que Cora cerrara la boca.

—No lo hagas, Boone. A mí no me importa, y tú vas a estar aquí sólo temporalmente.

Boone escuchó entonces a Nancy.

—Será mejor que me vaya.

Y la vio salir por la puerta. Cuando pasó por su lado, giró totalmente el rostro hacia él y con la boca dibujó una rápida sonrisa, mostrándole unos pequeños y blancos dientes. Y, a continuación, desapareció bajando por el camino como una joven yegua pura sangre. Boone la observó mientras se alejaba, y sabía que Dan también la miraba. Incluso Blue levantó su vieja testa. Esa mirada que ella le había lanzado era una mirada tierna. Tal vez podría considerarse como una invitación. El mundo y todo le había parecido falso, sin ningún sentimiento real en él, y ahora sentía esta aguda e incipiente excitación.

CAPÍTULO XLVI

—Cuéntanos batallas con indios, tío Boone —le suplicó Punk.

—Yo prefiero que cuente algo sobre osos —interrumpió Andy—. Cuéntanos una lucha con un oso.

—¡No! ¡Indios! ¡Indios!

—Seguro que yo podré matar un oso algún día.

—No podrás, tampoco —dijo Punk—. Bah, ni siquiera yo mismo podré, y tengo dos años más que tú.

—No te hará daño contarles algunas cosas —dijo Dan a Boone; había un leve tono a reprimenda en su voz y en su semblante—. Apenas les has contado nada sobre el oeste.

—No se me da bien contar historias.

Boone intentó ponerse cómodo en su silla. Era una silla de respaldo recto hecho de palos y corteza entrelazada de nogal. Ma estaba sentada en otra igual, aunque la suya era de balancín, y Dan estaba sentado en cuclillas sobre un taburete de tres patas que Boone recordaba de la época de Pa. Los dos niños estaban en el suelo. Cora salió por la puerta con una olla de agua sucia. Cuando regresó, dijo:

—Es casi la hora de irse a la cama, niños.

—¡No, Ma! El tío Boone va a contar una historia.

—No tenemos sueño.

—Estáis despiertos como pulgas, ¿eh, chicos? —preguntó Dan, sonriendo a los dos.

Cora inspiró aire con fuerza y comenzó a pasar la bayeta por la mesa.

—El gato se ha comido la lengua del tío Boone —dijo Ma, mientras sus manos se movían con sus agujas de hacer punto—. Apenas parece que pasa el tiempo con una criatura tan bonita como esa Nancy. Me da igual cómo muriese su padre.

Fuera, el día se desvanecía hacia la noche, aunque aún faltaba una hora para que cayera la oscuridad. A través de la puerta Boone pudo ver el viejo establo y un pájaro bobo revoloteando sobre el tejado, y posándose y luego revoloteando de nuevo, y todo el tiempo cantando como si quisiera reventarse el gaznate.

Las caras de los chicos estaban giradas hacia él, esperando a que comenzara. Con su dedo corazón, Punk se ensortijaba un mechón rojizo del flequillo.

—No les hará daño a los chicos quedarse un poco más —dijo Dan a Cora—. Parece ser que Boone podría estar casi convencido.

Cora dejó a un lado la bayeta y se sentó en el borde de una silla con la espalda rígida, como si tan sólo esperara a que acabara toda aquella tontería. Fue esa manera de sentarse de ella lo que decidió finalmente a Boone.

—Supongo que nunca habéis visto un oso blanco —dijo dirigiéndose a los chicos. Punk tenía las rodillas recogidas entre sus brazos y se balanceaba adelante y atrás sobre el trasero, escuchando.

—Nunca he visto ninguna clase de oso —dijo Andy.

—Un oso de diez pies de altura, así era este, y pesado como un buey.

—¿Cómo tenía de largos los dientes?

—Tan largos como este dedo, casi.

—¿Y eran puntiagudos como la aguja de tejer de la abuela?

—Más puntiagudos.

—Déjale que continúe, Andy —dijo Punk.

—Estaba comiendo bayas cuando Tom Quinn se tropezó con él, inesperadamente, arriba en el Little Bighorn. Buena tierra aquella, Dan. Nunca has visto nada igual por aquí.

—¿Y qué pasó con el oso? —preguntó Punk.

—El oso se levantó sobre sus patas traseras de repente y le lanzó la zarpa a Tom y le arrancó el brazo. Los músculos estaban desgarrados, eso es seguro, y se veía el hueso. Tom gritó y yo levanté la vista un trecho río abajo y vi lo que pasaba.

Al hablar sobre ellos, el tiempo y el lugar regresaron a su mente, y el agudo grito de Tom Quinn sonó de nuevo en su oído y el oso allí de pie, alto, y el sol reflejando rayos blancos sobre su pelaje.

—¡Continúa, tío Boone! —dijo Andy—. No te pares todo el rato.

—Levanté mi viejo Hawken y le disparé rápidamente; el oso se dejó caer sobre las cuatro patas, los arbustos se agitaron como si una manada de toros estuviera allí dentro y se abalanzó hacia mí. Y yo no tenía tiempo de volver a cargar el rifle y sólo tenía la pistola.

—¿Lo mataste? —preguntó Punk.

—Uno tiene que mantener la cabeza fría. Tiene que calmarse y no disparar antes de tiempo.

Boone volvía a calmarse de nuevo mientras el oso se acercaba. Lo veía grande y negro cargando contra él y recortándose contra la orilla de gravilla, y alzándose finalmente con una gota roja de bayas cayendo por la boca con la zarpa y las largas garras listas para soltar un golpe capaz de arrancarle a uno la cara. Escuchó la respiración y gruñidos del animal y oyó a Tom gritar.

—Seguro que lo mataste —dijo Andy. El repiqueteo de las agujas de Ma acalló a Tom.

—Un oso blanco, cuando carga, siempre se levanta al final para lanzarte un zarpazo. Ese es el momento justo para dispararle, cuando aparece su cara delante de la tuya y la bala no rebota en su cabeza.

—¿Es cierto que esperaste tanto tiempo? —preguntó Dan.

—Apunté entre los ojos y disparé.

—¿Y qué más, tío Boone?

—Nada más. Se derrumbó, más muerto que un hueso y le clavé el cuchillo.

Cora se arrimó aún más al borde de la silla.

—Hora de ir a la cama. ¿Me escucháis, Punk, Andy?

—Supongo que habrás comido oso —dijo Dan.

—A menos que haya algo mejor.

—No creo que a uno le falte comida allá en las montañas, con toda esa caza brincando por todos lados.

—Incluso la carne de lobo resulta sabrosa. Recuerdo en una ocasión cuando nos topamos con unos británicos en Oregón y a nosotros se nos había agotado la pólvora, pero uno de los británicos tenía unos anzuelos muy resistentes, anzuelos para bacalao los llamaba, y atamos tres juntos y los

colgamos de un árbol, y pusimos de cebo un conejo que habíamos atrapado. El señor lobo saltaba a por el conejo y se quedaba enganchado, y se quedaba allí hasta que llegábamos nosotros, apenas apoyado en el suelo sobre sus patas traseras. La mayoría de las veces ya estaban muertos cuando íbamos a por ellos.

—Va en contra de las Escrituras —dijo Cora.

—¿Qué va en contra?

—Comer carne ahogada en su propia sangre. La Biblia dice que hay que mantenerse alejado de la carne ofrecida a ídolos y de la sangre y las criaturas estranguladas.

—Un estómago vacío no se guía por un libro.

—Pues sería mejor si lo hiciera —respondió Cora—. A la cama, niños.

—¿Alguna vez pasaste hambre durante un tiempo? —preguntó Dan.

Antes de pensarlo, Boone mencionó lo primero que le vino a la mente.

—Unas cabras salvajes nos salvaron en una ocasión.

—¿Qué es una cabra salvaje? —preguntó Punk, acurrucándose aún más.

—Nada, estaba hablando con tu padre.

—¿No nos lo vas a contar, tío Boone? —preguntó Andy mirándole con los labios fruncidos.

—No es nada.

—He dicho que es hora de ir a dormir —interrumpió Cora levantándose de la silla.

—¡Venga, por favor! Podemos quedarnos a oír la historia, ¿verdad, Pa?

—No, ya os lo he dicho —dijo Boone.

—Parece que vuestro tío Boone ya ha hablado suficiente por hoy —sonó la voz suave de Dan. Mientras Punk se levantaba, Dan alargó la mano y frotó los nudillos en su cabeza—. Venga, a dormir, Cabeza de Calabaza. Y tú también, Andy.

—¿De dónde ha sacado ese pelo rojizo? ¿De la familia materna?

Fue Cora la que contestó a Boone.

—No ha habido ningún pelirrojo en nuestra familia.

Ma levantó la mirada de su labor.

—Tu abuelo era un poco rojizo, el que murió por una indigestión de leche antes de que nacieras, Boone. ¿O fue después? Vaya, todo se mezcla en mi cabeza. De todas formas, murió de indigestión láctea, pero tu padre murió de tisis.

La sonrisa plácida apareció en el rostro de Dan.

—Se nos coló en la familia, supongo.

—Estabas hablando de esas cabras salvajes —dijo Punk.

Boone se levantó.

—Esta silla hace que me duela el trasero —dijo, y se dirigió a la puerta.

CAPÍTULO XLVII

Ella se encontró con él en la esquina de la cerca que subía por la colina, como le dijo que haría.

Se escabulló de la casa y avanzó bajo las sombras para que Dan o Cora o los chicos no lo vieran. Boone la vio allí de pie, bajo la luz de la luna que acababa de desenmarañarse de entre las colinas boscosas y comenzaba a brillar. Ella estaba observando la luna, contemplándola con las manos bajadas y la barbilla en alto, y las líneas de su cuerpo se dibujaban suaves y oscuras contra la ladera. Se paró para mirar mientras el corazón le latía fuerte, y la excitación por un objetivo concreto hizo que todo lo demás pareciera insignificante y lejano. Mientras estuvo parado, escuchó al pájaro bobo cantando, cantando a ciegas, o a la luna o a la noche o al nido que tenía en algún sitio, con un canto fuerte y constante, como si tuviera la necesidad de cantar. Al escalar la ladera, mantuvo los ojos en la joven, pero continuó avanzando tan sigilosamente que fue Blue, olisqueando el rastro de alguna alimaña, el que la alertó.

—Un día vas a matar a alguien del susto —dijo después de reconocerle—. No se te ve ni se te oye y, de repente, estás ahí al lado.

—No tenía intención de asustarte.

—Supongo que no puedes evitarlo. Tras haber estado luchando contra los indios, ¿verdad? ¿Es eso lo que hace que pises tan suavemente?

—Eso y cazar.

—Los animales son todos mansos aquí, o eso dice Mose Napier. ¿Conoces a los Napier?

—Antes sí.

—Claro, vivían muy cerca. Estaban todavía aquí cuando Pa vino para sustituirle. Mose tenía un aspecto raro, tenía la mandíbula torcida.

Boone buscó un lugar donde sentarse y lo limpió con una rama seca que había caído de un cerezo silvestre.

—Será mejor que nos sentemos.

Pero en lugar de sentarse, ella se subió a la cerca y se sentó mirando hacia la luna.

—Has viajado a casi todos los lugares, eso dice tu madre —dijo, mientras él se apoyaba en la cerca.

—A bastantes.

—Mi padre ha visto muchas cosas. Ha estado en territorio indio dos veces. Dice que la mayoría de los que hay en territorio indio son ladrones y ese tipo de personas.

—Yo robé un caballo allí, en Paoli.

—¡Lo robaste!

—Para vengarme, sólo por eso.

—Oh —tras un silencio, dijo—: No puedo quedarme mucho rato. Ma o Pa me despellejarán si se enteran.

La luna iba haciéndose más pequeña a medida que escalaba el cielo, más pequeña y más brillante, y un rayo se reflejaba en su cabello y Boone pudo ver sus labios moviéndose mientras hablaba. Un poco más allá, el viejo Blue olisqueaba entre los matorrales, y los grillos comenzaban su tenue griterío. Las cigarras no tardarían en unirse, lamentándose por el fin del verano. Pero lo

que más claramente escuchaba Boone era el pájaro bobo, que cantaba como si no pudiera parar.

—Estos pájaros bobos no dan la tabarra allá en las montañas —dijo Boone mientras examinaba el rostro de ella.

—Oh, a mí no me molestan. A mí me suenan bien, y valientes, cantando durante toda la noche.

—Prefiero un puma, o un lobo.

—En ocasiones me despierto por la noche y ahí está cantando el pájaro bobo, y es como si me dijera que todo está bien.

—Un pájaro no sabe esas cosas.

Ella lo ignoró, como si hubiera estado hablando a la luna en lugar de a él.

—En esas ocasiones, pienso que algún día iré a lugares lejanos y llevaré ropa confeccionada y comeré de platos decorados con flores pintadas.

—El oeste es mejor, donde no hay tanta gente —dijo Boone, y se echó sobre el trozo de tierra que había limpiado—. Será mejor que nos sentemos aquí.

—Me da mucho miedo que haya niguas. La sal y la grasa no me alivian, ni nada, sólo puedo dejarlas morir y evitar rascarme.

—Es demasiado pronto para que haya niguas —respondió él, pero ella siguió sentada allí en la cerca con el rostro vuelto hacia la luna con expresión soñadora.

Eso es lo que pasaba con una mujer blanca. Ponía palabras en el camino y realizaba ridículas fintas, fingiendo todo el tiempo desconocer la cosa primordial que juntaba a un hombre y una mujer. En cambio, una squaw reconocía lo que un hombre tenía en mente. Era o un sí o un no directo, pero sin teatro de por medio.

—¿Por qué no bajas de ahí?

Ella bajó de la cerca entonces, como si las palabras de él tirasen de ella lentamente, y se dejó llevar y se sentó un poco separada de él. Volvió la cabeza hacia la cabeza girada de él, se echó un poco hacia atrás y dibujó en sus labios una rápida e insegura sonrisa, y Boone pudo ver los dientes blancos y la leve vibración de las aletas de la nariz.

—Eres un hombre solemne —dijo en un susurro—. No sé qué pensar de ti —se apoyó hacia atrás, dejando los brazos rectos a sus espaldas y las manos apoyadas para sujetarla. En esa postura, la luna brillaba en su rostro, sobre la delicada nariz y los labios y sobre el cabello color trigo peinado hacia atrás dejando al aire la frente—. ¿Crees que puede haber gente viviendo allí arriba, Boone? —preguntó.

Con una mano, Boone rozó una de las de ella y la notó pequeña y tensa y firme sobre la hierba. Ella no la apartó, pero tampoco se la dio. Tal vez las manos se tocaron accidentalmente y nada surgió de ello. Él apartó la suya y se quedó sentado haciéndose preguntas, un tanto enfadado pensando en las tonterías que tenía que soportar un hombre para seducir a una mujer blanca. Se arrimó a ella, acorralándola un poquito, y ella se giró y dijo:

—¡Señor Caudill! —lo dijo con tono fingido y se volvió a girar—. No sé qué pensar de ti.

—No soy muy distinto a otros hombres, supongo, no en las cosas que deseo.

Boone escuchó el leve chasquido en la respiración de ella, pero cuando habló, todavía sonaba a falsete:

—El señor Caudill quiere tener toda la colina para tumbarse, con sus ojos negros y tan tieso

como el agujero de un cañón de rifle, y jamás sonríe. Supongo que debe dolerle sonreír.

Ella giró totalmente la cara y le ofreció su propia sonrisa.

Con el brazo la echó hacia atrás y con el brazo libre la presionó hacia él y la sujetó allí abajo mientras con su boca buscaba los labios en el rostro de ella.

—¡No! ¡Boone! —el falsete había desaparecido—. ¡No! ¡No! —jadeó las palabras. Él notó la mejilla caliente de ella sobre su boca—. ¡No! —la espalda de ella se tensó ante el empuje de Boone, se tensó y a un mismo tiempo se rindió a él, poco a poco, mientras el jadeo crecía y las manos que habían estado intentando alejarle de ella ahora descansaban débiles sobre sus hombros —. No, Boone.

La boca de él encontró finalmente los labios de ella y estos volvieron a la vida y su espalda se apoyó totalmente en el suelo. Sentía el rápido y caliente aliento de ella en su oreja y los brazos que le apretaban y su cuerpo respondiendo y, en la distancia, el idiota pájaro bobo cantaba, hasta que la explosión de sangre en su cabeza lo hizo callar.

Luego se levantó, se estiró, mirando hacia abajo mientras ella se bajaba la falda y se enroscaba hacia un lado y se quedaba allí echada en la hierba, con los labios todavía levemente rotos por los sentimientos que la embargaban y los hombros moviéndose al ritmo de su agitada respiración.

—¿Cuándo nos casaremos, Boone? —su voz sonó débil y entrecortada, pero segura.

Él había deseado a esa mujer y ahora que la había tenido ya no la quería más. En él sólo había inercia, la insensible inercia de un hombre lo suficientemente seguro sobre la muerte. Se hundió en la hierba.

—¿Cuándo, Boone? —era su mano ahora la que buscaba la de Boone y la acunaba en su cálida palma como si fuera suya por siempre jamás.

—No he pensado en eso.

—Tenemos que casarnos —dijo ella, y Boone creyó detectar un fugaz miedo en su voz—. Tenemos que casarnos.

Ahora en él ya ni siquiera quedaba la excitación, sólo quedaba el vacío mortal y, lentamente, el sentimiento de que tenía que marcharse. Ya no podía soportar Kentucky por más tiempo, no podía soportar la vida mediocre y aburrida, no podía soportar a Ma o a Dan o a esa chica que pensaba que él le pertenecía. Las cosas comenzaron a revelarse en su mente y a salir de la oscuridad en la que las tenía enterradas. Había tenido sexo con la tal Nancy, y ahora no podía pensar en ella por el oscuro y delgado rostro y los enormes ojos de otra que él mismo había jurado que jamás volvería a recordar.

—No has dicho cuándo, Boone.

Tenía que irse. Sus pies se movieron y lo pusieron en pie.

—Tengo una mujer.

La dejó sollozando en la hierba. En una ocasión la oyó que le llamaba. Boone echó la mirada hacia atrás y la vio sentada y con la cabeza bajada. Era una pena que se lo tomara tan mal, pero tenía que irse. Sus pies corrían bajo su cuerpo.

No se veía ninguna luz en la cabaña. Abrió la puerta y buscó en la oscuridad su ropa de ante y el rifle detrás de esta y la cerró, se puso su camisa de caza y sus pantalones. Viejo Blue olisqueó la piel y el rifle y levantó la cabeza pensando que ya se habían acabado estos días de tranquilidad.

Bajo la luz de la luna Boone pudo ver el lento movimiento del muñón que le quedaba por cola.

A Boone le venían constantemente cosas a la cabeza, desde la profundidad de sus vísceras hasta su mente, sin consideración alguna por el daño que estas pudieran causar. No podía reprimirlas, no podía evitar que la gente y los lugares y los sucesos recordados aparecieran en su cabeza, ¡maldita sea! ¡Maldita sea! Ojos oscuros y ojos ciegos y brillantes ojos azules. Pelo negro, pelo rojo. «Supongo que se nos ha colado uno en la familia». ¡Maldita sea! Las llanuras pardas, el viento del oeste, el amplio cielo, y la pistola sonando atronadora dentro del tipi.

Debía marcharse. Al oeste de nuevo. A algún lugar en el oeste, como en aquel tiempo ya lejano. Tal vez para ver a Dick Summers de camino. Tal vez para contárselo a Dick.

No se dio cuenta de que estaba corriendo hasta que vio a Blue trotando junto a él para mantener el paso.

CAPÍTULO XLVIII

Una mujer amarilla por las fiebres y cargada con su hijo arrastró los pies hasta la puerta y permaneció allí resollando levemente y mirando a Boone con los ojos brillantes por la enfermedad.

—No tengo comida —dijo con una voz aguda y monótona mientras sacudía la cabeza.

—No soy un indio. ¿Está Dick Summers aquí?

—Pareces uno, lo suficiente como para engañarme.

—¿Está Dick Summers aquí?

—Está y no está. Si te refieres en la casa, no está. Está más allá, en el campo, por algún lugar.

—Puedo esperar, o buscarlo.

—Siéntate en el escalón, entonces. Regresará aquí directamente.

Boone apoyó el rifle contra la cabaña y se sentó. La mujer le lanzó una larga mirada y luego regresó a la cabaña, andando con las piernas zambas como un pato.

La cabaña era tal como Boone se la había imaginado, conociendo a Summers; bien construida y sólida, con las grietas perfectamente tapadas y cristal de verdad en las ventanas. Arrojaba una sombra, alzándose allí contra el sol ya bajo en el horizonte, y la tenía a tiro de piedra. Blue se movió lentamente hacia la sombra, dio dos vueltas y se tumbó, con su vieja cabeza apuntando hacia Boone. Al otro lado de la cabaña, a la derecha de Boone, había un granero y más allá un campo con maíz con cañas altas hasta la cintura. En el establo junto al granero se oía gruñir un cerdo. Un perro que era una bola de pelo salió corriendo de detrás de la casa y comenzó a ladrar a Blue. Blue pestañeó un ojo y dejó escapar un profundo gruñido de su ronca garganta, y el perro pequeño reculó, aunque sin dejar de ladrar. Luego levantó la pata junto a un matorral, arañó el suelo después y se marchó trotando con la cabeza en alto, como si hubiera hecho un buen trabajo.

Un poco después Boone vio a un hombre que venía del campo y que llevaba una mula. El hombre llevaba puesto un viejo sombrero negro y una camisa azul desvaído y un par de *jeans* que parecían a punto de caerse en pedazos; andaba encorvado, arrastrando un poco los pies, pero Boone supo que era Summers.

Boone se quedó sentado mirando y esperando mientras Summers entró en el granero. La mula salió y se tumbó y rodó formando una polvareda, y Summers apareció y comenzó a andar hacia la cabaña, secándose la frente con la manga de la camisa.

—*How*, Dick.

Summers se paró y miró con los ojos entornados de debajo de su polvoriento sombrero y luego continuó andando, con los ojos aún entrecerrados.

—¡Que me aspen —con la mano dio una palmada en sus pantalones provocando una nube de tierra— si no es Boone Caudill! ¿Cómo va, chico?

—Tenía que pasar por aquí, de todas formas —Boone estrechó la mano que le ofrecía. Sintió extrañeza al notar la sonrisa en su rostro, como si su cara casi se hubiera olvidado de sonreír—. El calor me deja tirado.

Summers se limpió otra vez la frente.

—Uno termina por acostumbrarse. Te has agenciado un perro con aspecto de espabilado, pero

viejo y agotado como yo. Ven y siéntate. ¿Adónde te diriges, Boone? —alzó la voz—. Mujer, trae la jarra.

—En el suelo se está bien, ¿no crees?

Summers se detuvo.

—Este desgraciado casi ha olvidado cómo se siente un *mountain man*. Pues en el suelo nos quedamos.

Se sentaron con las piernas cruzadas. Summers lanzó su sombrero hacia el escalón levantando una pequeña nube donde cayó. Con el pelo tan corto, a uno casi le parecía que a Summers le hubieran arrancado la cabellera. Su cabeza era blanca como la de un águila, y había arrugas en su rostro que Boone no recordaba. Tampoco recordaba que los hombros de Summers se descolgaran hacia delante, ni que arrastrara los pies o que su barriga rebosara por encima del cinturón. A excepción de los ojos grises que miraban tan directamente como siempre y que todavía conservaban un brillo, era como si Summers nunca hubiera sido un hombre de la montaña. Era como si hubiera vivido toda su vida empujando un arado y mirando el trasero de una mula.

La mujer salió de la cabaña. Sostenía con un dedo en forma de gancho el asa de una jarra de un galón y llevaba dos copas de hojalata en la otra mano. A pesar de ser viejo y estar cambiado, Summers debía ser aún lo suficientemente hombre para hacer que a su mujer le sobresaliera un enorme bulto bajo el delantal.

—Este es Boone Caudill —le dijo Summers—. Ha estado conmigo en muchas juergas.

—Espero que no estés planeando una velada de fiebre de botella —dijo la mujer—, no con el montón de cosas que hay por hacer. Pensé que era un indio.

—Se quedará para cenar.

—La cena está casi hecha.

—No tengo hambre —dijo Boone—. Sólo tengo el gaznate terriblemente seco.

Summers sirvió licor en las copas.

—Pues remójalo, entonces —volvió a mirar a la mujer—. Podemos comer en cualquier momento, si nos dejas en paz.

—El licor ya no le sienta bien —dijo la mujer a Boone—. Es demasiado viejo para beber, eso es lo que le digo, y además tiene reuma. Espero que no le tientes para que se emborrache.

Boone miró al suelo, sintiendo que le hervía la sangre. Una mujer no tenía derecho a acosar a un hombre, menos aún a un hombre honesto como Dick. Ella debía dejarlo tranquilo, como sabría hacer una mujer pies negros, como Ojos de Cerceta sabría hacer, mirándole con sus enormes ojos, sin decir nada, dejándole que tomara su camino, sin pensar si estaba haciendo lo correcto o lo incorrecto, o si estaba borracho o sobrio, sino sólo que era él mismo, sólo que era su hombre.

—Pues sí que pareces un indio —dijo la mujer mientras anadeaba hacia la cabaña, tras lo cual cerró la puerta.

—Es una buena mujer, a pesar de no ser un encanto —explicó Summers. Sus ojos, todavía clavados en la puerta como si aún pudiera verla, parecían amables.

Boone llenó su pipa y la encendió y ofreció la boquilla a Summers después de haber soplado humo hacia la tierra y hacia el cielo y en las cuatro direcciones. Summers exhaló el humo y levantó su copa y saboreó el whisky en su boca. Entonces, se quedó sentado en silencio, dejando la

charla para cuando hiciera efecto el licor. Boone se bebió su copa de un trago. Summers volvió a llenar la copa hasta arriba.

Las ranas comenzaron a croar mientras el día iba transformándose en oscuridad. El aire estaba húmedo y pegajoso como una camisa mojada. Boone sintió que una gota de sudor le caía por las costillas. Arriba en las Teton ahora haría frío, y un clima seco, y las squaws estarían jugando frente a las tiendas, jugando y riendo, y en ocasiones gritando mientras el sol bajaba y el viento del oeste barría la hierba. Más tarde las estrellas saldrían, nítidas como chispas, y los coyotes aullarían, y los lobos, y uno en la cama junto a su squaw podría oír el susurro del río.

—Hace ya siete años, Boone —dijo Summers—. ¿Qué tal te ha ido?

—Voy a regresar.

—¿Dónde has estado?

—En el Estado de Kentucky, visitando a la familia.

—¿Y antes?

—Principalmente, con los pies negros, en el río Marias y el Teton, y por todo aquel territorio.

—¿Ojos de Cerceta? —preguntó Summers.

—Nos unimos —tras un silencio Boone añadió—: No fue ella la que puso a los pies negros en contra del *Mandan*. Los que nos atacaron no empleaban métodos de los pies negros, sino de los *big belly*.

—La misma raza de gatos.

—No.

—¿Dónde está Deakins?

Un hombre se acercaba por el camino hacia ellos, y con cada paso sus pesadas botas levantaban un remolino de polvo. Llevaba los pantalones tejidos a mano metidos en sus botas. Dijo hola con una leve señal de la mano.

—¿No tendrán por un casual unos animales de tiro para vender, o usted, señor, bueyes o mulas?

—Creo que no —respondió Summers.

—Tengo que encontrar animales de tiro.

—¿Y eso?

—No planifiqué demasiado bien la ruta hacia Oregón.

—No eres el único.

—Tengo una mujer y un montón de muebles y otras cosas que he traído hasta Independence. Me dicen que nunca lo lograré con el equipaje que llevo.

—Llega demasiado tarde, de todas formas. Todo el mundo se ha ido ya.

El hombre asintió.

—La mujer vomitó encima de mí. Que me aspen si las mujeres no vomitan en los momentos más inoportunos. Además, un eje se ha roto y el barro se mete por los bujes. Cuando llegué a Independence ya no quedaba nadie allí. Estoy preparándome para ir el año que viene.

—Habrá un montón de animales en Independence para entonces.

—Ajá. Mulas con cuarenta demonios en el cuerpo y bueyes recién llegados del infierno, y todos ellos de magnífica estampa.

El rostro del hombre estaba girado hacia Summers, esperando a que asintiera. Era un rostro redondo y abierto, un rostro, pensó Boone, que nunca guardaba un secreto.

—Deshágase de sus muebles antes de partir —dijo Summers.

—¿Que me deshaga de mis muebles?

—Lo hará poco a poco de todas formas. Cuanto antes lo haga, antes lo solucionará.

—¡Dios mío! —dijo el hombre, y añadió una pregunta—: ¿Alguna vez ha intentado tirar los trastos de una mujer?

—De todas formas su esposa no tendrá mucho que arreglar, a excepción de lo que uno mismo construya y pueda construir otra vez. ¿Quiere un trago?

El hombre sacudió la cabeza lentamente mientras sacaba la lengua y la pasaba por los labios.

—Supongo que será mejor que no. El licor nunca ha sentado bien en mi familia.

—Su esposa —dijo Boone— tiene toda la pinta de ser una mujer de carácter. Seguro que fue idea suya lo de ir a Oregón.

—Pues ahora que lo pienso —dijo el hombre como lo habría dicho un niño—, tal vez sí lo fue.

—¿Para qué van allá?

—¡Para qué voy allá! Dios mío, amigo ¿dónde ha estado metido? Voy en busca de tierra rica como el oro y cosechas que nunca verán sus ojos, y un clima bueno para el hombre, ya sea invierno o verano, y nada de fiebres, o temblores, o huesos sueltos. Por eso me voy. ¿No ha oído hablar de Oregón?

—¿Ha estado allí?

—Me han contado muchas cosas.

—Nosotros casi nos congelamos en Oregón —dijo Boone volviéndose hacia Summers—. ¿Verdad? Y hemos tenido que pasar días con el estómago retorcido, alimentándonos de brotes de rosas silvestres y tampoco es que hubiera muchos. ¿No es así, Dick?

—Muchas veces, sí señor.

Los ojos del hombre se llenaron de dudas mientras los miraba.

—No es eso lo que he oído.

—Además —añadió Summers—, tendrá que luchar contra británicos antes de que se dé cuenta. Contra británicos y contra indios.

—¡Esta es nuestra tierra, por Dios! Es nuestra vieja América, hasta el paralelo cincuenta y cuatro cuarenta, o lo será, de todas formas.

—Se congelarán y se morirán de hambre —dijo Boone—, o tal vez les quiten de en medio, si es que logran llegar allí.

—¿Qué quiere decir que «nos quiten de en medio»?

—Que estirarán la pata, eso es lo que quiere decir.

—¿Estirar la pata?

—Les matarán. ¿Es que no conoce la lengua del hombre blanco?

—Supongo que tendrán sus motivos para querer asustarle a uno.

Boone dio otro trago de whisky y se limpió la boca con los nudillos.

—No es su tierra, ni la tierra de ningún novato. ¿Por qué no se queda en casa?

—Supongo que hay sitio para todo el mundo en ese territorio.

Boone se levantó.

—No lo hay. Está ya tan lleno que uno no puede ni respirar. Pertenece a los que lo encontraron y vivieron en él. ¿Me oye?

—¿Es indio?

—¡Yo, *piegan*! —gritó Boone, y dejó escapar un grito de guerra y saltó hacia el rifle que estaba apoyado en la cabaña.

El hombre dio unos pasos hacia atrás con los ojos como platos y blancos como cebollas.

—En todo caso —dijo mientras una mirada testaruda cubría su primera expresión sorprendida—, uno tiene derecho a ir donde quiera.

Dio media vuelta y se marchó por el camino con los hombros rectos bajo su camisa de cuadros.

Boone apoyó el rifle de nuevo en la cabaña y se volvió a sentar.

—Dame otro trago, Dick. ¡Malditos novatos!

Un destello brilló en los ojos de Summers y luego se apagó.

—Un montón de ellos ya se han ido, y hay más de camino.

—No les irá bien en Oregón. Volverán aquí arrastrándose, los que no estiren la pata.

—No sé, Boone. Están decididos a hacerlo, algunos de ellos, como acabas de ver —Summers se quedó en silencio durante unos instantes y luego continuó—: Supongo que patearán las sendas que nosotros abrimos y subirán por los pasos que tú y yo vimos por primera vez y meterán el arado en los cauces de los ríos donde solíamos acampar. Tienen hambre, sí señor. De todas formas, este que te habla no desea que los viejos tiempos regresen.

Se quedaron sentados en silencio, bebiendo, mientras la noche iba cerrándose a su alrededor. Un autillo comenzó a ulular en un árbol detrás de la cabaña. Ma diría que alguien iba a morir. El viejo Blue se levantó, se estiró, miró a Boone como si le estuviera pidiendo permiso para alejarse, y se marchó a olfatear por ahí.

—Los cambios llegan, en cualquier caso —dijo Summers mientras servía más whisky—. No hay dinero en los castores… no desde que los londinenses empezaron a usar la seda.

—Los castores escasean.

—Ni siquiera ya se celebran *rendezvous*.

—Bridger ha levantado un fuerte en Black’s Fork donde los tramperos libres planean ir.

—¿Y tú qué planeas hacer, Boone?

Boone dejó que la copa vacía colgara de su dedo. Pasó mucho tiempo antes de que se sintiera con ganas de responder. Luego dijo:

—Hay muchos búfalos.

—¡Tú, un verdadero *mountain man*, cazando pieles de búfalo!

—Tal vez.

En su mente Boone pudo ver a Zeb Calloway, sentado allí en la oscuridad junto a Fort Union. Escuchó su voz, que le llegaba a través del tiempo: «Otros cinco años más y ya no se podrá cazar nada más que pieles de búfalo, y esas también se están acabando rápido».

Fue como si Summers también viera y escuchara a Zeb, porque preguntó:

—¿Cuánto hace desde que vimos a tu tío?

—Hace trece años, más o menos.

—Trece. No parece que haya pasado tanto tiempo, en cierta manera, pero por otro lado parece tan lejos en el pasado que es como si ni siquiera nosotros lo hubiéramos oído.

—Se equivocó, se equivocó en ocho o diez años.

—Lo suficientemente cerca para considerar que acertó. ¿Qué fue de él?

—Estiró la pata en Union; murió feliz, con la tripa tan llena de whisky que murió.

—Es una buena manera, si a uno no le queda más remedio que morirse.

—Tan buena como cualquier otra.

—No me has dicho nada sobre Deakins y Ojos de Cerceta. ¿Vas a regresar con Ojos de Cerceta?

Summers examinó a Boone. Estaba más corpulento que antes e incluso más fuerte, tan fuerte como un búfalo por su apariencia. Los músculos de sus brazos se marcaban bajo la camisa, y la gruesa columna de su cuello se ramificaba hacia los hombros y por el montículo de su pecho.

—Toma otra.

A pesar de toda su fuerza, parecía atormentarle algo. Summers podía verlo en sus ojos y alrededor de su boca y por la manera en la que bebía licor, como si tuviera el propósito claro de quedarse con la mente en blanco. Era un hombre atormentado por alguna pena que le corroía… una pena profunda que afloraría poco a poco, si seguía tragando whisky. Por algún motivo a Summers le recordaba a una presa acorralada y sin espacio para escapar. El whisky ya iba haciendo efecto en Boone. Sus ojos se entrecerraron plácidamente y su boca articulaba las palabras vocalizando cuidadosamente como si quisiera asegurarse de pronunciarlas bien antes de dejarlas escapar de los labios.

—Hemos pasado buenos tiempos, Boone.

—¿Alguna vez has contemplado el alto Teton, o lo que llamaban el Tansy?

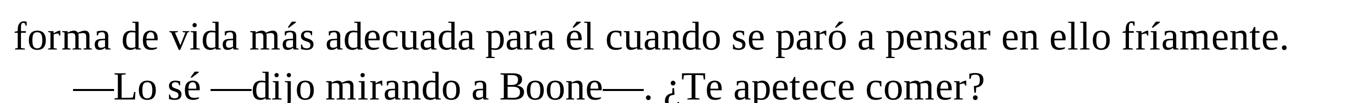
—Sólo he llegado hasta donde se encuentra con el Marias. Ha tenido más nombres que ninguno. Rose era uno de ellos.

—Más arriba hay dos cerros y el gran valle y, donde el río parte de las montañas, un pico que parece una oreja torcida a un lado.

—Nunca lo he visto.

—¡Jesús, pues es una tierra hermosísima, Dick! Montañas al oeste, y el valle y las llanuras perdiéndose a lo lejos. ¡Y búfalos! Caray, he visto manadas de búfalos más densas que un enjambre de mosquitos. He visto cómo los perseguían hacia los pishkuns y caían por los barrancos a cientos, y los *piegan* con palos y cuchillos y flechas corriendo entre ellos, cazando carne.

Todavía no había oscurecido tanto como para que Summers no pudiera ver. Boone se llevó la copa a los labios. Sus ojos estaban dirigidos a la lejanía, contemplando el Teton, imaginó Summers, y las montañas y los búfalos, y viendo también a Ojos de Cerceta, aunque no hablase de ella. Durante unos segundos Summers también lo vio todo, y sintió que se le encogía el estómago, con el deseo de vivir solo de nuevo, y libre, con el deseo de ver indios con plumas en el pelo y squaws con capas escarlata. Y luego el sentimiento se apagó, dejando una pequeña herida que no le molestaba demasiado si no la apretaba. Ahora estaba demasiado viejo, tenía una mujer blanca y pronto también un bebé, y el ayer ya se había perdido, de alguna manera. Trabajar el campo era la


forma de vida más adecuada para él cuando se paró a pensar en ello fríamente.

—Lo sé —dijo mirando a Boone—. ¿Te apetece comer?

Boone se puso en pie y estiró las piernas.

—Voy a seguir viajando, Dick.

—Será mejor que te quedes a pasar la noche.

Summers se levantó. Boone se balanceaba hacia delante y hacia atrás como si estuviera sobre la cubierta del viejo *Mandan* durante una tormenta.

—Tengo que continuar.

—No haces bien en irte, Boone. Has tomado mucho alcohol.

—Quizás nos volvamos a ver.

—Necesitarás más whisky en cuanto llegue la mañana —dijo Summers, pensando que tal vez eso haría cambiar de idea a Boone—. Entra y te pondré más. —Atravesó la puerta y encendió la lámpara de aceite con una astilla encendida en las brasas de la chimenea. Encontró una botella en el estante—. Quédate un poco más.

Boone no pareció oírle. Se quedó de pie balanceándose, con los ojos distantes y fijos y una expresión en su rostro que Summers nunca antes había visto.

—El mundo viene hacia mí como un mar —dijo—, una colina y luego un grito retumbando bajo mis pies, intentando asustarme. He bebido mucho, Dick, pero tengo que irme. Tengo que seguir adelante.

Con la mano se sujetó en el pestillo de la puerta entreabierta.

—No te vayas tan rápido. Todavía no tengo lista esta botella.

Boone bajó la mirada hacia sus palmas, y hacia el pestillo que había roto con la mano.

—Creo que todo se ha echado a perder, Dick. Todo el tinglado.

—Supongo que no pudimos evitarlo —respondió Summers, asintiendo—. Había castores para nosotros y campo abierto y una excelente forma de vida, y todo lo que hemos hecho es como si fuera contra nosotros mismos y no hubiéramos podido hacer nada distinto incluso si lo hubiéramos sabido. Fuimos para alejarnos de todo y divertirnos, libres y despreocupados, pero estaba claro que la gente finalmente llegaría y que los castores se agotarían y los indios serían aniquilados o amaestrados, y durante todo ese tiempo la tierra ha ido haciéndose más firme y más conocida. Boone, nosotros todavía no hemos visto el final de cómo el *mountain man* se tira piedras sobre su propio tejado. Lo próximo es que se alquilen como guías y lleven partidas de colonos de un lado a otro y echen a perder la tierra aún más. Debes de haber oído que el viejo Tom Fitzpatrick guió a los colonos a Oregón el año pasado, ¡maldito sea! Es como si hubiéramos heredado dinero y tuviéramos que gastarlo y ahora ya casi se hubiese agotado.

—Esta misma mano de aquí lo ha hecho —dijo Boone, sosteniendo la mano en alto delante de él—. Este dedo de aquí apretó el gatillo. Supongo que yo lo eché a perder todo, Dick —miró a Summers, y sus ojos estaban tan oscuros y atribulados que mirarlos era como una rápida y profunda punzada de dolor—. Maté a Jim.

—¡Mataste a Jim!

—Me he estado diciendo a mí mismo que hice lo correcto, Dick. Pero no lo sé. No estoy seguro. Tal vez no estoy siendo honesto.

—¡Mataste a Jim! —repitió Summers.

—Es como si todo se hubiera echado a perder para mí ahora, Dick… Ojos de Cerceta y el Teton y todo lo demás. No sé si podré regresar algún día, Dick. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Había empujado la puerta de par en par y sus pies se arrastraron y encontraron el escalón y lo condujeron fuera de la casa. Summers lo siguió, olvidando darle la botella que sujetaba en la mano. Un perro ladró, desde el pueblo, y otro tomó el relevo y otro más, hasta que finalmente el sabueso de pintas azules de Boone llegó a grandes zancadas de detrás de la cabaña, se paró y señaló con el hocico al cielo y dejó escapar un profundo aullido. Durante un rato Summers pudo ver a Boone, mezclándose enorme y negro con la penumbra, y luego ya dejó de verlo, se dio media vuelta y se dirigió a la cabaña. Allí dentro había pan de maíz frío en la mesa, y unas verduras frías de acompañamiento y un codillo de cerdo y una jarra con suero de leche. Su mujer se había acostado ya, se cansaba con tanta facilidad últimamente.



ALFRED BERTRAM GUTHRIE nació en Indiana en 1901 y, aunque ejerció muchos años como periodista, finalmente se dedicó a la ficción. Escribió novelas de misterio, cuentos infantiles, fábulas de animales, ensayos y una autobiografía, y dedicó cinco novelas a evocar la historia de Estados Unidos y su construcción como país. Aunque la segunda de la serie, *The Way West*, recibió el premio Pulitzer en 1950, la primera, *Bajo cielos inmensos* (1947), se considera su obra maestra.

Notas

[1] Se refiere a uno de los métodos para propulsar una barcaza fluvial *(warping)* utilizado como último recurso por el esfuerzo que suponía. Un esquife por el río (o un grupo de hombres por la orilla) se adelantaba con una soga río arriba y la ataba a un saliente o a un árbol. Los hombres a la proa de la embarcación tiraban del barco con la soga por medio de un cabestrante, o incluso tirando con sus manos de la soga. Este era el método más laborioso de todos y se progresaba a un ritmo bastante más lento. <<



[2] Devoradores-de-borregos: o *Sheepeaters* era otra forma de referirse a los indios *snake* o *shoshone*. (N. de la T.) <<

[3] Bedwetters: *Moja camas*. (N. de la T.) <<